
Natalia Román
Prisionera de tu venganza
Los Mendoza II
NR

Prisionera de tu venganza

Los Mendoza II

Título original: Prisionera de tu venganza. Los Mendoza II.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Valencia con el número de registro 09/2013/1975.

ASIN: B07NGHBUYJ.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en febrero de 2019.

Esta historia es pura ficción, producto de mi imaginación, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Ni los personajes ni los lugares ni las guerras… nada es real ni tiene que ver con lo que pudo pasar en otra época. Por eso espero sepan perdonar si me he tomado alguna licencia ya que si lo he hecho solo ha sido porque tanto la historia como los personajes me lo pedían. Ahora espero que disfruten de la novela. Gracias.

Quiero dedicar esta novela a tres personas, esas tres personas tan especiales en mi vida. Dos de ellas son mi razón de vivir, mis hijas Sandra y Laura, y la tercera Marcos, ese niño que he visto crecer y convertirse en el hombre que es ahora, por el que siento un cariño muy especial.



PRÓLOGO

Los Valles de Salazar

Nube Blanca

(Año 1870)

Mónica estaba sentada en el poyete de la ventana de su habitación. Le gustaba desayunar ahí y observar toda la plantación porque en esa época del año Nube Blanca estaba muy bonita, ya que todas esas hectáreas de algodón en flor hacían que pareciera un cielo marrón-rojizo lleno de nubes blancas. Para Mónica, contemplar aquello era maravilloso y aprovechaba al máximo esos días de verano que pasaba allí, pues no le gustaba demasiado la ciudad.

Hacía más o menos quince años que habían vuelto a admitir a su padre en el ejército, aunque sería más acertado decir que le obligaron a volver al estallar una guerra detrás de las fronteras. Era uno de los mejores estrategas que tenían y le necesitaban. A pesar de lo mucho que su esposa le suplicó que no lo hiciera, su honor no le permitía dar la espalda a los soldados que contaban con él, así que volvió a enfundarse el uniforme militar y a convertirse en el capitán Mendoza, y como siempre ocurría cuando él tomaba el mando, fue una gran victoria y volvió a ganar otra medalla. Eso hizo que todo el mundo olvidara el incidente que le hizo abandonar el ejército, cuando su esposa estuvo a punto de contraer matrimonio

con otro hombre y tuvo que desertar para poder impedir esa boda. No había nada peor para un militar que ser acusado de deserción, por eso se vio obligado a abandonar el ejército.

Con el tiempo, lo condecoraron unas cuantas veces más y ascendió de galones, hasta llegar a convertirse en el general Mendoza, uno de los rangos más altos en el ejército.

Cuando llegaba el verano y se trasladaban de la ciudad a la plantación a pasar allí el verano, esos casi cuatro meses Mónica era inmensamente feliz. Cabalgaba sin necesidad de usar silla de montar, pues no tenía que ser ni fina ni recatada como en la ciudad. Allí podía ser libre y salvaje como le decía su hermano Jorge cada vez que la veía montar a horcajadas sobre Bella, su yegua blanca y negra moteada. Era una yegua preciosa, nacida de Pegaso, el increíble semental blanco de su madre, y Tormenta, la preciosa yegua negra azabache de su padre.

A Mónica le gustaba recordar la historia que le contaba su madre cuando era pequeña sobre Pegaso y Tormenta, sobre el amor tan grande que se profesaban esos dos caballos, y sobre cómo Pegaso tiraba al suelo a su padre cada vez que intentaba separarlo de Tormenta para que montara a otras yeguas. Hasta que al final su padre tuvo que darse por vencido y reconocer que había perdido a su mejor semental, ya que Pegaso no quería estar con otra yegua que no fuera Tormenta, y Tormenta no caminaba al lado de otro caballo que no fuera Pegaso.

Cuando por fin su padre lo admitió delante de su madre esta se rio y le dijo: «Sabes que al igual que sus amos, esos dos caballos están enamorados, y si a nosotros las dificultades no lograron separarnos, a ellos tampoco. Déjalos que disfruten y confórmate con los potrillos que nos den juntos, que todos serán tan increíbles como Bandido». Su padre contestaba con una sonrisa, haciendo reír a su mujer: «Tienes razón, como siempre, y si yo fui capaz de batirme en duelo por ti en dos ocasiones y someterme a un consejo de guerra para no perderte, estoy seguro de que tu caballo haría cualquier cosa por mi preciosa yegua. Se parecen bastante a nosotros, ¿no crees?».

Bandido fue el primer potrillo que tuvieron Pegaso y Tormenta, y se había convertido en un precioso semental blanco, con la crin y la cola negra y dos manchas en la espalda del mismo color. Parecía que llevara botas, pues sus cuatro patas eran negras desde las pezuñas hasta las rodillas, y tenía un gran lunar en el ojo como si llevara un parche, por eso su madre nada más verlo lo bautizó como Bandido. Era el caballo de su hermano Jorge. Después tuvieron a Bella, la yegua de Mónica, y por último a Zeus, un semental tan bonito como su hermano y su padre, solo que él era negro como su

madre y con las mismas botas que Bandido, pero blancas. Tenía una mancha blanca desde el hocico, bajando por su garganta, hasta el pecho, y otra gran mancha del mismo color cubría su nalga derecha. Zeus fue el regalo de cumpleaños que sus padres hicieron a su ahijado Eduardo hacía ya dieciséis años. Eduardo era hijo de José y Susan, íntimos amigos de Jorge y Mónica.

Mónica siempre recordaba esas cosas cada vez que veía a Pegaso y Tormenta el primer día de verano cuando llegaba a Nube Blanca, como le estaba pasando en ese momento. Los dos caballos iban paseando por los campos pegados el uno al otro y haciéndose arrumacos con los hocicos. Ya estaban viejos y, al igual que sus padres, parecía increíble que después de más de veinte años aún siguieran enamorados como el primer día.

Eso era algo que Mónica admiraba de sus padres y se había jurado a sí misma que el día que ella se casara lo haría como sus padres, completa y locamente enamorada. Como la segunda vez que se casaron, por supuesto, no como la primera, que fue un desastre. Su madre se casó con su padre forzada, pues era lo más corriente en esa época, y en una sociedad machista y dominada por los hombres. A su padre le costó mucho conquistarla, pero al final lo logró, pues debajo de esa cicatriz que le atravesaba y deformaba medio rostro había un hombre dulce, cariñoso y muy apasionado, y todas esas cualidades hicieron que su madre cayera rendida a sus pies.

Mónica volvió a la realidad al escuchar golpes en la puerta.

—¡Adelante! —gritó.

—Buenos días, mi niña.

—Buenos días, Tula.

—El señorito Serra está aquí y desea saber si quiere salir a cabalgar con él.

—¿José?

—Sí, mi niña.

—¿Cómo puede saber que estoy aquí si llegamos ayer por la noche?

—Yo creo que ese hombre la huele. —A Mónica le dio la risa—. Siempre sabe dónde está, eso no debe ser normal.

—Anda, no seas boba y dile que bajo enseguida. ¡Ah! Y llama a Cata para que me ayude.

—Si algún día llegara a casarse con el señorito Serra seguro que no lo veríamos tanto como ahora. Cuando usted está aquí, ese muchacho prácticamente vive aquí.

—No seas mala, Tula. Sabes que José es un gran amigo de la familia y siempre es bienvenido en esta casa.

—Y usted no se haga la tonta, ese muchacho está enamorado de usted desde que llevaba pañales y la vio por primera vez. —Mónica

no pudo evitar reírse de nuevo—. Por eso siempre está rondando esta casa. Bueno, y la de la ciudad. Esté donde este, él siempre está al acecho.

—Dile que enseguida bajo, y no se te ocurra decirle ninguna barbaridad.

—¡¿Yo?! ¡Por Dios, niña! Sería incapaz de decirle nada ofensivo a ese muchacho. Los Serra y los Mendoza os habéis criado juntos y todos sois como hijos para mí. Nada me haría más feliz que verte casada con un Serra.

—¡Sííí! ¿Incluso con Eduardo Serra?

—¡No, niña! Adoro a Eduardo, pero a ese cuanto más lejos mejor. Hablo de José o Alberto, cualquiera de los dos sería un buen marido para usted.

—Pues no creo que pueda complacerte. José es como un hermano para mí, y Alberto es mayor y militar, y ya sabes lo que opino al respecto.

—Tus padres también se llevan muchos años y mira si son felices.

—Mis padres son un punto y aparte, y ya sabes que no tengo ninguna intención de casarme por ahora, así que será mejor que dejemos la cháchara y bajes a atender a José. Dile que voy enseguida.

—Sí, mi niña. Y enseguida mando a Cata para que la ayude.



I

Cardoña

A las cuatro de la madrugada los sargentos Serra y Mendoza regresaban al cuartel después de una noche de juerga, alcohol y mujerzuelas. Era una de las últimas que pasaban juntos, ya que Jorge iba a comprometerse con Estela, prima de Eduardo, y quería serle fiel. Pronto se celebraría la fiesta de compromiso en Nube Blanca, y por eso Eduardo lo había convencido para disfrutar de la última juerga juntos antes de que perdiera la soltería para siempre.

—¿Por qué siempre acabas liándome? —le preguntó Jorge a Eduardo, mientras caminaban agarrados por los hombros para sujetarse el uno al otro ya que estaban un poco embriagados—. Voy a casarme con tu prima y no debería hacer estas cosas.

—No me irás a negar que no ha sido fantástico. Esas mujeres eran increíbles y aún no te has casado, así que no seas aguafiestas.

—Si te oyera tu prima te mataría.

—Si no fuera porque es mi prima y porque sé que no encontrarás muchacha más dulce, cariñosa y bonita que ella, te convencería para que no te casaras. Pero tengo que conformarme y respetar tu decisión, aunque no me haga ni pizca de gracia. Tendré que buscarme otro compañero de parranda, ya que eres igualito que tu padre y después de ese compromiso no volverás a mirar a otra mujer.

—No presumas tanto de soltería y de ser un vividor, porque estoy completamente seguro de que a ti te pasará como al tuyo. Te encanta saltar de lecho en lecho, pero el día que conozcas a la

mujer de tu vida sentarás la cabeza y no volverás a mirar a otra. No olvides que tu padre era aún más golfo que tú y después de tantos años sigue teniendo solamente ojos para tu madre. Y de eso hace más de veinte años.

—Te puedo asegurar que aún no ha nacido la mujer que me haga perder la soltería, eso sería muy injusto para las demás —bromeó, y los dos se echaron a reír.

—Será mejor que regresemos al cuartel, porque si nos pillan nos arrestarán.

Justo en ese momento los acorralaron cuatro hombres.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó uno de ellos.

—Parece que dos pollitos se han escapado del gallinero —dijo otro sacando una navaja.

—Si no quieres hacerte daño será mejor que guardes ese mondadientes —le aconsejó Eduardo sarcásticamente.

—¿Sabes que con este mondadientes puedo hacerte un bonito tatuaje en la cara?

—No me digas, ¿tú y cuantos más? —preguntó con toda esa chulería que le caracterizaba.

—Escuchad, no queremos problemas. ¿Por qué no nos dejáis pasar y volvéis a casa? No son horas de altercados y estoy cansado —les advirtió Jorge intentando suavizar el ambiente mientras miraba a Eduardo. Entre ellos la mayoría de las veces no necesitaban palabras, con una mirada sabían perfectamente lo que querían decirse.

—¿Qué es lo que queréis? —interrogó Eduardo.

—Todo lo que llevéis encima.

—Eso no va a poder ser, porque no llevamos nada. Nos lo hemos gastado todo en una buena juerga. ¿A que sí? —le preguntó a Jorge divertido haciéndole una señal.

Jorge le dio una patada en la mano al que llevaba la navaja, desarmándole, y lo empujó hacia Eduardo, que lo estaba esperando y le partió el brazo al retorcérselo con fuerza por la espalda al mismo tiempo que lo tiraba contra uno de sus compinches. Cuando se volvió para enfrentarse al resto y ayudar a Jorge se quedó paralizado. Los otros dos se habían lanzado contra Jorge y uno de ellos lo tenía arrodillado con las manos en la espalda e inmovilizado, mientras que el otro le ponía una navaja en la yugular.

—¡Bueno, está bien, tranquilicémonos! —gritó Eduardo—. Soltad a mi amigo y no pasará nada, o de lo contrario os arrepentiréis.

—¿De verdad crees que estás en condiciones de dar órdenes?

—Lo único que sé es que, si le hacéis algo, os buscaré, os

encontraré y os mataré lenta y dolorosamente.

—Matémosles a los dos, me ha roto el brazo. —Mientras hablaba le dio un puñetazo a Eduardo en el estómago con el brazo bueno y otro en la mandíbula obligándole a caer de rodillas—. Así os quería tener a los dos, ahora acabemos con ellos…

Antes de terminar esas palabras se oyó un disparo y el hombre que amenazaba a Jorge con la navaja en el cuello cayó al suelo. Todos se volvieron hacia el lugar de donde provenía el disparo y vieron a otro hombre vestido de militar.

—No me gustan las injusticias y vosotros les dobláis en número. ¿Queréis seguir con la pelea? Porque podría eliminar a otro y así estaría igualada. O mejor recogéis a vuestro amigo y os vais antes de que cambie de opinión y os vuele la cabeza a todos por atacar a mis compañeros.

Inmediatamente los dos hombres que estaban ilesos cogieron por los brazos al que permanecía en el suelo quejándose y con el hombro destrozado por el disparo para salir corriendo, seguidos por el que tenía el brazo roto.

Jorge y Eduardo se levantaron del suelo rápidamente y se cuadraron delante de su superior, mientras él los miraba con una sonrisa socarrona devolviéndoles el saludo.

—Descansen, sargentos. ¿Qué hacen a estas horas fuera del cuartel?

—Estábamos regresando, capitán. Sé que merecemos un castigo y por favor solo le pido que, si tiene que castigar a alguien, castígueme a mí. Yo le obligué —dijo Eduardo intentando proteger a su amigo.

—No le haga caso, capitán. Los dos merecemos el castigo y yo quiero afrontar mi parte de culpa.

—Es admirable la manera que tienen de protegerse el uno al otro, pero aún no me han contestado. ¿Qué hacen fuera del cuartel? Aparte de poner sus vidas en peligro.

—Mi amigo va a casarse y quería hacerle una buena despedida, una última noche de borrachera y perdición. Por eso debe castigarme solo a mí, porque si la novia se entera lo matará antes de que pueda decir «sí, quiero».

—¿Va a casarse, sargento…?

—Mendoza, Jorge Mendoza —dijo mientras alargaba la mano presentándose—. Mucho gusto.

—El gusto es mío. —Le devolvió el saludo con un fuerte apretón de manos—. ¿Es usted hijo del general Mendoza?

—Sí. ¿Conoce a mi padre?

—No. Pero ¿quién no ha oído hablar de su padre? Y más siendo militar. Todo el mundo conoce o ha oído hablar del general

Mendoza y sus infalibles estrategias. Tanto él como su bisabuelo son leyendas por eso. —Se volvió hacia Eduardo ofreciéndole la mano también mientras le preguntaba—: ¿Y usted es?

—Sargento Serra, Eduardo Serra, aunque todos me llaman Edu. Para mí también es un placer, capitán. ¿Es usted nuevo? Nunca lo había visto.

—Ingreso mañana en el cuartel. Por esa misma razón no puedo castigar su falta, aún no estoy de servicio —bromeó.

—Vaya, es un alivio. ¿Y qué hace a estas horas por aquí? —preguntó Jorge.

—Bueno, también me apetecía un poco de borrachera y perdición —respondió con una sonrisa socarrona.

—¡Ah! Es bueno saberlo, creo que acabo de conocer a tu sustituto —le dijo Eduardo a Jorge bromeando, y pasó el brazo por los hombros a su nuevo capitán para decirle—: Conozco a las mejores mujeres que usted pueda imaginar, solo tiene que pedírmelo y nos correremos la mejor juerga que jamás haya disfrutado. Y la primera va por mi cuenta, como pago por salvarnos el pellejo. Por cierto, aún no nos ha dicho su nombre.

—Capitán Torres, Gabriel Torres.

Desde ese instante creció una buena amistad entre los tres. Aunque el capitán Torres era diez años mayor que ellos, tras ese encuentro surgieron varias noches de borrachera y perdición en contra de la voluntad de Jorge, que por más que se negara a acompañarlos siempre acababan convenciéndole. Pues como bien le decía Eduardo mientras lo arrastraba tras ellos hacia la perdición: «Hasta que selles tu compromiso con mi prima eres un hombre libre, así que aprovecha, porque después no te dejaré que la engañes».



II

Los Valles de Salazar

Dos semanas después Gabriel se dirigía hacia Nube Blanca, Jorge lo había invitado a su fiesta de compromiso y él no podía rechazar esa invitación. Pasaría el fin de semana allí, disfrutando del campo y de la compañía de sus nuevos amigos, Jorge y Edu.

Mientras paseaba con Atila —su pura sangre gris oscuro como un cielo de tormenta— contemplaba el paisaje, hasta que un caballo llamó su atención. Estaba atado a un árbol y no había nadie con él. Eso le pareció muy extraño, pues era un caballo muy hermoso, blanco y negro moteado, parecía un caballo indio y debía valer mucho dinero. Pensó que nadie dejaría un caballo así atado a un árbol y lo abandonaría, así que se acercó y desmontó. Mirándolo fijamente se acercó al animal y le acarició el hocico.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces aquí tan sola? —La yegua relinchó y se apartó de el—. ¡Ssshhh! No te asustes, no voy a hacerte daño —le habló con una voz muy suave para no asustarla.

—No tiene miedo, pero no le gustan los extraños.

Cuando Gabriel se volvió y vio a esa muchacha, todo su cuerpo reaccionó, era la muchacha más linda que había visto nunca. Su pelo negro azabache largo hasta la cintura, lleno de ondas y bastante enmarañado le daba un aspecto salvaje. Sus increíbles ojos violetas, grandes y rasgados lo miraban con curiosidad. Su pequeña nariz llena de pecas era muy graciosa, y esos labios rosados y carnosos eran toda una provocación. No podía dejar de contemplarla y cuando se fijó en sus ropas inmediatamente se dio

cuenta de que debía ser una ladronzuela, pues solo las mujeres de los bajos fondos podían vestir como un hombre, y siempre lo hacían para ocultarse o huir de la justicia. Llevaba una camisa con los botones de arriba desabrochados y pudo admirar el principio de su estupendo canalillo, y apreciar que debajo de esa fina tela se escondían unos pechos grandes y redondos. «Perfectos» se decía a sí mismo, mientras en su mente se imaginaba acariciándolos y saboreándolos. Las mangas las llevaba remangadas y la camisa por dentro de unos pantalones que parecían venirle un poco grandes, ya que los llevaba sujetos con un cinturón que marcaba una cintura estrecha, una cintura que podría abarcar con ambas manos, y unas caderas tan bien formadas que provocaban sujetarlas con fuerza contra su cuerpo. Todo en ella era exquisito, esa belleza salvaje lo tenía cautivado y le provocaba pensamientos lujuriosos, algo que nunca había sentido con ninguna mujer hasta ahora.

—Si se aparta un poco podré continuar mi camino —le pidió la muchacha, sacando a Gabriel de sus pensamientos.

Ella lo miraba con los brazos en jarras y con mucho descaro, esperando que se apartara de su yegua.

—¿A quién has robado este caballo? —preguntó con soberbia.

—No es un caballo, es una yegua, y no la he robado. Es mía —contestó malhumorada por su altanería.

—Una ladronzuela como tú no puede tener una yegua como esta, a no ser que sea robada. Si ni siquiera lleva puesta la silla de montar. Seguro que no te dio tiempo a ponérsela mientras la robabas.

Ella lo miraba entrecerrando los ojos y arqueando una ceja, y Gabriel tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse, estaba increíblemente encantadora con esa cara de enfado.

—Apártese de mi camino y no vuelva a insultarme, he de irme. —Le dio un empujón y se acercó a la yegua con la intención de montarla. Al verla, Gabriel se echó a reír sorprendiéndola y haciendo que se volviera sin poder resistir la tentación de preguntarle—: ¿De qué se ríe?

—¿De verdad quieres hacerme creer que puedes subir a esa yegua sola, sin ayuda y sin silla de montar?

Ella volvió a mirarlo enfadada, provocando que todo el cuerpo de Gabriel reaccionara ante esa muchacha bella y salvaje.

—Si logro montar sola a la yegua, ¿me dejará marchar? —le preguntó desafiante.

—Solo con una condición —respondió él sin poder rechazar ese desafío. No tenía ganas de marcharse y dejar de contemplar a esa muchacha tan hermosa.

—¿Cuál?

—Si no lo logras, me deberás un beso. —Ella se echó a reír y su sonrisa era aún más increíble que su cara de enfado.

—Está bien, acepto el reto, pero tengo que decirle algo.

—¿Qué?

—Que nunca pierdo una apuesta. —De repente y dejando a Gabriel con cara de tonto, dijo dando un azote con la mano en el trasero del animal—: Vámonos, Bella.

Bella agachó el trasero hasta quedar casi sentada en el suelo y Mónica, agarrándose a la crin, dio un salto, se subió encima a horcajadas y le dio un golpe con el talón, consiguiendo que la yegua se levantara y empezara a galopar a toda velocidad.

Gabriel quedó tan asombrado que le costó un poco reaccionar y cuando lo hizo intentó montar rápidamente sobre Atila, pero la silla se le cayó al suelo. La colocó con rapidez maldiciendo a esa muchacha, pues sabía que ella era la artífice de semejante artimaña. Cuando logró montar sobre el caballo e intentó perseguirla era demasiado tarde, ya que el ensimismamiento causado por esa mujer y la pérdida de tiempo colocando la silla le hicieron perder el rastro de esa bella muchacha, y eso le puso de muy mal humor. Deseaba volver a verla y maldecía haber sido tan estúpido de quedarse como un pasmarote, pues gracias a eso le había perdido el rastro. Bueno, gracias a eso y a la astucia de ella. Aunque se decía a sí mismo que era imposible no quedarse pasmado al ver montar a esa muchacha de esa manera tan original sobre el lomo de ese animal. Jamás se lo hubiera imaginado, ni la reacción de ella ni la de la yegua, nunca había visto nada parecido. Cuando consiguió recuperarse, no tuvo más remedio que seguir su camino hacia Nube Blanca y olvidarse de ella, pues estaba seguro de que no iba a volver a verla jamás.

Él estaba acostumbrado a mujeres de ese tipo, de los bajos fondos, ladronzuelas, prostitutas, o féminas sin remilgos y con ganas de pasarlo bien, ya que no se enredaba con mujeres decentes o muchachas con clase, pues con todas era lo mismo. Las mujeres decentes buscaban un marido, y a las muchachas con clase sus padres las casaban y pedían una dote sumamente escandalosa por ellas. Pero esa muchacha no se parecía a ninguna que hubiera conocido antes, esa muchacha lo había sorprendido y eso no le pasaba con ninguna mujer, pues ninguna era lo suficientemente interesante para él.

Nube Blanca

Cuando llegó a Nube Blanca Jorge salió a recibirlo y le presentó a sus padres.

—Es un placer conocerla, señora de Mendoza —dijo besando la mano de Mónica con una pequeña reverencia.

—El placer es mío, capitán Torres. —Mónica le devolvió la reverencia—. Además, le estaré toda la vida agradecida ya que gracias a usted mi hijo sigue vivo. Aún se me pone la carne de gallina al recordar cómo mi hijo nos contó el momento en que se conocieron, y lo que usted hizo al salvarlos a él y a mi ahijado. Estos dos muchachos siempre metiéndose en líos, si tengo ganas de verle casado es para que por fin siente la cabeza. —Gabriel sonrió —. Aquí llega mi esposo.

Jorge bajaba las escaleras en ese instante y se reunió con ellos en la entrada. Cuando Gabriel vio su rostro marcado por esa cicatriz tan horrible tuvo que disimular con gran esfuerzo la impresión e inmediatamente se recompuso para que nadie se diera cuenta.

—Papá, quiero presentarte al capitán Gabriel Torres.

Gabriel inmediatamente se cuadró ante su superior con el saludo militar.

—Es un placer y un gran honor conocerle, general Mendoza.

—Dejemos el formalismo para el cuartel, aquí no es necesario — le dijo Jorge ofreciéndole la mano, que Gabriel aceptó abandonando su pose militar—. Además, es usted el invitado de mi hijo y en esta casa no existen los rangos, porque si existieran, le puedo asegurar que el de mi mujer sería el más alto. —Todos se echaron a reír y Mónica le dio un codazo en las costillas.

—Oye, no seas exagerado. Qué va a pensar el muchacho de mí. Va a creer que soy una mandona.

—Y lo eres, mi vida. Si estás volviendo locos a todos los negros con tantas órdenes para que todo esté preparado para esta noche. Si sigues así van a acabar por buscarse otro trabajo.

—La culpa es de tu hija, que ha vuelto a marcharse y no me ayuda.

—Deja a la niña en paz, a ella no le gustan estas cosas y lo sabes.

—Sí, pero es la fiesta de compromiso de su hermano y su mejor amiga, debería echarme una mano.

—Tranquilízate, tú sola lo haces muy bien. —Le dio un abrazo y un beso para tranquilizarla—. Verás que todo sale perfecto, como siempre. ¿Por qué no tomamos un coñac? —Jorge dejó a su mujer, y poniendo los brazos en los hombros de su hijo y de Gabriel, los arrastró hasta la biblioteca—. Es mejor alejarse de ella cuando se pone así —dijo bajito, haciendo reír a Gabriel.

—¡Te estoy escuchando, Jorge! —le gritó Mónica desde atrás.

—¡Lo siento, mi vida! ¡Solo bromeaba!

—Sí, será mejor que vayamos a tomar una copa. Prefiero no estar presente cuando vuelva Mónica, mamá la va a matar.

Mientras tomaban el coñac hablaron del cuartel y Jorge le preguntó a Gabriel cómo estaban las cosas por allí, porque cada vez que llegaba el verano Mónica secuestraba a su marido y lo obligaba a cogerse unas largas vacaciones. Jorge tenía ese privilegio, siendo el segundo oficial de mayor rango que había allí, y se lo tenía bien ganado después de tantos años de servicio. Si requerían de su servicio solo mandaban a alguien para avisarle y él regresaba inmediatamente.

Cuando llevaban un rato hablando la puerta se abrió de golpe y entraron Mónica y su hija discutiendo a voces.

—¡Papá, por favor! Dile a mamá que no voy a subir al estrado a decir ningún discurso.

—Pero, hija, es la fiesta de compromiso de tu hermano y podías dedicarles unas palabras a los novios.

—¡No! No quiero, sabes que no me gusta hablar en público. Por favor, papá, no me obligues. —Mientras decía eso se acurrucó en los brazos de su padre y él la abrazó con mucho amor.

—No te preocupes, cariño. Si no quieres hablar, no lo harás.

—¡Sí, claro! ¡Tú apóyala, como siempre! ¡Esta niña hace lo que le da la gana y todo gracias a ti! —le gritó Mónica a su marido.

—No te enfades, mi vida. La niña no quiere hablar y no puedes obligarla.

—¡Aaahhh! No os aguanto a ninguno de los dos cuando os ponéis así. Como siempre, yo sola tendré que organizarlo todo. —Mónica salió muy disgustada cerrando la puerta tras ella.

—No pienso hacerlo, papá.

—Tranquila, no tienes que hacerlo si no quieres. —Mientras le hablaba cogió la cara de su hija entre sus manos y le besó la frente con mucha ternura.

—¡Y tú, hermani…!

Mónica enmudeció cuando al volverse vio a ese hombre que la miraba con esos ojos negros, intensos y penetrantes. Su pelo moreno, largo hasta los hombros, apenas un poco rizado, enmarcaba un rostro fuerte, varonil y tremendamente atractivo. Y esa barba que llevaba de apenas una semana muy bien recortada le daba un aspecto muy interesante. Era muy alto y tenía un cuerpo escultural.

En su primer encuentro Mónica no se había fijado en él, pues el miedo de tropezarse con un desconocido no le había dejado. Solo pudo pensar en alejarse de él, ya que había salido sin compañía y su padre la mataría si se enteraba. Como siempre le decía: «Un día

vamos a tener un disgusto. No puedes andar sola por ahí, hay gente muy mala y podrían hacerte algo».

Una señorita de buena familia no podía salir sola, no estaba bien visto, por eso Mónica rezaba para que ese hombre no dijera nada de su encuentro mientras lo observaba muy fijamente.

Gabriel no podía creer lo que estaba viendo, era ella, y estaba ahí, frente a él. No se trataba de una ladronzuela ni venía de los bajos fondos. Esa muchacha bella y salvaje, con el pelo aún más enmarañado que antes y con una vestimenta muy distinta era Mónica Mendoza, y él aún no podía creerse que la muchacha que le había quitado la razón unos pocos minutos antes de llegar a Nube Blanca estuviera allí y fuera la hija del general. Podía decirse a sí mismo que era un hombre muy afortunado.

—Vaya, hermanita, no puedo creer que te quedes sin palabras por un militar. Eso sí sería una novedad ya que nunca te fijas en ninguno.

Mónica reaccionó al oír a su hermano y apartó la vista de Gabriel.

—No seas estúpido, a mí no me interesan los militares y menos aún si son amigos tuyos. Pero tengo que ser educada y saludar a nuestro invitado. —Mónica se acercó a él poniéndose muy nerviosa, rezando para que ese hombre no la descubriera—. Es un placer conocerlo, sargento —le dijo ofreciéndole la mano mientras le dedicaba una pequeña reverencia.

Su hermano empezó a reírse a carcajadas, al mismo tiempo que Gabriel le cogió la mano y se la besó sin dejar de mirarla a los ojos.

—El placer es todo mío, de eso puede estar segura.

—Y tú, ¿de qué te ríes? —le preguntó inmediatamente a su hermano. Puso esa cara de enfado, entrecerrando los ojos y arqueando una ceja, que provocó que Gabriel fuera incapaz de apartar la mirada de ella.

—¡Aaay, hermanita! Parece mentira que seas de esta familia. ¿Nunca vas a distinguir los galones? Gabriel no es sargento, sino capitán, no le rebajes de esa manera.

—Lo siento, discúlpeme. —Sus mejillas empezaron a ponerse encarnadas y Gabriel, que aún sostenía su mano, la apretó suavemente y le sonrió. Mónica, al darse cuenta, le soltó de golpe, nerviosa—. Como bien ha dicho mi hermano, no soy capaz de distinguir los galones y, además, tampoco me importa.

—No tiene que disculparse, como bien ha dicho su padre antes, en esta casa no existen los rangos y espero ser solo Gabriel para usted ya que, por lo que me ha parecido oír antes, a usted no le gustan los militares.

—¡Guau, hermanita! Eso sí es ser directo. Deberías replantearte

eso que juraste de que nunca te casarías con un militar.

—Jorge, deja en paz a tu hermana. Y, por cierto, señorita, ¿de dónde vienes con esas pintas?

—Pues de dónde va a ser, de cabalgar con Bella como una salvaje, ¿no ves sus pelos?

Mónica taladró a su hermano con la mirada y se puso colorada hasta la nariz por su comentario, e inconscientemente empezó a arreglarse el pelo con ambas manos.

—Mónica, ¿no habrás estado otra vez montando a Bella sin silla y vestida de muchacho? Porque si tu madre se entera te encerrará en tu cuarto lo que queda de verano. Y espero que no hayas salido de la plantación porque entonces seré yo el que te castigue, señorita.

—No, papá, solo estaba tumbada al sol leyendo en el jardín. —Mientras decía eso miraba de reojo a Gabriel esperando que no la delatara—. Ahora, si me disculpan, tengo que cambiarme.

Salió de la biblioteca tan deprisa como había entrado para evitar que siguieran hablando de su pasatiempo preferido, que era montar a Bella a pelo y con pantalones, y también porque no quería darle a ese hombre la oportunidad de decir que la había descubierto montando sin silla y fuera de la plantación.

—Voy a ver si tu madre necesita ayuda. —Jorge salió de la biblioteca dejándolos solos.

—¿Por qué a tu hermana no le gustan los militares?

Gabriel no pudo evitar hacerle esa pregunta, ya que no había dejado de pensar en eso desde que Jorge lo había comentado.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te gusta mi hermanita? Bueno, he de reconocer que es muy bonita, pero está un poco loca. Lo que ha dicho mi padre es cierto, le gusta vestirse de hombre y montar sin silla, te lo digo para que te hagas a la idea…

—No estoy interesado en ella, tranquilo. Es solo que no entiendo cómo siendo la hija de un general y teniendo un hermano también militar, digas eso.

—Bueno, según ella no quiere pasar por el infierno que pasa mi madre cada vez que mi padre y yo salimos a una misión.

—Creo que eso es comprensible.

—Puede que sí, pero no hablemos más y démonos prisa. Si no estamos arreglados antes de que empiecen a llegar los invitados, mi madre volverá a ponerse histérica.

—Entonces démonos prisa, no podemos decepcionar a la señora del general Mendoza.

—Vamos, te acompañaré a tu alcoba.



III

Nube Blanca

Los invitados habían comenzado a llegar y los Mendoza estaban en la entrada dándoles la bienvenida a todos. Estela también había llegado y acompañaba a Jorge saludando a los asistentes junto a sus padres. Los padres de Estela, al igual que los de Edu, eran amigos íntimos de los Mendoza: las tres mujeres desde la infancia, Jorge y José —el padre de Edu—, desde que ingresaran en él ejército, y Sergio —el padre de Estela— era el hermano pequeño de José.

En la boda de Sergio y Estela se conocieron Jorge y Mónica, y en la de ellos José y Susan, y desde ese momento no se habían separado, eran todos como una gran familia. La primera en mudarse a la ciudad fue Susan y las otras dos la siguieron poco después. Vivían muy cerca unos de otros, por eso siempre estaban juntos. Sergio no era militar, pero había abierto un banco y le funcionaba muy bien, su hijo José trabajaba con él, pues tampoco le gustaba eso de ser militar. Su primo Edu y Jorge siempre se reían de él y le decían que si no se había hecho militar era por Mónica.

Gabriel estaba hablando con Edu a los pies de la escalera y de pronto enmudeció, justo cuando vio aparecer a Mónica en lo alto. Estaba espectacular, su lado salvaje había desaparecido y ahora parecía una princesa. El vestido color malva hacía resaltar sus ojos violetas, el pelo lo llevaba recogido en un moño sujetando una pequeña tiara de diamantes y un collar de diamantes a juego reposaba en su cuello. «Demasiado escotado para mi gusto», pensó Gabriel. No podía dejar de admirar su pronunciado escote y el mal humor se iba apoderando de él, pues sabía que todas las miradas de

los hombres se concentrarían en ese punto toda la noche, y no podía comprender por qué eso le molestaba tanto. Edu, al ver la cara de su amigo, se volvió y cuando vio a Mónica entendió el porqué de su repentino silencio.

—Es hermosa, ¿verdad? —le preguntó.

—Demasiado. —La carcajada de Edu lo sacó de su ensimismamiento.

—Mónica tiene el don de dejar a los hombres así.

—¿A qué te refieres?

—Pues a esa cara de bobalicón que se te ha quedado.

—No digas tonterías.

—¿Quieres un espejo? —Edu volvió a reírse al ver la mirada de pocos amigos que le dedicó Gabriel.

—Si me disculpas. —Gabriel se acercó a Mónica y le ofreció el brazo.

Ella lo miró fijamente y lo aceptó.

—Gracias, capitán…

—Gabriel, solo Gabriel.

—Tendrá que disculparme, pero tengo que dejarle.

—Acaba de aceptar mi brazo ¿y ya quiere abandonarme? —Mónica se rio.

—No tengo otra opción —le murmuró bajito como si fuera un secreto de alto estado.

—¿Por qué? —le pregunto él también en susurros, haciéndola reír al mirarla muy intrigado.

—He de estar en la entrada para recibir a los invitados y ya llego un poco tarde. Mi madre va a matarme, una vez más —dijo bromeando.

—Bueno, eso es algo que no puedo rebatir. Y ya que me abandona tan pronto, ¿por qué no me permite escribir mi nombre en su carné de baile?

—Porque no puedo.

—¿Por qué?

—Hace usted muchas preguntas.

—Cuando algo me interesa sí, soy muy curioso. —Gabriel le sonrió y Mónica creyó morir en ese mismo instante.

«¡Dios mío! Es guapísimo. No, no debes fijarte en él, es militar y a ti no te interesan los militares». La voz de Gabriel la sacó de sus pensamientos.

—Mónica… Mónica, ¿le ocurre algo?

—No, pero tengo que dejarle.

Se alejó de él con rapidez para reunirse con sus padres y lo dejó plantado, sin ser capaz de reaccionar. Lo único que pudo hacer fue observar cómo se alejaba de él a toda prisa. Esa muchacha parecía

huir de él constantemente.

—Gabriel, quiero presentarte a mi primo. —Gabriel se volvió y vio a Edu acompañado de otro hombre—. Es el hermano de la novia, José.

—Mucho gusto. —Le ofreció la mano.

—El gusto es mío, capitán —le dijo José estrechándole la mano.

—¿Sabes, primo? Creo que tienes un gran problema, te ha salido un competidor. Bueno, uno más —bromeó Edu—. Gabriel pone la misma cara de bobalicón que pones tú cuando ves a Mónica. —Edu no podía dejar de reír al ver a Gabriel taladrarlo con la mirada por su comentario.

—No creo que eso sea un problema. Es militar, no me preocupa.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Gabriel extrañado.

—Mónica jamás se enamoraría de un militar.

—Todo el mundo con la misma canción. —Estaba harto de oír a todos decir esa frase—. ¿Sabe que nunca se puede decir de esta agua no beberé, porque al final acabas ahogándote en ella?

—Te lo dije, primo, es un problema, y muy gordo porque no se rinde fácilmente.

—Aun así, Mónica no se fijará en él, solo en sus galones, y esos la harán huir de él.

Nadie conocía a Mónica mejor que José, por eso no le preocupaba tener un competidor que fuera militar.

***

Todos estaban hablando mientras comían y bebían lo que los negros les iban ofreciendo en bandejas. Había mucha gente y puesto que no podían sentarlos a todos a una mesa, la comida se acercaba a ellos, pues decenas de bandejas deambulaban de un lado a otro, mientras esperaban que empezara el baile.

Mónica estaba hablando con su futura cuñada cuando alguien por su espalda le tocó el hombro. Al volverse y ver a Gabriel, sintió un aleteo en el corazón.

—Aún estoy esperando su respuesta.

—Estela, ¿conoces al capitán Torres?

—Sí, me lo presentó tu hermano hace un rato. Encantada de volver a saludarle, capitán.

—Igualmente, Estela. —Después de devolverle el saludo, clavó su negra mirada en Mónica nuevamente—. Mónica…

—Lo siento, capitán, pero ahora no puedo atenderle. —Mientras

hablaba, cogió el brazo de Estela y se fue alejando de él arrastrando a su amiga con ella, diciéndole—: Estela y yo debemos arreglar un asunto muy importante. ¿Verdad? —Estela estaba atónita por la reacción de Mónica, pero le siguió la corriente a su amiga.

—¡Oh, sí! De vital importancia. —Las dos se alejaron de él volviéndole a dejar plantado, algo que empezaba a molestar bastante a Gabriel—. ¿Qué te pasa con ese hombre?

—A mí nada.

—Vamos, Mónica. A él podrás engañarlo, pero a mí no. ¿Qué ocurre?

—Que no quiero hablar con él, eso es todo. —Estela empezó a reírse.

—¡¿Te gusta?!

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Po-por qué tendría que gustarme?

—Porque estás huyendo de él.

—No digas tonterías. Si me gustara, no huiría de él. ¿No crees?

—A mí no puedes engañarme —le volvió a decir—, te conozco mejor que nadie y sé que te gusta, y por esa misma razón huyes de él, porque es un militar.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Dios! Es guapísimo, ¿verdad? —Estela empezó a reírse a carcajadas—. No te rías, no tiene gracia.

—Vale, no te enfades. He de reconocer que es muy atractivo, tienes razón.

—Sí, por eso he de alejarme de él.

—¿Por qué?

—Ya sabes lo que opino de los militares, y más siendo amigo de mi hermano y de Edu. Seguro que es un mujeriego como Edu.

—No seas tonta. Si sigues pensando así, acabarás quedándote para vestir santos. Casi todos los hombres de nuestro estatus social son militares, y los que no lo son no te gustan. Tenemos la suerte de tener unos padres comprensivos que no nos imponen un marido, pero si sigues así acabarán eligiendo por ti. Además, tampoco es tan horrible tener un marido militar. Mírame a mí, voy a casarme con tu hermano y soy muy feliz, y me ha prometido que desde hoy se han terminado las otras mujeres.

—Eso te lo recordaré cuando lo llamen a filas y te pases los días llorando por él, como hace mi madre. Yo no quiero pasarme la vida llorando por mi marido y pensando que no voy a volver a verlo cada vez que se va a una misión. No, no quiero. Y, además, te puedo asegurar que mi padre jamás me obligará a casarme con nadie, de eso puedes estar segura.

Mónica odiaba esa época en la que ella era pequeña y cada vez

que su padre se iba a filas su madre se quedaba destrozada llorando por todos los rincones cuando creía que nadie la veía. Dejaba de ser esa mujer alegre y divertida para ser un manojo de nervios que siempre botaba del asiento cuando tocaban a la puerta esperando malas noticias. Se convertía en una mujer ojerosa y triste hasta que volvía su padre sano y salvo, y todo volvía a la normalidad. Recordaba cómo su madre se tiraba a los brazos de su padre llorando, pero de felicidad, comiéndoselo a besos y diciéndole lo mucho que lo amaba y lo mucho que le había echado de menos. Después de eso los días eran increíbles, todo era alegría y festejo, pero a ella no se le quitaba de la mente las angustias de su madre mientras su padre estaba lejos.

Ella no quería pasar por eso, prefería enamorarse de un hombre tranquilo y sencillo, y no de un capitán guapo y arrebatador para vivir en el paraíso cuando él estuviera en casa, y después bajar al mismísimo infierno cuando el deber lo llamara. No, esa no era la clase de vida que ella quería. Ella se casaría, viviría con su marido en Nube Blanca y no dejaría que nadie se lo arrebatara, solo así podría ser feliz. El único problema era encontrar a ese hombre.

Cuando su hermano Jorge apareció reclamando a su prometida porque su padre iba a dedicarles unas palabras, Mónica se quedó sola. Justo en ese momento unas manos grandes y fuertes la agarraron por la cintura, al mismo tiempo que sintió a alguien pegado a su espalda hablándole al oído.

—Sigo esperando su respuesta, señorita Mendoza.

Mónica se quedó sin respiración al reconocer esa voz y el corazón empezó a aletearle con fuerza.

—Suélteme —consiguió decirle en un susurro.

—No, Mónica, esta vez no va a huir de mí. Quiero saber por qué no puede apuntarme en su carné. ¿Por qué se ha pasado toda la noche huyendo de mí?

—Yo no he huido de usted, he estado ocupada.

—No me mienta, la he estado observando.

Mientras le hablaba la apretaba con más fuerza la cintura y la pegaba más a él. Estaban tan pegados el uno al otro que podía sentir cómo su cuerpo temblaba, y su perfume era divino, embriagador. Gabriel no podía controlarse, todo el cuerpo se le tensaba cuando tenía a esa muchacha tan cerca, la deseaba y deseaba tenerla entre sus brazos, besarla, hacerla suya.

—Por favor, capitán, suélteme —suplicó nerviosa.

—No, hasta que me conteste.

—No tengo carné de baile, no puedo apuntarle en él porque no lo tengo. ¿Satisfecho? Si quiere bailar conmigo, tendrá que pedirle permiso a mi padre. Y no creo que se lo dé, él sabe que no me

gustan los militares. Además, no quiero bailar con usted.

—Pues siento decepcionarla, pero bailará conmigo.

—Nunca.

—Hagamos una cosa: si no consigo que su padre me dé permiso, usted gana y no volveré a molestarla, pero si lo consigo, bailará conmigo y me deberá un beso. Esta tarde me quedé con las ganas.

Mónica se puso colorada recordando el encuentro que habían tenido en el campo, cuando ella volvía de dar un paseo con Bella.

—No.

—Creí que usted no perdía nunca una apuesta. ¿De qué tiene miedo?

—No tengo miedo.

—Demuéstremelo.

De pronto la gente empezó a aplaudir. El general Mendoza había terminado de hablar y el baile empezaba, así que los novios estaban en el centro de la pista esperando para abrir el baile y todos los presentes los miraban.

Hacían una pareja muy bonita. Jorge se parecía a su madre, era rubio, ojos azules y muy guapo, lo único que había sacado de su padre era la altura, gracias a Dios, pues su madre era bastante baja. Estela también era bastante alta, pelo castaño, ojos pardos y muy bonita, pues era el vivo retrato de su madre, algo que también debía agradecer, ya que su padre era muy poco atractivo, pero era una bellísima persona. La desgracia de parecerse a él recaía sobre su hijo José, pues también era poco agraciado, pero tan cariñoso y buena gente como su padre.

A José no le hizo mucha gracia ver a ese hombre tan cerca de Mónica ni su manera de agarrarla como si ella le perteneciera, y no como lo que era en realidad, un completo desconocido. Con rapidez, se acercó a ella y le ofreció la mano para alejarla de Gabriel.

—¿Quieres bailar, preciosa? —le preguntó.

Cuando Mónica fue a aceptar para poder alejarse de Gabriel sintió cómo sus manos la sujetaban con más fuerza de la cintura, con más posesión.

—¿Tiene permiso de su padre para bailar con ella? —interrogó a José por encima de la cabeza de Mónica mirándolo fríamente.

—Yo siempre tengo el permiso de su padre para bailar con ella y puedo hacerlo siempre que quiera. Si a ella le apetece, por supuesto.

—Sabes que siempre es un placer bailar contigo.

De repente Mónica puso las manos en las muñecas de Gabriel y se liberó de su agarre. Enseguida aceptó el brazo de José y se alejó de él sin ser capaz de volverse a mirarlo. Y lo dejó plantado una vez

más.

«Voy a conseguir ese baile, Mónica, aunque sea a punta de pistola. Vas a bailar conmigo quieras o no quieras», pensaba Gabriel mientras buscaba a su amigo para que le ayudara.

Las muchachas que no habían cumplido los dieciocho no habían celebrado su puesta de largo, por lo que no podían usar carné de baile. Era una manera de que sus padres pudieran controlar con quién bailaban sus hijas y tenerlas bien vigiladas. Con él podían bailar con cualquier muchacho que se lo propusiera, si ellas aceptaban que él escribiera su nombre, por supuesto. Era una forma de conocer pretendientes y así aspirar a un marido antes de que sus padres las casaran con alguien de su agrado. Así que cuanto más lleno estuviera su carné, más probabilidades tenían de encontrar un marido que les gustara ya que, si llegaban a cumplir los veinte y aún no habían encontrado pretendiente, la decisión recaería sobre sus padres y ellos decidirían con quién debían casarse.

***

—No puedo hacer eso, ¿te has vuelto loco? —le decía Edu—. Olvídate de Mónica.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Bien, soy todo oídos y quiero oír esas razones.

—Vas a acabar metiéndote en un lío, ¿lo sabías? Una de las razones, y la más importante, es que el general Mendoza adora a su hija y te arrancaría la piel a tiras si le hicieras daño…

—No tengo ninguna intención de hacerle daño.

—Si te propasaras con ella también acabarías despellejado, ella no es como las mujeres a las que tú y yo estamos acostumbrados. Para poder besarla tendrías que comprometerte con ella y para llevártela al lecho tendrías que desposarla. Y no creo que eso esté en tus planes, ¿verdad?

—¡Por Dios! Solo quiero un baile, no seas exagerado.

—Ahí está la otra razón por la que no podrás bailar con ella. Su padre tiene terminantemente prohibido aceptar que un militar baile con ella, y esas órdenes se las ha dado Mónica directamente.

—No puedo creer que el general Mendoza reciba órdenes de su hija.

—Eso es porque no conoces a Mónica. Es fuerte, tiene carácter y sabe cómo camelar a su padre para hacer con él lo que quiere. El

general Mendoza tiene dos puntos débiles, su mujer y su hija.

—Estás echando por tierra el prestigio del general.

—No te equivoques, el general en su trabajo es frío, calculador, respetable, honorable y podría seguir así toda la noche. No ha llegado hasta donde está por ser un Mendoza, como muchos otros a quienes sus apellidos les hacen ascender sin necesidad de ganárselo. Él no, el general está donde está porque lo vale. Pero en su casa es simplemente un hombre amante de su familia y al igual que todos los padres, quiere lo mejor para sus hijos. Por eso nunca obligará a su hija a hacer algo que no quiera y ella no querrá bailar contigo.

—Los hombres no deberían dejarse dominar por las mujeres.

—No es dominio, es amor, y como dice mi padre, no lo entenderás hasta que te enamores.

—Eso no va conmigo, nunca dejaré que una mujer me domine y mucho menos se convierta en mi punto débil.

—Eso es exactamente lo que le digo a mi padre, y ¿sabes lo que me dice?

—¿Qué?

—Que cuando una mujer se cuela en tu corazón estás atrapado y ya no puedes escapar, y que por ella eres capaz de hacer cualquier cosa, incluso de matar.

—Eso son tonterías, las mujeres solo sirven para una cosa. —Edu se echó a reír.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Anda, vamos.

—¿Vas a ayudarme?

—Sí, voy a ayudarte. Tienes suerte de que Mónica solo baile con cuatro militares: su padre, su hermano, mi hermano Alberto y yo, y eres doblemente afortunado de que seamos amigos.

—¿Tienes hermanos? No he visto a ninguno, no me los has presentado.

—Cuatro. Alberto es el mayor, es capitán, como tú, y tiene tu edad. También tengo dos hermanas casadas, pero no viven aquí, y por último la pequeña, que también está fuera. Pero dejemos de hablar de mi familia y vamos a ver si tu plan funciona.

—Si el general te da permiso delante de mí, espero que no me lo niegue a mí.

—¡Ja! Yo no estaría tan seguro.

***

El general Mendoza estaba hablando con José y Sergio de las

nuevas revueltas que se estaban armando con el tema de los esclavos.

—No tienen ningún derecho a decirnos cómo debemos vivir —decía José muy indignado—. A mí no me gusta tener esclavos, y lo sabes, pero si la esclavitud existe aquí desde hace siglos ellos no pueden venir y obligarnos a cambiar nuestra forma de vida, porque si les dejamos hacer eso, después querrán que cambiemos otras costumbres, y otras, y otras, y así, sucesivamente.

—Lo sé —concordó Jorge—, pero tarde o temprano tendremos que hacernos a la idea de que ha llegado el momento de liberar a los negros, y aunque muchos ya lo hayamos hecho, hay muchísimos más que no lo han hecho ni lo harán si no se les obliga.

—Tú fuiste el primero en hacerlo —expuso Sergio—, tus negros fueron los primeros esclavos libres de todo el condado, y de eso hace más de veinte años. En todo este tiempo, mis padres, los de Estela y pocos más siguieron tu ejemplo. Así que mi pregunta es la siguiente, ¿de verdad creéis que si no se les obliga la gente puede cambiar? Yo creo que no.

—Jorge. —Edu apoyó la mano en el hombro del general para llamar su atención.

—Hola, chicos, ¿os estáis divirtiendo? —preguntó Jorge con una sonrisa cuando se volvió y los vio.

—Sí, solo quería tu permiso para bailar con Mónica.

—Vamos, Edu, sabes que no necesitas mi permiso para bailar con mi hija.

—Yo también quisiera bailar con su hija, general. Si usted da su aprobación, por supuesto. —Gabriel aprovechó el momento para que Jorge se viera obligado a aceptar su petición.

—Lo siento, muchacho, pero mi hija no baila con militares.

—Discúlpeme, general, pero el sargento Serra es militar.

Todos se quedaron sorprendidos al ver el valor de Gabriel al cuestionar a su superior. Jorge le dedicó su mirada más terrorífica, esa mirada gris y fría capaz de derretir el infierno, pero al ver que Gabriel no se amilanaba ni siquiera con eso, se echó a reír haciendo reír a los demás. Le gustaba ese muchacho, cualquier otro en su lugar se hubiera disculpado y habría salido corriendo con el rabo entre las piernas, pero él estaba allí, aguantando el tipo y esperando una respuesta.

—Tienes valor, muchacho. Nadie se atrevería a cuestionarme en mi propia casa…

—Discúlpeme, no fue mi intención. Solo quería recordarle que fue usted mismo el que me dijo que en su hogar no existían los rangos.

—Vaya, eres muy valiente muchacho —dijo José, riéndose al

mismo tiempo.

—¿Vuelves a cuestionarme? —le preguntó Jorge.

—Le pido disculpas nuevamente…

—No lo hagas, tienes valor y eso me gusta. Y lo vas a necesitar si intentas conquistar a mi hija. —Todos volvieron a reírse—. Tienes mi permiso, pero solo con una condición.

—¿Cuál, señor?

—Que ella quiera bailar contigo. —De nuevo todos rieron.

—Eso es como no darle permiso. —Esta vez fue Sergio el que habló—. Ella no querrá bailar contigo, muchacho.

Todos seguían riéndose cuando llegaron sus mujeres. Estela se acercó a Sergio, que la abrazó y besó en cuanto la sintió cerca.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanta risa? —preguntó Susan agarrando el brazo de su marido, consiguiendo que el coronel Serra la besara en la frente, mientras su hijo le contestaba:

—Gabriel quiere bailar con Mónica.

—Eso me gustaría verlo —dijo Estela sonriendo.

—¡Uy! Creo que esa batalla la tiene perdida, capitán Torres. Porque no vas a obligar a la niña a que baile con él, ¿verdad? —le preguntó Mónica a su marido abrazándose a su cintura.

Jorge cogió el mentón de su mujer y le dio un tierno beso en los labios.

«¿Qué le ocurre a toda esta gente? ¿De verdad son así de felices o es pura apariencia? Nunca había visto tantos besos y tantos arrumacos en mi vida. Bueno, en realidad nunca he estado con ninguna familia, así que no tengo ni idea de cómo se comporta una». La voz de Jorge lo devolvió a la realidad.

—¡Hey, muchacho! No te desanimes e inténtalo. Siempre hay una primera vez para todo.

—¿Por qué le dices eso? No creo que… —Jorge le puso el dedo en los labios a su mujer.

—Hubo una época en la que tú no quisiste bailar conmigo y mira hasta dónde hemos llegado. —Volvió a besarla, y Mónica suspiró y miró a su marido embelesada.

—Tienes razón. —Se volvió hacia Gabriel y le dijo—: Puedes intentarlo, pero recuerda una cosa antes de hacerlo: si le haces daño a mi hija, te mataré.

—Y yo también —dijo Jorge apoyando a su mujer.

—Yo con esa amenaza me lo pensaría dos veces, Mónica es peor que su marido. —José volvió a hacer que todos se rieran con esa broma.

—Si me disculpan. —Gabriel hizo una pequeña reverencia a las mujeres y se fue muy molesto.

—No te enfades, les gusta bromear, no es nada personal. —

Gabriel miró muy serio a Edu—. Ya veo que solo tienes una idea en la cabeza, así que te dejo solo, voy a ver si encuentro compañía. Suerte con Mónica, la vas a necesitar. —Edu se fue, dejándolo solo.

Gabriel buscó a Mónica con la mirada y su furia aumentó cuando la vio bailando con un muchacho, por supuesto un civil, ya que no llevaba uniforme. Tenía ganas de patearle el culo pues no dejaba de admirar el busto de Mónica, tal y como él había presentido que pasaría nada más verla con ese vestido. Unas ganas locas de acercarse a ella, ponerle su chaqueta abotonada hasta el cuello y arrancarla de los brazos de ese muchacho le nublaban la mente. Nadie tocaba ni miraba lo que le pertenecía, y Mónica tarde o temprano sería suya, de eso estaba totalmente seguro.

El mayor de sus problemas en ese momento era cómo conseguir que Mónica aceptara un baile con él, ya que no podía obligarla pues su padre se lo había dejado bastante claro, y ella no aceptaría su petición, eso también se lo había dejado bastante claro Mónica. De pronto una idea le vino a la mente y sonrió triunfal, puesto que el baile había terminado y Mónica estaba despidiéndose de su acompañante. Mientras se acercaba a ella pensaba: «Eso es, no podrás negarme un baile: me debes un beso».

***

Mónica estaba bailando con uno de sus pretendientes, uno de esos muchachos que bebían los vientos por ella. Él no paraba de hablar y ella no dejaba de mirar al capitán Torres sin prestar atención a nada de lo que decía su acompañante, pues solo tenía ojos para Gabriel y todos sus pensamientos rondaban en torno a él.

«¿Por qué? ¿Por qué no puedes dejar de mirar a ese hombre? Está hablando con papá y espero que no sea de mí. Está bien, tranquilízate. Papá nunca aceptaría una petición de baile de un militar, él nunca me haría eso. Pero entonces, ¿por qué viene hacia mí sonriendo y mirándome de ese modo? ¡Dios mío! Es tan guapo».

El traje de gala le sentaba como un guante; la chaqueta resaltaba sus anchos hombros y sus fuertes brazos, empequeñeciendo a todos los demás muchachos que intentaban cortejar a Mónica. El pelo largo y la barba de varios días le daban un aspecto bárbaro y varonil. El corazón de Mónica volvía a aletear descontrolado, pues sus ojos negros la penetraban hasta lo más profundo de su ser. Según se acercaba a ella, sus nervios aumentaban, parecía un lobo

acechando a su presa y Mónica sabía que no pararía hasta conseguir un baile.

Al terminar la música y alejarse su acompañante, Mónica se quedó paralizada, pues Gabriel no había apartado los ojos de ella y le hacía una seña con el dedo para que se acercara a él mientras caminaba hacia ella.

«Este hombre es un descarado, ¿quién se ha creído que soy para hacerme señas como a un animal?».

—He conseguido el permiso de su padre para bailar con usted —le informó cuando se plantó delante de ella—. ¿Va a seguir huyendo de mí? —le preguntó orgulloso de sí mismo.

Mónica miró a su padre y lo vio asentir con la cabeza, así que puso esa cara de enfado que hacía que Gabriel tuviera que contener la risa. Todos los demás, incluyendo a su madre, no dejaban de mirar la escena esperando que Mónica lo rechazara.

—Lo siento mucho, capitán Torres, pero que mi padre le haya dado permiso no quiere decir que yo quiera bailar con usted —dijo con una sonrisa sarcástica.

—Tiene dos opciones, Mónica: o baila conmigo o me da un beso. —Ella lo miró atónita—. Hicimos una apuesta, ¿lo recuerda? Si no conseguía el permiso de su padre, la dejaría en paz y no volvería a molestarla, pero si lo conseguía, me debía usted un beso. Aunque si baila conmigo olvidaré esa deuda.

—Usted no va a parar hasta que consiga ese baile, ¿verdad?

—No.

—Está bien, bailemos, pero esta será la primera y la última vez. —Mientras se acercaban a la pista de baile, él le pasó la mano por la cintura.

***

—Pues parece que ese muchacho, aparte de valor, tiene un poderoso influjo para conseguir que tu hija lo acepte —se sorprendió José.

—Tengo que averiguar qué le ha dicho, y si la ha obligado lo mataré.

—No digas tonterías, el muchacho va desarmado y todos sabemos que para obligar a Mónica a hacer algo tendría que ser a punta de pistola —bromeó Susan y todos se echaron a reír.

—¿Crees que ese muchacho es un buen partido, que es de fiar? —preguntó Mónica a su marido.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque si Mónica ha aceptado ese baile es porque le gusta y puedo entenderla: es un muchacho muy apuesto.

—¡Aaah! Sí que lo es —corroboró Susan.

—Creo que vas a tener que vigilar muy de cerca a ese joven —bromeó José—, tu hija corre peligro.

—Es militar, y como tal será respetuoso y responsable, o de lo contrario le arrancaré la piel a tiras. Además, por lo que sé le otorgaron una medalla por salvar a su compañía de una emboscada. ¿Y sabes cómo los rescató? Esperó a que se hiciera de noche y fue degollando a los soldados uno a uno hasta acabar con todos, y así poder liberar a los suyos.

—¡Dios mío! ¿De verdad crees que deberíamos dejar a la niña en manos de ese muchacho?

—Cariño, en el campo de batalla todos nos volvemos asesinos despiadados y crueles, o moriríamos en dos días. Si no los hubiera salvado, a todos les hubiera tocado el paredón.

—Sí, y para ser sincero siempre es mejor que te guarde las espaldas un hombre como él. Alguien que es capaz de matar a sangre fría para salvar a los suyos es un buen compañero, y si le dieron una medalla por eso, fue porque actuó como se espera de un soldado —aclaró José—. Además, yo he oído que se licenció con honores y que fue el mejor de su reemplazo, y eso que no viene de familia adinerada.

—Entonces, ¿podemos estar tranquilos con él si ronda a la niña? —preguntó de nuevo Mónica a su marido.

—¡Ay, mi vida! Yo no dejaría tranquilo a mi niña con nadie, pero prefiero que esté con un militar condecorado y con un buen expediente como Gabriel. Y no me importa que venga de una familia humilde, yo no nací siendo un Mendoza.

—Y yo estoy seguro de que, sabiendo quien es su padre, será muy cortés con ella si no quiere meterse en un buen lío. —Esta vez fue Sergio quien habló.

—Bueno, ¿por qué no cambiamos de tema y dejamos que los muchachos disfruten? —Jorge miró a Estela muy serio por su comentario—. Solo es un baile, no me mires así.

—Mi mujer tiene razón, dejemos que los muchachos se diviertan y vayamos a por unas copas —sugirió Sergio, empujando a Jorge y a su hermano hacia la mesa de las bebidas.



IV

Nube Blanca

Una vez en la pista de baile, Gabriel la estrechó fuerte por la cintura y la pegó a él, pero ella apoyó la mano libre en su hombro poniendo un poco de distancia entre los dos. Era la primera vez que Mónica tenía que levantar tanto el brazo al bailar con un hombre. Su padre y su hermano eran altos, pero él lo era aún más.

—¿Por qué no quiere bailar conmigo?

—Porque no me gusta relacionarme con militares.

—¿Por qué?

—¡Por Dios! Hace demasiadas preguntas.

—Ya le dije que cuando algo me interesa hago muchas preguntas. Y usted, ¿va a contestarme o va a seguir huyendo de mí toda la noche?

—¿Por qué quiere hacerme creer que le intereso si apenas acabamos de conocernos?

—Porque es usted la muchacha más bonita que he visto en toda mi vida. Porque sus ojos son increíblemente bellos. Porque me gusta su lado salvaje, su pelo suelto y revuelto, y porque desde que me dejó tirado en ese camino como un pasmarote, sorprendido y atónito por su forma de montar a caballo y cabalgar sin silla, no he podido dejar de pensar en usted. ¿Ve? A mí no me importa contestar a sus preguntas.

Mónica estaba fascinada por todas esas cosas que él le decía, su voz fuerte y varonil la aturdía y deseaba salir corriendo, pero al mismo tiempo ansiaba perderse en esos brazos fuertes y poderosos.

No entendía qué le pasaba con ese hombre, pero el corazón le aleteaba con tanta prisa que pensaba que iba a desmayarse.

—Yegua —dijo Mónica con un hilo de voz.

—¿Qué? —preguntó él sorprendido.

—No es un caballo, es una yegua.

Ese comentario era ridículo y ella lo sabía, pero los nervios la traicionaron y no supo qué decir. Gabriel le sonrió y, en ese mismo instante, ella fue consciente de que estaba perdida, de que jamás podría mirar a otro hombre y sentirse atraída, puesto que recordaría esa cara y esa sonrisa eternamente.

—Sí, Bella, lo recuerdo. Una yegua tan hermosa como su dueña.

—Quisiera agradecerle que no dijera nada de nuestro encuentro a mis padres.

—Su secreto está a salvo conmigo. Eso sí, prométame que nunca volverá a desatar mi silla, podría haberme partido la crisma. —Mónica se echó a reír dejando a Gabriel encandilado con su sonrisa.

—No exagere, solo necesitaba tiempo para huir. Usted era un completo desconocido y pudiera ser que sus intenciones no fueran honestas. Por eso tuve que distraerlo, si no lo hubiera hecho, usted me hubiera dado alcance con su caballo.

—Actuó con mucha inteligencia, eso no lo puedo negar. ¿Por qué no quiere que sus padres lo sepan?

—Porque no me dejan montar así. Dicen que un día voy a partirme el cuello, y tampoco quieren que salga de la plantación sola.

—Y tienen razón, no debería salir sola. Imagínese que en vez de encontrarse conmigo la hubieran encontrado unos cuatreros, ahora mismo lo estaría pasando muy mal. Además, montar sin silla es peligroso, podría resbalarse y caer.

—Bella nunca me dejaría caer.

—Confía usted mucho en su caballo. Perdón, en su yegua. —Ella sonrió.

«Es condenadamente bonita. Debo tener mucho cuidado, no puedo sentir nada por ella. No puedo permitirme ese sentimiento».

—Sí, Bella es increíble.

—¿Podríamos salir mañana a montar?

—Mis padres no nos dejarían.

—Yo no he dicho que sus padres tengan que saberlo.

—¿Se refiere usted a escaparnos juntos para montar solos? Eso… es imposible.

—No quiero pasear con usted formalmente. —Mónica lo miró con los ojos muy abiertos—. No se asuste, no me refiero a nada indecente, pero tampoco a esa clase de paseo en la que usted tiene que ir en una silla de montar, de lado, incómoda y sin poder correr

demasiado. Me refiero a uno salvaje donde usted cabalgue sin silla, a horcajadas y con su hermoso pelo al viento. ¿Qué me dice?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero cabalgar con usted.

—¿Cuándo va a dejar esa tontería de no querer relacionarse con militares?

—No es una tontería.

—Sí es una tontería, porque está rodeada de ellos.

—Pero aun así no pienso casarme con ninguno.

—¿Por qué?

—Porque no pienso pasarme la vida sufriendo como lo hace mi madre. El día que me case será con un civil, y solo si él acepta vivir aquí en Nube Blanca.

—¿Por qué en Nube Blanca?

—Porque es donde quiero pasar el resto de mi vida. Adoro este lugar y quiero vivir aquí.

—¿Cuántos años llevan sus padres casados?

—Más de veinte. ¿Por qué?

—¿Cuántas veces su padre ha participado en una guerra?

—Demasiadas. ¿Ahora está usted interesado en mis padres?

—No, solo quiero demostrarle una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que no todos los militares mueren en el campo de batalla, sobre todo cuando tienen una buena razón para volver a casa, como le pasa a su padre.

—Yo no…

—Usted se casará con un militar.

—Nunca…

—Te puedo asegurar que tendré una muy buena razón para volver a casa si tú estás esperándome. —Mónica lo miró con los ojos como platos al oírle decir esas palabras y esa manera de tutearla de pronto—. Si fueras mía, nada podría impedir que regresara a ti, Mónica. Ni las balas ni las bombas ni un ejército entero de enemigos podrían hacer que no regresara a casa si tú estuvieras esperándome. —Mónica no podía hablar, estaba tan turbada por sus palabas que no podía reaccionar—. No necesito que me respondas ahora mismo, puedes pensártelo, ya lo harás cuando lo hayas asimilado.

—Yo… yo…

—Ahora no, Mónica, me responderás en la boda de tu hermano. Ahora quiero que me digas cuándo vamos a montar.

—Ya le he dicho que no…

—Hagamos una apuesta. Si consigo encontrarte y detenerte

cuando mañana salgas a montar, por fin me cobraré ese beso, y si no lo logro, nos olvidaremos de todo lo que te he propuesto esta noche y no volveré a molestarte.

—No pienso decirle cuándo salgo a montar.

—No es necesario.

—No sé si…

—Cuando te conocí me dijiste que nunca perdías una apuesta y yo he conseguido que lo hicieras dos veces. ¿Crees que puedes seguir sin perder una apuesta o tienes miedo?

—Yo no tengo miedo.

—Demuéstrame…

No pudo terminar de hablar ya que fueron interrumpidos.

***

Mientras bailaban sus padres no les quitaban el ojo de encima.

—Vaya, pues parece que ese capitán ha conseguido lo que ningún otro ha podido conseguir. ¿Cuántos bailes llevan ya? —preguntó Estela.

—Pues no sé, pero por lo menos dos —contestó Susan.

—¡Esto ya es el colmo! —gritó Jorge.

—No seas gruñón, y recuerda cuántos bailes bailamos tú y yo seguidos la primera vez —dijo Mónica.

—Lo recuerdo, mi vida —le sonrió Jorge—, pero quiero bailar con mi hija y no entiendo cómo tú estás tan tranquila.

—Como bien has dicho antes, es un militar y por eso podemos confiar en él. Quiero ver a mi hija casada y feliz y que olvide esa tontería de no casarse con un militar, porque si continúa así, temo que se convierta en una solterona amargada.

—Eso no va a ocurrir, pero aun así creo que llevan demasiado tiempo bailando y voy a remediarlo.

—Eres un papá muy posesivo, ¿lo sabías? —bromeó José haciéndoles reír.

—Puede que tengas razón. —Mientras decía eso Jorge se alejaba del grupo para ir hacia la pista de baile. Cuando llegó hasta ellos dijo, tocando el hombro de Gabriel—: Creo que este baile es mío, señor Torres. Si sigue bailando con mi hija, las malas lenguas empezaran a chismorrear.

Gabriel clavó sus ojos negros en Mónica. Ella podía ver en su rostro que estaba molesto por la interrupción y rezaba para que no se resistiera, pues su padre no le permitiría un solo reproche.

Gabriel, con un gran esfuerzo, hizo una reverencia a Mónica y besó su mano.

—Tiene usted toda la razón, general, y por eso le pido disculpas. Se me fue el santo al cielo —añadió con una sonrisa—. Pero no puede negarme que ante tanta belleza cualquier hombre perdería la noción del tiempo.

—No, no puedo negártelo. Lo que no puedo entender es qué has hecho para que mi hija la pierda, eso es lo más extraño.

—Bueno, hablo demasiado, quizás más bien esté aturdida.

Jorge no pudo evitar echarse a reír. Gabriel se alejó con una pequeña reverencia. Mónica seguía mirándole mientras su padre empezaba a bailar con ella.

—Debes disimular tus emociones, cariño. Si sigues mirándole así, se lo pondrás demasiado fácil.

—No digas tonterías, ese hombre no me interesa en absoluto. Además, es militar y no entiendo por qué has permitido que bailara con él.

—Es listo y me lo pidió de un modo que no pude negarme. Pero tú debiste rechazarlo si no querías bailar con el… ¿Te forzó de alguna manera? Porque si es así ahora mismo…

—Tranquilo, él no me ha forzado a nada. Si lo acepté es porque es nuestro invitado y no quería dejar a mi hermano en mal lugar.

—¿Estás segura? Sabes que yo jamás consentiría que nadie te obligara a hacer nada, ¿verdad?

—Lo sé, pero eso es algo que no podrás evitar una vez me case. Por mucho que hayan cambiado las cosas, las mujeres seguimos perteneciéndole al marido y debemos obedecer en todo.

—Eso será por encima de mi cadáver. Aunque te cases siempre podrás contar conmigo, y jamás dejaré que un hombre te haga daño, por más que se convierta en tu marido. Además, la prueba la tienes en tu madre: ella es la que manda en esta casa.

Mónica se echó a reír.

—Eso es porque tú eres demasiado bueno y mamá es indomable, y sabes que para doblegarla tendrías que matarla.

—Lo sé, pero tú has sacado su carácter, eres fuerte y rebelde como ella, y estoy seguro de que nunca dejarás que un hombre te domine. Te confesaré algo: cuando un hombre se enamora de una mujer la quiere tal y como es, no intenta cambiarla porque entonces la mujer que ama desaparece. Por eso tu madre es como es, porque yo me enamoré de su fuerza y su rebeldía, y jamás quise que cambiara.

—Te quiero, papá, eres el mejor. —Mónica le dio un beso a su padre.

—Yo también te quiero, cariño.

***

Cuando la fiesta terminó y todos los invitados se habían marchado, los Mendoza estaban al pie de la escalera con Gabriel.

—Moisés, acompaña al señor Torres a su alcoba y ayúdale en todo lo que necesite.

—Sí, señor.

Antes de irse, Gabriel se volvió hacia Mónica y cogiéndole la mano, la besó suavemente sin dejar de mirarla a los ojos.

—Buenas noches, Mónica.

—Buenas noches, capitán.

—Gabriel, por favor. Solo Gabriel.

Siguió sujetando la mano de Mónica hasta que Jorge le agarró de los hombros apartándole de su hermana.

—Anda, vamos a dormir. Si sigues así conseguirás que mi padre te eche a la calle —le advirtió—. Buenas noches a todos.

—Buenas noches. —Mónica se reía mirando a su hija, que por primera vez mostraba interés en un hombre—. Vamos, cariño, te acompañaré a tu alcoba.

Cuando llegaron a la habitación Mónica le preguntó a su hija mientras la ayudaba a desvestirse.

—¿Lo has pasado bien esta noche?

—Sí.

—¿Te gusta el capitán Torres?

—¡Mamá, por Dios!

—Mónica, soy tu madre, a mí no puedes engañarme. Nunca te había visto mirar así a un hombre. Es muy guapo, ¿verdad?

—Sí, pero es militar.

—¿Y eso qué importa?

—Sí importa, mamá. No quiero pasarme la vida como tú, llorando por papá cada vez que se va.

—Cariño, cuando tu padre se va la angustia que siento porque algo pueda pasarle es muy grande, y sí tienes razón, lloro y me pongo muy triste. Pero no cambiaría esa angustia por nada del mundo, porque cuando él regresa soy inmensamente feliz. Todos estos años a su lado han sido maravillosos y te puedo asegurar que si no hubiera conocido a tu padre, nunca hubiera sabido lo que es el verdadero amor. Cuando alguien se cuela en tu corazón no puedes permitirte el lujo de rechazarlo, porque puede que no tengas otra posibilidad de encontrarlo de nuevo. Además, ¿quién te puede asegurar que casándote con un civil estás libre de perderlo? Mira lo que pasó con Felipe, el vecino: el caballo se le desbocó y cayó al suelo y se partió el cuello, muriendo en el acto.

—¡Por Dios, mamá! No digas eso.

—Solo quiero que comprendas que el destino no se puede cambiar y que si tú estás predestinada a perder a tu marido lo harás, sea civil o militar. Eso no tiene nada que ver.

—¿Qué quieres decir? ¿Te gusta el capitán Torres?

—No, cariño. A mí no tiene que gustarme el capitán Torres, sino a ti. Elijas al hombre que elijas, nosotros lo aceptaremos. Pero es la primera vez que te veo mirar a un hombre como lo has mirado a él y no me gustaría que, por ese miedo a casarte con un militar, después te arrepientas al elegir el hombre equivocado. Escucha a tu corazón y olvídate de esos miedos absurdos. Ahora tengo que irme, piensa en lo que te he dicho.

Cuando su madre se fue Mónica se metió en la cama, pero no era capaz de dormir. Su cabeza era un remolino y no podía dejar de pensar en lo que su madre le había dicho, y tampoco en todas las cosas que Gabriel le había propuesto.

«Ese hombre o está loco o me tomaba el pelo. No se puede conocer a alguien y al rato proponerle matrimonio. No, debe estar loco y no pienso salir a cabalgar mañana con él. Prefiero no arriesgarme a perder de nuevo una apuesta con él, porque no pienso besarlo en mi vida».

***

—Y bien, ¿qué has averiguado? —preguntó nervioso Jorge cuando Mónica entró en la habitación.

—¿A qué te refieres?

Jorge le pasó los brazos por la cintura y se pegó a su espalda besándole el cuello mientras le desabrochaba el corsé.

—No disimules conmigo, sé que has acompañado a la niña para sacarle información. Cuéntame, ¿le gusta el capitán Torres? —Seguía besándole el cuello y acariciándole la espalda.

—¡Oh, sí! Tanto como a mí me gusta lo que me estás haciendo ahora mismo.

—¡Maldición! Mañana mismo lo echaré de aquí. —A Mónica le dio la risa.

—No sé por qué te pones así, me recuerda mucho a ti hace más de veinte años —dijo volviéndose hacia su esposo.

—¿Tan pesado era?

—Sí, general Mendoza —contestó mientras se colgaba de su cuello y lo besaba con mucha pasión—. ¿Por qué no dejas de hablar

y me haces el amor?

Jorge sonrió y la abrazó con más fuerza.

—Tus deseos son órdenes para mí, señora de Mendoza.

Jorge le devolvió el beso con tanta pasión que la dejó sin aliento, después la levantó en volandas y la llevó hasta la cama para fundirse en su cuerpo y arder con ella, con esa pasión y ese fuego que los abrasaba y derretía poco a poco como una vela. Porque después de tantos años el amor entre ellos no había disminuido ni un poquito, seguía vivo como el primer día y él seguía siendo el fuego que la consumía.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó después de hacer el amor, abrazada y relajada entre los brazos de su marido—. Daría mi vida porque Mónica encontrara a un hombre que la quisiera la mitad de lo que tú me quieres a mí, con eso estaría más que satisfecha.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque tu vida me pertenece.

—Eso es cierto. —Mónica le sonrió y lo besó, diciéndole—: Te amo.

—Yo también te amo, mi vida.



V

Nube Blanca

Al día siguiente, todos estaban sentados en la mesa para desayunar. Todos, menos Mónica.

—¿Qué le ocurre a Mónica? —preguntó Jorge.

—Se ha levantado con jaqueca y no piensa levantarse de la cama, eso me dijo Cata cuando vi que bajaba su bandeja del desayuno.

«Ya, y yo voy y me lo creo. Seguro que no quiere verme y tampoco quiere cabalgar conmigo», pensó Gabriel enfadado por la descortesía de Mónica.

—Es una lástima, tendrás que despedirme de tu hermana porque en cuanto termine de desayunar me marcharé al cuartel.

—¿Por qué no te quedas un poco más? —le propuso Jorge.

—No, será mejor que regrese hoy mismo.

—¿Volverás para la boda de mi hijo? —preguntó el general.

—Sí. No me la perdería por nada del mundo, señor.

—Entonces estaremos muy complacidos de volverle a tener en esta casa. —Esta vez fue Mónica la que le habló con una sonrisa.

—Para mí también será un verdadero placer hospedarme de nuevo en su casa, señora.

—Bien, pues empecemos a desayunar. Te queda un largo viaje, muchacho, y cuanto antes salgas, antes llegarás —le aconsejó el general.

***

Mónica salió de su habitación en cuanto Cata le dijo que el capitán Torres se había marchado, reuniéndose con sus padres y su hermano en el porche, donde tuvo que aguantar las burlas de su hermano.

—¿Qué ocurre, hermanita? ¿Te asusta el capitán Torres?

—¿Por qué tendría que asustarme?

—Porque justo sales de tu alcoba cuando él se ha marchado, y creo que te asusta porque te atrae. Todos nos dimos cuenta ayer de que, sin querer bailar con él, al final lo hiciste. Y ¿cuántos bailes fueron? —preguntó burlón—. Nunca has repetido baile con nadie y con él fueron dos o tres. Eso me demuestra que estabas tan a gusto entre sus brazos que no te dabas cuenta de lo que pasaba a tu alrededor.

—Déjame en paz, si no he bajado antes ha sido porque me dolía la cabeza y ahora me siento mucho mejor.

—¡Ya, ya! ¿A quién quieres engañar?

—Deja en paz a tu hermana, Jorge —le reprendió su padre.

—Tú como siempre apoyándola, papá. Pero ha sido muy descortés con Gabriel. Él no es tonto y, al igual que nosotros, ha debido darse cuenta de que Mónica fingía dolor de cabeza para no tener que verlo.

—Tu hermano tiene razón, hija, debiste bajar para despedir al capitán Torres.

—Estoy segura de que le habréis dado la despedida que se merece y se habrá ido muy contento gracias a vosotros.

—Espero que cuando vuelva para mi boda seas un poco más amable —le advirtió su hermano.

—Lo intentaré —dijo enfadada poniendo esa cara tan peculiar en ella.

Su padre se rio ya que, al igual que a Gabriel, ese gesto le hacía mucha gracia.

—Sí, claro, tú ríele las gracias. Si sigue comportándose así, acabará siendo una salvaje —le reprendió Jorge—. Mamá, por favor, ¿me acompañas a probarme el traje? —le preguntó a su madre aún enfadado por el comportamiento de su hermana hacia Gabriel.

—Pues claro que sí, cariño. Ve preparando el carruaje, voy a arreglarme.

Mónica se sentó en las rodillas de su padre y se acurrucó en sus brazos buscando consuelo. Acababa de darse cuenta de que en unos pocos días sería la boda de su hermano y volvería a ver al capitán Torres, y eso la ponía nerviosa y de mal humor. Su hermano tenía razón, se había comportado como una niña malcriada encerrándose en su habitación para evitar encontrarse de nuevo con el capitán y

nada impediría que para la boda tuviera que volver a verlo. Pero los abrazos de su padre siempre la relajaban, como en ese momento.

—¿Crees que el capitán Torres estará molesto conmigo?

—¿Te importa que lo esté? —preguntó su padre acariciándole el pelo.

—No demasiado —confesó haciendo reír a su padre.

—¿Quieres que le prohíba volver a bailar contigo en la boda de tu hermano?

—¿Por qué crees que querrá volver a bailar conmigo después del desplante que acabo de hacerle al no bajar a despedirme de él? Estoy segura de que ni siquiera volverá a mirarme a la cara.

—¡Aaay, cariño! A los hombres nos gustan las mujeres difíciles y estoy seguro de que Gabriel estará ansioso por volver a verte.

—¡Papá! No digas eso.

—¿Por qué no? Si es la verdad. Eres la muchacha más bonita del mundo y cualquier hombre que te conozca querría volver a verte, de eso puedes estar segura. Y si no ya verás cómo lo primero que hará Gabriel en la boda de tu hermano será pedirme permiso para bailar contigo, aunque aún no sé qué debo contestar.

«Pues que no, no quiero bailar con él. Pero ¿y si no se conforma con un no como la otra noche? Ese hombre es capaz de insistirle a mi padre y con el poco aguante que tiene mi padre… No, será mejor que…».

—Mónica, ¿qué quieres que le diga?

—Tendré que ser cortés con él esta vez, sino Jorge se pondrá hecho un basilisco.

—¿Entonces?

—Creo que podré bailar una vez más con el capitán Torres para que mi hermano no reciba quejas de sus amigos.

—Como quieras, pero si cambias de opinión solo tienes que decírmelo.

—Gracias, papá. —Mónica le dio un beso a su padre acariciando su cicatriz y se quedó un rato más acurrucada en sus brazos disfrutando de ese momento.

Para Jorge, las caricias de su hija surtían el mismo efecto que las de su madre: eran como un bálsamo reparador que le procuraban una paz infinita.

***

Un rato más tarde salió a cabalgar con Bella para olvidarse del

capitán Torres, ya que no había dejado de pensar en su próximo encuentro y cada vez se ponía más nerviosa.

Montar la ayudaba a descargar la tensión. Pero, de pronto, frente a ella vio a un jinete galopando en su dirección y se quedó petrificada al reconocer el caballo: era un pura sangre gris como una noche de tormenta.

«No puede ser, es Gabriel. ¡Dios mío! ¿Qué hace ese hombre aquí? Ya debería estar en el cuartel».

Mónica reaccionó y dio media vuelta para marcharse como alma que lleva el diablo. Sabía que si él la cogía esta vez sí se cobraría el beso, y estaba segura de que él había estado toda la mañana esperando para eso. Mientras galopaba no dejaba de mirar a su espalda continuamente y podía ver cómo él se acercaba cada vez más. La velocidad de su pura sangre no podía compararse con la de Bella, pero podía presentar una buena batalla, ya que su yegua tenía mucha agilidad. En cuestión de segundos, Atila había alcanzado a Bella y Gabriel cogía sus riendas, deteniéndola con suavidad.

—¡Te atrapé! —dijo Gabriel con una sonrisa.

—Devuélvame las riendas y déjeme marchar —le ordenó ella molesta.

—Te he estado esperando toda la mañana, Mónica. No deberías ser tan arisca.

—Ha estado usted perdiendo el tiempo, no quiero hablar con usted y tampoco quiero que me tutee.

Gabriel desmontó del caballo, se acercó a ella, la tomó de la cintura y la bajó de la yegua, mientras ella forcejeaba para que la soltara.

—Solo quiero cobrar mi apuesta…

—Ni se le ocurra.

—¿Me darás un beso o tendré que hacerlo yo?

—¡Está bien, está bien! —gritó asustada al pensar que fuera él quien la besara—. Una apuesta es una apuesta: yo he perdido, yo le daré el beso. —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla poniéndose colorada. Le preguntó muy seria y con esa cara de enfado que empezaba a enloquecer a Gabriel cada vez que la ponía—: ¿Está usted satisfecho?

—Pues, en realidad, no. ¿Llevo toda la mañana esperándola solo para esto?

—Ese es su problema, nadie le pidió que esperara —dijo con mucha soberbia—. Yo he pagado mi apuesta y le he dado un beso…

—¿Eso es un beso?

—Sí, eso es un beso.

—No. Esto es un beso.

Sin darle tiempo a nada se abalanzó sobre ella y, cogiendo su cara entre sus enormes manos, se apoderó de su boca. Sus cálidos labios rozaban los de ella una y otra vez suavemente, dejándola sin respiración y haciendo que su corazón empezara a aletear como si miles de mariposas revolotearan a su alrededor. Sin apenas darse cuenta, abrió la boca para él invitándole a entrar, pero cuando se tropezó con su lengua, se asustó por esa nueva sensación y retrocedió. Pero Gabriel era insistente y no iba a dejar que ese baile que acababa de empezar entre ellos cesara hasta no estar saciado de ella. Así que la abrazó con firmeza y colocó una mano detrás de su cabeza para evitar que ella pudiera retroceder. Entonces volvió a atacar abriendo más sus labios y entrando con más fuerza dentro de ella. Con su gran experiencia y el gran número de mujeres que habían pasado por su cama, le era muy fácil seducir y enloquecer a una damisela inexperta como Mónica. Sabía cómo hacerle perder el sentido.

Mónica estaba en una nube, su cuerpo no tenía fuerzas. Era como si flotara y los fuertes brazos de Gabriel la sostuvieran para que no cayera. Con cada caricia que su lengua recibía sentía pequeñas descargas eléctricas que la hacían estremecer. Él se movía lentamente despertando en ella el deseo y poco a poco sus besos se volvieron más exigentes, obligándola a reaccionar de la misma manera con la que él la besaba, ardiente y apasionadamente.

Gabriel no estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres como Mónica, mujeres a las que tuviera que respetar, por eso cometió un gran error. La pasión inocente que él despertaba en Mónica le hizo perder el control y sin darse cuenta la tumbó en la hierba. Subiéndole la camisa, acarició sus pechos, unos pechos grandes y plenos que llenaron por completo su enorme mano. Gabriel no podía creer que esa muchacha aún no tuviera los dieciocho, pues ese cuerpo que yacía debajo de él era perfecto y le hacía perder la razón. Cada curva, cada línea estaba hecha para él, y sus manos no podían dejar de acariciar ese cuerpo tan deseable, tan suave como el terciopelo.

Mónica estaba extasiada por los besos y las caricias de Gabriel. Era como si hubiera perdido la voluntad y por más que su mente le gritaba que huyera, su cuerpo no respondía. Hasta que sintió cómo Gabriel le desabrochaba el pantalón, metía su mano por dentro de su ropa, acarició sus pequeños rizos y bajó mucho más abajo, a su punto más sensible, un punto que nunca nadie había tocado y que ni siquiera ella misma sabía que fuera tan vulnerable. En ese mismo instante se rompió la magia y llegó la tensión, que Gabriel percibió inmediatamente, pero como estaba tan deseoso por ella, para que no cesara ese momento se puso encima de Mónica, esperando que

ella deseara más al sentirlo tan cerca y que no pusiera fin a ese instante tan maravilloso. Pero el efecto resulto ser totalmente contrario, pues Mónica, asustada, lo empujó sin demasiado resultado. Cuando volvió a intentarlo él liberó su boca y la miró fijamente, y lo que vio lo dejó descompuesto. Sus labios estaban hinchados y rojos por ese largo rato que llevaban besándose sin descanso, pero sus ojos estaban húmedos y las lágrimas amenazaban con desbordarse. En su rostro se reflejaba el miedo.

—No te asustes, Mónica. No voy a hacerte daño.

—Quiero irme. Por favor, déjeme marchar.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer, pues Mónica estaba asustada, e inmediatamente se incorporó y la ayudó a levantarse.

—Mónica, lo siento.

—¡No me toque! —le gritó cuando intentó acercarse de nuevo. Se arregló la ropa y se volvió hacia Bella, y con esa gracia que solo ella podía tener, palmeó el trasero del animal diciéndole—: Vámonos, Bella. —Cuando el animal se agachó, Mónica subió. Antes de marcharse y sin decir adiós, le gritó—: ¡Maldito sea, capitán! ¡No vuelva a acercarse a mí nunca más!

Gabriel otra vez se quedó plantado y más desolado que nunca. Haber tenido a Mónica entre sus brazos de esa manera y de pronto perderla tan bruscamente era muy desalentador, el vacío era muy grande y se sentía desnudo. Lo había estropeado todo, Mónica no era de esa clase, no podía tirarla en la hierba e intentar hacerle el amor, como a una vulgar prostituta.

«Soy un estúpido. ¿Qué pretendía? ¿Arrebatarle la virginidad en medio del campo? Si no lo arreglo ahora mismo, la perderé para siempre».

Gabriel subió al caballo y empezó a galopar como un loco para alcanzarla. Cuando lo consiguió y la obligó a parar, ella bajó de un salto y echó a correr huyendo de él, pero Gabriel enseguida se puso a su altura y, al volverla hacia él, quedo fascinado. Su pelo revuelto, sus labios todavía enrojecidos y esos ojos de un violeta intenso lo cautivaron. Estaba asustada y llorando, y él no pudo evitar abrazarla con fuerza.

—¡Ssshhh! Lo siento, lo siento, lo siento, perdóname. No quise asustarte, no quise llegar tan lejos. No sé qué me pasó, pero es que me vuelves loco, mi pequeña salvaje.

—¡Suélteme!

—No, porque si lo hago no querrás volver a saber nada más de mí y necesito que me escuches.

—Suélteme…

—No estoy acostumbrado a muchachas como tú. Sé que eso no

es excusa y solo puedo decir en mi defensa que cuando empecé a besarte, sentí algo que nunca había sentido con ninguna otra mujer, así que no pude parar.

—Yo no soy una más de sus fulanas, no puede tirarme al suelo y… —Su voz temblaba y su cuerpo también.

—Lo sé, lo sé, y te juro por Dios que no volverá a ocurrir.

Su mentón reposaba en la cabeza de ella mientras intentaba tranquilizarla sin dejar de abrazarla, hasta que la escuchó decir:

—No volverá a ocurrir, porque nunca más se lo voy a permitir.

Gabriel se apartó lo suficiente como para coger su mentón y obligarla a mirarlo, clavando su negra mirada en ella.

—Escúchame, Mónica. Nunca dejo algo a medias y lo que hay entre nosotros solo acaba de empezar. Soy constante, tenaz y posesivo, y te puedo asegurar que acabarás siendo mi esposa. Porque después de lo que ha pasado hace un momento entre nosotros y de cómo te he sentido mía, sé que me perteneces y no dejaré que otro hombre te toque.

—Pero…

—Ssshhh, no digas nada. Faltan dos semanas para la boda de tu hermano, entonces me darás una respuesta. —Bajó lentamente la cabeza y volvió a besarla, pero esta vez su beso fue muy distinto, fue suave, tierno y muy delicado—. Tengo que irme.

Se alejó de ella, subió al caballo y, guiñándole un ojo, dio la vuelta y empezó a galopar a toda velocidad.

Esta vez fue Mónica la que se quedó como un pasmarote viéndole partir, el corazón aún le latía con fuerza y no podía creer lo que había ocurrido. Se sentó en el suelo y se apoyó en el árbol intentando calmarse antes de volver a casa. No se sentía en condiciones de ver a nadie y mucho menos de que le preguntaran por su estado, porque si cerraba los ojos aún podía sentir los besos y las caricias de Gabriel por todo su cuerpo. No podía entender cómo le había gustado tanto todo lo que ese hombre había provocado en ella, todas las sensaciones que había descubierto entre sus brazos.

«No, no, no, no. Basta. No puedo seguir pensando en eso, tengo que olvidarme de ese hombre, tengo que olvidarme de lo que ha pasado. No quiero casarme con un militar, no quiero pasarme la vida llorando por él. No, no pienso hacerlo, hablaré con mi padre, le diré que le prohíba que se acerque a mí y me olvidaré de él».

Resultó más difícil de lo que jamás pudo imaginar porque después de ese encuentro con Gabriel, después de haber estado entre sus brazos, después de haber probado su boca, no fue capaz de hacer otra cosa en esas dos semanas excepto pensar en él. Se acostaba y no podía dormir pensando en él, se despertaba y solo pensaba en él, y por más que quisiera evitarlo, su mente volaba

hasta ese pequeño claro en el bosque donde Gabriel casi la había hecho suya. Solo deseaba una cosa: volver a sentir todas esas emociones y solo en los brazos de Gabriel, pues inmediatamente se dio cuenta de que, como bien le había dicho él, ningún otro hombre que no fuera él podría volver a tocarla.



VI

Nube Blanca

Habían pasado dos semanas y Mónica estaba de los nervios arreglando el velo de Estela.

—¿Qué te pasa? Estás más nerviosa que yo, y eso que soy yo la que se casa.

—Lo siento, perdona. Pero no sé si puedo hacer algo en condiciones hoy.

—¿Estás nerviosa por Gabriel?

—Sí, no puedo evitarlo. Cuando ayer mi hermano me dijo que se quedaba en casa de Edu porque aquí tendríamos mucho lío con la boda, sentí alivio. Pero al mismo tiempo, me molestó. Me molestó que no quisiera venir inmediatamente a verme después de lo que pasó entre nosotros la última vez. Y ahora solo de pensar que está ahí abajo y que voy a verlo… ¡Dios! Quisiera echar a correr y desaparecer. ¿Crees que es normal lo que me está pasando?

—Supongo que sí, por lo que me contaste y hasta donde llegasteis la última vez, es normal que estés de los nervios. Yo voy a casarme con tu hermano y aún no me ha tocado de esa manera. Besarme sí, pero tocarme como él te tocó, nunca. Y como tu padre llegara a enterarse, ya puede echar a correr porque será hombre muerto.

—Está bien, no hablemos más de eso, que me pongo todavía más nerviosa. Estás guapísima, cuando mi hermano te vea se va a morir.

—¡Calla, por Dios! ¡No digas eso!

—Es broma, mujer —dijo riéndose al ver la cara de susto de su

futura cuñada.

***

La ceremonia se celebró en el jardín de los Mendoza. Un enorme arco lleno de flores de variados colores adornaba el altar y a los novios se les veía muy felices. Después de darse el «sí, quiero» y de las felicitaciones, todos los militares, incluyendo a Edu y a Gabriel, habían formado un pasillo y habían desenvainado sus espadas formando un arco para que los novios pasaran por debajo. Era una tradición que se hacía para desearles buena suerte y así asegurarse de que el esposo siempre regresara a casa.

Mónica rezaba para que así fuera y que su hermano siempre regresara con Estela. Se decía esperanzada que, si su madre y su padre habían pasado por ese arco en su primer matrimonio y gracias a Dios él siempre regresaba, podía ser cierto que diera buena suerte.

Los novios habían empezado el baile y todos miraban cómo bailaban en el centro de la pista, excepto Mónica, que no podía evitar buscar a Gabriel con la mirada, hasta que lo localizó hablando con Edu. Cuando él la miró, como si presintiera su mirada, y le dedicó una sonrisa arrolladora, cientos de mariposas revolotearon en su corazón nuevamente, obligándola a bajar la mirada avergonzada.

«¡Dios mío! Que no se acerque, por favor, porque si no voy a empezar a temblar. ¿Por qué es tan condenadamente guapo y arrogante?».

Al terminar el baile de los novios, José se acercó y le pidió un baile, a lo que ella aceptó encantada para así evitar bailar con Gabriel.

—Hoy estás tan hermosa que todos los hombres van a querer bailar contigo.

—Anda, no seas exagerado.

—No soy exagerado. Si no fuera porque sé que no tengo ninguna oportunidad, te pediría matrimonio ahora mismo. —José de pronto la acercó a él dejándola muy pegada a su pecho—. Mónica, ¿nunca me vas a dar una oportunidad? Aunque sea una pequeñita para demostrarte lo mucho que te quiero y lo feliz que puedo llegar a hacerte.

—José, por favor.

—Mónica…

—¡No! Tú sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti. Te quiero muchísimo, pero no de la forma que tú quieres que te quiera, y eso nunca va a cambiar. Lo siento mucho, José, pero esta conversación la hemos tenido muchas veces y la contestación siempre va a ser la misma. ¿Por qué no lo aceptas de una vez? Eres mi mejor amigo y no me gustaría que eso cambiara, no soportaría perderte como amigo.

—Está bien, tienes razón. —Aflojó su abrazo y se separaron un poco—. Es que no sé si alguna vez voy a darme por vencido. Pero no te preocupes, porque por más veces que me rechaces, jamás podrías dejar de ser mi amiga. Te quiero demasiado para eso.

—Pues si de verdad eres mi amigo, deberías hacerme caso y buscar una muchacha que te quiera… ¡No puedo creerlo! —gritó Mónica mirando hacia la puerta. Se soltó de los brazos de José para echar a correr y se abrazó al hombre que acababa de entrar, diciéndole—: Por fin has vuelto, he pasado tanto miedo por ti. ¿Estás bien? ¿Te han herido? —le preguntó mientras revisaba con la mirada cada parte de su cuerpo.

—Estoy bien, Mónica, he vuelto de una pieza. Deja de preocuparte tanto, aunque me encantan tus abrazos —bromeó abrazándola con fuerza.

De pronto, todos acudieron a él haciendo lo mismo que Mónica, abrazarlo y darle la bienvenida, aunque el más emotivo de todos fue el abrazo de su madre. Susan no pudo evitar echarse a llorar cuando por fin lo tuvo de nuevo entre sus brazos.

—¡Oh, Dios mío! Tenía tantas ganas de que volvieras.

—Mamá, por favor, deja de llorar. Estoy bien.

Estaba limpiando las lágrimas de su madre cuando su padre llegó y lo envolvió en un fuerte abrazo junto a su mujer, que seguía llorando.

—¿Ya has hecho llorar a tu madre? —bromeó.

—No seas tonto, él no me ha hecho llorar. Soy yo, que soy una sentimental.

—Sí, y esto es una fiesta. Si sigues llorando, tendré que irme otra vez. Vamos, he venido a divertirme, y dejadme saludar a los novios para darles la enhorabuena, por favor.

—Así se habla. —José pasó el brazo por los hombros de su hijo —. Vamos a buscar una copa, seguro que no nos cuesta mucho encontrar a los novios.

***

Gabriel observaba a Mónica bailar con José, estaba preciosa con ese vestido color turquesa, pero para el gusto de Gabriel su escote seguía siendo demasiado pronunciado. Podía ver cómo José lo miraba y empezaba a perder los nervios al ver cómo este apretaba a Mónica contra su pecho en un fuerte abrazo, mientras le hablaba muy cerca del oído.

—Es tu primo, pero te juro que, si sigue acercándose más a Mónica, voy a matarlo. —Edu soltó una carcajada—. No te rías, estoy hablando en serio.

—Tranquilo, capitán. Por más que mi primo babee ante Mónica, no tiene nada que hacer, ella nunca aceptará sus proposiciones. Para Mónica es algo así como un hermano.

—¿Crees que está proponiéndole algo?

—Pues claro, lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre? —preguntó muy molesto.

—Que se case con él.

—¡¿Qué?!

—Tranquilo, ella también le contestará lo mismo de siempre. —Edu estaba divirtiéndose bastante al ver a su amigo tan alterado.

—¿Y qué se supone que le contestará?

—Pues que no. —Edu no pudo evitar echarse a reír al ver la cara de su amigo.

—Te estás divirtiendo, ¿verdad?

—Pues sí, mucho. Me parece divertidísimo verte así por una muchacha. Creía que no querías atarte a ninguna chica y mírate, muerto de celos porque mi primo corteja a Mónica.

—No estoy celoso.

—¡Nooo, qué va! Tienes mirada asesina y va dirigida a mi primo, yo creo que eso son celos.

—No son celos, pero te juro que, si tu primo vuelve a mirarle el canalillo a Mónica, lo mataré.

Edu volvió a reírse a carcajadas.

—Tendrías que matar a todos los hombres de la fiesta, no creo que ninguno haya podido evitar admirar su escote. Es muy joven, pero tiene un busto increíble para su edad. Hasta a mí se me van los ojos cuando bailo con ella.

—Entonces no vuelvas a bailar con ella o tendré que matarte a ti también.

Parecía una broma, pero Edu sabía que hablaba en serio.

—¿Por qué te ha dado tan fuerte? Prácticamente acabas de conocerla.

—No lo sé, solo te puedo decir que es la muchacha más bonita que he tenido el gusto de conocer y después de lo que pasó el otro día en el bosque, no puedo dejar de pensar en ella. Nunca he tenido

a una mujer así entre mis brazos y quiero que sea mía.

—Mira, lo que hiciste el otro día fue muy imprudente y si Jorge se entera, te matará. No puedes revolcarte con Mónica en el suelo como si fuera una golfa.

—Lo sé, lo sé. Pero si sigo vivo es porque Mónica no ha dicho nada, ¿verdad?

—Tienes suerte de que Mónica no quiera cazarte, porque si no a estas alturas estaríamos celebrando doble boda.

—¿Por qué crees que Mónica no ha dicho nada?

—Porque no quiere casarse con un militar, ¿recuerdas? ¿Sabes lo que más me molesta?

—No.

—Que pensé haber encontrado a otro compañero de parranda y resulta que eres igual que Jorge. Te enamoras y me abandonas a la primera de cambio.

—No te quejes tanto, ya te lo recordaré el día que encuentres a esa muchacha que te robe el corazón. Seguro que eres peor que Jorge y yo juntos.

—¡Ja, ja! No creo que eso lo vean tus ojos, no creo que haya mujer en el mundo que pueda hacer que deje mis correrías para estar atado solo a una. Eso debe ser muy aburrido ¿no?

Cuando Gabriel vio a Mónica correr hacia un militar y lanzarse en sus brazos para besarlo, todo el cuerpo se le puso en tensión. Era un hombre más o menos de su misma edad, también era alto y musculoso, aunque no tanto como él, rubio, ojos azules y bastante apuesto.

—Para no gustarle los militares, siempre está en brazos de alguno —dijo muy enfadado—. ¿Quién es ese? ¿Otro del que tengo que preocuparme?

—No, ese es mi hermano. Gracias a Dios que ha venido, mi madre estaba histérica. Te lo conté el otro día, estaba en una misión, ¿recuerdas?

—Sí.

—Se fue hace casi tres semanas, por eso están todos tan contentos. Ven, vamos a saludarle.

Los hombres estaban tomando una copa, Edu y Gabriel se unieron al grupo.

—Hola, hermano, me alegra que hayas regresado sano y salvo. —Mientras hablaba se daban un gran abrazo.

—Hola, Eduardo, te he echado de menos.

—Quiero presentarte a mi amigo, el capitán Torres. Él es Alberto, mi hermano. Tenéis el mismo rango.

—Encantado, capitán Torres —dijo Alberto, ofreciéndole la mano.

—Es un placer. —Gabriel estrechó su mano con un fuerte apretón—. Su hermano me ha hablado mucho de usted.

—Espero que bien.

—Puede estar tranquilo, todo eran elogios. Se nota que siente un gran respeto y admiración por usted.

—Vamos, Gabriel, tampoco te pases. A veces es muy pesado —bromeó.

—Sí, pero seguro que me extrañaste. ¡Confiésalo! —Mientras hablaba rodeaba su cuello con el brazo apretándole levemente para molestarlo como cuando eran pequeños.

—Está bien, sí te extrañe. Ahora, suéltame. —Edu sonreía mientras fingía estar molesto.

—¿Por qué no dejáis de bromear y nos cuentas cómo están las cosas por ahí arriba? —le preguntó su padre.

—Mal, las cosas están muy calientes y hay muchas revueltas, creo que se va a liar una buena. Pero estamos de celebración, mi prima se ha casado y quiero bailar con la novia más bonita que he visto nunca. Para eso he venido. —Le ofreció la mano a Estela y añadió, dando unas suaves bofetadas a Jorge—: Tienes mucha suerte, te llevas una joya.

—Lo sé. ¿Por qué crees que me he casado?

—Eso sí, trátala bien o te las tendrás que ver conmigo.

—Anda, primo, no exageres y bailemos —dijo Estela arrastrando a su primo hasta la pista.

Mientras se dirigían a la pista de baile todos los miraban y cuando el grupo empezó a disolverse Mónica sintió una mano cogiendo la suya. Al darse cuenta de que era Gabriel quien le cogía la mano, todo su cuerpo empezó a temblar y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Intentó alejarse, pero él no soltaba su mano y de un tirón la volvió a poner a su lado. Después, se dirigió a su padre.

—General Mendoza, ¿me daría usted su consentimiento para bailar con su hija?

Jorge no podía dejar de mirar cómo ese hombre aferraba la mano de Mónica y estaba muy sorprendido por su valentía. Ninguno se atrevería a tocarla de esa manera sin antes pedirle permiso a él, ya que solo se les permitía a las parejas que estaban comprometidas. Se volvió para mirar a su hija, que empezaba a ruborizarse, esperando una negativa por su parte. Si ella le pedía que la salvara de esa situación, ese muchacho iba a arrepentirse toda su vida por su atrevimiento.

—Mónica, cariño, ¿deseas bailar con el capitán Torres?

Mónica sentía que sus mejillas ardían.

«¿Qué pretenden estos dos, pelearse por mí? ¿Es que no se dan cuenta de que uno es mi padre y el otro… el otro…? ¿Qué es el

otro? ¡Dios mío! Así y conforme me tiene cogida, parece mi prometido. ¿Qué hago? Si digo que no, mi padre la va a liar y muy gorda, pero si acepto, estaré a su merced».

—Mónica, cariño —insistió Jorge.

—¿Sí?

—¿Quieres bailar o no?

Gabriel apretó su mano.

—Sí… sí, claro. Capitán Torres será un placer bailar con usted.

—Muchas gracias, general —dijo Gabriel, sonriendo complacido —. Y no se preocupe, cuidaré muy bien de ella.

—Más te vale, os estaré vigilando.

—¿Cómo se atreve a ponerme en esta situación? —le preguntó Mónica molesta cuando empezaron a bailar.

—¿A qué se refiere?

—¿Que a qué me refiero? ¿Sabe lo que hubiera pasado si me hubiera negado? ¿Por qué pretende molestar a mi padre?

—¿Cree que quiero molestar a su padre?

—Sí, eso parecía al cogerme de esa manera, parecía que quería provocarle.

—Pues se equivoca, solo pretendía que no tuviera la oportunidad de rechazarme.

—¿Cuántas veces he de decirle que no quiero relacionarme con militares?

—Pues para no querer hacerlo, siempre está abrazada a uno.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero al abrazo tan efusivo que le ha dado al capitán Serra.

—Él es de la familia, ha estado semanas fuera, y sí, me alegra verlo de nuevo. Además, a usted no le importa si abrazo a uno o a cien hombres.

Gabriel la aplastó contra su pecho cortándole la respiración y volvió a tutearla como cuando estaban en el bosque.

—Después de lo que ocurrió el otro día en el bosque, no me digas que no tengo derechos sobre ti, mi pequeña salvaje, porque si cierro los ojos aún puedo recordar el sabor de tu boca —ella empezaba a respirar con dificultad—, el calor de tu cuerpo —Mónica empezó a temblar al sentir su mano aprisionando su espalda y su aliento acariciando su cara—, y si hay algo que no puedo soportar es ver que otro hombre te toque, te abrace y te hable al oído. Y si José vuelve a mirar por encima de tu escote, lo mataré. También te agradecería que usaras vestidos más recatados, no me gusta que otros hombres admiren los pechos de mi mujer.

Mónica lo miraba con los ojos como platos.

—¿Cómo se atreve? —De pronto la soltó y, cogiendo su mano,

empezó a caminar abriéndose paso entre las parejas que ocupaban la pista de baile—. ¿Qué hace? ¡Suélteme!

Cuando llegaron a la terraza ella seguía insistiendo para que la soltara, pero él ni la soltaba ni dejaba de caminar arrastrándola tras él. Al dar la vuelta a la esquina del porche y quedar lejos de los ojos de la gente, Gabriel apoyó a Mónica contra la pared, cogió su cara entre sus manos y la besó con mucha pasión. Mónica sintió cómo se despertaban en ella todos esos sentimientos que vivieron en ese pequeño claro del bosque y que no había podido olvidar en esas dos semanas que habían estado separados. Por esa misma razón, le respondió con la misma intensidad, abrazándose a él y abriendo la boca para que él tomara todo lo que deseara. Y Gabriel perdió el sentido. Adoraba esa boca, esa boca dulce y refrescante, esa boca inocente y apasionada que lo volvía loco. Ninguno de los dos fue consciente del tiempo que llevaban ahí escondidos, perdidos en esa guerra de besos.

Mónica casi no sentía los labios y notaba que la barbilla le escocía, pues la media barba de Gabriel le hacía cosquillas y raspaba al mismo tiempo, pero le gustaba estar entre sus brazos, le gustaba lo que su boca le hacía sentir y no quería que parara. Gabriel liberó su boca y Mónica sintió cómo comenzó a trazar un camino descendente por su cuello con besos cálidos mientras su barba arañaba su delicada piel. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y con la poca cordura que le quedaba, le susurró:

—Gabriel… para… por favor. —Era la primera vez que le tuteaba y eso, sumado a la sensualidad de su voz, provocó que Gabriel estuviera a punto de perder la razón—. Por favor, no… no se te ocurra tirarme al suelo otra vez.

Esa suposición le hizo reír y volver a la realidad. Se apartó de ella y miró fijamente sus labios hinchados, su mentón colorado y sus ojos, que brillaban con intensidad. En ese momento se dio cuenta de que ya no quería volver a abrir los ojos y ver la cara de otra mujer que no fuera Mónica.

—No voy a volver a tumbarte en el suelo. La próxima vez que estés debajo de mí será en una cama y en nuestra noche de bodas.

—No voy a casarme contigo.

—No tienes otra opción, mi pequeña salvaje, no voy a dejarte escapar.

De repente Mónica dio un grito ahogado al ver la punta de una espada en el cuello de Gabriel. En cuanto Gabriel sintió el acero en su cuello, de forma instintiva arrastró a Mónica y la pegó a su espalda, protegiéndola con su cuerpo de cualquier ataque o peligro que pudieran correr. Después, echó mano a su pistola.

—Yo en tu lugar no desenfundaría el arma, muchacho. Quiero

que me des una buena razón para no matarte ahora mismo.

Mónica, al reconocer la voz de su padre, salió de detrás de Gabriel.

—¡Papá, por favor! Baja tu espada, no le hagas daño.

—¿Por qué? Él nunca debió atreverse a tocarte de esa manera.

—Porque lo amo y no te voy a permitir que lo lastimes. —Los dos miraron a Mónica igual de sorprendidos.

—¿Me amas? ¿Estás hablando en serio? —le preguntó Gabriel, incrédulo ante semejante confesión. Sin importarle la presencia de Jorge, se acercó a Mónica, cogió su cara con las manos y la besó con ternura.

Gabriel nunca creyó que alguna vez una mujer llegara a amarlo, y mucho menos una mujer como ella.

—¿Crees que dejaría que me besaras de esa manera si no fuera así? —le contestó ella con otra pregunta.

Él, sin poder resistirse, volvió a besarla con un beso largo y profundo que de nuevo la estremeció. Mientras, Jorge volvía a preguntarse: «¿Cómo puede ser que este muchacho no sienta el más mínimo temor hacia mí? Soy su superior y me debe un respeto. Además, acabo de pillarlo en una situación comprometida con mi hija por la cual muchos padres matarían o arreglarían una boda en este mismo instante, y sin embargo, en vez de pedir clemencia, está ahí, besando a mi hija sin ningún miramiento y delante de mis narices. ¿Qué debo hacer? ¿Matarlo u obligarle a cumplir con su obligación?».

En ese instante, Jorge recordó cómo había protegido y cubierto a su hija con su propio cuerpo para ponerla a salvo de cualquier peligro cuando sintió el acero de su espada en su cuello. Lo mismo que hubiera hecho él con su mujer. Con ese gesto le había demostrado que su hija siempre estaría protegida junto a él. Tampoco podía ignorar la confesión de Mónica al decir que lo amaba, él jamás la obligaría a casarse con un hombre que no amara. Así que todo estaba resuelto y no había vuelta atrás.

Cuando por fin tomó una decisión, carraspeó para llamar la atención de los dos enamorados, que parecían haberse olvidado de él, e inmediatamente Gabriel se separó de Mónica.

—Discúlpeme, señor. Sé que mi comportamiento no es digno de un caballero, pero estoy dispuesto a pedirle la mano de su hija y a ofrecerle una buena dote por ella.

—No quiero casarme contigo —dijo Mónica dejándolos sorprendidos.

—¡Ya lo creo que lo harás! —contestaron los dos a la vez mirándose y sonriendo al mismo tiempo.

—No voy a permitir que me compres como al ganado —protestó

Mónica ofendida.

—¿No quieres que ofrezca una dote por ti? Lo hace todo el mundo.

—¡Pues yo no quiero! —gritó enojada.

Gabriel estaba confundido y Jorge muy divertido. Al mirarlos, recordó el principio de su matrimonio con su esposa y compadeció a ese pobre muchacho. Mónica era igual que su madre, rebelde, obstinada, y se lo pondría muy difícil, pero después de pasar esa etapa estaba seguro de que serían muy dichosos, como ellos. Al final, decidió ayudar al capitán, que no lograba entender por qué a Mónica le molestaba tanto que él pretendiera dar una dote por ella.

—Será mejor que olvidemos lo de la dote. Mi hija ha heredado las ideas de su madre y cree que dar una dote es comprarla como a una vulgar esclava.

—Está bien, olvidemos la dote. Si tanto te ofende, no habrá dote.

—Pero…

—¡No! No vuelvas a decir que no quieres casarte con un militar porque eso ya no es cuestionable, y creo tener el apoyo de tu padre. ¿No es así, señor?

—Jorge, llámame Jorge, muchacho. Al fin y al cabo, vamos a ser parientes porque tienes razón, después de lo que he visto no es cuestionable.

Sabía que ese muchacho era perfecto para su hija, tenía arrojo y Mónica necesitaba a alguien así a su lado. Un hombre de carácter blando como José acabaría aburriéndola, porque por muy buena persona que fuera, le faltaba el arrojo que le sobraba al otro, y Mónica acabaría cansándose de alguien así. Sin embargo, Gabriel le presentaría batalla despertando el interés de Mónica cada día.

—Papá, yo…

Jorge había tomado una decisión.

—Siempre supe que acabarías casándote con un militar y me gusta este chico, es valiente —dijo Jorge mirando a su hija. Después volvió a dirigirse a Gabriel—. No quiero hacerlo oficial todavía, es la boda de mi hijo y no quiero quitarles protagonismo. Mi hija aún no ha cumplido los dieciocho, así que esperaremos a su puesta de largo. Allí lo haremos público y pondremos fecha para la boda. ¿Os parece bien?

—Lo que usted decida estará bien, señor.

—Jorge, puedes tutearme. Ahora os dejo a solas cinco minutos para que habléis. Os quiero en el salón de baile en cinco minutos, no lo olvidéis.

—Sí, señor. Perdón, Jorge. —Cuando Jorge los dejó solos, se volvió hacia Mónica— ¿Estás bien? —le preguntó preocupado,

cogiendo su rostro con las manos. Estaba tan callada y blanca como si su sangre se hubiera evaporado de sus venas.

—No, no estoy bien. ¿Cómo quieres que esté bien si acaba de ocurrir lo que nunca quise que ocurriera? Yo nunca he querido comprometerme con un militar, y la culpa es tuya —dijo muy enfadada.

—Mónica…

—¿Gabriel?

—¿Qué?

—¿Podrías dejar el ejército por mí? —Gabriel empezó a reírse—. No te rías, estoy hablando en serio.

Él la besó dulcemente y le dijo clavando en ella su negra mirada, haciendo que temblara de pies a cabeza:

—Voy a hacerte una promesa, aunque ya te lo dije una vez, pero te la volveré a hacer cada vez que tenga que partir al frente. Si tú estás esperándome, no habrá balas ni bombas ni enemigo que me impida volver a tu lado, mi pequeña salvaje. —Esas tres palabras, mi pequeña salvaje, empezaban a causar emociones profundas en Mónica y sabía que quería seguir escuchándolas durante el resto de su vida—. Ahora será mejor que regresemos, o tu padre volverá y me cortará la cabeza. —Mónica sonrió.

—No, él jamás haría eso. Le gustas.

—¿Estás segura? Yo diría que quiere matarme.

—Si no le gustaras, ya te habría matado —dijo Mónica riéndose de nuevo.

—Tienes una sonrisa encantadora y no puedo creer que estés enamorada de mí —confesó acariciando sus labios.

—¿Por qué?

—Porque yo no merezco a alguien como tú.

—¿A qué te refieres?

—No importa, olvídalo. —Y volvió a besarla perdiéndose en esa boca que lo volvía loco.

***

Después de que terminase la fiesta, Mónica estaba en la cama, pero no podía dormir. Solo podía pensar en Gabriel y en todo lo que había pasado. No podía creer que estuvieran comprometidos, que fuera a casarse con él. Solo faltaban tres semanas para su puesta de largo y se haría oficial, fijarían la fecha de la boda, y pensar en eso la ponía muy nerviosa. De repente un ruido llamó su atención y

dejó de respirar un instante para ver si volvía a oírlo. Unos segundos después volvió a escucharlo, pero esta vez adivinó qué era: una pequeña piedra golpeaba su ventana. Se levantó de la cama y miró hacia abajo. Cuando lo vio, las mariposas volvieron a revolotear en su corazón.

«¡Dios mío! ¿Qué hace aquí? ¿Se ha vuelto loco? Mi padre sí va a matarlo esta vez».

Con una sonrisa arrebatadora que le quitó la voluntad a Mónica, le hizo una señal con el dedo para que se reuniera con él. Ella, sin pensarlo dos veces, se puso una bata y bajó con mucho sigilo para no despertar a nadie.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo? —le habló en susurros.

—Sí.

—¿El qué? —preguntó preocupada.

—Que no me diste un beso al marcharte.

—¿Y has venido hasta aquí a estas horas para decirme eso? —Sonrió.

—No.

—Entonces, ¿para qué?

—He venido hasta aquí a estas horas para que me des un beso.

—Estás loco, ¿lo sabías? —Volvió a sonreír.

—Sí.

Mónica le pasó los brazos por el cuello y se puso de puntillas para besarlo suavemente en los labios.

—Buenas noches —volvió a susurrarle.

—¿Eso es un beso?

—Sí, es un beso —respondió Mónica sonriendo, pues sabía a dónde llevaría esa conversación.

—¿Crees que he venido hasta aquí a estas horas para un beso como este?

—Pediste un beso y eso es un beso. —Mónica seguía sonriéndole y provocándole con la mirada, y Gabriel ya no pudo soportarlo más.

—No, mi pequeña Salvaje, esto es un beso —dijo abrazándola con fuerza y comiéndosela con la mirada.

Hambriento de deseo, se apoderó de su boca y sus besos no fueron suaves ni recatados, sino todo lo contrario, fueron fuertes y voraces, como si el mundo fuera a acabarse y solo tuvieran esos pocos minutos. La levantó en volandas, la llevó hasta el sofá del porche y la tumbó muy despacio, quedando encima de ella. Su mano subió hasta sus grandes pechos y los acarició por encima de la tela, sintiendo cómo esos pequeños bultitos iban creciendo y endureciéndose para él, y sin poder aguantarse las ganas abandonó la boca de Mónica para posarla en sus pechos y saborearlos por encima del fino encaje que los cubría, haciendo gemir de placer a su

amada. Mientras su boca la volvía loca, sus manos subían lentamente por su entrepierna y asintió complacido al sentirla húmeda por el deseo. Excitado como nunca lo había estado, empezó a acariciarla con maestría.

Cuando Mónica sintió sus dedos en esa zona de su cuerpo tan íntima y personal, un impulso eléctrico la hizo botar, pero él la obligó a quedarse quieta aplastándola aún más con su enorme cuerpo, y acariciándola con más intensidad consiguió que Mónica perdiera la razón.

—Mónica, te deseo, te deseo ahora. Necesito estar dentro de ti.

Justo al oír su voz áspera por el deseo volvió a la realidad. Lo cogió del pelo, levantó su cabeza para mirarle a los ojos y le habló con un hilo de voz:

—Me lo prometiste, en una cama y en nuestra noche de bodas.

—¿Estás segura? ¿Quieres que pare ahora? —Su mirada era toda una provocación y con un gran esfuerzo, Mónica soltó un suspiro de resignación haciéndole reír.

—Sí, por favor.

—Está bien, será mejor que me vaya. —Él se levantó, cogió su mano y la arrastró tras él. Cuando bajó un escalón del porche se detuvo y se dio la vuelta, puso la nariz en su cuello para aspirar su aroma y abrazando su cintura, le preguntó—: ¿Por qué Nube Blanca huele a ti? Cuando entré sentí como si toda la plantación oliera a ti, pensé que mi deseo por verte me hacía perder la razón, pero aún sigo oliendo tu perfume. Es como si tu aroma estuviera impregnado en el aire.

—Eso es porque uso el mismo perfume que mi madre —aclaró sonriendo. Gabriel la miró extrañado sin entender su respuesta. Entonces, ella le explicó—: Cuando mi padre conoció a mi madre su perfume lo enloqueció. Siempre ha dicho que desde que olió su aroma por primera vez, todo en él empezó a oler a jazmín. Encontró una planta de jazmín y fue plantándola y volviéndola a plantar hasta cubrir casi toda Nube Blanca con el aroma de mi madre. Siempre dice que le gusta entrar en su hogar y aspirar el aroma de su mujer nada más llegar.

—Vaya, es muy bonito.

—Sí, muy bonito y muy romántico.

—Tendré que pedirle a tu padre unas cuantas plantas.

—¿Para qué?

—Para que cuando tengamos nuestro hogar también huela a ti. —Volvió a oler su cuello y a besarlo—. A mí también me enloquece tu perfume. Ahora debo irme porque si no tendré que romper mi promesa. Buenas noches, mi pequeña salvaje. ¿Cabalgarás conmigo mañana hasta ese claro del bosque?

—Solo si prometes no tumbarme en el suelo. —Gabriel se echó a reír.

—Vaya, es lo que más deseaba hacer, pero intentaré controlarme.

—Buenas noches, mi capitán. —Lo despidió con una sonrisa y un beso.

Cuando Mónica volvió a meterse en la cama estaba aún más desvelada que antes de la aparición de Gabriel. Recordó cada minuto con él, sintiéndose más viva que nunca, ansiando estar otra vez con él y que volviera a tumbarla en cualquier sitio. No le importaba si era en el duro suelo del bosque o en un sofá, con tal de estar de nuevo entre sus brazos.



VII

Nube Blanca

El problema fue que ese día nunca llegó. Al día siguiente un mensajero trajo un mensaje para Mónica de Gabriel diciéndole que debía partir con Edu, pues les había llegado una orden escrita de volver al cuartel inmediatamente para partir con un pelotón de reconocimiento.

—¡¿Ves por qué no quería casarme con un soldado?! —gritó Mónica muy enfadada.

—Vamos, cariño, no te enfades —intentó tranquilizarla su madre —. En unos días estará aquí.

—¿Y si no regresa? ¿Y si le pasa algo?

—Volverá.

—Papá, ¿no podrías hacer algo para que lo echaran del ejército? —Jorge sonrió.

—Si hiciera eso no creo que Gabriel quisiera verte de nuevo. No debes preocuparte, volverá, porque si no, sabe que se las tendrá que ver conmigo.

—Dios te oiga. Si le pasara algo, yo…

—Nada le va a pasar. —Su padre la abrazó con fuerza para tranquilizarla—. Nadie corre peligro en un reconocimiento, ¿vale?

—Vale.



VIII

Cardoña

Tres semanas después, Gabriel y Edu regresaban a la ciudad del supuesto reconocimiento. Las cosas se habían complicado y habían participado en algunas revueltas, y como todo empezaba a tranquilizarse los dos habían pedido permiso para regresar y se lo habían concedido. Aunque en ese permiso tuvo mucho que ver la mano poderosa del general Mendoza.

—Estoy completamente seguro de que Jorge ha tirado de algunos hilos para que nos dejaran volver —dijo Edu.

—¿Crees de verdad que el general Mendoza ha tenido algo que ver? —preguntó Gabriel.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarle general Mendoza? Va a ser tu suegro. Y sí, lo creo. Seguro que Mónica lo habrá amenazado con matarlo si esta noche no estabas en su puesta de largo. Hoy se hace oficial vuestro compromiso, y no puede faltar el novio —bromeó, haciendo reír a su amigo.

—No, no puedo faltar, porque si no será a mí a quien mate Mónica. Después de lo que me costó hacerle entender que se casaría conmigo aun siendo militar, si no me presento a ese baile, Mónica es capaz de comprometerse con el primer civil que se le ponga por delante, y ya sabemos lo pesado que es tu primo. Hasta podría llegar a convencerla si no estoy allí para su puesta de largo.

—¿Tú tuviste que convencer a Mónica para que se casara contigo?

—Ya sabes cómo es.

—Sí, cabezona.
—Exactamente. Aun después de que su padre nos sorprendiera, seguía insistiendo en que no se casaría con un militar, y entre los dos tuvimos que obligarla a aceptar que no tenía otra opción.
—Tuviste suerte de que Jorge no te despellejara al sorprenderte con su hija en una situación tan delicada.
—Mónica le dio una buena razón para no hacerlo.
—¿Sí? ¿Qué le dijo?
—Que me amaba —confesó todo orgulloso—, y que no le permitiría que me hiciera daño. Después de eso, Jorge bajó la espada y obligó a su hija a aceptarme.
—Ahí está. Jorge haría cualquier cosa por ver a su hija feliz y si ella confesó que te amaba, él ya no podía ponerse en tu contra. Por eso no te mató…
—Mira, un carruaje —anunció Gabriel muy serio.
Edu miró hacia donde Gabriel señalaba y vio un carruaje cubierto parado en un lado del camino.
—Puede que necesiten ayuda —supuso Gabriel.
—Vamos a echar un vistazo.
Mientras se acercaban oían voces detrás bastante alejadas del carruaje, así que desmontaron de los caballos para presentar sus respetos, pero al llegar al carruaje y centrarse en la conversación se dieron cuenta de que se trataba de un atraco o algo mucho peor. Sin hablar y mediante señas, decidieron atacar a los dos hombres que estaban armados y sujetaban a dos muchachas que forcejeaban, lloraban y gritaban aterradas.
—¡Si no dejáis de gritar ahora mismo, os rebanaré el pescuezo para que calléis de una maldita vez!
Ante tal amenaza, las muchachas dejaron de gritar inmediatamente.
—¿Qué estará ocurriendo con ese idiota? —preguntó uno de ellos—. ¿Tan difícil es atrapar a una muchacha? Porque no creo que con todas esas ropas que llevan pueda correr más que él.
—Igual ya la atrapó y se está divirtiendo con ella debajo de algún un árbol. —Los dos ladrones se echaron a reír.
—Puede que tengas razón. Conociéndolo, seguro que esa muchacha ya ha perdido su preciada virginidad —dijo riéndose y haciendo reír a su amigo—. Y creo que nosotros también podríamos divertirnos un poco, ¿no te parece? ¿Has tenido alguna vez entre las piernas a unas damiselas tan finas?
—No y me encantaría. Yo me la llevo al carruaje, después si quieres nos las cambiamos.
—Vale, estaré detrás de ese árbol.
Mientras tiraban de ellas, las dos muchachas se pusieron a gritar

y a llorar de nuevo, pero la fuerza de los hombres era superior a la suya y no podían escapar ni defenderse ante tal abuso.

Edu quería atacar ya, estaba furioso e indignado, no soportaba ver cómo dos desalmados abusaban de dos tiernas damiselas, pero Gabriel le pidió paciencia.

—¿A qué quieres esperar? ¿A que las violen? —preguntó furioso y muy bajito.

—No, a que se separen, entonces podremos atacar sin que se den cuenta mientras intentan forzarlas. Han matado al cochero, eso quiere decir que no tienen escrúpulos, y si se ven amenazados no correrán riesgos. Están armados y alguna podría resultar herida. Si están entretenidos, será mucho más fácil.

—Tienes razón. Yo me encargo del que se lleva a la muchacha detrás del árbol, tú del otro.

—Vale.

Los dos salieron cada uno por un lado del carruaje. Uno de esos hombres cogió a una muchacha, la metió dentro del carruaje sin ni siquiera cerrar la puerta y dejó su arma en el respaldo del asiento. Tiró a la doncella en el asiento, le abrió las piernas, se colocó entre ellas y le levantó las faldas intentando bajarse los pantalones. Ella no dejaba de gritar y empujaba con las manos el pecho de ese hombre intentando escapar.

—¡No, no, no! ¡Por favor, déjeme! ¡Se lo suplico!

—¡Cállate! Si sigues gritando y no te estás quietecita, te mataré.

—Por favor…

De pronto, la muchacha se quedó callada y paralizada, había visto a Gabriel detrás de ellos poniéndose un dedo en la boca para que no dijera nada y guiñándole un ojo para darle confianza.

—Así me gusta, que me hagas caso, preciosa. Verás cómo nos vamos a divertir mu… —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta al sentir el filo del acero en ella.

—Salga de aquí y espere fuera, señorita —le ordenó Gabriel mientras apartaba al hombre de encima de ella.

La muchacha obedeció enseguida y, después de arreglarse las faldas, bajó rápidamente del carruaje.

—Estoy acompañado y mis hombres te matarán. ¡Suéltame!

—Por lo poco que he oído antes, sois tres y uno de ellos a estas alturas debe estar muerto, mi amigo no tiene mucha paciencia, y el otro no tardará mucho en estarlo. Si tu aún respiras es porque quiero saber qué hacéis por aquí. No lleváis uniforme, pero vuestros caballos llevan escudo militar. Estabais espiando, ¿verdad? ¿Pensáis atacar? ¿Cuándo?

—Tendrás que matarme porque no pienso abrir la boca. —Justo en ese momento intentó coger su arma.

—Si es lo que quieres —habló con la misma frialdad de la hoja del acero con la que le cortó la yugular de ese hombre. Todo fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de levantar el arma y cayó en el asiento, desangrándose. Gabriel limpió el cuchillo en la ropa de su enemigo y salió a comprobar cómo se encontraba la muchacha.

La joven estaba parada detrás de él con los ojos llenos de lágrimas, un temblor que no podía controlar y sin dejar de mirarlo.

—¿Está usted bien, señorita? —le preguntó Gabriel, cogiéndola por los hombros. Nada más decir eso, la muchacha se le echó en los brazos y rompió a llorar. Gabriel la abrazó e intentó tranquilizarla —. Yaaa, yaaa. No debe preocuparse, todo ha pasado. Ese hombre ya no puede hacerle daño.

—¿Lo… lo mató? —le preguntó entre sollozos.

—Sí, está muerto.

—Gracias. —La joven se abrazó más fuerte a su cintura mientras seguía llorando, pero su cuerpo había dejado de temblar—. Muchas gracias, capitán.

***

Edu dio un pequeño rodeo para poder sorprender a ese hombre por la espalda y así evitar que la muchacha sufriera algún daño. Cuando consiguió ponerse detrás de él sin ser visto, le clavó la punta de su espada en la espalda.

—Si aprecias tu vida suelta a la muchacha y puede que te deje vivir. —El hombre, sin decir nada, soltó a la doncella—. Póngase detrás de mí, señorita. —Ella obedeció inmediatamente—. ¡Date la vuelta! —le gritó al hombre.

Cuando este se dio la vuelta, Edu vio cómo sacaba de la cintura de su pantalón una pistola y antes de que pudiera quitarle el seguro, le atravesó el corazón con su espada, dándole muerte en cuestión de segundos.

La muchacha dio un grito ensordecedor, se agarró a la chaqueta de Edu y escondió su cara en ella, aterrada por la situación.

—Ya está, todo pasó. Está muerto y no tiene nada que temer, señorita. —Edu se volvió hacia ella y le habló suavemente cogiéndola por los hombros para no asustarla más.

—Bez, Bez, tiene que ayudarla. —Empezó a llorar y a susurrar.

—¿Quién es Bez?

—Se escapó e-echo a correr y ese hombre fue tras ella.

Justo en ese momento, Edu comprendió lo que le decía y

recordó la conversación de esos dos hombres.

«¿Qué estará ocurriendo con ese idiota? ¿Tan difícil es atrapar a una muchacha?».

Agarró a la joven del brazo y la llevó rápidamente con Gabriel.

—Cuida de ellas, queda otra muchacha y otro malnacido dentro del bosque. Voy a buscarla.

—Ve con cuidado, son soldados enemigos. Debían estar espiando y reconociendo el terreno —le advirtió Gabriel.

—Lo tendré en cuenta.

Edu salió corriendo y se adentró en el bosque por donde le habían dicho las muchachas que Bez había echado a correr. Seguía el rastro de hierba pisada y matojos rotos, y la furia crecía dentro de él al pensar lo que ese malnacido pudiera estar haciéndole a la chica. De pronto escuchó un grito y se detuvo para examinar de dónde venía el sonido. Cuando volvió a escucharlo, echó a correr en su dirección y, al llegar, vio a ese hombre encima de la muchacha con los pantalones bajados, besando y mordisqueando su cuello, al mismo tiempo que sujetaba sus caderas intentando introducir su erección dentro de ella. Mientras, ella gritaba, lloraba y se movía para evitar que ese hombre lograra su cometido.

Bez se quedó petrificada al ver aparecer a otro hombre, que les lanzó una mirada dura y asesina. Ese nuevo hombre se agachó y cogiendo la cabeza del otro sin ningún esfuerzo, le retorció el cuello en un solo movimiento, partiéndoselo en un golpe seco. Cuando Bez vio cómo su agresor caía a su lado sin vida, el pánico la hizo reaccionar. Se levantó rápidamente, se subió los pololos y, agarrándose la falda del vestido, echó a correr queriendo escapar de la nueva amenaza, pues lo más probable era que este otro fuera peor aún ya que, si era capaz de asesinar a su compañero de esa manera tan atroz, no tendría humanidad ninguna.

Cuando Edu vio cómo Bez echaba a correr se sorprendió por su reacción. No entendía por qué esa muchacha huía de él, cuando lo normal sería que le diera las gracias por salvarla de ese animal. Pero al mirar el cadáver a su lado comprendió que ella no tenía ni idea de quién era él, era normal que echara a correr. Cualquiera en su situación haría lo mismo, no se pararía a preguntar las intenciones del nuevo agresor, sino que huiría sin perder tiempo. Edu echó a correr detrás de ella. Al alcanzarla, la sujetó por los hombros y le habló con calma para no asustarla más de lo que ya estaba.

—Bez, no voy a hacerte daño, solo quiero ayudarte.

—Po-por favor, suélteme.

A Edu se le partió el alma al ver el rostro de esa muchacha. Su cara estaba desencajada por el miedo, su cuerpo temblaba, su

respiración estaba tan agitada que casi no podía respirar, su voz era un quejido de terror y su cuerpo estaba tan tenso que parecía que iba a quebrarse en cualquier momento. Sin saber qué hacer para tranquilizarla, la abrazó con fuerza.

—Bez, escúcheme —le susurró al oído—. No voy a hacerle daño, soy militar y estoy aquí para protegerla. Mi intención es acompañarla hasta su casa y asegurarme de que llega sana y salva. Y si alguien intenta atacarla de nuevo, tendrá el mismo final que ese malnacido. Confié en mí, Bez, conmigo está a salvo.

Justo después de esas palabras, Bez perdió el sentido, y si no hubiera sido porque él estaba abrazándola, hubiera caído al suelo.

Cogiéndola en brazos, la acercó a un árbol y la recostó en él. Estaba desmayada y no era de extrañar después de todo lo que había pasado. Tenía el cuello y los brazos llenos de arañazos, su cara estaba manchada de barro y su pelo negro como el carbón todo revuelto. Cuando intentó limpiarle la cara con su pañuelo, unos ojos increíblemente azules como el cielo lo miraron asustados, y de nuevo todo su cuerpo volvió a tensarse.

—Ssshhh, tranquila. Por fin regresaste, me has asustado. No tengas miedo, solo intento quitarte el barro de la cara. ¿Puedo? —Ella, sin poder hablar, asintió con la cabeza, pero mucho más tranquila, pues al volver a abrir los ojos y ver que ese hombre llevaba uniforme militar pudo al fin serenarse. Además, su mirada era diferente ahora, ya no era dura y asesina, sino todo lo contrario, era cálida y tierna, y sus ojos verdes le daban confianza. Él le dijo con una voz suave como una caricia—: ¿Quieres sacar la lengua, por favor?

Ella no entendía para qué, pero lo hizo sin pensar y él, mojando su pañuelo en ella, empezó a limpiarle el barro de la cara. Sus movimientos eran suaves y delicados, como si tuviera miedo de que fuera a romperse.

—Gracias, sargento, muchas gracias por todo —le habló por primera vez con una sonrisa.

—¿Reconoce los rangos militares? —preguntó sorprendido.

—Sí. Todos los hombres en mi casa son soldados. Soy hija del…

Edu puso el pañuelo en sus labios para evitar que siguiera hablando.

—No quiero saber quién es usted.

—¿Por qué? —preguntó Bez muy extrañada.

Edu seguía limpiando su cara, estaban muy cerca uno del otro, ella seguía sentada contra el tronco del árbol y él a su lado, pero frente a ella. Sus caderas se tocaban, la mano con la que Edu se apoyaba en el suelo estaba al lado de la otra cadera de Bez, rodeándola y rozándola. Parecían estar abrazados, pero sin estarlo

al mismo tiempo.

—El destino ha hecho que me convierta en su salvador y no quiero recibir felicitaciones por parte de su padre, que seguro tiene un rango muy superior al mío. No quiero medallas, Bez, por eso no quiero que le diga a su padre quién soy. Si volvemos a vernos, entonces podrá decirme su nombre completo y yo le diré el mío.

—Pero estoy segura de que mi padre querrá agradecerle…

—No, ya le dije que no quiero ninguna recompensa por lo que acabo de hacer. Mi mayor satisfacción es verla a usted bien y saber que ese malnacido no ha podido lograr lo que pretendía. Porque no pudo lograrlo, ¿verdad?

—No, gracias a usted. ¡Dios mío! Cuando pienso en eso… —El terror volvió a su cara y los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Entonces no lo haga. —Él secó su cara con su pañuelo y ella lo miró.

Sus miradas se unieron y quedaron atrapadas por unos segundos que para ellos se convirtieron en horas, pues no podían apartarlas. Ninguno de los dos podía reaccionar, él estaba perdido en ese azul tan claro como el cielo en un día de verano, y ella estaba ensimismada en ese verde espectacular de los ojos de él, porque mirar esos ojos era como mirar las colinas en primavera, frondosas y tupidas. Se sentían atraídos como un imán y se acercaron el uno al otro muy lentamente. Cuando sus labios rozaron los de ella, una voz hizo reaccionar a Edu, que se levantó con un rápido movimiento y desenfundó la pistola para apuntar a la persona que los interrumpía, poniéndose delante de Bez para protegerla con su cuerpo.

—Por fin os encontramos. Baja el arma, soy yo —le ordenó Gabriel—. Estábamos preocupados, tardabais demasiado.

—La señorita se desmayó del susto, solo estábamos haciendo tiempo para que se recuperara un poco.

—¿Qué hiciste con el…?

—Está muerto.

—Bien, será mejor que nos vayamos de aquí, podrían venir más —sugirió Gabriel—. Llevémoslas al cuartel, allí sabrán qué hacer y presentaremos el informe.

—Sí, será mejor largarse. ¿Puedo pedirte un favor? —preguntó separándolo de las muchachas.

—Pues claro.

—No quiero verme involucrado en esto.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Bez es hija de algún alto cargo, su padre es militar.

—¿De quién?

—No lo sé, no he querido saberlo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar mucho más confuso.

—Porque me gusta y quiero conseguir una cita con ella, y en cuanto su padre sepa quién soy y conociendo mi reputación, primero me lo agradecerá y después me prohibirá que me acerque a su hija. Y siendo mi superior, tendré que obedecer, ¿verdad? Por eso no quiero involucrarme.

—Vamos, Edu, no puedes engatusar a la hija de un superior. Si se entera, pedirá tu cabeza.

—Mira quién fue a hablar. Pero tranquilo, no voy a llevármela a la cama, no estoy tan loco. Me conformo con unos cuantos revolcones.

—¿Estás loco? Nunca te has enredado con chicas de la aristocracia, ¿por qué ahora?

—¿Te has fijado en ella? Jamás había visto unos ojos como esos ni una cara tan perfecta. Quiero volver a verla.

—Te conozco y tú no eres capaz de conformarte con unos simples revolcones, acabarás metiéndote en un lío. Además, estas muchachas dirán que éramos dos, no puedo cargar con esto yo solo.

—Dejamos a Sebastián hace apenas una hora, él sabrá encubrirme. Solo tienes que decir que estabas con él.

—¿Por qué quieres que él se lleve los honores?

—Ya te lo he explicado.

—Sí, pero no me convence —dijo extrañado por la actitud de su amigo.

—¿Vas a hacerme el favor o qué?

—Está bien, lo haré —acabó cediendo Gabriel.

—Entonces, de momento no se te ocurra decir mi nombre.

***

Las muchachas estaban como locas abrazadas a Bez, llorando de nuevo por todo lo vivido y contentas por estar las tres intactas gracias a sus salvadores.

—Bez, gracias a Dios que estás bien. Ese salvaje no te hizo nada, ¿verdad?

—No, no llegó a hacerme nada gracias al sargento —no podía dejar de mirar a Edu mientras hablaba—, al cual estaré eternamente agradecida.

—Y bien, ¿podemos saber sus nombres, caballeros? —preguntó una de ellas.

—Lucy, no seas descortés. Si el capitán y el sargento desean

decir sus nombres, lo harán, y si no, tendremos que conformarnos con sus rangos.

Bez le siguió el juego a Edu, pues no quería que él se sintiera obligado a decir su nombre. Edu le sonrió y le guiñó un ojo, dejándola sin respiración.

—Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes, esto no es seguro —volvió a insistir Gabriel—. Las llevaremos al cuartel.

—No, mi casa está muy cerca y mi padre sabrá arreglar todo este asunto —comentó Amanda.

—¿Quién es su padre? —pregunto Gabriel.

—El coronel Aguirre, él sabrá recompensarles.

Los dos se miraron sabiendo que no podrían escapar de ese lío. Acababan de salvar a la hija del coronel Aguirre y eso les iba a traer muchas felicitaciones, pero también muchas preguntas. Gabriel miró a Edu y le hizo una seña para apartarse de las muchachas de nuevo.

—Será mejor que dejemos a las muchachas allí y salgamos corriendo. No puedo perderme ese baile o Mónica se buscará un novio civil, ya te lo dije. —Ese comentario hizo reír a Edu—. No te rías, si nos presentamos ante el coronel, querrá saber todos los detalles y venir a inspeccionar los cadáveres, y no nos dejará hasta que sepa qué ha pasado exactamente. Eso puede llevarnos todo el día y parte del otro también.

—Creía que no estabas de acuerdo en que mintiera —se burló Edu.

—Eso era antes, ya conoces al coronel y su obsesión con hacer las cosas como Dios manda. No nos dejará marchar hasta que aclare todo este asunto, y más estando su hija involucrada y a punto de ser violada. Removerá cielo y tierra hasta saber todo lo que ha pasado y descubrir qué hacían estos hombres aquí, y yo tengo que ir a un baile.

—Tienes razón, dejémoslas en la puerta y echemos a correr.

Cuando llegaron donde todo había empezado desataron los caballos del carruaje, puesto que no podían subir a las chicas en él al estar ocupado por el cadáver de uno de los atacantes.

—Solo hay dos caballos y somos tres —dijo Lucy—. ¿Cómo vamos a repartirnos?

—No se preocupe, la señorita Bez irá conmigo —propuso Edu mientras montaba a Lucy en uno de los caballos

Gabriel, al oír a su amigo y saber sus intenciones, cogió a la hija del coronel y la montó en el otro caballo. Ella soltó un sollozo al ver nuevamente a su cochero muerto.

—¿Qué pasará con Samuel? —preguntó muy angustiada—. No podemos dejarlo aquí tirado para que se lo coman las alimañas.

—No se preocupe, cuando su padre sepa lo que ha pasado sabrá qué hacer con él. Ahora lo importante es ponerlas a salvo.

Gabriel las hizo caminar a su lado entreteniéndolas con preguntas para dejar a Edu y a Bez un poco de intimidad.

—Creo que no debería montar con usted, sargento —le dijo muy nerviosa cuando sintió las manos de Edu en su cintura para subirla al caballo.

—Pero yo me muero por cabalgar contigo, preciosa.

—Podría montar con…

La subió al caballo, dejándola sin palabras, de lado puesto que no estaba bien visto que una dama montara a horcajadas. Cuando Edu subió detrás y se pegó a Bez agarrando las riendas mientras abrazaba su cintura, se quedó sin respiración.

—Montarás conmigo y no se hable más. Y acuérdate de respirar, preciosa, o tendré que hacerte el boca a boca —le habló al oído acariciándole la oreja con sus labios, y sonrió al sentir el pudor de la joven y el estremecimiento que recorrió todo su cuerpo por la cercanía de él—. ¿Tienes frío?

—No.

—Entonces, ¿por qué tiemblas?

—No lo sé —respondió casi sin aliento.

—No debes tener miedo de mí.

—No, no tengo miedo de usted, sargento. Es usted mi salvador —dijo con rapidez mirándole a los ojos—, jamás le temería, sino todo lo contrario.

—Me gusta saber eso, ya que deseo volver a verla.

—¿Quiere volver a verme? ¿Por qué? —preguntó muy sorprendida.

—Porque me gusta.

—No me conoce, ¿cómo puedo gustarle? —Estaba aún más sorprendida.

—Me gusta todo lo que veo en ti —mientras le hablaba le quitaba alguna ramita del pelo que todavía tenía alborotado, y ella se sonrojó arreglándose el cabello—, y por eso me gustaría conocerte.

—Debo estar horrible.

—Es usted la muchacha más hermosa que jamás han visto mis ojos.

—No debe decirme esas cosas, sargento.

Estaba tan nerviosa que agachó la mirada, ya que si seguía mirando esos ojos tan verdes y penetrantes acabaría desmayándose otra vez. Él cogió su mentón obligándola a mirarlo de nuevo.

—¿Está comprometida?

—No —respondió rápidamente.

—Entonces, ¿me dará la oportunidad de volver a verla?

—Sí —contestó, esta vez embelesada.

—¿Conoce la ciudad?

—Sí, pero hace más de seis años que me fui. Debe haber cambiado bastante.

—¿Conoce la plaza de las palomas?

—Sí, me encanta —dijo con una sonrisa.

—Pues esa no ha cambiado y mañana estaré allí a las cinco esperándola en la fuente.

—Pero no sé si…

—Mañana a las cinco. Y, por favor, venga sola.

—Sargento, yo no…

Edu apretó sus brazos aplastándola más contra su pecho, cortándole la respiración y las palabras al mismo tiempo.

—No me falles, Bez, necesito verte una vez más. —Cuando mordió el lóbulo de su oreja con los labios y la sintió estremecer, todo su cuerpo reaccionó, nervioso—. Eres preciosa, Bez.

Empezó a besar su cuello lentamente hasta llegar a sus labios, que cubrió con un beso, un beso cálido, tierno y muy recatado. Edu no se atrevía a nada más profundo después de la mañana que había pasado, pues no quería asustarla.

Bez escondió la cabeza en su pecho, ya que el pudor no la dejaba mirarlo. Los nervios la traicionaban y le hacían agarrar con fuerza la tela de su falda arrugándola en un manojo.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —le preguntó cogiendo sus manos para que dejara de estrujar su vestido—. Solo es un beso.

—A mí nunca… nunca…

—¿Nunca te han besado?

—No —contestó avergonzada.

—Pues es un gran honor para mí ser el primero en hacerlo. Es más, me encantaría repetir.

—Por favor, sargento, no lo haga.

—No puedo creerlo, ¿no te gusto?

—¡Sargento! ¡Quiere avergonzarme, ¿verdad?! —exclamó, sonriéndole y ruborizándose al mismo tiempo.

—No, solo estoy bromeando. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—No puede ser, no la creo.

—¿Por qué tendría que mentirle?

—Porque es imposible. Primero, parece usted mucho más joven que yo y tiene cuatro años más que yo. Segundo, es imposible que una muchacha con su edad y tan bella como usted no esté casada. ¿Estaba en un convento? No será monja, ¿verdad? —preguntó preocupado.

—No, no soy monja —respondió muerta de risa—, y tampoco estuve en un convento. Pero el internado se parecía bastante a uno.

—¿Y por qué estaba en un internado?

—Verá, mis padres me mandaron porque…

—Edu, estamos llegando. Despídete y larguémonos —dijo Gabriel.

—Tengo que irme.

—¿No va usted a hablar con el coronel?

—No puedo, si lo hiciéramos mi amigo perdería a su prometida. Esta noche tiene que estar en un baile, si no, ella lo matará.

—Entonces, será mejor que se vayan. Muchas gracias por todo, sargento. Nunca podré olvidar este día y le estaré eternamente agradecida.

—No quiero tu agradecimiento, quiero verte mañana. Júrame que no faltarás a esa cita.

—Sargento, yo no…

—Júramelo, te estaré esperando. —Con la mano sujetaba su mentón, habían llegado a la entrada de la casa.

—Se lo juro.

Edu volvió a besarla y la dejó en el suelo.

—Vámonos, Edu, se están acercando unos hombres. No pueden vernos o no saldremos de aquí.

—Está bien, ¡vámonos!

Cuando estaba a punto de echar a correr dio la vuelta al caballo y, acercándose a Bez, la llamó. Ella se volvió y él se acercó mucho más. Agachándose, la cogió por la cintura y la levantó del suelo.

—¿Pensarás en mí?

Bez estaba atónita, los hombres del coronel se acercaban, debía marcharse, y sin embargo seguía ahí, sosteniéndola en volandas esperando su respuesta.

—¿Está loco? Debe marcharse ¡ahora!

—¿Pensarás en mí? —insistió Edu.

—No creo que pueda hacer otra cosa en lo que me queda de vida, es usted lo más excitante que me ha pasado nunca, sargen… —Sus labios volvieron a cubrir los suyos en un fuerte apretón.

—Volveremos a vernos —le aseguró con una sonrisa posándola en el suelo nuevamente—, entonces querré saber quién eres para presentar mis respetos a tus padres. —Le guiñó un ojo, dio la vuelta al caballo y echó a correr.

Bez estaba paralizada sin poder reaccionar ni respirar, y mucho menos volver a la realidad. Ese hombre le había robado el corazón y desde ese mismo instante supo que jamás podría volver a sentir algo parecido por otra persona, al igual que supo que no querría vivir una vida sin que él formara parte de ella. Acababa de

conocerlo y tenía la sensación de conocerlo de toda la vida. Los gritos de sus amigas la sacaron de sus pensamientos.

—¡Dios mío, prima! —gritaba Lucy—. El sargento te ha besado, qué suerte tienes.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Amanda, la hija del coronel.

—Porque hubiera dado cualquier cosa para que el capitán me besara así, creo que me he enamorado. Es tan guapo, ¿verdad?

—Sí, es muy guapo, pero el sargento también es muy atractivo. ¿Verdad, Bez?

—Sí, es perfecto —confesó Bez aún ensimismada.

—Creo que Bez también se ha enamorado.

—Si estar enamorada es poner esa cara de boba, no sé si querré enamorarme algún día —dijo Amanda bromeando, mirando a sus dos amigas.

***

Cuando contaron al coronel Aguirre todo lo que había ocurrido, este inmediatamente montó una cuadrilla para examinar el terreno, tal y como había dicho Gabriel que haría. Después las sometieron a preguntas y a un interrogatorio agotador. El coronel quería saber quiénes eran los dos soldados que habían salvado a su hija, para agradecerles y amonestarlos al mismo tiempo, por no dar la cara y presentar el informe del incidente.

—¡Papá, basta! No sabemos quiénes son. Y si ellos no querían que lo dijéramos, no lo haremos. Nos han salvado la vida y deberías estar agradecido, eso es todo. Ahora, por favor, ¿quieres dar la orden de que una escolta lleve a casa a mis amigas? Seguro que sus padres están deseando verlas, y ellas también quieren volver a casa y olvidar este incidente tan desagradable.

—Tienes razón, hija. Ahora mismo mandaré a mis mejores hombres para que acompañen a tus amigas a sus casas y mañana seguiré con la investigación. Esta noche tenemos que ir a un baile y no podemos eludirlo, pero te juro que mañana removeré cielo y tierra para averiguar qué ha ocurrido.

***

Cuando Gabriel y Edu llegaron al cuartel y se presentaron dieron un informe sencillo de su llegada, evitando mencionar todo lo que había ocurrido con las muchachas. Después, se fueron a sus habitaciones.

—¿No piensas ir a tu casa? —preguntó Gabriel a Edu.

—No, allí no podré descansar porque seguro que estará todo patas arriba por el baile, y estoy reventado. Quiero dormir por lo menos unas cuantas horas y no hay lugar mejor para eso que esta habitación. Además, tenemos que vestirnos de gala y el uniforme lo tengo aquí. Me muero de ganas de acompañarte a ese baile y ver la cara de Mónica cuando te vea después de tantos días. Estoy completamente seguro de que querrá matarte y besarte, todo al mismo tiempo —dijo muerto de risa al ver la cara de su amigo.

—Está bien, entonces durmamos un poco, yo también estoy reventado. El viaje ha sido muy pesado y esta noche va a ser agotadora.

—Luego nos vemos.

Los dos se retiraron a sus habitaciones hasta la hora del baile.



IX

Cardoña

—No puedo creer que por fin estés aquí, si supieras cuánto te he echado de menos. Prométeme que esta vez ya no vas a marcharte. —Mónica no podía dejar de abrazar y besar a Bez, ella y Estela eran sus mejores amigas.

—No, no me voy a marchar más. Ya estoy bien y el médico me ha dicho que podía volver. Mis pulmones están curados, no hay peligro de volver a recaer.

—Pues ya era hora. Después de seis años fuera, si esos pulmones no están curados, es para morirse. Además, se nota: tu aspecto es fabuloso, estás estupenda. Tienes color, has engordado, has crecido. Estos seis años te han sentado muy bien, estás guapísima. No pareces la misma muchacha que se fue, has cambiado tanto. Aún recuerdo cuando te fuiste, parecías un alma en pena, tan pálida y tan flaca que parecías un esqueleto andante. Gracias a Dios que todo pasó.

—Sí, y por fin estoy aquí. Os he echado tanto de menos a mi familia y a todos vosotros, que a veces creía que no podría soportar un día más en ese internado. Sé que mis padres me llevaron allí por mi bien, porque este clima no era bueno para mis pulmones, pero a veces les odiaba por dejarme allí tan sola.

—No digas eso, aún recuerdo a tu madre cuando el médico le dijo que si no te llevaban a un clima seco y cálido podrías morir. Casi se muere del disgusto. Y en todos estos años fueron muchas veces a verte, incluso una vez nos llevaron a Estela y a mí, ¿recuerdas?

—Cómo iba a olvidarlo, fue la mejor semana que pasé en esos seis años que he estado allí. Bueno, pero no hablemos más de cosas tristes y cuéntame novedades.

—¿Sabes que esta noche, en el baile de mi puesta de largo, voy a prometerme?

—¡No! No me lo puedo creer, Mónica Mendoza prometida. ¿Y quién es él? Tiene que ser muy especial para que te prometas tan pronto. En tus cartas siempre me contabas que no había hombres interesantes y que los que había no te llamaban la atención. Y de la última carta no hace ni un mes.

—Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Pero que conste que no tenía intención de casarme con él. Mi padre y él me obligaron.

—¿Obligarte a ti a algo? —Se echó a reír Bez—. ¡Ja! Ya tiene que ser guapo para que no te hayas resistido hasta desfallecer, solo así podrían obligarte a hacer algo en contra de tu voluntad. Además, tu padre nunca te obligaría a nada, y menos a casarte. —Esta vez las dos se rieron juntas.

—Voy a contarte todo mientras terminamos de vestirnos, y será mejor que nos demos prisa, porque si no tu madre se arrepentirá de haberte dejado venir a casa. Si llegan aquí y aún no estamos preparadas, nos matarán.

—Sí, la pobrecita no quería soltarme, casi me ahoga con tantos besos y abrazos. Y mi padre después del susto que se ha dado cuando el coronel Aguirre le ha contado todo lo que nos ha pasado, casi me encierra en mi habitación. Dice que no gana para sustos conmigo y que voy a volverlo loco.

—Tú también vas a tener que contarme todo lo que ha pasado con ese sargento.

—Creo que más o menos lo mismo que a ti, es el hombre más guapo que he visto en toda mi vida. —Las dos se echaron a reír.

—Sí, pero lo tuyo no vale. En ese internado no había hombres, o sea que no debes haber visto muchos en estos seis años.

—Tienes razón. Pero bueno, cuéntame cómo es ese hombre que ha conseguido conquistarte.

Cuando Mónica le contó a Bez todo lo ocurrido con Gabriel, su amiga se quedó atónita.

—Qué atrevido. No puedo creer que tu padre no lo matara, y aún menos que te hayas enamorado de un militar. Siempre decías que no te casarías con uno.

—Cuando lo veas lo entenderás, pero ahora cuéntame todo lo que te ha pasado esta mañana.

Cuando Bez le contó a Mónica su odisea, esta la abrazó muy fuerte y tembló al imaginar por el horror que había pasado su

amiga.

—¡Dios mío! No puedo ni imaginarme todo lo que podría haberte pasado si ese sargento no hubiera aparecido para salvarte de ese animal.

—Sí, fue increíble. Es tan… tan fuerte y varonil, pero al mismo tiempo tan tierno, sensible y cariñoso.

—Vaya, tengo ganas de conocerlo.

—Mónica.

—¿Qué?

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque creo que me he enamorado del sargento, no me lo puedo quitar de la cabeza y solo pienso en él, cada minuto, cada segundo. Me muero de ganas de que llegue mañana para encontrarme con él.

—Es normal que sientas eso —sonrió Mónica—, él es como tu héroe, te salvó y cuidó en una situación muy traumática. Si no hubiera sido por él, habrías vivido la peor experiencia que puede llegar a vivir una mujer, por eso te sientes atraída por él.

—No, no es atracción, es algo mucho más fuerte. Cuando desperté después de desmayarme y vi sus ojos, todo el terror desapareció. Me sentí a salvo y protegida, y luego fue tan tierno conmigo mientras me consolaba, que quise quedarme ahí con él y que el tiempo no pasara. Después, mientras me llevaba en su caballo, me decía tantas cosas bonitas. Me acarició, me besó…

—¡¿Te besó?! No me lo puedo creer, si acababas de conocerle. Y luego dices que Gabriel es atrevido, pues anda que tu sargento. —Las dos se echaron a reír.

—Me he enamorado, Mónica —suspiró al hablar—, y creo que si no le vuelvo a ver, voy a enloquecer.

—Anda, no seas exagerada, nadie enloquece por amor.

—Puede que tengas razón, pero ¿me ayudarás a encontrarme con él mañana? Necesito verle y me pidió que fuera sola, y sabes tan bien como yo que no me dejarán salir sola.

—Está bien, cuenta conmigo.

—Gracias —le dijo colgándose de su cuello en un abrazo.

—Lo que sea por una amiga.

Cuando llamaron a la puerta las dos contestaron al mismo tiempo.

—¡¿Quién?!

—Beatriz, tus padres acaban de llegar, tenéis cinco minutos.

—Sí, papá, gracias. Bajamos enseguida. —Antes de que Jorge cerrara la puerta, Mónica le llamó—: Papá.

—¿Qué?

—¿Crees que Gabriel habrá vuelto?

—Sí, mi vida, y debe estar ansioso por verte. Estáis preciosas. Sobre todo tú, Beatriz, has vuelto renovada. Si te hubiera visto por la calle, no te habría reconocido. Los años en ese internado te han sentado muy bien.

—Gracias, Jorge.

—Ahora daos prisa, os esperamos abajo.



X

Cardoña

El baile se celebraba en el ayuntamiento y todas las muchachas que cumplían los dieciocho años esa temporada asistían a él. Era una manera de anunciar a los caballeros que estaban disponibles para el casamiento y podían ser cortejadas. Desde ese mismo momento tenían de plazo tres años para buscar o elegir un pretendiente que les convinieran tanto a ellas como a sus padres. Si pasado ese tiempo no lograban encontrarlo, los padres se encargarían de hacerlo. Por eso las muchachas se volvían locas queriendo asistir a todos los bailes posibles, porque a cuantos más bailes asistieran, más pretendientes conocían, y más hombres para poder elegir al adecuado.

Toda la alta sociedad abandonaba su residencia de verano para volver a la ciudad y acudir a ese baile, ya que era el acontecimiento del año y una buena excusa para reunirse. Los hombres para hablar de negocios, las mujeres para chismorrear y los jóvenes para divertirse.

La fiesta comenzaba con un baile y todas las muchachas eran acompañadas por sus padres al centro de la pista. Allí, el alcalde daba la bienvenida a la alta sociedad, para después abrir su primer baile oficial, por supuesto cada una con su padre. Todas ellas iban vestidas de blanco y los padres con traje negro, a no ser que fueran militares como Jorge, que lucía su traje de gala azul marino, con los puños y el cuello dorado, al igual que los galones que de los hombros. El pañuelo dorado que ceñía su cintura anudado a un lado

terminando en un pequeño fleco del mismo color le hacía distinguirse del resto de los militares, pues dependiendo del rango que poseyeran el color del pañuelo los identificaba. Completaban su atuendo sus medallas, que portaba con orgullo.

—¿Sabes que eres la más bonita de la fiesta? —dijo Jorge admirando la belleza de su hija.

—No exageres, papá. ¿Has podido averiguar si por fin ha llegado Gabriel?

—Sí, llegó este mediodía. Y no te preocupes, vendrá al baile o si no es hombre muerto, y lo sabe.

—Gracias, papá. —Mónica besó a su padre con mucho cariño.

—Y esto, ¿a qué viene?

—Sé que tú has hecho que vuelva antes de tiempo, porque sus compañeros aún siguen allí.

—De algo tienen que servir los galones ¿no? Además, no iba a dejar que esta noche mi niña se quedara compuesta y sin novio —bromeó haciendo reír a su hija.

Justo cuando terminó el baile y se reunieron con su madre, su hermano y su cuñada, aparecieron Gabriel y Edu. Cuando Mónica lo vio cientos de mariposas revolotearon en su corazón y los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía dejar de mirarlo, estaba guapísimo con su traje de gala azul marino. Resaltaba su cuerpo fuerte y musculoso el pañuelo rojo que ceñía su cintura anudado a un lado, con los bordes dorados, terminando en un pequeño fleco del mismo color, donde guardaba su espada envainada y su pistola. Los botones que cerraban y adornaban la chaqueta también eran dorados, y en el lado izquierdo a la altura del corazón, al igual que Jorge, colgaban las medallas. Todo en él era impresionante y fascinante.

Todas las muchachas se volvían a mirarlo y suspiraban pensando en cómo conseguir que un hombre como ese firmara su carné de baile, pero él no podía apartar los ojos de Mónica, que estaba radiante esa noche con su vestido blanco, aunque sumamente escotado para su gusto, como siempre. Mientras caminaba hacia ella le sonreía y clavaba su negra mirada en sus ojos violetas, haciéndole temblar las piernas.

—¿Estás bien? ¿Te han herido? —Fue lo primero que le preguntó nada más tenerle enfrente.

Su expresión preocupada y su manera de observar cada centímetro de su cuerpo como si pudiera ver a través de su ropa, le hicieron sonreír de nuevo.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Gabriel, sin poder controlar sus emociones, cogió la cara de

Mónica entre sus manos y le dio un beso muy tierno en los labios. Ver a Mónica preocuparse de esa manera por él lo desarmaba. Nunca nadie había mostrado por él ese interés, en toda su vida nadie se había preocupado por él, a nadie nunca le había importado cómo estaba, si lo lastimaban o lo herían, nadie jamás le había preguntado cómo estaba. Y ahí estaba Mónica, demostrándole con una simple mirada lo preocupada que había estado por él en todos esos días.

—Sí, seguro.

—Sabes que no puedes hacer eso en público.

—¿El qué?

—Besarme.

Los dos seguían en la misma posición, él con la cara de Mónica entre sus manos y sin dejar de mirarse a los ojos mientras todos los observaban.

—¿Y quién me lo va a impedir? —Volvió a besarla sin importarle la gente.

Todo el salón empezó a murmurar. Entonces, el alcalde dijo desde el estrado, que aún no había abandonado después de felicitar a las debutantes:

—Bueno, muchachos. Es bastante visible que debéis tachar de vuestras listas a la señorita Mendoza, ya que el capitán Torres se os ha adelantado. Es una lástima, acaba de empezar la temporada y ya se nos retira una de las participantes más deseadas. Mi más sincera enhorabuena, capitán Torres. Aunque antes deberíamos saber qué opina el general Mendoza.

Jorge estaba muy serio y no entendía por qué Gabriel había hecho eso, parecía como si quisiera forzar ese compromiso y forzarle a él para que no pudiera oponerse, algo absurdo, puesto que él ya había aceptado que su hija se casara con él. No estaba seguro de si el muchacho era un inconsciente y disfrutaba provocándolo, o si al ser de origen humilde no tenía idea de cómo comportarse en público. Decidió optar por lo último, ya que lo había investigado y venía de un pueblecito en el cual las costumbres de ellos no debían ser nada parecidas a las suyas. Después de esa conclusión, decidió apoyarlo y hacer feliz a su hija, ya que la posición social de las personas no era algo que a él le importara demasiado, puesto que él antes de ser el general Mendoza también fue alguien muy humilde. Y, además, ya no había remedio después de cómo Gabriel había besado a su hija delante de todo el mundo proclamándola suya.

—Mi esposa y yo estamos totalmente de acuerdo con la elección de mi hija, y pronto recibirán las invitaciones para el enlace de Mónica con el capitán Torres.

Con las palabras que Jorge, desde ese momento el compromiso era oficial, ya no había vuelta atrás.

—¿Cómo ha podido atraparme, capitán? —le preguntó Mónica a Gabriel con una gran sonrisa en los labios mientras bailaban.

—Creo que fuiste tú la que me atrapó a mí —contestó devolviéndole la sonrisa.

—¡¿Yooo?!

—Sí. ¿Nunca has oído eso que dicen de que, cuanto más se te resiste algo, más deseas conseguirlo? Pues eso fue lo que me pasó contigo. Cuanto más me decías que no te casarías conmigo, más deseos tenía de que fueras mi esposa, y ahora ya no tienes escapatoria. Eres toda mía.

—Sí, soy toda tuya.

—Dos semanas, Mónica.

—¿A qué te refieres?

—Solo dos semanas, creo que es lo máximo que podré esperar para que seas mía. —Mónica se ruborizó al comprender el significado de sus palabras y él le sonrió—. Dentro de dos semanas en Nube Blanca, ¿te casarás conmigo?

—Sí, me casaré contigo, total, ya no tengo escapatoria —bromeó haciéndole reír.

Gabriel la abrazó mucho más fuerte y la besó apasionadamente haciéndola temblar de los pies a la cabeza, después cogió su mano y quitándole el carné de baile, añadió bromeando:

—Esto ya no lo vas a necesitar. —Metiéndoselo en el bolsillo, bromeó de nuevo—. Tú ya no estás disponible.

—¿Vas a ser un marido celoso y posesivo? —sonrió Mónica siguiendo su broma.

—Sí, y no sabes cuánto. Nunca he tenido nada que fuera realmente mío y no voy a compartirte con nadie, por eso no quiero que uses carné de baile porque desde este momento tus bailes solo son para mí.

—¿Por qué dices que nunca has tenido nada que fuera tuyo? —preguntó Mónica extrañada.

—No importa, no quiero hablar de eso.

—Pero…

—No quiero hablar de eso, Mónica, hablemos de otra cosa. Cuéntame todo lo que has hecho estas tres semanas sin mí.

—Pues echarte de menos, qué iba a hacer.

Mónica pudo ver en sus ojos el dolor al mencionar su pasado así que le hizo caso y no volvió a preguntarle, pensando que en otro momento él se sinceraría con ella y podrían hablar de ello.

***

Mientras, en otra parte del salón, Lucy y Bez charlaban de lo que les había pasado esa misma mañana. Hasta que Lucy gritó muy emocionada, mirando las escaleras:

—¡Dios mío! No puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene tanto escándalo?

—Tú también te escandalizarás cuando mires hacia la entrada.

—¿Qué puede ser tan importante como para escandalizar…? —Cuando Bez vio bajando por las escaleras a Edu, su mente se quedó en blanco.

«No puede ser. ¿Qué hace aquí? Y además con el capitán. Dios, creo que voy a desmayarme otra vez. ¡Oh, por favor! Está tan guapo y ese traje de gala le sienta de maravilla».

Edu bajaba las escaleras con Gabriel y por primera vez desde que se conocieron Bez puedo observarlo de lejos y apreciar cada detalle. Era alto, tenía un porte impresionante, y el traje de gala le sentaba de maravilla. Su traje era ligeramente diferente, pues cuanto más alto era el rango más galones tenía. El pañuelo que ceñía su cintura también cambiaba de color, pues al ser sargento lo llevaba azul claro y dorado. Tampoco lucía medallas, pues aún no había tenido tiempo de ganarse ninguna, aunque para Bez y después de lo que había hecho por ella esa mañana, ya era el hombre más condecorado de toda la sala. Edu no era tan grande ni musculoso como el hombre que lo acompañaba, pero más que suficiente para una muchacha tan canija y poca cosa como Bez, o al menos ella siempre se veía así. Si sus ojos verdes le habían parecido bonitos, ahora fue capaz de apreciar el color de su pelo. No lo llevaba ni muy largo ni muy corto, aunque se veía bastante rebelde con esas pequeñas ondas, y sintió ganas de tocarlo, de enredar los dedos en él y acariciarlo. Su color castaño cobrizo hacía resaltar esos ojos verdes que la volvieron loca nada más mirarlos. La voz de Lucy la devolvió a la realidad:

—No te has escandalizado, pero te has quedado atontada. Espabila y vayamos a saludarles.

—¡No! ¿Te has vuelto loca? No podemos hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque no podemos decir que fueron ellos los que nos salvaron, o sea que se supone que no los conocemos. Vamos, Lucy, les debemos eso después de lo que hicieron por nosotras. Si no fuera por ellos, ahora estaríamos muertas, pero antes de eso habríamos vivido un infierno.

—Tienes razón. Pero quiero hablar con él, quiero bailar con él y

quiero volver a mirarme en esos ojos tan negros y tan bonitos como una cálida noche de verano. También quiero que me abrace, y con un poco de suerte que me bese como el sargento hizo contigo. —Bez no pudo evitar reírse.

—Pues tendrás que esperar a que él quiera todas esas cosas también y, sobre todo, que él desee que los demás sepan que ya os conocéis. Y, por favor, contrólate, no quieras hacer una de las tuyas.

—¿A qué te refieres? —preguntó molesta.

—A que eres capaz de cualquier cosa para salirte con la tuya.

—Sí, pero yo… —De repente enmudeció y Bez siguió su mirada, quedándose tan estupefacta como ella.

En ese mismo instante supo que su prima iba a montar una de sus rabietas, pues vieron a Gabriel coger a Mónica y besarla con ternura. La cara de su prima cambiaba por segundos de la alegría a la tristeza y después de oír al general Mendoza confirmar el matrimonio de su hija con el capitán, a una furia incontrolable. Bez, al darse cuenta, la cogió del brazo y la arrastró al jardín antes de que empezara a despotricar toda la furia que sentía.

Una vez en el jardín y después de asegurarse de que estaban solas, Bez se acercó a su prima e intentó tranquilizarla, aun sabiendo que era inútil.

—Lucy, tienes que intentar…

—¡Intentar, intentar ¿qué?! ¡¿Qué quieres que haga?! ¡¿Que me calme?! ¡Pues no, no puedo calmarme! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué ella?! —No podía dejar de gritar y de caminar de un lado a otro—. ¡Siempre ella, siempre ella! ¡Uuuyyy, la odio! ¡Siempre acaba consiguiendo todo lo que yo quiero!

—No seas injusta, y no digas eso. Mónica es buena y nunca te ha quitado nada, no digas mentiras.

—Sí, ella me robó a mi prometido, y ahora al capitán. Siempre acaba robándome a los hombres que quiero.

—Lucy, por favor, tranquilízate y recapacita. Ella no te robó a tu prometido, ni siquiera ha hablado nunca con él. Las únicas palabras que le dedicó a Fidel fueron: «No, muchas gracias, no deseo bailar con usted». Ella no tuvo la culpa de que él te dejara.

—El me dejó porque se enamoró de ella nada más verla, eso fue lo que me dijo Fidel.

—Sí, pero eso no fue culpa de Mónica. Ella nunca volvió a hablar con él después de que te dejara, y lo mismo ocurre con el capitán. ¿No te has dado cuenta de que él es su prometido? Cuando lo conociste esta mañana él ya era el prometido de Mónica. Lo que ha pasado ahora mismo es que acaban de hacerlo público.

—Tú como siempre defendiendo a tu amiga, te da igual lo que me pase a mí. Soy tu prima y, sin embargo, la prefieres a ella.

—Lucy, por favor, no es eso. Solo intento hacerte entender…

—¡No, déjame! No quiero escucharte.

Lucy salió corriendo y Bez rezó para que no cometiera una locura y se pusiera en ridículo por esos celos absurdos que siempre había tenido hacia Mónica. Celos que en realidad no tenían fundamento, pues Mónica nunca había hecho nada para merecer ese castigo. También rezaba para que mantuviera la boca cerrada y no delatara al capitán y al sargento metiéndolos en un lío.

Bez decidió ir en su busca para intentar controlarla y se quedó parada en un rincón tratando de encontrar a su prima sin ser vista. Además, no quería ver al sargento. Había estado todo el día pensando en él y no se había parado a pensar que para él ella sería alguien insignificante, un hombre como ese no podía estar interesado en una mujer como ella, tan poca cosa y tan enclenque. Y después de ver a Mónica y a Gabriel, estaba segura de que el sargento también debía estar comprometido, era imposible que un hombre tan sumamente atractivo como él no tuviera novia, y se dio cuenta de que ella solo había sido un pequeño juego para entretenerse por el camino. Había sido una estúpida por creer todas las cosas bonitas que le dijo. Ahora solo quería que se acabara la noche rápidamente y no tener que verlo porque sabía que si lo veía con su prometida, su corazón se llevaría un buen golpe del que le costaría mucho recuperarse, como le acababa de suceder a su prima.

***

Edu estaba hablando con Jorge.

—Y bien, ¿cómo va esa vida de casado?

—Pues la verdad, muy bien. Tu prima es maravillosa y creo que cada día me enamoro un poquito más de ella. Aunque no sé para qué te cuento estas cosas, seguro que ahora te reirás de mí.

—¿Por qué tendría que reírme de ti? Me gusta que quieras a mi prima, si no fuera así, tendríamos problemas.

—Qué raro que tú digas eso. Tú, que estás en contra de las relaciones.

—Te equivocas, yo no estoy en contra de las relaciones, solo que no las quiero para mí. —Los dos se echaron a reír—. Esta mañana he conocido a una chica.

—¡¿Qué?! ¿Has dicho «he conocido a una chica»?

—Sí, he dicho «he conocido a una chica». ¿Por qué?

—Porque tú nunca dices eso, sino «he estado con una mujer y ha sido increíble» —simuló su voz bromeando—. Eso es lo que siempre dices.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Abismal. Si es la segunda, es normal en ti, pues te encanta presumir de lo bien que lo has pasado con ella en el lecho. Y si es la primera, es nueva para ti, porque eso de conocer a chicas no va contigo. Tú solo te las llevas al lecho y no te da tiempo a conocerlas.

—No, a esta no me la puedo llevar al lecho, no es como las demás.

—¡Vaya! Has conocido a una chica decente —dijo burlándose de él.

—Conozco a muchas chicas decentes, la única diferencia es que no trato con ellas.

—Y esta ¿qué tiene de especial?

—Que es preciosa, dulce, tierna, delicada y, cuando la miro, siento ganas de protegerla.

—¡Guau! Eso son palabras mayores para ti. Quiero conocerla.

—Pues tendrás que esperar.

De pronto, en una esquina vio a una muchacha medio escondida e inmediatamente la reconoció. Estaba preciosa con su pelo largo, negro azabache, todo recogido en un moño suelto, y algún que otro mechón colgando por su hermoso rostro. El vestido color celeste como sus ojos se ceñía hasta su cintura y de ahí salía una falda muy pomposa, la cual estrujaba entre sus dedos, muy nerviosa.

«¿Qué le pasará? ¿Por qué estará tan nerviosa? Como siga así, va a destrozarse la falda. Tengo que saber qué le ocurre».

—Disculpa, pero tengo que encontrarme con esa chica —le dijo a Jorge.

—¿Está aquí?

—Sí, allí mismo. —Señaló a Bez.

—Vaya, es muy bonita.

—Te lo dije.

—¿Quién es? Su cara me suena.

—Pues aún no lo sé y es lo que voy a averiguar ahora mismo.

Edu se alejó de Jorge y rodeó todo el salón para sorprenderla por la espalda. Justo cuando estuvo detrás de ella, se agachó y le preguntó al oído:

—¿Permitirá que apunte mi nombre en su carné?

Cuando Bez escuchó su voz se volvió rápidamente y al mirar sus ojos le regaló una gran sonrisa, pero su voz delató su nerviosismo.

—Ho-hola…, sargento.

—¿Por qué estás aquí escondida? ¿No querías saludarme? —

bromeó.

—No, sargento, jamás le habría saludado. Estaba buscando a mi prima.

—¿Por qué no querrías saludarme? —preguntó extrañado.

—Para evitarle problemas.

—¿Qué problemas?

—Se supone que usted y yo no nos conocemos, por eso no pensaba saludarle. Así que será mejor que se vaya, no deberían vernos juntos.

—Ah, ya comprendo. Entonces, acompáñame.

—Pero…

—¿Confías en mí? —le preguntó ofreciéndole la mano, sonriéndole y robándole la voluntad. Ella, sin pensarlo demasiado, la aceptó y Edu la llevó al jardín cerrando las puertas tras él—. Aún no me has contestado. —Se detuvo delante de ella, obligándola a levantar la cabeza para poder mirarlo, cogió su brazo derecho, lo acarició suavemente y agarró su carné, preguntándole—: ¿Puedo?

Cuando lo abrió por la primera hoja quedó complacido, pues aún no había nadie en él, así que apuntó su nombre, pero en vertical y en grande para no dejar espacio a ningún otro nombre. Después hizo lo mismo en la siguiente hoja, y en la otra, y en la otra, así hasta llenarlo todo.

Bez estaba tan sorprendida por el encuentro, por su cercanía y por su manera de tocarla que casi no podía hablar, y le preguntó extrañada al ver lo que hacía en su carné:

—¿Por-por qué hace eso?

—Porque no creo que me guste mucho verte bailar con otros hombres, y de esta manera estás obligada a bailar conmigo toda la noche. Espero que no te moleste. —Ahora sí que la había dejado sin palabras. Lo único que fue capaz de hacer era mirarlo embelesada y negar con la cabeza como respuesta. Edu le preguntó mirando sus rosados labios, que eran toda una provocación—: ¿Puedo besarte?

Al oír esa pregunta lo miró con los ojos muy abiertos, él sujetaba su mentón con el dedo índice y le levantó un poco más la cabeza mientras se acercaba muy lentamente hasta su boca. No esperaba una respuesta porque sabía cuál era, ya que vio cómo ella cerró los ojos esperando el beso. Edu no pudo evitar sonreír satisfecho.

Cuando sus labios rozaron los de ella la sintió suspirar y volvió a besarla, pues no podía dejar de hacerlo. Nunca unos labios le habían parecido tan suaves, tan dulces, tan apetitosos. Recordaba que le había dicho que nunca la habían besado y tenía miedo de abrir su boca, porque en el momento que lo hiciera sabía que ya no podría detenerse, que sus besos serían voraces. Deseaba a esa muchacha más de lo que nunca había deseado a una mujer y no

quería asustarla con su impaciencia ya que, si se dejaba llevar por sus impulsos, la llevaría detrás de un árbol y la haría suya. Él no solía esperar, no tenía paciencia para eso, por eso siempre iba con mujeres de vida alegre.

Bez no podía creer lo que estaba ocurriendo, ese hombre tan apuesto y maravilloso estaba ahí con ella, y no parecía importarle ninguna otra muchacha. Sus besos eran suaves y sus labios cálidos, le gustaba esa sensación y deseaba más, así que se arrimó a él y acarició su pecho reposando sus manos en él.

Cuando él sintió su cercanía, le rodeó la cintura con los brazos, apretándola en un fuerte abrazo y se perdió en la pasión que esa muchacha despertaba en él. Abrió sus labios e invadió su boca con una fuerza arrolladora y sin contemplaciones.

Cuando sus lenguas chocaron por primera vez, mil sensaciones invadieron el cuerpo de Bez poniéndole la piel de gallina y haciéndola temblar de pies a cabeza, pero le devolvió las caricias con la misma intensidad. Subió las manos por su cuello y enredó los dedos en su cabello tal y como había deseado hacer nada más verlo aparecer por la escalera. Su respiración se aceleró y sus gemidos suaves inundaron los sentidos de Edu volviéndolo loco, obligándose a sí mismo a apartarse de ella bruscamente.

Al sentirse rechazada, Bez agachó la cabeza avergonzada. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas e intentó apartarse de él empujándole con las manos en el pecho, pues no quería que supiera lo mucho que le dolía su rechazo.

—Bez…

—Suélteme, quiero irme.

Cuando consiguió liberarse de su abrazo hecho a correr, pero él la persiguió y la alcanzó antes de llegar a la puerta, cogiéndola del brazo y volviéndola con fuerza hacía él para atraparla en un fuerte abrazo.

—Bez…

—Suélteme, sargento.

—Edu, llámame Edu. ¿Por qué estás llorando?

Mientras con un brazo la sujetaba con fuerza para que no volviera a escapar de él, con el otro sujetaba su cara quitando las lágrimas que rodaban por sus mejillas

—Déjeme marchar, por favor.

—No, hasta que me digas por qué quieres irte.

—¿Para qué quiere que me quede si no le gustaron mis besos?

—¿Por qué crees que no me gustaron tus besos? —sonrió.

—Porque fue muy brusco y me apartó como si le diera asco mi contacto.

—¡Oh, Bez! Eres tan inocente. No fue por asco por lo que te

aparté de mí.

—¿No? —preguntó sorprendida.

—No.

—Entonces ¿por qué?

Sus ojos, su voz, todo en ella era pura inocencia, hasta su manera de mirarlo confundida al no comprender por qué de repente él había dejado de besarla y la había apartado de esa manera tan brusca de su lado. En ese mismo instante supo que estaba perdido y recordó las palabras de su padre: «Cuando una mujer se cuela en tu corazón, estás atrapado y ya no puedes escapar».

Eso era precisamente lo que le ocurría en ese mismo instante, se sentía atrapado por esa muchacha que lo miraba con tristeza pensando que él la rechazaba porque no le gustaban sus besos. Sin poder evitarlo, la levantó en volandas y la llevó hasta un rincón apartado y en penumbras donde nadie pudiera verlos, y allí volvió a besarla apasionadamente, hasta que sus gemidos de nuevo inundaron su mente.

—¿Cómo puedes creer que tus besos no me gustan? —le preguntó con la voz rasgada apoyando su frente en la de ella, mientras la miraba con deseo.

—¿Te gustan? —sonrió Bez.

—Pues claro que me gustan, me enloquecen.

—Entonces, no vuelvas a dejarme así, de esa manera tan brusca. Me asustaste —confesó.

—Tenía que hacerlo. —Edu solo podía sonreír.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hago y seguimos besándonos de esta manera, acabarás perdiendo tu virginidad ahora mismo, preciosa. Soy demasiado impulsivo para reprimirme.

—¡Ahí va! —Su exhalación y sus ojos como platos ante tal confesión hicieron reír a Edu—. ¡Sargento…!

—Edu, por favor.

—Edu, será mejor que nos vayamos.

—Después, ahora necesito besarte de nuevo.

—¡No, no, no…! —gritó asustada pensando en sus palabras.

—Tranquila, sabré controlarme. Contigo no me queda otra opción.

Volvió a besarla con la misma pasión, enloqueciendo otra vez con sus besos. El problema era que ella también perdía el juicio con sus besos y ninguno de los dos podía ni quería poner fin a ese momento de pasión. Cuando volvió a escuchar su pequeño gemido, la aplastó contra la pared y sus manos acariciaron sus pechos, unos pechos duros, firmes y redondos. No sabían el tiempo que llevaban deleitándose el uno al otro, pero Edu se detuvo de nuevo con una

gran fuerza de voluntad, ya que si no acabaría levantándole las faldas sin importarle las consecuencias. Así que, con la cabeza escondida en su cuello y la respiración agitada, intentó recobrar el sentido. Podía sentir cómo ella estaba tan alterada o más que él, pues su respiración también sonaba agitada.

—Será mejor que nos vayamos —dijo ella cuando fue capaz de volver a respirar con normalidad.

—Lo sé, solo necesito unos segundos.

—¿Para qué? —preguntó inocentemente.

—Para recomponerme, preciosa. Me vuelves loco —confesó sacándole una sonrisa a Bez.

—Edu.

—¿Qué?

—Creo que me estoy enamorando de ti.

—¿Solo lo crees? —soltó con arrogancia mirándola a los ojos.

—No. Estoy segura. —Agachó la cabeza ante tal confesión y le preguntó avergonzada—: Piensas que estoy loca, ¿verdad? Acabamos de conocernos y… ¿Crees en el amor a primera vista?

Los nervios no la dejaban callar. Edu puso el dedo índice en sus labios para silenciarla.

—Sí, ahora creo en el amor a primera vista. —Esa fue toda la respuesta que le ofreció, esa, y un nuevo beso que la dejó sin respiración. Después le susurró—: Creo que debemos volver al baile y quiero que me presentes a tus padres.

—¿Para qué?

—Para presentarles mis respetos. La temporada acaba de abrirse y no quiero que participes en ella, quiero que todos los hombres sepan que eres mía.

Bez se quedó de piedra al oírle decir eso.

—Edu, ¿estás seguro? No quiero que te sientas obligado porque te haya dicho que me he enamorado de ti.

—Bez, no me siento obligado, y no sé si estamos locos o no. Sé que acabamos de conocernos, y también sé que no siento miedo ni tampoco ganas de correr. —Ella lo miró extrañada—. No me mires así, siempre he creído que cuando una mujer me dijera que me amaba tendría tanto miedo que echaría a correr. —Ella se echó a reír, comprendiendo entonces por qué lo había dicho, así que se puso de puntillas y le dio un beso.

—Gracias por no echar a correr.

—De nada. Y ahora, ¿volvemos al baile?

—Sí.

Cuando salieron de la terraza lo hicieron agarrados de la mano y se dirigieron a la pista de baile, pero de pronto una voz los sorprendió y les hizo girar a los dos al mismo tiempo.

—Hola, chicos.
—Hola, papá —respondieron los dos a la vez.
Tanto Bez como Edu se quedaron petrificados. Bez soltó la mano de Edu de un tirón, mientras Edu la miraba extrañado, pues no entendía nada. No podía comprender por qué Bez había llamado papá a su padre y por qué había perdido el color de la cara y se agarraba la falda con manos temblorosas.
«¡Dios mío! ¡No puede ser! Edu no puede ser Eduardo, mi hermano pequeño». Lo miró y se dio cuenta de una cosa. «Es igual que mamá, se parece mucho a ella. Sus ojos verdes, su pelo rojizo, tiene el porte de papá y su altura, pero por lo demás es igualito a mamá. ¡¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?!».
—Beatriz. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Te encuentras bien?
—Yo…
Por más que quisiera hablar, las palabras no salían de su garganta, la impresión era demasiado fuerte.
«¡¿Beatriz?! ¿Bez es Beatriz? Esto tiene que ser una pesadilla. Despierta, Edu, debes estar durmiendo. ¡Maldita sea! No puede ser que la primera vez que te interesa una chica de verdad sea tu hermana. ¡Es de locos!».
—Estás pálida, ¿no te habrás puesto mala otra vez? —Su padre cogió su cara entre sus manos—. Después de lo que pasaste esta mañana no debí dejarme convencer, no debí acceder a que vinieras. Pero tanto tú como Mónica os pusisteis tan pesadas. ¿Quieres que te lleve a casa?
—No-no pasa nada, e-estoy bien, papá. No te preocupes.
—¿Segura?
—Sí… segura —dijo mirando a Edu con una tristeza tan grande, que a Edu se le hizo un nudo en la garganta.
—Entonces vayamos con tu madre, te estaba buscando. —Pasó el brazo por los hombros de su Edu—. Y bien, hijo, ¿cómo has encontrado a tu hermana? ¿A que está muy cambiada? Se fue hecha un saco de huesos y ha vuelto convertida en toda una mujer. Y más bonita que nunca, ¿verdad? Lo que no entiendo es cómo os habéis reconocido después de tantos años sin veros. Todas las veces que íbamos a verla tú no podías abandonar la academia militar. Debéis llevar sin veros unos siete años, eso son muchos años. Mirad, ahí está vuestra madre. —Acercándolos hasta Susan, dijo—: Cariño, la encontré.
—¿Dónde te habías metido? Estaba preocupada. Pregunté a Mónica por ti y me dijo que hacía mucho rato que no te veía. Después te estuve buscando y no te encontraba por ningún sitio. Por favor, Beatriz, deja de retorcerte el vestido, lo vas a dejar todo arrugado. Y bien, ¿dónde estabas?

Bez estaba aturdida por lo que había pasado y muda por la impresión, así que no podía hablar.

—Estábamos juntos, mamá, déjala respirar con tantas preguntas. —Edu fue capaz de salir de su estado de *shock* y contestar—. Nos encontramos y después de tanto tiempo nos pusimos a hablar y no nos dimos cuenta del tiempo.

—¿Y dónde estabais?

—En el jardín.

—Vaya, en el único lugar donde no se me ocurrió buscar.

«¡Gracias a Dios! No te hubiera gustado nada encontrarnos allí», pensó Edu.

—¿Por qué nadie me dijo que Bez volvía a casa? —Su voz era dura por la furia que crecía dentro de él a cada segundo.

—No te pongas así, hijo, ha sido una sorpresa para todos. Beatriz adelantó su viaje dos meses aprovechando que Lucy, la sobrina de Estela, y Amanda, la hija del coronel Aguirre, regresaban. Tu hermana nos mandó un mensaje mientras estabas en ese reconocimiento y puesto que el doctor le dio permiso, decidimos que regresara cuanto antes. ¿No te alegra que haya vuelto?

—Por supuesto que me alegra, es solo que…

—¡Beatriz! Estás guapísima, tesoro —gritó su tía Estela toda entusiasmada abrazando y besando a su sobrina.

—Sobrina, si te veo por la calle no te reconozco. —Esta vez era su tío Sergio—. Estás preciosa. Te fuiste siendo una niña y regresas hecha toda una mujer. Vas a romper muchos corazones esta temporada.

—¡Aaah, no! Eso no puede ser, recordad que está comprometida.

—¡¿Qué?! —gritaron Bez y Edu al mismo tiempo.

—¿Prometida con quién? —preguntó Bez que creía que iba a morir en ese mismo instante, su voz era un susurro.

—Beatriz, cariño, no puedes haberte olvidado de tu prometido. Antes de irte al internado vuestro compromiso se hizo oficial, os conocisteis el día de tu puesta de largo y el compromiso se selló unos meses antes de irte. Está aquí y quiere verte, por eso te estaba buscando.

Bez estaba tan aturdida que no podía asimilar todo lo que estaba pasando, el aire no le llegaba al pecho y la cabeza le iba a estallar. Su semblante cada vez estaba más blanco y Edu ya no pudo aguantar más verla con esa angustia.

—¡Ya basta, mamá! ¿No te das cuenta de que la estás mareando?

—Pero, hijo, yo…

—¡No! Acaba de llegar después de tantos años y tú la estás avasallando con preguntas absurdas y cosas que no recuerda, ¿no te das cuenta?

—Edu, por favor.

Bez sabía que acabaría muriendo de vergüenza si a Edu se le ocurría decir algo.

—Vamos a bailar —dijo Edu muy serio, cogiéndola de la mano —, a ver si así mamá se tranquiliza un poco.

—¿Qué le ocurre a este muchacho? ¿Se ha vuelto loco? —preguntó Susan mirando cómo Edu se llevaba a su hermana hacia la pista de baile.

—Quizá tenga razón, mi vida. Beatriz está un poco descolocada después de tantos años fuera y puede que tantas novedades de golpe la mareen. Debes tomártelo con más calma, acaba de llegar.

—Está bien, lo intentaré, pero es que la he echado tanto de menos que quiero recuperar el tiempo perdido. Puede que Edu tenga razón y la esté agobiando.

***

Cuando estaban en el centro de la pista bailando, Bez se dejó llevar por las emociones y las lágrimas empezaron a desbordarse por sus ojos. A Edu se le partía el corazón al verla así y decidió abrazarla con fuerza y dejar que se desahogara, mientras le hablaba suavemente al oído como hizo esa misma mañana cuando la salvó de su atacante.

—¡Ssshhh! Todo se solucionará, tranquilízate. Algo se nos ocurrirá y si no, nos escaparemos juntos. No voy a dejar que te cases con otro hombre, ¿me entiendes? No voy a permitirlo.

—Na-nada podemos hacer, Edu. Esto se acabó… Olvidemos lo que ha pasado, es lo mejor.

—¡No! No puedes pedirme…

—Edu, estoy comprometida, voy a casarme, eres mi hermano y nada podemos hacer.

Bez estaba destrozada, al pensar que el hombre del que acababa de enamorarse perdidamente era su hermano pequeño. Edu, sin embargo, estaba enfurecido por la situación. No lograba entender por qué el destino le ponía a la mujer más hermosa y deseable en el camino, y le hacía perder la cabeza por ella, para descubrir que se trataba de su hermana. Una hermana que no había sido capaz de reconocer, una hermana que acababa de robarle el corazón, una hermana a la que jamás podría volver a ver como tal.

Ninguno había sido capaz de reconocerse como los hermanos que eran, pero tampoco ninguno podía recordar que en el fondo no

lo eran. Pues cuando José mató a Alberto Sandoval y fue a buscar a sus hijos para adoptarlos y formar una hermosa familia con Susan, eran demasiado pequeños. Edu acababa de nacer y Bez apenas había cumplido los cuatro años. La relación entre sus padres había sido muy difícil y escandalosa, así que decidieron no volver a hablar de ello, criar a esos niños como suyos y hacerles olvidar toda la barbarie que su verdadero padre les había obligado vivir. Y así se convirtieron en hermanos y nunca más se volvió a hablar de Alberto Sandoval, al igual que los niños dejaron de ser hijos de Sandoval para ser hijos de José Serra. Todo el mundo olvidó, incluso sus padres, que alguna vez esos cuatro niños no hubieran sido unos auténticos Serra.

—No tienes por qué seguir con ese compromiso. ¡Pero si ni siquiera te acordabas de él!

—Sí, pero nuestros padres dieron su palabra y no puedo hacerles eso. Además, no podría soportar la vergüenza de que alguien llegara a enterarse de lo nuestro. Estamos a tiempo de arreglar las cosas, ya que entre nosotros no ha pasado aún nada de lo que tengamos que arrepentirnos. Por favor, Edu, dejémoslo así. Es mejor olvidarlo todo.

—¿Puedes olvidar lo que sientes por mí? Hace apenas diez minutos dijiste que me amabas, ¿vas a olvidarlo tan fácilmente?

—Por favor, Edu…

—No. Podemos hablar con ellos, hacerles entender.

—¿Qué van a entender? ¿Que sus dos hijos se han enamorado? Es una aberración y eso es lo único que van a entender.

—Pero…

—No, Edu, creo que lo mejor es que me case con ese muchacho y así todo volverá a la normalidad.

—Ni siquiera sabes su nombre, ¿recuerdas cómo es?

—Eso no importa.

—Sí importa, porque no lo amas. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida con alguien a quien no amas?

—Aprenderé a quererlo. Además, ya no importa con quién me case.

—¿Por qué?

—Porque si no puedo estar con la persona que amo, ¿qué importa con quién me case? —Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas nuevamente.

—Bez…

Edu cogió su cara entre sus manos, le besó la frente y después la punta de la nariz.

Bez lo empujó y salió corriendo hacia los aseos, dejándolo solo en la pista de baile. Cuando reaccionó y salió de allí, su madre lo

llamó.

—Eduardo, cariño, ¿dónde está tu hermana?

—Fue a los aseos.

—¿Recuerdas al teniente Gallardo?

—Sí, lo conozco del cuartel. —Lo miró y dijo como saludo—: Teniente.

Edu se cuadró ante él haciéndole el saludo militar, ya que su rango era superior y le debía un respeto.

—¿Por qué no dejamos los formalismos? —Mientras hablaba le ofrecía su mano como saludo—. Al fin y al cabo, vamos a ser cuñados.

Edu se quedó de piedra y, con un gran esfuerzo, le devolvió el saludo. ¿Por qué él tampoco recordaba nada de ese compromiso del teniente Gallardo y su hermana?

—Así que eres el prometido de Bez.

—Sí, y estoy deseando verla, es muy escurridiza. Llevo toda la noche queriendo bailar con ella y aún no he podido encontrarla. Si usted me da su permiso, José, me gustaría pasar a por ella para el próximo baile, así me evitaré tener que estar buscándola toda la velada. Total, es mi prometida y debe acudir conmigo al baile y no tenerme toda la noche danzando detrás de ella, ¿no le parece?

—Tienes razón, Armando. Puedes venir a casa a ver a Bez siempre que quieras y estás en todo tu derecho de pasar a buscarla cuando tengamos una fiesta.

Edu lo miraba queriéndole arrancar las entrañas y después hacérselas tragar. Era de esos hombres que gracias a su apellido conseguían cualquier cosa, incluso los galones. No era demasiado alto y tampoco era atlético, un hombre bastante corriente. Lo peor de todo era que se le veía arrogante y muy engreído. Como su padre tenía el más alto rango en el ejército, puesto que era teniente general, se valía de eso para conseguir cualquier cosa.

Edu no pudo soportar más esa situación y decidió marcharse a tomar una copa. Allí se encontró a Gabriel y a Jorge.

—Y bien, ¿cómo te ha ido con esa chica? —le preguntó Jorge.

—No quiero hablar de eso, necesito un *whisky* doble.

—¿Qué chica? —interrogó Gabriel.

—Una chica que conoció esta mañana y que está aquí.

—¿Bez está aquí?

—¿Quién es Bez? —preguntó Jorge esta vez.

—Bez es Beatriz —confesó Edu muy cabreado.

—¿Quién es Beatriz? —preguntó Gabriel confundido—. Me estáis haciendo un lío.

—Beatriz es su hermana, que acaba de llegar hoy de un internado —respondió Jorge.

—¿Puedes explicarme qué ocurre? ¿Bez es tu hermana y tú no la conocías? ¡Si incluso la besaste esta mañana!

—¡¿Qué?! ¿Besaste a Beatriz? —preguntó Jorge mas confundido que antes.

Edu les contó todo lo que había pasado, pues necesitaba desahogar ese mal humor con alguien, y quién mejor que sus dos mejores amigos. Los dos se quedaron de piedra.

—Vaya, ¿qué piensas hacer? —preguntó Jorge, muy conmocionado por toda esa historia.

—¿Qué quieres que haga? Bez está empeñada en casarse con ese estúpido, avergonzada por lo que ha pasado entre nosotros, y dice que se morirá si alguien se entera de lo nuestro.

—¿Y qué esperas? Acaba de salir de un internado donde ha estado encerrada más de seis años y su primer encuentro con un hombre justamente es contigo, su hermano. Es normal que esté trastornada. —Gabriel puso la mano en el hombro de su amigo para mostrarle su apoyo—. Tienes que ser paciente y respetar cualquier decisión que tome.

—Creo que Gabriel tiene razón.

—Estáis muy seguros, ¿verdad? ¿Tú dejarías que Estela se alejara de ti? Y tú, ¿dejarías que Mónica se casara con otro?

—¡No! —contestaron los dos al mismo tiempo.

—Pero ellas no son nuestras hermanas —dijo Jorge muy abatido al ver la amargura de su amigo.

—Lo sé, y yo no sabía que era mi hermana hasta hace cinco minutos.

—Bien, pues entonces haz lo que haces siempre, olvídate de ella —le sugirió Jorge.

—Ese es el problema, no puedo. Sé que debería hacerlo, pero no puedo. Desde que mi madre me dijo que estaba comprometida con otro hombre, algo ha cambiado dentro de mí.

—¡Vaya! ¿Sientes celos? —le preguntó Gabriel.

—¿A ti qué te parece? Lo único que me apetece hacer es aplastar a Armando con mis propias manos. Así que sí, estoy celoso. ¿Estás contento?

—No, pero te dije que tú serías aún peor que Jorge y que yo, y no me equivoqué. Ahora tienes que tranquilizarte.

—No sé si voy a poder, sobre todo después de ver la reacción de Bez al saberse comprometida. ¡Maldita sea! Lo único que me apetece es matar a ese estúpido de Gallardo y librarla de ese compromiso.

—¿El teniente Gallardo es su prometido? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—¡Vaya! Entonces la compadezco, no podrían haberle elegido

peor marido. Es tan arrogante que creo que está enamorado de sí mismo.

—En eso tienes razón —dijo Jorge.

—Así no me estáis ayudando.

—Tienes razón, tomemos una copa y hablemos de otra cosa —propuso Gabriel apretando su hombro nuevamente, demostrándole lo mucho que lamentaba la suerte de su amigo.

***

—¿Has visto cómo mi hermano ha abandonado la sala nada más anunciar tu padre el compromiso? —le dijo Estela a Mónica—. Pobrecito, me da tanta pena. Toda su vida enamorado de ti creyendo que con el tiempo podrías llegar a enamorarte de él, y ahora debe estar destrozado.

—Lo siento, Estela. Sabes que hubiera dado cualquier cosa por enamorarme de tu hermano, pero eso es algo que nunca va a pasar. Lo quiero muchísimo y ese es el problema, hemos crecido juntos y lo quiero como a un hermano, sé que eso nunca va a cambiar y más aún después de conocer a Gabriel. Después de eso, no creo que pueda volver a interesarme otro hombre en lo que me queda de vida. Él es el único para mí y lo amo con locura.

Mónica y Estela estaban en los aseos retocándose sin dejar de hablar, cuando de repente la puerta se abrió y se quedaron mudas. Bez entró dando un portazo, llorando y temblando como una hoja al viento. Las dos acudieron a su lado inmediatamente para consolarla.

—¡Pero ¿qué te ha pasado, por Dios?! ¿Por qué estás así? —Mónica la cogió de las manos y la ayudó a sentarse en un butacón.

—¿Quieres que avisemos a alguien? —preguntó Estela, preocupada al ver su aspecto.

—No-no, no quiero ver a nadie… Por favor.

—Está bien, tranquilízate y cuéntanos qué te ha pasado.

—E-Edu, Edu…

—¿Tu enamorado?

—¿Qué enamorado? —preguntó Estela confusa—. ¿Cómo puedes tener un enamorado si acabas de llegar?

Bez les contó todo lo ocurrido y las dos la abrazaron intentando darle consuelo, aunque sabían muy bien que nada de lo que hicieran o dijeran podía consolar a su amiga. Todo era horrible, y por más que hicieran no dejaría de serlo. Cuando Bez consiguió

calmarse, las tres salieron de los aseos, pero otra mala noticia las hizo descomponerse de nuevo.

Los hombres hablaban escandalizados y las mujeres estaban muy nerviosas. Mónica preguntó a una de ellas y cuando esta le dijo que los hombres debían irse a un combate, las tres se quedaron sin respiración y se reunieron con sus familias inmediatamente.

—¿Qué ha pasado, papá? —preguntó Mónica.

—Acaban de avisarnos de que están atacando la frontera y debemos partir. Tenéis diez minutos para despediros.

—¡¿Qué?!

Gabriel cogió a Mónica por la cintura y la apartó a un lado para hablar a solas con ella.

—Mónica…

—No, no, no, no. Te lo dije, te dije que no quería pasar por esta situación, te dije que no quería despedidas y llorar por mi prometido continuamente. Y ahora tienes que irte. Acabas de llegar y ya tienes que marcharte. Es nuestra fiesta de compromiso, tienes que irte a un combate y no sé si volverás con vida. —Estaba muy nerviosa y no dejaba de hablar.

—Mónica, escúchame…

—No, no quiero que te vayas, no quiero perderte. No lo soportaría, te amo…

Gabriel cogió su cara entre sus manos y la besó con tanta pasión que la dejó sin sentido, mientras sentía por sus mejillas las lágrimas de ella. Era la primera vez que alguien se preocupaba por él, lloraba por él, y esa sensación lo llenó de ternura.

—Cuando vuelva nos casaremos —le dijo muy serio.

—¡No! Ya no quiero casarme contigo. Quiero anular el compromiso, lo he pensado mejor y seguiré buscando a un civil para que no me dé tantos quebraderos de cabeza ni tantos disgustos.

—Deja de decir tonterías.

—No son tonterías.

—Vas a casarte conmigo, Mónica, y lo sabes. No te hagas la difícil.

—¡No!

—Mónica, te juro que voy a regresar, porque si tú estás esperándome, no habrá balas ni bombas ni enemigos que me impidan volver a tu lado, mi pequeña salvaje.

Cuando Mónica le escuchó decir esas palabras, se colgó de su cuello y lo besó con mucha pasión.

—Más te vale, porque si rompes tu promesa, te buscaré en el más allá y cuando te encuentre, te remataré —le dijo haciéndole reír, para después perderse en sus labios nuevamente.

—¿Eso quiere decir que te casarás conmigo?

—¡No!

—Eres increíble, ¿lo sabías? —se rio de nuevo Gabriel.

***

Mientras, Armando, el prometido de Bez, por fin lograba hablar con ella, aunque fuera para despedirse, sin apenas haber mantenido una conversación en toda su vida.

—Vaya, llevo toda la noche buscándote y ahora que te encuentro, tengo que dejarte. Pero volveré y pondremos fecha a nuestro enlace, ¿te parece bien?

Bez asintió con la cabeza, pues todo le daba igual. El hombre al que amaba era un imposible y, para colmo de males, partía a un combate y no sabía si volvería con vida. Ahora empezaba a entender por qué su amiga Mónica se empeñaba en no casarse con un militar. Sentía tanta angustia que los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que algo pudiera pasarle y lo peor era que no podía despedirse de él, no podía abrazarlo, besarlo y decirle cuánto lo amaba.

—No llores, cariño, volveré.

Armando la abrazó con fuerza y le dio un beso en los labios, algo que hizo que Bez sintiera náuseas por el contacto.

—Armando, será mejor que vayas a despedirte de tus padres. Bez tiene que despedirse de su familia también —le indicó Edu para que se alejara de ella.

—Tienes razón, Edu. Recuerda lo que te he dicho, cuando vuelva quiero una fecha para nuestro enlace. Y que sea pronto, no me hagas esperar más. —Volvió a besarla y Edu sintió ganas de matarlo.

—¡Beatriz, Eduardo! Venid, papá quiere despedirse de las mujeres y yo necesito un abrazo de mi dulce Beatriz. —Alberto abrazó a su hermana pequeña, por la cual sentía debilidad. Bez al notar el cariño de su hermano, rompió a llorar otra vez—. Vamos, pequeñaja, no me llores. Va a ser pan comido, ya lo verás. Cuando menos te lo esperes, estaremos de vuelta. Ya sé que no has tenido un buen comienzo, pues nada más llegar te asaltan y ahora tenemos que separarnos otra vez, pero te juro que, cuando volvamos, nos pondremos al día y me contarás todo lo que has hecho en estos años en el convento.

—Más bien tendrás que contarle tú a ella todo lo que has hecho.

No creo que Bez haya podido hacer muchas cosas donde estaba a parte de estudiar, coser y bordar. Aunque si lo piensas un poco, será mejor que no le cuentes nada, acabarías escandalizándola —bromeó Edu. Los tres se echaron a reír y pasándole los brazos por sus hombros la escoltaron hasta su padre.

A Bez siempre le había gustado estar con sus hermanos, ellos siempre la protegían y cuidaban mucho. Desde que cumplió los quince años y cayó enferma, ellos siempre la habían acompañado. Cuando paseaba por la calle, ellos la vigilaban para que no se cansara y su tos se agravara más, y cuando quedaba postrada en la cama, ellos la entretenían y jugaban con ella para que el tiempo no fuera tan largo. Era lo bueno de tener una familia numerosa, nunca se encontraba sola, su habitación siempre era un ir y venir de gente. Sus hermanas, sus padres o sus hermanos se turnaban para que no se sintiera sola. Aunque sus hermanas se habían casado con dos primos y vivían lejos, siempre se mantenían en contacto por carta. Para los Serra, la familia era lo más importante.

Cuando llegaron, Bez se arrojó llorando en los brazos de su padre, y este la besó y consoló jurándole que nada malo iba a pasarles.

—Había olvidado lo difícil que era esto de las despedidas y no me gusta.

—Lo siento, cariño, acabas de llegar y ya te estamos dando disgustos. Pronto estaremos aquí y entonces recuperaremos todos estos años de separación, te lo juro.

—¿Cuidarás de Edu… y de Alberto?

—Los traeré sanos y salvos, te lo prometo.

—Te quiero, papá. Cuídate mucho y volved pronto, por favor.

—Acompáñame al jardín —le susurró Edu al oído cogiendo su mano, mientras sus padres se despedían.

Bez no fue capaz de negarse, quería despedirse de él y lo acompañó hasta el jardín. El jardín volvía a estar vacío, todos estaban en el salón despidiéndose de sus seres queridos.

—Edu, no dejes que nada te pase, porque si no yo… —Se acurrucó en su pecho y rompió a llorar una vez más.

—Nada va a pasarme —dijo abrazándola con fuerza—, voy a volver y quiero que me prometas una cosa.

—Lo que quieras.

—No vas a casarte con ese estúpido, esperarás a que regrese y decidiremos qué vamos a hacer.

—No podemos hacer nada, Edu. ¿No te das cuenta? Somos hermanos y esto no puede ser.

—¡Escúchame! —gritó muy enfadado cogiendo su mentón—. No vas a casarte con nadie, ¿me has entendido? —Nada más decir eso

la besó con fuerza.

Ella podía sentir su furia por cómo la abrazaba y la besaba, e intentó tranquilizarlo alzando sus manos y acariciando su cabello. Su efecto fue inmediato: sus brazos se aflojaron en un tierno abrazo, y su beso se suavizó y se volvió ardiente y apasionado, volviéndola loca de placer. Edu la alzó, la pegó a su cuerpo y la llevó en volandas hasta un rincón para deleitarse con su boca. No podía dejar de besarla y cuando consiguió hacerlo, fue para seguir besando su cuello y bajar lentamente hasta su canalillo, besándolo con ardor mientras acariciaba sus pechos. En ese momento, ella le suplicó en un susurro:

—Edu… por favor, para… Esto no puede ser, es… es una locura.

—Bendita locura…

Alguien abrió las puertas de la terraza y se separaron bruscamente. Edu escondió a Bez contra la pared y cuando vio entrar a Jorge, suspiró aliviado.

—Tranquila es Jorge —le dijo a Bez.

—¡Oh, no! Por favor, no quiero que me vea, me da mucha vergüenza.

—Está bien, lo sacaré de aquí. No olvides lo que te he dicho y espera a que regrese. —Le dio otro beso y salió del rincón, acercándose a Jorge y sacándolo de allí mientras le preguntaba—: ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando, tenemos que irnos ya.

—Bien, pues vámonos.

Cuando se marcharon, Bez salió del rincón y se sentó en uno de los bancos para echarse a llorar. Sentía que el corazón se le descuartizaba a pedacitos y quería morir. Sabía que nunca podría soportar que otro hombre la tocara, como también sabía que debía casarse con Armando para poder levantar un muro bien grande entre ella y Edu. No podían estar juntos y se veía incapaz de negarle a Edu cualquier cosa que le pidiera, así que convertirse en la señora de Gallardo era lo mejor para que Edu se mantuviera bien lejos de ella. Casarse con ese individuo y marcharse de casa era la mejor solución, alejarse de Edu era lo más correcto.



XI

Nube Blanca

Las mujeres habían vuelto a las plantaciones para esperar el regreso de sus maridos, pues allí estaban más seguras, y como de costumbre, cada vez que sus maridos partían a alguna misión ellas se apoyaban unas a otras, se juntaban todos los días en una u otra plantación, y así la espera era mucho más amena.

—Cuando estamos en esta situación doy gracias a Dios de que Sergio decidiera ser banquero.

Estela no sufría como sus amigas la falta de su marido y su hijo, ya que los tenía siempre en casa. Ser banquero no era peligroso, lo máximo que podía ocurrirles sería que entrara un ladrón, y Sergio tenía muy claro que no tenían que jugarse el tipo. Las dos veces que le habían robado él había entregado el dinero, tanto su vida como la de su hijo eran bastante más importantes para él que el dinero, por eso no oponía resistencia.

Sin embargo, Estela acompañaba a sus amigas en su dolor y rezaba con ellas para que regresaran todos sanos y salvos. Al fin y al cabo, entre ellos se encontraban su cuñado y sus dos sobrinos, y Jorge padre e hijo eran como de la familia, y más aún después de la boda de Jorge y su hija Estela. Así que sufría por todos y cada uno de ellos

—En eso te doy la razón, cada vez que Jorge se va al frente me arrepiento de que volviera a ingresar en el ejército. Con lo tranquila que estaría si se hubiera quedado aquí en Nube Blanca encargándose de la plantación, y mi hijo también, pero nooo, él tuvo que ser militar como su padre. ¡Es horrible esta espera, no la

soporto!

—Tranquilízate, Mónica, verás que pronto recibimos noticias de ellos. Hace diez días que se fueron y José nunca me deja sin noticias más de diez días seguidos, siempre se las apaña para encontrar la manera de mantenerme informada.

—Dios te oiga, la espera me vuelve loca. Aunque tú tienes más motivos que yo para volverte loca, ya que son dos hijos por los que preocuparse, o sea doble preocupación. Menos mal que no tuve más hijos varones. En este momento entiendo a mi hija y su obstinación por no casarse con un militar.

—Tampoco le sirvió de mucho su obstinación, ya que al final va a acabar igual que nosotras, casada con un militar y llorando por su marcha.

—Sí, las tres andan todas las tardes llorando como magdalenas, y eso que creí que Bez no se acordaba de su prometido y que no lloraría por él. Pero me sorprende, parece más afectada que yo. Aunque ella tiene cuatro razones para estar preocupada, si contamos también a sus hermanos y a su padre.

***

Mientras tanto, en otra habitación, las chicas se consolaban unas a otras, como hacían sus madres.

—¿Alguna ha recibido noticias de los hombres? —preguntó Bez esperanzada.

—No, ayer ya te dijimos que no, y te juro que cuando vuelva Gabriel me va a oír. Voy a romper ese dichoso compromiso y no me pienso casar con él, así evitaré pasar por este infierno todos los días de mi vida. Si quiere ser militar, pues que lo sea, pero yo no voy a ser su esposa.

—Será mejor que nos calmemos, así no conseguimos nada. Hablemos de otra cosa —propuso Estela que era la más tranquila de las tres, como su madre.

—¿Y de qué quieres que hablemos si no tenemos otra cosa en la cabeza?

—Pues de ti, por ejemplo, y de lo que vas a hacer cuando regrese Edu.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo hacer nada. Mis padres sellaron un compromiso, lo mío con Edu es un imposible. Me parece que es bastante evidente lo que debo hacer, ¿no crees?

—Pero no puedes casarte con Armando, es un estúpido y un

engreído —dijo Mónica muy alterada—. Nunca te hará feliz.

—¿Y eso qué importa? Nada puede hacerme feliz. Lo único que me haría feliz sería estar con Edu y es mi hermano, así que ya no importa con quién me case.

—Que no puedas casarte con Edu no quiere decir que tengas que casarte con Armando. Podrías buscar otro hombre, enamorarte de otro…

—Eso nunca va a ocurrir.

—¿Por qué? Edu no es el único hombre en el mundo, hay muchos más.

—No sé por qué, pero sé que no va a ocurrir. Recuerdo que cuando era pequeña adoraba a mi padre, estaba enamorada de él y siempre le decía a mi madre que me casaría con él. Nunca en toda mi vida me había interesado ningún hombre y cuando mis padres me prometieron a Armando no me importó porque seguía sin encontrar un hombre que me atrajera. Cuando conocí a Edu fue verlo y enamorarme de él, y cuando descubrí que era mi hermano supe por qué. Edu es como papá. Físicamente se parece a mi madre, pero en todo lo demás es como mi padre, su personalidad, su simpatía, su carisma, su porte. Es como encontrar ese hombre con el que siempre has soñado. El problema es que en mi caso ese hombre es intocable y si ya no soy capaz de verlo como al hermano que siempre quise y adoré, sino como a ese hombre con el que siempre he soñado, lo mejor es casarme y alejarme de él para siempre. Por eso, qué importa con quién me case, sé que nunca voy a volver a enamorarme.

—Eso es muy triste, Bez. Deberías tener esperanza, puede… —le instó Mónica.

—¡No! Ya no quiero hablar de esto, cambiemos de tema, por favor. —Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, cuando de repente entró uno de los negros anunciándoles la llegada de uno de los hombres.

—Señoritas, acaba de llegar el teniente Gallardo y desea ver a la señorita Bez.

—¡Dios mío, eso quiere decir que los hombres regresan! —gritó Mónica entusiasmada.

Las tres se levantaron y salieron corriendo a avasallar al teniente Gallardo a preguntas, pero este las cortó inmediatamente y no las dejó seguir hablando.

—¡Por favor, señoritas, conténganse! No sé cómo están sus parientes, no estábamos juntos. Ellos estaban en el frente y yo en la retaguardia, protegiendo a mi padre.

«¡Cobarde!», pensaron todas a la vez.

—Bez, el teniente quiere dar un paseo contigo —le dijo su

madre.

—Deseaba tanto verte que convencí a mi padre para que me diera un permiso y poder hacerte una visita, puesto que el día de tu regreso en el baile no tuvimos tiempo de vernos. ¿Querrías pasear conmigo, Bez?

Mientras hablaba se acercaba a ella ofreciéndole el brazo y Bez, sin poder negarse, aceptó su ofrecimiento con muy pocas ganas, ya que ese hombre le repugnaba.

—Será un placer acompañarle, teniente —mintió.

—Armando, tutéame, ya que dentro de poco serás mi esposa.

—Como quieras.

Salieron a dar un paseo y por más que hablara, Bez no podía concentrarse en nada de lo que decía. Ni siquiera sentía la mano de ese hombre cogiendo la suya. Solo podía pensar en Edu y en si estaría bien, si comería bien, si estaría herido, y en por qué ese hombre podía regresar cuando le viniera en gana simplemente por ser el hijo del teniente general, el militar de mayor rango.

Cuando llegaron a un árbol la arrinconó contra él y empezó a besarla. Bez se quedó paralizada y sin poder respirar, y mucho menos responderle al beso, pues le resultaba sumamente desagradable. No tenía nada que ver con los besos de Edu. Por más que el teniente quisiera que Bez abriera la boca para profundizar el beso, ella la apretaba y tensaba al igual que todo su cuerpo, que estaba tan rígido que creía que acabaría partiéndose por la mitad. Cuando él desistió, ella pudo respirar por fin, pero creyó morir al escucharle decir:

—Debes relajarte, sé que suelo impresionar a las mujeres y que para alguien como tú que ha pasado sus últimos años en una especie de convento, estar al lado de un hombre como yo debe ser muy impresionante. No quiero que mi estatus social te haga sentir inferior, Bez. Eres preciosa y cuando seas mi esposa serás tan importante como yo. Y puesto que en dos semanas vamos a casarnos, es mejor que te acostumbres a mí y a mis besos.

—¿Dos semanas…?

Bez cometió el error de abrir la boca y el teniente se aprovechó de la situación para invadirla, sujetando su cara sin darle la más mínima oportunidad de escapar. Cuando Bez notó su lengua en su interior buscando la suya con impaciencia, tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlar las ganas de vomitar sobre el teniente Gallardo y su estúpida altanería, pero cuando sintió sus manos estrujando sus pechos, deseó morir en ese mismo instante. Detestaba a ese hombre y no estaba segura de poder soportar convertirse en la esposa de ese engreído, pues las únicas caricias que su cuerpo anhelaba eran las de Edu.

—Estoy seguro de que vas a ser una magnífica esposa, solo necesitas un poco de práctica y yo estaré encantado de enseñarte.

—Por favor, teniente, creo que es hora de regresar —dijo esquivando su boca cuando él intentó besarla de nuevo—. No está bien visto que estemos tanto tiempo a solas y sin alguien que nos vigile.

—Tienes razón, tendré que esperar a que seas mía para poder tenerte siempre que quiera. —Pensar en eso ponía a Bez la carne de gallina—. Además, creo que podré esperar dos semanas más.

—Dos semanas es muy poco tiempo, acabamos de comprometernos.

—Bez, querida, llevamos de noviazgo más de seis años y aunque en todo ese tiempo no nos hemos visto, creo que ya he esperado bastante. Quiero que seas mi esposa ya.

—Está bien, como desees.

—Bien, demos a todos la noticia, no quiero esperar más. Además, dentro de cuatro días estarán los hombres de regreso y podrá celebrarse la boda.

—¿Cuatro días? ¿Regresan en cuatro días? ¿Por qué no nos lo dijo antes cuando le preguntamos por ellos?

El corazón de Bez empezó a latir con fuerza por el regreso de Edu y al mismo tiempo de angustia, al pensar cómo reaccionaría él cuando supiera que acababa de poner fecha para casarse.

—Por esa misma razón, porque preguntaron por su salud, no por su regreso.

«Además de estúpido, arrogante y engreído, es tonto. ¿Cómo pudo pensar que solo nos interesaba su salud y no su regreso? Dios mío, ¿con quién voy a casarme?».



XII

La Caprichosa

A los cuatro días, José, Alberto y Edu regresaron.

—Hola, preciosa, te he echado de menos —dijo José abrazando a su mujer. Después, se besaron con mucha ternura.

—Yo también a ti —susurró Susan emocionada al tenerlo de vuelta sano y salvo.

Era un ritual que hacían siempre que él volvía a casa, al igual que sus padres, y Susan deseaba verlo aparecer por la puerta para oír esas palabras y poder decirle «yo también a ti», tal y como prometieron que harían cuando por fin José pudo proponerle matrimonio después de superar todos los inconvenientes que les separaban. Acto seguido, abandonó los brazos de su marido para abrazar y besar a sus hijos hecha un mar de lágrimas.

—Ya, mamá, tranquilízate. Estamos aquí sanos y salvos —dijo Alberto envolviendo a su madre en un fuerte abrazo.

—Por más que le digas, no dejará de llorar, ¿es que no la conoces ya? Le gusta mucho el drama —bromeó Edu sacándole a su madre una sonrisa.

—Anda, ven y dame un abrazo, sinvergüenza.

—Ya estamos aquí, mamá, así que sonríe —le pidió Edu.

Edu abrazó a su madre y, como siempre, consiguió que la angustia desapareciera. De sus cinco hijos él era especial, quería a todos por igual, pero con Edu había un vínculo muy fuerte. Edu seguía abrazando a su madre cuando escuchó un grito detrás de él. Con una gran sonrisa, se volvió para ver a Bez bajar las escaleras

corriendo.

Se quedó embobado mirándola, estaba preciosa con ese vestido amarillo y esa coleta sujeta con un lazo del mismo color que brincaba con cada salto que daba. Al primero que saludó fue a su padre, echándose en sus brazos y llenándole de besos las mejillas.

—Gracias a Dios que habéis regresado, mamá y yo casi nos volvemos locas. Te quiero mucho, papá.

—Y yo a ti, cariño.

Después, se abrazó a Alberto.

—Te he echado de menos. —A él también le dio muchos besos.

—Y yo a ti, pequeñaja.

Cuando Alberto la soltó y miró a Edu, no fue capaz de moverse. Deseaba echarse en sus brazos, comérselo a besos y decirle que no había dejado de pensar en él ni un solo momento del día, pero no pudo moverse pues sentía pánico de no saber si podía ocultar sus sentimientos delante de todos.

Edu fue el que se acercó a ella y la abrazó besándole la frente. Las emociones de Bez se desbordaron y rompió a llorar entre sus brazos.

—Siempre fuiste su preferido y no sé por qué, porque siempre la hiciste llorar —bromeó Alberto—, y después de tantos años ninguna de las dos cosas ha cambiado. —Alberto rodeó los hombros de su hermana apartándola de Edu y le dijo, llevándola hacia la salita—: Anda, deja de llorar, tonta. Ya estamos aquí y todos estamos bien.

—Menos mal que todo ha terminado, han sido los cuatro días más largos de mi vida —dijo Susan aún abrazada a su marido.

—¿Por qué cuatro días? —preguntó José extrañado.

—Armando vino a ver a Bez. —Bez sintió la mirada de Edu clavada en ella y fue incapaz de mirarlo—. Él fue quien nos dijo que volvíais en cuatro días.

—¿Para qué vino Armando? —preguntó Edu muy serio.

—Vino a ver a tu hermana y a poner fecha para el enlace, en dos semanas se casan. Según él, ya ha esperado bastante. Y si piensas que llevan de novios desde que tu hermana ingresó en el internado, tiene razón. Más de seis años prometidos son muchos años y nadie puede negarle esa verdad.

Edu estalló por la cólera que sentía en ese mismo momento al enterarse de la noticia.

—¡¡No puedo creerlo, acaba de llegar y ya vais a casarla!! ¡¡¿Por qué?!!

—Eduardo, cariño, ¿por qué te pones así? Nadie la ha obligado, ella quiere casarse. —Su madre estaba sorprendida por su reacción.

—¡Eso es una estupidez, ni siquiera conoce a ese imbécil!

—Eduardo, no vuelvas a levantarle la voz a tu madre —le

advirtió su padre—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan molesto?

—Edu, es decisión mía. Quiero casarme y nadie me ha obligado a aceptar ese enlace.

Bez no podía mirarlo mientras hablaba con una voz casi imperceptible y se estrujaba la falda del vestido, nerviosa.

—¡Está bien, haced lo que queráis! ¡Yo no pienso volver a opinar sobre ese tema! —Se levantó del sofá y salió de la salita dando un portazo.

—¿Qué le pasa a este muchacho, se ha vuelto loco? ¿Y dónde va? Si acaba de llegar.

—Pues a buscar alguna mujer para calmar esos nervios que lleva dentro —dijo Alberto—. Conociéndole como le conozco, seguro que eso es lo que necesita.

—Alberto, por Dios, tu hermana está presente y no quiero que hables de esas cosas delante de ella.

—Disculpadme, estoy cansado y no sé lo que digo. Necesito un baño y una buena siesta. Si me disculpáis.

Al rato, Bez salió al jardín a respirar aire fresco, pues una punzada en el pecho no la dejaba respirar después de ver cómo Edu se había marchado de esa manera. Al llegar a la plantación, donde empezaba la cosecha, se sentó en un árbol y se puso a llorar.

Edu volvía con Zeus de dar un paseo y de descargar toda esa cólera que tenía dentro. Según se acercaba a las caballerizas, vio a Bez sentada en un árbol, y arrancando un ramillete de flores, se lo puso en la boca a Zeus.

—Vamos, chico, no me falles. Entrégale esto a Bez. Aún lo recuerdas, ¿verdad?

Cuando eran unos críos jugaban mucho con Zeus, el caballo que sus padrinos Jorge y Mónica le regalaron, y le enseñaban trucos, y uno de ellos era llevar cosas con la boca de uno a otro.

Zeus se acercó a Bez y tocando su hombro con el hocico, le puso el ramo de flores en su regazo, esperando como siempre una caricia, que por supuesto Bez regaló al caballo y un tierno beso también.

—Gracias, Zeus. No puedo creer que aún te acuerdes de este truco.

—Los caballos son muy inteligentes y tienen mucha memoria. —Edu se sentó a su lado y Bez intentó levantarse, pero él la sujetó del brazo obligándola a sentarse de nuevo—. No te vayas, por favor. Necesito hablar contigo.

—Edu, por favor, déjame ir. Por más que hablemos, no voy a cambiar de opinión, voy a casarme y no hay vuelta atrás.

—¿Por qué?

—Porque nadie entendería esto. Ni yo misma lo entiendo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí. —Era mentira, estaba aterrada, pero no podía decir otra cosa, necesitaba que él la odiara y no había marcha atrás—. Cuando supe que eras mi hermano sentí asco y repulsión por lo que había pasado entre nosotros, y no creo que eso cambie nunca. Ayer, al besar a Armando, me di cuenta de que es con él con quien quiero estar, por eso puse fecha para el enlace. Cuanto antes me case y me vaya, antes dejaré de mirarte y de sentirme mal y avergonzada por lo que pasó.

—¿Eso es lo que sientes realmente?

—Sí.

El corazón se le iba desgarrando con cada palabra que decía y sentía un dolor inmenso por el daño que le estaba causando.

—¡Bien! Si es así, no tengo más que decir. Espero que seas muy feliz en tu matrimonio y que me disculpes si no vuelvo a dirigirte la palabra. Creo que en ese internado no enseñan a las muchachas a ser señoritas, más bien transforman a las señoritas dulces y cariñosas en auténticas arpías.

Se levantó, se subió sobre Zeus para salir a galope tendido y se perdió en la plantación. Bez rompió a llorar desconsoladamente, porque hacerle creer a Edu que no le importaba y poder aguantar sin llorar hasta que él se marchó fue lo más difícil que había hecho en su vida. Ni siquiera cuando ese hombre intentó violarla lo había pasado tan mal. Pero ya estaba hecho y no había vuelta atrás.

Desde ese día, no volvió a ver a Edu. Él se había presentado voluntario a una misión y ella creía morir cada día pensando que algo pudiera pasarle por su culpa.



XIII

Nube Blanca

Estela arreglaba el velo de Mónica mientras Bez, a pesar de estar en la habitación con ellas, permanecía ausente.

—Bez, Bez. ¿Qué te ocurre? ¿Estás aquí? —se preocupó Estela—. Vamos, ayúdame.

—Perdón, estaba pensando.

—¿Y qué pensabas? Si se puede saber —le preguntó Mónica.

—Pues estaba pensando que voy a estar muy triste en mi boda porque tú no podrás estar.

—Yo también voy a sentir mucho no poder estar presente en tu boda. Pero Gabriel quiere que vayamos a su casa para que conozca a su familia, y más o menos tardaremos un mes en regresar.

—¿Por qué no viene su familia a la boda? —preguntó Estela.

—Solo tiene a sus padres y dice que son muy mayores para viajar, por eso quiere que vayamos a verlos. Ha pedido un permiso en el cuartel por la boda y se lo han concedido, y como hace mucho que no los ve, quiere aprovechar el viaje para que los conozca.

—Es normal que quiera ir a ver a sus padres y tú debes ir con él, aunque me duela en el alma no tenerte cerca. Por más que le he pedido a Armando que aplacemos la boda hasta que regreses, no ha querido. Según él, lleva demasiado tiempo esperando y no quiere hacerlo más. Va a ser una boda muy triste para mí. Edu está tan enfadado que no quiere verme y se ha presentado voluntario a una misión para estar lejos. Y tú también vas a irte. Gracias a Dios que te tengo a ti —le dijo a Estela—, tú vas a ser mi paño de lágrimas.

—Sabes muy bien que ahí estaré para apoyarte. Pero el día de tu

boda tendría que ser el más feliz y no el más triste.

—Eso ya no importa. Ya me he hecho a la idea y tengo que resignarme a ello, pues ya no hay vuelta atrás.

Cuando llamaron a la puerta y entró Jorge, Estela y Bez los dejaron solos. Jorge se quedó impresionado al ver a su hija. Llevaba el vestido de novia que su madre usó la segunda vez que se casaron y estaba incluso más bonita que ella, pues su pelo negro en contraste con el velo blanco y sus ojos violetas llamaban mucho la atención.

—Estás preciosa, cariño. Creo que me estoy arrepintiendo de este matrimonio.

—¿Por qué? —preguntó ella extrañada.

—Porque no me gusta nada pensar que Gabriel tendrá poder sobre ti y que después de este enlace dejarás de ser mi niña. Menos mal que es un buen muchacho.

—No te me pongas celoso que yo nunca voy a dejar de quererte. Además, no creo que Gabriel sea de esa clase de hombres que apartan a sus mujeres de los demás, y si fuera así, le daría una patada en el trasero y volvería a casa contigo.

—Esa es mi niña —rio Jorge—. Y ya que hablamos de eso, quiero que te quede claro que esta siempre será tu casa, y que puedes volver cuando quieras.

—Eso ya lo sé, papá. —Mónica le dio un fuerte abrazo y acarició su cicatriz después de un gran beso, emocionando a su padre—. Vamos, papá, el gran general Mendoza no puede llorar por nada.

—No estoy llorando, solo me ha entrado algo en el ojo. —Mónica sonrió y volvió a besarlo.

—Tu padre está mayor —dijo Mónica detrás de ellos en el marco de la puerta—, y los años le han vuelto muy sentimental. Pero la verdad es que al mirarte puedo entender qué le pasa. Estás tan preciosa que dan ganas de llorar, es como si de repente nos hubieran robado a nuestra niña. ¿Verdad, cariño?

—Sí, pero ya le he dicho que puede volver siempre que quiera.

—Qué bobo. ¿Por qué le has dicho eso? Ella ya lo sabe. —Mónica abrazó a su hija y le dio un beso—. Vamos, cariño, Gabriel está empezando a impacientarse, aunque cuando te vea seguro que se le olvida todo.

***

Bez estaba bajando con Estela cuando vio a los pies de la

escalera a Jorge y a Edu hablando. El corazón se le paralizó por la sorpresa, pues nadie sabía que iba a volver hasta ese instante. Pero cuando llegó a su lado y sintió su frialdad, un dolor intenso destrozó su paralizado corazón.

—¡Edu! Qué alegría que hayas vuelto, creíamos que no podrías venir. —Edu abrazó y besó a su prima.

—No podía perderme la boda de Mónica y Gabriel. —Cuando se giró para saludar a su hermana, Bez alzó los brazos para abrazarlo, pero él dio un paso atrás y haciéndole una pequeña reverencia, como si acabaran de presentársela, besó su mano cortésmente—. ¿Estás bien, *hermana*? —pronunció hermana con mucho énfasis y con una frialdad en la voz aterradora.

—¿E-estás bien? —preguntó ella con la voz rota de dolor.

Edu, sin contestarle, dio media vuelta cogiendo a Jorge por los hombros.

—Vayamos a tomar una copa, el viaje me ha dado sed.

Bez y Estela se quedaron al pie de la escalera, una destrozada por el desprecio de su hermano y la otra dándole consuelo a su prima.

***

Mónica caminaba hacia Gabriel radiante y feliz. Nunca creyó que acabaría casándose con un militar y, sin embargo, ahí estaba él, con su traje de gala esperándola debajo de ese arco floral tan bonito y tan apuesto, que quitaba el sentido.

«Creo que si sigue mirándome así voy a desmayarme, si no fuera porque es militar sería el hombre perfecto. Con ese pelo y esa media barba está tan guapo. ¿Cómo conseguirá tener esa barba? Tendré que preguntárselo esta noche. ¡Oh, Dios mío, esta noche! Será mejor que no piense en eso porque si no voy a ponerme más nerviosa de lo que ya estoy».

Gabriel se había quedado sin respiración al verla aparecer y todo su cuerpo había reaccionado ante tanta belleza.

«¿Cómo puede existir una mujer tan sumamente bella? ¿Y cómo es posible que dentro de unos instantes vaya a ser mía? Si no fuera porque el corazón me palpita como un tambor, diría que estoy muerto y que ella es un ángel que viene para abrirme las puertas del paraíso. Por Dios, Gabriel, contrólate. No puedes enamorarte de esa mujer, no puedes cometer ese error porque entonces sería tu destrucción. Solo esta noche, aguanta solo hasta esta noche, y

después ya no tendrás oportunidad para enamorarte de ella, ya que te odiará durante el resto de su vida».

Cuando Jorge se paró frente a él ofreciéndole a su hija, Gabriel la tomó de la mano con una sonrisa que hizo temblar a Mónica de pies a cabeza.

—Cuídala por mí. Es una orden, muchacho.

—No se preocupe, general. Cuidaré de su hija tal y como se merece.

Jorge sintió una punzada en el corazón al oírle decir eso y su mente retrocedió veinte años atrás, cuando él mismo prometió al padre de Mónica cuidarla tal y como se merecía, pero su única intención era lastimarla a ella para que él sufriera.

«¿Por qué estoy pensando esas cosas? Gabriel es un buen muchacho y no tiene nada en mi contra. Cuidará bien de ella porque si no lo hace, lo mataré».

Después de recitar la ceremonia el cura les hizo las preguntas oportunas, empezado por Gabriel.

—Gabriel, ¿quieres tomar a Mónica como a tu legítima esposa para amarla y respetarla todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

Su negra mirada era tan intensa que Mónica se perdió en esos ojos y en esa sonrisa que le regalaba haciéndola perder el sentido mientras le ponía el anillo. Solo fue capaz de reaccionar cuando el cura, por segunda vez, se dirigió a ella, ya que ni le había escuchado ni le había contestado.

—¡Mónica! ¿Quieres o no quieres casarte con Gabriel?

—Pues claro que quiero, padre.

—Entonces te lo volveré a preguntar, y concéntrate, muchacha.

Todos se reían excepto Mónica, que se puso colorada, pero se le pasó enseguida al ver a Gabriel guiñándole un ojo.

«¡Dios! Este hombre va a acabar con mi cordura, cuando lo miro pierdo el sentido. Estate atenta, Mónica, o acabarás perdiendo el hilo otra vez».

—Mónica, ¿quieres tomar a Gabriel como a tu legítimo esposo para amarle y respetarle todos los días de tu vida? ¿En la salud y en la enfermedad? ¿En la alegría y en la tristeza? ¿En la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero. —Cogió la mano de Gabriel y puso el anillo en su dedo mirándole con una sonrisa, mientras decía—: Con este anillo, yo te desposo.

—Si alguien tiene algo que decir por lo cual no pueda celebrarse esta unión, que hable ahora o calle para siempre. —Después de

unos segundos añadió—. Con el poder que Dios me ha otorgado, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Gabriel levantó el velo de Mónica y la besó suavemente, hasta que la multitud les separó para poder felicitarles.

—Enhorabuena, cariño. —Esta vez fue su madre la que se emocionó y se le saltaron unas cuantas lágrimas—. ¿Te sientes feliz?

—Sí, inmensamente feliz.

Después de eso pasaron por debajo de las espadas como hicieron Estela y Jorge. Esta vez fueron Jorge y Edu los primeros en levantar sus espadas para desearles buena suerte a los novios. Cuando llegaron al medio de la pista para abrir el baile, él cogió su cintura y ella entrelazó sus dedos a los de él, y así, empezaron a bailar.

—¿Por qué coges así mi mano? —preguntó Gabriel extrañado.

—¿No te gusta? —respondió Mónica con otra pregunta.

—Sí me gusta, pero es una manera extraña de tomar la mano de alguien.

—Mi padre siempre coge así la mano de mi madre y a mí siempre me ha gustado verlos. Y siempre me he dicho a mí misma que el día que me enamore también cogeré la mano de mi marido así. Creo que es un gesto tierno y romántico, y quiero compartirlo contigo.

Al oírle decir eso, Gabriel sintió un dolor en el corazón. Hubiera dado cualquier cosa porque esa muchacha no estuviera tan enamorada de él y no estaba seguro de poder llegar hasta el final. Aunque no tenía elección, ya no podía parar todo lo que se había desencadenado a partir de que Mónica dijera «Sí, quiero». En ese mismo instante necesitaba escuchar de sus labios hasta qué punto Mónica estaba enamorada de él.

—Mónica.

—¿Qué?

—Necesito saber cuánto me amas.

—Más de lo que nunca pensé que pudiera amar alguna vez a alguien, y eso que creí imposible amar alguna vez a un militar. No sé qué poder tienes sobre mí, pero cuando me miras pierdo el sentido. Como me pasó antes, cuando el cura me preguntó si quería ser tu esposa y yo ni siquiera lo oí. ¡Dios! Casi me muero de la vergüenza. —Él la miraba con la misma intensidad mientras la escuchaba decirle todas esas cosas tan bonitas, cosas que nunca creyó que alguna vez le diría una mujer—. Por favor, no hagas eso. No me mires así o de lo contrario vas a acabar volviéndome loca de verdad. ¿Puedo hacerte yo una pregunta?

—Sí, mi pequeña salvaje.

—¿Me amas? Nunca me lo has dicho y me gustaría saber…

Gabriel no la dejó continuar y la besó de forma apasionada e intensa con el único propósito de evitar contestar a esa pregunta y hacerle callar.

«Nunca voy a poder amarte, Mónica, pues un hombre sin sentimientos es incapaz de amar. Y después de esta noche, tú no volverás a amar ni a confiar en nadie más el resto de tu vida. Incluso puede que te pase como a mí, que el odio y el dolor te hagan insensible».

«¿Por qué es incapaz de decirme que me ama, cuando puedo sentir su pasión y su amor hacia mí cada vez que me besa y me abraza? Bueno, no importa. Es un hombre y ellos son así, incapaces de decir lo que sienten. Pero sé que tarde o temprano conseguiré que me diga que me ama».

***

Bez bailaba con su prometido, pero era incapaz de apartar la mirada de Edu, que bailaba con su prima Lucy.

—Bez, querida, ¿me estás escuchando?

—Lo siento, no te oí. ¿Qué decías?

—Que dentro de tres días estaremos celebrando nuestro matrimonio, ¿no te parece increíble? Después de ese día, espero que pierdas la vergüenza y seas capaz de besarme como tu prima y tu amiga Mónica besan a sus maridos. Ellas sí parecen enamoradas. A veces creo que te doy asco, porque siempre acabas rehuyendo mis besos.

—Lo siento, no es eso, es solo que me da mucha vergüenza. Aunque llevemos tantos años prometidos, piensa que solo hace unas semanas que volví y que casi no nos conocemos.

—Tienes razón. Visto de ese modo, creo que podré perdonarte y esperar que nos conozcamos más íntimamente. Estoy seguro de que, después de nuestra noche de bodas, cambiarás respecto a mí y querrás estar en mis brazos a todas horas.

«Y yo creo que esa noche contigo va a ser la peor noche de mi vida. ¡Oh, Edu! ¿Por qué no puedo apartarte de mi cabeza? Sería todo más fácil».

***

—Edu, ¿estás seguro de que Gabriel está enamorado de Mónica?

—Pues claro. Si no fuera así, ¿por qué se casaría con ella entonces?

—Por su dinero, por su posición social.

—Vamos, Lucy. Mónica es capaz de enamorar a cualquier hombre sin proponérselo. ¿Por qué crees que Gabriel no la ama?

—Porque cuando nos rescatasteis de aquellos bandidos hubo algo especial entre él y yo, y si él estuviera enamorado de Mónica, nunca me habría mirado así.

—Lucy, has estado casi los mismos años que mi hermana encerrada en ese internado y puede que, al igual que a ella, estés deslumbrada. Para vosotras somos héroes, os salvamos de una muerte segura y vete tú a saber de qué más, y os habéis hecho ideas equivocadas sobre nosotros. Gabriel no te conocía, al igual que yo no os reconocí después de tantos años sin veros, ya que era un crío cuando os fuisteis. Nosotros os salvamos, igual que hubiéramos hecho por cualquier desconocido que hubiera necesitado nuestra ayuda. Somos soldados, no lo olvides, y proteger a los indefensos es nuestro deber. Él no siente nada por ti, igual que yo no siento nada por Bez, ¿está claro?

—Pero tú besaste a Bez.

—Un error que los dos hemos solucionado, somos hermanos y eso está olvidado. Solo espero que tú sepas guardar el secreto.

—Pues claro que sí. Bez, aparte de ser mi prima, es mi mejor amiga y jamás la traicionaría. Nunca olvidaré cuando mis padres me mandaron a ese internado hace más de cinco años por culpa de Mónica. Tu hermana me apoyó y consoló todos los días. Si no hubiera sido por ella, hubiera acabado volviéndome loca en ese sitio.

—Mónica no tuvo nada que ver en eso y lo sabes. Tú no supiste aceptar que tu prometido te dejara, por eso tus padres te internaron.

—Mónica me robó a mi prometido.

—Mónica apenas tenía quince años cuando tú le presentaste a tu prometido. Era solo una niña, él fue el loco al enamorarse de ella y dejarte a ti. Mónica lo único que hizo fue rechazarlo aterrada cuando él se le declaró un año después.

—Eres igual que Bez. Cómo se nota que sois hermanos, siempre defendiendo a Mónica.

—Quizás la defendemos porque eres injusta con ella y no se merece tu enemistad. Y por lo poco que he apreciado, ni siquiera es compartida.

—Ella no puede estar molesta conmigo, yo nunca le he hecho nada.

—Si hablar mal de ella, criticarla y menospreciarla cada vez que puedes no es nada para ti, no sé qué harás con tus verdaderos enemigos, primita. Estoy seguro de que cuando te vean, echarán a correr despavoridos.

—Ay, primo, eres muy gracioso —dijo muerta de risa—. Lástima que nunca hayamos tenido mucha relación.

—Tú eres mayor que yo, por eso nunca hemos tenido relación. Además, no somos primos directos, eres prima de Estela.

—Oye, no seas exagerado. Tengo la misma edad que tu hermana, tampoco nos llevamos tanto.

—Cuatro años, y te encantaba hacerme rabiar cuando era pequeño y nos veíamos en casa de mi tía Estela.

—Sí, pero tu hermana siempre me fastidiaba y me amenazaba con darme una paliza si no te dejaba en paz.

Recordar eso hizo reír a Edu y buscar a Bez con la mirada. Cuando sus miradas se encontraron, él vio una tristeza muy grande en ella mientras bailaba con su prometido. Cómo deseaba bailar con ella, pero no podía hacerlo después de todo lo que ella le dijo la última vez que estuvieron juntos. Ella ya había elegido, y él solo podía aguantar el tipo y hacerle ver que no le importaba en absoluto lo que hiciera, aunque por dentro se lo comieran los celos. En un arrebato, decidió bailar con ella para poder castigarla.

—Armando, ¿puedo bailar con mi hermana?

—Por supuesto, sargento. Siendo tu hermana puedo estar tranquilo. Si no fuera así, no podría fiarme de ti, todos sabemos cómo eres con las mujeres.

Al decir eso se rio de su propio chiste, pero su sonrisa desapareció al ver la mirada capaz de partir las piedras que Edu le dedicó.

Edu cogió la mano de Bez y se dirigió a la pista de baile con ella. Una vez en allí, le pasó la mano por la cintura y empezaron a bailar.

—Siento mucho lo que ha dicho ese estúpido.

—Si te parece un estúpido, ¿por qué vas a casarte con él?

—Por favor, Edu, ya hemos hablado de eso. No quiero volver a hacerte daño.

—Sí, recuerdo lo que me dijiste. ¿Aún sigues pensando lo mismo?

—Sí.

—¿Te casas con él para alejarte de mí, para impedir que me acerque a ti?

—Edu, por favor…

—¡Contéstame, maldita sea!

—Sí —confesó con voz temblorosa y la mirada llena de lágrimas.

La mirada que Edu le lanzó fue tan fría como la que le había dedicado a Armando.

—Entonces no necesitas casarte, *hermana*, porque no volveré a acercarme a ti nunca más. Mujeres son lo que me sobran y tú ya no me interesas.

Se alejó de ella dejándola en medio de la pista sola y desamparada. Si antes le había partido el corazón, ahora lo había hecho añicos. Estaba tan desconcertada que no podía moverse, pero de pronto sintió el brazo de alguien rodeando su cintura. Al ver que era Jorge, se abrazó a él y rompió a llorar. Jorge empezó a dar vueltas por la pista para evitar que nadie se diera cuenta de su estado, hasta que ella con un gran esfuerzo se recompuso.

—Siento mucho todo lo que está ocurriendo, pero él también lo está pasando mal. Siempre presumiendo que no existía mujer que le hiciera perder la cabeza y resulta que precisamente esa mujer tenías que ser tú. Es de locos.

—Sí, es de locos.

***

Edu le había dicho que mujeres le sobraban y justo eso fue lo que le demostró. A partir de ese momento bailó, habló y se rio con todas las muchachas casaderas, haciendo que los celos despertaran en Bez de una manera insoportable.

—Necesito irme a casa, por favor. Ya no aguanto más esta situación, creo que voy a acabar volviéndome loca.

—Bez, tienes que tranquilizarte, no puedes hacer eso. Ni tus padres ni tu prometido entenderían que quisieras irte de mi boda sin una buena explicación. No puedes decirles que quieres marcharte porque si te quedas acabarás matando a tu hermano por darte celos con todas esas mojigatas.

—No, no puedo decir eso, pero es lo que quiero hacer. —Bez no dejaba de arrugar con fuerza la tela de su falda.

—Para, estate quieta —le riñó Estela dándole una palmada en las manos—. Si sigues así, vas a desgarrarte el vestido. Sé lo que sientes y te entiendo, yo mataría a Jorge si lo viera con otra mujer.

—Tienes razón, yo despellejaría a Gabriel con mis propias manos. Será mejor que salgamos al jardín. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Las tres salieron al jardín e intentaron animar a Bez hablando de otras cosas para que dejara de pensar en Edu. Cuando lo habían

conseguido, apareció Armando reclamando a su prometida para un baile y la volvió a llevar a ese sitio donde lo único que veía Bez era a Edu coqueteando con todas las mujeres que podía, demostrándole su desprecio con cada mirada que le dedicaba.

***

Todos los invitados se habían ido, Gabriel y Mónica se despedían de su familia para emprender el viaje y así poder visitar a los padres de él. Jorge había insistido para que pasaran la noche allí, pero Gabriel quería partir enseguida y puso como excusa que necesitaba intimidad con Mónica. Bajo el techo del general de momento no estaba cómodo, pues necesitaba tiempo para acostumbrarse a ser parte de la familia Mendoza, que tanto respeto le causaba. Jorge no había podido rebatirle tal excusa, teniendo que aceptar de mala gana que saliera con su hija a esas horas de la noche hacia un hotel cercano para emprender de buena mañana el viaje a casa de los padres de Gabriel.

—Tened mucho cuidado —les decía Jorge a su hija y a Gabriel —. Gabriel, ¿por qué no lo piensas mejor? Déjame que te proporcione unos cuantos hombres para que os acompañen. Nunca sabes qué te puedes encontrar por el camino.

—No te preocupes, Jorge, sabré cuidar de tu hija. Nunca dejaría que le sucediera nada malo. Además, las tierras de mis padres solo están a seis días al sur y por allí todo está tranquilo, el peligro viene del norte.

—Sé que protegerás a mi hija, pero no olvides que ella es mi mayor tesoro.

—Ahora no, ahora su tesoro me pertenece. —Gabriel sonreía al hablar como si estuviera bromeando.

Pero una punzada en el pecho de Jorge le hizo temblar reconociendo esa verdad, Mónica era legalmente su esposa y desde ese momento Gabriel era su dueño.

—Vamos, papá. Todo va a salir bien y yo voy a estar bien al lado de Gabriel. —Mónica le dio un abrazo—. Te quiero, regresaremos en un mes más o menos, os voy a echar mucho de menos.

Mónica se despidió de su hermano y de Estela con un abrazo y un beso.

—Recuerda lo que te conté —le dijo su madre al oído, cuando Mónica se despidió de ella—. No debes tener miedo, esta noche todo será hermoso. No lo olvides.

—No, mamá, no lo olvidaré. Te quiero.

Subieron al coche y salieron de Nube Blanca. Mónica partía feliz al lado de su marido, sin saber todo lo que le esperaba a partir de ese momento.



XIV

La Caprichosa

La fiesta había terminado, acababan de llegar de Nube Blanca y Bez estaba tumbada en su cama sin poder dormir. No podía dejar de pensar en Edu, en lo antipático que había estado todo el día con ella y en todas las veces que la había mirado con frialdad. Pero lo que más le dolió fue cuando la dejó en medio de la pista sola y destrozada por su desprecio. Después de eso, Bez tuvo que aguantar todo el día con un nudo en la garganta y sin poder desahogarse al ver a Edu hablando, bailando y riéndose con todas las muchachas, que parecían embobadas con él. De todos los hombres solteros, era el más atractivo y el más divertido, y hacía reír a todas las jóvenes, por lo menos hasta que venían sus padres y se las llevaban.

Conociendo su reputación, ningún padre estaba tranquilo con él al lado de sus hijas, pues los rumores podrían empezar a correr y después sería mucho más difícil que los demás hombres quisieran cortejar a una muchacha que probablemente hubiera perdido la virginidad, y estar con Edu suponía una gran posibilidad. Aunque él nunca desfloraba muchachas casaderas, pues las consecuencias podrían ser desastrosas y él no estaba dispuesto a casarse con ninguna de ellas.

Todos los hombres en esa época eran machistas por naturaleza y si bien ellos antes del matrimonio podían cortejar y llevarse a la cama cuantas mujeres les placiera, a la hora de casarse deseaban en su lecho a la más pura, a la que solo ellos habían besado o tocado, y si alguna no resultaba lo que ellos esperaban eran libres de

repudiarlas y devolvérselas a sus padres para así poder anular el matrimonio y buscar otra que sí tuviera todos los requisitos que ellos deseaban en una esposa.

El problema quedaba para los padres y en especial para la muchacha que el esposo repudiaba, porque después de eso era imposible que ella pudiera aspirar a encontrar otro marido, ya que se convertía en el blanco de todas las habladurías, y solo podría casarse con un viejo viudo que no le importara su desliz con tal de tener en su cama a una muchacha joven y vital para subirle el ánimo.

Cansada y desesperada por la situación, decidió ir a hablar con él, pues ese comportamiento debía terminar de una buena vez. Eran hermanos y lo echaba de menos, necesitaba arreglar las cosas y que él no volviera a mirarla con desprecio, pues no podía soportarlo.

Al llegar a su habitación, abrió la puerta con manos temblorosas y lo encontró tumbado boca arriba. Estaba despierto, pues al oírla entrar había vuelto la cabeza para mirarla. La luz de la luna que se colaba por la ventana iluminaba bastante la habitación y había bastante claridad. Al ver que él no se movía ni decía nada, cerró la puerta muy despacio para no despertar a nadie.

—Edu, por favor, necesito hablar contigo —le habló muy bajito.

—Será mejor que te vayas, Bez, no estoy de humor para que vuelvas a decirme que tengo que alejarme de ti.

—No he venido a decirte eso. —Él de pronto se levantó de la cama y se acercó muy despacio hacia ella.

Cuando Bez lo vio, por un instante contuvo la respiración y la boca se le quedó seca. Solo llevaba puesto unos calzones y su cuerpo era tan grande y musculoso que su corazón empezó a galopar desbocado. Tal era su nerviosismo, que empezó a arrugar el camisón entre sus manos y, sin darse cuenta, este gesto suyo provocó que fuera subiéndoselo lentamente. Una visión increíblemente seductora para Edu, que no podía dejar de admirar esas hermosas piernas que se destapaban ante él poco a poco. Con un gran esfuerzo, apartó la mirada, pues lo estaba excitando como nunca otra mujer en su vida lo había hecho.

«¿Qué es lo que tienes, pequeña bruja, para volverme así de loco? Será mejor que te vayas de esta habitación o lo acabaremos lamentando».

—Bez, vete, por favor.

—Edu…

—Si buscas un poco de diversión, tengo que advertirte que no estoy de humor para…

Quería herirla para que se enfadara y se marchara, pero antes de terminar la frase ella le dio una bofetada con lágrimas en los ojos.

—No me trates como a una de tus fulanas —le dijo muy seria—. Solo quería intentar una vez más hablar contigo para poder recuperar a mi hermano, porque te echo de menos, ¿lo sabías? Pero ya veo que es inútil, que todo se ha roto entre nosotros. Te perdí como hombre y también te pierdo como hermano. Pero no te preocupes, en dos días saldré de tu vida y no volverás a verme. —Ya no podía retener las lágrimas que corrían como un rio por sus mejillas y Edu no pudo soportar más verla en ese estado.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, él la detuvo, la volvió hacia él y la abrazó con fuerza. Ella se dejó abrazar y se desplomó entre sus brazos sin poder dejar de llorar, mientras Edu intentaba tranquilizarla susurrándole al oído:

—¡Ssshhh! No llores, por favor. Perdóname. No me has perdido, al menos no como hombre, pero no me pidas que volvamos a tratarnos como hermanos porque eso es algo que entre tú y yo ya es imposible a estas alturas. Te amo, Bez, y te deseo. No sabes lo mucho que te deseo.

—Pero esto no puede ser Edu, es una locura —sollozó, alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Lo sé, sé que es una locura —dijo cogiendo su cara entre sus manos para secar con sus pulgares las lágrimas que corrían por sus mejillas—, una dulce locura, y no debiste venir mi vida, porque ahora no puedo dejarte marchar. —Intentó besarla, pero ella apartó la cara.

—No, Edu. No podemos, somos hermanos.

—Solo te lo preguntaré una vez. ¿Me amas? ¿Podrías volver a verme como a tu hermano?

—Edu… yo… estoy muy confundida…

—Jamás volveré a verte como a una hermana. Lo que siento aquí —dijo poniéndole la mano en su corazón—, no es amor fraternal, es deseo, y es tan grande que me siento morir sin ti. Bez, te necesito, y te necesito ahora.

—Edu…

Abrazándola con fuerza se apoderó de su boca y la besó con pasión, con fuerza. Sentía tanta necesidad de ella que no podía dejar de estrujarla entre sus brazos para que no se fuera, para que no volviera a dejarlo.

En todos esos días que estuvo de misiones no había dejado de pensar en ella, se había ido para no verla, para olvidarla, pero había sido inútil, porque lejos de ella le fue todavía más difícil sacársela de la cabeza. Se la imaginaba abrazando y besando al estúpido de Armando y los celos lo consumían. Nunca había celado a ninguna mujer y con ella la angustia lo mataba. Nunca había deseado a una virgen y, sin embargo, con ella necesitaba ser el primero. En dos

días se casaría con ese estúpido y puesto que ya nada podía hacer para detener ese matrimonio, obligaría a ese estúpido de Armando a repudiarla.

Si él le robaba su virginidad, la misma noche de bodas Bez volvería a él. No le importaban las consecuencias ni la vergüenza que ella sentiría al verse repudiada y despreciada por Armando ni el escándalo que pudiera armar semejante ultraje, si con ello Bez volvía a su lado. Él sabría recompensarla por todos esos desastres que estaban por llegar.

«Tendrás que perdonarme, Bez, pero no puedo dejarte ir. Soy demasiado egoísta para dejar que otro hombre te tenga antes que yo, y no me importa lo que pase después de esta noche».

Sin dejar de besarla, echó el cerrojo a la puerta para asegurarse de que nadie los pillara en una situación tan delicada.

Bez lo había añorado tanto, había pasado tanto miedo pensando que le hubiera podido ocurrir algo mientras huía de ella, que no le importaba estar entre sus brazos. Era consciente de que no debía estar ahí, de que debía pedirle que la soltara, de que debía irse, pero no podía. Quería disfrutar un poco más de ese momento, quería disfrutar un poco más de sus besos, de sus caricias, esas caricias que Edu había empezado a repartir por todo su cuerpo. Un cuerpo pequeño, precioso, perfecto para él.

Sin darse cuenta, él la había despojado de su camisón y se encontraba desnuda entre sus brazos. Sentía su cuerpo caliente y sus músculos rodeándola en un fuerte abrazo. Edu la levantó del suelo para llevarla hasta la cama, donde la depositó suavemente sobre el colchón, y se tumbó a su lado para empezar a despertar en ella un deseo incontrolable, un deseo que la hacía vibrar por los besos que recorrían su cuello. Besos ardientes que le quemaban la piel y caricias que le hacían estremecer por donde él pasaba con las puntas de sus dedos. Justo cuando tomó sus pechos con las manos, llenándose con ellos, Bez le sujetó y suplicó:

—Edu… Oh, Dios. Edu, para, por favor.

—No, no puedo parar, y tú tampoco quieres que lo haga.

—Edu…

—¡Ssshhh! ¿De verdad quieres que tu primera vez sea con ese estúpido? ¿Quieres que sea él? Porque si de verdad lo quieres me detendré y te dejaré marchar. Pero si no es así, déjame amarte, por favor, porque preferiría estar muerto antes que renunciar a este momento.

Con esas palabras acababa de conseguir exactamente lo que pretendía, desarmarla y dejarla a su merced.

—Tú eres el único hombre al que deseo, y no, jamás podré volver a verte como a un hermano —le susurró incapaz de

abandonar ni sus brazos ni su cama—. Te amo, Edu.

Después de esas palabras sellaron su amor con un beso y sus manos volvieron a atrapar sus pechos, acariciándolos y provocando esos pequeños y erectos bultitos rosados que crecían solo para él. Mientras los estimulaba con sus manos, su boca bajaba lentamente hacia ellos dejando a su paso besos cálidos y placenteros, hasta llegar a ellos y saborearlos con delicadeza. Era el bocado más exquisito que había probado jamás y no deseaba que ese momento terminara nunca. Se deleitó en ellos, llevando a Bez a un extremo de locura incontrolable que le hizo perder la razón, pues mientras devoraba sus pechos, sus dedos se enterraron entre sus muslos y llegaron al centro de su ser. La acarició sin pudor, sin control y con una maestría que consiguió que Bez se estremeciera y retorciera de puro placer entre sus brazos. Justo cuando sintió cómo ella se deshacía por esa pasión tan grande que él despertaba en ella, todo su autocontrol desapareció. Se colocó entre sus piernas abriendo las de ella y empezó a introducirse lentamente en su interior. Cuanto más profundizaba en ella, más tensa se ponía. Poco a poco, la pasión dio paso al dolor, y Edu sintió cómo se desvanecía el deseo en ella e inmediatamente intentó tranquilizarla.

—No te asustes, todo el dolor desaparecerá en un momento.

—Edu, no-no quiero seguir… Duele.

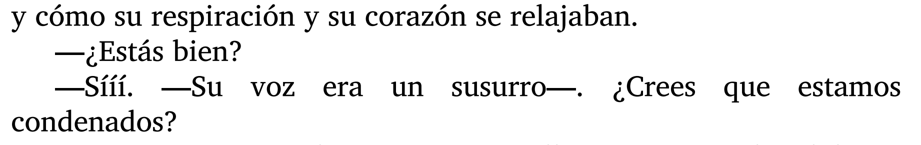
—Lo sé, pero solo será un momento.

Aún no había terminado la frase cuando se introdujo por completo en ella con un solo movimiento, arrancándole un grito de dolor, que él ahogó con un beso apasionado en el silencio de la habitación.

Excitado y conmovido por sentirla totalmente suya, empezó a excitarla de nuevo, a avivar ese fuego que la hacía enloquecer, con besos y caricias. Quería que todo fuera perfecto, que nunca pudiera olvidar esa noche, porque a partir de ese momento sus destinos iban a estar sellados. Tendrían que ser fuertes para poder superar lo que se les venía encima y necesitaba demostrarle que por estar así, juntos, valía la pena luchar contra cualquier obstáculo, incluso contra su propia familia, que para ambos era sagrada.

Una vez que consiguió que todo su cuerpo vibrara de nuevo por la pasión, empezó a mecerse lentamente para darle placer y recibirlo al mismo tiempo. Se movió una y otra vez, sin detenerse, con movimientos lentos, profundos y pausados, hasta que ninguno de los dos pudo seguir soportándolo y se dejaron llevar alcanzando el clímax en esa pequeña y dulce locura.

Edu estaba intentando recuperar el aliento. Seguía encima de ella sujetando su peso con los codos para no aplastarla, mientras besaba su cuello y sentía cómo Bez volvía poco a poco a la realidad


y cómo su respiración y su corazón se relajaban.

—¿Estás bien?

—Sííí. —Su voz era un susurro—. ¿Crees que estamos condenados?

—Sííí —murmuró él con una maravillosa sonrisa, robándole un suspiro—, condenados a amarnos durante el resto de nuestra vida.

—No me mientas, sabes que dentro de dos días… —Edu puso el dedo índice en sus labios para que no terminara esa frase.

—No hablemos de eso. Ahora no, por favor.

—Edu…

Volvió a besarla y a despertar el deseo en ella, y se consumieron de nuevo en ese amor prohibido. Después de eso se quedaron abrazados en silencio, hasta que ella volvió a romperlo.

—Pase lo que pase después de hoy, quiero que sepas que no me arrepiento de lo que ha ocurrido, pero necesito que me prometas una cosa.

—¿Qué cosa?

—Prométeme que nunca diremos lo que ha pasado esta noche entre nosotros, que esto será un secreto entre los dos.

—Bez, no puedo…

—Prométemelo, por favor… por favor.

—Está bien, te lo prometo.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase. —Él suspiró derrotado, sabiendo que ella jamás le dejaría contar lo que había ocurrido—. Ahora duérmete.

—Pero tengo que volver a mi habitación.

—No te preocupes por eso, te despertarás en ella. —Le dio un beso—. Solo quiero tenerte un rato más entre mis brazos.

—Edu.

—¿Qué?

—No podría soportar la vergüenza si la gente supiera lo nuestro, antes preferiría estar muerta. Nadie entenderá ni aceptará nunca esta relación, somos hermanos y eso es lo único que la gente va a ver.

—Duérmete y no pienses en eso.



XV

Los Valles de Salazar

Mientras el coche caminaba en dirección al hotel, Mónica se recostó sobre el pecho de Gabriel. Él la abrazó y se quedó callado oliendo su perfume a jazmín.

—¿Qué te ocurre? Estás muy serio.

—Nada, no me pasa nada. Solo estoy un poco cansado, eso es todo.

—Sí, la verdad es que ha sido un día agotador. Nunca pensé que casarse sería tan cansado —dijo sonriendo y haciéndole sonreír a él—. Pero ha sido muy bonito, ¿verdad?

—Sí, ha sido bonito.

Mónica cogió su mano y enredó sus dedos con los suyos. Una sensación de placer inundó el cuerpo de Gabriel, maldiciendo esos sentimientos tan fuertes que ella conseguía despertar en él.

—¿Por qué paramos? —preguntó Mónica cuando el carruaje se detuvo.

—Porque hemos llegado.

—¿Tan pronto? —Al bajar, Mónica se sorprendió. No habían salido del condado, estaban parados en la puerta del único hotel del pueblo—. ¿Qué hacemos aquí? Creí que querías adelantar el viaje.

—Te he dicho que estoy cansado y me apetece descansar. —La cogió por la cintura, la besó tiernamente y mirándola con deseo, le dijo dejándola sin respiración—: Además, ya no quiero esperar más, quiero empezar nuestra luna de miel cuanto antes.

Mónica se puso colorada, pero le devolvió el beso.

Una vez en la habitación y después de que el botones se fuera,

Mónica empezó a ponerse nerviosa. De pronto, estar a solas con él en esa habitación le hacía sentir incómoda y no era capaz de mirarlo.

Gabriel estaba sentado en la butaca quitándose las botas sin poder dejar de mirarla. Podía sentir su nerviosismo y le gustaba, nunca había estado con una virgen y no sabía qué hacer para no asustarla. Las fulanas no se hacían esperar, simplemente se desnudaban y se le echaban encima. Con Mónica todo tenía que ser distinto, tenía que ser paciente, tenía que ser una noche mágica y especial, una noche que no pudiera olvidar, porque de ella dependía que después de esa noche, Mónica volviera a estar en sus brazos aun odiándole, pues sabía que ella le odiaría cuando la llevara a su nuevo hogar.

Sin poder aguantar más, Gabriel se levantó y se desnudó de cintura para arriba, dejando a Mónica con la boca abierta. Por más que pudiera intuir Mónica cuando se fijaba en él que debía estar muy bien formado, desnudo, el cuerpo de Gabriel era un escándalo. Sus hombros eran tan anchos que parecía abarcar toda la habitación, sus brazos fuertes y musculosos parecían poder explotar si los tensaba un poco más, su pecho fornido y su vientre plano eran la perfección, pues parecía un guerrero antiguo esculpido para la lucha. Contemplarlo era un placer y Mónica estaba extasiada.

Gabriel se paró delante de ella y por su manera de mirarlo, él creyó que estaba asustada.

—No quiero que tengas miedo, Mónica, no voy a hacerte daño —le habló suavemente para tranquilizarla.

—No… no tengo miedo —reaccionó ella al escuchar su voz—, sé que no me vas a hacer daño. Solo… me ha sorprendido verte sin ropa.

Agachó la mirada, avergonzada, pero él puso su dedo en la barbilla obligándola a levantar la mirada.

—¿Por qué?

—Porque desnudo pareces mucho más grande e impresionas. Puede que no me hagas daño, pero podrías aplastarme, ¿lo sabías?

—Prometo no aplastarte, ¿te parece bien? —sonrió.

—Eso es reconfortante. —Volvió a hacerle reír por ese comentario.

—¿Quieres que te deje sola mientras te arreglas?

—Creo que no podré desvestirme yo sola.

A Gabriel le sorprendió mucho su respuesta, pero al mismo tiempo le agradaba que ella no quisiera que se marchara.

Se colocó detrás de ella y le desabrochó el vestido, para después pasárselo por encima de la cabeza y echarlo al suelo. Acto seguido, hizo lo mismo con el cancán, dejándola solo con los pololos y el

corsé. Con la punta de los dedos recorrió su largo y esbelto cuello para seguir por sus rectos y sedosos hombros. Podía sentir cómo se estremecía con sus caricias al deslizarse suavemente por sus largos y delicados brazos hasta llegar a sus manos y entrelazar sus dedos como hacía ella. Cerró los brazos por su cintura sin soltarla en un fuerte abrazo, apretándola contra su pecho, mientras le susurraba al oído:

—Aún no puedo creer que seas mi esposa, no sabes las ganas que tenía de estar contigo. —Sus labios recorrían su cuello, sus hombros.

La soltó y empezó a desabrocharle el corsé, y cuando por fin cayó al suelo con el resto de sus cosas, él se llenó las manos con sus pechos. Era algo que había deseado desde el momento que la conoció y supo que no se saciaría de ellos nunca. Un gemido salió de la garganta de Mónica al sentir sus caricias y eso le hizo reaccionar y preguntarse por qué. Necesitaba observarla y la volvió hacia él. Entonces se dio cuenta de una cosa: parecía estar complacida, excitada, tanto o más que él.

Mónica abrió los ojos y lo miró, su mirada era fría y su semblante tan serio que parecía más estar en un funeral que en su noche de bodas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó asustada.

Él se apartó de ella, cogió su camisa y, sin decir nada, salió de la habitación. Mónica se quedó abrazada a sí misma y sin poder imaginar por qué se había ido. Cuando consiguió salir del aturdimiento, buscó un camisón en sus maletas, terminó de desnudarse, se lo puso y se echó en la cama llorando.

Gabriel estaba tomándose un *whisky* en la barra del bar, con una furia tan grande que se lo llevaban los demonios.

«¿Cómo fuiste tan estúpido? ¿De verdad creíste que una mujer como Mónica podría estar enamorada de ti? Tú nunca has tenido nada, nada que te haya pertenecido realmente. Incluso tu mujer ha sido de otro antes que tuya. Con razón el general Mendoza no opuso ninguna resistencia para que te casaras con su hija, seguro que lo sabía y quería limpiar el buen nombre de su familia a tu costa. Seguro que está embarazada y ahora tendrás que cargar con su bastardo. Eso, o ahora mismo la devuelves a su casa y la repudias, que es lo que se merece por engañarte haciéndose la puritana y hacerte creer que estaba enamorada de ti. —Se tomó el *whisky* de golpe y respiró profundamente—. Vamos a ver, Gabriel. ¿Qué te importa si es virgen o no? Ella solo está en tu vida por un propósito y así podrás cumplirlo mejor, ya que si la odias por su engaño no te costará tanto hacerle daño. Olvídate de su virginidad y concéntrate en lo que has de hacer».

Cuando volvió a la habitación, Mónica se levantó de la cama secándose las lágrimas con la palma de su mano. Lo miró a los ojos y le preguntó con miedo, ya que su mirada seguía siendo fría como un témpano de hielo:

—¿Puedes explicarme qué te ocurre?

Gabriel no le contestó. Solo se acercó a ella, se quitó la camisa que se había puesto para bajar al bar, y después los pantalones y los calzones, quedando totalmente desnudo ante ella. Mónica dio una exhalación y un paso atrás al mismo tiempo, pero él la agarró entre sus brazos y cuando fue a besarla, ella lo empujó con fuerza.

—¡¿Por qué haces esto?! —gritó—. Gabriel, me estás asustando.

—¡¿A estas alturas te asusta ver un hombre desnudo?!

—¿Por qué dices eso? No te entiendo. Nunca he visto un hombre desnudo.

—¡¡No me mientas, Mónica!! —Su gritó hizo retumbar la habitación, consiguiendo que Mónica diera un brinco, asustada—. ¡No me tomes por estúpido!

—No te estoy mintiendo. —Sin poder soportar más los nervios, se echó a llorar—. ¿Por qué tendría que mentirte?

—¡Para hacerme creer que eres virgen!

Mónica quedó tan sorprendida por su acusación que se le cortó hasta el llanto.

—¿Por qué crees que mentiría sobre algo así?

—¡Porque lo he sentido, Mónica!

—¡¿Qué has sentido, si puede saberse?! —Ahora era ella la que estaba furiosa y gritaba.

—¡Lo he sentido todo! ¡Estabas complacida, excitada y muy tranquila!

—¿Y no debería sentir eso?

—¡No! ¡No deberías sentir eso, más bien deberías estar asustada, aterrada, como cualquier muchacha en su noche de bodas! ¡Cualquier muchacha virgen, por supuesto!

—Vaya, quieres decirme que has llegado a la conclusión de que como no estoy asustada y aterrada, no soy virgen, ¿es eso?

—¿Eres virgen?

Su voz era un témpano de hielo, su negra mirada un pozo sin fondo y todo su cuerpo estaba tan tenso que parecía poder quebrarse en cualquier momento. Fue entonces cuando sintió terror, pues desnudo como estaba, con ese cuerpo tan enorme y esa mirada tan amenazante, Mónica tuvo miedo de él por primera vez.

—Eres el único hombre que me ha besado, el único hombre que me ha tocado de una manera tan íntima que ni siquiera yo sabía que se pudiera tocar así, y después de hacerme sentir todas esas cosas entre tus brazos, me acusas esta noche de no tenerte miedo —

le habló con una decepción muy grande en la voz—. Si querías que te tuviera miedo esta noche, no debiste darme placer cada vez que me tomabas entre tus brazos. Pero por si aún no te ha quedado claro, te diré que tengo la suerte de tener una madre que, en vez de asustarme como el noventa por ciento de las madres hacen con sus hijas, me ha explicado lo que necesito saber. Mi madre es una mujer maravillosa y quería que esta noche fuera perfecta para mí y que no me pasara como a ella. Cuando se casó con mi padre no sabía lo que le iba a ocurrir y estaba muerta de miedo en su noche de bodas, porque lo único que había oído era que sería muy desagradable y doloroso, y una obligación que todas las mujeres debían cumplir con sus maridos, les gustase o no. Pero después de pasar esa noche con mi padre se dio cuenta de lo estúpida que había sido al estar tan aterrada, porque mi padre hizo que fuera maravilloso, y eso era lo que mi madre quería evitarme. Sé que al principio es doloroso, pero si una no tiene miedo y se relaja, el dolor cesa enseguida y después es muy placentero. Mi madre me lo explicó así para que esta noche fuera perfecta, pero tú la has echado a perder, porque ahora eres tú el que me asusta, no lo que podría haber pasado entre nosotros. Ahora, por favor, ¿quieres dejarme sola para que pueda vestirme?

Gabriel estaba tan estupefacto por todo lo que Mónica acababa de confesarle que le costó un poco volver en sí.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó aún conmocionado cuando reaccionó y la vio recogiendo su ropa.

—Quiero vestirme, por favor. Déjame sola.

—¿Por qué vas a vestirte?

—Porque vuelvo a mi casa, no voy a esperar a que tú me repudies —dijo con todo el orgullo de los Mendoza.

—Yo no voy a repudiarte…

—¡No me importa! Ya no quiero estar casada con un hombre que cree que soy una golfa mentirosa simplemente porque no tengo miedo a mi noche de bodas.

Cuando la escuchó decir eso, una punzada en el pecho le hizo temblar ante la posibilidad de perderla. Había sido un estúpido y había sacado las cosas de quicio al pensar que otro hombre la hubiera disfrutado antes que él. Antes de nada, debería haber comprobado su inocencia y no haberla acusado de algo tan bajo, y eso hubiera sido tan fácil como seguir disfrutando del momento de placer que estaban compartiendo. Si hubiera hecho eso, ahora estaría en esa cama volviéndose loco con ese cuerpo tan perfecto entre sus brazos y no se sentiría tan miserable ni estaría sumamente arrepentido por todo lo que acababa de pasar. Tampoco sentiría esa angustia tan grande al notarla tan lejana e inalcanzable como la

sentía en esos momentos.

«Si no arreglas esto ahora mismo, la habrás perdido para siempre y todo se irá al garete. Arrodíllate si es necesario, pero haz que te perdone. No puedes echarlo todo a perder por unos celos estúpidos, los sentimientos están prohibidos y lo sabes, para eso te adiestraron».

—Mónica…

—Vete, por favor, quiero vestirme.

Estaba llorando de nuevo y Gabriel se acercó a ella, la giró y la abrazó con mucha fuerza para que no se fuera, para que no lo abandonara.

—Mónica, por favor, perdóname…

—¡No! No quiero perdonarte. Yo te amaba, lo sabías y me has decepcionado.

Mónica forcejeaba para escapar de su abrazo, pero era inútil, él era como una mole y era imposible moverlo.

—Lo sé, sé que te he decepcionado, que soy un estúpido, que no me merezco a alguien como tú, y puede que ese sea el problema…

—Suéltame, por favor.

—Lo haré si prometes escucharme, solo te pido que me escuches.

—Está bien, lo haré, pero suéltame. —Cuando la soltó ella se alejó de él y agachó la mirada, pues su desnudez la abrumaba—. Te escucharé, pero después me iré y, por favor, te agradecería que te pusieras algo de ropa.

—Quiero que entiendas una cosa, Mónica —empezó a decirle sin hacer caso al último comentario—, nunca he tratado con mujeres como tú. Las únicas mujeres que han compartido mi lecho han sido prostitutas…

—¿Y por eso crees que puedes tratarme como a una de ellas…?

—No digas eso, por favor, yo no quise hacer eso. Si reaccioné así fue por tu propia reacción.

—¡¿Qué…?!

—Siempre que escuchaba en el cuartel a los demás hombres cuando relataban su noche de bodas y presumían de lo asustadas y aterradas que estaban sus mujeres, y que cuanto más asustadas estaban, más puritanas eran, pensaba que yo nunca viviría una experiencia como esa, porque sabía que una muchacha de la alta sociedad nunca se fijaría en mí.

«Este hombre está loco. ¿Qué mujer no se fijaría en él? Una ciega, por supuesto, porque cualquier mujer capaz de verlo no podría dejar de mirarlo, ya fuera de la alta sociedad o de los más bajos fondos».

—Nunca aspiré a casarme con una chica como tú, ya que mi

nivel de vida es bastante más bajo que el tuyo. Aún no puedo entender cómo tu padre aceptó este matrimonio y no te obligó a casarte con un hombre de tu clase.

—Mi padre nunca haría eso, a mi padre no le importa el estatus social de las personas.

—Nunca he tenido nada que me perteneciera solamente a mí, Mónica, y cuando me aceptaste, sentí por primera vez que algo era solamente mío. Cuando me confesaste que nadie te había besado sentí exactamente eso de lo que todos los hombres presumen y te imaginé muerta de miedo entre mis brazos la noche de bodas. Así que pensé que, cuanto más miedo tuvieras, más te sentiría totalmente mía. Mi fallo fue no darme cuenta de que tú no eres como las demás, de que tú no te asustas tan fácilmente y de que mi pequeña salvaje acabaría sorprendiéndome hasta en mi noche de bodas. Tienes todo el derecho a estar enfadada, pero necesito que te pongas en mi lugar. No había sentido celos por nada en toda mi vida y verte tan dispuesta solo me produjo inseguridad, y la inseguridad me llenó de celos al pensar que esto no era nuevo para ti. Solo imaginarte en los brazos de otro hombre me causaba tal malestar que sentía ganas de destrozar la habitación, por eso me marché. Tenía que intentar tranquilizarme antes de hablar contigo. El único problema era que cuanto más pensaba en ello, más furioso me ponía, por eso te dije todas esas cosas y te traté de esa manera. Mónica, por favor, necesito que me perdones.

—¿Por qué dices que nunca has tenido nada que te perteneciera? ¿No tenías juguetes cuando eras niño? —Cuando lo vio sentarse en la cama con aspecto derrotado un nudo se le formó en la garganta.

—No.

—¿Tus padres no te compraron juguetes?

—Mis padres murieron cuando yo apenas tenía diez años, y antes de eso éramos demasiado pobres para gastar en juguetes.

—Pero tú has dicho que íbamos a visitar a tus padres.

—Ellos me recogieron de la calle, son mi familia. Por favor, no quiero recordar mi pasado, no me hagas hablar de ello. Tú eres lo único que tengo, Mónica, y no quiero perderte.

Mónica sintió tanto dolor en sus palabras que no pudo evitar acercarse a él y ofrecerle consuelo, imaginándose que tuvo que vivir una infancia muy terrible para que después de tanto tiempo aún sintiera dolor al hablar de ello. Se puso en cuclillas delante de él sin importarle ni asustarle su desnudez y acarició su mejilla con ternura.

—No me has perdido, olvidemos todo este incidente y empecemos de nuevo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Gracias a Dios, porque no pensaba dejarte ir. —Al decirle eso la hizo sonreír—. Me encanta tu sonrisa, ¿lo sabías?

—Entonces, no vuelvas a hacerme enfadar.

—Pero también me gusta tu cara cuando te enfadas y pones esos ojos.

—¿Sí?

La miró con una sonrisa diabólica que hizo que su corazón revoloteara, la cogió por la cintura y se levantó de la cama apretándola contra su cuerpo. Sus pies no tocaban el suelo y sus ojos estaban a la misma altura que los suyos.

—Sí, y no tengo ninguna intención de volver a enfadarte, mi pequeña salvaje. Tengo otros planes para el resto de la noche y todos ellos son darte placer —dijo con una voz muy sensual.

—¿Quieres que esté asustada? —le preguntó sonriendo y acariciando su cabello mientras enredaba los dedos en él.

—No, quiero oírte gritar, pero no de miedo —contestó comiéndosela con los ojos—. ¿Sabes que esta es nuestra primera pelea y nuestra primera reconciliación?

—Sí, y no quiero que volvamos a pelear.

—¿Sabes lo que dicen de las reconciliaciones?

—No. ¿Qué?

—Que son lo mejor de las peleas.

Justo en ese instante su boca se apoderó de la de ella en un beso largo, calmado, tierno y apasionado. Quería saborearla despacio, sin prisas, para hacer desaparecer todo el estrés que había surgido entre ellos hacía apenas unos segundos. Quería borrar toda esa batalla que habían vivido y todo lo que se habían dicho gracias a su estupidez, y lo estaba consiguiendo, porque podía sentir cómo Mónica se relajaba, cómo su cuerpo se deshacía entre sus brazos.

Seguía pegada a él sin tocar el suelo, hasta que Gabriel empezó a bajarla muy despacio sin separar un milímetro su boca de la suya ni detener ese beso tan ardiente que le quemaba las entrañas. Su cuerpo descendía muy lentamente rozando el cuerpo de Gabriel, solo los separaba la fina tela de seda de su camisón, pero aun así podía notar cada músculo de su increíble cuerpo rozar el suyo hasta que llegó al suelo y puso los pies en el. Cuando Gabriel la apretó fuerte contra él y notó su gran erección contra su vientre, por primera vez sintió miedo entre sus brazos y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Gabriel estaba tan excitado que no sabía si podría aguantar mucho tiempo sin dar rienda suelta a sus emociones. Él siempre había sido muy controlado, frío y calculador, pero esa muchacha le

robaba la razón y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en tumbarla en la cama y poseerla. Según su cuerpo bajaba por el suyo y sus pechos rozaban su piel, su excitación iba acelerándose en milésimas de segundos, pero lo que le hizo descontrolarse por completo fue sentir el temor de Mónica al apretarla contra su erección. De pronto, era como si todo encajara y esa noche fuera perfecta, como él siempre la imaginó, porque ahora ella estaba asustada y su miedo y su pudor eran lo que él había esperado desde un principio. Sin poder aguantar más las ganas, cogió su camisón por los tirantes y de un solo tirón desgarró la tela, dejándolo caer al suelo. Mónica abrió mucho los ojos y lo miró asustada.

—Gabriel —le susurró con temor cuando la alzó en sus brazos.

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—Me parece perfecto —dijo tumbándola en la cama, poniéndose encima de ella.

—Pero… —Enmudeció cuando sintió su pesado cuerpo sobre ella.

—¡Ssshhh! No voy a hacerte daño, o por lo menos intentaré no hacerte demasiado. —Volvió a besarla, pero seguía sintiéndola tensa. Entonces, empezó a besarle el cuello y cuando llegó a su oreja, le recordó—: No olvides lo que te dijo tu madre, relájate y todo será más fácil.

—No puedo.

—Sí puedes, yo voy a encargarme de eso.

Gabriel volvió a apoderarse de su boca para dejarla sin aliento y acto seguido empezó a descender muy lentamente por su garganta cubriéndola de besos. Su barba rozaba su piel y el cosquilleo que le producía con ella la erizaba al mismo tiempo, era una sensación muy placentera, sus labios ardientes la besaban y mordían, quemándole la piel centímetro a centímetro. Cuando atrapó uno de sus pechos con ellos y lo succionó acariciando ese pequeño bultito rosado con su lengua, que crecía y se endurecía en su boca. Su excitación aumentó notablemente y sus dedos se colaron en su entrepierna. La sintió húmeda, cálida y deseosa, y sabiendo que no podría penetrarla sin estimularla y llevarla al límite, pues su tamaño era superior al de ella, la penetró con sus dedos, dándole el placer que necesitaba para recibirlo lo más relajadamente posible. Al oír el grito de placer de Mónica, Gabriel perdió toda la calma, se colocó entre sus piernas y entró en ella, abandonando sus pechos para volver a su boca con la sola intención de ahogar el grito de dolor de Mónica. Ella, al sentir la dolorosa intrusión, se agarró a la espalda de Gabriel intentando apartarse, pero él la sujetó por las caderas.

—No te resistas, Mónica, relájate.

—No puedo, me duele mucho.

—Lo sé, eres muy estrecha y yo demasiado grande.

—Entonces déjame, no quiero seguir con esto.

—Lo siento mucho, mi pequeña salvaje, pero antes preferiría morir que retirarme en este preciso instante.

—Gabriel, por favor… no. No va a entrar.

—Entrará, no tengas miedo. —Volvió a besarla y después, mirándola a los ojos, le dijo—: Recuerda lo que te dijo tu madre, solo será un momento. —Y sin darle más tregua, entró hasta el fondo con un único movimiento. Un sonido gutural salió de su garganta al sentirse por fin dentro de ella, después volvió a susurrarle—: Relájate, Mónica. El dolor desaparecerá, te lo prometo.

Después de eso, sus besos fueron tan apasionados, sus caricias se volvieron terriblemente agradables y su cuerpo se movía dentro de ella de una manera tan sorprendentemente placentera, que Mónica olvidó el dolor y se dejó llevar por todas esas emociones que Gabriel empezaba a despertar en su interior apoderándose de su voluntad.

Cuando Mónica pensaba que iba a enloquecer de placer, que no podría soportar más, Gabriel la llevó con él a las puertas del paraíso dejándola extasiada, sin respiración y sin palabras. Escuchó el gran gemido de él escapando de su garganta al vaciarse dentro de ella y un gran temblor recorriendo su cuerpo. Después de eso, Gabriel se dejó caer a su lado arrastrándola con él y abrazándola con fuerza. Ninguno de los dos podía hablar, a los dos les faltaba el aliento, y se quedaron callados y abrazados mientras lo recuperaban. De vez en cuando él le daba un beso y cuando por fin consiguió decir algo, lo que salió de su boca hizo aletear con fuerza el corazón de Mónica.

—Creo que acabo de nacer, Mónica, porque mi vida antes de ti no tenía sentido.

Mónica lo miró con emoción y le dio un beso.

—Te amo. —Esta vez fue él quien la besó.

—¿Estás bien? ¿Te ha dolido mucho?

—Sí, pero no importa. Ahora estoy bien y ha valido la pena.

—Me alegro.

—¿Gabriel?

—Sí.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—La reconciliación ha sido mucho mejor que la pelea. De ahora en adelante, ¿podríamos solo reconciliarnos?

Gabriel no pudo resistirse y se rio a carcajadas.

—Podemos hacer lo que tú quieras, mi pequeña salvaje.

—Gabriel.

—Sí.

—¿Tú estás bien?

Gabriel le sonrió, le parecía increíble que ella le hiciera esa pregunta, pero todo en ella era increíble. Como siempre, su pequeña salvaje no dejaba de sorprenderle.

—Nunca he estado mejor. Podría morir en este mismo instante y te puedo asegurar que moriría feliz…

—Calla, por favor, no digas eso. Si algo te pasara, yo me moriría detrás.

Gabriel clavó su negra mirada en ella, una mirada tan ardiente que podría derretir el mismísimo infierno, y Mónica se estremeció de nuevo entre sus brazos, volviendo a activar todos los sentidos de él. Con un beso tan apasionado como su mirada, otra vez la hizo perder el sentido y la amó llevándola de nuevo al paraíso.

Después de eso se quedaron dormidos, pues ninguno tenía fuerzas para nada más.



XVI

La Caprichosa

Al día siguiente, cuando Edu regresó de dejar a Bez en su cama y observó la mancha de sangre en las sábanas, una sonrisa se dibujó en su cara, pero inmediatamente se desdibujó al pensar en lo que murmuraría la servidumbre cuando las viera. Así que retiró las sábanas, las puso en uno de sus petates y salió de buena mañana con ellas para quemarlas en la vieja plantación de su abuelo.

Cuando Bez se despertó estaba durmiendo en su cama, con el camisón puesto y sin saber cómo había llegado hasta allí ni cómo se había puesto el camisón. Una sonrisa iluminó su rostro al recordar la noche pasada, pero desapareció al pensar en las consecuencias de esa noche y preguntarse si Armando llegaría a darse cuenta de que ya no era virgen.

«Espero que ese estúpido engreído no se dé cuenta, porque si lo hace estoy segura de que es capaz de matarme. Aunque no me importa morir, prefiero morir mil veces que regalarle mi virginidad a ese tonto. Compartir con Edu ese momento ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y nunca voy a arrepentirme de eso, pase lo que pase».



XVII

Los Valles de Salazar

Cuando Mónica se despertó, Gabriel la tenía abrazada y en ese mismo instante se dio cuenta de que deseaba despertarse todos los días de su vida así, abrazada a su marido.

«¡Oh, Dios mío, mi marido! Aún no me puedo creer que sea mi marido y todo lo que pasó ayer. Ha sido la noche más rara de mi vida, porque ha sido la más dolorosa y decepcionante, pero al mismo tiempo la más feliz y maravillosa. ¡Oh, Dios, cómo amo a este hombre! Si sigo así, acabaré volviéndome loca de amor. ¿Puede alguien enloquecer por amor?».

Sin poder evitarlo después de esos pensamientos, empezó a besarlo y a acariciarle el pecho. Sintió cómo todos sus músculos se tensaban por sus caricias y esa sensación le gustó. Cuando él abrió un ojo para mirarla, Mónica le sonrió.

—Buenos días.

Él se quedó embobado e incorporándose con un codo no pudo dejar de contemplarla y acariciar su cara retirándole el pelo. Tenerla a su lado de buena mañana era lo mejor que le había pasado en toda su vida. Su pelo revuelto y enmarañado, sus ojos violetas tan hermosos y esa sonrisa lo volvían loco.

—Buenos días, señora de Torres. —Con esas palabras, la hizo sonreír.

—Me gusta cómo suena eso.

Gabriel pasó la yema de sus dedos por alrededor de sus ojos en una tierna caricia.

—¿Sabes que tus ojos me vuelven loco? Son tan hermosos.

—Eso me decía mi madre, pero yo nunca la creí.
—¿Por qué? —preguntó extrañado.
—Porque solo lo decía para que dejara de llorar.
—¿Y por qué llorabas?
—¿De verdad quieres saberlo?
—Quiero saber todo lo que te haga llorar para poder remediarlo.

Mónica estaba turbada por sus palabras, por su voz suave y melosa. Ese hombre la volvía loca y en lo único que podía pensar era en una *reconciliación*. Haciendo un gran esfuerzo, apartó esa palabra de su mente y se concentró en su pregunta.

—Cuando era pequeña todos los niños se burlaban de mis ojos. Me llamaban bruja porque decían que eran raros y que ese era el color de las brujas. Al llegar a casa llorando, mi madre me abrazaba y me decía que mis ojos eran muy hermosos y que esos niños solo tenían envidia. Después, me contaba una historia que me encantaba.

—Quiero oírla, cuéntamela.

«Si sigues mirándome así, no voy a poder seguir hablando», pensó Mónica.

—Me decía que mis ojos eran especiales porque mi padre y ella se querían tanto que cuando me concibieron lo hicieron mirándose a los ojos, y que el gris de mi padre se fusionó con el azul de ella y por eso mis ojos salieron violetas. Después me besaba y decía: «Tus ojos son hermosos porque están hechos con amor».

—Y tenía toda la razón, son los ojos más hermosos que he visto nunca. —Seguía acariciándola con el pulgar y mirándola de esa manera que sabía que la provocaba, poniéndola cada vez más y más nerviosa—. ¿Cómo crees que serán los ojos de nuestros hijos?

—Espero que tan negros e impresionantes como los de su padre.

—Pues yo espero que sean tan violetas y bonitos como los de su madre.

Gabriel besó sus párpados suavemente y Mónica ya no pudo aguantar más ese dulce tormento.

—¿Y si nos reconciliamos? —le preguntó—. Así podría ser que en unos meses saliéramos de dudas. —La sonrisa de Gabriel fue diabólica.

—¿Te gustó la reconciliación?
—Síííí, mucho.

—Entonces tendremos que reconciliarnos todos los días, y podemos comenzar ahora mismo. —Sus besos empezaron a enloquecerla y sus caricias aún más.

—¿Cuándo vamos a salir? —preguntó Mónica después de hacer el amor y de recuperar la conciencia—. ¿Podré tomar un baño antes de irnos?

—Puedes hacer lo que quieras, hoy no vamos a movernos de esta habitación.

—¿Hoy no partimos? —se sorprendió.

—No, hoy quiero descansar y pasarme el día entero reconciliándome contigo. —A Mónica le dio la risa.

—¿Crees que podemos pasarnos el día entero reconciliándonos? —cuestionó, incrédula.

Gabriel se rio a carcajadas al ver su cara de escepticismo.

—Si me das tiempo para recuperarme entre reconciliación y reconciliación, podría ser que sí.

—Entonces necesitaríamos otro día de descanso para recuperarnos de este —dijo Mónica divertida, volviendo a hacer reír a Gabriel.

—Puede que tengas razón, pero de una cosa estoy seguro.

—¿De qué?

—Quiero compartir ese baño contigo. Mañana será otro día.

***

Era de noche y Mónica dormía plácidamente en sus brazos, pues estaba agotada. Después de haber compartido ese baño con él, se habían pasado el día comiendo, dormitando y haciendo el amor. Pero por muy cansado que se encontrara, no podía coger el sueño. Detestaba tener que abandonar el hotel y llevarla a casa, porque no quería volver a la amarga realidad que era su vida: una vida triste, solitaria, llena de amargura y de odio. Daría lo que fuera por poder quedarse ahí con Mónica y que su vida fuera solamente eso, una maravillosa reconciliación.

Había hecho un juramento sobre la tumba de sus padres y de su hermana delante de su padrino, y él nunca lo rompería ni por ella ni por nadie porque, por más que deseara a Mónica, era algo sagrado. Con un fuerte dolor en el pecho por lo que iba a suceder al día siguiente, al final consiguió dormirse al abrazar a Mónica y sentir cómo ella, dormida e inconsciente, se apretujaba más entre sus brazos buscando su calor.



XVIII

Los Valles de Salazar

Al día siguiente, Mónica se despertó y vio a Gabriel mirándola fijamente. Le sonrió y se incorporó para darle un beso.

—Buenos días, ¿llevas mucho tiempo observándome?

—Bastante —contestó muy serio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan serio?

—No me pasa nada, pero será mejor que nos demos prisa o si no nunca saldremos de esta habitación. Te espero abajo para desayunar.

Mónica se quedó extrañada al verlo tan serio, ni siquiera le había dado un beso de buenos días.

«Anda, no seas pesada. Si sigues así vas a acabar por hartarlo. No puede pasarse todo el día dándote besos. Aunque uno de buenos días no hubiera estado mal», pensó con tristeza al sentirse abandonada por su marido.

***

Cuando acabaron de desayunar y Mónica vio el carruaje tapado, se sorprendió.

—¿Por qué no has alquilado un carruaje destapado? Hace calor para ir encerrados.

—No quiero que te piquen los mosquitos.

A Mónica le hizo tanta gracia su respuesta que subió al carruaje sin protestar.

Cuando llevaban cinco minutos de camino, Mónica miró por la ventana. Al darse cuenta de que volvían otra vez hacia la plantación, lo miró extrañada.

—¿Por qué volvemos a Nube Blanca? —preguntó confusa.

—No vamos a Nube Blanca, solo damos un pequeño rodeo para atajar. —Gabriel cerró las cortinas para que Mónica no pudiera ver el camino—. ¿Por qué no te relajas un poco? —Intentó recostarla sobre su pecho, pero Mónica no se dejó.

—¿Qué ocurre, Gabriel?

—¿Qué quieres decir?

—Estás nervioso, ¿te pasa algo? —Él no le contestó, solo la miraba muy serio—. Ya sé, es por tus padres, ¿verdad? No debes estar nervioso, seguro que me gustan. Y no me importa que sean humildes, tengo que agradecerles que hayan cuidado de ti. Solo por eso, se merecen todo mi respeto.

Gabriel se abalanzó sobre ella y empezó a besarla. Su beso no tenía nada que ver con los que le daba normalmente, era un beso fuerte, duro, desesperado, como si necesitara demostrarle algo, y justo cuando dejo de besarla, ella se dio cuenta de que el carruaje estaba parado.

Los 20 Robles

El cochero abrió la puerta anunciando la llegada a la plantación:

—Señor, ya hemos llegado.

—¿Ya? ¿Tan pronto? No puede ser, si debemos estar a tan solo unos kilómetros de Nube Blanca. ¿Dónde estamos, Gabriel?

Gabriel bajó del coche y sin decir nada le ofreció la mano. Cuando Mónica bajó y reconoció el lugar se acercó a él, y agarrándose a su brazo con fuerza, se puso de puntillas y le susurró al oído:

—Gabriel, no puedo estar aquí. Sácame de aquí, por favor. —Al abrirse la puerta principal, Mónica vio salir a Arturo Robles y el corazón se le paralizó.

Desde que era pequeña ese hombre le daba mucho miedo. Todo el mundo decía que se había vuelto loco por desamor, y también que la culpable de su locura era su madre. Y en cierto modo tenían

razón, ya que Arturo nunca pudo superar que Jorge le arrebatara a Mónica dos veces. Pero la pérdida de sus padres en un accidente al desbocarse los caballos y acabar cayendo su carruaje por un acantilado, terminó por desequilibrarlo del todo. Cada vez que lo veía por el pueblo, se abrazaba a su padre y él le decía, dándole un beso: «No te preocupes, mi niña. Yo nunca dejaría que ese loco te hiciera daño».

Muchas veces ese hombre había insultado a su padre en público y lo había amenazado con vengarse de él o matarlo, pero su padre había optado hacía ya muchos años por ignorarlo, ya que a su madre le daba mucha pena y siempre le pedía que tuviera paciencia con él.

Su madre le contó una vez que de jóvenes habían sido novios y que estuvieron a punto de casarse, pero entonces apareció su padre, se enamoró de él y ya no pudo seguir con Arturo. También le dijo que era un hombre muy guapo cuando era joven, pero eso debió de ser antes de perder el juicio, ya que su aspecto era lamentable. Llevaba una barba larga y poco cuidada al igual que su pelo largo, lacio y rubio, aunque casi estaba ya más blanco que rubio. Su gran barriga no le dejaba mirar el suelo y cojeaba a causa de una de sus disputas con su padre, ya que sus gritos asustaron a su propio caballo y lo tiró al suelo partiéndole la pierna por dos sitios. En definitiva, era un hombre muy desagradable.

—Mónica.

La voz de Gabriel la sacó de su conmoción y clavándole las uñas en el brazo, volvió a susurrarle muy bajito para que Arturo no la oyera:

—Gabriel, por favor, sácame de aquí. Este hombre está loco y odia a mi familia, no soy bienvenida en esta casa.

Cuando escuchó la voz de Arturo, todo su cuerpo tembló de miedo.

—Vaya, te felicito, muchacho, lo conseguiste. Y he de reconocer que es mucho más hermosa que su madre. Vamos a pasarlo muy bien con nuestra preciosa invitada, o debería decir cautiva, ya que por su forma de mirarme no creo que vaya a estar muy a gusto aquí. Deberías encerrarla antes de que eche a correr. —Cuando Mónica vio cómo ese hombre se acercaba a ella, se escondió detrás de Gabriel—. ¿Qué te ocurre, niña? ¿No quieres que te mire? Vas a tener que acostumbrarte a mí, ya que vamos a estar juntos mucho tiempo. Y tendrás que ser amable conmigo o, de lo contrario, lo lamentarás.

Gabriel podía sentir cómo Mónica temblaba y se abrazaba más a él buscando su refugio.

—Por favor, Gabriel, sácame de aquí —susurró una vez más,

aterrada.

—No vas a salir de aquí. De ahora en adelante, este es tu hogar —le aclaró Arturo. La exhalación de Mónica fue tan profunda que cortó el aire—. Ven aquí, déjame verte bien.

—¡No! No me toque.

Cuando fue a cogerla, Gabriel atrapó su muñeca impidiéndoselo.

—¿Qué te pasa, Gabriel?

—No la toques.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente, no quiero que la toques.

—¿Por qué? ¿Qué te importa lo que haga con ella? Me dijiste que podríamos compartirla.

Mónica se quedó petrificada al oír eso y sus ojos se llenaron de lágrimas, el corazón le palpitaba muy despacio como si fuera a pararse en cualquier momento y lo único que deseaba era despertar de esa horrible pesadilla.

—He cambiado de opinión.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¡Pensé que tu única ambición en esta vida era vengarte de su padre! Ahora, ¿has cambiado de opinión? ¿Por una cara bonita, vas a echar a perder todos nuestros planes? ¿Vas a romper la promesa que me hiciste delante de la tumba de tu familia?

—¡Yo no voy a romper la promesa que te hice, pero te prohíbo que la toques! ¡¿Está claro?! Ella es *mi esposa* y ni tú ni nadie va a ponerle un dedo encima. Eso es lo único que ha variado en todo este asunto. Y si no quieres tener problemas conmigo, espero que la respetes. Es lo único que te pido.

—Vaya, parece que esta muchachita te ha vuelto loco. ¿Tan buena es en la cama?

—¡¡Arturo!!

—¡Está bien, está bien, no la tocaré! Eso sí, déjala pronto embarazada o de lo contrario lo haré yo.

Mónica seguía petrificada mientras los oía discutir. Cuando escuchó lo del embarazo, su cuerpo reaccionó y solo pudo pensar en una cosa: escapar de esos dos dementes. Así que, sin pensárselo dos veces y levantándose las faldas, empezó a correr hacia la salida.

—Te dije que la encerraras, sabía que intentaría escaparse.

—¡Mónica! ¡Mónica, vuelve aquí!

—¿De verdad crees que va a hacerte caso?

Mónica le oía gritar, pero no le importaba. Solo deseaba salir de esa plantación y correr a su casa, con sus padres. Estaba rota de dolor y necesitaba su consuelo, ellos solo estaban a un paso y podría llegar corriendo. Gabriel salió tras ella y la alcanzó antes de que llegara a la puerta.

—¿Dónde crees que vas? No puedes escapar.

—¡Suéltame, quiero irme a casa!

—Esta es tu casa ahora.

Gabriel la arrastraba de regreso sujetándola con fuerza del brazo.

—¡No! ¡Esta nunca va a ser mi casa!

—Eres mi esposa y tu lugar está donde esté tu marido.

—¡Tendrás que matarme, porque no pienso vivir aquí!

—¡Mónica, vas a obedecerme!

—¡Nunca!

—¡Vaya! Digna hija de su madre, tiene el mismo carácter —dijo Arturo riéndose—. Ahora ya sabes quién lleva las riendas en casa de los Mendoza. Y tú, ¿te vas a convertir en un pelele como su padre o vas a enseñarle a tu esposa quién manda en la plantación de los Robles?

—¡Ella acabará obedeciendo! —De pronto, antes de cruzar el umbral de la puerta, se detuvo y cogiendo su mentón con fuerza, le dijo clavando su negra mirada en ella—: De lo contrario, no te va a ir nada bien, querida. Espero que te quede claro. Ahora, crucemos el umbral como Dios manda. —Al decir eso, la levantó en sus brazos y entró en la casa con ella gritando.

—¡Suéltame! ¡¿Dónde me llevas?!

—A nuestra alcoba.

—¡No voy a compartir alcoba contigo!

—Eres mi esposa y tienes obligaciones conmigo, y una de ellas es compartir mi lecho.

—¡Eso es, muchacho! ¡Sube y demuéstrale quién manda aquí! —Arturo estaba divirtiéndose tanto que no dejaba de reírse—. ¡¿Estás seguro de que no puedo probarla?! ¡Con ese temperamento, debe ser una fiera en la cama! Dios mío, cómo me recuerda a su madre.

Cuando llegaron a la habitación la soltó en la cama y Mónica se levantó de golpe, mirándolo aterrorizada.

—Si-si haces eso, te juro que-que-que te mataré. —La voz le temblaba y no dejaba de llorar.

—No voy a hacerte daño, Mónica, ni dejaré que nadie te lo haga. Pero debes comprender una cosa, no saldrás de esta habitación hasta que aceptes todas mis condiciones.

—¿Y… cuáles son… esas condiciones?

Intentando tranquilizarse, se limpió las lágrimas con las manos. Lo que Gabriel le había dicho consiguió calmarla un poco.

—La primera es que no intentes escapar, podrías hacerte daño y no lo conseguirías. Toda la plantación está vigilada, es imposible salir o entrar sin ser vista. La segunda es que te comportarás como lo que eres, mi esposa. No quiero escenas cada vez que me acerque

a ti. Y la tercera, y la más importante, compartirás todas las noches mi cama, debes quedar embarazada.

Mónica estaba atónita, no entendía nada de lo que estaba pasando. Estaba muy enfadada y su ceño no podía estar más fruncido, pero para Gabriel estaba adorable. Prefería mil veces verla así antes que llorosa y abatida, eso lo ponía de mal humor. Deseaba abrazarla y calmarla, pero era algo que no podía permitirse. Debía ser duro y frío para que ella le hiciera caso, o de lo contrario lo pasaría muy mal.

«Este hombre está *loco*. No puedo creer que esté hablando en serio. ¿Qué cree, que está en el campo de batalla y yo soy su prisionera?».

—¿Por qué haces esto? —preguntó más calmada.

—Cuanto menos sepas, mejor. Tú solo obedece y no te pasará nada.

—Ya. Quieres que coopere, pero tú no das ninguna información, ¿no es así? Pues bien, en primer lugar, no pienso quedarme aquí encerrada. Y si no quieres que me escape, será mejor que me ates como a un animal, porque en cuanto te descuides echaré a correr de nuevo. En segundo lugar, esta no es forma de tratar a una esposa, sino a un prisionero. Así que, desde este momento, ya no te considero mi marido, sino mi carcelero. Y en tercer y último lugar, ¡y el más importante!: para que vuelva a compartir tu cama, tendría que estar muerta. Ahora, por favor, vete. Quiero estar sola.

«Dios, esta mujer siempre acaba sorprendiéndome. Otra en su lugar estaría muerta de miedo y llorando como una loca, pero ella no. Mi pequeña salvaje es capaz de plantarme cara y de sacar su orgullo para no desfallecer. Cada vez me vuelve más loco, no sé si voy a ser capaz de llegar hasta el final, no sé si voy a ser capaz de verla sufrir y no impedirlo. ¡Dios! No sé si voy a poder ser capaz de hacer todo lo que tengo que hacer, todo lo que prometí».

«Vete. Vete, por favor, y por lo menos permíteme que pueda desahogarme sin derrumbarme delante de ti. No voy a darte ese gusto, no voy a llorar delante de ti. Así que, por favor, vete —pensaba Mónica intentando controlar sus emociones».

Los dos se miraban a los ojos muy serios y sin pestañear. Él para hacerle entender que debía doblegarse y cambiar su actitud, y ella para demostrarle que no iba a dejar que la pisotearan.

—Está bien, te dejaré sola para que recapacites. Y espero, por tu bien, que lo intentes. Te lo he dicho antes, no quiero hacerte daño, Mónica. No me obligues a ello. —Salió, dando un portazo y cerrando con llave.

En cuanto se quedó sola, Mónica intentó abrir la puerta, pero fue inútil. Después se dirigió a una de las ventanas pensando en atar

una sábana y descolgarse por ella, pero cuando retiró las cortinas se le paralizó el pulso: la ventana estaba encastrada a una reja. Se dirigió a la otra y se encontró con lo mismo. En ese instante, un miedo atroz se apoderó de todo su cuerpo y, por primera vez en su vida, se sintió desprotegida, indefensa, desamparada y con una tristeza tan grande que creía poder morir de dolor.

Nunca imaginó que ese hombre que la había hecho tan feliz, que había amado tanto en tan poco tiempo y en el cual confiaba ciegamente, fuera capaz de provocarle tanto dolor. Un dolor tan profundo que estaba completamente segura de que nunca podría superarlo, y eso jamás iba a perdonárselo. Destrozada, se tumbó en la cama y se echó a llorar.



XXIII

Los 20 Robles

Cuando Gabriel regresó y entró en la casa, lo primero que hizo fue subir a la habitación de Mónica. Le resultó extraño que el cerrojo no estuviera echado y una presión en el pecho le impidió respirar. Al abrir la puerta y encontrar el cuarto vacío, un mal presentimiento lo embargó. Por su mente pasaban miles de suposiciones, pero la peor era que estuviera muerta.

—¡¡¡Lara!!! ¡¡¡Lara!!! —gritó como un loco, buscando a la esclava por toda la casa.

Sus gritos se oían por toda la plantación y los hombres se miraban unos a otros, asustados.

—Nosotros no la hemos tocado, hemos cumplido sus órdenes —dijo el capataz a los demás para animarlos—. Fue el patrón el que nos ordenó encerrarla, y justamente se larga ahora dejándonos a nosotros aquí con este problema, y estoy seguro de que regresará cuando Gabriel esté más calmado.

La esclava apareció corriendo al oír los gritos de Gabriel.

—¡¡¿Y Mónica?!! ¡¡¿Dónde está Mónica?!! —preguntó furioso, agarrando a la negra con fuerza por los brazos.

—Lo siento, señor. Intenté que su padrino no la encerrara, le rogué que la soltara, pero fue inútil. Está mal, señor, muy mal. Esa niña se muere.

A Gabriel se le paralizó el corazón al oír a Lara decir eso.

—¡¡¡¿Dónde está?!!! —Su grito fue tan atronador que hizo temblar la plantación entera.

—En las mazmorras de los esclavos. Lleva allí cuatro días sin

comer, sin beber, sin hablar, es como si ya estuviera muerta.

Gabriel soltó a Lara y echó a correr hacia las mazmorras, rezándole a Dios por primera vez en su vida para que Mónica estuviera viva porque, de lo contrario, esa plantación ardería hasta el último cimiento con todos sus habitantes dentro. Al llegar allí, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y le asaltaron los recuerdos al sentir ese olor a putrefacción.

Cada vez que su padrino lo metía allí dentro para castigarlo por demostrar emociones o sentimientos de cualquier clase, le decía que era por su bien, que eso le convertiría en un hombre duro y fuerte, y que así aprendería a vivir en un mundo de hombres donde el más fuerte siempre era el que conseguía ser alguien en la vida y los débiles perecían. Pero él lo único que sentía era pánico, terror en ese espacio tan pequeño y oscuro como la boca de un demonio.

La última vez que lo encerró tenía quince años y lo hizo por llorar la muerte del único amigo que había tenido en su vida: su perro. Cuando a los dos días lo sacó de allí, Gabriel le dio un puñetazo que le rompió la nariz y le amenazó con matarle si lo volvía a encerrar en ese lugar. Desde ese mismo día dejó de sentir y se convirtió en el hombre duro e insensible que su padrino quería que fuera.

Hasta que conoció a Mónica, y algo dentro de él cambió. Por primera vez deseaba proteger a alguien, deseaba cuidar a alguien y deseaba compartir su vida con alguien, y no podía comprender por qué había permitido que todo esto sucediera. Mónica llevaba cuatro días allí encerrada, lo máximo que él había estado eran dos y siempre creyó que iba a perder la razón.

Cuando abrió la mazmorra y la vio, su corazón se resquebrajó. Estaba tumbada en el suelo frío y húmedo, con el camisón hecho jirones y temblando sin control. Al ver la luz, se tapó los ojos con la mano e intentó colocarse bien la tela desgarrada. En ese mismo momento y al ver su reacción, solo una cosa pasó por su mente: habían abusado de ella. Con una gran fuerza de voluntad, se concentró en ser lo más frío, insensible y duro que le habían enseñado a ser, pues la prioridad en esos momentos era Mónica. No podía dejarse llevar por la furia y la brutalidad. Si lo hacía, se olvidaría de Mónica, saldría de esa mazmorra y no dejaría a nadie con vida. Así que, respirando varias veces para controlar su furia, se agachó y le quitó los grilletes. Mónica, al sentir su contacto, se alejó de él y se pegó a la pared.

—Mónica, Mónica, soy yo, cariño. No te asustes, voy a cogerte en brazos y a sacarte de aquí. —Terminó de liberarla y la cogió en sus brazos.

Mónica no dejaba de temblar, estaba helada y se acurrucó

contra él llorando, su llanto era tan débil que apenas se la oía. Gabriel estaba asustado como nunca lo había estado en toda su vida, sentía miedo, un miedo terrible a perderla.

Cuando salieron a la luz del día, Mónica escondió la cara en su pecho, pues la luz le quemaba las pupilas al estar tantos días en esa negra oscuridad. De repente, el rugido de Gabriel la asustó.

—¡¡¡Lara!!!

—¿Sí, señor?

—Quiero inmediatamente una bañera con agua en su habitación. El agua debe estar templada y también varios cubos con agua ardiendo, debemos subir el calor de su cuerpo poco a poco. Súbeme también una sopa caliente y agua para beber, tiene que tomar líquidos, ¡¡ya!!

—Sí, señor.

—¡¡¡Jacinto!!! —llamó al capataz, rugiendo de nuevo.

—¿Sí, señor?

—¡¿Dónde está mi padrino?!

—Se fue ayer y no dijo dónde iba, solo que volvería en unos días.

—¡¡Cobarde, voy a matarlo!! En una hora quiero a todos los hombres en el jardín. —Cuando llego a la habitación se volvió y con voz de ultratumba, le dijo al capataz—: Quiero el nombre de todo aquel que haya tocado a mi mujer.

—Señor, nadie ha tocado a su esposa. Se lo juro.

—Ella sola no ha entrado a esa mazmorra y se ha puesto los grilletes, como tampoco se ha destrozado el camisón. Quiero los nombres y los quiero en una hora. Y espero que no me mientas porque, si alguno ha abusado de mi mujer, es hombre muerto y tú también, por consentirlo y protegerlos. Ahora, lárgate.

Al momento, dos esclavos subían la bañera y Lara los cubos de agua.

—¿Quiere que le ayude, señor?

—No, quiero que subas la sopa. Yo me encargaré de ella.

Cuando se quedaron solos, Gabriel se sentó en la cama con ella en su regazo y le quitó los harapos que le colgaban del cuerpo. Su cuerpo estaba lleno de barro y su pelo parecía una maraña también embarrada, pero no tenía ninguna lesión, aparte del labio partido y amoratado. Después de revisarla, la levantó y la metió en la bañera, pero Mónica parecía una muñeca, no hacía el menor esfuerzo por incorporarse y Gabriel no podía soltarla, pues se ahogaría. Así que se quitó las botas y se metió dentro de la bañera con ella. La apoyó contra su pecho y comenzó a lavarle el pelo mientras iba poniendo agua caliente para subir la temperatura poco a poco. Cuando terminó, se lo desenredó con mucho cuidado y le lavó el cuerpo con

mucha delicadeza. Era la primera vez que compartía un momento tan íntimo con una mujer y, lejos de excitarse, tenía que hacer un esfuerzo para contener la furia que vibraba en su interior al ver a Mónica en esas condiciones. Deseaba salir y arremeter contra los culpables, pero lo principal era Mónica y su sed de venganza tendría que esperar hasta que ella estuviera atendida como se merecía.

Los temblores de Mónica iban disminuyendo poco a poco y su cuerpo empezaba a relajarse, mientras él seguía echando agua caliente. Cuando ya la tuvo limpia, empezó a masajearle el cuello y los hombros, terminando de deshacer la tensión en ella.

Después de tantos días encerrada en ese agujero, Mónica empezó a notar un poco de calor, y creía que por fin había muerto y subía en una nube hasta el cielo. La sensación era agradable, los temblores y el frío habían desaparecido, y deseaba que ese momento no terminara nunca.

Gabriel la sacó de la bañera, la enrolló en una manta y la tumbó en la cama. Se secó, se cambió de ropa y ordenó a los esclavos que retiraran la bañera. Después, se sentó en la cama y le curó las muñecas, que tenía en carne viva por los grilletes. Acto seguido, cogió el tazón de sopa e incorporó a Mónica para que la bebiera, pero ella la rechazó.

—Mónica, cariño, tienes que comer algo, tienes que beber. Llevas muchos días sin comer.

—No, no… quiero —Casi no tenía fuerzas para hablar—. Quiero… morir, Gabriel… déjame morir.

—No voy a dejarte morir, ni lo sueñes. Vas a comer, Mónica, y cuando te recuperes, te llevaré a casa.

—No… no te creo.

—Te prometo que, si comes bien y te recuperas, te devolveré a tus padres.

—¿Por qué?

—Prometí que cuidaría de ti, que no dejaría que nadie te lastimara y casi te matan. Creo que esto debe terminar de una buena vez. Ahora come, por favor.

Gabriel volvió a ponerle el tazón en los labios y Mónica dio un sorbo. Sus preciosos ojos estaban rodeados por un surco ennegrecido por la debilidad que su cuerpo mostraba y sus labios carnosos estaban agrietados por la falta de líquidos a la que había sido expuesta. Estaba tan demacrada que asustaba mirarla.

—Bebe despacio o te sentará mal. —Cuando se terminó la sopa, la ayudó a tumbarse y le besó la frente—. Duérmete y descansa,

vuelvo enseguida.

***

Al salir al porche, todos los hombres aguardaban con la cabeza baja sin atreverse a mirarlo. Él señaló a su capataz.

—Acompáñame a la biblioteca, y a vosotros ni se os ocurra moveros. —Cuando entraron en la biblioteca, le preguntó con mucha frialdad—: ¿Qué ha ocurrido con Mónica?

El capataz le contó todo. Cómo Mónica había escapado, cómo él la había detenido con el caballo, cómo ella se había enfrentado a su padrino y a todos los demás, cómo su padrino la había golpeado y mandado encerrar, y cómo antes de eso la había ofrecido a sus hombres.

—Le juro, señor, que ninguno la ha tocado. Todos sabíamos las consecuencias de hacer algo así.

—¿Quién le destrozó el camisón?

—Cuando su padrino ordenó encerrarla, ella empezó a patalear y a luchar. Hicieron falta tres hombres para llevarla hasta allí y ponerle los grilletes. El camisón se le rompió al forcejear.

—¿Quiénes lo hicieron? —Cuando le dio los nombres, le dijo—: Échate a un lado y guarda silencio, o te cortaré la lengua.

Después de eso, llamó a cuatro hombres más, uno por uno. Quería comprobar que no le mentían. Todos le daban la misma versión y los mismos culpables. Al terminar los interrogatorios, salió al porche donde todos seguían esperando y llamó a gritos a esos tres hombres.

Mónica se despertó al oír a Gabriel gritar y la curiosidad la hizo levantarse a duras penas de la cama, acercarse a la ventana y sentarse en el poyete para ver qué ocurría.

—¡Os advertí que si alguien tocaba un solo pelo de mi mujer, bañaría la tierra con vuestra sangre! ¡Y cuando regreso, me la encuentro atada como un animal salvaje y casi muerta de inanición!

—Señor, nosotros obedecíamos ordenes… —se defendió el capataz.

—¡Mi padrino es un demente! Si te ordena que te pegues un tiro, ¿lo harás? Te di unas órdenes y fueron muy claras: proteger a mi mujer. Y ya que no has sabido cumplirlas, te castigo como al resto de los que se atrevieron a llevar a Mónica a esa mazmorra. Sufriréis el mismo castigo que ella, pero como vosotros sois hombres y tenéis mucho más aguante que una mujer, os duplico la condena. Pasaréis

ocho días encerrados sin comida ni agua. ¡Lleváoslos! Un momento, antes necesito hacer una cosa. —Gabriel se acercó a esos tres hombres y de uno en uno los cogió por las solapas y les hinchó la cara a puñetazos. Cuando por fin su furia había sido calmada. gritó de nuevo a todos los hombres—: ¡Esto es solo una advertencia! ¡La próxima vez que no cumpláis mis órdenes, os arrepentiréis de haber nacido!

Mónica se emocionó al ver a Gabriel castigar a esos hombres por lo que le habían hecho y volvió a la cama, pero sintiéndose mucho mejor de lo que estaba antes al comprobar que, por muy duro y frío que Gabriel fuera, tenía su corazoncito y parecía ser que le pertenecía solo a ella.

«¿Por qué eres tan tonta, Mónica? ¿Qué más da que tengas su corazoncito? Por su culpa, casi te mueres. Te obliga todas las noches a suplicarle amor y él no es capaz de dártelo. Te tiene prisionera, y es capaz de irse y dejarte con una banda de energúmenos que odian tanto a tu familia que disfrutan humillándote y encerrándote para que mueras. No vuelvas a pensar que ese hombre tiene corazón porque le odias y nunca vas a poder perdonarle todas las barbaridades que ha hecho contigo».

Cuando Gabriel subió de nuevo a la habitación, estaba más calmado. Después de golpear y castigar a los culpables se sentía mucho mejor, la furia había desaparecido y solo le quedaba la preocupación por Mónica. Esperaba que se recuperara pronto y deseaba que una vez lo hiciera no quisiera regresar a su casa, pues no sabía si sería capaz de dejarla marchar, ya que eso sería perderla para siempre y no estaba dispuesto a eso.

Al llegar, la vio acostada, pero se había deshecho de la manta y solo estaba tapada por la sábana, pues el baño que él le había dado le había quitado el frío. Gabriel se metió en la cama y la abrazó.

—¿Te encuentras mejor? ¿Ya no tienes frío?

Mónica se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Sí, estoy mejor. Gracias por sacarme de ese agujero. —Su voz aún sonaba débil, pero por lo menos podía hablar—. ¿Cuándo vas a dejarme marchar? Quiero volver a casa. —Ella pudo sentir cómo el cuerpo de él se tensó al escuchar esa pregunta.

—Pronto, Mónica. Pronto. Ahora, descansa —le contestó con frialdad.



XXIV

Los 20 Robles

Había pasado una semana y Mónica estaba totalmente recuperada. Gabriel se había encargado de ella, le había hecho comer las mejores carnes y los más sabrosos guisos de Lara, así que el color de su cara había vuelto a la normalidad y ya no tenía surcos oscuros debajo de los ojos. Sus labios volvían a estar carnosos y rosados como siempre, y las muñecas cicatrizaban bien.

Gabriel había estado muy pendiente de ella y le extrañaba que en todo ese tiempo él no había vuelto a seducirla. Cada noche, Mónica pensaba que comenzaría con ese juego enfermizo de seducirla hasta hacerle perder el control y que gritara *reconciliación*, pero no. Él solo la abrazaba y le deseaba buenas noches, y cuando ella le preguntaba: «¿Cuándo vas a llevarme a casa? Ya estoy bien», él le respondía: «Pronto, Mónica. Pronto».

Esa mañana, Gabriel regresó del campo y vio a Lara. Al preguntarle por Mónica, le dijo que estaba tomando un baño y todo su cuerpo reaccionó poniéndose en guardia. A su mente acudió el recuerdo del baño que compartieron en el hotel en su segundo día de casados y sintió un fuerte dolor en la entrepierna, el deseo por ella rugía salvajemente por todo su cuerpo.

—Lara, dame la llave —le ordenó a la esclava—. No quiero que nadie nos moleste ni aunque la plantación arda en llamas. El que lo haga, se arrepentirá.

Conocía a sus hombres y buscaban su aprobación para cualquier decisión. Hacía muchos años que él llevaba el manejo de la

plantación, pues su padrino cada vez estaba más desequilibrado por su sed de venganza. Por eso Gabriel, desde muy joven, tuvo que hacerse cargo de cualquier problema que surgiera, tanto en la plantación como en los negocios que tenían, que desde que él tomara el mando se habían revalorizado.

A sus treinta y tres años, su vida solo había sido encargarse de los negocios de su padrino, envenenarse el alma por su dramático pasado y curtirse en las mejores escuelas militares. Su padrino quiso hacer de él el mejor buscando un acercamiento a los Mendoza, para así poder cumplir esa venganza que tantos años habían estado planeando. Lo que Gabriel no sabía era que Arturo, desde que él solo era un niño, le había llenado la cabeza de mentiras y maldad, castigándolo y maltratándolo hasta la saciedad para convertirlo en el hombre que era ahora.

Pero en esos momentos solo una cosa ocupaba su mente, y era meterse en esa bañera con su mujer y disfrutar de ella. Una semana era mucho tiempo sin ella y no podía esperar más. Mónica era su único pensamiento en esos momentos y su única prioridad.

Cuando abrió la puerta y la vio en la bañera, todo su cuerpo se tensó. Estaba de espaldas y no se había dado cuenta de su llegada, así que cerró con sigilo y empezó a desnudarse. Al acercarse, vio que estaba recostada en la bañera con los ojos cerrados y se metió muy despacio en el agua. Pero ella, al notar una presencia, se incorporó de golpe y abrió los ojos. A la altura de sus ojos vio la gran erección de Gabriel y dio un grito, asustada. Gabriel se sentó enseguida e intentó tranquilizarla.

—Mónica, tranquila, soy yo.

—Vete, por favor, y deja que termine de bañarme en paz.

—No, quiero estar contigo.

—Pero yo no deseo estar contigo.

—No puedes haber olvidado ese baño que nos dimos juntos en el hotel —le susurró con una voz muy sensual mientras la acercaba a él.

—Ese día sí deseaba estar contigo, pero eso se acabó. —Mónica apoyó las manos en su pecho para evitar que se acercara más—. Después de tantos días sin forzarme, pensaba que ya no deseabas estar conmigo y me sentía más tranquila. Por favor, déjame.

—Siempre te deseo, Mónica. Cada minuto, cada segundo del día y de la noche, solo pienso en ti.

Mientras le hablaba, la acercaba lentamente a él, a pesar de que Mónica trataba de mantener los brazos firmes para evitarlo.

Su postura era ridícula y lo sabía, pues su fuerza no podía compararse a la de él, pero aun así no se lo pondría fácil. Siempre lucharía para no someterse a sus deseos, incluso sabiendo que era

inútil porque él siempre terminaba robándole la voluntad.

—Suéltame.

—Siete días sin ti son muchos días y si no te he tocado ha sido porque no te encontrabas bien, no porque no deseara hacerlo. Pero ya estás recuperada y te deseo *ahora*. Deseo besarte *ahora*. —Sujetó sus muñecas, la obligó a rodear su cuello con sus brazos y la pegó a él para besarla con mucha pasión—. Deseo acariciarte *ahora.* —Enredó su mano en su cabello y le echó la cabeza hacia atrás para besar su cuello al tiempo que besaba sus pechos—. Deseo saborearte *ahora*. —Su boca abarcó uno de sus pezones haciéndola gemir de placer—. Deseo estar dentro de ti *ahora*. —La sentó encima de él, enlazó sus largas piernas a su cintura y acarició sus nalgas para, muy poco a poco, introducirse en ella—. Siempre voy a desearte, de eso no te quepa la menor duda. —Y se dedicó a llenarla de besos y caricias, y a proporcionarle un placer inmenso al que ella no pudo resistirse ni negarse, sino todo lo contrario. Se entregó a esa pasión que él provocaba en ella y se movió buscando ese placer que él la obligaba a sentir sin querer aceptarlo, pero deseándolo con la misma fuerza que él.

Cuando terminaron, él se recostó en la bañera y la tumbó en su pecho. Mientras, le tiraba agua poco a poco por todo el cuerpo, la acariciaba y le besaba el cuello con ternura. Disfrutaba de ese momento de paz y estaba totalmente relajado hasta que Mónica rompió ese silencio.

—¿Cuándo vas a dejarme marchar? —le preguntó por enésima vez.

—Por Dios, Mónica, ¿por qué no te relajas y disfrutas de este momento?

—Porque estar a tu lado ni me relaja ni me hace disfrutar.

Mentía y lo sabía, pero su orgullo siempre le hacía resistirse a él. Gabriel respiró profundamente para no enfadarse.

—Hace un momento estabas disfrutando como una loca con mis caricias.

Ese comentario la hizo rebelarse. Que la obligara a desearlo era algo que no podía remediar, pero que se lo restregara en las narices la enfurecía, así que no pudo evitar molestarle y herirle.

—Hace un momento fingía, como hago siempre que me tocas para que el tormento termine lo más rápido posible.

—No te creo.

—No me importa que me creas, te odio por todo lo que me obligas a hacer y por tenerme aquí encerrada. Voy a acabar volviéndome loca, ¿lo sabes? ¿Es eso lo que quieres?

—Mónica, te juro que…

Cuando Mónica le escuchó decir esas palabras explotó, se libró

de sus manos y salió de la bañera, enrollándose el cuerpo con una sábana.

—¡No vuelvas a jurarme ni a prometerme nada, porque nunca cumples nada de lo que prometes! Eres un mentiroso, un falso, un manipulador y desde que te conozco lo único que me has dado han sido disgustos. Prometiste ante Dios hacerme feliz y solo me has causado dolor y decepción, prometiste que nunca dejarías que nadie me hiciera daño y casi me muero en ese agujero, prometiste que cuando estuviera bien me llevarías a casa. ¡Pues mírame! —gritó, señalándose a sí misma—. ¡Estoy estupendamente y aún sigo aquí encerrada en esta maldita habitación, como una puta cautiva que tiene que estar siempre dispuesta para que su amo y señor se desahogue cada vez que le plazca!

—¡Ya basta, Mónica! Nunca te he tratado como a una puta… —Gabriel salió de la bañera hecho un basilisco.

—Que no me pagues no quiere decir que no me trates como a una puta…

—¡¡¡Basta!!! —Se acercó a ella, la cogió con fuerza del mentón y con su más siniestra mirada, le preguntó, haciéndola temblar—: ¿De verdad sientes todo lo que acabas de decir?

—Sí. —Su voz era un susurro pues estaba aterrada.

—Muy bien, tú ganas, Mónica. —La soltó de golpe y se marchó de la habitación.

Mónica estaba paralizada, no sabía lo que iba a ocurrir.

«¿Qué estará haciendo?» se preguntó asustada, ya que con él nunca sabía qué podía ocurrir.

Gabriel salió hecho una furia sin molestarse en cerrar la puerta. Dos minutos más tarde, regresó conforme había salido de la habitación, desnudo y aún mojado, y con uno de sus vestidos en la mano.

—Tienes cinco minutos, te espero abajo —dijo con frialdad y volvió a salir, cerrando de un portazo.

Mónica estaba atónita, no sabía qué iba a hacer con ella ni para qué quería que se vistiera, pero conforme se había puesto, era mejor obedecerle. Así que se puso el vestido rápidamente y salió de la habitación, sorprendiéndole que el cerrojo no estuviera echado.

Cuando llegó a la escalera, Gabriel estaba esperándola al final de ella, en el recibidor. Él también estaba vestido, con un pantalón negro y una camisa blanca desabrochada hasta mitad de pecho. Todo en él emanaba fuerza y una rabia intensa por lo tenso que se le veía. El miedo se apoderó de Mónica y comenzó a temblar mientras bajaba los escalones, pues la incertidumbre de lo que iba a pasar la tenía aterrada.

Gabriel la miró muy serio bajar la escalera. Sabía que se

arrepentiría el resto de su vida de lo que iba a hacer, pero ya no pensaba retrasarlo más. Esa situación tenía que terminar porque, por más que le demostrara a Mónica lo importante que era para él, por más que le hiciera el amor cada día con una pasión infinita, ella nunca vería lo bueno que compartían cuando estaban solos amándose en la intimidad de su habitación. No, para ella todo era una sucia mentira, todo lo que pasaba entre ellos lo relacionaba con la venganza que él había empezado, y en el fondo no podía culparla por pensar así, pero le dolía. Le dolía que ella no se diera cuenta de que, cuando la tenía entre sus brazos, la venganza no tenía nada que ver con lo que él sentía por ella, y después de todo lo que le había dicho, después de todas esas palabras tan dolorosas, él había tomado la decisión de terminar con todo de una buena vez. Como ella no podía ver sus sentimientos, él los anularía una vez más, aunque eso significara perderla para siempre. Cumpliría la promesa que hizo en las tumbas de sus padres y de su hermana, Jorge Mendoza sufriría el dolor y la vergüenza de su hija, algo que le dolería más que su propio dolor, y así por fin acabaría su venganza.

Cuando Mónica llegó a su lado, él la cogió del brazo y, sin decir una palabra, la sacó al porche, donde Atila estaba esperándolos. Gabriel la agarró por la cintura y la subió al caballo, después se subió detrás de ella y le ordenó al caballo con un movimiento de las riendas que empezara a caminar hacia la salida.

Mónica no podía creer que él estuviera sacándola de la plantación de los Robles, el corazón le latía con fuerza y la respiración se le aceleraba.

«No puedo creerlo. ¿Va a llevarme a casa? Por fin se ha terminado esta horrible pesadilla. ¿O tal vez me lleva a otro sitio peor?».

—¿Dónde me llevas? —le preguntó sin poder soportar más la incertidumbre y sin ser capaz de mirarlo a los ojos

—Donde me has pedido. —Su voz era más fría de lo que nunca la había escuchado.

—Gracias. —De pronto, Mónica sintió un pinchazo en el corazón —. Cuando lleguemos debes dejarme en la entrada y marcharte, ya me inventaré algo. Les diré que no me ha gustado estar casada y que te he abandonado.

Gabriel no decía nada, ni siquiera la miraba, solo mantenía la vista fija en el camino. Según se iban aproximando a Nube Blanca, Mónica se ponía más nerviosa de pensar lo que podría ocurrir cuando llegaran.

Cuando llegaron a Nube Blanca, Gabriel no detuvo el caballo como Mónica le había dicho, sino que siguió cabalgando hacia la casa. Mónica empezó a sentir palpitaciones, sabía que Gabriel estaba dispuesto a hacer lo que su padrino le había contado y era consciente de que si lo hacía era hombre muerto, pues su padre lo mataría en el acto.

—Gabriel, para el caballo —le pidió nerviosa—. Déjame en el suelo, mi padre te matará.

—No finjas que te importa, Mónica. Me odias, ¿lo recuerdas? ¿Qué te importa lo que pase conmigo? Esto ya no tiene vuelta atrás.

Al llegar al porche, Gabriel detuvo el caballo y Tula dio un grito de felicidad al verlos.

—¡Mi niña ha vuelto!

Cuando fue a acercarse al caballo, Gabriel la hizo detenerse en el acto por su frialdad y sus palabras.

—No te acerques, Tula, y diles a tus amos que salgan.

—Pero, señor…

—¡Obedece!

Tula, sin decir nada más, se dio la vuelta y volvió a la casa.

—No vuelvas a hablarle así a Tula, no te lo voy a consentir —le dijo furiosa y con esa cara de enfado que tanto le gustaba a él. Pero esta vez Gabriel no se inmutó, sus sentimientos volvían a estar bloqueados, como debieron estar desde un principio—. Ella no es una esclava. En Nube Blanca no hay esclavos, mi padre los liberó a todos hace más de veinte años. Aquí no somos como en la plantación de los Robles, aquí no se maltrata a la gente. Y, ahora, suéltame y lárgate antes de que llegue mi padre.

Mónica forcejeaba para que la soltara, pero era inútil, su brazo de hierro la tenía sujeta con posesión. La voz de su padre la hizo temblar de arriba abajo.

—¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué no entráis? Cuando Tula me ha dicho que estabais aquí, no me lo podía creer. ¿Habéis adelantado el viaje de vuelta? No os esperábamos tan pronto, aún no hace un mes que os fuisteis.

Jorge fue a bajar los escalones, pero la voz de Gabriel lo dejó paralizado.

—No se acerque.

—¿Qué ocurre, muchacho? ¿Por qué me hablas así? —Intentó dar otro paso y Gabriel volvió a impedírselo, pero esta vez con un grito.

—¡He dicho que no se acerque!

Jorge inmediatamente se dio cuenta de que algo no iba bien porque, si fuera así, su hija habría bajado del caballo y se le habría tirado encima para comérselo a besos, como cuando se iba a alguna misión y no se veían en semanas. Entonces, se fijó en ella. Sintió su tensión y vio su cara de terror y angustia, como si un sufrimiento muy grande la embargara, así que le preguntó sin moverse del sitio, aunque por dentro se moría de ganas de acercarse a ese dichoso caballo, bajar a su niña de él y abrazarla con fuerza para borrar de su rostro esa angustia que brotaba de cada poro de su piel.

—¿Estás bien, cariño?

Mónica no contestó, solo le hizo un gesto de asentimiento, pues no estaba segura de poder hablar sin echarse a llorar. La emoción de regresar a casa y volver a ver a los suyos era muy grande para contenerla, y mucho más cuando a veces había perdido la esperanza de volver.

A Jorge la furia le subía poco a poco al ver a su hija tan angustiada y observar cómo el brazo de Gabriel la apretaba con fuerza.

—¿Qué está ocurriendo, Gabriel? —consiguió preguntar con más calma de la esperada—. ¿Por qué no sueltas a mi hija?

Justo en ese momento salieron Mónica, Estela y Jorge, y cuando estaban a punto de bajar las escaleras para darles la bienvenida, Jorge se lo impidió con un grito, dejándolos a todos parados:

—¡No os mováis!

—¿Por qué no puedo moverme? —preguntó Mónica sorprendida —. Quiero abrazar a mi hija.

—¿Por qué no bajas del caballo, Mónica? —se extrañó su hermano, pero enseguida se dio cuenta de lo fuerte que Gabriel la sostenía—. ¿Qué está pasando, papá?

—Eso es lo que intento averiguar —dijo Jorge molesto—. Y bien, Gabriel, ¿vas a hablar? ¿Vas a soltar a mi hija? ¿O te vas a pasar todo el día ahí parado como un pasmarote?

—No puedo hablar si no dejan de interrumpirnos.

—Nadie más va a interrumpirnos, ¡pero habla de una maldita vez!

—Vengo a devolverte a tu hija. Ya no la quiero, la repudio — declaró con una voz muy fría.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritó su madre.

—¡¿Cómo te atreves?! —se indignó su hermano.

—¡¡Callaos!! —Jorge quería comprender qué estaba pasando—. ¿Qué motivos tienes?

—Es una Mendoza.

—¿Qué excusa es esa? ¡Es absurdo, ya sabías que era una Mendoza antes de casarte con ella!

—Sí, y pensé que no me importaría compartir el lecho con una Mendoza, pero no es así. La detesto por ser quien es y ya no la soporto a mi lado.

Cada una de sus palabras destrozaba el corazón de Mónica a pedacitos y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Cuando su hermano la vio así, intentó acercarse amenazando a Gabriel.

—¡Eres un malnacido y voy a matarte!

En ese momento, Gabriel sacó un cuchillo de su bota y lo puso en la garganta de Mónica. Todos dieron un grito y Mónica se quedó sin aliento.

—¡Basta! Si alguno se mueve, la mataré. Solo quiero explicaros mis motivos, pero no me dejáis hablar. Ahora, por favor, si sois tan amables y me dejáis continuar, no lastimaré a mi queridísima esposa —añadió con sarcasmo.

—¡¡Está bien, habla de una maldita vez!! —gritó Jorge desesperado al ver el cuchillo en la garganta de su hija—. Pero no le hagas daño, por favor.

—Vaya, el gran general Mendoza preocupándose por alguien que no es él, parece increíble.

—¿De qué estás hablando? Yo me preocupo por mi familia y te juro que, si le haces daño a mi hija, te arrepentirás.

—Claro, tú solo te preocupas por los tuyos, los demás no te importan.

—¿Quieres explicarte? No te entiendo. ¿Alguna vez te he hecho algo a ti?

—No, a mí no. Pero no te importó robar, humillar, ridiculizar y agredir a un muchacho.

—¿A quién, si se puede saber?

—A Arturo Robles.

—¡Dios mío, siempre con la misma cantinela! ¿Ese hombre nunca va a cansarse de molestarnos? No puedes acusarme de todas esas cosas…

—¡¿No?! Y por qué no, si son ciertas. Tú compraste a su novia y se la robaste en el altar unos días antes de la boda, lo ridiculizaste y humillaste delante de todo el mundo al volvérsela a robar cuando estaban casados, y le destrozaste una mano y la pierna dejándolo lisiado para toda la vida. Gracias a ti, ha perdido la razón y ahora ya ni es la sombra de lo que un día fue.

Mientras hablaba, Gabriel parecía fuera de sí y Jorge estaba aterrado por lo que pudiera hacerle a su hija.

—Mira, hijo, yo… —empezó a decir con mucha calma para tranquilizarlo.

—¡No me llames hijo!

—¡Está bien, está bien! Gabriel, escúchame: las cosas no fueron

así, te has equivocado de culpable. Suelta a mi hija y haz conmigo lo que quieras.

Gabriel empezó a reírse, su risa era seca y fría.

—¿Tienes miedo de que algo le ocurra a tu preciosa hija?

—Por favor… —Esta vez fue su madre la que suplicó.

—Tranquila, Mónica, tu hija es mi mujer y, aunque me desagrade, está embarazada y no quiero que el niño sufra, por eso te la devuelvo. Lo hemos pasado muy bien juntos, ¿verdad, querida? —Mónica no podía hablar pues estaba en estado de *shock* tras escuchar a Gabriel—. Pero como hemos comprobado ya, los Robles y los Mendoza son incompatibles y no pueden estar juntos, y como yo soy el hijo bastardo de Arturo Robles… —Al oír eso, todos soltaron una exhalación que hizo reír a Gabriel—. No os lo esperabais, ¿verdad? Como iba diciendo, al ser el bastardo de Arturo Robles y Mónica una Mendoza, no creo que dentro de esa barriga pueda crecer algo bueno, así que os dejo a vuestra hija y también un gran reto, general Mendoza. ¿Serás capaz de criar y querer al bastardo de un Robles? —Y dicho esto, bajó a Mónica del caballo de un solo movimiento y salió al galope con Atila.

Todos se precipitaron hacia Mónica, que había caído al suelo de rodillas y, cuando comprobaron que estaba bien, la abrazaron y la besaron. Ella no podía moverse ni llorar ni hablar. Su madre, su hermano, su cuñada, todos le preguntaban cómo estaba, pero ella seguía sin reaccionar.

—¡Ya basta, dejadla en paz! —gritó Jorge cogiendo a su hija en brazos para llevarla a su habitación. La tumbó en su cama y le dio un fuerte abrazo—. Ya pasó, mi vida. Ya estás en casa, nadie volverá a hacerte daño. Todo se va a arreglar. —Mientras se levantaba, le ordenó a su hijo muy calmado—: Jorge, prepara a los hombres, los quiero armados y en sus caballos en cinco minutos.

Mónica reaccionó al escuchar a su padre.

—No, papá, no quiero que vayas. Por favor, tranquilízate. —Cogió su mano—. Por favor, papá, no quiero que vayas.

Jorge le sonrió, su sonrisa era una línea delgada y fina que pronunciaba aún más esa horrible cicatriz de su cara, dándole un aspecto criminal, y su mirada dura y gris podría partir el acero.

—Voy a matar a Arturo Robles y a su bastardo —explicó con frialdad—, y después me tranquilizaré. Esto ha llegado a su límite. Siempre he ignorado a ese hombre por tu madre, pero después de lo que han hecho contigo, mi paciencia se ha acabado. Los Robles me han declarado la guerra y la van a tener.

—¡No, no, no, no, no te dejaré ir! ¡Eso es lo que quieren, todo esto lo planeó Arturo! ¡Saben que vas a ir a buscar venganza y te están esperando! ¡No van a dejar que asomes la cabeza por sus

tierras1 ¡Te dispararán en cuanto te vean!

—¡No me importa, quiero matarlos! —confesó enfurecido.

Mónica se levantó de la cama para enfrentar a su padre.

—¡Quieres ir y matarlos, bien! ¡¿Cuántos hombres crees que deben morir por esta ofensa?! ¿Cinco, diez? Tú podrías ser uno de ellos, o mi hermano. Y después de eso, ¿cómo crees que me sentiré? ¿Crees que podré seguir viviendo con esa carga en mi conciencia? —Mónica no pudo más y se echó a llorar con desesperación, dejándose caer en la cama de nuevo. Su padre se sentó a su lado y la abrazó—. Papá, por favor, no vayas. Si lo haces y alguien muere, te juro que me mataré, no podré soportarlo, y tampoco quiero que mates a Gabriel. Él nunca me ha lastimado, todo esto es para lastimarte a ti, no a mí. Él nunca me ha hecho daño, papá. Te lo juro.

Jorge se tranquilizó y decidió respetar su decisión, no podía causarle más dolor del que ya llevaba dentro. Aunque en el fondo sabía que, si volvía a ver a un Robles delante de él, lo mataría sin ni siquiera pararse a pensar.

—¡Ssshhh! Tranquilízate, mi niña. Si tú no quieres venganza, nosotros respetaremos tu decisión. Ahora, quiero que te acuestes.

—Papá.

—¿Qué?

—Quiero volver a la ciudad. No quiero estar aquí, no quiero estar cerca de él.

—Muy bien, preciosa. En una hora partiremos a la ciudad, si eso te tranquiliza. Ahora, descansa un poco.

Jorge se levantó de la cama e hizo una señal a su hijo para que lo acompañara, Mónica ocupó su lugar y abrazó a su hija.

—¡Oh, mi niña! Cuánto siento todo lo que ha pasado. Todo es culpa mía. —Mónica lloraba abrazada a su hija.

—Mamá, por Dios, no digas eso. Esto no es culpa tuya, es de ese hombre, que no ha sabido aceptar después de tantos años el haberte perdido. Está loco y él es el único culpable. Por favor, vigila a papá para que no cometa una locura.

—Está bien, iré. ¿Te quedas con ella, Estela?

—Sí, claro. —Estela se tumbó en la cama y también abrazó a Mónica—. Dios mío, siento mucho todo lo que te ha pasado, eres tan valiente. Si a mí me hubiera ocurrido algo así, me hubiera muerto. Sin embargo, tú eres capaz de enfrentar a tu padre y prohibirle que vaya a esa carnicería.

—Lo único que quiero es olvidar todo esto y olvidar a Gabriel, olvidar que alguna vez lo he conocido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a anular ese matrimonio y voy a empezar de nuevo. No

voy a dejar que ese malnacido me arruine la vida. Si algo he aprendido de ese hombre, es una cosa.

—¿El qué?

—De ahora en adelante voy a disfrutar de la vida y voy a hacer lo que me dé la gana, pienso divertirme y no me importa lo que piensen de mí. Al fin y al cabo, ser una niña buena no te trae nada bueno, ya que cualquiera puede engañarte, enamorarte, usarte y despreciarte. De ahora en adelante voy a ser yo la que utilice a los hombres, y no voy a volver a enamorarme nunca más.

—¡Mónica, no puedes hacer eso! —exclamó Estela escandalizada.

—¿Por qué no? Cuando mi matrimonio se anule, podré salir con otros hombres y es lo que pienso hacer. Voy a hacer que corra la voz sobre mi nueva posición y Gabriel se va a arrepentir de lo que me ha hecho.

—¿Quieres darle celos?

—Sí, quiero verle retorcerse de rabia por los celos y cuando venga a suplicarme y se ponga de rodillas, voy a chafarle como el gusano que es.

—¿Por qué crees que sentirá celos? Después de todo lo que ha dicho, creo que le importará bien poco con quién te juntes. Él te ha repudiado, Mónica.

—Lo sé, pero también sé que, a pesar de lo que haya dicho o hecho, le importo y mucho. Cuando se entere de que vuelvo a los bailes, se dará cuenta de lo mucho que significo para él y justo en ese momento empezará mi venganza.

—¿Estás segura de lo que piensas hacer?

—Segurísima.

***

Jorge y su hijo estaban planeando el asalto a la plantación de los Robles, y cuando Mónica entró y lo escuchó, su furia fue inmensa.

—¿Qué está haciendo, señor Mendoza? —preguntó muy enfadada—. Prometiste a tu hija…

—Ahora no, Mónica, por favor. Mejor ve y organiza la salida, porque en cuanto regresemos nos vamos.

—Ninguno de los dos va a salir de esta casa.

—Mónica…

—¡No, Jorge! No vas a ir a matar a ningún Robles.

—¡¿Cómo puedes pedirme eso?! ¡¿No ves lo que le han hecho a

nuestra hija?! ¡¿No ves el dolor en su cara, no te has fijado en sus muñecas?! ¡Mi hija ha estado encadenada y no quiero imaginar a qué más cosas la han obligado! —La furia le salía por las venas y parecía que le iban a estallar, sus ojos estaban enrojecidos y llorosos.

Mónica le hizo una señal a su hijo, que salió dejándolos solos. Entonces, lo abrazó y Jorge se desmoronó en sus brazos. Siempre le había extrañado que un hombre tan grande, fuerte, frío y duro en su trabajo pudiera ser tan sumamente sensible con todo lo que estuviera relacionado con las personas que amaba.

—Cariño, tu hija está bien —le habló con ternura para tranquilizarlo.

—No, no está bien —dijo incorporándose y limpiándose los ojos con las manos—. Se hace la fuerte como siempre, pero no está bien. Por Dios, Mónica, necesito vengarla. Todo esto es por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Sí, por mi culpa. Yo hice todas esas cosas de las que Gabriel me acusa y se ha creído con derechos a… a… A saber lo que le ha hecho a mi hija, no quiero ni pensarlo.

—Él no le ha hecho nada, no le ha hecho daño, tu hija nos lo ha dicho. Y tú no hiciste todas esas cosas. De lo único que puede acusarte Gabriel es de casarte conmigo…

—Sí. Te casaste conmigo porque yo te compré, en eso no mintió.

—Puede que no, pero en todo lo demás, sí. Arturo fue el único culpable de todo lo que sucedió después. Él debió olvidarse de mí y conformarse, pero no, él se obsesionó con recuperarme y todo lo que paso después lo provocó él. Si todos los hombres despechados tuvieran derecho a vengarse, esto sería un caos. Por eso quiero que te olvides de ir a buscar venganza, debes respetar la decisión de tu hija. Si a ti te ocurriera algo, o a su hermano, o incluso a Gabriel, no podría soportarlo, y ya está bastante dolida como para darle más motivos, ¿no crees?

—¿Cómo puedes creer que a ella le importe lo que le pase a ese malnacido?

—Porque conozco a mi hija, y si él le hubiera hecho daño físicamente, ella no te hubiera pedido que no lo mataras. No sé quién la habrá encadenado, pero estoy segura de que no ha sido Gabriel. Y te juro una cosa: voy a averiguar qué le ha pasado exactamente a mi hija y si Arturo ha agredido a mi hija, yo misma lo mataré.

Jorge se abalanzó sobre ella y la besó con mucha pasión, adoraba a su mujer y siempre le había enloquecido su carácter fuerte e imperturbable. Ella era capaz de amansar a una fiera y eso era exactamente lo que acababa de hacer con él. Su hija le

recordaba mucho a ella, pues tenían el mismo carácter, y de una cosa estaba seguro, si Gabriel la hubiera maltratado, ella nunca lo hubiera defendido. Al contrario, lo hubiera intentado matar ella misma, hasta en eso era como su madre.

—Está bien, tú ganas. Pero quiero saber quién la ha encadenado y de eso te vas a encargar tú. No creo que yo pueda soportar oír por todo lo que ha pasado en esa casa.

—De acuerdo, yo me encargaré. Ahora, preparemos todo para irnos.

Jorge accedió de muy mala gana. Mónica tenía razón, si algo les pasaba a su hijo o a él, ella no lo soportaría y su hija jamás lo superaría. Así que, una vez más y por petición de las personas que más amaba en el mundo, se vio obligado a olvidar la ofensa de Arturo. Pero se juró a sí mismo no descansar hasta ver a Gabriel Torres muerto. Primero, por todo lo que le había hecho a su hija, y segundo, por el engaño y la ofensa a su familia.



XXV

Los 20 Robles

Cuando Gabriel llegó a la plantación, hizo salir a todos los hombres que había encerrado en las mazmorras y con una ira que helaba la sangre, les gritó a todos sus empleados:

—¡¡Preparaos para una guerra con los Mendoza!! Os quiero a todos armados y haciendo guardia. Y que nadie dispare hasta que yo de la orden.

—Pero, señor, los hombres están muy débiles. Acaba usted de sacarlos de esas mazmorras y llevan una semana allí encerrados sin beber ni comer…

—Si alguno no puede levantar un arma, yo mismo lo mataré —dijo clavando su negra y fría mirada en ellos—. No quiero excusas.

De pronto, vieron un caballo entrar y, cuando Gabriel lo reconoció, su furia se multiplicó por mil. Arturo Robles regresaba pensando que a su ahijado ya se le habría pasado el enfado por haber encerrado a Mónica. Cuando bajó del caballo y se acercó a él, supo que su furia aún no había cesado.

«Debí esperar otra semana más, parece que todavía sigue enfadado. ¿Por qué esa muchacha lo tiene tan loco? Me recuerda a mí cuando estaba con su madre».

—Hola, espero que no me guardes rencor. Se merecía el castigo, me insultó, me golpeó y se burló de mí —hablaba mientras se iba acercando y cuando por fin estuvo frente a él, Gabriel le dio un puñetazo en la mandíbula que lo tiró al suelo—. Por Dios, muchacho, ¿te has vuelto loco? ¿Vas a pegarme por una Mendoza? ¡Por qué no haces que baje y que lo presencie, seguro que eso la

complacería mucho! ¡Esa muchacha te está manipulando a su antojo! —gritó, escupiendo sangre por la boca.

—¡Mónica no está aquí!

—¡¡¿Cómo?!! ¡¡¿Dónde está?!!

—Se la he devuelto a sus padres.

—¡Pero ¿por qué?! Tenías que esperar, asegurarte de que estuviera embarazada, si no, todo esto no habrá servido para nada.

—¡La culpa es tuya! Si he adelantado las cosas, ha sido por tu culpa. No podía seguir reteniéndola y arriesgarme a que terminaras matándola con una de tus locuras. Te lo advertí, te advertí que no la tocaras. Pero no, tú tenías que encerrarla en esa mugrienta mazmorra para castigarla por lo que hizo su madre. Pues bien, se acabó, he cumplido con mi promesa, he hecho exactamente lo que querías. Ya te has vengado de Jorge Mendoza, ya hemos destrozado a su hija para causarle dolor a él y, con un poco de suerte, puede que tenga que criar al «supuesto» bastardo de un Robles, así que se acabó. Olvídate de los Mendoza de una vez y para siempre, y no vuelvas a acercarte a Mónica porque, de lo contrario, te mataré.

—¿Serías capaz de matarme por esa mujer? —Al ver la cara de Gabriel, supo que la amenaza iba muy en serio—. Está bien, tranquilo, no volveré a tocarla. Además, ella nunca me ha interesado, solo era una pieza en el juego, y ahora que Jorge Mendoza está sufriendo la vergüenza de tener como nieto a un Robles, me siento feliz. ¿Crees que alguna vez descubrirá que tú no eres mi hijo bastardo? Porque si lo hace, todo esto no habrá valido la pena. Recuerda que me hiciste una promesa: yo te daba todos los medios para vengarte de él, y tú a cambio nunca le confesarías quién eres y el porqué de tu afán de venganza.

—Creo que el dolor que le he causado a través de su hija me compensa bastante, y puede que hasta tenga la oportunidad de matarlo. No creo que los Mendoza tarden mucho en venir para una revancha.

—No lo creo, no creo que puedas matar hoy a Jorge.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gabriel confuso.

—Porque he visto a los Mendoza salir con sus coches cargados hasta arriba, me parece que vuelven a la ciudad.

—¿Vuelven a la ciudad? ¿Jorge Mendoza se retira sin presentar batalla? No lo puedo creer.

«¿Por qué? ¿Por qué se van? ¿Por qué no quieres venganza, general Mendoza? ¿Le habrá pasado algo a Mónica? ¡Dios, necesito saber qué está pasando! Necesito saber si está bien».

—Siempre fue un cobarde y no se atreve a vengarse de un Robles, por eso se retira con el rabo entre las piernas. Espero que dejaras a esa muchachita embarazada y que Jorge tenga que

tragarse su orgullo y hacerse cargo del bastardo de su hija. Cómo me gustaría ver su cara en estos momentos al pensar que tiene por nieto a un Robles.

—¡¡Cállate!! No soporto oírte decir tantas tonterías.

Gabriel entró en la casa furioso y con unas ganas locas de partirle la crisma a su padrino. Se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y se abrazó a la almohada, que aún olía a jazmín. El aroma de Mónica lo tranquilizó y todos los recuerdos volvieron a su mente, todas y cada una de las noches que habían compartido en esa habitación.



XXVI

Cardoña

Mónica estaba en su habitación, habían pasado dos días y estaba bastante más tranquila. Su madre entró y se sentó en la cama a su lado.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, mamá. Estoy bien, de verdad. No quiero que os preocupéis por mí. ¿Mamá?

—¿Qué, cariño?

Mónica se había recostado en el regazo de su madre y ella le acariciaba el pelo.

—¿Crees que podría conseguir la anulación de mi matrimonio?

—Creo que tu padre es bastante influyente como para conseguirla.

—¿Podrías pedirle que lo hiciera?

—Sí, cariño. Si es lo que quieres, lo haremos, y ten por seguro que lo conseguiremos. Además, creo que para tu padre será un placer.

—Es lo que quiero. No quiero seguir estando casada con él, no quiero pertenecerle y quiero recuperar mi libertad. El tiempo que estuve con él me sentí prisionera y no quiero volver a tener esa sensación. Y estar casada con él me hace tenerla.

—¿Gabriel fue quien te encadenó?

Parecía el mejor momento para hablar de ello y Mónica necesitaba saber qué le había ocurrido a su hija.

—No, mamá. Él no me encadenó, ¿por qué crees que lo hizo? —

Su madre acarició sus muñecas, donde aún quedaban unas ligeras señales de los grilletes.

—Todavía tienes marcas, mi vida, y quiero saber quién te las hizo.

Mónica le contó todo lo que le había pasado en esas tres semanas.

—Mamá, ¿es verdad que papá mató al abuelo? ¿Es verdad que te compró y te maltrató? ¿Es verdad que te dejó embarazada y te abandonó?

—¿Gabriel te contó todo eso?

—No, él no, fue ese loco de Arturo Robles. Por favor, ¿puedes explicarme qué ocurrió entre papá y tú? Porque cuando ese loco me contaba todas esas cosas, yo no lo podía creer. Él no hizo ninguna de esas barbaridades, ¿verdad? Pero si no las hizo, ¿por qué tantos años de rencor? ¿Por qué Arturo Robles perdió la razón? Necesito saberlo.

Esta vez fue Mónica la que tuvo que contarle toda su historia. Su hija quedó consternada, y no podía creer cómo sus padres habían podido vivir una tragedia como esa y acabar locamente enamorados.

—¿Mamá?

—Qué.

—¿Cómo pudiste enamorarte de papá después de todo lo que te hizo?

—Pues precisamente por eso, porque todo lo que hizo fue por mí, porque estaba enamorado de mí y no quería perderme, y también porque él nunca me hizo daño. Nunca abusó de su poder para someterme. Ya, ya, ya sé que al principio lo intentó, pero cuando se dio cuenta de que para someterme tendría que matarme, empezó a cambiar, y ahí fue cuando yo empecé a enamorarme de él.

—Tú fuiste fuerte y valiente, y pudiste resistirte a él. Yo sin embargo fui débil y él conseguía todo lo que quería de mí.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te hizo, Mónica? ¿Abusó de ti, por eso estabas encadenada?

—No, mamá. Él no me encadenó, fueron sus hombres, ya te lo he contado. Gabriel no lo ordenó, fue Arturo.

—¿Y él dejó que te encadenaran?

—No, él no estaba cuando sucedió eso. Tuvo que irse unos días, yo intenté escapar, y Arturo me cogió y me metió en las mazmorras.

—¡¿En las mazmorras?! Juro que voy a matar a ese hombre.

—Gabriel también quería matarlo. Cuando llegó y me sacó de allí, estaba tan furioso que les dio una paliza a todos los hombres que me encerraron, incluso al capataz por haberlo consentido, y

después los encerró a todos en las mazmorras doblándoles los días que yo había estado encerrada, sin comida ni bebida. Luego cuidó de mí con mucha ternura y no se separó de mi lado ni un segundo.

Mónica podía ver cómo su hija hablaba con orgullo de su marido al contar esa historia. Por muy enfadada y dolida que estuviera con él por todo lo que había pasado, Mónica sabía que su hija seguía enamorada de Gabriel, pero el dolor tan reciente no le dejaba ver más allá de sus narices y hasta que todo se calmara, no vería la verdad. Pero ella no le abriría los ojos, Mónica tendría que darse cuenta con el tiempo y por sí misma. Y además, ella no abogaría por Gabriel, no se lo merecía porque, aunque la hubiera tratado bien, nunca debió llevarla a esa casa.

—Creo que has pasado por momentos muy difíciles y aún estás entera, así que no quiero que vuelvas a decir que eres débil porque eso no es cierto. Eres incluso más fuerte que yo porque a mí nunca me encerraron y encadenaron, eso debió ser horrible.

—Pero te azotaron.

—Eso apenas fueron unos rasguños, tu padre llego a tiempo para salvarme como hizo Gabriel contigo.

—Tú supiste mantener a papá a raya, yo nunca pude negarme a Gabriel.

—Eso no es comparable. Yo tenía terror a la noche de bodas por todas las cosas que contaban de ella, tú pasaste dos noches maravillosas con tu marido antes de que todo empezara, por eso no podías rechazarle. Cuando tu padre me hizo suya por primera vez, supe que desde ese día querría estar con él todas las noches del resto de mi vida, y sí, después de tantos años a veces peleamos, pero en cuanto me pone la mano encima yo me deshago en sus brazos y no puedo negarle nada, por muy enfadada que esté. —Su hija se rio por ese comentario—. No te rías, es la verdad, y no debes avergonzarte por nada de lo que sucediera…

—Pero, mamá, él me hizo cosas que yo creo que deben ser pecado. —Mónica se rio nuevamente—. No te rías, hablo en serio. Seguro que papá nunca te ha besado… ahí. —Señaló su entrepierna, avergonzada. Mónica pudo ver cómo su hija se sonrojaba al confesarlo—. ¿Ves?, ya no te hace tanta gracia.

—Cariño, todos los hombres besan… ahí. —Su hija la miró con los ojos como platos.

—¡¿Papá te hace eso?! —Los coloretes de Mónica se sonrojaron más todavía—. No puedo creerlo.

—Cariño, todas las parejas usan el mismo idioma en el lecho, lo único es que no se habla de ello, y si nosotras lo estamos haciendo es porque sé por todo lo que has pasado y no quiero que te sientas mal por lo que crees que Gabriel te hizo sentir. Te voy a decir una

cosa que me dijo tu padre cuando él me besó… ahí y yo reaccioné igual que tú diciéndole que arderíamos en el infierno por eso.

—¿Qué te dijo? —le preguntó su hija con mucha curiosidad.

—«No debes avergonzarte por nada cuando estamos haciendo el amor, porque mientras los dos disfrutemos de ello, nada será pecaminoso y todo quedará entre tú y yo». Más o menos eso fue lo que me dijo, y en ese mismo instante supe que tenía razón porque pensé que si todo el mundo en esa época decía monstruosidades acerca de la noche de bodas y era mentira, seguro que en todo lo demás también mentían. Por eso no quiero que te sientas mal por nada de lo que sucediera entre Gabriel y tú, eso sí, siempre que él no te forzara o te hiciera daño.

—No, mamá, él nunca me forzó y nunca me hizo daño.

—Entonces, no tendré que matarlo. —A Mónica le dio la risa.

—Te quiero, mamá, y estoy muy orgullosa de tener una madre como tú porque siempre me escuchas, siempre me apoyas y siempre haces que me sienta bien.

Mónica abrazó a su madre y le dio un beso muy fuerte.

—Yo nunca tuve una madre que hiciera todo eso por mí, aunque tuve a tu abuela Ana, que para mí fue más madre que suegra. Ella siempre me escuchaba, me apoyaba y hacía que me sintiera bien, solo sigo su ejemplo. La echo tanto de menos.

—Yo también. Hace casi un año que murió por esas dichosas fiebres y aún tengo la sensación de que va a entrar por esa puerta y se va a sentar en mi cama para abrazarme, besarme y ponernos a hablar de cualquier cosa.

—Sí, a mí también me pasa a veces. Pero creo que tú y yo ya hemos hablado demasiado, ahora será mejor que te eches a dormir. Buenas noches, cariño, te quiero —le dijo besándola con mucho amor en la frente.

—Yo también te quiero, mamá. Buenas noches.

***

Cuando Mónica entró en su habitación, Jorge estaba esperándola.

—¿Y bien? ¿Qué te ha contado? ¿Quién la encadenó? ¿A quién tengo que matar?

—No pienso contarte nada si no me prometes que dejarás las cosas como están, ya no queremos más disgustos.

—Está bien, me quedaré quietecito, pero cuéntamelo todo.

Cuando Mónica terminó, Jorge estaba furioso.

—Voy a matar a Arturo Robles. ¿Cómo se atreve ese malnacido a encerrar a mi hija en una mazmorra? Pero toda la culpa la tiene Gabriel. Arturo es un demente, pero Gabriel sabía muy bien lo que hacía. No debió llevarla nunca a esa casa.

—Jorge, me prometiste quedarte quietecito. Prométeme que no vas a buscar a Arturo.

—Está bien, te lo prometo.

—¡Uuuyyy! Demasiado fácil. —Mónica conocía muy bien a su marido y volvió a decirle—. Prométeme que tampoco irás a buscar a Gabriel.

—Mónica…

—Prométemelo.

—Está bien, te lo prometo. ¡¿Contenta?! —Jorge estaba enfadado.

—No del todo.

Jorge resopló con los labios para hacerle entender a su mujer que estaba perdiendo la paciencia.

—¡¿Qué más quieres que haga, Mónica?!

Mónica sabía cómo calmarle, así que acarició su pecho y bajó despacio hasta llegar a su entrepierna. Cuando metió su mano por dentro de sus calzones y empezó a acariciarle suavemente, Jorge supo que tenía la batalla perdida.

—Que no te enfades y que me hagas el amor.

Jorge la tumbó en la cama y la besó con pasión. Cuando abandonó su boca, le recorrió el cuello con los labios hasta llegar al lóbulo de su oreja, que mordió haciéndola estremecer.

—Sabes que tus deseos son órdenes para mí, mi amor —le susurró al oído.

Después de esas palabras se amaron con mucha fogosidad y cuando consiguieron recuperar el aliento, Mónica no pudo evitar hacerle una pregunta que le rondaba la cabeza desde que toda esa locura empezó.

—Si Mónica está embarazada, ¿qué haremos con el bebé?

—Seguro que será un niño o una niña digno del apellido Mendoza. ¿Y qué vamos a hacer, mi vida? Pues quererlo, será nuestro nieto, ¿no?

—Sabía que no me decepcionarías. —Lo besó con ternura.

—¿Lo he hecho alguna vez? —preguntó devolviéndole el beso.

—No, nunca.

—Entonces duérmete. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches. Te amo.

—Y yo a ti.



XXVII

Los 20 Robles

Gabriel estaba desesperado, hacía una semana que Mónica había salido de su vida y él cada vez la echaba más de menos. A veces pensaba que no podría soportarlo, pero no podía hacer nada. Mónica debía odiarle con todas sus fuerzas y de momento no podía intentar recuperarla, tenía que esperar.

«¿Qué estará haciendo? ¿Se acordará de mí como yo me acuerdo de ella? ¿Estará embarazada? Tengo que saberlo, si está embarazada podré recuperarla, podré obligarla a regresar conmigo. Si reclamo a mi hijo, no tendrá más remedio que volver a mí, porque Mónica no dejaría a su hijo, de eso estoy seguro, y las leyes estarán de mi parte. Es mi hijo y tengo todo el derecho a reclamarlo, y de paso mato dos pájaros de un tiro. Vuelvo a robarle su hija al capitán Mendoza y a darle donde más le duele».

De pronto tocaron a la puerta y entró Lara.

—Señor, ha llegado este mensaje para usted y el mensajero espera respuesta.

Gabriel cogió el mensaje y se quedó muy extrañado, pues era del general Mendoza. Una gran angustia le subió por la boca del estómago y lo hizo estremecer.

«¿Le habrá ocurrido algo a Mónica?», fue lo único que pasó por su cabeza antes de leer la nota.

Con manos temblorosas, abrió el sobre y hasta que verificó que Mónica estaba bien, contuvo la respiración.

Gabriel, soy Jorge Mendoza. Quiero que mientras leas este mensaje te olvides de que soy tu superior, pues este asunto es personal y los rangos los dejaremos a un lado.

Entre tú y yo queda algo pendiente, porque nadie que le haga algo así a mi hija puede salir indemne, y menos tú, que abusaste de la confianza que te dimos mi familia y yo.

Ahora tengo claro que todo lo tenías planeado desde un principio, incluso que esos hombres que supuestamente agredieron a mi hijo y a mi ahijado los contrataste tú. Debió salirte caro pagar a alguien para que se dejara pegar un tiro, pero era la mejor manera de entablar una buena relación con mi familia, ¿verdad? He de reconocer que eres listo y que, si no fuera por lo que ha ocurrido, podríamos llevarnos bien. Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad.

Pero no puedo pasar por alto lo que le hiciste a mi hija, por eso necesito una compensación y no puedes negarte, así que, si tienes lo que tiene que tener un hombre, no podrás negarme una revancha.

Te espero dentro de tres días al alba en el puente del viejo río, allí podrás darme esa satisfacción que merezco. Tú eliges las armas, eso no me preocupa, he leído tu historial y sé que serás un buen rival, elijas el arma que elijas.

P.D: Espero tu respuesta con el mensajero, pues tiene órdenes de entregártela en mano y traerme tu respuesta.

Jorge Mendoza.

Gabriel cogió el mismo papel y por la parte de atrás escribió:

Será todo un placer recompensarlo por el ultraje de su hija y allí estaré. Yo también espero que sea usted un digno rival, general Mendoza.

Gabriel Torres.

—Lara, dale esto al mensajero —dijo después de escribir la nota.

—Sí, señor.

«¡Por fin! Esto es algo que llevo esperando hace tanto tiempo que no puedo creer que haya llegado el momento. Prepárate a morir, Jorge Mendoza. Tú mataste a mis padres y a mi hermana, y

vas a pagar por ello. Por fin vas a pagar. Lo único que me molesta es tener que matarte sin que sepas mis verdaderos motivos, pero juré no decirlo y siempre cumplo mis promesas».



XXVIII

Cardoña

Mónica estaba en la salita leyendo un libro cuando entró Tula muy nerviosa.

—¡Ay, mi niña! ¡Tiene usted que hacer algo! —gritó—. Tiene que parar esta locura.

—¿Qué ocurre, Tula? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—Encontré esto en la chaqueta de su padre. —Tula le dio un papel.

—¿Qué es? No deberías curiosear en los bolsillos de mi padre, se va a enfadar.

—Yo no curioseé en los bolsillos, niña, cómo se le ocurre. Se cayó y lo leí por casualidad. Desde que usted me enseñó, leo todo lo que cae en mis manos, es como un vicio.

Mónica sonrió, pero la sonrisa desapareció de su rostro cuando leyó el mensaje.

—No puedo creerlo.

—¿Ve? ¿Entiende ahora por qué estaba tan nerviosa? Y he acudido a usted porque es la única capaz de hacer entrar a su padre en razón.

—Está bien, Tula, no quiero que hables de esto con nadie. Yo me ocuparé. Y gracias.

—No debe agradecérmelo, niña. Quiero a ese hombre como si fuera mi hijo y, si le pasara algo, no sé qué haríamos en esta casa sin él. Pero estoy segura de que usted sabrá cómo arreglar este asunto. Ahora, será mejor que me encargue de la comida. —

Mientras se marchaba iba diciendo—: Este hombre está loco, cree que tiene veinte años, ya no tiene edad para estas cosas.

***

Mónica se pasó casi toda la noche en vela por culpa de ese mensaje sabiendo que sería inútil hablar con ninguno de los dos, pues ninguno entraría en razón. Así que cuando empezó a amanecer, se levantó de la cama y sacó su ropa de hombre, la que se ponía para cabalgar a horcajadas. Se vistió muy deprisa, se recogió el pelo dentro del sombrero y salió con mucho cuidado de no ser vista. Al llegar a las caballerizas, montó a Bella y desapareció por detrás de la casa.

***

Gabriel vio aparecer a Jorge con José, que hacía de padrino, y al llegar se saludaron con un gesto de cabeza.

—Tienes suerte de que yo no sea el ofendido porque si le hubieras hecho eso a mi hija, ya estarías muerto —le amenazó José muy serio.

«Si tú supieras lo que está pasando entre tus hijos, lo mío con Mónica sería una chiquillada para ti. Me gustaría ver qué harás cuando te enteres», pensó Gabriel al escuchar tal amenaza.

—José, por favor, arreglemos esto de una vez y larguémonos antes de que empiece a despertarse la ciudad. No quiero que nos vean.

—Está bien. ¿Qué arma eliges? —le preguntó José a Gabriel.

—Pistolas.

José y uno de los hombres de Gabriel que hacía de padrino se encargaron de las armas, mientras los dos se retaban con la mirada. Cuando José le entregó el arma a Gabriel, le dijo muy bajito para que Jorge no lo escuchara.

—Sabes que si matas a su padre Mónica te odiara eternamente, ¿verdad? Piensa en eso antes de disparar.

José tenía miedo por Jorge, él también había leído el expediente de Gabriel y sabía que era un rival muy peligroso. Deseaba que ese duelo se anulara, así que intentaba una última treta para ver si

Gabriel abandonaba o por lo menos lograba sembrar la incertidumbre en él antes de disparar para que no muriera su amigo.

Los dos se pusieron de espaldas y cuando José comenzó a contar los dos empezaron a caminar. Al llegar a diez pasos se dieron la vuelta y se apuntaron al corazón. Justo cuando estaban a punto de apretar el gatillo escucharon un grito desesperado, e inconscientemente los dos se volvieron para mirar en esa dirección.

Un jinete se acercaba a ellos a toda velocidad e inmediatamente los dos lo reconocieron. Bella corría como alma que llevaba el diablo y Mónica la espoleaba para que fuera más y más rápido. Jorge maldijo al ver a su hija allí.

—¡Maldita sea! ¿Cómo se ha enterado?

Mónica cabalgaba hacia ellos. Con la velocidad, se le había caído el sombrero y su melena se elevaba con el viento. Gabriel se quedó extasiado admirando a su mujer.

Bella se detuvo, Mónica bajó de un salto y se acercó a ellos. Se paró justo en el centro de los dos y se puso de lado para tener controlados a los dos al mismo tiempo.

—¡¿Os habéis vuelto locos?! —gritó enfurecida—. ¡¿Pensáis mataros el uno al otro?! ¡Pues siento decepcionaros, pero para eso tendréis que matarme a mí primero! ¡Y bien papá, ¿piensas disparar?! —dijo mirando a su padre, que seguía apuntando al corazón de Gabriel.

Ambos permanecían inmóviles, con las pistolas en alto, pues el que se movía de su posición o bajaba el arma se rendía, y el contrincante podía elegir entre matarlo o perdonarle la vida.

—Mónica, quítate de en medio, ¿y qué haces aquí, maldita sea? Podías haberte partido el cuello montando de esa manera. Te he prohibido miles de veces que te vistas y que montes así. ¡Ahora apártate, obedece a tu padre!

—¡No! Me lo prometiste, me prometiste que dejarías las cosas como estaban.

—No puedo, cariño, no puedo dejar las cosas como están. Cuando pienso en todo lo que ese degenerado te hizo, me hierve la sangre.

—Tú mismo lo has dicho, me hizo, ¡a mí, me lo hizo a mí! Y yo te pedí que lo olvidaras. No voy a dejar que arriesgues tu vida por mí. Si te pasara algo, no podría soportarlo. Por favor, papá. —Pero Jorge seguía sin bajar el arma.

Al ver que su padre no entraba en razón, Mónica se giró hacia Gabriel, que seguía embobado mirándola.

«Eres tan hermosa, mi pequeña salvaje, y hoy estás más salvaje que nunca luchando con uñas y dientes por tu padre. Cómo te he

echado de menos. Tu pelo, tus ojos, tu cuerpo, todo tu ser me vuelve loco. No sé cuánto tiempo más voy a poder resistir sin ti, te has convertido en una obsesión». Cuando la escuchó y vio sus ojos llorosos y suplicantes, se preguntó: «¿Eres capaz de causarle tal dolor? ¿Eres capaz de matar a su padre delante de sus narices?».

—Gabriel, por favor, baja el arma. No voy a moverme de aquí, tendrás que matarme para que lo haga.

—¿De verdad crees que no conseguiría darle porque estás en medio? —aseguró con prepotencia.

—¡Está bien! ¡¿Queréis mataros?! ¡Pues hacedlo ahora y delante de mí porque no voy a apartarme!

—¡José, sácala de aquí! —ordenó su padre.

Cuando José la agarró del brazo e intentó arrastrarla, Mónica se puso a gritar y a llorar.

—¡¡Suéltame!! ¡¡Por favor, no lo hagáis!! ¡¡Por favor, Gabriel, te lo suplico!! ¡¡Es mi padre!! —Al ver la desesperación de Mónica, Gabriel bajó su arma. Cuando Mónica vio a Gabriel expuesto y a su padre encañonándole todavía, le gritó—: ¡¡Papá, por favor, no lo mates!! —Jorge, sorprendido por el gesto de Gabriel, no tuvo más remedio que bajar su arma porque era incapaz de disparar contra un hombre desarmado—. ¡¡Suéltame!! —le gritó a José, que aún la sujetaba. Cuando la soltó, Mónica se lanzó a los brazos de su padre llorando sin consuelo.

—Ya, ya pasó, cariño, pero no debiste hacer eso. —Jorge la consolaba en un fuerte abrazo—. Vámonos a casa.

—¡No! —Mónica se apartó de su padre, se limpió los ojos con la palma de la mano y respiró profundamente antes de decir—: Júrame aquí y ahora que no volverás a enfrentarte a él…

—Mónica…

—¡Júramelo o no me muevo de aquí!

—Está bien, te juro que no volveré a enfrentarme a él, siempre que no me provoque.

—¡Yo no te provoqué, tú me retaste!

—Yo creo que lo que hiciste con mi hija fue motivo de provocación.

—¡Basta! No quiero que discutáis. Gabriel, júrame tú también que no volverás a enfrentarte a mi padre. Me lo debes —dijo con frialdad.

Gabriel la miró a los ojos y supo que jamás podría negarle nada.

—Siempre que él tampoco me provoque —gruñó molesto al tener que dar su brazo a torcer.

—¡Ooohhh, Dios, sois increíbles! Ninguno de los dos va a volver a provocar al otro, porque si lo hacéis, yo misma os mataré. ¿Os queda claro? —Gabriel sonreía, admirando a su mujer—. Y no

sonrías, hablo muy en serio.

—Quiero hablar contigo, Mónica, solo un minuto.

—¡Ni lo sueñes! Vámonos, Mónica. —Jorge cogió a Mónica del brazo para alejarla de Gabriel—. Y espero que no vuelvas a acercarte a mi hija porque eso será como una provocación.

—Creo que tú estás provocándome ahora mismo. Necesito hablar con tu hija y tú no puedes impedírmelo. ¡Es mi esposa!

Mónica, al ver que otra vez la cosa se calentaba entre ellos, se adelantó a su padre.

—Tienes razón, él no puede impedírtelo, pero yo sí. No quiero hablar contigo, Gabriel, nunca más. Vámonos, papá. —Esta vez fue Mónica la que agarró a su padre del brazo y se alejó de allí dejando a Gabriel plantado como un pasmarote.

Con una furia inmensa que sabía que no podría controlar, se subió de un salto sobre Atila y salió como alma que lleva el diablo. Debía alejarse de allí porque, de lo contrario, terminaría matando a su padre y llevándosela a la fuerza. Así que puso rumbo a la plantación galopando a gran velocidad para poder eliminar esa adrenalina que le quemaba todo el cuerpo.



XXIX

Los 20 Robles

Dos semanas después recibió un sobre del juzgado, y cuando lo abrió y leyó los papeles, se quedó paralizado. Mónica había pedido la anulación de su matrimonio y se la habían concedido, todo estaba arreglado y lo único que faltaba era su firma. Después de eso, Mónica dejaría de formar parte de su vida. Como si nunca hubiera estado allí, como si nunca hubiera sido su mujer, como si nunca hubiera estado entre sus brazos, como si nunca hubieran hecho el amor.

Una furia inmensa se apoderó de él y tiró al suelo todo lo que tenía en la mesa. Cuando terminó de arrasar con todo, vio un pequeño sobre con su nombre con la letra de Mónica. Lo recogió y lo leyó muy atentamente.

Gabriel, espero que estos documentos te hagan tan feliz como me a mí, ya que gracias a ellos podremos reanudar nuestras vidas y volver a empezar. Tú te libraras de una Mendoza y yo me sentiré libre de mi carcelero. Creo que es lo mejor para ambos, pues como bien dijiste somos incompatibles, y eso mismo he alegado para anular este tormentoso matrimonio.

No quiero guardarte rencor, por eso quiero olvidar que alguna vez nuestros caminos se cruzaron, y eso solo podremos conseguirlo si no nos volvemos a ver. Así que espero que respetes mi deseo y si alguna vez coincidimos en algún sitio, hagamos como que no nos conocemos. Eso

será lo mejor.

P.D: el mensajero esperará hasta que hayas firmado los documentos. Después, solo debes entregárselos y yo misma los llevaré al juzgado, no me gustaría que tuvieras que desplazarte desde tan lejos. En unos meses nos mandarán las copias firmadas y selladas por el juez, y todo habrá acabado.

¡ADIOS! Gabriel

Gabriel sintió una furia salvaje y le molestó en exceso ese ¡ADIOS! tan exagerado. Entonces, dio la vuelta al papel y le contestó.

Me alegra recibir tan gratas noticias, y sí, creo que tienes razón, lo nuestro no debería haber ocurrido nunca. Ya que tu padre es tan influyente y poderoso y ha podido conseguir la anulación de nuestro matrimonio, porque estoy seguro de que todo esto ha sido cosa de él, será mejor aprovecharlo, ¿no crees?

Además, tienes razón en una cosa: ya casi ni me acuerdo de ti y no quiero el lastre de una Mendoza a mi espalda. Por ese mismo motivo, yo me encargaré de llevar los papeles al juzgado y así me aseguraré de que no haya errores.

P.D: cuando tenga los papeles firmados por el juez, te lo haré saber.

¡¡ADIOS!! Mónica

Cardoña

Cuando el mensajero le devolvió el mensaje, Mónica lo leyó esperando ver si necesitaba una respuesta, y tuvo que armarse de valor y controlar sus emociones hasta despedirlo. Una vez cerró la puerta, subió corriendo a su habitación y se echó en la cama llorando desconsoladamente. Su madre, que la había visto pasar a toda prisa, fue a su encuentro a ver qué ocurría y al verla en ese estado, se acercó y se sentó a su lado diciéndole suavemente

mientras le acariciaba el pelo:

—¿Qué ocurre, cariño? —Mónica, sin poder hablar, le entregó el mensaje y cuando su madre lo leyó, inmediatamente se dio cuenta de por qué su hija estaba tan disgustada—. No deberías llorar, sino alegrarte, por fin vuelves a ser libre. Eso era lo que querías, ¿no es cierto?

—Sí, pe-pe-pero nunca creí que a él le importara tan poco. —Casi no podía hablar de la congoja que tenía.

—Cariño, ¿por qué estás tan disgustada? ¿Aún le amas?

—¡No! Le odio y le voy a odiar el resto de mi vida. —La congoja había desaparecido y estaba enfurecida, se había levantado de la cama y no dejaba de dar vueltas por la habitación—. ¡Muy bien! Se acabaron las lágrimas, ya no voy a llorar más. De ahora en adelante, soy una mujer libre y pienso comportarme como tal. Voy a reanudar mi vida social y voy a buscar otro marido. Y por favor, mamá, espero que no me lo prohibáis, porque estoy decidida.

—¿Por qué tendríamos que prohibirte que buscaras otro esposo? Eso sí, por favor, no te precipites.

—No, no voy a precipitarme. Esta vez elegiré bien, y ha de ser un civil. —Su madre se rio.

«¡Ay, cariño! Si quieres enfurecer a Gabriel, vas a conseguirlo. A mí no puedes engañarme, y no encontrarás un marido porque ya tienes uno. Solo pones esa excusa para que tu padre te deje coquetear libremente con los hombres y que Gabriel venga a pararte los pies. Solo espero que no salgas mal parada, pues el que juega con fuego, se puede quemar».

***

Cuando Mónica le contó todo a su marido, este se puso furioso y no dejaba de vociferar.

—¡No le voy a consentir que haga eso, no puede ir por ahí buscando marido como una desesperada!

—No exageres, ella no tendrá necesidad de buscar nada. Sabes que en cuanto Mónica vuelva a los bailes, los hombres harán cola para firmar su carné.

—¿Y crees que eso está bien? La gente empezará a murmurar.

—Pues que murmuren, ¿qué importa? De todas formas, van a murmurar en cuanto salga a la luz que se ha anulado el matrimonio. Ahora es una mujer libre y si quiere, está en todo su derecho de volver a los bailes y buscar otro marido. Además, te diré

una cosa: está haciendo esto por Gabriel, para molestarlo.

—¿Por qué crees que lo hace por eso?

—Por la forma en la que reaccionó cuando leyó el mensaje. Ella aún está enamorada de él y quiere llamar su atención.

—No, ella no puede seguir enamorada de ese hombre después de todo lo que le hizo.

—Cariño, no te ciegues como tu hija, el rencor no os deja ver. Un amor tan grande como el que Mónica sentía por Gabriel no se acaba así como así. Ella está dolida por lo que pasó, pero no lo ha dejado de amar. Si fuera así, estaría contenta y festejando su libertad. Sin embargo, está encerrada en su cuarto llorando como una magdalena, maldiciéndolo y planeando su venganza.

—Qué complicadas y retorcidas sois las mujeres —dijo muy confuso por todo lo que acababa de escuchar, haciendo reír a Mónica—. ¿Y qué debemos hacer?

—Dejar que las cosas sucedan.

—No voy a permitir que ese hombre vuelva a su vida.

—Si tu hija quiere a Gabriel de vuelta en su vida, tú no podrás impedirlo.

—Sí podré.

—Entonces la perderás. ¿Recuerdas todo lo que yo hice para que volvieras a mí? Si estuve a punto de casarme con Arturo para hacerte volver —le recordó con una sonrisa—. Tú mismo has dicho miles de veces que ella es como yo y si a mí no pudiste doblegarme, a ella tampoco. Y tampoco se dejará someter por ningún hombre, sea Gabriel o cualquier otro.

—En eso tienes razón, mi niña es indomable como su madre, ¿y sabes una cosa?

—No.

—Es lo que más admiro de vosotras. Ahora dejemos de hablar de cosas que me enfurecen y bésame para calmar mi ira —bromeó haciendo reír a Mónica.

—Tus deseos son órdenes para mí, señor Mendoza.

Lo besó con mucha pasión sabiendo a dónde los conducirían esas palabras. Jorge la tomó entre sus brazos y la hizo arder de deseo, derritiéndola poco a poco como una vela.



XXX

Cardoña

Una semana después, Mónica estaba dispuesta a comenzar su venganza. Se había puesto un precioso y demasiado escotado vestido, ya que sabía lo mucho que le molestaba a Gabriel que los hombres admiraran su busto, y había convencido a Bez, Edu y José para ir al baile.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —le preguntó Bez a Mónica, antes de entrar al salón de baile.

—Pues claro, ¿no quieres divertirte?

—Cuando nos vean a las dos aparecer, el chisme va a correr como la pólvora. Acabamos de anular nuestros matrimonios y ya estamos buscando un nuevo marido.

—Yo acabo de anular mi matrimonio, el tuyo fue hace casi un mes, o sea que no sufras. A mí me criticarán más que a ti y no me importa. ¿A ti te importa?

—A Edu no le hace mucha gracia que esté aquí, no quiere que baile con otros hombres y lo peor es que me ha ordenado que solo baile con él o con José. Imagínate lo que puede decir la gente si me ven bailar toda la noche con mi hermano, acabarán dándose cuenta y yo me moriré de vergüenza.

—Nadie se va a dar cuenta de nada y no deberías permitir que te manipule, deberías dejarle. Esa relación no te llevará a ningún lado, más bien te causará problemas. Y puesto que no podéis estar juntos, ¿por qué no lo dejas de una buena vez y buscas otro hombre con el que sí puedas estar?

—Ojalá pudiera dejarle, pero le amo. Por más que quiera alejarme de él, solo tiene que decirme todas esas cosas bonitas que me dice, tomarme entre sus brazos y yo ya no puedo negarle nada. Es superior a mí, y a él le pasa lo mismo. Muchas veces pienso que estamos condenados.

Cuando los hombres se reunieron con ellas y la gente vio a Mónica entrando del brazo de José y a Bez del brazo de su hermano, un revuelo de cotilleo empezó a correr por el salón, y todos decían lo mismo.

«Acaban de dejar a sus maridos y ya están a la caza de un nuevo esposo».

«Qué poca vergüenza, deberían estar llorando su pena en vez de salir a divertirse».

«Si sus maridos las han dejado, seguro que tienen la culpa. Pobres de los siguientes que caigan en sus redes».

Todos esos comentarios salían de boca en boca, eso sí, solo por parte de las mujeres, porque los hombres se abalanzaban uno tras otro para poder llegar a tiempo y escribir sus nombres en los carnés de las dos damas más hermosas de toda la fiesta.

—No puedo creer que estéis aquí —criticó Lucy poniendo cara de espanto y llevándose la mano a la boca—. Bueno, prima, en ti no es de extrañar porque ya ha pasado un mes de tu separación. Pero en ti, Mónica… Debería darte vergüenza. Hace apenas dos semanas que te separaste y ya andas como una perra en celo queriendo atrapar en tu telaraña a tu siguiente víctima.

—¡Lucy! No te voy a consentir… —empezó a decirle José, pero Mónica le hizo callar.

—Déjala, José. Aquí todos sabemos por qué tu prima me ataca. Nunca podrá recuperarse de que el estúpido de su novio la dejara por una cría. No necesito más que un simple «hola» para abandonar a su prometida y perseguirme por todos lados hasta que mi hermano le paró los pies.

—Tú lo hechizaste con esos ojos de bruja que tienes.

—¡Ya basta, Lucy! —bramó Edu.

—Edu, no te sulfures, no vale la pena. Además, creo que ya sé lo que te molesta —contraatacó Mónica a Lucy.

—¿El qué, si puede saberse?

—Tienes miedo de que embruje a todos los hombres que valgan la pena y que tú quedes en un segundo plano, como siempre te pasa.

—¡Uuuyyy! ¡Te odio, eres odiosa!

—No te preocupes, querida, el sentimiento es mutuo. ¿Vamos a bailar? —le preguntó a José con su sonrisa más encantadora—. Me aburre tanta cháchara.

—Será un placer, preciosa. —Cuando estaban bailando, le dijo —: ¡Guau! Has estado increíble. No había visto nunca a alguien quedarse tan estupefacta como a Lucy con lo que le has dicho.

—No digas eso, no me gusta hacer esas cosas. En el fondo, me da pena.

—Ella se lo ha buscado.

—Lo sé, siempre está tirándome de la lengua y siempre intento controlarme, pero esta noche no he podido evitar decirle todo lo que le he dicho. Últimamente, no estoy de humor.

—Espero que a mí no quieras castigarme, yo me porto muy bien. —A Mónica le dio la risa—. ¿Mónica?

—Qué.

—Podría tener alguna posibilidad contigo ahora que vuelves a estar disponible.

—José, por favor…

—No me contestes ahora, solo piénsalo. Además, estoy seguro de que podrías encontrar a alguien mucho más guapo que yo —ella volvió a reírse—, pero no encontrarás a alguien que te quiera más de lo que yo te quiero.

—Eso ya lo sé, tontorrón. Si pudiera enamorarme de ti sería la mujer más dichosa del mundo, porque tú serías el marido más maravilloso del mundo. El problema es que no creo que pueda enamorarme de ti, llevamos toda la vida juntos y te veo como a un hermano. No puedo hacerlo de otro modo.

—¿Y si me fuera lejos una temporada? —Ella lo miró extrañada —. Si estuviera… ¡no sé! unos seis años fuera, puede que dejaras de verme como a un hermano y te enamoraras de mí como les ha ocurrido a Bez y a Edu.

—¿Serías capaz de estar tantos años lejos de los tuyos, de tu hogar?

—Si con eso lograras enamorarte de mí, sí, lo haría.

Mónica le dio un beso en la mejilla.

—Eres adorable, ¿lo sabías? La mujer que consiga hacerte mirar para otro lado y poder conquistarte será inmensamente feliz a tu lado, y si intentas irte fuera y privarme de mi mejor amigo tantos años, te mataré. —A José le dio la risa.

—Está bien, tendré que quedarme.

—Más te vale.

***

La noche había sido un éxito. Tanto Mónica como Bez bailaron toda la noche con distintos hombres y muchos se habían quedado con las ganas, pero habían conseguido una reserva para el próximo baile. José estaba molesto, pero estaba acostumbrado a ser uno de los hombres más importantes en la vida de Mónica, el problema era que no le daba la importancia que él quería.

Edu estaba furioso, y cuando llegaron a la casa y la acompañó hasta su habitación, empezó a discutir con Bez a gritos, pero ahogados, para que nadie los oyera.

—¡No quiero que vuelvas a otro baile! ¡¿Me has entendido?!

—Pero Mónica me necesita.

—No me importa, que se busque otra dama de compañía.

—Pero es mi amiga y no puedo dejarla ahora.

—Sí puedes.

—¡No, no puedo y no pienso hacerlo!

—Bez, no quiero verte bailar con otros hombres.

—Pero por qué, si no hago nada malo. Solo es un baile.

Edu la apretó fuerte sobre su musculoso pecho y la miró muy serio.

—Porque eres mía y no quiero verte en brazos de otros hombres, ¿me has entendido? —Después de eso su beso no la dejó contestar, y mucho menos volver a protestar. Le hizo el amor con fuerza, con posesión, mientras le susurraba al oído—: Eres mía, Bez, y yo soy tuyo. —Cuando terminaron, la mantuvo abrazada y la besó, diciéndole—: Siento haberme enfadado, pero no quiero que vuelvas a esos bailes.

—¿Por qué? Solo es eso, un baile. No entiendo por qué te molesta tanto.

—Bez, soy hombre, sé a lo que van muchos hombres allí y lo que esperan de una chica que ha anulado su matrimonio. Todos pensarán que estás desesperada por encontrar marido y no quedarte a vestir santos, y solo por eso se creerán con derecho a propasarse contigo. Y te juro que, si alguno lo intenta, lo mataré. No me hagas pasar por eso, Bez.

Edu volvió a enfadarse al pensar que algún hombre pudiera propasarse con ella. Bez acarició su mejilla y lo besó, calmando su ira.

—Está bien, no volveré a ir. Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Papá y mamá se empeñan en que vaya y conozca a alguien. Dicen que no quieren que me quede solterona, y yo no sé qué decirles para que dejen de atosigarme.

—Vaya, no había pensado en eso. Está bien, si tienes que ir será conmigo, y si yo no voy, quiero que pongas una excusa y que no

vayas.

—Vale, tienes que marcharte, Edu.

—No, aún no. —Sus besos empezaron a nublarle la razón y Bez, nuevamente, se dejó llevar por la pasión.



XXXI

Los 20 Robles

Gabriel estaba en su despacho cuando Lara le trajo un mensaje.

—¿Esperan respuesta? —preguntó mientras lo abría.

—No, señor. El mensajero me lo entregó y se fue.

—Gracias, Lara.

Cuando comenzó a leer el mensaje, su furia empezó a crecer por momentos y, con cada palabra, crecía más y más.

Hola, usted no me conoce, pero creo que debería saber lo que hace su mujer. Bueno, su exmujer.

Como hombre que soy, a mí me gustaría estar informado de sus correrías, por si alguien me pregunta sobre el tema saber cómo defenderme. Desde que volvió a presentarse en sociedad es la dama más deseada de las fiestas, aunque eso ya se lo debe imaginar. Es una mujer muy hermosa y todos los hombres se matan por bailar con ella, y ella, por supuesto, coquetea con ellos descaradamente. Le encanta ser el centro de atención y cada noche regresa a casa con un hombre distinto.

Si le digo todas estas cosas, es para que se dé cuenta de la que se ha librado y que si tenía el más mínimo pensamiento de reconquistarla se lo vuelva a plantear. Esa mujer no vale la pena, debe ser la mujer más complaciente que conozco para que todos hagan cola por poder gozar de su compañía.

P.D: espero que toda esta información le sirva de algo.

Gabriel estrujó el papel entre sus manos y su rugido hizo temblar la plantación.

—¡¡¡Lara!!! ¡¡¡Lara!!!

La esclava se asomó por la puerta, asustada al oír a su amo, que parecía más ido que su padrino. Sus negros ojos estaban fijos en un solo punto y su rostro mostraba tal ira contenida que parecía que iba a explotar de un momento a otro. La pobre mujer se quedó parada y sin poder moverse ni hablar, pues no quería ser el blanco de tanta furia.

«Se acabó, Mónica, ya te he dado bastante tregua. Vas a volver conmigo quieras o no. No te voy a consentir que andes coqueteando con todo el que te dé la gana, eso se acabó».

Cuando volvió a mirar a Lara, la esclava tembló de pies a cabeza al ver su mirada tan oscura y fría como la boca de un pozo.

—¡Prepárame una maleta, marcho a la ciudad!

—¿Cuándo se va, señor?

—¡Ahora!

—¿Cuándo va a regresar?

—¡No lo sé! Además, va siendo hora de volver al cuartel.



XXXII

Cardoña

Como cada noche, Mónica apareció por el salón llamando la atención de todos los hombres. Cuando empezó a bajar las escaleras, todas las miradas masculinas se centraron en ella. Justamente esa noche estaba espectacular, pues su vestido malva se ceñía a su busto con un gran escote de pico. El pelo lo llevaba recogido con una diadema de diamantes tan llamativa como el collar que lucía en su cuello, que acababa en forma de pico casi a la altura de su impresionante canalillo y tan brillante que llamaba la atención en el único sitio donde Gabriel no quería que ningún hombre posara sus ojos.

Gabriel estaba de muy mal humor, pues verla después de tantos días y además tan hermosa lo sacaba de sus casillas. Sabía que esa noche tendría que soportar que todos los hombres quisieran bailar con ella y estaba completamente seguro de que con él no querría hacerlo. De lo que no estaba tan seguro era de no saltarle los dientes a alguno esa noche.

Cuando Mónica lo vio después de tantos días, el corazón se le paralizó. No llevaba uniforme, sino un pantalón negro con camisa blanca y una lazada al cuello negra. La levita gris marengo que lucía se ajustaba a su cuerpo como un guante, haciéndole parecer mucho más musculoso. Mónica no pudo dejar de recordar cada milímetro de su anatomía, ese cuerpo que había anhelado a su lado todas las noches, pues él la había acostumbrado a dormir entre sus brazos cuando la tuvo cautiva. El corazón de Mónica empezó a

descontrolarse, ya que él no apartaba su negra mirada de ella. Se acercó a José, tomó su brazo y le habló al oído, provocando que todo el cuerpo de Gabriel se tensara.

—José, por favor, no me dejes sola.

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

—Gabriel está aquí y no quiero hablar con él.

Cuando José lo miró y vio su expresión, se dio cuenta inmediatamente de que Gabriel había ido esa noche al baile para reclamar a Mónica, así que la cogió por la cintura y la acercó a él.

—No te preocupes, preciosa, no voy a separarme de ti en toda la noche.

Pero al llegar a los pies de la escalera José no pudo cumplir su promesa, pues los hombres ya hacían cola para que Mónica les dejara apuntar su nombre en el carné, excepto los que ya tenían prometido ese baile del anterior. Mónica dejó que todos lo anotasen y sonrió para molestar a Gabriel, algo que consiguió sin mucha dificultad, pues él estaba molesto desde que leyó el mensaje, pero verla coquetear en vivo y en directo lo enfurecía por segundos.

Mónica empezó a bailar con su primer pretendiente mientras sentía la mirada de Gabriel persiguiéndola por todo el salón. Gabriel tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ir y apartarla de los brazos de ese hombre, que estaba comiéndose con los ojos el busto de su mujer. De pronto, sintió una mano sobre su hombro y, al volverse, vio a Edu.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? —le preguntó muy serio—. Deberías marcharte.

—He venido a divertirme.

—No te creo, has venido por Mónica y será mejor que te vayas. Ella no quiere saber nada de ti. Si intentas molestarla, volverás a darle otro motivo al general para que te fusile. Lo extraño es que no lo haya hecho ya.

—Mira, Edu, somos amigos, pero no me digas lo que debo o no debo hacer. Mónica es mi mujer y he venido a poner orden. Por lo que me han comentado, anda un poco descontrolada.

—Poco no es la palabra correcta. Más bien creo que desea tanto borrarte de su vida, que está dispuesta a conocer a todos los hombres de la ciudad en un tiempo record para dar cuanto antes con el apropiado, y así poder casarse con él y empezar de nuevo.

—Estás equivocado, Mónica no está haciendo eso.

—¿A qué te refieres?

—Mónica está jugando a un juego muy peligroso.

—No te pongas tan misterioso y dime de qué juego hablas.

—Está dándome celos y lo ha conseguido.

—¡Ja! ¿Para qué querría ella darte celos? No seas tan engreído,

ella te odia.

—Ella no me odia, solo está muy enfadada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si me odiara, no le hubiera importado que su padre me matara. Sin embargo, ella fue capaz de suplicar por mí a su padre para que no lo hiciera, y también creo que no me ha fusilado ya por esa misma razón.

—Mira, Gabriel, tú y yo ya no sé si somos amigos o qué somos, porque después de tu traición hacia los Mendoza, que son como mi familia, ya no sé si puedo confiar en ti, pero te voy a dar un consejo. Puede que tengas razón y que Mónica no te odie, pero es muy orgullosa y nunca te va a perdonar lo que le has hecho.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? ¿Que crees que la odias por ser una Mendoza? ¿Que todo lo que le hiciste fue por una absurda venganza de tu supuesto padre? Padre que nunca te ha reconocido ni ha querido que la gente supiera de tu existencia porque seguro que se avergüenza de ti, y que te ha amaestrado vete tú a saber durante cuántos años para que te vengues por él de Jorge Mendoza por algo que ocurrió hace más de veinte años. ¿No crees que todo este asunto es un poco absurdo? Ni tú ni Mónica tenéis nada que ver en toda esta locura. Tu padre te ha envenenado para que lastimes a la única persona que en realidad te ha importado, y no me lo puedes negar, porque si no fuera así, no estarías aquí muriéndote de celos por todos esos hombres que están rondando alrededor de Mónica.

—No voy a negártelo. No odio a Mónica, nunca lo he hecho y nunca la he lastimado, de eso que no te quepa la menor duda.

—No se necesita pegar a alguien para lastimarla. Tú le has roto el corazón y eso es algo difícil de recomponer, además de que casi es imposible olvidar ese dolor y poder perdonarlo. Por eso te pido, como amigo, que dejes en paz a Mónica y que no le hagas más daño. Ella no va a perdonarte y si intentas acercarte a ella, empezaran de nuevo los problemas con su padre y Mónica volverá a sufrir.

—Mira, Edu, tuve mis razones para hacer lo que hice, y te puedo asegurar que yo quedé tan destrozado como ella cuando la perdí. Pero si tuviera que volver a hacerlo, lo haría, porque es una promesa que no puedo eludir y que aún no he cumplido.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué promesa? ¿Y a quién se la hiciste?

—No puedo hablar de ello, eso también es una promesa.

—Está bien, si no quieres hablar me iré, pero eso sí: no te vuelvas loco queriendo matar a todos esos muchachos que rondan a Mónica, no creo que su reputación pueda soportar un escándalo

más. Ahora te dejo, voy a ver si con un poco de suerte puedo bailar con Bez.

—No te preocupes, no voy a matar a nadie. Si Mónica quiere jugar, jugaremos.

—¿A qué te refieres?

—Voy a comprobar si de verdad le soy tan indiferente como quiere hacerme creer y le voy a dar a probar su propia medicina.

—Mejor no quiero saberlo, porque una de dos: u os arregláis o acabaréis matándoos el uno al otro. Solo puedo desearos suerte. —De pronto, una voz detrás de ellos llamó su atención.

—Hola, primo. Hola, capitán Torres. —Los dos hombres hicieron una pequeña reverencia y besaron su mano.

—Hola, Lucy. Discúlpame, pero tengo que irme. —Edu se marchó dejándolos solos.

—Lucy, es un placer volver a verla.

—El placer es mío. capitán Torres. Me parece que ya no es necesario fingir que no nos conocemos, ¿verdad?

—Esa fase está superada, señorita.

—Llámame Lucy, por favor, y tutéame. ¿Crees que podríamos bailar? Sé que te pareceré atrevida, capitán, pero desde que te conozco, he deseado poder bailar una pieza contigo.

—Para mí será todo un honor bailar contigo, Lucy. —Gabriel le dedicó su mejor sonrisa.

«¡Dios mío! ¿Cómo puede esa estúpida dejar escapar a un hombre como este? Si yo fuera ella, mataría por él. Pero mejor para mí, este es mi momento y no voy a desperdiciarlo. Este hombre será mío, aunque tenga que quedar embarazada y forzarle a ser mi esposo. Ahora es libre y puedo conquistarlo, y de paso le demostraré a Mónica que puedo ser mejor que ella».

«Esta muchachita es el colmo del descaro, pero no me viene mal. Entre ella y Mónica hay una gran rivalidad y es perfecta para lograr que Mónica vuelva a mí. Así que tendré que armarme de valor y aguantar a esta pesada para lograr mi objetivo».

Mientras se acercaban a la pista de baile, se tropezaron con Mónica y su acompañante, que también se dirigían a bailar, y Lucy decidió aprovechar el momento para molestar a Mónica.

—Hola, querida. ¿No saludas al capitán? Espero que no te moleste que Gabriel y yo intentemos mantener una relación, puesto que lo vuestro se acabó.

Cada palabra que salía de su boca estaba cargada de veneno y su única finalidad era herir a Mónica.

Gabriel no decía nada, solo miraba a Mónica y examinaba su reacción, pero ella intentó calmarse para no dejar ver sus emociones y habló con toda la frialdad de la que fue capaz.

—¿De verdad crees que me molesta verte con él? Hay algo que me diferencia de ti, querida, y es que yo sé pasar página. Él no me importa en absoluto. Puedes quedártelo, es todo tuyo.

Gabriel le contestó igual de frío y controlado para que nadie se diera cuenta de lo mucho que le molestaba su comentario.

—Perdóneme, señorita, pero ¿alguna vez hemos tenido algo usted y yo? Porque de ser así, tuvo que ser muy insignificante, ya que no lo recuerdo.

La risa de Lucy inundó el momento.

—¡Vaya, querida! Parece que no eres capaz de embrujar a todos los hombres, y gracias a Dios no al mejor de todos. Ahora, si nos disculpan, queremos bailar. ¿Verdad, Gabriel?

—Por supuesto, lo estoy deseando, querida. Discúlpenos.

Entre los dos había estallado una guerra y ninguno quería rendirse. Lo peor era que estaban tan ciegos que no se daban cuenta de que Lucy era el enemigo que alimentaba el odio entre los dos bandos, pero lo que menos esperaba esta era que pudiera salirle el tiro por la culata.

—Tienes un pelo muy bonito, capitán. —Mientras le decía eso le acarició el cabello que caía por su cara, colocándoselo hacia atrás —. ¿Y cómo consigues tener esa barba tan bonita? Es algo que siempre me ha llamado la atención en ti, desde el primer día que te conocí. —Su mano acarició su mejilla. Intentaba seducirlo descaradamente y él lo sabía, pues cada vez se acercaba más a él y se volvía más empalagosa—. No es larga, esas suelen ser desagradables, ni corta, esas suelen raspar. Es increíblemente suave y dan ganas de tocarla y de besarla. ¡Oh! Discúlpame, qué vergüenza. No sé lo que me ha pasado.

A Gabriel le hacía gracia ver cómo esa muchacha intentaba parecer inocente, pero por más que se esforzara, no daba esa impresión. Más bien parecía una serpiente venenosa que pretendía hechizarlo con esa lengua viperina.

—No te apures, no seré yo el que te critique por ser impulsiva. Me gusta eso en una mujer, y tú eres una mujer muy hermosa. —Al decir eso, rozó su mejilla con los nudillos en una caricia, derritiéndola en sus brazos.

Mónica estaba bailando con su acompañante, pero no podía evitar observar a Gabriel bailando con Lucy. Detestaba a esa mujer y detestaba aún más verla en los brazos de Gabriel.

«¿A qué ha venido ese estúpido? ¿Y por qué está bailando con esa? Juro que como sigan fastidiándome, voy a matarlos. Será descarada, cómo se atreve a tocarlo de esa manera. ¡Oh, Dios! No los soporto. Por favor, que se vayan, no quiero verlos… ¡Oh, no, no, que no se vayan! No soportaría ver que se van juntos. Mónica,

contrólate, no seas necia. ¿Qué te importa lo que hagan esos dos?». Pero cuando vio a Gabriel devolverle la caricia, Mónica creyó desfallecer. «¿Qué está haciendo? ¿De verdad puede gustarle esa arpía? Pero, si no es así, ¿por qué baila con ella? ¿Por qué la acaricia? ¿Por qué la mira como me miraba a mí? ¿Y por qué cuando se ha acercado a mí, ha sido tan cruel? ¡Oh, Dios mío! No puedo soportarlo». De repente sintió unas náuseas muy fuertes y un dolor en la boca del estómago.

—Lo siento, pero necesito ir al baño.

Salió disparada al aseo y cuando llegó allí vomitó toda la cena, después de eso se acercó al tocador y se miró en el espejo.

«¿Qué te importa lo que haga ese estúpido ni con quién esté? Eres libre, ya no le perteneces, así que recomponte, sal de aquí y demuéstrale lo poco que te importa».

Se miró unos segundos al espejo y decidió arreglarse un poco.

Cuando Mónica salió del baño, su siguiente acompañante de baile se acercó a ella admirando el busto de Mónica, embobado.

—Vaya, Mónica, debería entrar más veces al baño ya que sale usted renovada y mucho más hermosa que cuando entró, si eso es posible.

Mónica soltó una carcajada exagerada, se acercó a él y coqueteando, le habló al oído.

—Le contaré un secreto. No me di cuenta de que el vestido no estaba en su sitio hasta que entré al baño y me miré en el espejo.

Ese comentario con un fingido tono inocente y con esa coquetería descarada hizo reír a su acompañante. Este se tomó la libertad de cogerla por la cintura y acercarla a él para hablarle al oído.

—Pues me alegra que te hayas dado cuenta del error justo cuando me tocaba el baile a mí. Es muy placentero poder admirar algo tan bonito y tan de cerca.

Mónica volvió a reír intentando poder seguir con esa farsa que tanto la incomodaba y desagradaba, pues ese hombre miraba sus pechos con lujuria y cada vez la acercaba más a su cuerpo.

***

Cuando Gabriel la vio salir del baño maldijo a todos los dioses, y cuando vio cómo ese hombre la miraba devorándola con los ojos, un deseo asesino se apoderó de él. Aunque no podía culparlo, Mónica había salido del baño solo con un propósito: provocar a

todos y cada uno de los hombres que ocupaban el salón esa noche. Sus tirantes ya no reposaban en sus hombros, si no que colgaban con gracia y picardía por ellos. Su escote había descendido varios centímetros más y sus pechos parecía haber aumentado una talla más de lo ya bien provistos que estaban. Todos esos detalles hacían que Mónica fuera toda una provocación, porque rebosaba sensualidad y belleza por todos lados.

«Creo que voy a matar a esa mujer. ¿Cómo se atreve a salir así? ¿No se da cuenta de lo que está provocando? Si ese hombre sigue mirando sus pechos, voy a matarle. ¿Por qué se ríe de esa manera y por qué le habla al oído? Mónica, estás acabando con mi paciencia. ¡Maldito estúpido! Aparta tu maldita boca de esa oreja, ¡es mía! ¡Bueno, basta! Se acabó el juego, hasta aquí hemos llegado, Mónica».

Cuando volvió a ver a ese hombre devorar los pechos de Mónica con los ojos y apretarla más contra su pecho, algo se rompió dentro de él y, sin poder soportarlo más, abandonó a Lucy en el centro de la pista de baile. Con paso firme y desabrochándose la chaqueta, se dirigió hacia ella con cara de querer matar a alguien y asesinándola con la mirada, provocando un escalofrío en Mónica.

«¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué he hecho?! Creo que me he pasado, parece capaz de asesinarme. ¿Y por qué se está desabrochando la chaqueta? ¿No pensará taparme con ella? ¡Oh, no! Si lo hace voy a morirme de vergüenza, será lo más bochornoso que jamás me haya pasado».

Cuando Gabriel llegó a su lado, la cogió del brazo, la apartó de su acompañante, le puso la chaqueta por los hombros y le cerró todos los botones dejándole los brazos inmovilizados dentro.

—Gabriel. Gabriel, para. No hagas esto —protestó Mónica.

—Cómo te atreves… —protestó su acompañante, cogiendo a Gabriel del brazo.

Pero fue lo último que salió de su boca, pues cayó al suelo por el puñetazo que Gabriel le soltó en toda la boca para hacerle callar.

—No vuelvas a acercarte a mi mujer, porque a la próxima no seré tan indulgente —amenazó Gabriel.

Con esas últimas palabras, la cogió por la cintura y la obligó a caminar a su lado.

—¡Suéltame, ya no soy tu mujer! —le gritó mientras intentaba alejarse de él sin conseguirlo.

—¡Gabriel, suéltala ahora mismo!

José se plantó delante de él y Gabriel, sin ningún esfuerzo, le dio un puñetazo dejándolo también fuera de combate.

—¡¿Alguno más quiere interponerse entre mi mujer y yo?! —chilló muy enfadado, amenazando a todos en el salón.

Su furia era inmensa y todos se apartaron, dejándolos pasar. Todos, menos Edu, que fue el único capaz de plantarle cara.

—¿También vas a golpearme a mí? Porque no voy a dejar que te la lleves.

—Edu, quítate de en medio.

—No.

—No me obligues a hacerte daño —le pidió Gabriel intentando tranquilizarse, pues no deseaba golpear a su amigo.

—Por favor, Gabriel, para esta locura —le suplicó Mónica asustada al verlo tan enfurecido.

—Necesito hablar contigo y hasta que lo consiga, no voy a parar. ¿Quieres que siga repartiendo puñetazos o vas a venir conmigo?

—Está bien, hablaremos —claudicó, preocupada por Edu—. Edu, déjanos pasar, estaré bien.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. —Edu se apartó—. Estaré aquí, ¿vale?

—Vale.

Gabriel la llevó hasta un gran balcón y, después de comprobar que no había nadie, cerró la puerta tras él. Mónica lo miró con esa cara de estar muy enfadada que él tanto había anhelado y no pudo evitar sonreír.

—¡No se te ocurra reírte de mí porque juro por Dios que te mataré!

—¿Por qué crees que me rio de ti?

—Porque veo tu cara. Porque debo estar ridícula con esta chaqueta. Y quítamela ahora mismo, quiero mover los brazos.

—Pues yo prefiero que no lo hagas.

—Gabriel, si no me quitas ahora mismo esta chaqueta, te morderé la yugular. —Ese comentario le hizo reír—. Y te repito que no te rías de mí.

Tenerla tan cerca, tan enfadada, tan rebelde, tan hermosa, era algo que lo volvía loco. Toda la furia había desaparecido y, sin poder evitarlo, se fue acercando a ella, la tomó por la cintura y la arrastró hacia él.

—Eres tan hermosa, Mónica. Te he echado tanto de menos. —El negro de sus ojos ardía por la cercanía de su cuerpo y la hacía temblar.

—Gabriel, no hagas eso. Por favor, suéltame. No, para…

Pero Gabriel no la dejó continuar. Sus brazos la aprisionaron con fuerza, mientras su boca la devoraba salvajemente y Mónica no pudo evitar responder a ese beso con la misma voracidad con la que él la atacaba. Gabriel desabrochó los botones de su chaqueta y la dejo caer al suelo, necesitaba sentir su piel entre sus dedos, así que subió las manos por sus brazos lentamente y los acarició con

suavidad hasta llegar a sus hombros, estremeciéndola por el contacto.

Le encantaba esa sensación, sentir a Mónica así era el mejor de los placeres y todos esos días sin ella lo estaban descontrolando. La acercó hasta la barandilla del balcón, donde la aprisionó contra su cuerpo, y sus manos empezaron a subirle las faldas mientras su boca bajaba hasta sus pechos, que había liberado bajando un poco más su escote. Mónica se agarraba a su pelo y gemía de placer hasta que sintió cómo la penetraba con los dedos lentamente. Entonces, un escalofrío la hizo reaccionar e intentó alejarse de él.

—¡Para, para! Gabriel, por favor. —Él la apretó más fuerte para que no se moviera.

—No puedo, Mónica. No quiero.

—¿Vas a forzarme a estas alturas? —Al oírla, se quedó paralizado y Mónica le dio una bofetada que le volvió la cara del revés. Mientras se arreglaba la ropa, le gritó—: ¡¿Esto es para ti hablar?! ¡Te encanta humillarme, ¿verdad?! ¡Comprobar que aún puedes seducirme a tu antojo! ¡Nunca más, ¿me oyes?! ¡No vuelvas a tocarme nunca más!

—Mónica, por favor, no era mi intención. Es que cuando te tengo tan cerca no puedo controlarme, te echo de menos.

—No, no más mentiras. Tú lo dejaste bien claro cuando me repudiaste: me detestas por ser una Mendoza y no me soportas. Lo único que te mueve a besarme esta noche es el orgullo y hacerte el machito delante de todos para que los hombres dejen de cortejarme y así convertirme en una solterona. ¿Tanto me odias?

—Mónica, yo…

—No, no quiero escucharte, y te prometo una cosa: antes de que termine la temporada, voy a estar casada con un hombre. Un hombre bueno, civil, cariñoso, que me quiera y que me haga olvidarte. Y te puedo asegurar que siempre cumplo mis promesas. Jamás podré olvidar y perdonar todo lo que me hiciste y dijiste, eso lo tengo grabado a fuego en mi corazón, un corazón que te has encargado de destruir. Solo espero que tu padrino o tu padre, eso es algo que me importa bien poco, esté orgulloso de ti, pues lo hiciste muy bien. Te felicito, tu venganza fue muy cruel. Ahora, si me disculpas.

—¡Aún no hemos terminado! —Su grito la hizo detenerse en seco.

Estaba tan furioso por todo lo que acababa de decirle, tan dolido al comprobar que todo estaba roto entre ellos. Mónica nunca podría olvidar todas las barbaridades que él dijo cuando la repudió y él nunca podría perdonarse, ya que gracias a eso había perdido lo único bueno que había tenido en su miserable vida.

—Yo ya he terminado. Ahora, si tú tienes algo que decirme, por favor, sé breve: quiero irme a casa.

—¿Estás embarazada? —le preguntó muy serio, dejándola sin aliento.

Mónica deseaba marcharse, no quería hablar de eso con él. Pero con un último esfuerzo lo hizo y fue tan fría como él.

—Gracias a Dios, no. Eso debería alegrarte ya que, como tú dijiste, entre una Mendoza y un Robles nada bueno puede engendrarse. Pero Dios es generoso y hace una semana tuve eso tan desagradable que tenemos las mujeres cuando *no* estamos embarazadas, y no sabes cómo me alegré. Porque te juro que, si por desgracia hubiera quedado embarazada de esa unión a la cual me forzaste, hubiera dejado que me atropellara un caballo desbocado y así poder perderlo, ya que preferiría mil veces un aborto que engendrar un Robles contigo.

—¡Ya basta, Mónica! ¿Por qué eres tan cruel?

—Porque tuve un buen maestro, ahora somos dos los que no tenemos sentimientos y todo te lo debo a ti. ¿Puedo marcharme ya o prefieres que siga siendo cruel? —preguntó con toda la frialdad e ironía del mundo.

—¡Lárgate! —le gritó destrozado.

Parecía que hubieran cambiado los papeles, ahora era ella la que decía cosas hirientes para castigarlo y él quien se quedaba sin palabras y con un dolor en el corazón insoportable.



XXXIII

Cardoña

Habían pasado dos semanas y Mónica no había vuelto a presentarse a un baile, pues no quería volver a ver a Gabriel. Sus padres habían puesto el grito en el cielo tras escuchar los rumores que corrieron al día siguiente y su padre sentía ganas nuevamente de asesinar a Gabriel.

Mónica estaba desesperada. Después de aquel encuentro y de la pregunta que él le hizo, se dio cuenta de que sí estaba embarazada, pues desde su boda no había vuelto a tener el periodo, y de eso hacía ya casi dos meses. Enfrentarse a esa realidad la llenó de miedos. Miedo a lo que sus padres dijeran al saber que llevaba en su vientre al hijo del bastardo de Arturo Robles, miedo a la reacción de Gabriel cuando se enterara y miedo, más bien terror, a su propia reacción, pues lo único que deseaba era que ese bebé no llegara a nacer, porque no estaba segura de poder quererlo.

Todas las noches acababa llorando y quedándose dormida por el cansancio que le provocaba el llanto.

Esa semana, sus padres la obligaron a acudir a la fiesta que celebraba el coronel Aguirre por su jubilación. Todos los militares asistirían, por eso Mónica no quería ir, porque no quería volver a ver a Gabriel. Pero no tuvo elección. Así que, como en muchas otras ocasiones, Mónica y Bez estaban en su habitación arreglándose para la fiesta. Antes de que Estela se casara también las acompañaba, pero ahora solo se reunían ellas dos.

—¡Odio cuando mis padres me obligan a hacer algo!

Mónica estaba furiosa por asistir a ese baile, había oído decir a

las malas lenguas que Gabriel pretendía formalmente a Lucy y eso era algo que no quería ver con sus propios ojos.

—Mónica, no seas injusta. Sabes que no puedes faltar a esa fiesta, no culpes a tus padres.

—Tienes razón, pero no quiero ver a Gabriel cortejando a Lucy. No creo que pueda soportarlo.

—Pues tendrás que hacerlo por tu familia. Si aún sientes algo por él, ¿por qué no te reconcilias?

—¿Te has vuelto loca? Mis padres se morirían. Mi padre lo mataría antes de que volviera a poner un pie en nuestra casa. Además, es el hijo de Arturo Robles y me odia.

—¿Cómo puedes decir eso después de la que montó en el baile? Un hombre solo reacciona así por celos, y los hombres solo celan a la mujer que aman.

—Él no me ama, solo quiso demostrar que aún ejercía poder sobre mí. Bez, tengo que confesarte una cosa, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

—Parece mentira que me digas eso. Yo nunca traicionaría tu confianza en mí, igual que tú no lo harías conmigo.

—Lo sé, discúlpame, pero es que es algo muy delicado y de momento no quiero que nadie lo sepa.

—Está bien, ¿qué es? Sabes que puedes confiar en mí.

—Estoy embarazada.

—¡No puedo creerlo!

—¿Por qué?

—Porque yo también estoy embarazada y tampoco quiero que nadie lo sepa aún.

—¡Dios mío, Bez! ¿Sabes lo que dicen de esos embarazos?

—Sí, lo sé. Y estoy aterrada, por eso no quiero que nadie lo sepa. Rezo todas las noches para que este embarazo no siga adelante, aunque sé que es pecado y que estoy condenada a pasarme la eternidad en el infierno. Primero, por este amor prohibido, segundo, por este embarazo, y tercero, por desear que mi hijo no nazca. Soy un monstruo, ¿verdad? —Bez se echó a llorar y Mónica la abrazó con fuerza.

—¡Ssshhh! No digas eso, eres la persona más dulce, buena y maravillosa que conozco. Y te digo una cosa, lo que te está pasando no es justo. Quién iba a decir que las dos estaríamos embarazadas al mismo tiempo. Bueno, las dos no, las tres.

—¿Qué? —preguntó Bez sorprendida.

—Estela también está embarazada, dentro de poco lo harán público. Ella por lo menos está felizmente embarazada, no ha corrido la misma suerte que nosotras.

—Mónica, ¿por qué no quieres que nazca tu bebé? Mi caso es

distinto, siempre se ha dicho que un bebé engendrado por hermanos es un pecado, y por eso nacen deformes o mal de la cabeza. Pero tú… Yo daría lo que fuera por estar en tu situación.

—¿Cómo crees que mis padres reaccionarán cuando les diga que van a ser abuelos de un Robles? Tampoco sé lo que hará Gabriel cuando lo sepa y yo no sé qué sentiré por este bebé. De momento, lo único que deseo es no estar embarazada, y hasta que no haya más remedio, no pienso decirlo.

—Entonces, estamos las dos en la misma situación.

—¿Qué crees que hará Edu cuando se entere? —preguntó Mónica inquieta.

—Eso es lo que me da miedo. Siempre está diciéndome que nos vayamos lejos y sé que cuando lo sepa no lo dirá, lo hará, y mis padres se morirán del disgusto.

—Estamos apañadas las dos.

—Sí, estamos apañadísimas.



XXXIV

Cardoña

La fiesta era en el cuartel y casi todo el mundo había llegado. Mónica estaba muy nerviosa, aún no estaba preparada para ver a Gabriel después de su último encuentro tan desastroso, pero tan apasionado, y no podía dejar de pensar en el rumor que corría respecto al compromiso de Gabriel con Lucy. Esa mujer era odiosa y estaba completamente segura de que si estaba con Gabriel solo era para fastidiarla a ella.

Mónica estaba hablando con José cuando lo vio aparecer. De su brazo, cómo no, estaba colgada Lucy con un aspecto fabuloso, se la veía feliz y radiante. De pronto, el semblante de Mónica palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas al darse cuenta de que los rumores eran ciertos, Gabriel iba a casarse con esa arpía y ya nunca más volvería a estar con él. Sus hormonas de embarazada la estaban volviendo loca, pues tan pronto lo añoraba desesperadamente, como lo odiaba a muerte.

—Mónica… Mónica, ¿qué te pasa? —Cuando José miró en la misma dirección que Mónica, se dio cuenta de por qué se había quedado blanca, sin respiración y con los ojos inundados en lágrimas—. Por favor, debes superarlo. Ven, no le demos el gusto de verte llorar. —José la llevó hasta la pista de baile y Mónica rompió a llorar en sus brazos. Entonces, José le susurró al oído—: Haría lo que fuera por quitarte esa pena, lo que fuera por verte sonreír, lo

que fuera porque olvidaras a ese hombre. Él no te merece, Mónica, no se merece tus lágrimas. —Mónica intentó recomponerse al oírle decir todas esas cosas tan hermosas.

—Gracias, José, gracias por evitar que él me viera llorar. Pero ya pasó, estoy bien. Solo necesito ir al baño. —Mónica volvía a sentir náuseas y se dirigió rápidamente al aseo.

Cuando Lucy la vio corriendo hacia los lavabos, una idea le cruzó la mente. Fue en busca de su amiga Amanda y le pidió que la acompañara al baño. Entraron hablando y Mónica, que aún estaba en uno de los aseos, se quedó paralizada al escuchar la conversación.

—Gabriel es un hombre maravilloso y estoy deseando ser su esposa. Me ha dicho que en cuanto reciba los papeles de la anulación podremos casarnos, porque después de la otra noche, y la otra, y la otra, tiene miedo a que esté embarazada y que todo el mundo hable mal de mí. Por eso quiere casarse cuanto antes. También me ha dicho que soy la única mujer que le hace vibrar en el lecho y que ya no quiere volver a estar con otra que no sea yo, que su lecho está vacío sin mí. ¿No crees que es un hombre romántico y maravilloso? Dios, me tiene loca y soy capaz de cualquier cosa por él.

—¡Por Dios, Lucy! ¿Te has entregado a Gabriel? ¿Te has vuelto loca? Aún es el marido de Mónica.

—Por poco tiempo. En cuanto lleguen los papeles de la anulación, será mi marido. Y sí, me he entregado a él, es que es un hombre tan sumamente apasionado que es imposible resistirse a sus encantos. Y no se te ocurra abrir la boca, ¿me has oído? Esto, de momento, es un secreto.

—Tranquila, no voy a decir nada, pero no quiero ni pensar si se enteran tus padres.

—¡Ah! Mis padres me tienen sin cuidado, lo único que deseo es estar con Gabriel. Será mejor que nos vayamos, seguro que anda buscándome. No le gusta que lo deje solo demasiado tiempo, es muy celoso y posesivo.

Cuando se fueron, Mónica ya no pudo resistirlo más y se echó a llorar. Después de lo que había escuchado, solo deseaba una cosa: morir. No podía creer que ella hubiera significado tan poco para él y que ya estuviera enamorado de otra, y más de esa arpía.

«¿Cómo eres tan estúpida? Él nunca estuvo enamorado de ti, solo fuiste una distracción que le permitía vengarse de tu padre. Eso es lo único que has sido para él. Así que haz un esfuerzo, recomponte y nunca le demuestres lo mucho que te duele su próximo enlace».

Cuando salió del cuarto de baño, vio a Bez hablando con dos militares y su amiga le hizo señas para que se acercara. Al aproximarse, Mónica reconoció al soldado, era el mismo que Gabriel había golpeado en el baile.

—Es un placer volver a verla, Mónica.

—El placer es mío, teniente. Quisiera pedirle disculpas por lo que pasó el otro día, fue muy…

—Por favor, Mónica, usted no debe disculparse. Usted no me golpeó, ¿verdad? —Ese comentario hizo sonreír a Mónica—. ¿Conoce a mi primo?

—No, no tengo ese honor.

Después de las presentaciones, el acompañante de Mónica les propuso salir al jardín los cuatro juntos, pero Bez se negó.

—No, muchas gracias, teniente. No creo que sea una buena idea.

—Vamos, Bez, será un agradable paseo. Además, si vamos los cuatro juntos, la gente no murmurará —le dijo su acompañante.

Y Mónica, como deseaba salir de ese lugar para no ver a Gabriel, la terminó de convencer.

—Sí, acompañemos a los tenientes. Necesito un poco de aire fresco.

—Mónica, yo…

—Anda, no seas tonta. Si vamos los cuatro juntos, nuestra reputación está a salvo —bromeó Mónica—. ¿Verdad, tenientes?

—Por supuesto, señoritas. —Los dos ofrecieron sus brazos a las damas y ellas lo aceptaron.

Cuando llegaron al jardín, los tenientes las llevaron hacia los barracones. Los dos iban hablando y contándoles anécdotas divertidas de cosas que les habían pasado en las guardias y de las


bromas que les hacían a los novatos. Al llegar a las puertas de los barracones, los dos se detuvieron.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos paramos aquí? —preguntó Mónica.

—Hemos llegado —informó uno de ellos.

—¿A dónde hemos llegado? —se extrañó Bez.

—Al lugar perfecto para divertirnos —añadió el otro. Y cogiéndolas por la cintura, las metieron dentro de los barracones y cerraron la puerta.

—¡¿Os habéis vuelto locos?! ¡Dejadnos salir ahora mismo!

—Vamos, no os hagáis las puritanas ahora. Sabemos lo mucho que os gusta coquetear con todos los hombres en los bailes, sobre todo a ti, Mónica. Seguro que lo pasaste muy bien el otro día en el balcón con tu ex, ya que tardasteis mucho rato en volver. Ahora me debes una, porque gracias a ti, Gabriel me fracturó la nariz.

—No se te ocurra tocarme o volverás a tener problemas.

—Bah, no creo que a Gabriel le importes demasiado. Va a casarse con otra.

—¡A él puede que no, pero nuestros padres os matarán! —gritó Bez.

—¿Por qué? Solo tenemos que decir que vosotras os empeñasteis en venir y que queríais divertiros, pero que después os arrepentisteis y nos amenazasteis con decirlo todo para salvaguardar vuestra reputación.

—¡Sois unos cerdos y nadie os va a creer! —chilló Mónica.

—¿Por qué no? Vuestra reputación no está en muy alta estima últimamente, a las dos os han repudiado vuestros maridos y las excusas son poco creíbles. Pero eso no me importa, estoy harto de cháchara. Ven aquí, preciosa, vamos a divertirnos un ratito.

Abalanzándose sobre Mónica, la cogió en sus brazos y la echó encima de una cama mientras ella se retorcía y pataleaba para soltarse.

—¡Nuestros padres no van a creer que nos hemos entregado a vosotros y que después de eso os amenazamos para preservar

nuestra reputación! —gritó Bez intentando que entraran en razón.

—Entonces será vuestra palabra contra la nuestra y nadie os ha oído gritar mientras veníais hacia aquí, sino todo lo contrario. Vuestras risas eran muy placenteras y nos acompañabais muy gustosas. —El otro soldado tiró a Bez encima de otra de las camas y se le echó encima.



XXXV

Cardoña

Edu por fin se había librado de uno de los tenientes, que no dejaba de hablarle de tonterías. Cuando volvió al salón de baile buscó a Bez, pero no la encontró por ningún sitio. Eso empezó a preocuparle, pues ella le había prometido que no se alejaría de la gente, y por más que la buscaba, no lograba dar con ella. De pronto, vio a Gabriel y se acercó a él.

—¿Has vuelto a tener algún altercado con Mónica?

—No, ni siquiera la he visto en toda la noche. Estoy intentando evitar a los Mendoza, no quiero problemas con el general. ¿Por qué?

—No encuentro a Bez por ningún sitio y tampoco veo a Mónica. Cuando te he visto, he pensado que podríais haber peleado y que tal vez estuvieran en el cuarto de baño, Mónica llorando y Bez consolándola. Ya sabes.

—Muy bonito, ¿eso es lo que crees? ¿Que me dedico a hacer llorar a Mónica?

—Últimamente sí. Bueno, no importa. Estela está ahí, le diré que mire en los baños a ver si están. Adiós.

—¿Adiós? ¿Crees que voy a estar tranquilo después de lo que me has dicho? Vayamos a ver si están ahí, y si no, te ayudaré a buscarlas.

—No es necesario…

—Sí es necesario, quiero saber qué está pasando con Mónica y asegurarme de que está bien.

—Está bien, vayamos.

Cuando le contaron a Estela sus sospechas, esta entró al baño, pero inmediatamente salió para decirles que no se encontraban allí.

—Vayamos al jardín, puede que estén fuera.

Al salir empezaron a buscarlas, pero tampoco las vieron por ningún sitio y, cuando vieron acercarse a uno de sus compañeros con su prometida, Gabriel se acercó a ellos.

—¿Has visto a mi mujer y a la hermana de Edu?

—Sí.

—¡¿Dónde?! —gritaron los dos a la vez.

—Iban paseando con los primos Martínez hacia los barracones.

Cuando Gabriel y Edu escucharon eso nombres salieron disparados hacia los barracones. Conocían la reputación de esos dos. Les gustaba pasarse con todas las muchachas, y más de una vez se había corrido el rumor de que entre los dos habían forzado a más de una mujer.

—¡Te juro que voy a matarlos! —gritó Edu.

—¡Después de mí, porque yo los mataré primero!

Mientras se acercaban, pudieron oír gritos en uno de los barracones. Tiraron las puertas abajo, porque estaban cerradas con pestillo, y al ver la escena, la furia tan grande que los invadió los hizo gritar como energúmenos.

Tanto Mónica como Bez estaban gritando y forcejeando para que las soltaran, y los dos primos intentaban apresar sus bocas para poder besarlas, al tiempo que trataban de subir sus faldas y despojarlas de los pololos. Inmediatamente, los gritos de ellas cesaron al oír unos bramidos.

—¡¡¡Os vamos a matar!!!

Al oír tal amenaza, los dos se levantaron y se alejaron de las muchachas. Mónica acudió en busca de Bez y la abrazó con fuerza.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? —preguntó preocupada.

—No, no, estoy bien. Y a ti, ¿te hizo algo?

Mónica negó con la cabeza y las dos se pusieron a llorar abrazadas.

—¡Vas a arrepentirte de lo que acabas de hacer, maldito bastardo! —Edu se abalanzó sobre el que había estado encima de Bez y lo sacó fuera de un puñetazo.

—¡Ellas querían venir, ellas nos sedujeron! —gritó el otro intentando defenderse del ataque de Gabriel.

—¡Por eso gritaban y pataleaban, ¿verdad?! ¡Siempre supe que erais basura, pero ahora vais a pasar a mejor vida!

Gabriel sacó también al otro con dos puñetazos del barracón.

Después de eso, Mónica y Bez solo pudieron oír golpes y gritos de dolor que provenían de los Martínez, hasta que de repente se hizo el silencio. Las dos estaban asustadas y no sabían qué hacer.

Diez minutos después, la puerta se abrió y Bez se abrazó a Mónica con más fuerza.

Cuando vieron aparecer a Edu y a Gabriel, las dos se levantaron sin decir nada, corrieron hacia ellos y se abrazaron a sus cinturas. Necesitaban sentirse protegidas y la única manera de lograrlo era sintiendo el abrazo de ellos. Un abrazo fuerte, apretado, reconfortante, y eso justamente fue lo que recibieron cada una.

—¿Estás bien? —le susurró Edu a Bez en el oído, como siempre que lloraba entre sus brazos.

—Sí, gra-gracias a ti. Lo-lo siento, perdóname, tenías razón.

—Ssshhh. ¿Por qué dices eso?

—Ellos creían tener derecho sobre nosotras simplemente por acudir a los bailes. Solo por eso pensaban…

—Basta, no pienses más en eso. Estás bien y es lo único que importa. —Después de eso, le dio un beso.

—Eres mi caballero andante, siempre andas protegiéndome y salvándome de los monstruos.

—Porque te amo y mataría por ti, mi vida.

—Ya lo hiciste una vez, ¿o son dos? ¿No habrás…?

—No, están encerrados, pero ganas no nos han faltado. Mañana los denunciaremos para que no vuelvan a hacerlo. No es la primera vez que los acusan de algo así. Pero ahora regresemos a la fiesta, no podemos estropearle la celebración al coronel.

Cuando se volvieron vieron a Gabriel y a Mónica fundidos en un profundo beso y un gran abrazo. Edu tocó el hombro de Gabriel.

***

—¡Quería matar a ese hombre cuando lo he visto encima de ti, quería matarlo! —exclamó enfurecido—. ¿Estás bien, cariño?

—¡No, no estoy bien! Todos los hombres sois horribles y os odio, os odio, ¿lo sabes?

—Sí, cariño, lo sé.

—¿Por qué me llamas cariño? —le preguntó, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos—. No quiero que me llames cariño. Y suéltame, vas a casarte y no quiero que me toques.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo comenta. ¡Suéltame!

—Pues todo el mundo se equivoca. Ya estoy casado y tú eres la única mujer a la que quiero. —La sujetó con fuerza y empezó a besarla. Ella se resistió, pero al final se dejó llevar por esa pasión

que Gabriel despertaba en ella, hasta que Edu tocó el hombro de Gabriel.

—Tenemos que irnos antes de que todo el mundo empiece a echarnos en falta.

Al escuchar a Edu, Gabriel soltó a Mónica. Cuando esta salió de la nube en la que él siempre conseguía envolverla, reaccionó y por su mente pasó toda la conversación de Lucy con Amanda. Entonces, furiosa, le dio una bofetada.

—¡¿Por qué sigues mintiéndome y aprovechándote de mí?! —le gritó enfurecida—. ¡Ve a buscar a tu prometida, cásate con ella y olvídate de mí! ¡Te odio!

Mónica salió corriendo y cuando estaba a punto de entrar al salón para volverse a encerrar en el baño tropezó con José. Este, cuando vio su estado, la cogió y la sacó de nuevo al jardín, llevándola a un rincón para que se desahogara.

—¿Qué te ocurre? Te he estado buscando por todos los sitios. ¿Por qué lloras? Mónica, por favor, tranquilízate.

Cuando Mónica se desahogó con él contándole todo lo que había ocurrido, él la abrazó con fuerza.

—Busca un marido, cásate y así no volverá a acercarse a ti. Si él puede hacerlo, tú también. Pero esta vez no te equivoques y busca a alguien que pueda hacerte feliz.

—Eso no es tan fácil, nadie querrá casarse conmigo ahora.

—No seas tonta, Mónica, muchos hombres matarían por casarse contigo.

—No, nadie querrá casarse conmigo. Soy una mujer repudiada por su marido y encima estoy embarazada. Pero, por favor, no digas nada a nadie. No quiero que se sepa.

—¿Gabriel lo sabe?

—No, él menos que nadie debe saberlo.

—¿De cuánto estás?

—Dos meses más o menos.

—Cásate conmigo, Mónica. Cásate conmigo y así él nunca sabrá que estás esperando un hijo suyo.

—Pero yo no podría estar contigo, no como marido y mujer, somos como hermanos…

—Juro por Dios que no te tocaré. Tú necesitas un marido y yo quiero ayudarte.

—Pero no es justo para ti…

—¿Por qué?

—Porque tú tienes derecho a una mujer que te ame y que te dé hijos propios.

—Yo te amo, Mónica, y nunca voy a amar a otra mujer. Es mi elección y te elijo a ti. Quiero ayudarte, protegerte, ya no soporto

verte sufrir y estoy seguro de que a mi lado serás feliz. Verte feliz es lo único que me importa y nunca voy a exigirte que mantengamos relaciones sexuales. Si algo pasa entre nosotros, será porque tú quieras que pase. Puede que, con el tiempo y la convivencia, te enamores de mí y entonces me hagas el hombre más feliz del mundo.

Mónica le sonrió al oírle decir eso y de repente sintió que José podía ser la mejor opción para ella. Casándose con él, Gabriel dejaría de utilizarla cada vez que le viniera en gana y nadie sabría que su hijo era un Robles, ni siquiera sus padres.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida.

—¿Serías capaz de querer al hijo de Gabriel?

—No, ese hijo será tuyo y mío. Y sí, lo querré precisamente por eso, porque es tuyo.

—Serás un buen padre. Sin embargo, yo no creo que sea una buena madre. He deseado muchas veces que este embarazo se malograra.

—No digas eso, tú vas a ser una madre estupenda, ya te lo diré cuando tengas a tu hijo en brazos. Vas a adorarlo como casi todas las madres adoran a sus hijos.

—Eso espero, porque me da miedo no poder hacerlo.

—Ya verás como sí. Y bien, ¿qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo?

—Si tú estás seguro de poder cumplir con todo lo que has dicho, sí, me casaré contigo.

José la abrazó con fuerza y le besó suavemente la mejilla.

—Todo lo que he dicho lo he dicho muy en serio, así que, ¿cuándo nos casamos?

—Cuando tenga los papeles de anulación. Después de eso, podemos casarnos cuando quieras.

—Entonces habrá que ir preparándolo todo, para que todos crean que es mi hijo.

—Gracias. ¿Por qué siempre me haces sentir bien?

—Porque te quiero.

—¿Sabes que es la primera vez que pienso en mi embarazo y me siento bien? Por primera vez, creo que podré llegar a querer a este bebé —dijo tocándose la barriga—, y todo gracias a ti. Podrías tener razón, puede que el tiempo me haga cambiar de parecer y que por fin deje de verte como a un hermano.

—Ojalá, Mónica, es lo que más deseo en el mundo.

Mónica no se dio cuenta de que aceptaba a José por despecho, para demostrarle a Gabriel que, si él podía casarse con otra, ella también podía hacer lo mismo. Pero el verdadero motivo era que

deseaba que todos creyeran que el hijo que esperaba era de un Serra y no de un maldito Robles. Sobre todo su padre, ya que se veía incapaz de darle un disgusto tan grande, pues sabía que el general Mendoza nunca podría llegar a querer al hijo bastardo de un Robles, por muy nieto suyo que fuera.

***

—¿Por qué ha dicho eso? —le preguntó Gabriel a Edu al marcharse Mónica hecha un mar de lágrimas.

—Porque es la verdad.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Gabriel, es el último chisme y el más corrido. ¿Cómo puede ser que el novio no se haya enterado?

—No te pongas sarcástico y dime quién le ha dicho eso.

—No tengo ni idea. Solo te puedo decir que, desde hace varios días, Lucy y tú estáis prometidos y vais a casaros.

—No me lo puedo creer, solo he salido dos veces con ella y la gente ya nos está casando. Esto es un gran problema con Mónica, ¿verdad?

—Ya lo creo. Si antes te odiaba, ahora debe querer asesinarte.

—Creo que deberías elegir mejor tus compañías —dijo Bez muy enfadada—. Estás saliendo con la mujer que odia a Mónica por encima de todas las cosas, ¿quién crees que está divulgando ese rumor? Con eso consigue herirla a ella, poneros las cosas más difíciles para reconciliaros y de paso ella se acerca más a ti. Por favor, Edu, vámonos.

Cuando Gabriel se quedó solo pensando en lo que había dicho Bez, decido poner fin a toda esa farsa y salió directo a buscar a Lucy.

—Lucy.

—¿Qué, Gabriel?

—¿Cuándo nos casamos tú y yo? —le preguntó muy serio. Ella se quedó un poco parada, pero reaccionó enseguida.

—Cuando tú quieras. Yo me casaría contigo mañana mismo.

—Tú sabes que estoy casado, ¿verdad?

—Pero pronto dejarás de estarlo, y cuando eso suceda tú y yo podríamos casarnos.

—No te equivoques, Lucy. Entre tú y yo no hay nada, solo te he prestado mi brazo por cortesía. Y como estoy seguro de que tú misma has hecho correr ese rumor, te voy a decir que no te quiero

volver a ver a mi lado. Y además te dejaré clara otra cosa: Mónica es mi mujer y eso nunca va a cambiar, y si vuelves a meter cizaña entre nosotros, la próxima vez no seré tan cortes. No te acerques a Mónica y a mí tampoco, ¿te queda claro?

—Mónica ha ido diciéndote que yo he dicho todo eso, ¿verdad? ¿No ves que esa mujer me odia? ¿Que está celosa por nosotros y por eso te envenena contra mí?

—Mónica no me ha dicho nada y la única que está llena de veneno eres tú. Adiós, Lucy. Y hazme un favor, no vuelvas a dirigirme la palabra.

Gabriel se dio la vuelta y se fue dejándola sola, furiosa y con una sola idea en su mente.

«Vas a arrepentirte de esto, Mónica. Esta es la última vez que me robas a mi prometido. Con Fidel pude perdonarte, pero con Gabriel, no. Voy a acabar contigo, voy a verte agonizando bajo mis pies y después, te escupiré a la cara».

***

—Jorge, necesito hablar con tu hermana. ¿Dónde está? Es importante.

—Mi hermana se ha ido ya, no se encontraba bien. Y si te estoy hablando, es porque Edu me ha contado lo que ha pasado hace un rato. Te agradezco lo que has hecho por mi hermana, pero no te quiero ver cerca de ella.

—Mónica es mi mujer y nadie puede impedirme que hable con ella.

—Mónica ya no te pertenece. En cuanto lleguen esos malditos papeles de anulación se va a casar con José, y tú solo serás un vago y desagradable recuerdo en nuestras vidas.

—¡Mónica no puede hacer eso!

—Mónica hará lo que quiera hacer, y lo mejor para ella es estar con José. Él debería haber sido su marido, no tú. Con él nunca hubiera vivido el infierno que vivió contigo. Él sabrá hacerla feliz y le dará paz, que es lo que necesita en estos momentos. Y ahora, si me disculpas, yo también voy a irme. Y te lo advierto una vez más: deja a mi hermana en paz. Tú nunca volverás a ser bien recibido en nuestra familia.

Al marcharse Jorge, Gabriel no podía pensar en otra cosa. Esa frase le rebotaba en la cabeza una y otra vez, enfureciéndolo por momentos: «Se va a casar con José, se va a casar con José, se va a

casar con José».

«Eso será por encima de mi cadáver».

Salió de la fiesta con ganas de matar a alguien y pensando en una solución para recuperar a Mónica. Porque de una cosa estaba seguro: Mónica no se casaría con nadie porque ella era suya, le pertenecía y, aunque fuera en contra de todo el mundo incluso de ella misma, Mónica volvería con él.



XXXVI

Nube Blanca

Los Mendoza y los Serra habían vuelto a Nube Blanca el día después de la fiesta del coronel Aguirre. Después de lo ocurrido, Mónica ya no tenía ganas de bailes, quería encerrase en la paz que Nube Blanca le proporcionaba y olvidarse de una vez y para siempre de Gabriel.

Todos estaban contentísimos con la noticia del próximo casamiento entre José y Mónica y no se hablaba de otra cosa. Mónica solo rezaba para que esa unión resultara, le rogaba a Dios que un día pudiera enamorarse de José porque él no se merecía que su mujer pensara en otro. Por eso estaba dispuesta a hacer lo que fuera para enamorarse de él.

Nunca en toda su vida hubiera imaginado convertirse algún día en la esposa de José Serra, pero si no se casaba con alguien, con quien fuera, siempre estaría a merced de Gabriel. La noche de la fiesta se había dado cuenta de eso porque, aun sabiendo que se iba a casar con Lucy y que mantenía relaciones con ella, cuando él la abrazo y la besó ella se dejó llevar por la pasión, y eso seguiría sucediendo si no levantaba una muralla entre los dos.

Estaban en el porche todos tomando café después de la comida que habían preparado en homenaje a la pareja y su padre estaba dando un discurso.

—Lo único que puedo hacer es desearos que seáis tan felices como yo lo he sido en mi matrimonio. Te llevas una joya, no lo olvides.

—Nunca lo haría, sé lo que tengo entre manos. —José cogió la mano de Mónica y se la llevó a los labios para besarla—. Y después de todos los años que llevo esperando este momento, sería tonto si no cuidara de ella y la perdiera, ¿no crees?

—Sí lo creo, y sé que mi hija está en las mejores manos.

—Yo creo que estos chicos van a ser muy felices —dijo Sergio emocionado al ver por fin el sueño de su hijo realizado—, y no podría querer a una nuera más de lo que ya quiero a esta muchacha, que es como una hija para mí.

—Sí, Mónica, ¿no te parece perfecto? —preguntó Estela loca de felicidad—. Primero tu hijo y mi hija, y ahora mi hijo con tu hija, ¿no os parece increíble?

—Sí, me parece perfecto —confirmó Mónica—. Siempre quise a José como esposo de Mónica, y después de todo lo que ha pasado, me parece el hombre perfecto para ella.

—Pero eso no es justo —bromeó José—, teníais que haber tenido más hijos, me siento desplazado, ya que ninguno de mis hijos podrá casarse con uno de los vuestros. —Todos se rieron.

—¡Ay, José! Eso hubiera sido imposible —dijo Mónica—. Primero, porque Bez es mayor que mis hijos y segundo, porque no dejaría que mi hija se casara con el golfo de tu hijo. Y sabes que te adoro, Edu, pero todos conocemos tu reputación. —Todos volvieron a reír.

—No te preocupes, te entiendo —le respondió Edu—. Pero te diré algo que nadie sabe: todo el mundo dice que soy igual que mi madre, y puede que físicamente tengan razón, pero en todo lo demás soy como mi padre, y sabemos que mi padre no ha vuelto a mirar a otra mujer después de enamorarse de mi madre. Así que estoy seguro de que eso me pasará a mí cuando me enamore. —Al decir eso miró a Bez, que esquivó su mirada, sonrojándose, por el miedo que le daba que alguien pudiera imaginar lo que pasaba entre ellos.

—Por la cuenta que le trae, esperemos que así sea, porque sería capaz de arrancarle las entrañas —dijo Susan bromeando y sonriendo a su marido.

—¿Ves, hijo? Cuando encuentres a una mujer que te diga esas cosas, te pasará igual que a mí, no te atreverás a mirar a otras. —De nuevo, estallaron en carcajadas.

De pronto las sonrisas desaparecieron y los hombres se levantaron. Mónica creyó desfallecer cuando vio entrar en Nube Blanca a Gabriel escoltado por una pequeña guardia. Al llegar al porche y sin bajar del caballo, Gabriel se dirigió a todos ellos.

—Buenas tardes.

—¿Qué haces aquí? ¡Quiero que salgas ahora mismo de mis

tierras! —gritó Jorge, furioso.

—No te preocupes, Jorge, lo haré cuando me lleve lo que he venido a buscar.

—¿Y qué has venido a buscar?

—A tu hija.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritaron todos los presentes al mismo tiempo.

Cuando Mónica le escuchó decir eso, su respiración se paralizó, su corazón se aceleró y tuvo la sensación de estar en la peor de sus pesadillas.

—No estaríais de celebración por un supuesto casamiento, ¿verdad? Pues siento aguaros la fiesta, pero creo que no va a haber boda.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡No tienes ningún derecho sobre Mónica y vamos a casarnos en cuanto…! —intentó aclarar José, pero fue inútil.

—Eso sería por encima de mi cadáver —le cortó Gabriel, muy serio.

—Entonces, será un placer matarte —Jorge sacó su pistola y apuntó a Gabriel—, porque no vas a llevarte a mi hermana de aquí.

Al ver que Jorge sacaba su arma, los soldados que acompañaban a Gabriel hicieron lo mismo. Las mujeres gritaron aterradas y Jorge dio un grito.

—¡¡Basta!! Baja el arma, hijo. Si alguien ha de matar a alguien aquí, ese seré yo. —Se dirigió a Gabriel con una mirada gris y fría como el acero—. Si no te he matado ya, es por lo que hiciste la otra noche por mi hija. Ahora quiero que me expliques por qué vienes a mi casa con una guardia y reclamando a mi hija, cuando tú mismo la trajiste y la repudiaste. Vuestro matrimonio ya debe estar anulado, así que da la vuelta y vete por donde has venido porque mi paciencia está en el límite. Y si no te marchas ahora mismo, eres hombre muerto, y no me importa que vengas escoltado.

—Ya te he dicho que no voy a irme hasta que me lleve a mi mujer.

—¡¡Ella ya no es tu mujer!! —le gritó José, agarrando a Mónica por la cintura con posesión.

—¡¡Ella siempre ha sido mi mujer!! Y si sigues tocándola, te cortaré las manos.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Bez—. Esto es una locura. —Se acercó a Mónica, que estaba blanca como la pared, y cogió su mano con fuerza, demostrándole su apoyo.

—Gabriel, ¿por qué dices eso? —Edu intentó calmar la situación —. Todos sabemos que ese matrimonio está anulado, es solo cuestión de días que los papeles estén preparados.

—¿Por qué crees eso?

—Porque tú los firmaste y los llevaste a los juzgados, eso me dijo Mónica.

—Yo nunca hice eso. —La exhalación de Mónica fue tan grande que todos se giraron a mirarla—. Yo nunca quise la anulación de nuestro matrimonio, Mónica.

—¡¡Tú la repudiaste!! —gritó Jorge.

—Y me arrepiento de ello.

—¡¿Y crees que, porque te arrepientes ahora, puedes venir a reclamarla y nosotros vamos a permitir que te la lleves de nuevo?! ¡¿Estás loco?! ¡¿Hasta cuándo?! ¡¿Hasta que vuelvas a cansarte de ella y vuelvas a repudiarla?! —gritó fuera de sí el general Mendoza.

—No me importa lo que pienses, Jorge, es mi mujer y la quiero de vuelta. Tengo mis derechos.

Gabriel hizo una señal a uno de los soldados, que se adelantó y le entregó un papel a Jorge.

Cuando Jorge leyó el papel, volvió a mirar a Gabriel y con su voz más fría, esa que podía hacer llorar a un niño, le habló arrastrando las palabras para dejarle bien clara su postura.

—Tendrás… que… matarme.

Mientras decía eso, sacaba su arma. Mónica reaccionó y dio un grito, aterrada.

—¡¡No, basta!! Papá, dame ese papel.

—¡Mónica, hija, no te metas!

—Es de mí de quien se está hablando, así que dame el papel, quiero saber qué pone. —Mónica arrancó el papel de las manos de su padre y cuando lo leyó, tomó una decisión.

El mensaje era muy claro, Gabriel era su marido y estaba en su derecho de reclamar a su mujer, y esta debía acompañarlo. De lo contrario, tanto ella como el que se opusiera acabaría encarcelado. Estaba sellado y firmado por el juez, y era legal. Eso significaba que él nunca había firmado la anulación y tampoco la había llevado a los juzgados.

Mónica dobló el papel y lo cerró con fuerza en su puño. Después, se acercó a su padre y le obligó, con sus manos sujetas en las de él, a guardar el arma.

—Mónica, no te voy a dejar ir con él.

—Papá, nadie mejor que tú es capaz de cumplir una orden. El juez lo ordena, soy su esposa y está en su derecho, así que debo ir con él. No voy a permitir que nadie resulte herido por mi culpa.

—¡Pero hija…! —intentó convencerla su madre.

Todos dieron un paso hacia ella y Mónica, levantando una mano, los detuvo.

—¡No! No os acerquéis. Voy a estar bien, él no va a hacerme daño. Lo siento mucho, José, pero debo ir con él. No puedo permitir

que esto se convierta en una tragedia. Perdóname, nunca debí aceptar tu oferta.

—Mónica…

—Adiós.

Bajó las escaleras del porche y Gabriel acercó a Atila, la cogió por la cintura, la sentó en su regazo y dio media vuelta al caballo para salir de la plantación escoltado por la guardia.

—¡¡Esto es inaudito!! ¡¡Prepara mi caballo, Moisés!!

—¡¿Qué vas a hacer?! ¡No puedes enfrentarte a él, Jorge! ¡Por Dios! ¡Mónica está con él y podría resultar herida! —le gritó su mujer.

—Voy a ir a la ciudad y a remover cielo y tierra hasta dar con una solución para liberar a mi hija de ese hombre de una vez por todas. Y te juro que si no hallo ninguna, entraré en la plantación de los Robles y mataré a quien sea necesario para traerla de vuelta a casa.

—Bien dicho. Yo voy contigo —le apoyó José—. Tú una vez me ayudaste a recuperar a mi mujer, ahora yo voy a ayudarte a recuperar a tu hija.

—¡Nosotros también vamos! —dijeron Jorge, José y Edu, los tres a la vez.



XXXVII

Los 20 Robles

Cuando llegaron a la plantación y Gabriel despidió a los guardias que los acompañaban, tuvo el valor de hablarle por primera vez. En todo el camino la había sentido tan tensa y callada que no se había atrevido a hacerlo.

—Mónica, gracias por evitar un derramamiento de sangre. —Él la tenía sujeta de la cintura muy pegada a su pecho y le hablaba suavemente al oído—. Voy a conseguir tu perdón y todo volverá a ser como antes. Te he echado tanto de menos. —Mónica no lo miraba, no hablaba y ni siquiera lloraba, estaba con la mirada fija en el camino y parecía una estatua de hielo—. Mónica, por favor, háblame. Necesito saber si estás bien. —Pero ella seguía igual y Gabriel decidió no presionarla más.

Mónica miró a su alrededor y lo único que pudo ver fueron todas esas caras hostiles, esos hombres desagradables que se rieron de ella, que la encerraron en esas mazmorras y que creyó que acabarían abusando de ella de uno en uno como una jauría de animales salvajes. Cuando Gabriel detuvo el caballo en el porche, se abrió la puerta apareciendo por ella Arturo Robles y el terror se apoderó de ella. Mientras Gabriel la tomaba de la cintura y la bajaba del caballo, en su mente de golpe se amontonaron todas las imágenes de los días vividos allí.

Cuando Gabriel la encerró, cuando la amenazó con un cuchillo, cuando la seducía hasta hacerle perder la razón, cuando se fue dejándola con todos esos animales que se rieron y la encadenaron, y las visitas de Arturo a las mazmorras atormentándola con historias

sobre su pasado hasta que Gabriel la sacó medio muerta. En ese momento reaccionó y susurró, pegada a Gabriel como si hubiera perdido la razón.

—No, no quiero volver aquí… No, no quiero estar encerrada. No, no-no podría soportarlo de nuevo.

Gabriel cogió su cara entre sus manos y le habló con ternura para tranquilizarla.

—No voy a encerrarte, cariño, y tampoco vamos a vivir aquí. Todo eso se acabó. Solo tengo que recoger unas cosas, Mónica… Mónica, escúchame, cariño. —Pero Mónica no podía oírlo, el terror no la dejaba hacerlo. Sin embargo, escuchó perfectamente a Arturo.

—Vaya, nos has vuelto a traer a esta preciosidad para que sigamos divirtiéndonos con ella, ¿verdad? Hola, preciosa, ¿me extrañaste?

Gabriel podía ver el terror en su cara, así que se volvió hacia Arturo.

—¡¡Cállate!! —le gritó furioso—. No se te ocurra tocarla, porque esta vez te mataré.

De repente, Mónica pegó un grito, empujó a Gabriel con todas sus fuerzas y empezó a correr hacia la salida. Su desesperación por salir de allí, por alejarse de todos esos hombres que la aterrorizaban era tan grande que no podía oír a Gabriel, que corría detrás de ella.

—¡Detente, Mónica…! ¡Cuidado! ¡¡¡Nooo!!!

Pero Mónica no escuchó nada, solo sintió como si una estampida de búfalos pasara por encima de ella. Después de eso silencio, paz. Entonces, una tranquila y placentera oscuridad se cernió sobre ella.

***

En su intento por salir de esa plantación, no fue capaz de razonar y por eso no escuchó a Gabriel, que corría detrás de ella, desesperado.

—¡Por favor, Mónica! ¡Detente, puedes hacerte daño! ¡No vamos a vivir aquí, no volvería a hacerte algo así! ¡No voy a encerrarte, lo juro!

Cuando Gabriel vio por el rabillo del ojo a su capataz correr hacia Mónica con su caballo a una velocidad descomunal, un mal presentimiento se apoderó de él. Se maldijo por ese pequeño tropiezo con el escalón que lo había tirado al suelo cuando Mónica lo había empujado y que le había quitado esa ventaja que ahora necesitaba para poder alcanzarla y así evitar esa colisión que

Mónica estaba a punto de sufrir con el caballo de su capataz.

El caballo la embistió con una fuerza atroz, golpeó a Mónica con su costado y la lanzó por los aires. Cayó tres metros más atrás, quedando inmóvil por el impacto. Cuando Gabriel consiguió llegar a ella y tomarla en sus brazos, Mónica estaba inerte. Su cuerpo no respondía, no se movía y por más que Gabriel intentara reanimarla, ella seguía igual. Gabriel se levantó con ella en brazos para llevarla hasta el dormitorio, mientras gritaba como un loco.

—¡¡¡Id en busca del médico ahora mismo!!! ¡¡¡Lo quiero aquí en cinco minutos!!! —Después, volviéndose hacia su capataz, lo miró con una expresión en los ojos espeluznante y le dijo, amenazante—: Y tú, ya puedes rezar para que a mi mujer no le ocurra nada, porque serás hombre muerto. Y ten por seguro que tu muerte será lenta y dolorosa. —Entonces, volvió a rugir a sus hombres—: ¡¡Atadlo a ese palo, no quiero que se escape!!

—¡Pero, señor, yo no quise embestirla, fue ella que se me echó encima!

Cuando llegó a la habitación y la dejó en la cama, vio que su manga estaba manchada de sangre y un terror inimaginable azotó todo su cuerpo. Con manos temblorosas, levantó la falda del vestido y vio los pololos de Mónica cubiertos de sangre y la parte trasera del vestido también. Lo único que pasó por su mente fue que el golpe tan salvaje que había recibido la había reventado por dentro y eso solo significaba una cosa: Mónica iba a morir. Destrozado, cayó de rodillas en el suelo y la abrazó, apoyó su cabeza en el pecho de ella y rompió a llorar como un niño, como no había vuelto a hacer desde que sus padres y su hermana murieron.

—No-no puedes morirte, mi pequeña salvaje… No-no puedes dejarme. Te amo, Mónica. Por favor no me dejes… Tú-tú eres lo único bueno que me ha pasado, tú-tú eres lo único por lo que vale la pena vivir. Si me dejas, juro por Dios que te buscaré a donde quiera que vayas y te volveré a traer de vuelta… Mónica. ¡Mónica!

No sabía el tiempo que había pasado, cuando entró Lara para informarle.

—Señor, el doctor está llegando.

—¡Que suba! ¡Rápido, Lara! —Gabriel se levantó, se secó las lágrimas y salió para que el médico subiera más rápido. Cuando lo encontró en medio de las escaleras, le gritó—: ¡Deprisa, doctor! ¡Mi mujer se muere, ha sido embestida por un caballo! ¡Hay sangre por todos sitios, yo-yo no sé qué hacer!

—Tranquilícese, muchacho. Ya estoy aquí y verá cómo su mujer se pone bien. —Al entrar y ver el estado de Mónica le dijo a Gabriel —: Será mejor que espere fuera.

Gabriel estaba desesperado, no podía dejar de caminar y solo

pensaba en noticias espantosas, como que Mónica había fallecido, o que quedaría paralítica, o ciega. Cualquiera de ellas era horrorosa y la cabeza le iba a estallar, la espera lo estaba matando. Cuando vio abrirse la puerta y salir al doctor con cara de circunstancias, el corazón se le paralizó.

—Lo siento, muchacho, pero Mónica ha fallecido.

Esa noticia era la que él estaba esperando desde que la vio llena de sangre y sin vida entre sus brazos. La presión en la cabeza y en el pecho no le dejaban reaccionar, hasta que el médico lo volvió a la realidad.

—¡Gabriel, Gabriel! ¡¿Me has escuchado?!

—¿Ha fallecido? ¿Mónica ha muerto? —preguntó con un hilo de voz.

—No, Gabriel, Mónica no ha fallecido. El que ha fallecido ha sido tu hijo.

Gabriel miró al médico.

—¿Mi hijo? —preguntó extrañado.

—Sí, Mónica estaba embarazada y por el golpe ha sufrido un aborto. —La cara de Gabriel lo decía todo y el médico le preguntó—: ¿No sabías que Mónica estaba embarazada? —Gabriel hizo un gesto de negación con la cabeza—. Vaya, lamento tener que ser yo quien te haya dado la noticia, sobre todo por el desenlace de este embarazo. Mónica debía estar de casi tres meses de embarazo, pero no desesperes, muchacho. Ella es muy joven y tú también, podréis tener más hijos.

—¿Cómo está mi mujer? —preguntó Gabriel cuando consiguió reaccionar.

—Tiene varias lesiones, pero ninguna demasiado importante, excepto la de la cabeza. Le he vendado un brazo porque lo tiene dislocado y el golpe del costado sanará con los días. Eso sí, es conveniente que no se mueva de la cama en varios días y puede que no vuelva en sí hasta mañana. O por lo menos recemos para que así sea, pues el golpe en la cabeza la tiene inconsciente. Debes tener paciencia, poco a poco volverá a ser la de siempre, ya lo verás. Yo me pasaré mañana para ver cómo está.

—¿Por qué dice recemos para que sea así?

—Los golpes en la cabeza son muy delicados y cuando uno recibe uno así, tan fuerte, puede haber dos posibilidades. La primera, que mañana o como mucho pasado mañana vuelva en sí, y la segunda que es la que deberías rezar para que no ocurra, es que caiga en el sueño eterno.

—¿Qué es el sueño eterno? —preguntó preocupado.

—La gente que sufre traumatismos severos en la cabeza cae en una especie de sueño y nunca se puede saber cuándo despertarán,

de ahí el nombre, aunque el término médico es «coma». Ha habido casos de despertar semanas después, o meses, incluso años, y otros simplemente no han despertado nunca. Pero no te desesperes, muchacho, seguro que Mónica despierta enseguida, ella es fuerte. Mañana volveré.

—Gracias, doctor. Lara, acompaña al doctor hasta la puerta, yo me quedaré con Mónica.

—Sí, señor.

Cuando Gabriel volvió a entrar, Mónica parecía otra, no la mujer moribunda que él había dejado en la cama. La sangre había desaparecido, llevaba un camisón y parecía dormida, Lara se había encargado de todo mientras el doctor la curaba. Pero, cuanto más se acercaba y se iba fijando en su frente amoratada por el golpe y en un gran rasguño en la barbilla, más culpable se sentía. Su brazo descansaba en un pequeño almohadón, vendado del hombro hasta la muñeca, y al llegar a su lado, levantó el camisón para comprobar lo que le había dicho el médico sobre el golpe del costado. Entonces, observó un enorme moratón que le salía por una de las caderas y le cruzaba más de media barriga hasta pasar el ombligo. Justo en ese momento, Gabriel pensó en su hijo y en que ese golpe parecía ir destinado a él, y recordó las palabras de Mónica: «Antes de tener un hijo tuyo, dejaría que me atropellara un caballo desbocado y así poder perderlo, porque preferiría mil veces un aborto que engendrar un Robles contigo».

Recordar esas palabras le dejó sin fuerzas, porque en ese instante se sentía el hombre más miserable del mundo. Se tumbó a su lado y la abrazó con mucho cuidado para no lastimarla más de lo que ya estaba. Entonces, empezó a rezar. No le importaba no creer en Dios, lo único que necesitaba era apoyarse en algo y rogar para que Mónica despertara, para que no se perdiera en ese sueño eterno, para que pudiera perdonarle algún día.

«¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? Todo habría sido tan distinto, Mónica. ¿Por qué te engañas a ti mismo? Nada habría cambiado. Hubieras cometido los mismos errores, la habrías utilizado, la habrías humillado y la habrías destrozado igualmente. ¿Cómo iba a confiar en ti, si solo le has causado dolor y tristeza? ¿Cómo iba a decirte que estaba embarazada, si tú ya la repudiaste con esa excusa sin saber siquiera que lo estaba? ¿Cómo crees que podrá perdonarte tantos desplantes? No seas estúpido y hazte a la idea: la has perdido, la perdiste el mismo día que la trajiste a esta casa y la ataste a esta cama obligándola a que te deseara. La volviste a perder el mismo día que la llevaste a casa de sus padres y la despreciaste. La ibas perdiendo cada vez más y más, con cada palabra, con cada acción que cometías para vengarte de su padre,

cuando la que más resultaba herida era ella. Como hoy, que ni siquiera podías disfrutar del placer de volver a quitarle su hija al general porque la pena en sus ojos te causaba dolor. Eres un estúpido y todo esto es por tu culpa. Por favor, señor, devuélvemela. Si tienes que castigar a alguien, castígame a mí. Haz conmigo lo que quieras, pero que despierte. Te lo suplico, señor, haz que despierte. No podría verla envejecer dormida eternamente».



XXXVIII

Los 20 Robles

Al día siguiente, Arturo subió a la habitación y cuando Gabriel lo vio, la furia lo embargó. Había estado toda la noche sin dormir, controlando cada respiración de Mónica, cada movimiento, esperando un cambio en ella, por muy pequeño que fuera. Pero nada había cambiado, no había movido ni un solo músculo, estaba tal y como había quedado después de la visita del médico, y Gabriel estaba perdiendo los nervios. Pero terminó por descontrolarse cuando Arturo entro en la habitación.

—¿Piensas dejar a Jacinto atado a ese palo el resto de su vida? Desde ayer que mandaste atarlo, nadie se ha atrevido a soltarlo y yo no quiero quitarte autoridad, pero no creo que nadie deba ser castigado por esa muchachita. Se merece todo lo que le pase por ser una Mendoza.

—Ni si quiera te importa lo que yo sienta por ella, ¿verdad? —preguntó destrozado.

—¡Tú nunca debiste sentir nada por ella! ¡Debiste odiarla por quién es, debiste bloquear tus sentimientos como te enseñé! Me lo debías, tú me debes todo cuanto eres. Prometiste hacer enloquecer a Jorge de dolor y yo lo veo igual de cuerdo que siempre. Quizá si ella muriera, él…

La voz se le cortó en la garganta al ver la mirada de Gabriel y oír su aullido de rabia contenida. Se abalanzó sobre él, lo agarró de las solapas y empezó a golpearlo con furia mientras le gritaba, iracundo:

—¡No vuelvas a decir eso! ¡No se te ocurra volver a insinuar que Mónica debería estar muerta, porque juro por Dios que, si Mónica se muere, tú irás detrás de ella!

Sacó a Arturo de la casa de un empujón, lo tiró al suelo y se volvió a mirar al capataz, que seguía atado al palo tal y como había ordenado. Estaba fuera de sí, se acercó al capataz y terminó de descargar toda su furia sobre él, agarrándole del pelo y dándole puñetazos en la cara con una furia inmensa.

—¡Esto es por Mónica! —gritó mientras lo golpeaba varias veces. Cuando acabó, se puso detrás de él, le levantó la cabeza agarrándole fuerte del pelo y añadió, sacando un cuchillo de su bota —. ¡Y esto por mi hijo, al que has matado!

Acto seguido, le cortó la yugular de un solo movimiento, pero no demasiado profundo pues quería que se fuera desangrando poco a poco y sufriera una muerte lenta y dolorosa. Cuando se disponía a volver hacia la casa para reunirse con Mónica, se escuchó la llegada de un caballo.

Gabriel reconoció al general Mendoza entrando en la plantación, así que tuvo que respirar profundamente y concentrarse en todo lo que su padrino le había enseñado para anular sus sentimientos porque, de lo contrario, Jorge se daría cuenta de que Mónica estaba mal y se empeñaría en llevársela de allí, y Mónica no podía moverse de la cama, el médico se lo había dicho. Así que, para impedírselo, tendría que matarlo y, aunque no le faltaban ganas, si el general moría en su plantación, Mónica sufriría al despertar y ya no podía seguir causándole más dolor.

Respiró profundamente y decidió darle la bienvenida a Jorge en su casa. Pero Arturo Robles no opinaba lo mismo que él y, en cuanto lo vio acercarse, dio orden a sus hombres.

—¡Matadlo, matad a ese bastardo! —Los hombres lo encañonaron con sus rifles, pero inmediatamente Gabriel ordenó todo lo contrario.

—¡¡Bajad las armas!! ¡El que se atreva a disparar correrá la misma suerte que el señor Jacinto! ¡Y eso también va por ti, Arturo!

—¡Pero está aquí, en mi casa! Es mi oportunidad de matarlo, he estado esperando este momento más de veinte años. No puedes negarme ese placer.

—Sí puedo y no voy a permitírtelo. ¡¿Me has entendido?! Ahora vete o guarda silencio, déjame hablar a mí o te arrepentirás.

Le habló con tal frialdad que Arturo supo que no era el momento de contrariarlo, porque si lo hacía estaba seguro de acabar como Jacinto, tirado en el suelo con la yugular seccionada.

***

Cuando Jorge entró en la plantación de los Robles, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Fue como volver al pasado y encontrar a todos sus enemigos allí. Vio muchos rostros que reconoció como antiguos trabajadores de Nube Blanca cuando vivía el padre de Mónica y a los que él mismo había echado a la calle por ser hombres sin escrúpulos, hombres que no seguían sus normas. Abusaban de las esclavas y castigaban por placer a los esclavos, dos de las normas que él había impuesto para que pudieran seguir trabajando allí. Como no las respetaron, se vio obligado a ponerlos de patitas en la calle.

Uno de esos hombres llamó su atención, pues seguía apuntando a Jorge a pesar de la orden de Gabriel.

—He venido desarmado, Gabriel. —Levantó las manos para que pudiera comprobarlo—. ¿Vas a matar a un hombre desarmado?

—¡Fernández! ¡Si no bajas el arma, yo mismo te volaré la cabeza! —gritó Gabriel a su hombre para que dejara de apuntar al general, cosa que hizo el otro de muy mala gana.

Fernández, claro. Jorge no recordaba su nombre, pero esa cara no la olvidaría en la vida. Aún seguía maldiciéndose por no haberle pegado el tiro en la cabeza, y no en el estómago, para hacerle sufrir y que muriera poco a poco por haberse creído con derecho a castigar a Mónica hacía veinte años y atarla al palo de los esclavos para azotarla. Tuvo la suerte de que lo recogieran y lo curaran, por eso seguía con vida.

Cuando llegó al lado del porche, el hombre que estaba atado al palo y degollado llamó su atención. Parecía estar muerto, pero aún seguía agonizando, y si ver a todos esos hombres le habían puesto la piel de gallina, ver a ese en especial y en las circunstancias que se encontraba, le causaba un gran placer. En todos los años transcurridos, en las escasas ocasiones que se había encontrado con él, las ganas de matarlo habían provocado que echara mano a su arma, pero Mónica siempre lo tranquilizaba para evitar que cometiera un asesinato delante de todo el mundo. Y ahora que lo veía medio muerto y en esas circunstancias, sentía un gran alivio, como si le hubieran quitado un peso de encima, ya que fue el causante de los latigazos que le deformaron la cara cuando apenas era un muchacho y estaba bajo las órdenes del padre de su mujer.

—¿Qué te pasa, Jorge? Pensaba que te encantaría ver a ese hombre muerto. Siempre se ha jactado de cómo te destrozó la espalda a latigazos y cómo te dejó esa bonita cicatriz que luces en la cara, y ahora parece que te de pena verlo ahí —se mofó Gabriel.

—Lo único que me apena es no haberlo hecho yo. ¿Quién lo ha degollado?

—No te importa. ¿Qué haces aquí?

Jorge sabía perfectamente que Gabriel había matado a ese hombre, pues su ropa estaba manchada de sangre y sus puños enrojecidos por los golpes que se veían en la cara del casi cadáver y en la de Arturo. No se necesitaba ser muy listo para saber que Gabriel lo había castigado, y lo que le aterraba era que el castigo fuera por volver a agredir a su hija.

—He venido a ver a mi hija, quiero asegurarme de que está bien —informó con una calma que le costó mucho fingir y con mucha frialdad.

—Tu hija está bien, no necesitas verla.

—No voy a irme de aquí hasta que la vea, y para impedírmelo tendrás que matarme.

—¿A qué esperas, Gabriel? ¿Por qué no lo matas? —le animó su padrino—. Si ha venido hasta aquí, es porque quiere morir. Deja que Fernández se ocupe de él, ganas no le faltan, o si no yo mismo podría hacerlo.

—Para mí sería un placer, señor —dijo Fernández.

—¡Que os calléis, maldita sea! Jorge, es mejor que te vayas. Como podrás comprobar, hoy no estoy de humor para recibir visitas.

—¿Crees que después de ver todo esto —señaló a Jacinto—, voy a dejar a mi hija en tus manos? Si esto es lo que adorna tu jardín, cómo será tu casa por dentro. Devuélveme a mi hija. ¡¡Ahora!!

El grito de Jorge provocó que Gabriel terminara de perder los nervios.

—¡¡Tú no eres quién para venir a darme ordenes en mi propia casa!! ¿Te sientes mal por haber perdido a tu hija? Pues me alegro. Al fin sabrás qué se siente cuando te quitan a tu familia y te dejan sin nada. Tú me arrebataste a la mía y yo te he arrebatado a tu hija. Deberías agradecerme que no haya matado a tu mujer y a tu hijo, así estaríamos en paz.

—¡¡Gabriel, me lo prometiste!! ¡Me prometiste que nunca contarías lo de tu familia!

—¡Ya no me importa lo que prometí! ¡Quiero que sepa por qué he hecho todo lo que hecho! —Miró a Jorge con mucha ira y le gritó—: ¡Quiero que sepas por qué me casé con tu hija, por qué después la repudié y por qué volví a quitártela! Todo lo hice por una sola razón, para hacerte sufrir, y creo que aún no has sufrido lo suficiente.

Jorge estaba estupefacto, no entendía nada y no comprendía de qué lo acusaba Gabriel con tanto odio.

—¡Basta! —le interrumpió furioso—. No sé de qué me hablas, y no sé de qué me estás acusando. Yo no te conozco, la primera vez que te vi fue cuando viniste a mi casa para el compromiso de mi hijo.

—¡Gabriel, mátalo de una buena vez! ¡No consientas que te hable así!

—¡¡Cállate!! —ordenó a su padrino—. Nadie más va a morir. Esto se termina aquí y ahora. —Se volvió hacia Jorge y le preguntó, con una voz tan dura que podría partir el metal—: ¿Quieres saber de qué te acuso?

—¡Sí! Quiero saberlo —le contestó con la misma frialdad.

—¡No, Gabriel, cállate!

Arturo intentó agarrarlo del brazo para volverlo hacia él, pero lo único que consiguió fue un puñetazo en la cara que lo tiró al suelo. Gabriel inmediatamente se giró hacia Jorge para continuar, como si Arturo no le importara nada.

—Tú mataste a mis padres y a mi hermana. Ordenaste a tus hombres quemar nuestra casa y después seguiste con tu vida perfecta sin tener ningún remordimiento. De eso te acuso, por eso quiero verte sufrir hasta el fin de tus días. —Jorge lo miró analizándolo, intentando recordar si lo conocía de antaño—. Te has quedado muy callado. ¿Qué te pasa? ¿Te asustan los recuerdos?

—No puedo asustarme de algo que no he hecho, solo intento recordar quién era tu padre para poder entenderte.

—Mi padre era Gabriel Torres, él trabajaba para ti hace más de veinte años y antes de eso para tu suegro, mucho antes de que le arrebataras todo lo que tenía. Él te sorprendió abusando de una esclava, y tú le diste una paliza y lo echaste de Nube Blanca, pues no querías que se fuera de la lengua y estropeara tu perfecta vida con tu mujer. Después, mandaste a tus hombres quemar nuestra casa. Así te asegurabas de que mi padre no hablara. Era la mejor manera de silenciar tu pecado.

—¿Tú eres hijo de ese hombre? No recordaba su nombre.

—¿Por qué ibas a acordarte de él? Seguro que, después de esa noche, lo borraste de tu memoria para no tener remordimientos.

Jorge bajó del caballo y se le echó encima cogiéndolo de las solapas, sin importarle que todos los hombres de Gabriel volvieran a encañonarle.

—¿Hasta dónde has llegado con Lucy? —interrogó muy serio.

Gabriel hizo una señal a sus hombres para que bajaran las armas.

—¿Qué? —preguntó muy sorprendido.

—¿Qué hasta dónde has llegado con Lucy en tu cortejo? Ibais a casaros, los rumores dicen que tuvisteis una aventura. ¡¿Qué pasó

entre vosotros?!

—¿Y qué te importa lo que pasara entre Lucy y yo? Eso no tiene nada que ver…

—¡Tiene mucho que ver! ¡Es tu hermana, maldita sea!

Gabriel se quedó blanco y paralizado, y al soltarle Jorge, se dejó caer en los escalones y se sentó, pues la noticia lo había dejado sin fuerzas.

—¡Está mintiendo, Gabriel! ¡¿No te das cuenta?!

Arturo estaba fuera de sí por el puñetazo y por lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué tendría que mentir? —preguntó Jorge.

—Mi hermana murió en ese incendio junto a mis padres. —La voz de Gabriel sonaba débil. No podía creérselo, no podía creer que después de llorar a su hermana tantos años, ella estuviera viva.

—¿Por qué crees que murió? ¿Tú la viste morir en ese incendio?

—No lo recuerdo, no recuerdo nada de aquella noche.

—Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que murió allí? Fuiste tú, ¿verdad? —acusó a Arturo—. Tú te lo llevaste del orfanato. Tú le contaste todas esas mentiras. Eres un miserable y un malnacido. A eso es a lo que te has dedicado todos estos años, a inventar historias sobre mí y a poner a un niño inocente en mi contra para que pudiera vengarse de mí, algo que tú no has sido capaz de hacer en todos estos años.

—¡Es cierto! Yo lo manipulé, sí. Yo lo convertí en el hombre que es ahora y gracias a mí es quien es. Y al final he podido vengarme de ti porque si tu hija ha pasado por todo este infierno, es porque yo lo quise así.

—¡¡Eres un maldito hijo de perra!! —Gabriel se abalanzó sobre él y lo golpeó con todas sus fuerzas hasta dejarlo moribundo. Después se levantó y le dijo a Jorge con una voz calmada, pero profunda y rota—. Vete ahora, Jorge…

—Pero mi hija…

—Tu hija está bien, dentro de dos días la llevaré de vuelta a tu casa. Solo te pido eso, dos días. Si después ella no quiere verme, no volveré a molestaros. Te doy mi palabra de soldado, porque sé que la de hombre no te va a valer.

—Prométeme que mi hija no va a sufrir ningún daño.

—Te lo prometo —dijo mintiendo una vez más—, y si no cumplo mi promesa, puedes matarme.

—Dos días, Gabriel. Si en dos días mi hija no vuelve a casa, vendré con todos mis hombres y esto será un campo de batalla.

—Sí, general.

De pronto y sorprendiendo a Jorge, Gabriel se irguió frente a él y le hizo el saludo militar. Era un gesto muy importante, pues al

hacerlo Gabriel le estaba presentando sus respetos a su superior. Jorge no pudo más que devolverle el saludo.

Cuando Jorge se fue y Gabriel vio a Arturo retorciéndose de dolor en el suelo, ordenó a uno de sus hombres.

—Saca a esta basura de mi casa.

—Pero, señor, él es…

—Él no es nadie, es un simple gusano que debería estar muerto y no quiero volver a verlo nunca más.

Arturo había cometido un error muy grande hacía casi cinco años. En un brote de esas locuras que le daban, se empeñó en poner todas sus propiedades y sus negocios a nombre de Gabriel porque decía que el ya no se encontraba con fuerzas y que ya no tenía cabeza para llevar todos los papeleos. Por eso Gabriel podía echarlo a la calle sin nada, pues legalmente todo era suyo.

Después de eso, subió derrotado a la habitación. Mónica no había movido un solo músculo, seguía sumergida en ese sueño profundo y al pensar que pudiera quedar para el resto de su vida así, sintió ganas de morir, de tumbarse a su lado y dormirse junto a ella para no despertar hasta que ella lo hiciera. Y fue lo que hizo, se acostó junto a ella y la abrazó con mucho cuidado de no moverla, como había ordenado el doctor.

—Mónica, despierta, cariño. Te juro que en cuanto te despiertes voy a llevarte a casa y que de ahora en adelante se hará todo como tú quieras. Mónica, cariño, despierta. Por favor, despierta.

Se quedó abrazado a ella, en silencio mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Lágrimas de dolor por su mujer y también de decepción por todos esos años de mentiras. Llevaba años odiando sin motivo a una familia que lo único que habían hecho era enemistarse con un loco que, en su afán de venganza, se había aprovechado de un niño llenándole la cabeza de odio y rencor. Sin darse cuenta, se quedó dormido y con muchas dudas dentro, pues seguía sin saber qué había pasado verdaderamente con sus padres.



XXXIX

Nube Blanca

Cuando Jorge llegó a casa y les contó lo que había pasado en la plantación de los Robles, todos se quedaron con la boca abierta.

—¿Fuiste capaz de volver a casa y dejar a mi hija con esa gentuza? ¿Con ese tal Fernández y con el antiguo capataz de mi padre, el que te azotó hasta desfallecer? Esos hombres nos odian, son unos monstruos y podrían hacerle daño a Mónica.

—Tranquila, Gabriel no lo permitirá, me dio su palabra.

—¿Y desde cuándo podemos fiarnos de la palabra de ese cerdo? —dijo su hijo muy enfadado.

—Me dio su palabra de soldado, y después de todo lo que ha ocurrido, creo que sí puedo fiarme de él. Ha prometido que en dos días la traerá a casa.

—¿Y por qué dos días? —preguntó su mujer.

—No lo sé, pero por la forma en que me lo pidió y lo desconcertado que estaba, supe que si no le concedía esos dos días, no me la llevaría y no saldría vivo de allí. Sus hombres estaban esperando cualquier pretexto para pegarme un tiro y Gabriel no estaba en sus cabales. Por eso le di los dos días y le amenacé con matarlo si Mónica sufría algún daño. ¿Sabes lo que me contestó?

—No, ¿qué?

—Que si Mónica resultaba herida, tenía su permiso para matarlo.

—¿Eso te dijo? —se sorprendió su mujer.

—Sí.

—Entonces tendremos que rezar para que cumpla su promesa.

Aún no me puedo creer que Gabriel sea ese niño que tanto buscaste, ese niño que se suponía que había adoptado una pareja del norte.

—Sí, Arturo debió pagar a alguien para que lo adoptaran, por eso nunca lo encontré.

—¿Quién es Gabriel y porque querías encontrarlo? —preguntó su hijo con curiosidad.

—Gabriel y Lucy son hermanos…

—¡Hermanos! —Jorge y Estela se asombraron al escuchar esas palabras.

Su padre les contó la historia desde el principio.

Los 20 Robles

Gabriel abrazaba a su hermana, los dos estaban acurrucados en un rincón de la pequeña cabaña que era su hogar, una cabaña hecha de maderas viejas y secas. Cada vez que sus padres discutían, ellos se abrazaban y se escondían en ese rincón hasta que la furia de su padre desaparecía.

Esos días su padre estaba siempre enfadado, su jefe lo había despedido y golpeado hasta casi matarlo, pero por más que su mujer le preguntaba por qué, él siempre decía: «A ti qué te importa, mujer. Si lo que te preocupa es que no trabaje, no te apures. Pronto encontraré otro trabajo y traeré de nuevo el jornal a casa. Y ahora, déjame en paz».

Al día siguiente, su madre regresó del trabajo hecha una furia y los dos se pusieron a discutir una vez más como locos.

—¡Eres un maldito hijo de perra!

—¿Qué te pasa, mujer? Y no vuelvas a insultarme o te daré una paliza, eres mi mujer y me debes un respeto.

—¿Un respeto yo a ti? ¡Ja! Ya sé por qué te han echado de la plantación de los Salazar: por violar a una esclava, y era solo una niña. Por eso el señor Mendoza te dio una paliza y te echó a la calle, ¿verdad? Te revuelcas con esas esclavas y luego vienes y me contagias a mí todas esas cosas de las negras.

—Yo hago lo que me da la gana para eso soy el hombre, y tú la mujer que debe obedecer a su marido. Y ahora, cierra la boca y sírveme la cena.

—¡Qué te sirva la cena!

Con la rabia que la consumía por dentro, cogió el cazo de servir y cuando fue a darle en la cabeza él la empujó haciéndola caer

sobre la mesa. Con el impulso, la mesa se volcó y todo su contenido con ella, incluyendo las tres velas que iluminaban la cabaña. La paja que había en el suelo prendió inmediatamente y también el vestido de su madre. Su padre, al intentar ayudarla, corrió la misma suerte. Los dos gritaban desesperados envueltos en llamas y rápidamente la pequeña chabola se convirtió en un infierno. Gabriel abrazaba a su hermana con fuerza, sin poder moverse por el terror que sus ojos estaban presenciando, y solo fue capaz de reaccionar al escuchar a su madre decir, mientras el fuego la consumía:

—¡Gabriel, sal de aquí! ¡Saca a tu hermana de aquí y cuida de ella! ¡Corre, hijo! ¡Corre!

Después de sacar a su hermana de la cabaña, se quedó sentado en el suelo con ella en su regazo, viendo cómo el fuego consumía su casa y a sus padres.

Cuando la gente llegó para ayudar ya era demasiado tarde, las llamas eran tan grandes que nada se podía hacer. Estuvieron un día con su vecina, pero la pobre mujer no tenía casi para alimentar a sus propios hijos y no tuvieron más remedio que llamar al orfanato para que fueran a llevárselos.

Su hermana no se había desenganchado de su cuello desde que ocurriera toda esa desgracia e hicieron falta tres hombres para separarlos. Al resistirse, Gabriel cayó por unas escaleras, partiéndose la barbilla y golpeándose la cabeza. Desde ese mismo instante Gabriel olvidó todo su pasado. En esa época, en los orfanatos separaban a los niños de las niñas, fueran o no hermanos, y la gente los adoptaba por separado. Era raro que los hermanos a los que separaban se volvieran a ver.

Gabriel se despertó sobresaltado. Los recuerdos habían vuelto de repente en forma de sueño, pero un sueño tan real que por sus mejillas corrían las lágrimas. Aún tenía los brazos apretados como si su hermana estuviera entre ellos y se la estuvieran robando de nuevo, y cuando se dio cuenta de que a quien apretaba era a Mónica, reaccionó inmediatamente y la observó para cerciorarse de no haberla lastimado con su fuerza. Pero ella seguía igual.

No podía dejar de pensar en todos esos recuerdos que habían vuelto a él, en cómo Arturo lo sacó de la casa donde fue después del orfanato. La pareja que lo adoptó lo tuvo esclavizado durante el mes que pasó con ellos, ya que él debía encargarse de todas las tareas y lo alimentaban con sobras, como a los cerdos. Esa era la vida de muchos niños adoptados una vez los sacaban del orfanato, pues la gente no buscaba hijos para darles cariño y protección, sino más bien esclavos para trabajar.

Cuando Arturo se lo llevó, le dijo que era su padrino y no le dio más explicaciones. Lo alimentó y vistió con lo mejor, pero nunca le

dio un poco de cariño. Lo instruyó y castigó para hacerlo fuerte y dominante, y le lavó el cerebro haciéndole creer que Jorge había sido el culpable de la muerte de su familia y que su hermana había muerto en el mismo incendio que sus padres. Buscaba con ello que él destruyera a los Mendoza en su nombre y al fin poder cobrarse todas las humillaciones que, según él, Jorge le había hecho.

Después de analizar todo eso se sintió utilizado, manipulado y traicionado. Tenía unas ganas locas de matar a Arturo, pero también sabía que, sin él, su vida con esa pareja de abusones habría sido un infierno. Aunque con Arturo también vivió muchas veces en un infierno, sobre todo cuando lo castigaba para hacerlo fuerte y enseñarle a bloquear sus emociones, le debía agradecer la excelente enseñanza que había recibido en las mejores academias militares para convertirlo en lo que era, un capitán condecorado y muy bien mirado por sus superiores, menos por el general Mendoza, por supuesto. Algo que debía remediar si quería volver a conquistar a su mujer. Para que Mónica volviera a él también debía reconquistar a su familia, y eso era una batalla casi perdida, aunque debía intentarlo. Nunca se daría por vencido y nunca se rendiría. Mónica tenía que volver a quererlo, porque la vida sin ella no tenía sentido.



XL

Los 20 Robles

Dos días después y con la promesa que le había hecho a Jorge, Gabriel estaba preparando a Mónica para llevarla a Nube Blanca. Su estado era el mismo, pero el médico le había dado permiso para moverla y él prefería que estuviera en su casa, rodeada del cariño de sus padres. Tal vez así, Mónica despertara de ese horrible sueño y abriera por fin esos hermosos ojos violetas que lo volvían loco.

—Gabriel, deja que te acompañemos —le dijo Fernández.

Estaban acomodando a Mónica en una carreta para que pudiera ir tumbada en el colchón que este había ordenado colocar para hacerle el viaje más confortable.

—No, ya hemos hablado de esto. Iré yo solo.

—Pero van a matarte cuando vean a su hija en este estado.

—Lo sé y no me importa. Todo esto lo he provocado yo y yo debo pagar las consecuencias.

—Pero tú no la embestiste con el caballo.

—Pero yo la traje aquí en contra de su voluntad, por tanto, soy culpable de lo que le ha sucedido. Además, si los Mendoza me ven llegar acompañado será una provocación, y ya no quiero más batallas, estoy cansado.

—¿Pretendes que te dejemos marchar a una muerte segura?

—No pretendo nada, os estoy dando una orden. Y ya sabes cómo terminan los que no obedecen mis órdenes.

—Y si no vuelves, ¿qué pasará con todo esto?

—Francamente, me importa bien poco. Supongo que volverá a

su legítimo dueño. Adiós, Fernández.

Subió a la carreta y se puso en marcha, debía ir muy despacio para evitar que los baches pudieran dañar a Mónica, pero no le importaba el tiempo que tardara en llegar. Era consciente de que caminaba hacia una muerte segura, pues Jorge le había advertido que quería a su hija intacta y no se podía decir que Mónica estuviera así. No sabía cuándo despertaría y si alguna vez lo haría, por eso estaba tan desanimado que le importaba bien poco vivir o morir en ese mismo instante.

Nube Blanca

Al entrar en Nube Blanca, Gabriel sintió el revuelo de los negros corriendo para avisar a los Mendoza de su llegada. Aún no había llegado al porche cuando todos ya estaban fuera esperándolos.

—¡¿Por qué traes a mi hija en una carreta?! —gritó Jorge al verlo llegar.

Todos corrieron hacia la carreta asustados.

—¡¿Por qué esta tumbada?! ¡¿Por qué no se mueve?! —Mónica se asustó al ver a su hija en ese estado vegetativo.

—¡¿Qué le has hecho a mi hermana, malnacido?!

Jorge lo bajó de la carreta y empezó a golpearle. Gabriel no se movía, no se defendía, solo estaba arrodillado, recibiendo cada puñetazo que le daba Jorge en la cara, mientras sangraba por la nariz y por la boca.

—¡¡Basta!! —gritó su padre—. ¡Déjale hablar! ¡Quiero saber qué le pasa a tu hermana antes de matarlo! —Cogió a Gabriel del pelo para levantarle la cabeza y le gritó—: ¡Vamos, habla! ¡¿Qué le ha pasado a mi hija?!

—¡¡¡Mátame!!! ¡¡Vamos, mátame!! —Sus ojos estaban inundados en lágrimas y su rabia era aterradora—. ¡¡Puede que no despierte nunca más!! No he cumplido mi promesa, ¡¿a qué estás esperando?! —Jorge sacó su pistola, la apoyó en su frente y quitó el seguro. Gabriel cerró los ojos y susurró—: Libérame, por favor. —Pero al oírle decir eso, Jorge fue incapaz de disparar.

Podía sentir todo el sufrimiento que llevaba dentro y justo en ese instante se compadeció de él. No podía matar a un hombre tan sumamente abatido, desesperado, derrotado y arrepentido. Apartó la pistola y les ordenó a sus hombres.

—Encerradle. Cuando se calme hablare con él y sabremos qué le

pasa a Mónica.

—¡Pero, papá, deberías matarle! ¡Es lo único que se merece!

—No puedes matar a un hombre que ya se siente muerto por dentro y quiero saber qué ha pasado. Ayúdame a subir a tu hermana a su habitación y que Moisés traiga al médico.

Cuando el médico les contó todo lo que había pasado y el estado en el que se encontraba Mónica, Jorge empezó a comprender el comportamiento de Gabriel. Quería morir porque no sabía si Mónica despertaría y porque se sentía culpable de la muerte de su hijo, por eso le había suplicado que lo matara. Pero no le iba a dar ese gusto, él viviría hasta que su hija despertara y, cuando lo hiciera, lo mataría. Así que, si Mónica pasaba el resto de su vida perdida en ese sueño eterno, Gabriel sufriría el resto de la suya sintiéndose culpable por ello.



XLI

Nube Blanca

Al día siguiente, Jorge fue a visitar a Gabriel de buena mañana. Gabriel estaba atado a los barrotes de una de las cuadras de los caballos. Estaba sentado, apoyado en la pared, con la cabeza escondida entre sus brazos, que se cruzaban en sus rodillas flexionadas.

—¿Cómo esta Mónica? —le preguntó cuando vio la punta de sus botas.

—Sigue igual. Mataste a tu capataz, ¿verdad? ¿Fue él quien embistió a mi hija con el caballo? ¿Por eso lo mataste?

—Qué importa eso ahora. Yo llevé a Mónica de nuevo a esa casa, yo soy el único culpable, así que cumple tu promesa y mátame. —Estaba tan abatido que ni siquiera su voz parecía tener vida.

—No, no voy a matarte. Eso no sería un castigo, sino una liberación, tú mismo lo dijiste. Seguirás aquí encerrado hasta que Mónica despierte, y si no lo hace nunca, te pudrirás en esta cuadra, culpándote todos los días por la desgracia de mi hija y también por la muerte de tu hijo. Creo que ese es un buen castigo para ti, y da gracias a Dios de que en Nube Blanca no tengamos mazmorras, si no, estarías en una de ellas.

Cuando Gabriel levantó la cabeza para mirarlo, sus ojos estaban vacíos, sin una sola emoción, su cara deformada por los golpes que le había dado Jorge era casi indescifrable, pero su boca apretada casi a punto de estallarle los dientes se lo decía todo. Con la misma rapidez que un felino, se levantó y a Jorge casi no le dio tiempo a

salir de la cuadra.

—¡¡¡Eres un cobarde, me lo prometiste, me dijiste que me matarías!!! —empezó a gritarle como un loco. Jorge abandonó las cuadras porque sabía que en ese estado nada sacaría de él, y mientras se iba, seguía oyendo a Gabriel despotricar como un energúmeno—. ¡¡¡Jorge!!! ¡¡¡Jorge, ven aquí y acaba conmigo si tienes lo que hay que tener!!! ¡¡¡Violé a tu hija, la golpeé hasta que me dolieron las manos, la humillé, la repudié, ordené a mis hombres que la violaran cuando estuvo en esas mazmorras!!! ¡¡¡Nooo!!! ¡¡¡Mónica!!! ¡¡¡Mónica!!! —Se dejó caer en el suelo y se echó a llorar como un niño pequeño hasta que se quedó dormido por el agotamiento.

Cuando Jorge llegó a la habitación de su hija, encontró a su mujer sentada en la cama.

—¿Crees que algo de lo que ha dicho es cierto? —preguntó Mónica preocupada.

—¿Lo escuchaste?

—Creo que lo habrá escuchado todo el condado.

—No, él no ha hecho nada de eso. Solo me está provocando para que lo mate.

—Yo tampoco lo creo, pero quería saber tu opinión. Lo que me sorprende es que tú no le creas.

—Un hombre capaz de matar a su capataz tan fría y despiadadamente por embestir a Mónica con el caballo no es capaz de hacerle todas esas cosas a tu hija, y mucho menos dejar que otros las hagan. No creo que pueda alzarle la voz a tu hija y estoy completamente seguro de que si alguien intentara herirla de nuevo, moriría lenta y dolorosamente.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir, aunque me cueste reconocerlo, que ese muchacho se dejaría matar por tu hija.

—Entonces, ¿por qué lo tienes encerrado?

—Porque eso no quiere decir que no se merezca el castigo.



XLII

Nube Blanca

Al día siguiente a Gabriel lo despertó un cubo de agua fría como el hielo, pero él ni siquiera se movió.

—¿Se habrá muerto, señor? —preguntó Moisés.

—Qué se va a morir. Y si lo ha hecho, mejor, un problema menos para mi hermana. Cuando vuelva de ese sueño y sepa que ha perdido a su bebé por culpa de él, querrá matarlo.

Gabriel había oído ese comentario tan dañino que le había taladrado el corazón y había notado el agua helada sobre su cuerpo, pero no sentía nada. Se había concentrado, como tantas veces hizo para que los castigos de su padrino no cayeran sobre él, y se había vuelto inmune a cualquier sentimiento, o por lo menos a manifestarlos, porque no les daría ese gusto. Antes se moriría que demostrarle a esa gente lo mucho que le dolía seguir respirando.

—Te hemos traído el desayuno. Vamos, muévete. —Mientras le hablaba le iba tirando la fruta, dándole en la cabeza—. Si no quieres comer, allá tú, muérete de hambre. Vámonos, Moisés, aquí huele mal.

***

Dos días después todo seguía igual, ni Gabriel ni Mónica se

movían. Jorge decidió ir a hablar con Gabriel para sacarlo de ese estado catatónico que se había autoimpuesto él mismo, era como si hubiera decidido morirse con Mónica.

—Gabriel, tienes que reaccionar. Que estés así no va a hacer que Mónica vuelva. —Al ver que no daba resultado, le quitó las cadenas y le dijo—: Eres libre, puedes irte. —Pero ni aun así él se movió. Entonces decidió probar a llamar su atención, pues si eso no daba resultado, nada lo haría—. Hace veinte años tu padre trabajaba para mí. Un día, lo encontré abusando de una esclava que apenas tenía quince años, le pegué una paliza y lo eché a la calle. Lo que ocurrió realmente con tus padres no lo sé, solo sé que unos días después su casa se incendió y que murieron en ella. Tu hermana y tú habíais conseguido escapar y estabais en el orfanato. Cuando me enteré, quise hacerme cargo de vosotros, pues me sentía responsable, pero no pude, estaba arrestado y tardé varias semanas en volver. Al regresar solo quedaba la niña, a ti ya te habían adoptado, así que me llevé a tu hermana. Estuve buscándote, pero fue imposible dar contigo. Según me decían en el orfanato, tus padres adoptivos no eran de aquí y no sabían cómo localizarlos.

—Si adoptasteis a Lucy, ¿por qué los Castro son sus padres? —Cuando Jorge escuchó la voz moribunda de Gabriel sonrió, su historia parecía surtir efecto.

—Para ese entonces vinieron a vivir aquí los Castro y cuando Lucía vio a tu hermana, se enamoró de ella. Era una niña muy bonita. Aún no habíamos tramitado los papeles de adopción y ellos nos suplicaron que les dejáramos adoptarla. Llevaban más de cinco años casados y no habían conseguido ser padres. Después de pensarlo bien, decidimos aceptar su propuesta, pues acabábamos de tener a Jorge y sabíamos que podíamos tener más hijos.

—¿No queríais a una niña ilegítima?

—Esa no fue la razón. Teníamos a Jorge y sabíamos lo bonito que era poder disfrutar de un hijo. Hubiera sido muy egoísta por nuestra parte privar a los Castro de esa sensación cuando nosotros podíamos tener hijos y ellos no. Lucía era la hermana de Estela, la conocíamos y sabíamos que sería una buena madre, por eso dejamos que la adoptara. La lástima fue no poder hacer lo mismo contigo. Hubieras sido un niño feliz con los Castro y no te hubieras visto obligado a vivir con un demente que te nubló el juicio y abusó de tu inocencia para convertirte en lo que eres ahora. Creo que es hora de que salgas de aquí. Al fin y al cabo, tú no atropellaste con el caballo a mi hija, sino todo lo contrario, le cortaste el cuello al culpable y me hiciste jurar que te mataría si no me devolvías a mi hija intacta cuando sabías que eso no podría ser. Lo hiciste adrede para que me fuera y así evitar que tus hombres me mataran si te

exigía ver a Mónica, ¿verdad?

—No quiero hablar de eso.

—¿Y de qué quieres hablar?

—No sabía que estaba embarazada, lo juro. Me enteré cuando el médico me dijo que Mónica había perdido al bebé.

—Lo sé, el médico nos contó lo sorprendido que te quedaste cuando te dio la noticia. Nosotros tampoco lo sabíamos. Ahora quiero que comas y que salgas de aquí…

—No.

—Gabriel…

—No voy a moverme de aquí hasta que Mónica vuelva. Este es mi castigo, tú mismo lo dijiste. No voy a comer hasta que ella coma, no beberé hasta que ella beba y no me moveré hasta que ella se mueva. Si muere, moriré con ella. En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe, eso fue lo que dijo el cura.

Seguía en la misma posición, no se había movido ni un milímetro. Solo había hablado con voz de ultratumba y ni siquiera lo había mirado.

***

—No sé qué hacer con este muchacho —dijo Jorge, preocupado, cuando se sentó en la mesa—. Se está echando a morir y no reacciona con nada.

—Pues déjale que muera, es lo que debe hacer, se lo merece.

—Jorge, ponte en su lugar —le pidió su padre.

—No puedo ponerme en su lugar, ¿cómo puedes decirme eso? Y no entiendo por qué te estás ablandando con él.

—Pues es muy sencillo, solo tienes que ponerte en su lugar por un momento y lo entenderás.

—¿Qué entenderé? ¿Que es un malnacido que se acercó a nuestra familia y nos engañó para maltratar a mi hermana hasta casi matarla?

—No me refiero a eso, sino al hecho de que era un niño cuando vio morir a sus padres abrasados, cuando un hombre sin escrúpulos lo acogió y maltrató hasta que logró hacer de él el hombre que es ahora. Le lavó el cerebro y le hizo creer que yo había ordenado la muerte de sus padres y de su hermana para así calmar su sed de venganza. Y cuando sientes eso, nada te hace parar hasta conseguirlo. Y de eso puedo dar fe porque yo pasé por la misma situación que él.

—En eso tu padre tiene razón, él es una víctima más de Arturo Robles —dijo su madre muy triste.

—Tú nunca hiciste daño a mi madre y, sin embargo, gracias a él Mónica casi muere dos veces.

—Gabriel tampoco ha dañado a tu hermana, han sido circunstancias que él no ha podido evitar. Y todos los que han dañado a tu hermana han sufrido un castigo muy severo a manos de él. Como el soldado de la fiesta de Aguirre, que aún no puede comer después de tantas semanas, solo absorbe purés.

—Que se aguante, se lo merecía. Si hubiera sido yo, lo habría matado.

—Y él también. Si no llegan a aparecer los otros soldados que los separaron, esos dos estúpidos estarían muertos, porque tanto Edu como Gabriel querían matarlos.

—¿Qué estás insinuando, papá? —preguntó Jorge indignado.

—Que hay que aprender a perdonar y que, por lo que he averiguado y por lo que he visto, sé que Gabriel ama a tu hermana y no creo que se merezca morir. Se merece un castigo, sí, y su castigo será soportar el desprecio de tu hermana cuando despierte. Todos sabemos lo dura que puede llegar a ser tu hermana y le va a hacer la vida imposible hasta que decida perdonarlo.

—Yo también estoy segura de que Gabriel está enamorado de tu hermana —aseveró Estela.

—Ella no va a perdonarlo, no es tan blanda como tú, papá. Y yo tampoco voy a hacerlo nunca.

—Tarde o temprano, Mónica lo perdonará, estoy segura —dijo Mónica.

—Yo también creo que Mónica lo perdonará —corroboró Estela —, porque lo ama. Pero tu padre tiene razón, le costará mucho.

—Jorge, ¿por qué no dejamos que Gabriel suba a ver a Mónica?

—¡¿Te has vuelto loca, mamá?! ¡¿Para qué?! —exclamó su hijo furioso.

—El médico ha averiguado que los enfermos con el sueño eterno a veces han despertado escuchando la voz de sus seres queridos, y nosotros le hemos hablado hasta desfallecer. Puede que, al escuchar su voz, despierte.

—Podemos probar, no nos cuesta nada —dijo Jorge esperanzado.

—¡¿Vais a permitir que ese hombre suba a ver a Mónica?! —gritó Jorge, más enfadado todavía.

—Probaré cualquier cosa para que tu hermana despierte, y si Gabriel puede conseguirlo, estaré más que satisfecha. Como bien ha dicho tu mujer, si tu hermana aún sigue amándolo, puede que sea su voz la que la traiga de regreso —aclaró Mónica.

—En cuanto termine de comer iré a hablar con él, esperemos que eso le haga reaccionar y salir de ese estado. Hay que decirle a Tula que le lleven una bañera y ropa limpia, no puede subir conforme está.

—¡Estáis locos! ¡¿Lo sabéis?!

Estela acarició el brazo de su marido para tranquilizarlo.

—Cariño, no se pierde nada por probar y como dice tu madre, puede que él la traiga de vuelta, es un hombre muy tenaz.

—Ojalá tengáis razón, pero aun así no quiero ver a ese hombre en esta casa. Si me disculpáis, me retiraré antes de que él entre, porque si no soy capaz de golpearle nuevamente. —Se marchó en dirección a su habitación y Estela se levantó también para ir detrás de su marido.

—Será mejor que le acompañe, así lo vigilaré. Es capaz de estar esperando a que entre para atacarle —bromeó, haciendo sonreír a sus suegros.

—¿Por qué todos mis hijos han sacado tu carácter? —dijo Jorge sonriendo a su mujer.

—Porque han sido muy bien educados. Y no te quejes, a ti te encanta que sean así.

—No me quejo, solo preguntaba.

—Además, tú tampoco eres un angelito, querido.

—Puede que tengas razón. ¿Crees que me equivoco con Gabriel, que no debería darle una segunda oportunidad?

—Creo que eres justo, como lo has sido toda tu vida, y por eso quieres perdonarle. Aunque hay otro motivo que también te empuja a ello.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—La culpabilidad. Te culpas porque crees que si no hubieras echado a su padre de aquí, Gabriel no hubiera sufrido tanto de niño.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

—Porque son muchos años juntos, y óyeme bien, nada de lo que está pasando es culpa tuya. Aquella vez obraste con justicia, como has hecho siempre. Si no fueras así, no podría amarte tanto como te amo. Siempre estuve orgullosa de ti señor Mendoza, y después de tantos años sigues sin decepcionarme. Sigues siendo justo y sigo estando orgullosa de ti, mi vida.

—Yo también estoy orgulloso de mi preciosa mujercita —dijo con una gran sonrisa, besándola con mucha pasión.

—Bien, hagamos que nuestra hija vuelva de ese sueño eterno. —Mónica estaba entusiasmada y esperanzada—. Trae a ese muchacho y comprobemos si de verdad esos dos se aman tanto como parece.

—Tus deseos son órdenes para mí, señora de Mendoza. —Volvió

a besarla y salió hacia las caballerizas en busca de Gabriel.

***

Gabriel seguía tirado en el suelo cuando vio llegar a unos negros con una bañera. La colocaron frente a él junto con un banquito en el que dejaron jabón, una toalla y ropa limpia. Llenaron la bañera y se fueron sin decir una sola palabra. Al momento, entró Jorge.

—Vamos, muchacho. Levántate de ahí y date un baño. Y no es una petición, es una orden, soldado.

—¿No te cansas? No tienes lo que hay que tener para matarme y tampoco para dejarme morir. No vuelvas más porque no voy a cambiar mi postura. Vete y déjame solo.

—Tendrás que darte un baño y vestirte decentemente si quieres ver a mi hija.

Al oírle decir eso, Gabriel se incorporó. Después de casi cinco días era la primera vez que se movía.

—¿Mónica ha despertado?

Jorge sonrió al verle reaccionar.

—No, no ha despertado todavía.

Gabriel se dejó caer de nuevo en el suelo, resoplando.

—¿Estás jugando conmigo? ¿Eso te divierte? Si yo fuera tú no lo haría, no estoy de humor para bromas, podría matarte. Recuerda que soltaste mis cadenas —le advirtió malhumorado.

—No estoy jugando contigo, solo queremos probar una cosa que nos sugirió el doctor.

Gabriel volvió a incorporarse.

—¿El médico ha encontrado algo nuevo para que Mónica despierte?

—Sí…

—¿Qué es? —preguntó interrumpiéndole.

—Le han dicho que en otras ocasiones el dormido ha despertado escuchando las voces de sus seres queridos.

—¡Ah! Y vienes a buscarme precisamente a mí. Mónica me odia y si es mi voz la que escucha, no querrá despertar jamás.

—Ese es un riesgo que tendremos que correr. Hasta ahora ninguna de las voces la ha hecho despertar, ni la de sus padres ni la de su hermano ni sus padrinos ni Estela ni Beatriz ni Eduardo ni José. —Jorge pudo sentir la tensión en Gabriel al mencionar a José y sonrío—. Tú eres el único que falta por probar, eres su marido y alguna vez estuvo enamorada de ti, podrías hacerla volver. O por lo

menos intentarlo.

Gabriel lo miró fijamente a los ojos y se levantó muy despacio, pues estaba entumecido después de tantos días sin moverse.

—Necesitaré una cuchilla para recortarme le barba, a Mónica no le gusta tan larga.

—Está bien, traeré una cuchilla.

***

Al entrar en la habitación de Mónica, a Gabriel se le llenaron los ojos de lágrimas. Hacía seis días que no la veía y verla como muerta en vida le destrozó el corazón. Los moratones ya habían casi desaparecido y en el brazo apenas tenía una venda fina sujetándole el codo. Cuando llegó a la cama se tumbó a su lado y la cogió entre sus brazos, y al sentirla tan cerca una paz interior le inundó por completo. Había deseado tanto volver a abrazarla, volver a verla, volver a tocarla que le parecía un sueño hecho realidad.

—Te he extrañado tanto, cariño —susurró suavemente pegando sus labios en su oído—. Extrañaba tu perfume con olor a jazmín. —Cuando Mónica y Jorge escucharon sus palabras decidieron dejarlo solo, era mejor darle intimidad—. Por favor, cariño, despierta. Necesito que te despiertes, necesito ver tus hermosos ojos violetas, necesito tu boca, tus besos, tus caricias. Necesito tus gritos y ver esa cara que pones cuando te enfadas que me enloquece. Necesito nuestras peleas y sobre todo necesito nuestras reconciliaciones. No sabes cómo echo de menos nuestras reconciliaciones, daría mi vida por una noche más contigo, daría mi vida por volverte a ver sonreír, por un hola de tus labios o un te odio, si lo prefieres. Y sobre todo daría mi vida por poder volver a cabalgar a tu lado, mi pequeña salvaje, por ver tu pelo enmarañado volando al viento, por verte con esos pantalones y esa camisa que te hacen tan sexi, y que me volvieron loco cuando te conocí. ¿Te acuerdas? Yo creía que eras una ladronzuela, y en cierto modo no me equivoqué, porque me robaste el corazón. Pero he sido tan estúpido que no me he dado cuenta hasta que te tuve entre mis brazos con toda esa sangre y vi que te morías. En ese instante, supe que no quería vivir en un mundo donde tú no estuvieras. Por todas esas cosas y porque soy un egoísta, te ordeno ahora mismo que te despiertes. De lo contrario, vas a tenerme aquí pegado a tu oreja toda una vida y después toda una eternidad, hablando y hablando sin parar hasta que abras los ojos y me mandes callar. Así que ve haciéndote a la idea y

despiértate ¡ya! Te estoy esperando, cariño, vuelve conmigo.

Gabriel empezó a acariciarle la cara muy suavemente, delineó sus cejas una a una y le besó la frente. Después pasó los dedos por debajo de sus ojos, besándolos con mucha ternura. Su dedo índice recorrió su tabique nasal y sus labios trazaron el mismo camino hasta llegar a la punta de su nariz, y lo mismo hizo por sus mejillas. Al llegar a sus labios, sus dedos los acariciaron suavemente, primero el de abajo y después el de arriba, hasta cubrirlos con un beso suave como terciopelo. Y después de ese, otro, y otro, y otro, y otro. Deseaba ser un príncipe azul y que ella fuera esa hermosa princesa que despertaba con el más puro beso de amor. Había perdido la cuenta de los besos, cuando el corazón se le paralizó al sentir los labios de Mónica devolverle el último beso.

Al abrir los ojos y ver esos maravillosos ojos violetas prendidos de los suyos, comenzó a llorar por la emoción. Gabriel no podía hablar, solo la miraba, y besaba sus labios una y otra vez para que no volviera a cerrar los ojos. Si sus besos habían conseguido que abriera los ojos, la besaría eternamente para que no los volviera a cerrar nunca más. Pero al ver que volvía a cerrarlos, la besó con más fuerza.

—Nooo, cariño. Por favor, no te duermas. Abre los ojos, cariño. Abre los ojos y mírame.

Mónica volvió a abrir los ojos.

—¿Vas a obligarme… otra vez… ni siquiera… puedo dormir? —Sus palabras se cortaban por el agotamiento que invadía todo su cuerpo—. ¿Qué me pasa…? ¿Por qué estoy… tan cansada? —Gabriel, sonriendo de nuevo, volvió a besarla y Mónica levantó su mano para limpiarle las lágrimas que brotaban de sus ojos—. ¿Por qué… lloras?

—No estoy llorando, estoy emocionado, y te juro que nunca más voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer.

—¿Por qué… estás emocionado y… qué te ha pasado? —preguntó confusa, acariciando los moratones de su cara.

—Nada, no te preocupes. ¿No recuerdas nada? ¿No recuerdas el accidente? Has estado una semana durmiendo por el golpe tan fuerte que te dio el caballo.

Al escucharle, los recuerdos volvieron a su mente de golpe. Recordaba todo, hasta el más mínimo detalle. Cómo él llegó a su casa con una guardia a reclamarla de nuevo, cómo se la llevó a la plantación de los Robles, el miedo que sintió al volver a ese lugar y ese horrible caballo lanzándola por los aires. Después de eso, todo era oscuridad.

—¿Dónde estoy?

—En tu casa.

—¿Vas a volver… a llevarme a…?

—¡Ssshhh! —La besó—. No voy a llevarte a ningún sitio. De ahora en adelante, todo se va a hacer como tú quieras que se haga. No voy a volver a imponerte nada, Mónica.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. —Gabriel respiró profundamente porque lo que ahora venía iba a ser muy duro—. Mónica, ¿por qué no me dijiste que estabas embarazada?

—¿Lo sabes? ¿Quién… te lo ha dicho?

—El médico.

—¿Y él cómo… lo sabe? Tengo sed, tengo la… boca seca. —Gabriel se incorporó y le dio agua.

—Mónica, el médico me lo dijo cuando tuviste el accidente porque sufriste un aborto.

Mónica se quedó paralizada al oír a Gabriel, una sensación de culpa la embargó y la hizo estremecer.

«No, no puede ser, es por mi culpa. ¡Oh, Dios mío, yo lo he matado! Yo deseé que muriera todas las noches, yo no quería estar embarazada de él, no quería tener un hijo de él». De pronto, le vinieron a la mente las palabras que le dijo a Gabriel cuando él le preguntó si estaba embarazada. «Eres un monstruo, Mónica. Has maldecido a tu hijo y por eso se ha muerto. Al final, serás una bruja de verdad».

Gabriel se asustó al verla paralizada, sin poder respirar y tan tensa que parecía que podía romperse en pedacitos.

—Mónica, Mónica ¿qué te pasa? —le preguntó sacándola de sus pensamientos. Mónica rompió a llorar y él la abrazó con fuerza—. ¡Ssshhh! Ya, ya pasó, cariño. Tendremos otro bebé, tendremos todos los que tú quieras.

Mónica lo empujó, le dio la espalda y se abrazó a su almohada.

—¡Vete, vete! No voy a tener más hijos, no te quiero a mi lado.

—Mónica…

—¡Vete! Me lo has prometido, nunca más me obligarías, y no quiero estar nunca más contigo. Todo es por tu culpa, tú me obligaste a maldecirlo, por tu culpa quise que muriera, y ahora… —Otra vez rompió a llorar. Los sollozos eran tan fuertes que no podía seguir hablando y se abrazó más fuerte a la almohada.

Gabriel decidió salir, se lo había prometido y esta vez no iba a romper su promesa. Ella no quería volver a verlo y él debía marcharse. Al menos, le quedaba el consuelo de haberla despertado con sus besos y su voz, y eso lo llenaba de gozo y también le daba un poco de esperanza.

Cuando bajó al comedor estaba tan abatido que tanto Mónica como Jorge se quedaron sin respiración, esperando lo peor.

—¿Qué ha pasado, Gabriel? ¿Por qué esa cara? —preguntó Jorge con voz temblorosa.

—Mónica ha despertado.

—¡¡¿Qué?!!

Los dos gritaron a la vez. Mónica, sin poder esperar más, salió corriendo a la habitación de su hija. Pero Jorge se quedó allí porque, aunque se moría de ganas de subir a ver a su hija, era incapaz de dejar así a Gabriel.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué esa cara? Deberías estar feliz. Lo has conseguido, has despertado a Mónica y eso nunca voy a olvidarlo.

—Y lo estoy, no hay nada que me haga más feliz que haber despertado a Mónica. Pero ella no me quiere aquí, no quiere volver a verme y yo debo cumplir mi promesa. Por eso tengo que marcharme. A no ser que tú quieras cumplir la tuya. Mónica ha despertado, si aún estás dispuesto a matarme, hazlo ya, o deja que me vaya.

—Puedes irte, muchacho. Creo que entre nosotros la guerra ha terminado, ¿no es así? —Le ofreció la mano en son de paz y Gabriel la aceptó con un fuerte apretón.

—Sí, estoy harto, ya no quiero pelear más, voy a volver al cuartel. Adiós, general.

—Adiós, muchacho.



XLIII

Nube Blanca

Los días pasaban con mucha alegría en casa de los Mendoza, todos iban a visitarla y la casa siempre estaba llena de gente.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó José en una de sus visitas. Ella le sonrió tristemente.

—No hay ninguna anulación, mi matrimonio es válido y no puedo casarme con otro. Lo siento, José. Además, tampoco tengo embarazo que esconder.

—Podrías pedirle a Gabriel de nuevo la anulación de ese absurdo matrimonio. Él debe seguir teniendo los papeles. Solo tendría que firmarlos y llevarlos al juzgado, ¿no es así? Además, te ha prometido respetar todos tus deseos, pues aprovéchate y líbrate de él de una buena vez.

—José, ahora no quiero hablar de eso, no tengo cabeza para nada.

—Está bien, no insisto. Solo quiero que sepas que, cuando quieras, me tienes aquí para cualquier cosa, no lo dudes.

—Gracias, José.

Cuando se quedó sola no pudo dejar de pensar en lo que habían hablado. Hacía casi diez días que Gabriel se había marchado y no había vuelto a visitarla en todos esos días.

«Tú le echaste, ¿recuerdas? Él prometió cumplir tus deseos, ahora no te quejes. Pero él nunca cumple lo que promete. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? ¿Y si lo hace? ¿Y si esta vez no vuelve a buscarte? Pues claro que no va a volver a buscarme, debe creer que soy una bruja y que mis predicciones se cumplen. Yo misma maldije

a su hijo y murió, ahora debe odiarme por eso. Y no le culpo, porque yo misma me odio por lo que ha pasado».



XLIV

Nube Blanca

Las hermanas de Bez habían dado a luz, por supuesto las dos al mismo tiempo, y sus padres y Alberto, que estaba de permiso, se habían ido a visitarlas. Bez se había quedado en casa de Mónica esos días, su amiga acababa de pasar por una situación muy difícil y le había pedido que se quedara porque la necesitaba, y ella no había podido negarse. Sus padres regresarían en dos semanas y ella podría conocer a sus sobrinos en otra ocasión. Mónica acababa de perder a su hijo y la necesitaba, pues era con la única que podía hablar sin reparos de cualquier cosa. Edu había vuelto al cuartel y hacía ya doce días que no se veían.

Cuando Jorge y Edu entraron a la salita donde estaban Mónica, su madre, Estela y Bez, todas se levantaron. Jorge saludó a su mujer con un gran beso en los labios y un fuerte abrazo, y a las demás con un abrazo y un beso en las mejillas. Edu hizo lo mismo, pero como siempre, dejó a Bez la última y ella, como siempre, se puso muy nerviosa creyendo que cualquier mirada entre ellos, cualquier caricia, podría descubrirlos. Edu la tomó de la cintura y la levantó del suelo haciéndola girar en el aire, bromeando y haciendo reír a los demás.

—¿Y cómo está mi hermanita preferida?

—Edu, para. Bájame, no seas loco. Y yo no soy la pequeña, lo eres tú.

—Puede que no lo seas, pero lo pareces —bromeó riéndose. La bajó muy despacio, diciéndole con la mirada lo mucho que la había

extrañado. Después le dio un beso en la frente y le preguntó—: ¿Me echaste de menos?

—Sí —contestó ella.

—Y yo a ti.

Mónica, para que dejaran de hacerse carantoñas delante de sus padres, le preguntó nerviosa a Edu:

—Y bien, ¿te quedarás a dormir? En tu casa no hay nadie. Así contaremos historias de miedo, como en los viejos tiempos.

—No, gracias, Mónica. Prefiero irme a casa, llevo muchos días extrañando mi lecho. —Cuando dijo esto miró a Bez que, avergonzada porque sabía muy bien que no hablaba de la cama sino de ella, bajó la mirada. La mirada ardiente de Edu la puso muy nerviosa—. Y espero que mi hermanita quiera acompañarme, así podremos ponernos al día de todas las noticias que me he perdido. Solo tengo dos días, después regreso al cuartel y quiero estar en casa. Eso no quiere decir que no vengamos a haceros una visita mañana. ¿Qué me dices, Bez? ¿Vas a acompañarme?

—No lo sé, depende de Jorge y Mónica, nuestros padres me dejaron a su cargo.

—No digas tonterías, Beatriz —le dijo Mónica—. Ya no eres una niña que tenga que pedir permiso y creo que deberías ir con tu hermano. Todos los negros de la casa están de permiso al no estar tus padres, y necesitará que alguien le prepare el desayuno y la comida. Eso sí, os quedáis a cenar y después podréis marcharos.

—Está bien, nos quedaremos a cenar.

Después de la cena, Edu y Bez se despidieron de los Mendoza y se dirigieron hacia su casa. Jorge les había ofrecido un carruaje, pero Edu prefirió ir con Zeus, pues se moría de ganas de tener a Bez entre sus brazos.

La Caprichosa

Zeus los llevaba hacia la plantación. Por fin habían salido de la vista de los Mendoza, así que Edu cogió la barbilla de Bez y la volvió hacia él para besarla con pasión.

—Edu, para, por Dios. —Mientras ella hablaba, él besaba su cuello—. Edu, podría vernos alguien.

—No me importa, no sabes las ganas que tenía de tenerte entre mis brazos. Estas dos semanas casi me vuelvo loco sin ti. —Siguió besando su cuello, estremeciéndola de placer.

—Solo fueron doce días —habló con un hilo de voz por el deseo

que crecía dentro de ella.

Sus manos acariciaban sus pechos por encima de la tela, pero aun así Bez los sentía arder por el placer que él le ofrecía.

—Pues se me han hecho eternos. —Después de otro beso sumamente posesivo, le preguntó—: ¿Me extrañaste?

—Siempre te extraño cuando no estás… —Las palabras se cortaron en su boca al sentir la mano de él en su entrepierna. Cuando sus dedos se colaron dentro de su ropa interior y acariciaron sus pequeños rizos, Bez soltó un gemido que retumbó en la oscuridad de la noche y con la voz ronca de deseo, susurró—: Edu, para. Para, por favor.

—No.

Nada más terminar de decir eso, metió dos de sus dedos dentro de ella, moviéndolos con mucha habilidad, haciéndole el amor con ellos, mientras ella, sin poder controlarse, se movía buscando lo que él le daba. Cuando sintió cómo ella iba a explotar de placer, devoró su boca convirtiendo su grito en un gemido ahogado. Después de eso, ella se dejó caer en su pecho y él le besó la frente.

—¡Oh, Dios mío! —susurró sin aliento.

—Te ha gustado, ¿verdad?

—Edu, no digas eso. Me da vergüenza.

—Sí, pero te ha gustado.

—Si ya sabes la respuesta, ¿para qué me lo preguntas? ¿Te gusta avergonzarme?

—No, me gusta cuando te ruborizas. —Le dio un beso—. Adoro tu inocencia. —Volvió a besarla—. Me encanta tu pureza. —Esta vez el beso fue más apasionado—. Eso fue lo que más me llamó la atención de ti la primera vez que subiste en mi caballo. Esa manera de ponerte nerviosa solo de pensar que iba a abrazarte, ese rubor que sonrosaba tus mejillas, esa inocencia que vi en tu mirada. Y que sientas vergüenza aún, después de todo lo que ya hemos hecho juntos, me vuelve loco.

—Eres incorregible —dijo riéndose—, y te amo.

—Yo también te amo, se acabó el viaje.

—¡¿Ya?! —Él sonrió.

—Si tanto te ha gustado, podemos dar otra vuelta. —Ella volvió a ruborizarse.

—Te encanta sacarme los colores.

—Sabes que sí, no te muevas.

Edu bajó del caballo y abrió el portón, entrando a Zeus de las riendas. Después, sin soltarlo, lo llevó hasta el porche y lo ató a la barandilla. Abrió la puerta de la casa, volvió al caballo para coger a Bez en brazos y entró, cerrando la puerta con el pie.

—Ahora sí vas a ser toda mía. Voy a hacer que se te ruborice

hasta la punta de la nariz y que grites hasta quedarte sin voz. La casa es toda nuestra y, por una vez, no tenemos que reprimirnos.

—¡Por Dios! Me estás asustando. —Edu soltó una estruendosa carcajada. Entonces, dijo bromeando y con su cara más inocente, ya que sabía lo mucho que le gustaba—: Creo que volveré a casa de los Mendoza, me parece que tus intenciones no son nada inocentes.

Edu sonrió con su sonrisa más picarona.

—¡Uuummm! Cómo lo sabes. Pero ya no tienes escapatoria y no voy a dejarte ir.

Bez no pudo evitar reírse y esta vez fue ella quien lo besó con mucha pasión.

—Soy toda tuya y puedes hacer lo que quieras conmigo.

—Quieres volverme loco, ¿verdad? Aunque eso lo conseguiste el primer día que te vi. —Cuando llegaron a la habitación ni se molestaron en cerrar la puerta. La sentó en la cama y le dijo—: No te muevas.

Él se levantó, encendió unas velas y se quitó las botas. Después, comenzó a desnudarse sin dejar de mirarla. Bez se ruborizó de nuevo, ya que era la primera vez que lo veía desnudo a la luz de las velas, pero fue incapaz de apartar la mirada. Todo en él era perfecto. Sus brazos fuertes, que le procuraban seguridad, su pecho ancho y musculoso, en el que le gustaba descansar cada vez que hacían el amor y quedaba agotada. Para ella, era una delicia poder observar ese cuerpo que le proporcionaba tanto placer cada vez que se unían.

Cuando Edu se arrodilló delante de ella y la besó, Bez acarició sus mejillas. Subió las manos a su pelo y lo enredó en sus dedos, mientras él la desnudaba y le acariciaba los pechos, volviéndolos duros y erectos en sus manos. Una vez la tuvo desnuda, la tumbó en la cama, abrió sus piernas y se coló entre ellas. Subió con suavidad las manos por sus muslos, pasó por sus caderas y continuó hasta sus pechos de nuevo. Mientras Bez se arqueaba disfrutando de sus caricias, toda su piel se erizaba bajo las expertas manos de Edu, que hacía vibrar su cuerpo de deseo.

Para Edu era increíble verla disfrutar de sus caricias, era un sueño hecho realidad y no quería perderse ni un solo detalle. Esa noche no necesitaba besarla para acallar sus gemidos, podía oírlos, podía deleitarse con ellos y tomarse todo el tiempo del mundo. Estaban solos y debían aprovechar ese momento. La haría suya despacio, sin prisas y la volvería loca de placer.

Cogió sus pechos entre sus manos y los besó suavemente, para después lamerlos y succionarlos con fuerza. Bez gritó, retorció las sábanas entre sus manos, se arqueó hacia él para acoplarse mejor y movió sus caderas, provocando que la erección de Edu se

endureciera más contra ella. Edu abandonó sus pechos y bajó con sus labios hasta su pequeño bosque.

—Edu… Ahí no, no-no seas loco —murmuró cuando intuyó sus intenciones.

—Dijiste que eras toda mía y que podía hacer lo que quisiera contigo, pues esto es lo que quiero.

—Pero…

—¡Ssshhh! Confía en mí, te va a gustar más que lo del caballo. —La besó con mucha pasión y le dijo, tembloroso de deseo—: Quiero disfrutar de ti esta noche sin tener que reprimirnos, estamos solos. Déjame hacerlo, por favor.

Cuando Bez sintió su boca en esa zona tan sensible, una especie de corriente eléctrica recorrió sus entrañas y su cuerpo empezó a vibrar. Quería controlarse, no perder el sentido, pero él no se lo ponía nada fácil. Cada beso, cada lametón, cada succión, cada mordisco la hacían desear más y, poco a poco, sus caderas comenzaron a moverse por voluntad propia, buscando más roce, más fricción, más placer. Cuando ya no pudo soportarlo más, intentó huir de esa boca que la llevaba hasta un precipicio de sensaciones, estaba a punto de perder la razón. Pero Edu cogió sus nalgas para no dejarla huir, la aferró con fuerza y consiguió que estallase en mil pedacitos de placer mientras gritaba:

—¡Por favor… Edu, pa-pa-para! ¡Oh no-no-no pares, Edu! ¡Sííí…! —Después de eso calló mientras sus gemidos inundaban la habitación.

Edu no podía estar más satisfecho al verla así. Sus manos estaban abiertas, las sábanas ya no se apretaban en ellas, su cuerpo estaba tranquilo y relajado, pero al mismo tiempo acelerado y descontrolado, y su respiración iba a mil. Con lentitud, sus labios volvieron a subir por su cuerpo y se detuvieron en sus pechos para volver a entonarla, y aunque Bez no era capaz de mover un solo músculo, su cuerpo volvió a despertar por sus caricias.

—Te ha encantado, incluso mucho más que lo del caballo. No puedes negármelo —alardeó después de besarla, muy complacido consigo mismo.

—Sííí. Y a ti te encanta atormentarme, ¿verdad?

—Sííí, y voy a seguir haciéndolo. Además, estoy impaciente. —Aún no había terminado de hablar y ya estaba dentro de ella—. Y esto también te va a encantar.

Cuando empezó a moverse, lo hizo con movimientos rápidos. Cada certera estocada que le procuraba, Bez perdía un poco más la razón, y lo abrazó con posesión, con fuerza, arañando su espalda. Juntos alcanzaron la cima del placer, y acabaron completamente extasiados y agotados.

—Sííí, me ha encantado —dijo exhausta cuando recuperó el sentido, haciéndole reír.

—Lo sabía. —Después de besarla, le preguntó—: ¿Cuándo regresan?

—Pasado mañana.

—¡Bien! Entonces aún tenemos una noche más.

—Sí, una noche más.

—¿Querrás que vuelva a atormentarte?

—Por favor, eres cruel —dijo riéndose y pellizcándole el costado, haciéndole reír a él—. Sabes que me da vergüenza y tú sigues atormentándome con tus preguntas.

—Y mañana te atormentaré más todavía.

—¿Estás seguro?

—Sí, ya lo creo que estoy seguro. Pero ahora será mejor que durmamos, si no, mañana estaremos agotados, o puede que mañana me despierte con ganas de seguir atormentándote.

—Eso me gustaría verlo.

—Vaya, te estás espabilando y ni siquiera te has sonrojado.

—Eso es porque tengo un buen maestro —se rio.

—Pues voy a tener que controlarme porque me gusta cuando te sonrojas.

—Estoy segura de que sabrás apañártelas para encontrar algo que me sonroje.

—De eso no te quepa duda, y ahora duérmete. Buenas noches, mi vida.

—Buenas noches, mi amor.

Se dieron un beso y ella apoyó la cabeza en su pecho. Bez se durmió escuchando los latidos de su corazón y sintiéndose la mujer más feliz del mundo al estar solos en casa y alejados del mundo. Y deseó poder seguir así toda la vida.



XLV

La Caprichosa

Al día siguiente, cuando Edu se despertó, cumplió su promesa y comenzó a acariciarla y a besarla. Bez, soñolienta, correspondió a todas y cada una de sus caricias.

—¿Te apetece un poco de tormento? —le susurró al oído.

—¿Crees que después de provocarme de esta manera puedo decirte que no?

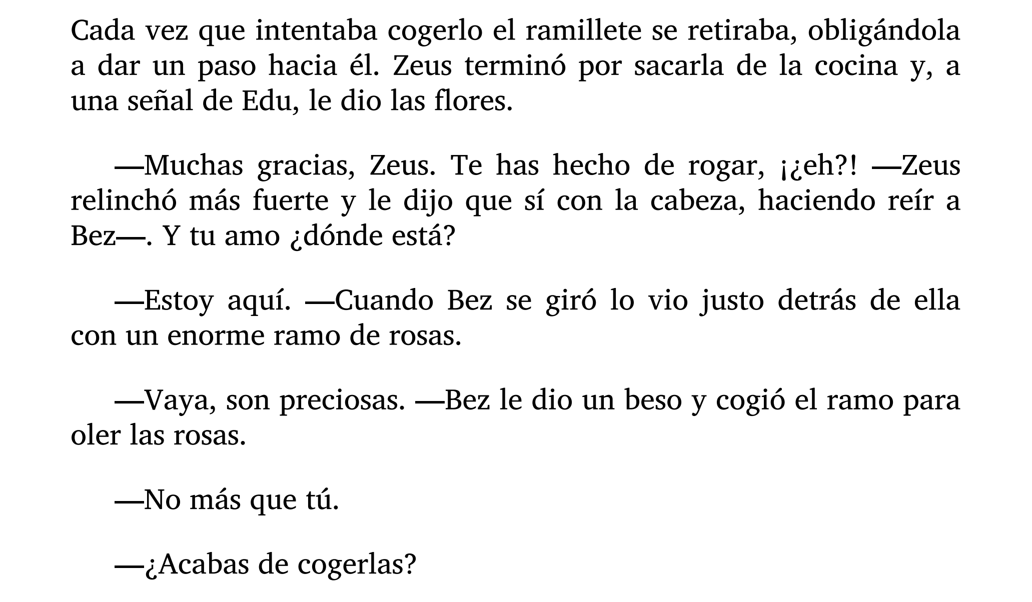
—Esa era mi intención, que no pudieras negarte.

—Pues lo has conseguido, no puedo negarte nada y lo sabes.

Edu le hizo el amor despacio, tranquilamente, disfrutando de ese momento ya que pocas veces podían hacerlo.

Cuando se levantaron, mientras Bez preparaba el desayuno, Edu se encargó de Zeus, pues la noche anterior, con las prisas de estar con ella, lo olvidó atado en el porche. Lo llevó a las cuadras y le dio de comer, y cuando terminó lo volvió a llevar a la casa para que le hiciera un pequeño favor.

Unos golpes en la puerta trasera de la cocina interrumpieron a Bez, que estaba preparando tortitas. Al abrir, primero se asustó, pero después se rio a carcajadas. A la altura de su cara, un ramillete de flores silvestres se movía de arriba abajo con un suave relincho.



Cada vez que intentaba cogerlo el ramillete se retiraba, obligándola a dar un paso hacia él. Zeus terminó por sacarla de la cocina y, a una señal de Edu, le dio las flores.

—Muchas gracias, Zeus. Te has hecho de rogar, ¡¿eh?! —Zeus relinchó más fuerte y le dijo que sí con la cabeza, haciendo reír a Bez—. Y tu amo ¿dónde está?

—Estoy aquí. —Cuando Bez se giró lo vio justo detrás de ella con un enorme ramo de rosas.

—Vaya, son preciosas. —Bez le dio un beso y cogió el ramo para oler las rosas.

—No más que tú.

—¿Acabas de cogerlas?

—Sí, y de pincharme.

Bez se rio y después las colocó en un jarrón con agua.

—Pobrecito, ¿te has hecho mucho daño? —le preguntó con mimo.

—Sí, mucho —contestó Edu fingiendo unos pucheros que hicieron reír a Bez.

—A ver, deja que te vea. —Bez cogió sus manos y besó todas las yemas de sus dedos—. ¿Así mejor?

—Mucho mejor. Solo hay un problema, que si sigues así no podremos desayunar.

—¿Por qué? —interrogó con toda su inocencia, volviéndole loco.

—Porque me estás provocando de nuevo.

—Lo siento. —Bez soltó sus manos, sonrojándose.

—No vuelvas a disculparte por provocarme, me encanta cuando lo haces. —La agarró por la cintura, acarició su mejilla y la besó con mucha pasión.

—Edu, tenemos que irnos a casa de los Mendoza. Les dijimos que comeríamos allí.

—Tienes razón, desayunemos y mientras recoges, preparo a Zeus.

—¿No vamos a ir en carruaje?

—¿No te apetece un paseo como el de ayer?

—¿A plena luz del día? ¿Estás loco? —se escandalizó, haciéndole reír.

—Yo estaba pensando en la vuelta, cuando regresemos de noche. Pero si tan ansiosa estás, podríamos escondernos por los caminos. —Bez, colorada por su insinuación, le dio con el puño en el pecho.

—Eres un sinvergüenza, ¿lo sabías?

—Sí, y tú también lo sabes y te encanta.

—Anda, desayunemos, si no, no saldremos de aquí.

Tenía razón, le encantaba su forma de ser. Todo en él le gustaba, hasta su sinvergüencería.

Cuando terminaron de desayunar se fueron a Nube Blanca y pasaron el día con los Mendoza, y después de cenar volvieron a su casa. Por el camino, Edu volvió a seducirla en lo alto de Zeus, y más tarde, solos en casa y en la habitación de Bez, hicieron el amor como posesos porque no sabían cuándo podrían volver a estar así, solos, relajados y disfrutando uno del otro sin miedos ni reservas.

***

José, Susan y Alberto regresaban a casa, y mientras Alberto guardaba el carruaje y se ocupaba de los caballos, sus padres entraban en casa, cansados por el viaje. Al cerrar la puerta, José y Susan se miraron sorprendidos, pues escucharon unos gemidos de mujer que provenían del piso de arriba.

—No puedo creer que tu hijo se haya traído a casa a una de sus fulanas.

—Vamos, mujer, déjale disfrutar. Es joven y no tiene compromisos. Ahora es cuando debe aprovechar. Después, cuando siente la cabeza, le cortarán las alas como tú hiciste conmigo.

—¡Claro! ¿A ti te parece bonito que traiga a sus amantes a casa?

¿Y si estuviera Beatriz?

—Si hiciera eso delante de su hermana lo mataría, porque seguro que traumatizaría a la niña.

—Anda, tú como siempre, sobreprotegiendo a tu niña —se rio Susan.

—Es mi pequeña, y si lo hago es porque es demasiado buena e inocente y cualquiera podría hacerle daño. Y, aun así, mira por dónde tuvo que pasar y todo ese infierno que le tocó vivir.

—No menciones eso que cada vez que lo recuerdo me pongo mala. Subamos a dormir, estoy agotada. Y quiero que le cierres la puerta a tu hijo. Qué poca vergüenza, encima no es capaz ni de cerrar la puerta. Ese sinvergüenza me va a oír mañana.

—No esperaría que regresáramos tan pronto, recuerda que hemos adelantado el viaje.

—Eso no me importa, él tiene que respetar esta…

José le puso la mano en la boca y la hizo callar.

—¡Ssshhh! Vete abajo —susurró mientras sacaba su pistola.

—¿Qué ocurre?

—La luz y los gemidos vienen de la habitación de Beatriz, y no me importa quién sea, es hombre muerto. Vuelve abajo.

—No, quiero saber quién está con mi hija.

Los dos entraron en la habitación y cuando vieron la escena se quedaron estupefactos. Ninguno de los dos podía creer lo que veían. Su dulce y angelical Beatriz se movía, gemía, y disfrutaba como una loca bajo el cuerpo de un hombre que la poseía con fuerza y con mucha pasión. No la estaba forzando, pues se la veía complacida y entregada totalmente a él.

José, ciego por la ira, no veía ni podía imaginar quién era ese hombre que estaba aprovechándose de su pequeña. Solo tenía una cosa en mente: matar al malnacido que retozaba en la cama con su adorada Beatriz. Así que le quitó el seguro a la pistola y cuando llegó al lado de la cama, apoyó el cañón en la cabeza de ese hombre, que inmediatamente se detuvo.

—Deja ahora mismo de tocar a mi hija y sal del lecho, porque eres hombre muerto.

Edu, al reconocer la voz, se dejó caer encima de Bez, diciéndole al oído:

—Lo siento, mi vida. No digas nada, deja que yo lo solucione.

Mientras se incorporaba, tapó a Bez con la sábana. Ella no podía hablar, no podía respirar, estaba paralizada y aterrada por completo, y quería morirse.

—¡¡Levántate!! No me obligues a dispararte encima de mi hija porque soy capaz de hacerlo.

—Está bien, papá, ya me levanto.

Cuando escucharon la voz de su hijo, los dos se quedaron inmóviles, y Edu se puso los pantalones con rapidez.

—¿Eduardo? —preguntó Susan, sorprendida e incrédula. No podía creer que fuera él quien le estaba haciendo el amor Bez—. ¡Por Dios, hijo, es tu hermana!

—Mamá, yo…

—¡¡¡Cállate!!! —rugió su padre, haciendo retumbar las paredes —. ¡¿Có-có-cómo te atreves a hacerle algo así a tu hermana?! ¡Eres un degenerado, un maldito irresponsable! ¿Tan desesperado estabas que no has podido respetar a tu propia hermana y no has podido salir a buscar una puta? ¡¿Hasta dónde llega tu depravación?!

—¡Papá, no es lo que crees!

—¡¡¿Qué no es lo que creo?!! ¡Te he visto con mis propios ojos retozando encima de tu hermana! No sé lo que le habrás dicho para convencerla de algo tan sucio y tan mezquino. Retozar entre hermanos es pecado, y tú deberías de saber eso y no haber obligado a tu hermana a hacer algo tan inmoral…

—¡¡Yo no la he obligado a nada!! ¡¡Nos amamos!! Y lo que hay entre nosotros no es pecaminoso ni sucio ni mezquino. Queremos estar juntos y ni tu ni nadie va a poder impedirlo, ¡¡¿me has entendido?!!

José le dio tal puñetazo a su hijo que cayó al suelo y Bez gritó,

escondiendo la cabeza entre las sábanas.

De pronto, Susan preguntó con la voz rota de dolor y con lágrimas surcando su rostro.

—Mentiste, nunca te violaron, ¿verdad?

—No. Fui yo quien mato al malnacido que intentaba violarla, fui yo el que la salvó —explicó Edu escupiendo la sangre de su boca—. Después de tantos años sin vernos, no nos reconocimos y nos enamoramos, y cuando supimos la verdad era ya muy tarde. Tú me dijiste una vez que cuando una mujer te roba el corazón, por más que intentas escapar de ella es inútil, pues ya no puedes. Nosotros lo intentamos, pero no sirvió de nada, ninguno de los dos pudo renunciar a esto que sentimos. Y no vamos a hacerlo, ni por vosotros ni por nadie.

—¿Eso es lo que piensas? —Su padre estaba muy serio y su mirada era fría como el hielo.

—Sí, es lo que pienso, y no puedes obligarnos a…

—¡¡¿Qué no puedo qué?!! ¡Tú no sabes con quién estás hablando, muchachito! ¡Soy vuestro padre y vais a obedecerme! Mañana mismo ingresarás en el cuartel y ten por seguro que vas a pasarte una temporada muy larga sin permisos, porque no te quiero volver a ver cerca de tu hermana. No vas a pisar esta casa hasta que le haya encontrado un marido a tu hermana y se la lleve bien lejos de ti, y no me importará que sea un viejo viudo o soltero, o si es un muerto de hambre que quiera hacer fortuna con un buen casamiento. Voy a encontrar a alguien que pueda librarnos de esta vergüenza en la que nos habéis enredado a toda la familia con vuestra sucia, mezquina, irresponsable y vergonzosa actitud. Eso es lo que pienso hacer y ninguno de los dos vais a impedirlo.

—Pero, papá…

—Necesito un coñac, no puedo seguir pensando.

José salió de la habitación camino de la biblioteca y Edu echó a correr detrás de él.

—¡Pero, papá, no puedes hacer eso! ¡No te lo voy a permitir…!

—¡Por Dios, Edu! ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas voces? No son horas de armar escándalo.

Alberto acababa de entrar y se sorprendió de ver a su padre tan furioso y a Edu gritando enfurecido.

—¡No voy a permitirte que la cases con ningún viejo despreciable y tampoco con un cazafortunas! Pero… pero qué estoy diciendo, ¡no te voy a permitir que la cases con nadie y se acabó! ¡Amo a Bez y no va a casarse con nadie si no es conmigo! ¡Y si no podemos casarnos porque somos hermanos, pues viviremos juntos y ya está!

—¡¡¿Y ya está?!! —gritó José desesperado, después de beberse el coñac de golpe—. ¡¿Te has vuelto loco?! No puedes irte a vivir con tu hermana, estaríamos en boca de todo el mundo. ¡No os lo voy a permitir, ¿te queda claro?! No voy a dejar que tires nuestro apellido por el lodo, eso será por encima de mi cadáver. Tú te vas a largar de esta casa y tu hermana se va a casar con quien yo decida, y si no, la meteré en un convento. ¡Y no hay más que hablar! Ahora déjame solo, no quiero volver a hablar de este asunto contigo.

—¡¡¡Te odio!!! —bramó Edu enfurecido, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Nunca voy a perdonarte esto, y Bez tampoco! Y te voy a asegurar una cosa, nada va a hacer que me separe de ella, ¿lo entiendes? Hallaré la forma en que podamos estar juntos y desde este mismo instante quiero que sepas que para mí has muerto…

—¡¡Eduardo!!! —le regañó Alberto.

Pero Edu estaba demasiado dolido para entrar en razón ni para escuchar, y con los ojos inundados en lágrimas y enfurecido, se enfrentó a su hermano.

—¡¡¡¿Qué?!!!

—¡Te exijo que respetes a papá o, de lo contrario, te las verás conmigo!

—¡¡Respeto!! ¡Que tenga respeto! ¿Y por qué? Él no respeta nada. Toda la vida presumiendo de querer el bien para sus hijos, de que lo más importante para él es ver a sus hijos felices y ahora quiere condenarnos. ¿Y para qué? Para que la gente no critique al gran coronel Serra. Pues no, se acabó. Desde este momento dejo de formar parte de esta familia, y no te preocupes, voy a preparar mis cosas. Cuando me haya ido puedes olvidar que alguna vez tuviste un hijo pequeño, ya que tanto asco te doy y tanta vergüenza te causo. —Cuando se iba a marchar, Alberto intentó detenerlo.

—Edu, espera… —Pero Edu no dijo nada, solo lo miró y le hizo una señal con la mano para que no lo tocara.

No era necesario que le hablara, pues su cara lo decía todo, las lágrimas corrían por sus mejillas y los labios le temblaban de rabia e impotencia, así que Alberto lo dejó marchar. Después, se sirvió un coñac y se sentó en un sillón a observar a su padre, esperando que la furia que manaba de todo su cuerpo se calmara. Lo conocía muy bien y sabía que en ese momento era inútil tratar de hacerlo razonar. Era mejor esperar con paciencia y cuando la tempestad hubiera pasado, entonces hablaría con él.

***

Al marcharse Edu y su padre, Bez se levantó de la cama y, avergonzada y temblando, se puso el camisón. Entonces se acercó a su madre, que estaba callada y mirando por la ventana. Bez le acarició el brazo y le habló con voz temblorosa por el llanto y asustada por todo lo que estaba pasando.

—Lo-lo siento, mamá. Por-por favor, perdóname. —Su madre apartó el brazo bruscamente para que no la tocara.

—¿Desde cuándo? —preguntó con frialdad sin volverse a mirarla—. ¿Desde cuándo tú y tu hermano os estáis revolcando a nuestras espaldas? —Las hirientes palabras de su madre y su actitud le destrozaban el corazón.

—Mamá… por favor…

—¡¿Desde cuándo, Beatriz?!

—Desde la boda de Mónica —confesó con un hilo de voz.

—¡Dios mío! Es decir, que antes de estar juntos ya sabíais que erais hermanos. Y, aun así, te entregaste a él.

—¡Me enamoré, mamá! Y después de eso ya no pude verle como a mi hermano. Por favor, entiéndeme.

—¡¿Que te entienda?! ¡¿Qué quieres que entienda?! ¡Estabas prometida, ibas a casarte y te acostaste con tu hermano! Nos hiciste pasar el mayor bochorno de nuestras vidas cuando tu marido te trajo aquí y te repudió, y no contenta con eso, nos hiciste creer que habías sido violada. Fuiste muy inteligente y muy cruel al inventar

esa historia para tapar tu falta, y después de todo eso me pides perdón. ¿Sabes el infierno que he vivido pensando que te habían violado? ¿Sabes cómo me sentí? ¡No! Cómo vas a saberlo, si a ti nunca te han violado. Gracias a ti, mis fantasmas regresaron. Pero, claro, a ti te daba igual. Tú estabas feliz aquí, en esta habitación, disfrutando como una golfa de los favores de tu hermano, mientras nosotros no dejábamos de pensar en lo mal que lo tuviste que pasar con ese desalmado. Pero eso sí, como ha dicho tu padre, te casarás con el hombre que decidamos o te encerraremos en un convento. Y escúchame bien, no volverás a ver a Eduardo nunca más, ese será tu castigo. Y no implores mi perdón, porque no vas a tenerlo. Me has decepcionado tanto que no creo que alguna vez pueda perdonarte.

—No puedes hacerme eso. —Su voz era un susurro—. Me lo prometiste, me jurasteis que no me impondríais un marido.

—Eso fue antes de que rompieras todas las reglas de lo decente, antes de que te convirtieras en una deshonra para esta familia. Esa es la única manera de limpiar tu alma, casándote y alejándote de tu hermano. La decisión está tomada. Eso o el convento, tú decides.

—No, mamá. Es tu decisión, no la mía, y voy a odiaros por esto el resto de mi vida.

—Te acostumbrarás.

Bez sintió tanta ira al oír a su madre que gritó con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Nunca, nunca voy a acostumbrarme!!! ¡¡¡Y tú serás la única culpable de mi desdicha!!!

Susan le dio una bofetada y, sin decir nada más, salió corriendo de la habitación y bajó a la biblioteca en busca del amparo de su marido.

Al entrar, no se dio cuenta ni siquiera de la presencia de Alberto. Solo se arrojó a los brazos de su marido sin poder dejar de llorar, hasta que José logró calmarla con sus palabras tranquilizadoras y sus tiernos besos.

***

Bez estaba histérica por todo lo que había pasado. Sabía desde un principio que cuando todo se supiera iba a armarse un gran

escándalo, pero nunca pudo imaginar que sus padres los sorprendieran en esa situación tan delicada. Muchas veces había imaginado que se enteraban y que les resultaba muy difícil hacerles entender que se querían y que no podían estar separados, pero siempre se decía a sí misma que eran unos buenos padres y eso le daba esperanzas.

Pero ahora todo era inútil, después de todo lo que se habían dicho unos a otros, después de sorprenderlos en la cama, ya no habría palabras que pudieran arreglar esa situación. Nada de lo que dijeran o hicieran podría ablandar a sus padres. Habían tomado una decisión, habían sentenciado sus destinos y no había marcha atrás. Para sus padres, separarlos era un castigo. Para Bez, alejarse de Edu, no volver a verlo y tener que casarse con otro hombre que la tocara, la besara y le hiciera el amor no era un castigo, más bien era una eternidad en el infierno. No estaba dispuesta a pasarse el resto de sus días en un infierno impuesto por sus padres ni en un convento encerrada de por vida. Si ellos no podían perdonarla, si no podían entenderlo, solo le quedaba una cosa por hacer, marcharse, porque sabía que no podría seguir viviendo en un mundo sin Edu y sin el perdón de sus padres. Cuando consiguió calmarse, se sentó en el escritorio y dejó dos cartas, una para Edu y otra para sus padres. Al terminar, se tumbó en la cama, respiró profundamente y cerró los ojos.

—Adiós, Edu. Perdóname, te amo.

Después de eso solo sintió un pequeño escozor en las muñecas, pero ningún dolor físico podía compararse al dolor que sentía por todo lo que dejaba atrás, aunque era preferible ese pequeño escozor que la vida que le esperaba. Poco a poco sintió cómo se debilitaba y cómo todo a su alrededor se volvía de un rojo intenso, tan intenso como el dolor que le oprimía el corazón.



XLVI

La Caprichosa

Cuando Susan se calmó y por fin pudo hablar, le conto a José lo ocurrido en la habitación.

—¡Oh, Dios mío, soy horrible! Le he dicho tantas cosas a Beatriz, cosas horribles que no sentía, pero estaba tan furiosa que no sabía lo que decía. Quería herirla como ella me ha herido a mí, quería mortificarla por todo lo que me ha hecho pasar estos días pensando que la habían violado. Quería castigarla —Susan volvió a ponerse a llorar.

—¡Ssshhh! Ya, mi vida. Tranquila, todo se arreglará. Cuando estén separados, todo volverá a la normalidad. Eduardo volverá a salir con esas mujerzuelas que tanto le gustan y Beatriz se dará cuenta de que lo suyo solo era una ilusión. Se casará y volverá a reinar la paz en esta casa. Ya lo verás.

—Y Eduardo, ¿cómo está?

—Espero que preparando su equipaje. Mañana por la mañana lo quiero fuera de esta casa y hasta que se le pase esa tontería con su hermana, no va a volver.

—¿De verdad crees que se les pasará?

—Sí, solo necesitan estar un tiempo separados para darse cuenta del error tan grande que han cometido. Estoy seguro de que ni siquiera ellos hubieran podido aguantar todas las habladurías de la gente si esto se hubiera sabido, sobre todo Beatriz.

Alberto los miraba y escuchaba en silencio, ya que parecían haberse olvidado de su presencia. Nadie se había dignado a explicarle exactamente qué había sucedido, pero con lo que había oído, con la furia de su padre, el disgusto de su madre, la indignación de su hermano y la poca ropa que llevaba puesta, no necesitaba más para saber que Edu y su hermana habían sido descubiertos en una situación muy delicada. También recordaba lo furioso que estaba Edu el día de la boda de Bez.

Estaba harto de esa situación y de seguir escuchando necedades, así que decidió meter baza en el asunto.

—¿Por qué queréis condenar a vuestros hijos a una vida triste, dolorosa, desgraciada, resignada, odiosa y sin amor? ¿Queréis que siga enumerándoos lo que será de ellos si los obligáis a separarse u os hacéis una idea?

—¡¿A qué te refieres?! No podemos hacer otra cosa, esto es imposible, ¿es que no lo entiendes? —le preguntó Susan aún alterada.

—No, no lo entiendo, mamá. ¿Podrías explicármelo?

—Pues si no lo entiendes, es que estás tonto, hijo. Son hermanos y lo suyo es pecado —soltó su padre enfadado.

—Vamos, papá, sabes perfectamente que eso no es cierto. Lo suyo no es pecado porque no son hermanos, ¿a quién quieres engañar?

—¡Sí son hermanos! Han vivido toda la vida juntos y son hermanos.

—Si tú mismo quieres engañarte para sentirte mejor, está bien, hazlo, pero no les culpes a ellos de algo que no han hecho. Su relación no es incestuosa, no les hagáis creer que lo es.

—Pero, Alberto…

—Mamá, sabes que tengo razón. Bez era muy pequeña para recordarlo y Edu acababa de nacer.

—Pero se han criado como hermanos. Aunque no lleven la misma sangre, es antinatural —explicó José.

—Es antinatural para vosotros porque como padres lo veis así, pero paraos a pensar. Sí, ellos han vivido como hermanos, pero cuando eran unos niños, y no podéis negar que siempre hubo algo muy especial entre ellos. Luego Edu ingresó en la academia militar siendo un crío y venía poco a casa. Después, la enfermedad de Bez la obligó a estar fuera más de seis años y no volvieron a verse hasta hace unos meses. Han dejado de ser unos niños y ya ni siquiera se

acordaban el uno del otro. No podéis culparlos por algo que vosotros mismos habéis propiciado.

—¡¡Nosotros!! —exclamaron los dos a la vez.

—Sí, vosotros. Vosotros os casasteis adoptando a unos hijos que no eran vuestros. Habéis sido los mejores padres que se pueda tener y los más generosos, pues os hicisteis cargo de nosotros sin ser vuestra obligación, y siempre os estaré agradecido por lo que hicisteis por mí y por mis hermanas, pero esta vez no estáis siendo justos.

—¿A qué te refieres?

—Papá lo ha dicho muchas veces: «Cuando una mujer te roba el corazón, nada puedes hacer porque no podrás escapar». Tú siempre has creído que cada hombre tiene a su mujer asignada y que sea como sea acaban estando juntos. ¿Por qué no creer que Bez es la mujer asignada a Edu? ¿Por qué tienen que renunciar a eso si fuisteis vosotros quienes les obligasteis a vivir como hermanos cuando no lo eran? Que ellos no sepan la verdad, no quiere decir que sus corazones tengan que aceptarlo. Quizá si no nos hubierais adoptado, se hubieran conocido en otras circunstancias. O en las mismas, qué importa. Pero al no haber crecido juntos, todo habría sido natural, ¿verdad?

—Alberto, lo que dices es muy bonito y hasta cierto, desde ese punto de vista —José se sentó, abatido, al lado de su hijo, pues después de escuchar lo que acababa de decir se sentía un miserable—, pero nadie va a aceptar jamás esa relación. Los criticarán, los rechazarán, se reirán de ellos y los humillarán hasta desfallecer.

—Eso es algo que ellos mismos deberán afrontar si deciden seguir adelante con su relación, y estoy seguro de que podrán hacerlo si están juntos y tienen el apoyo de su familia. Al igual que lo hicisteis vosotros y los abuelos estuvieron a vuestro lado dando la cara por vosotros, apoyándoos en todo, sin daros la espalda ni criticaros en ningún momento.

—Pero lo nuestro era distinto, hijo…

—No, mamá, lo vuestro era un amor imposible a los ojos de la gente como lo es el de ellos. Y te voy a decir una cosa, papá: siempre te has sentido orgulloso de Edu porque es igual que tú a su edad y a ti nadie te impidió casarte con mi madre, incluso mataste a mi padre para conseguirlo…

—¡Por Dios, Alberto, no digas eso! Las cosas no fueron así, haces parecer a tu padre un asesino.

—Nadie está diciendo eso, todos sabemos qué ocurrió realmente y damos gracias a Dios por lo que papá hizo. Pero no me refiero a eso, me refiero a… Lo explicaré de otra manera, mejor dicho, con una simple pregunta: si estuvieras en la piel de tu hijo y mamá

fuera Bez, ¿qué harías?

José se quedó callado un buen rato, aunque supo la respuesta nada más escuchar a su hijo: lucharía a muerte por Susan como ya lo hizo una vez, y no le importaría nada más, ni las habladurías ni las críticas ni las burlas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que Eduardo está enamorado de verdad de tu hermana? ¿Y si es una más de su lista? Porque puedo estar seguro de los sentimientos de tu hermana, ella nunca había conocido a ningún hombre antes que a tu hermano y todos sabemos que Eduardo enamora a las mujeres sin proponérselo, pero… ¿y él?

—¿De verdad crees que Edu haría algo así? ¿Que pondría a su familia en una situación como esta por un simple revolcón? Te cuesta admitirlo, pero en el fondo sabes que tengo razón. Solo os voy a decir una cosa más a los dos y quiero que la analicéis muy bien. Si os seguís oponiendo a esta relación, solo conseguiréis dos cosas: que acepten vuestra decisión y sean unos desgraciados el resto de su vida, o que se revelen. Y es lo primero que harán cuando sepan la verdad. Cuando se enteren de que no son hermanos, os odiarán por ello y los perderéis para siempre.

—¿Por qué iban a saber la verdad? —preguntó Susan, sabiendo ya la respuesta.

—Porque yo voy a decírsela mañana antes de que Edu abandone esta casa, y te puedo asegurar que después de eso no se irá solo.

—¿Estás dándonos un ultimátum? —José sonrió, reconociendo la estrategia de su hijo.

—No, te estoy obligando a ser justo y a que demuestres que mis abuelos no criaron un coronel frío y sin sentimientos. Sigue su ejemplo y apoya a tus hijos como ellos hicieron con vosotros. No nos defraudes, coronel Serra.

—Creo que tú heredaste más de ellos sin llevar su sangre que lo que a mí me toca por ser un Serra.

Alberto se echó a reír, cogió a sus padres por los hombros y les dijo, sacándolos de la biblioteca:

—Siempre adoré a esos dos viejos maravillosos, y todo lo que me decían lo llevo muy adentro. Y ahora vamos a dormir, mañana tenéis que arreglar muchas cosas vosotros dos. Será mejor que descansemos un poco.

—¿Por qué siempre eres tan increíblemente bondadoso? Siempre ayudando a los demás, siempre arreglando los problemas de otros. No conocí a tu madre, pero debía ser un ángel, porque a tu padre, gracias a Dios, no te pareces ni en el físico. ¿Y por qué aún sigues soltero? —dijo Susan haciéndoles reír y dándole un beso muy tierno a su hijo en la mejilla.

Pero inmediatamente las sonrisas se les borraron de la cara al ver a Edu bajar con un macuto. Él los miró fríamente y se dirigió a los tres, seco y cortante.

—No os preocupéis, podéis seguir con vuestras risas. La oveja negra ya se marcha. Pero antes, coronel, voy a despedirme de *mi hermana*, y espero que no intente impedírmelo porque tendrá que matarme. —Dejó el macuto en un butacón y cuando fue a subir las escaleras, su padre lo detuvo.

—Quiero verte en mi despacho antes de que te vayas.

—¿Es una orden, señor?

—Sí, es una orden.

—Como usted ordene, señor. Ahora, ¿puedo retirarme?

—Puede hacerlo, sargento.

Edu se cuadró ante él y esperó a que su padre le devolviera el saludo. Se comportaba como un sargento ante su superior, dándole a entender que había perdido un hijo y que desde ese momento solo lo trataría por su rango y nada más. Su padre, con toda la paciencia del mundo, le devolvió el saludo y Edu subió las escaleras.

—Eres cruel, ¿por qué haces eso? —preguntó su mujer—. Si hemos decidido apoyarlos, ¿por qué sigues mortificándolos?

—Porque quiero castigarlos un poquito más, verás cómo después la felicidad es mayor.

—¡Oh, papá! Sí eres cruel, mamá tiene razón.

Los tres volvieron a reírse, hasta que escucharon el grito desesperado de Edu y subieron corriendo a la habitación. Al llegar, se quedaron petrificados, incapaces de asimilar lo que veían. La cama de Bez estaba llena de sangre y ella yacía sin vida en los brazos de Edu.

—¡¡¡Nooo, nooo!!! ¡¡Nooo, no, no, no!! Mi vida, no te mueras. Bez, por favor, quédate conmigo, no me hagas esto. No voy a permitir que te casen con nadie ni que te metan en un convento. No voy a alejarme de ti, te lo juro, pero no me dejes. ¡¡No me dejes!! —Edu seguía gritando y llorando mientras la abrazaba fuerte contra su pecho.

El primero en reaccionar fue su padre. Se acercó a la cama e intentó arrancar a Bez de los brazos de Edu, pero este le pegó un puñetazo en la barbilla con toda la furia que tenía dentro.

—¡¡¡No te acerques a ella, no vuelvas a tocarla!!! ¡¡¡Si se muere, juro por Dios que te mataré!!!

José se levantó del suelo y, con la misma furia, le gritó a su hijo para que reaccionara, porque estaba histérico.

—¡¡¡Suéltala!!! ¡¡¡Tenemos que conseguir que deje de sangrar!!! ¡¡¡Aún respira, maldita sea!!! —Edu la soltó inmediatamente, mientras José le gritaba a Alberto—: ¡¡¡Ve a por él médico y

tráelo!!! ¡¡¡Ya!!!

Alberto salió corriendo y Susan, sin poder soportar ver a su hija así, se desmayó y cayó desplomada al suelo. Edu se limpió las lágrimas y un poco más calmado, le preguntó a su padre:

—Bien, ¿qué necesitas?

—Haz jirones la sábana, tenemos que apretar bien sus muñecas para que deje de sangrar.

Edu destrozó la sábana en un segundo y entre los dos vendaron con fuerza ambas muñecas. Se quedaron los dos como hechizados observando las vendas y rezando para que no se volvieran a manchar de sangre, para que la hemorragia cesara, para que Bez aguantara, para que fuera fuerte y pudiera resistir tanta pérdida de sangre, puesto que en la cama parecía haber más sangre de lo que ella pudiera tener dentro de su cuerpo.

—¿Crees que no vuelven a mancharse porque ya no le queda sangre dentro, o porque hemos conseguido pararla? —preguntó Edu con un hilo de voz.

—No lo sé, espero que sea lo segundo —contestó su padre, derrotado.

—Reza por ello, porque si no sale de esta, juro por Dios que voy a hacer que te arrepientas. Todo esto es culpa tuya por decirle que la ibas a casar con un viejo y que no ibas a dejar que volviera a verla.

—Lo sé, lo sé, lo sé, hijo, perdóname. —José no pudo soportarlo más y se echó a llorar.

—Nunca, coronel, nunca voy a perdonarle esto. Si Bez sale de esta, voy a llevármela bien lejos donde nadie nos conozca y podamos vivir juntos sin ser vistos como unos degenerados, mezquinos, sucios y pecadores. Porque es así como nos ve usted, ¿verdad, coronel? Ahora, ¿por qué no recoge a su mujer del suelo y nos deja solos? Voy a quitarle la sangre, a cambiarle el camisón y la llevaré a mi habitación. Si a usted le parece bien, por supuesto. No creo que sea conveniente que se despierte y vea tanta sangre.

—Hijo, por favor…

—No vuelva a llamarme así, usted ha perdido el derecho de hacerlo y yo ya no quiero que lo haga.

José, derrotado, cogió a Susan en brazos y salió de la habitación, dejándolos solos. Edu volvió a ponerse a llorar al mirar a Bez. Estaba tan quieta, tan pálida, rodeada de tanta sangre que se le encogió el corazón. Odiaba haberle hablado así a su padre, pero estaba demasiado furioso con él como para arrepentirse de sus palabras, y en ese mismo instante no sabía si eso podría cambiar algún día.

Después de lavarla bien para quitarle toda la sangre que tenía en

el cuerpo y de ponerle un camisón limpio, la llevó a su habitación, la tumbó en la cama y se quitó toda la sangre que llevaba encima cambiándose de ropa él también. Luego, se tumbó a su lado y la abrazó con fuerza, con la mano en su corazón para comprobar que aún siguiera latiendo. Observó las muñecas, apenas habían vuelto a sangrar y eso le hizo pensar en lo que le había preguntado a su padre. ¿Podría ser que hubieran parado la hemorragia o ya no quedaba una gota de sangre en sus venas? Esa incertidumbre estaba volviéndolo loco y rezaba para que el médico llegara cuanto antes.

Cuando su hermano apareció por la puerta con el médico, Edu se levantó de la cama de un brinco.

—¡Por fin habéis llegado! Doctor, dese prisa, Bez ha perdido mucha sangre y no se mueve.

—Está bien, tranquilo, muchacho. Déjame verla.

Justo en ese momento aparecieron sus padres, preguntando muy angustiados.

—Doctor, ¿cómo está mi hija?

—Pues acabo de llegar y aún no he podido verla, pero ahora mismo les informaré.

El médico la revisó con detenimiento mientras Edu, nervioso, no dejaba de dar vueltas.

—Edu, tranquilízate. Bez se pondrá bien, ya lo verás. —Su hermano lo abrazó y Edu le devolvió el abrazo.

—Eso espero, porque no sería el único cadáver esta noche —susurró.

Cuando escucharon al médico, los dos se acercaron a la cama.

—Bez está muy, muy débil por toda la sangre que ha perdido —les informó, después de reconocerla a fondo—. Pero gracias a Dios que vendaron sus muñecas y evitaron que terminara de desangrarse, pues de lo contrario hubiera sido inútil intentar cualquier cosa. Ahora hay que ver si tendrá la suficiente fuerza para aguantar las cuarenta y ocho horas siguientes. Si se tratara de ella sola, no habría ningún problema, pero el bebé no es consciente del estado de su madre y seguirá consumiendo de ella lo que necesite. Esperemos que Bez tenga la suficiente energía para abastecer a los dos mientras recupera la sangre perdida.

Todos se sorprendieron al escuchar al médico hablar de un bebé y Susan preguntó, mirando a su hijo:

—¿Está embarazada? ¿Está usted seguro?

—Sí. ¿No lo sabían?

—No.

—Pues sí, está embarazada. Acabo de escuchar unos pequeños latidos al examinarla que lo confirma. Deben dar gracias porque podría haberlo perdido con todo lo que ha pasado, pero los latidos

son fuertes, así que el bebé está bien. Ahora toca rezar para que Bez sea lo suficientemente fuerte y pueda aguantar. Que beba mucho y que coma bien, y que no se mueva demasiado, aunque no creo que pueda hacerlo en su estado.

—¿Está seguro de que se pondrán bien tanto ella como el bebé? —preguntó Edu preocupado.

—Recemos porque así sea, hijo. Mañana pasaré a ver cómo sigue.

Alberto acompañó al médico hasta la puerta. Una vez solos, Susan se sentó al lado de su hija y le acarició el pelo mientras besaba su mejilla.

—Perdóname —susurró entre lágrimas.

—¿Por qué no nos dijiste que estaba embarazada? —preguntó José a su hijo, abatido por la noticia.

—Porque no lo sabía.

—¿Beatriz no te dijo que estaba embarazada?

—No, no me lo dijo, y aunque lo hubierais sabido, ¿habría cambiado algo?

—Pues claro que habría cambiado…

—¡¿Qué habría cambiado?! Nada, porque habríais pensado lo mismo, os habríais horrorizado igualmente y habríais rechazado a ese bebé pensado que es fruto del pecado. Creo que por eso Bez no ha dicho nada, porque ella sabía cómo ibais a reaccionar. Puede que por eso ella haya hecho esto, para no tener que escuchar a sus propios padres llamar a su hijo engendro del pecado…

—¡¡Ya basta, Eduardo!! —le gritó su padre, que ya no soportaba más reproches por parte de su hijo.

—¡¡No, no voy a callarme!!

—¡¡¡Edu!!! —gritó Alberto, que entraba por la puerta.

—¡¡¡¿Qué?!!!

Edu estaba fuera de sí. Después de escuchar al médico decir que las siguientes cuarenta y ocho horas eran cruciales, y de enterarse de que iba a ser padre, se sentía desbordado. Porque ahora no solo estaba en peligro la vida de ella, sino también la de su hijo, y eso lo sacaba de sus casillas.

—Por favor… no discutáis aquí, Bez necesita tranquilidad —pidió Susan con un hilo de voz.

—Susan tiene razón, salid todos de aquí y dejadnos solos —ordenó Edu fríamente.

—Pero, hijo, no puedes echarme, quiero estar con tu hermana. Y no me llames Susan, soy tu madre.

—Ellos son mi familia ahora y tengo que protegerlos, y no creo que veros a vosotros en este momento sea lo mejor para ella después de todo lo que ha pasado.

—Edu, basta, deja ya de castigarlos —le dijo su hermano.

—Solo digo la verdad. No sé qué le dijiste cuando os quedasteis solas, pero no debió ser muy alentador cuando decidió quitarse la vida.

—¡Oh, Dios mío!

Susan se echó a llorar al oír a su hijo y su padre, muy enfadado, pero sin gritar, le advirtió:

—No vuelvas a acusar a tu madre de algo así. ¿De verdad crees que alguno de nosotros quería esto?

—No, no creo que lo quisierais, pero ha ocurrido. Y si no queréis oír mis reproches, dejadme solo con ella, porque no puedo evitar sentir lo que siento en estos momentos. Bez y mi hijo pueden morir, y van a ser las cuarenta y ocho horas más desesperantes que voy a pasar en toda mi vida. Así que no me pidas que me controle, porque no puedo.

—Está bien, tienes todo el derecho a sentirte así —dijo Alberto —, pero creo que deberías saber algo.

—No creo que haya nada más importante para mí ahora en estos momentos.

—Papá, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

—¿Decirme qué?

—Bez y tú no sois hermanos —confesó su padre, derrotado—. Ese bebé no es fruto del pecado.

—¿Qué? —le preguntó muy extrañado—. ¿De qué estás hablando?

—No somos hermanos, Edu. Legalmente sí, pero tú eres el único que ha nacido de la unión de mamá y papá. Los demás somos adoptados.

—¿Me estáis diciendo que en todo este tiempo sabíais que Bez y yo no éramos hermanos y, aun así, habéis hecho todo esto? —Edu empezó a sentir una furia inmensa por dentro y su grito atronador hizo retumbar las paredes—. ¡¡¡Fuera!!! ¡¡¡Marchaos de aquí ahora mismo, no quiero volver a veros nunca más!!!

—Edu, por favor, cálmate… —Alberto intentaba tranquilizarlo, pero era inútil.

—¡¡¡Fuuueraaaa!!! —Todos salieron de la habitación al ver a Edu tan fuera de sí. Al quedarse solo, se tumbó al lado de Bez y le susurró al oído, como hacía siempre para tranquilizarla—: ¿Por qué, mi vida? ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? Nos hubiéramos ido lejos y no hubieras tenido que pasar por todo esto. Ahora tienes que ser fuerte por nuestro hijo, tienes que reponerte y en cuanto lo hagas, nos iremos. Empezaremos de cero en otro lugar y todo será perfecto. Ya no tienes que sentirte mal, todo se ha arreglado. Vamos a casarnos y a formar una familia, nuestro hijo, tú

y yo. —Un rato después, se quedó dormido del mismo agotamiento por todo el estrés que había padecido esa noche.

***

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Susan llorando y abrazada a su marido—. No puedo soportar que mi hijo me odie, no podría soportar perderlos a los dos y más sabiendo que voy a ser abuela.

—¡Ssshhh! Tranquila, intentaremos hablar con él mañana cuando esté más tranquilo.

—No quiero que se vayan, quiero cuidar de mi nieto, quiero verle crecer.

—Tranquila, mamá. Cuando Bez se recupere, Edu se tranquilizará y será más fácil hablar con él. Verás cómo todo se arregla. Ahora será mejor descansar un poco, ya está casi amaneciendo y no hemos dormido en toda la noche con tantos disgustos.

—¿Hablarás con él, hijo? ¿Le harás entrar en razón?

—Sí, hablare con él, pero ahora ve a descansar. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

—Mañana habrá que avisar al cuartel de que no vamos a ir en unos días, no quiero irme hasta que Bez y el bebé estén recuperados. Y tu hermano tampoco va a querer moverse de su lado.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo. Ahora lleva a mamá a la cama y descansa tú también, lo necesitas.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, papá.



XLVII

La Caprichosa

Al día siguiente Bez seguía dormida y Edu seguía sin querer que nadie entrara en su habitación. A media mañana tocaron a la puerta.

—¡He dicho que os vayáis! —gritó Edu, aún enfadado.

—Edu, soy Alberto. Abre la puerta, hemos encontrado una carta de Bez para ti.

Al escuchar eso abrió inmediatamente la puerta, su hermano y sus padres estaban al otro lado.

—Dadme la carta y largaos.

—Edu, por favor, queremos ver a tu hermana. Es mi hija —le pidió Susan desesperada.

—No, no es tu hija, es mi mujer, ¿está claro? —contestó muy frío—. Y nunca más quiero que volváis a decir que es mi hermana.

—Está bien, como quieras, pero déjame pasar.

—No, cuando ella despierte si quiere veros, pasareis. Ahora tiene que descansar y no sé si vuestra presencia le hace bien o mal, hasta que lo sepa nadie va a perturbarla.

—Pero, hijo…

—No, coronel. Ella no se ha intentado suicidar por mi culpa, sino por todo lo que dijisteis, y como no sé si ella seguirá queriéndoos ver después de esto, no quiero que vuestra presencia en la habitación la perturbe. Como bien dijo ayer el médico, necesita mucho descanso y tranquilidad, y ahora el único que puede proporcionarle eso soy yo, así que yo voy a ser el único que este con ella. Por favor, ¿me das la carta?

—¿Crees que a mí tampoco querrá verme? —le preguntó su hermano dándole la carta.

—No, no creo que contra ti tenga nada, pero quiero estar a solas con ella. Por favor, hermano, no te enfades.

—Por lo menos sigo siendo tu hermano —sonrió con tristeza.

—Tú siempre serás mi hermano, todos lo sois, excepto Bez. Mis sentimientos hacia vosotros no han cambiado. Ahora tengo que volver con Bez.

Cerró la puerta y se tumbó a su lado para leer la carta que Bez le había escrito antes de intentar suicidarse.

Adiós, mi amor. Espero que puedas perdonarme por lo que voy a hacer, pero no puedo soportar una vida lejos de ti, y mucho menos casada con otro hombre. No me importa si ese hombre es viejo, joven, guapo o feo, lo único que me importa es que no serás tú. No serás tú el que me bese, no serás tú el que me acaricie, no serás tú el que me haga el amor. Como no tenemos otra opción, prefiero irme y no pasarme el resto de mis días anhelándote a ti y aguantando a un hombre que despreciaré toda la vida. No quiero esa clase de vida, como tampoco quiero pasarme la vida encerrada en un convento pensando en ti. Ya que no puedo elegir mi destino, porque estar a tu lado es un pecado para todo el mundo excepto para nosotros, yo decido mi final.

P.D: Sabes que te amo, ¿verdad? Y nada de esto es culpa tuya, es mi decisión.

Adiós, Edu. Te amo.

—No, Bez, no es tu decisión, también es mía y no voy a dejarte ir, ¿me oyes? Cuando lo hagas, será dentro de ochenta años y prefiero irme yo primero, porque no creo que pueda pasar por esto otra vez, ¿vale?

—Vale. —Su voz fue apenas un susurro.

Edu se quedó paralizado al creer que era fruto de su imaginación. Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas, esperando que ella abriera los suyos para comprobar que todo no había sido una broma pesada de su mente por ese deseo tan fuerte que tenía de que Bez recobrara el sentido. Entonces la llamó, esperando una respuesta.

—Bez, Bez, mi vida. —Ella abrió los ojos y vio sus ojos verdes llenos de lágrimas, y con un esfuerzo sobrehumano acarició su

mejilla, pero la mano cayó desplomada encima de la cama. Edu se la cogió y se la puso en su mejilla, cerrando los ojos y diciéndole suavemente—: No vuelvas a darme otro susto como este porque no podré resistirlo, ¿vale?

—Vale —volvió a susurrarle ella y le limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Lo siento… perdóname.

—Está bien, no importa. Estás conmigo y eso es lo único importante. ¿Cómo pudiste creer que yo iba a abandonarte, que permitiría que te casaran con otro hombre? Escúchame bien, nada ni nadie va a conseguir que me separe de ti, así que no vuelvas a hacer otra tontería como esta, ¿me has entendido?

—Vale. ¿Edu?

—¿Qué?

—Tengo mucho sueño… estoy muy cansada.

—Entonces descansa, yo voy a estar aquí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Cuando despiertes, estaré a tu lado. Te amo, Bez.

—Y yo a ti.

Edu le dio un beso y enseguida se dio cuenta de que se había dormido de nuevo, pero no importaba, se sentía feliz, ella había despertado, había hablado y él recuperaba las esperanzas. Por fin podía estar seguro de que Bez iba a reponerse y todo en su vida volvía a tener sentido.

***

Mientras, Alberto, en la biblioteca, leía la carta que Bez había dejado para sus padres, ya que ninguno de los dos tenía fuerzas para hacerlo.

Siento mucho daros este disgusto tan gordo, pero ni Edu ni yo lo hicimos adrede. Simplemente pasó, nos enamoramos y no pudimos evitarlo. Necesito que sepáis que al principio lo intentamos, intentamos alejarnos el uno del otro, Edu se fue a una misión y yo decidí complaceros casándome con Armando, pero todo resultó un desastre.

Tampoco quise haceros pasar por ese bochorno, yo creí que él no se daría cuenta de que yo no era virgen, y eso demuestra lo ignorante que era. Por favor, no culpéis a Edu. Él quería hablar con vosotros, quería

decíroslo, pero yo le obligué a callar, le amenacé con cometer una locura si decía algo, pues yo sabía que no podría soportar vuestro rechazo, y así ha sido. No puedo soportar vuestros reproches, no puedo soportar vuestras acusaciones y no puedo soportar vuestro castigo. No puedo soportar vivir toda una vida así porque, aunque eligierais al mejor hombre del mundo, nunca sería Edu. No quiero una vida al lado de un hombre al que no amo ni sentir náuseas cada vez que me toque, porque eso fue lo que sentí cuando Armando me tocó.

A Susan le entró un escalofrío por todo el cuerpo, pues era lo mismo que ella sentía cada vez que el padre de Bez la tocaba. Y se odiaba en ese mismo instante por haber querido que su hija viviera el infierno que ella pasó con su primer matrimonio.

Y te pido, mamá, por favor, que me perdones por la mentira que inventé de mi supuesta violación, pero cuando creí que se iba a descubrir todo y que Armando podría matar a Edu, simplemente me salió, ni siquiera lo pensé, quería protegerlo, y fue lo único que podía decir para que no ocurrieran más desgracias. Sé que lo has pasado mal pensando en mí y en esa horrible situación, aunque no entiendo por qué te causaba tanto dolor, al fin y al cabo, si yo estaba bien, tú también debías estarlo.

Ahora he de dejaros, pero no quiero que os sintáis mal, toda la culpa es mía por ser tan débil. Siempre fui una niña enfermiza y poca cosa, y como tal me he comportado. Debí ser fuerte y negar esos sentimientos hacia mi hermano. Debí ser más fuerte y conformarme con un matrimonio sin amor, como hacen muchas muchachas. E incluso debí ser mucho más fuerte y aceptar vuestro castigo, casarme, no volver a ver a Edu, y resignarme a que nunca más volváis a quererme ni a confiar en mí. Pero como ya he dicho antes, soy débil y no puedo ni quiero soportar una vida donde no pueda estar con la gente que amo. Me disteis a elegir entre un matrimonio o un convento y tened por seguro que hubiera elegido el convento, y eso hubiera sido vivir lejos de vosotros durante toda la vida. Así que, como la mujer débil y cobarde que soy, me voy. Y me voy de la peor manera que alguien puede irse. Perdonadme por esto también.

PD: estuve mucho tiempo lejos de casa, y estoy cansada de sentirme abandonada.

Adiós. Os quiero.

Susan no podía dejar de llorar y José tenía que enjugarse las lágrimas que intentaba controlar.

—¿Qué hemos hecho? ¿Cómo hemos podido llegar a este punto? ¿Cómo puede Beatriz pensar que no la queremos? —preguntó Susan desconsolada.

—Pues simplemente por todas las barbaridades que hemos dicho en contra de los dos.

—Bueno, bueno, vale. Vosotros habéis dicho muchas cosas y ellos también. Lo importante ahora es sentarse a hablar, explicar todo y hacer las paces antes de que el cabezón de mi hermano coja a Bez y se largue sin decir a dónde. Y es muy probable que lo haga.

—¿Y si no quieren escucharnos? ¿Y si se van?

—Mamá, conozco a mi hermana. No es rencorosa, es buena y tiene un corazón muy grande. Si hablas con ella, lo olvidará todo, y lo mejor es que conseguirá que Edu también lo haga.

—Dios te oiga, porque si esos dos se marchan, me moriré de la pena.



XLVIII

La Caprichosa

El médico había vuelto a visitarla y le dio muy buenas noticias, pues al contarle Edu que había despertado y hablado, el diagnóstico había cambiado. Ya no corría peligro de muerte, pero aun así debía tener cuidado y no hacer esfuerzos para que no se cansara.

—No se preocupe, doctor, no va a cansarse porque no voy a dejar que lo haga. Y el bebé, ¿cómo está?

—Su corazón late a buen ritmo, no creo que haya que preocuparse. Mientras la madre esté bien, él estará bien. Mañana volveré y haz que coma un poco, le sentará bien.

—Ha bebido leche, pero se ha cansado enseguida.

—Eso es muy bueno y le vendrá muy bien al bebé.

—Entonces haré que suban una vaca. —Al médico le dio la risa.

—Tampoco hay que pasarse, muchacho. Ahora, he de irme.

—Gracias, doctor.

Esa misma tarde Bez volvió a despertarse y encontró a Edu dormido a su lado. Le acarició la mejilla y lo despertó.

—Hola —le saludó ella con una sonrisa.

—¿Cómo estás?

—Mejor. ¿Y papá y mamá? ¿Siguen odiándonos? —preguntó con tristeza.

—Ni lo sé ni me importa. En cuanto estés bien nos iremos y empezaremos de nuevo tú y yo, no necesitamos a nadie más.

—Vale. —Pero la pena se reflejaba en sus ojos.

—Bez, no quiero que estés triste.

—Cómo quieres que no esté triste, si nuestros propios padres nos rechazan.

—No nos rechazan.

—No me mientas, ni siquiera les importa mi salud porque no están aquí. Ellos nunca se hubieran apartado de mi lado antes de todo esto, estarían aquí contigo.

—No están aquí porque no les dejo entrar.

—¡¿Por qué?! —se escandalizó.

—Porque no quiero, porque estoy enfadado, porque casi te pierdo por culpa de ellos y porque no sabía si tú querrías verlos después de todo lo que te dijeron.

—Edu, no podemos guardarles rencor, son nuestros padres.

—Precisamente por eso estoy tan furioso.

—No te entiendo.

—Mira, Bez. Se han atrevido a calumniarnos, insultarnos y humillarnos, así que no me pidas que los perdone tan fácilmente.

—Pero tienen sus motivos, es normal que reaccionaran así conforme nos descubrieron.

—No, no tienen ningún motivo porque no somos hermanos, Bez, y por eso estoy tan furioso. Si nos lo hubieran dicho desde un principio, tú no habrías estado al borde de la muerte.

—¿Por qué dices eso?

Cuando Edu le contó todo, Bez se quedó tan callada que se asustó.

—Bez, ¿estás bien? Por favor, no me asustes.

—Estoy bien. —Acababa de asimilar lo que Edu le había dicho, y de pronto su sonrisa fue tan radiante que Edu no pudo más que reírse con ella—. Estoy estupendamente. Dios mío, es increíble. Si no somos hermanos, lo nuestro no es pecado, ¿verdad?

Edu comprendió en ese mismo instante por qué ella estaba tan feliz.

—No, lo nuestro ya no es pecado.

—Entonces bésame, bésame y olvidemos toda esta pesadilla.

—Puedes pedirme lo que quieras, pero eso en especial será un placer.

Edu, sonriendo, le dio un beso tan intenso que la dejó sin aliento. Le encantaba verla así de contenta y no podía negarle nada.

—¿Incluso perdonar a tus padres?

Edu la miró fijamente a los ojos y ella le puso morritos como una niña pequeña intentando conseguir un capricho.

—Estás convaleciente y no puedo negarte nada, pero dejémosles sufrir un poco más.

—¡No seas malo! Mamá debe estar muriéndose de la angustia.

—Bez, no es tu madre.

—Edu, ella siempre será mi madre. Eso nunca va a cambiar.

—Pero no quiero seguir siendo tu hermano. —Bez se rio.

—¿Y desde cuándo te has considerado mi hermano? —Esta vez fue a Edu al que le dio la risa.

—Tienes razón, pero dejemos ese tema ahora y… —Bez dio una exhalación muy grande y se puso la mano en la boca—. ¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

—¡Oh, Dios mío, Edu! Estoy embarazada. ¿Le habrá pasado algo al bebé? ¿Estará bien?

—Tranquila, está bien.

—¿Seguro?

—Según el doctor, si tú estás bien, él está bien. No le ha pasado nada. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba aterrada, tenía miedo de tu reacción cuando lo supieras, pero lo que más me asustaba era que naciera deforme. Ya sabes lo que se dice de los niños concebidos entre hermanos. Soy un monstruo, Edu, deseé muchas veces que no naciera. ¡Oh, Dios mío! Si ahora le pasara algo, me moriría —sollozó, poniéndose las manos en el vientre.

Edu puso sus manos encima de las suyas tocando también su barriga y dijo, sonriendo para darle ánimos:

—Este bebé va a ser igual de fuerte que su madre y tan cabezota como su padre. Por eso no debes preocuparte, estará bien.

Bez sonrió mientras él le quitaba las lágrimas del rostro y la besaba con mucha ternura.

—Sí, todo va a estar bien ahora. Por favor, ve a por papá y mamá, no quiero que padezcan más por mí.

—Está bien, pero solo porque tú me lo pides, porque yo aún sigo enfadado.

***

Edu encontró a sus padres en la salita sentados y cogidos de la mano. Cuando lo vieron entrar, los dos se levantaron de golpe.

—¿Pasa algo con Bez? ¿Está bien?

—Quiere veros, os está esperando.

Los dos subieron corriendo y cuando llegaron a la cama, se sentaron a su lado abrazándola y besándola con mucho amor.

—Lo siento, lo siento, mi niña. Perdóname —le suplicó Susan llorando—. Nunca quise decir todas esas cosas tan horribles. Te

quiero, te quiero con toda mi alma y si te hubiera pasado algo, yo me hubiera muerto detrás de ti.

—Ya, mamá, por favor. Yo también te quiero, estoy bien y todo está olvidado. Deja de llorar o me vas a hacer llorar a mí también.

—Tu hija tiene razón. —José abrazó a Bez de nuevo, diciéndole—: Olvidemos todo lo que ha pasado y demos gracias a Dios de que estás bien, mi pequeña, porque si te hubiera pasado algo, juro que yo mismo me hubiera pegado un tiro.

—Ya, papá, no quiero que pienses eso. Te quiero y eso nunca va a cambiar.

—Yo también te quiero, mi pequeña Beatriz. Supongo que tu hermano ya te habrá contado todo, ¿verdad? Que no somos tus padres.

—Sí, me lo ha contado, y os diré lo mismo que le he dicho a él. Siempre seréis mis padres, eso nunca va a cambiar. Por lo menos para mí. —Los dos volvieron a abrazarla.

—Para nosotros tú siempre serás nuestra pequeña Beatriz —dijo Susan—. Solo espero que ahora que todo está arreglado ya no penséis en marcharos, ¿verdad, hijo? —preguntó mirando a Edu.

—Nada ha cambiado, mamá. En cuanto Bez se recupere, nos iremos.

—Pero, hijo, por favor, ni tu padre ni yo queremos que os marchéis.

—Es tarde para eso, la decisión está tomada.

—Eduardo —le habló su padre muy serio—, ponte por un segundo en nuestro lugar. Para nosotros nunca ha habido distinciones entre vosotros. Desde el momento en que adoptamos a tus hermanos fueron como tú, y con los años nos olvidamos de que no los engendramos nosotros. Los sentimos nuestros. Así que, encontraros en esa situación, como padres fue un trauma. En ese momento no pensamos en que no erais hermanos, solo os veíamos como a nuestros hijos, y fue impactante y decepcionante. Hasta que tu hermano nos abrió los ojos recordándonos que por más que os criasteis como hermanos no lo erais, no nos dimos cuenta de nuestro error. Así que, ¿por qué no olvidamos todo este mal trago y volvemos a ser lo que siempre hemos sido, una familia que se apoya y se quiere por encima de cualquier cosa?

Cuando Bez vio la cara de tristeza de sus padres y cómo a su madre se le encharcaron los ojos de nuevo, alargó una mano hacia Edu para obligarlo a acercase hasta ella y que se sentara en la cama a su lado.

—Edu…

—Bez, no…

Ella acarició su mejilla y dijo con una voz suave y aterciopelada

que calmó su ira:

—Edu, los necesito igual que te necesito a ti. Y tú también los necesitas, igual que ellos a ti. Por favor, mi vida, hazlo por mí. No quiero irme, esta es nuestra casa. Siempre será nuestra casa.

Edu la miró fijamente a los ojos y supo que no podía ni quería negárselo, pues tenía razón, él adoraba a sus padres tanto o más que ella. Cogió su cara entre sus manos y la besó con ternura en los labios.

—¿Te aprovechas de mí porque sabes que en tu estado no voy a negarte nada?

—Es bueno saberlo. ¿Quieres decir que aún me quedan seis meses más para poder seguir aprovechándome de ti?

Todos se rieron por el comentario, hasta que Edu volvió a hablar.

—Solo nos quedaremos si aceptan mis condiciones.

—Bien, pues dinos cuáles son —dijo José—. Pero no te pases, que tú no estás en estado —bromeó, haciéndoles reír y consiguiendo una leve sonrisa de su hijo. Con esa mueca, supo que todo acabaría arreglándose entre ellos.

—Quiero que dejéis de decir que somos hermanos.

—Creo que eso ya sería ridículo a estas alturas —concedió Susan —. ¿Qué más?

—Queremos vuestro apoyo para que la gente acepte nuestra relación.

—Eso siempre vais a tenerlo. —Esta vez fue José el que aceptó.

—Papá…

—Está bien, desde este momento te juro que vais a tener nuestro apoyo incondicionalmente, como siempre lo habéis tenido. ¿Algo más?

—Queremos casarnos —dijo mirando a Bez, consiguiendo una sonrisa radiante.

—Mi nieto va a necesitar un padre, así que no tienes escapatoria —le advirtió José. Edu se rio—. ¿Algo más?

—De ahora en adelante, esta será nuestra habitación…

—¡Edu! —gritó escandalizada Bez—. No le hagas caso, papá, yo me iré a mi habitación. —Esta vez fue José el que se rio.

—¡Ay, cariño! Una vez tu madre le dijo eso a tu abuelo y ¿sabes qué dijo él?

—¿Qué?

—Que por más que tu madre se fuera a la habitación más alejada de la casa, yo acabaría durmiendo en ella, y tenía razón. Como también sé que tu herma… lo siento —se disculpó mirando a Edu—. Nos costará acostumbrarnos, pero lo haremos. Bueno, lo que quería decirte es que, aunque duermas en tu habitación, Edu

acabará durmiendo en el mismo lecho que tú.

—¡Papá! Desde luego, es que sois igualitos. Los dos conseguís sacarme los colores —protestó Bez sonrojándose.

—Sí, por eso te enamoraste de él, ¿verdad? —le preguntó Susan.

—¿Por qué dices eso, mamá?

—Porque cuando eras chiquitina decías que cuando fueras mayor te casarías con tu padre.

—Lo recuerdo. Siempre estuve loca por ti —confirmó mirando a su padre con mucho amor—, y nunca había ningún chico más guapo que tú. Hasta que conocí a Edu. Bueno, más bien hasta que me reencontré con Edu.

—Tú me conquistaste en cuanto puse los pies en la casa de Sandoval y decidí convertirme en padre de familia numerosa. Eras preciosa y encantadora, la niña más bonita que había visto nunca.

—Quiero oír esa historia, quiero saber todo lo que pasó entre vosotros porque no recuerdo nada. Para mí, siempre habéis sido mis padres y aún no puedo creer que no lo seáis. Aunque, en el fondo, me alegro porque así Edu y yo podemos estar juntos. —Sonrió feliz.

—Bez, debes descansar —le pidió Edu.

—Y lo haré, cuando nos cuenten la historia. Escuchar no me cansa, al revés, me relaja. Por cierto, ¿quién es Sandoval?

—Sandoval fue tu padre. —José empezó a contar la historia, y Edu se sentó apoyado en el cabecero y abrazó a Bez—. Pues todo empezó en la boda de Jorge y Mónica, allí vi a tu madre por primera vez y ya no pude escapar.

Después de escuchar toda la historia, Bez les dijo, orgullosa:

—Fuisteis muy valientes los dos, sobre todo tú, papá, por matar a un mal hombre para salvar a la mujer que amabas y después hacerte cargo de cuatro niños que no eran tuyos.

—Bueno, eso fue más bien egoísmo. Si no os adoptaba, perdía a tu madre. Ella no me dejó opción.

—No seas modesto —le dijo su mujer—. Yo no te lo pedí, fue algo que tú decidiste.

—Y no me arrepiento, han sido los años más felices de mi vida. Y volvería a hacerlo todo otra vez para tener la familia que tengo ahora, porque vosotros sois lo más importante para mí.

—Lo siento, mamá.

—¿Por qué dices eso, cariño?

—Porque ahora comprendo que tus fantasmas volvieran al inventarme esa historia. Solo espero que puedas deshacerte de ellos de nuevo.

—Seguro que sí. Ahora que sé que estás bien, volverán a desaparecer. No quiero que te preocupes por eso.

—Eres admirable, ¿lo sabías? Otra mujer no se habría ocupado

de los hijos de ese monstruo. Debió ser horrible para ti vivir todo eso.

—Los hijos no tienen la culpa de los errores de sus padres y nadie debería juzgarlos por ello. Y vosotros, gracias a Dios, no habéis heredado nada de él, debéis haber salido a vuestra madre.

—Creo que te equivocas, nos parecemos a vosotros. Los hijos son como sus padres y aprenden lo que ven en casa, y vosotros siempre nos habéis dado buen ejemplo, por eso hemos salido así. El mérito es vuestro y no de nuestros padres.

—Tienes razón, hermanita —dijo Alberto apoyado en el quicio de la puerta, pues había llegado justo para escuchar la historia—. Me alegro de que por fin todo se haya solucionado.

—Yo también —afirmó Edu—, pero ahora Bez debe descansar.

—Sí, será mejor que la dejemos dormir. —Susan besó la frente de su hija al levantarse.

Todos los demás abandonaron la habitación, dándole un beso a Bez antes de partir. Cuando por fin se quedaron solos, Bez le dijo a Edu, recostándose en su pecho:

—Estoy tan feliz de que todo haya salido bien que me pondría a chillar de emoción ahora mismo.

—Pues te está terminantemente prohibido hacer esfuerzos, así que a dormir.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me has dado un beso.

Edu sonrió y le dio un beso de esos que quitan el sentido.

—Ahora, ¿vas a dormirte?

—Sí, ahora sí. —Sonrió, se acurrucó en sus brazos y se quedó dormida inmediatamente.

Edu estaba feliz, por fin todos sus sueños se habían cumplido, por fin podía estar con la mujer que amaba y sin tener que esconderse, y por fin sus padres aceptaban esa unión y los apoyaban.



XLIX

Los Valles de Salazar

Mónica volvía del pueblo de hacer unas compras con Tula y Moisés cuando, de repente, cinco hombres enmascarados asaltaron el carruaje. Moisés intentó enfrentarlos, pero los asaltantes los encañonaron con sus armas.

—¡Alto! —ordenó Mónica—. Bajen las armas, por favor. Les daremos todo lo que llevamos, pero no nos hagan daño.

—No queremos nada, solo que coopere, señora de Mendoza. Si lo hace, sus negros no sufrirán ningún daño.

—Está bien, cooperaré si dejan marchar a mis negros. ¿Qué es lo que quieren?

—Que nos acompañe.

—¡No, señora! ¡No puede ir con ellos! —gritó Moisés.

Uno de los asaltantes le dio con la culata del revólver en la cabeza, dejándole sin sentido.

—¡Está bien! ¡Iré con ustedes, pero, por favor, no les hagan daño! —Antes de descender del carruaje, Mónica le dijo a Tula—: Ve a casa rápido y avisa a Jorge. —Cuando bajó, uno de ellos la subió a su caballo y salieron al galope, desapareciendo en el camino.

Al llegar Tula a Nube Blanca y contar lo sucedido, Jorge reunió a sus hombres y se dirigió a la plantación de los Robles, pero regresaron con las manos vacías.

—Papá, y mamá ¿dónde está?

—No estaba allí, cariño. Creí… estaba seguro de que todo esto era cosa de ese demente, pero no estaba allí. Arturo nos dejó

registrar toda la plantación, pero ella no estaba. ¡¡¡No estaba, maldita sea!!! —gritó golpeando con furia la mesa.

—Tranquilo, papá. Ahora no puedes perder los nervios, debes centrarte. Debes ser ese hombre frío y calculador que es el general Mendoza y pensar, pensar quién puede querer hacerte daño. ¿Quién haría algo así?

—Cariño, no puedo pensar, se trata de tu madre. No recuerdo tener más enemigos que Arturo Robles, y él no la tiene. Si algo le pasa a tu madre, no podré soportarlo.

Mónica abrazo a su padre con fuerza y se puso a llorar, no soportaba verlo así. Él era el gran general Mendoza, y verlo tan asustado y abatido le rompía el corazón. No soportaba ver su angustia y sus ojos llorosos pensando que algo pudiera pasarle a su mujer.

—Lo siento, papá, pero necesito recostarme. No me encuentro bien.

—Ve, hija. Si hay noticias, te avisaré. Ya he mandado aviso al cuartel para que manden más hombres, saldremos a buscarla en cuanto lleguen.

—Está bien, papá, prométeme que vas a tranquilizarte.

—Lo intentaré.

Mónica salió por la parte de atrás de la casa. Cuando llegó a las cuadras se puso su ropa de hombre y salió con Bella hacia el cuartel. Sabía que Gabriel se había trasladado al cuartel del pueblo para no tener que enfrentarse a su padre en el de la ciudad tras despertar ella de ese sueño eterno y pedirle que la dejara en paz. Gabriel no había vuelto a la plantación de los Robles, no había vuelto con su padrino, y su padre le había dicho que había oído rumores de que había renegado de Arturo.

«Por favor, señor, protege a mi madre de esos locos. Estoy segura de que Arturo Robles es el responsable de ese rapto y no quiero ni imaginar qué puede hacer con ella ese demente».

Cuando llegó al cuartel y pidió hablar con el capitán Torres, todos se rieron de ella al verla vestida así preguntando por un oficial.

—Vaya con la golfilla, no se conforma con un soldado raso no, ella quiere a un capitán —dijo uno de los cabos que estaban de guardia, y el otro le siguió el juego.

—¿Por qué un capitán, preciosa? Los cabos también somos buenos en el catre. Acompáñanos y te lo demostraremos.

Mónica, cansada de tanta tontería y al ver que esos dos estúpidos se acercaban a ella, se quitó el sombrero y dejó ver su melena y sus ojos violetas.

—No creo que a mi padre, el general Mendoza, ni a mi marido,

el capitán Torres, les haga mucha gracia saber lo que ustedes quieren enseñarme en el catre.

A los dos empezaron a temblarles las piernas al darse cuenta de que se estaban riendo de la hija del general Mendoza y sabían que si el capitán Torres se enteraba de lo que estaban diciéndole a su esposa, les cortaría la cabeza.

—Lo sentimos mucho, señora. No sabíamos que era usted.

—Por favor, discúlpenos.

Ninguno de los dos dejaba de disculparse y a Mónica ya no le quedaba paciencia.

—¡Ya basta! —gritó—. No me interesan sus disculpas, necesito ver a mi esposo y es muy urgente.

—Sí, señora. Iré a buscarlo inmediatamente —dijo uno de ellos y salió corriendo.

—Acompáñeme, señora, puede esperarlo en el jardín.

Mónica estaba histérica y no dejaba de dar vueltas. A los diez minutos apareció Gabriel y, cuando lo vio, toda su fortaleza desapareció. Sin darse cuenta, echó a correr hacia él, desplomándose en sus brazos y llorando desesperada.

—Mónica, Mónica, cariño, ¿qué te pasa?

—Gabriel, ti-tienes que-que ayudarme. —La congoja no la dejaba hablar.

—Está bien, dime qué te ocurre y te ayudaré.

—Mi-mi madre, la han secuestrado.

—¡¿Qué?!

Mónica le contó como pudo y entre lágrimas todo lo que había pasado.

—¿Por qué crees que la tiene mi padrino?

—Precisamente por eso, porque dejó que mi padre registrara toda la plantación sin oponer resistencia. ¿No crees que si él no hubiera sido el culpable no hubiera dejado a mi padre entrar en sus tierras? ¿Desde cuándo tu padrino es tan generoso con mi padre? ¿Desde cuándo es capaz de ponerle las cosas tan fáciles?

Gabriel no dejaba de mirar a Mónica. Esa mujer le fascinaba, era hermosa, inteligente y no comprendía cómo el general Mendoza no había llegado a la misma conclusión que su hija.

Ella estaba en lo cierto. Si su padrino había sido tan generoso era porque estaba involucrado en eso. Seguro que era el autor del delito, porque si no le hubiera volado la cabeza nada más poner un pie en su propiedad. Pero no, él le dejaba entrar y registrar su finca solo con dos propósitos: no parecer culpable del secuestro y ver al general sufriendo por la desaparición de su esposa, pues sabía que sufriría aún más al no encontrarla. Lo conocía muy bien y sabía que esos eran los motivos para dejar al general entrar y registrar su

propiedad sin protestar.

—Está bien, tranquilízate. Iré a hablar con mi padrino.

—¡No, no quiero que hables con él! ¡Quiero que encuentres a mi madre y que lo mates! ¡Ese hombre nunca va a descansar, nunca nos va a dejar tranquilos! ¡No hasta que ocurra una desgracia!

Estaba histérica y no dejaba de gritar, Gabriel la abrazó con fuerza.

—Mónica…

—Necesito a mi madre, Gabriel… La necesito.

Mónica volvió a llorar y él, besándole la frente, le susurró:

—Si mi padrino tiene a tu madre, la traeré. Te lo juro. Ahora vuelve a tu casa y espérame allí.

—Si tu padrino le ha hecho algo a mi madre, te juro que… —Él le puso un dedo en los labios para hacerla callar.

—Si mi padrino le ha hecho algo a tu madre, yo mismo lo mataré. Te lo prometo. —Cogió su cara entre sus manos y le dio un beso, un beso intenso, pero tierno, un beso suave para tranquilizarla, y consiguió que Mónica se relajara un poco. Después dijo con voz de mando—: ¡Cabos! —Los dos soldados aparecieron delante de él en un abrir y cerrar de ojos y le saludaron. Él les devolvió el saludo y les ordenó—: Acompañen a mi mujer hasta su casa y procuren que llegue sana y salva, porque de lo contrario, morirán.

—Sí, señor —dijeron los dos muertos de miedo.

Mónica no pudo evitar sonreír a su marido. Le encantaba esa fuerza en él, esa forma de protegerla, de querer tenerla a salvo y fuera de cualquier peligro, y en ese momento no pudo evitar besarlo. Gabriel le devolvió el beso con mucho ímpetu, deseando que ese momento no terminara nunca. Hacía tanto tiempo que no la tenía entre sus brazos que no quería soltarla, no quería apartarse de ella, por eso su abrazo cada vez era más fuerte, más apretado y más posesivo.

Cuando se dio cuenta de que debía soltarla, o de lo contrario tendría que subirla a su habitación para hacerle el amor hasta quedar extasiados, a regañadientes y con mucho esfuerzo se apartó de ella, y le habló muy despacio en el oído para que le quedara bien claro.

—Volveré, y quiero que sepas una cosa: cuando lo haga quiero una *re-con-ci-lia-ción*. Y escúchame bien, tendrán que matarme para que no seas mía. Ya no puedo soportarlo más, Mónica, necesito estar contigo. Eres mi mujer y te necesito a mi lado.

Sin decir nada más, volvió a besarla haciendo que el corazón de Mónica aleteara como las alas de una mariposa, después montó sobre Atila y salió al galope.

El camino de regreso a Nube Blanca escoltada por esos dos soldados fue muy extraño para Mónica, pues su corazón se debatía entre dos sentimientos: la preocupación por su madre y el nerviosismo por el regreso de Gabriel. Sabía que él cumpliría su promesa y que traería a su madre si estaba con Arturo Robles, como también sabía que cuando lo hiciera reclamaría su premio, y que no le importaría enfrentarse a su padre para conseguir lo que quería. Y también sabía que ella estaba deseando otorgarle ese premio. Anhelaba reconciliarse con él, volver a estar entre sus brazos. Solo había necesitado un beso para darse cuenta de lo mucho que lo echaba de menos, y todo su cuerpo tembló al imaginarse en los brazos de Gabriel de nuevo.

Los 20 Robles

Gabriel galopaba hacia la plantación de los Robles con una sola idea en la cabeza: regresar cuanto antes con Mónica. Pero antes debía lograr engañar a su padrino para saber exactamente si él tenía o no a su suegra. Al llegar, los hombres enseguida lo saludaron y Gabriel empezó a tantear el terreno para sacarles información; al primero que interrogó fue a Fernández.

—Hola, Fernández.

—Hola, señor. Me alegra verle de vuelta.

—¿Dónde está mi padrino?

—No está, señor.

—No te he preguntado si está en la casa, te he preguntado dónde está.

—No lo sé, señor.

—Bien, volveré a preguntar. ¿Dónde está la señora de Mendoza?

—Señor, yo no…

—¿Quieres enfadarme o prefieres conservar tu vida? Recuerda lo que le pasó a Jacinto la última vez que me enfadé.

—No sé dónde está. Sé que la tiene, pero no sé dónde —aclaró nervioso.

—¿Quién la secuestró? Quiero sus nombres.

—Nadie de esta plantación, señor, debió contratarlos fuera del condado. El señor Robles cada vez está más loco, señor. Ninguno de nosotros puede controlarlo ya, debe usted hacer algo.

—Y voy a hacerlo, no te preocupes. Una pregunta más, ¿sabías sus intenciones? ¿Sabías que iba a secuestrar a la señora de

Mendoza?

—Sí, señor.

—¡¿Y por qué no me avisaste?!

—No creí que a usted le importara.

—Un fallo por tu parte. Metedlo en las mazmorras cinco días a pan y agua, y esperemos que los demás aprendáis la lección. Mi padrino no está bien, está loco, y necesito que me informéis de todas sus locuras. Creo que lo dejé bastante claro cuando me fui.

—¡No, señor! ¡No me encierre, por favor! ¡Odio la oscuridad, me volveré loco ahí dentro!

—Así a la próxima cumplirás mis órdenes a rajatabla. Sabías lo que iba a ocurrir y permitiste que ese loco secuestrara a mi suegra. Reza porque esté bien, de lo contrario, tu cadáver se pudrirá en esas mazmorras. ¡¡Lleváoslo ahora!!

Cuando Gabriel se enfadaba volvía a ser ese hombre sin sentimientos que su padrino amaestró y de nada servían las súplicas, pues no le afectaban en absoluto. Así que Fernández estaba condenado a cumplir el castigo que Gabriel le había impuesto.

Después de esa orden, salió con Atila como alma que lleva al diablo y se adentró en la plantación. Se dirigió a un punto que poca gente sabía que existía: una pequeña cabaña que colindaba con una antigua plantación, propiedad de los Robles, que llevaba muchos años cerrada.

De niño, esa cabaña era el refugio de Gabriel cuando sabía que su padrino iba a castigarlo por cualquier cosa que a él le pareciera una falta. Se quedaba allí unos días y cuando creía que Arturo ya no se acordaría del castigo, volvía. El problema era que nunca se le olvidaban los castigos, lo único que conseguía era que su furia hubiera disminuido y el castigo fuera menos doloroso o duradero. Todo terminó cuando Arturo descubrió la cabaña y nunca más tuvo dónde esconderse de su ira.



L

Los 20 Robles

Mónica estaba atada al pilar de madera que había en el centro de la cabaña con las manos detrás de su cintura, rodeándolo. Estaba aterrada, pues se imaginaba quién había ordenado encerrarla y atarla, y no podía ser otro más que el enfermo de Arturo Robles. Conociéndole, ya sabía las sucias intenciones que tendría con ella. La confianza en su marido la hacía tener esperanzas.

Cuando la puerta se abrió y apareció Arturo, Mónica sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Estaba tan cambiado y tan desagradable que mirarlo le producía náuseas.

—¡Sorpresa! —exclamó al entrar—. ¿A que no podías imaginarte que era yo quien había montado todo este jaleo por ti? Seguro que estás complacida.

—Pues no, más bien, me siento asqueada.

—¡Uuummm! Rebelde, tal y como te recordaba. Tendré que darle las gracias a tu marido por no cambiar ese carácter tuyo tan especial.

—Mi marido va a matarte en cuanto ponga los pies en esta plantación. Así que, si sabes lo que te conviene, desátame ahora mismo y déjame marchar.

Arturo empezó a reírse a carcajadas.

—Tienes una fe ciega en él, ¿verdad? Pues desengáñate, querida, porque ya ha estado aquí y el pobrecito se fue tan apenado por no encontrarte que hasta me compadecí de él.

—¿Tú, compadecerte de alguien? ¡Ja! No me hagas reír.

—Me conoces bien. Me alegra que después de tantos años, no hayas sido capaz de olvidarte de mí, igual que yo no he podido olvidarte.

—Me das asco y no perdería un solo minuto de mi vida pensando en ti.

Arturo se plantó delante de ella, sacó un cuchillo del pantalón y la amenazó pasándole la punta por su mejilla.

—Podría dejarte un bonito recuerdo para que pensaras en mí cada vez que te miraras a un espejo. —Deslizó la punta del cuchillo desde la sien hasta la mandíbula, mientras decía, pegado a su oreja y restregando su enorme barriga por el cuerpo de Mónica—: Así es la de tu marido, ¿verdad? Esa cicatriz que tanto te gusta, esa cicatriz que besas y acaricias delante de todo el mundo para mortificarme. La primera vez que te vi hacerlo en la fiesta de los Serra sentí ganas de mataros a ti y a él.

—Por Dios, Arturo, de eso hace más de veinte años. ¿Por qué no lo olvidas de una maldita vez? Suéltame, por favor, olvidaré esto y convenceré a mi marido para que no haya represalias.

—¡Tu marido, tu marido! ¡¡Olvídate de tu marido!! —gritó enfurecido—. Él nunca va a encontrarte, nadie conoce este lugar. Desde este momento me perteneces, Mónica, ¡eres mía!

—¡Nunca! Antes tendrás que matarme.

—No necesito matarte, si lo hiciera se acabaría la diversión. Estás atada y a mi merced, y yo no voy a ser tan generoso como lo fue tu marido. No voy a esperar a que quieras ser mía, porque vas a serlo ahora.

—No… se te ocurra tocarme, porque juro por Dios que a la primera oportunidad que tenga, te mataré.

—Me encanta cuando te pones rebelde. ¿Sabes una cosa? Tu hija es igual que tú, por eso tiene tan loco a mi ahijado. Ahora, basta de cháchara, Mónica. Llevo esperando este momento más de veinte años.

Nada más terminar de decir eso besó su boca. Mónica la cerró y apretó con todas sus fuerzas, y él lamió sus labios con dureza intentando abrirla, pero era como una fortaleza y no podía adentrarse en ella. Así que decidió atacar otra parte de su cuerpo menos complicada, más a su alcance y más placentera. Desgarró su vestido y dejó sus pechos al descubierto. Empezó a acariciarlos y besarlos con un ansia irrefrenable.

—¡Oooh, Mónica! Eres tan deliciosa, he soñado tantas veces con este momento. Te deseo tanto.

—¡¡¡Suéltame!!! ¡¡¡Suéltame, maldito hijo de perra!!! ¡¡¡Voy a matarte por esto!!! ¡¡¡Suéltame, no me toques!!!

Mónica pataleaba y gritaba con todas sus fuerzas, pero Arturo no

le hacía caso. Estaba como poseído con sus pechos, los acariciaba y los lamía. Para que dejara de patalear, abrió sus piernas y se coló entre ellas. Le subió las faldas, la apretó entre el tronco y su cuerpo, y refregó su erección contra su pelvis, sin dejar de saborear sus pechos.

—¡Uuummm, Mónica! Por más que grites, aquí nadie puede oírte y vas a ser mía. Me encanta oírte gritar y lo vamos a pasar muy bien, porque vas a gritar hasta desfallecer.

Mónica estaba aterrada. Sabía que nada de lo que dijera podría hacer cambiar a ese hombre de opinión y que él acabaría tomándola a la fuerza. Lo peor era que no pensaba liberarla después de eso, pensaba mantenerla atada y encerrada hasta que alguien la encontrara, y según él nadie, conocía ese lugar. Desesperada, se echó a llorar y cuando todo parecía perdido, la puerta empezó a abrirse muy lentamente.

A Mónica se le cortó la respiración imaginándose que uno de sus hombres entraba para mirar o unirse a la fiesta, pero vio aparecer a Gabriel, que se puso un dedo en la boca para que guardara silencio. El corazón empezó a latirle con fuerza y visualizó una salida a ese infierno en el que se había visto prisionera durante una eternidad, porque un solo día con ese demente había sido como una eternidad para ella.

Gabriel se acercó sigilosamente y, cuando llegó a la altura de Arturo, lo cogió de los pelos, lo apartó de Mónica y lo volvió hacia él. El puñetazo en la cara que le dio fue tan fuerte que le hizo caer al suelo. Con Arturo temporalmente fuera de combate, se giró hacia Mónica y con su puñal ensangrentado cortó las cuerdas, liberándola. Enseguida quitó la chaqueta y se la colocó por los hombros, Mónica se cubrió los pechos y rompió a llorar por los nervios acumulados. Gabriel la abrazó con fuerza y le habló con suavidad al oído para tranquilizarla.

—¡Ssshhh! Ya pasó. Voy a llevarte con tu marido, cálmate…

—No te voy a permitir que la saques de aquí.

—Arturo, no quiero hacerte daño. —Mientras hablaba, colocó a Mónica detrás de él para protegerla con su cuerpo—. Voy a llevar a Mónica a su casa y no vas a poder impedírmelo. No me obligues a matarte.

—¡¿Serías capaz de matarme por esta zorra?! ¡Es una Mendoza!

—¡Sé que es una Mendoza, pero tienes que olvidarte de ellos de una maldita vez! No voy a dejar que les hagas daño, voy a sacarla de aquí y a llevarla con su marido.

—¡Ellos son el enemigo! ¡Yo te he dado todo lo que tienes! Gracias a mí eres quien eres, yo te saqué de aquella pocilga. Si no hubiera sido por mí, te hubieras muerto de hambre. Me lo debes,

Gabriel, no puedes robármela. Esa mujercita tuya te ha cambiado, te ha hecho débil. Conmigo no tenías sentimientos, no te importaba nada, eras cruel.

—¡No hables de mi mujer, ni se te ocurra mencionarla! Ella es lo único bueno que he tenido en la vida y es lo único que debo agradecerte. Porque tú me obligaste a conquistarla, a casarme con ella para vengarte de su padre, pero gracias a eso pude conocer algo nuevo y diferente a lo que había tenido toda mi vida contigo.

—¡No puedes quejarte! ¡Yo te lo di todo, yo te enseñé todo lo que sabes!

—¡Tú solo me diste castigos y me enseñaste a odiar! Ella me dio amor y me enseñó a disfrutar de la vida. Con ella sentí por primera vez lo que es formar parte de una familia, no como en la casa de los Robles, que el lema es: «el más fuerte es el que manda y el que más fuerte golpea es al que escuchan». Pues los Mendoza tienen otro y es mejor que el tuyo. Ellos se apoyan los unos a los otros, se defienden, se protegen, se respetan. Eso es una familia, eso hace la gente que te quiere. Y voy a dejarte algo bien claro: los Mendoza son mi familia desde este instante y sé que no me merezco formar parte de ella, sé que no podrán perdonar lo que hice, pero aun así yo voy a apoyarlos, defenderlos, protegerlos y respetarlos. Y si vuelves a hacer algo en contra de ellos, te convertirás en mi enemigo. Y ya sabes lo cruel que puedo llegar a ser con mis enemigos porque tú mismo me lo enseñaste. Ahora me voy, y te lo repito por última vez: olvídate de los Mendoza si no quieres morir. Vámonos, Mónica.

Cuando le dieron la espalda para salir de la cabaña, Arturo cogió el puñal que había caído al suelo al golpearle Gabriel y, con mucha fuerza, se lanzó contra él, gritando furioso:

—¡¡Mónica me pertenece!! ¡¡No puedes robármela de nuevo, no puedes robármela de nuevo, es mía!!

Gabriel se volvió y esquivó el puñal al tiempo que le golpeaba con todas sus fuerzas debajo de la mandíbula, dejándolo sin sentido en el suelo.

—Ahora sí podemos irnos —le dijo a Mónica con una sonrisa.

—Gracias, Gabriel. Aún estoy temblando.

—Se te pasará cuando estés en casa, ya lo verás. ¿Nos vamos?

—Sí, por favor, sácame de aquí.

Cuando salieron, Mónica vio a los cinco hombres que la habían secuestrado muertos con el cuello seccionado, e inmediatamente recordó lo que su marido contó en la fiesta de pedida de su hijo con respecto a Gabriel. Delante de ella, tenía el resultado de lo que hacía con sus enemigos para salvar a la gente que necesitaba su ayuda. Gabriel la montó encima de Atila y después subió detrás de

ella, Mónica había pasado tanto miedo que se dejó caer sobre su pecho, agotada. Gabriel sonrió, ese pequeño gesto solo podía significar una cosa, confianza.

—¿Estás bien? —preguntó para asegurarse.

—Sí, gracias a ti, y desde este momento mi familia estará más protegida teniéndote a su lado. Si todo lo que dijiste en esa cabaña es cierto, claro.

—Nunca en mi vida he hablado más en serio. Amo a tu hija, Mónica. Sé que he hecho cosas imperdonables y que me va a costar mucho que vuelva a confiar en mí, pero no voy a descansar hasta lograr su perdón. Solo te pido un poco de ayuda.

—¿Quieres que convenza a mi hija para que vuelva contigo?

—No, quiero que no me prohibáis acercarme a ella, que si ella quiere estar conmigo no intentéis impedirlo. Juro que no voy a volver a obligarla a nada nunca más, pero tampoco voy a cesar en mi empeño por recuperarla. Es lo único que te pido.

—Prométeme que nunca más vas a hacerle daño.

—Nunca he dañado a tu hija físicamente y nunca lo haré.

—No necesitas golpear a alguien para dañarle.

—Lo sé, aprendí la lección y no volverá a pasar.

—Está bien, no voy a negarme a que vuelvas a conquistar a mi hija e intentaré que mi marido no se meta entre vosotros, aunque no te puedo asegurar que me haga mucho caso. Pero te va a costar mucho que mi hija vuelva a confiar en ti.

—Lo sé, pero he de intentarlo, si no, nunca podré perdonarme haberla perdido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—Cuando has dicho que tu padrino te sometía a castigos, ¿por qué lo hacía y qué clase de castigos eran?

—Para anular mis sentimientos. Y prefiero no contarte qué clase de castigos, es mejor que no lo sepas.

—¿Por qué? ¿Con qué propósito?

—Cuando una persona no siente nada, no le importan las súplicas ni los lloros de los demás.

—Por eso eres capaz de matar de esa manera tan brutal. Esos hombres estaban todos… —Se calló al ser incapaz de terminar la frase.

—Degollados, ¿es lo que ibas a decir? Mira, Mónica, lo único que tengo que agradecer a las enseñanzas de mi padrino es que, cuando estoy en una situación de riesgo, me bloqueo y no me importa qué pueda pasarles a mis enemigos. Solo tengo un objetivo, salvar a la persona que está en peligro y que me importa. Lo mejor en esos casos es una muerte rápida y silenciosa para no ser

descubierto, y esa es la más efectiva y sigilosa. Estás sana y salva, ¿verdad?

—Sí, y te lo agradezco. Por favor, recuérdame que nunca seamos enemigos. —Gabriel sonrió—. ¿Y para qué quería tu padrino que tú no sintieras? ¿Qué ganaba él con eso?

—Él quería hacer sufrir a tu hija. Quería que a mí no me importara que él pasara por su lecho mientras la teníamos prisionera, quería atarla al palo y que sus hombres la azotaran mientras él miraba y se divertía castigando a una Mendoza. Quería devolveros a vuestra hija moribunda y haceros creer que estaba preñada de un Robles, de él o de mí, esa sería la incertidumbre. Desde que tengo uso de razón siempre me ha dicho: «Quiero ver a los Mendoza llorar lágrimas de sangre».

—¡Oh, Dios mío! Ese hombre está peor de lo que yo esperaba. Pero si hubierais hecho con mi hija todas esas cosas, mi marido no hubiera descansado hasta mataros. Y si no te mató cuando tuvo la oportunidad fue porque supo quién eras y porque se sentía responsable por lo que te pasó.

—Lo sé, me lo dijo. Y eso quería Arturo, una guerra. Tener la oportunidad de matar a tu marido cuando viniera a vengarse. Pero algo falló en ese dichoso plan que elaboró desde que supo que habías dado a luz a una niña. Desde ese día me llenó la cabeza de mentiras, haciéndome creer que tu hija debía pagar por los pecados de su padre. Lo que nunca imaginó es que Mónica fuera capaz de borrar de un plumazo todos esos castigos y todo ese odio que cimentaba dentro de mí. Con ella nunca he podido tener mis sentimientos bloqueados. Ella siempre ha despertado en mí todo lo contrario a lo que debía sentir. Siempre la he protegido y, aunque mi deber hacia mi padrino y el odio que sembró en mí al hacerme creer que tu marido fue el culpable de la muerte de mi familia me obligaron a hacer cosas que no debí hacer nunca, jamás he dejado que nadie la lastimara. Pero al final las cosas se me fueron de las manos y he cometido muchos errores. Uno de ellos, el que nunca podré perdonarme, fue provocar que Mónica perdiera a nuestro hijo y que casi muriera.

—Tú no la embestiste con el caballo, fue un accidente.

—Un accidente que yo provoqué al llevarla allí.

—Hablar de eso no soluciona nada y te voy a dar mi primer consejo: si quieres reconquistar a mi hija, nunca hables de eso con ella.

—Lo tendré en cuenta —dijo sonriendo.

—Gabriel, siento lo que debiste pasar con ese hombre y que Jorge no te encontrara a tiempo. Todo hubiera sido muy distinto si hubieras crecido con los Castro.

—Eso ya no importa, ya nada se puede hacer, y quiero que sepas que os agradezco que cuidarais de mi hermana y le consiguierais un buen hogar. Aunque también pienso que es una niña muy consentida y malcriada.

—Sí, los Castro han sido muy blandos con ella, siempre le han permitido todo. Por eso es así. ¿Has llegado a hablar con ella? ¿Le has dicho que sois hermanos?

—Sí, pero no se lo cree. Y adivina a quién culpa de semejante mentira.

—No me lo digas, a mi hija.

—Exactamente, creo que Mónica es el blanco de todas sus desgracias.

—Sí, menos mal que ella ya se ha hecho a la idea y no le hace ni caso.

—Es lo mejor que puede hacer. Espero que, con el tiempo, se haga a la idea y podamos tratarnos como hermanos. Ahora que la he reencontrado, me gustaría poder conocerla mejor.

—Dale tiempo, verás cómo al final recapacitará.

—¿Preparada para entrar en tu hogar?

—Sí, me muero de ganas.

—Sabes que tu marido querrá matarme cuando vea tu vestido.

—No te preocupes, yo te protegeré como tú has hecho conmigo.

—Entonces estoy salvado —dijo con una sonrisa, haciendo reír a Mónica.

—Pero debes hacer algo con tu padrino antes de que ocurra una desgracia.

—Lo sé, voy a internarlo.

—Creo que será lo mejor.

***

No habían llegado al porche cuando salieron todos a recibirles y los soldados que había llamado Jorge encañonaron con sus armas a Gabriel. Cuando Jorge vio a su mujer, echó a correr hacia el caballo y, nada más bajarla, la besó con pasión. Después la abrazó con mucha fuerza.

—Estábamos a punto de salir a buscarte, casi me muero de pensar que pudiera pasarte algo. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —La inspeccionó para ver si tenía algún golpe y al reparar en que llevaba la chaqueta de Gabriel, lo miró y preguntó a su mujer—: ¿Por qué llevas su chaqueta? ¿Qué te han hecho, Mónica? ¿Ese loco

ha abusado de ti?

—No, no. Cálmate, cariño, no me han hecho nada. Gabriel llegó a tiempo, él me salvó antes de… Estoy bien y eso es lo único que importa. Baja de ese caballo, Gabriel, mi marido no va a matarte.

—Yo no estaría tan seguro —refunfuñó Jorge, molesto.

Su hija y Estela se colgaron de ella, besándola con mucho cariño.

—¡Oh, gracias a Dios que estáis aquí! —gritó Mónica.

—Hemos pasado tanto miedo —confesó Estela—. Gracias a Dios que tu hijo no estaba aquí.

Después de abrazar a su madre y besarla más de mil veces, Mónica miró a Gabriel. Él la miraba con intensidad con esos ojos negros que la volvían loca esperando una respuesta por su parte y, sin poder evitarlo, se arrojó a sus brazos. Él la abrazó con fuerza, la levantó del suelo y se fundieron en un beso apasionado, posesivo, desesperado. Porque así era como se sentía Gabriel, desesperado por tenerla entre sus brazos, por besarla, acariciarla, hacerle el amor y por dormirse con ella a su lado.

—Este muchacho se ha vuelto loco. Si no suelta a mi hija, lo mataré.

—Jorge.

—¡¿Qué?!

—Déjalos que arreglen sus problemas, es mejor no meternos.

—Gracias, gracias por traer a mi madre de vuelta —le dijo cuando por fin Gabriel fue capaz de soltarla para coger aire.

—Te lo prometí, y de ahora en adelante voy a cumplir todas las promesas que te haga. Pero ahora necesito que tú cumplas lo que te pedí. Vente conmigo, Mónica, pasa la noche conmigo. Te necesito, por favor.

—Está bien, pero solo esta noche. Aún no sé si puedo confiar en ti de nuevo.

Gabriel, sin decir nada, pero con esa sonrisa que conseguía que a Mónica le temblaran las piernas, la subió al caballo.

—¿Dónde vas con mi hija? —preguntó Jorge muy serio cuando vio a Mónica en lo alto de Atila.

Gabriel subió detrás de ella y agarrando a Mónica por la cintura posesivamente, le contestó:

—Voy a suplicarle una reconciliación y tendrás que matarme para que no me la lleve. Mañana la traeré de vuelta si ella quiere, pero esta noche es mía.

—¡Mónica, baja del caballo! —le ordenó su padre.

—No, papá.

—¡Mónica!

—Jorge, deja que se vayan —le pidió su mujer.

Cuando Gabriel escuchó a su suegra, sujetó fuerte a su mujer y salió con Atila al galope, dejando a Jorge con una furia muy grande.

—¡¡Maldita sea!!

—No te preocupes, todo irá bien.

—¿Por qué estás tan segura? No quiero que vuelva a hacerle daño.

—No va a hacerle daño. Ven, tenemos que hablar.

Mónica le contó todo lo que había pasado en esa cabaña. Cómo Gabriel la había protegido incluso con su propio cuerpo, golpeando a Arturo y matando a todos los hombres que la secuestraron. Todo lo que se habían dicho y lo que después Gabriel le había contado por el camino, y Jorge se quedó un poco más tranquilo. Pero aun así quería tener a su hija en casa, ya que cada vez que Gabriel se la llevaba, ocurría una desgracia.

—Es un buen muchacho, cariño, solo ha tenido mala suerte. Ama a tu hija por encima de todo y estoy segura de que antes se dejaría matar que permitir que algo malo le pasara.

—Lo sé, lo sé, pero últimamente no estoy tranquilo cuando ella no está aquí.

—Ella va a estar bien, ya lo verás. Y quiere estar con él, no se ha ido forzada. Mañana volverán y entonces veremos qué hacemos con esos dos.

—Pues qué le vamos a hacer. Se la ha llevado a pasar la noche con él y ella ha aceptado. Después de eso, creo que tendrán que sentar la cabeza y vivir decentemente como marido y mujer. No voy a consentir que se la lleve cada vez que quiera y que después la abandone, de eso nada —dijo muy serio.

—Me parece perfecto, y tienes toda la razón. Ahora, necesito un baño. ¿Por qué no dejas de refunfuñar y me acompañas? —Le dio un beso y lo provocó con la mirada.

—¡Ooohh, cariño! Sabes perfectamente que tus deseos son órdenes para mí. Pero primero he de despedir a los soldados y agradecerles su ayuda.

—Entonces, te espero arriba.



LI

Los Valles de Salazar

Gabriel la llevó al mismo hotel donde pasaron esos dos días de luna de miel maravillosos. Cuando entraron y él le dio la espalda, Mónica se asustó, pues tenía una mancha de sangre en la camisa.

—¡Oh, Dios mío! Estás herido.

—¿Qué?

—¡Que estás herido! Ven, siéntate en la cama, te curaré.

—Mónica, no es nada, ni siquiera me duele. Olvídate de la herida.

—No, hasta que te cure no estaré tranquila, así que haz caso. Siéntate en la cama y quítate la ropa. Voy al baño, allí habrá algo para curarte.

Mónica entró al baño y cogió un trapo y una palancana con agua. Cuando volvió a salir y vio a Gabriel, los nervios la traicionaron y dejó caer todo lo que llevaba, empapándose el vestido. La impresión que le causó ver su cuerpo de guerrero vikingo completamente desnudo después de tantos días la dejó boquiabierta. No tenía palabras, no sabía qué decir, el corazón le golpeaba fuerte en el pecho y todo su cuerpo empezó a arder por dentro.

Gabriel, con un gran esfuerzo, aguantó la risa que le causaba ver a su mujer tan sumamente sorprendida por su desnudez. Su timidez lo enloquecía, y deseaba echarla en esa cama y hacerla suya *ya,* pues le dolía todo el cuerpo de contenerse y no sabía cuánto más podría aguantar.

—¡Por Dios, Gabriel! ¿Por qué te has desnudado? —preguntó

cuando consiguió reaccionar.

—Me dijiste que me quitara la ropa —contestó él como si nada.

—Pero me refería de cintura para arriba. —Mientras se agachaba a recoger la palancana y el trapo, dijo—: Mira cómo he puesto por tu culpa.

Estaba muy nerviosa y sabía que actuaba como una tonta al preocuparse de algo tan insignificante en esos momentos, pero él siempre conseguía hacerle perder los nervios.

—Mónica, deja eso y ven conmigo.

—Pero tengo que curarte. —Él se acercó y, cogiéndola del brazo, la levantó del suelo.

—Olvídate de eso, me duele todo de no tenerte y ya no puedo esperar más.

—¿Qué te duele? —preguntó preocupada.

—Te deseo tanto, Mónica, que me duele todo. —Sus palabras, la forma de mirarla y esa voz ronca la hicieron temblar de pies a cabeza.

—Gabriel estoy nerviosa.

—Lo sé, yo también. —Ella sonrió al oírle decir eso.

—Mentiroso…

Gabriel, sin poder soportarlo más, la abrazó devorando su boca mientras la desnudaba con prisa, como si su vida dependiera de ello. Cuando volvió a abrazarla y Mónica sintió su cuerpo desnudo junto al suyo, un estremecimiento muy fuerte recorrió todo su ser haciéndole estremecer a él también.

—Te he echado tanto de menos, mi pequeña salvaje, que creí que iba a volverme loco. —De pronto, apretó sus nalgas contra él y Mónica sintió su gran erección. Abrió los ojos como platos, mirándole asustada. Gabriel sonrió por su reacción y le preguntó—: ¿Sientes lo mucho que te he echado de menos?

—Sííí.

—¿Estás asustada?

—Nooo, ¿quieres que lo esté? —le preguntó sonriendo y recordando su noche de bodas.

—No, quiero que seas mía *ahora.* —Cuando fue a besarla otra vez, ella puso los dedos en sus labios para impedir el beso—. ¿Qué pasa? —se sorprendió al ver su gesto.

—Me prometiste que no volverías a obligarme nunca más, ¿verdad?

—Sí, pero…

—¡Ssshhh! Esta vez te toca a ti suplicar y yo decidiré cuándo se termina el castigo.

—Mónica, no creo que pueda…

—Entonces me iré…

—¡No, no, no! Haré lo que quieras, lo que quieras, pero no me dejes.

—Bien, entonces vas a dejar que te cure.

—Sí.

—Siéntate en la cama —le ordenó.

Mónica, sabiendo todo lo que provocaba en él, se paseó delante de sus narices desnuda, recogiendo la palancana y el trapo. Volvió muy despacio al cuarto de baño moviendo las caderas y el culo con exageración, y no pudo evitar reírse cuando le escuchó relinchar como un caballo.

Al llegar se miró en el espejo y se deshizo el recogido que llevaba. Después, puso la cabeza hacia abajo y se enmarañó el pelo, pues sabía lo mucho que a él le gustaba su pelo así. Volvió a mirarse al espejo y sonrió. Ahora sí parecía su pequeña salvaje, como él le decía.

«¿Crees que podrás aguantar? ¿Crees que podrás hacerle suplicar como él te hacía a ti? ¿Podrás ser lo bastante fuerte para no acabar tú gritando *reconciliación*, o será él quien no pueda soportarlo? Se merece un castigo, Mónica, y debes dárselo. Tiene que retorcerse de dolor y, justo cuando ya no pueda más, le liberarás de su tormento, como él hacía contigo. Solo hay un problema, y es si sabrás hacerlo, si sabrás hacerle desearte con la misma fuerza con la que él te lo hacía a ti».

Cuando salió del cuarto de baño con la palancana y el trapo de nuevo, Gabriel seguía en la cama donde ella lo había dejado, y al verla todo su cuerpo se sacudió.

«¿Cómo puede existir una mujer tan hermosa y que tú tengas la suerte de que sea tuya? No te la mereces, Gabriel. No, después de todo lo que le hiciste, y sin embargo ahí está, bella y salvaje, y solo para ti. Queriendo jugar a un juego en el que cree que va a castigarte sin darse cuenta de que es el mejor regalo que cualquier hombre pudiera desear. El problema será si podrás resistir, si aguantarás y le darás el placer de creer que te está castigando. Debes resistir, Gabriel, hazlo por ella, ¡*resiste*!».

—Túmbate de espaldas para que pueda curarte —le ordenó poniéndose delante de él. Él, sin decir nada, hizo exactamente lo que le pidió.

Mónica se sentó a horcajadas sobre su culo y cuando vio el corte que tenía en el costado le acarició suavemente, consiguiendo ponerle la piel de gallina. Ella sonrió complacida al ver su reacción ante su pequeña caricia y dijo, con una voz muy sensual sin dejar de acariciarle:

—Es cuanto apenas un rasguño.

Cogió el trapo y le limpió suavemente la herida. Después de

enjuagar el trapo, escurrió agua encima de su piel y la esparció por toda la espalda con sus manos.

—Estás tenso, debes relajarte. Te daré un masaje.

«Como quieres que no esté tenso mujer si me estás volviendo loco. Ni mil masajes podrían quitarme esta tensión, solo estar dentro de ti podrá quitármela».

Mónica masajeaba sus anchos y fuertes hombros, pero cuanto más lo tocaba más duros se ponían, como todo su cuerpo. Entonces probó con besos. Sus labios recorrieron su espalda centímetro a centímetro, bajando suavemente, mientras sus grandes pechos acariciaban su piel bajando al mismo tiempo que su boca, haciéndole vibrar de deseo. Cuando ya se cansó de jugar con su espalda, le ordenó:

—Date la vuelta.

Gabriel se puso boca arriba, volvió a sentarse sobre su cintura y le escuchó soltar un suspiro. Entonces lo miró a los ojos. Su negra mirada parecía estar derretida, era ardiente y excitante, y a Mónica el corazón le aleteaba con fuerza, deseaba besarlo, así que su boca se apoderó de la de él en un beso fiero y lleno de deseo. Cuando sintió las manos de Gabriel en sus pechos, dejó de besarle.

—¡Ah, ah! Las manos quietas, me prometiste cumplir todas tus promesas. Ahora quiero que me prometas que no quitarás las manos de aquí hasta que yo te libere. —Cogió sus manos y le hizo agarrase a los barrotes del cabezal. Mientras, él le miraba sin decir una sola palabra—. Prométemelo, Gabriel, o me marcharé.

—Te lo prometo, mis manos no se moverán de ahí. —Ella sonrió —. Mó-nica. —Su voz era ronca y cortada por todas las emociones que ella despertaba en él.

—¿Qué?

—¿Cuánto va a durar… este tormento?

—Todo depende de ti, cariño, y de lo que te cueste suplicar.

Sus dedos empezaron a descender suavemente por sus muñecas recorriendo sus antebrazos, sus potentes bíceps, erizándole la piel allá por donde pasaban. Sus pechos se movían frente a sus ojos como si estuvieran bailando una danza solo para él y consiguieron hipnotizarle, pues no podía dejar de mirarlos. Hasta que sus labios empezaron a recorrer sus ojos, su nariz, su boca, con cortos pero suaves besos, para acabar en su oído y con una voz muy sensual susurrarle:

—¿Me deseas, Gabriel?

—Sííí, sííí, te deseo. Libera mis manos, Mónica, necesito tocarte.

—¡Ah, no! Porque entonces la que acabará suplicando seré yo. —Al oírla decir eso, él sonrió—. Y no te rías, estás castigado y ya sabes lo que tienes que hacer para que esto termine: suplicarme.

El problema era que Gabriel estaba disfrutando como nunca en toda su vida y no quería que parase ese tormento. Y, aunque se moría de ganas de tocarla, aguantaría hasta que no pudiera más.

Cuando Mónica lamió su oreja y mordió con sus pequeños dientes el lóbulo, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y un gemido salió de su garganta. Despacio, muy despacio, sus manos y su boca bajaron por su cuello, por su pecho, llenándolo de caricias y besos. Mientras seguía ese camino descendente, Mónica no sabía si podría llegar hasta el final. No sabía si sería capaz de tocar y besar su erección sin morirse de vergüenza o si a él le gustaría que lo hiciera, por eso cuando llegó a ella se quedó parada, indecisa, hasta que escuchó la voz de él, suplicante.

—Sigue, Mónica… Por favor, no pares ahora. Esta tortura me está volviendo loco. —Esas palabras le dieron coraje, y acarició y beso su erección, haciendo salir un grito ahogado de la garganta de Gabriel.

Cuanto más sentía ella como él se iba deshaciendo con sus caricias, más le gustaba y más atrevida se volvía. Podía sentir cómo ese hombre fuerte y musculoso se ablandaba con facilidad y se dejaba llevar por ella. Sus labios y sus manos lo estaban volviendo loco, y cuando Mónica abrió su boca y lo envolvió con ella, Gabriel creyó haber cruzado las puertas hacia el paraíso. Sentir esa boca succionándolo, devorándolo una y otra vez, era superior a él. Todos los años que su padrino estuvo torturándolo pudo resistirlo sin perder la razón, pero la tortura que su mujer le estaba ofreciendo era demasiado excitante como para seguir soportándola y se rindió a sus encantos, gritando:

—¡Basta, Mónica! ¡Para… para! ¡*Reconciliación*! ¡Por favor, Mónica…! ¡*Reconciliación*! —Cuando lo miró y lo vio todo tenso y apretando los barrotes con una fuerza descomunal, le preguntó asustada:

—¿Qué ocurre?

—Libérame, Mónica, por favor.

Ella, sin entender qué le pasaba y creyendo que no le gustaba nada lo que le estaba haciendo, dijo tristemente:

—Está bien, estás libre.

Para su sorpresa, él soltó los barrotes y con una rapidez felina se incorporó, la cogió por la cintura y la sentó encima de él. De una sola estocada y con una fuerza brutal, entró en ella profundamente y se quedó quieto explotando en su interior. Soltó un gran gemido y apoyó su frente en su pecho respirando con dificultad.

—No te muevas, Mónica… Necesito sentir tu calor. —Ella pudo sentir cómo su cuerpo temblaba y su respiración se tranquilizaba.

—¿Tan malo ha sido?

Él la miró sorprendido cuando vio la tristeza en su rostro.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Lo he hecho fatal, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? —No entendía por qué estaba triste y qué era lo que había hecho mal.

—Me has gritado que parara, que te liberara y *reconciliación* porque no soportabas que te hiciera eso, que siguiera tocándote ahí… ¿No te ha gustado? —preguntó avergonzada.

Mientras hablaba, sus pómulos se iban poniendo más y más encarnados, pues se avergonzaba de lo que había hecho y de lo poco que creía que le había gustado a Gabriel esa situación.

—¿Por qué crees que no me ha gustado? —interrogó acariciando sus mejillas.

—Porque de pronto te has puesto tenso y me has gritado todas esas cosas.

Gabriel sonrió y la besó con mucha pasión.

—Ay, mi pequeña salvaje. Si hubieras seguido un segundo más haciéndome lo que estabas haciendo, estoy seguro de que no te hubiera gustado el resultado. Por eso he gritado, para que te apartaras y no derramar dentro de tu boca lo que ahora mismo está en tu interior. —Justo al oír sus palabras entendió lo que había pasado y sonrió. Entonces, él le dijo para que ella entendiera lo que le había hecho sentir—: Cuando yo te torturaba y tú gritabas suplicándome, ¿sentías placer o te desagradaba lo que te hacía?

—Me encantaba todo lo que me hacías, y eso era lo que más me molestaba porque no quería sentir todas esas cosas. Quería odiarte y no que me obligaras a amarte, desearte y volverme loca entre tus brazos.

—Pues eso es exactamente lo que acabas de hacer ahora mismo conmigo. Me has llevado hasta la cima del placer tú sola y casi haces que enloquezca de deseo.

—Entonces, ¿lo he hecho bien? ¿Te ha gustado? —preguntó triunfante, sonriendo y haciéndole sonreír a él.

—Me ha encantado. Lo has hecho muy, muy, pero que muy bien, y puedes castigarme siempre que quieras, mi pequeña salvaje. Ahora soy yo el prisionero y tú mi carcelera, tienes poder absoluto sobre mí para hacer lo que quieras conmigo. Pero antes necesito que hagamos algo juntos.

—¿El qué?

Gabriel movió las caderas, la tumbó en la cama quedando encima de ella y la miró a los ojos.

—*Reconciliémonos* los dos juntos, sin castigos, sin súplicas. Amémonos, Mónica, porque es lo que más deseo, sentirme amado por ti, mi pequeña salvaje.

Su beso la hizo estremecer y susurrarle al oído:

—Sí, *reconciliémonos,* Gabriel. Te amo.

—¡Oh, Dios, Mónica! No creí que llegaría el día en que escuchara otra vez de tus labios esa palabra, no sabes cómo deseaba oírtela decir. Yo también te amo, no sabes cuánto te amo. —Después de esas palabras que llenaban el corazón de Mónica de esperanzas, Gabriel le hizo el amor como la primera vez, quedando los dos extasiados, saciados, felices y completamente enamorados. Cuando recuperó el aliento, le dijo—: Creo que tu padre va a matarme.

—¿Por qué? —preguntó Mónica extrañada y preocupada.

Él le dio un beso en la punta de la nariz y le respondió, sonriendo:

—Porque no voy a poder cumplir mi promesa, no voy a llevarte mañana a tu casa. Quiero pasarme todo el día haciéndote el amor y quiero compartir de nuevo la bañera contigo.

Ella se rio, diciéndole alegremente:

—No te preocupes, cuando lleguemos a Nube Blanca yo te protegeré, yo tranquilizaré a la fiera. Nunca voy a dejar que nadie te lastime. Yo también quiero pasar mañana el día entero aquí haciendo el amor con mi marido y disfrutando de esta segunda luna de miel.

—Sí, esta es nuestra segunda luna de miel y creo que me va a gustar más que la primera.

Gabriel le sonrió y la besó, la besó una y otra vez despertando de nuevo la pasión entre los dos.



LII

Nube Blanca

Dos días después regresaban a Nube Blanca. Mónica iba sentada delante de él de lado encima de Atila, se sentía feliz y no dejaba de hablar mientras él la miraba embelesado y asentía a todo lo que ella decía.

—Quiero que me dejes hablar a mí. Yo conozco a mi padre, sé cómo hablarle para que te deje quedarte en casa. Y diga lo que diga, por favor, no te enfades. Le va a costar un poco asimilar que estamos juntos de nuevo, no se fía de ti.

—Lo que tú digas, estaré calladito y solo hablaras tú, como estás haciendo en estos momentos —bromeó y ella sonrió.

—Lo siento, pero cuando estoy nerviosa me da por hablar.

—Ya me he dado cuenta de eso.

—Estoy segura de que con mi madre no tendrás problemas, pero con mi padre y con mi hermano… Sobre todo, con mi hermano. No sé si algún día te podrá perdonar que le engañaras haciéndote pasar por su amigo nada más que para acercarte a mí.

—Me he portado fatal, ¿verdad? No sé cómo tu familia no me ha matado ya.

—Saben que si te matan se las tendrán que ver conmigo.

Gabriel se rio y cogió su cara entre sus manos para besarla con fuerza.

—Tengo que confesarte que al principio fue así, yo contraté a esos hombres para que atacaran a tu hermano y a Edu. Pero después todo cambio, de verdad. Acabaron convirtiéndose en mis

mejores amigos y me gustaba mucho estar con ellos, disfrutaba de su compañía.

—Eso deberías decírselo a mi hermano —dijo bromeando—, así puede que se le pase un poco el enfado contigo.

—Lo haré. La verdad es que tanto Edu como tu hermano son los únicos amigos que he tenido.

—¿Nunca has tenido amigos? —preguntó incrédula.

—No, nunca.

—¿Por qué?

—Mi padrino decía que los amigos te quitaban mucho tiempo.

—Qué estupidez. Después de tu familia, los amigos son lo más importante, con ellos puedes hablar de todo lo que no puedes hablar con tus padres. Puedes contarles tus secretos, y ellos siempre están ahí para escucharte y apoyarte. —Gabriel le sonrió.

—Tú tuviste una niñez envidiable, Mónica, rodeada de cariño y amor, de familia, de amigos. Todos no hemos tenido esa suerte.

—Cuéntame cómo fue tu niñez.

—No, no quiero entristecerte. Hoy estás muy contenta para tener que estropearte el día.

—Por favor, quiero oírla, quiero saber qué te hicieron.

Él se quedó un momento en silencio y después empezó a contarle.

—La pareja que me adoptó me tenía en las porqueras. Allí dormía y si quería comer, tenía que ser más rápido que los cerdos. —Mónica sintió un escalofrío al oírle decir eso, pero guardó silencio para que continuara con la historia—. Tenía que encargarme de los animales, de la leña y del campo. Si hacía todo deprisa podía comer, si no, los cerdos comían antes que yo. Cuando mi padrino me sacó de allí y llegué a la plantación de los Robles, creí entrar en el paraíso al ver tanto lujo y tanta riqueza por todos lados, pero pronto descubrí que había salido de una porquera para meterme en una jaula de oro. Vestía bien, comía bien, pero si no obedecía, los castigos eran mucho más crueles. Las mazmorras, como habrás podido comprobar, eran el castigo preferido de mi padrino. Después de una buena tunda, por supuesto. —Mónica sintió un dolor en el pecho muy grande imaginándose a un niño tan pequeño encerrado en esas mazmorras y deseó matar a Arturo Robles por ser tan cruel —. No importaba si hacía frío o calor, si era verano o invierno, si no obedecía, si no era el mejor, el castigo siempre era el mismo: dolor, frío y oscuridad.

—¿En qué tenías que ser el mejor?

—Tenía que ser el mejor en todo lo que pudiera convertirme en el hombre perfecto para tu familia y para ti, para que me aceptarais, para conquistarte. Ser el mejor capitán de mi promoción

para que tu padre se sintiera orgulloso y me aceptara como yerno. Ser el mejor amigo de tu hermano para acercarme a ti y poder conquistarte, y ser el mejor amante, el mejor hombre que pudieras tener en la cama para que no pudieras rechazarme nunca. ¿Sabes cómo consiguió eso? —Mónica hizo un gesto de negación con la cabeza porque sabía que no le iba a gustar nada saberlo—. Pagando a las mejores fulanas que conocía para que me enseñaran a complacer a una mujer en la cama. Ahora deberías saltar del caballo y echar a correr, porque soy un monstruo sin corazón creado por un demente solo para destruir a tu familia.

—No digas eso, tú no eres ningún monstruo, sino todo lo contrario. Después de todo lo que has tenido que vivir, todavía me extraña que puedas ser como eres. Otro en tu lugar hubiera acabado más demente que tu padrino. Tú sí tienes corazón y yo soy testigo de eso, porque de no haber sido así yo hubiera muerto en esa casa. Pero tú cuidaste de mí, me quieres y has ayudado a mi familia. Aun después de haber sido criado para odiarnos y destruirnos, no lo has hecho, y eso demuestra que no eres un monstruo sin corazón, que no estás dominado por ese demente y que sabes distinguir entre el bien y el mal. No eres un monstruo, sino todo lo contrario. Un mal hombre, débil e inseguro, habría sucumbido a todas esas pruebas que tuviste que pasar y sí sería el monstruo creado por tu padrino. Tú, sin embargo, eres fuerte, valiente y decente, por eso has pasado por todo ese infierno sin perder tu hombría y tu dignidad, y has sabido escoger el camino correcto. Por eso nunca voy a huir de ti, sino todo lo contrario, siempre voy a estar a tu lado y voy a apoyarte. Te amo y me siento muy orgullosa de ti. Y tendremos que agradecerle lo de esas fulanas, ya que me encanta todo lo que me haces.

Él se rio a carcajadas y le dijo después de un beso:

—Ya me he dado cuenta. Y tú también estás aprendiendo muy rápido, porque también me encanta todo lo que me haces.

—Ya sabes lo que dicen, que de un buen maestro sale un mejor alumno.

—¡Uuuyyy! Voy a tener que controlarme y no enseñarte tan rápido, porque si no acabarás aburriéndote del maestro.

—Eso nunca.

—Ya me encargaré yo de eso.

Se dieron un beso y entraron en Nube Blanca. Acababan de bajar del caballo cuando Jorge y su hijo salieron a recibirles con muy malas caras. Al llegar a su altura, Jorge se adelantó a su padre y le dio un puñetazo a Gabriel con una furia inmensa.

—¡¡Eres un maldito hijo de perra!! —Y sacó la pistola, le apuntó a la cabeza y gritó de nuevo—: ¡¡¡Arrodíllate, porque esta vez sí voy

a matarte!!!

—¡¡Nooo!! —se asustó Mónica—. ¡Papá, por favor, detenle! ¿Os habéis vuelto locos? Solo ha sido un día más y os mandamos una nota. ¿Por qué hacéis esto? Jorge, si le haces daño, juro por Dios que no te lo perdonaré nunca.

—¡¡¡Arrodíllate!!! ¡He dicho que te arrodilles! —gritó enloquecido.

Gabriel obedeció a Jorge y se arrodilló sin saber qué estaba pasando, pero no quería más rencillas con él, por eso obedeció.

—¿Puedes explicarme qué está ocurriendo? —dijo con esa voz fría de ultratumba y esa mirada negra y fría como la boca de un pozo, asustando incluso a Mónica.

—¡¿Que qué está ocurriendo?! ¿Aún tienes la cara dura de preguntar qué está ocurriendo? Que una vez más has vuelto a engañar a mi familia y sobre todo a mi hermana. ¿Por qué te la volviste a llevar? Pensabas dejarla embarazada de nuevo, para volver a repudiarla, para volver a despreciarla, ¿es eso, eso tenías planeado? Esto nunca va a acabar, ¿verdad? Por eso solo hay una manera de librarnos de ti y es volándote la cabeza, así nos aseguramos de que no vuelvas a molestarnos. —Jorge quitó el seguro a su pistola.

—¡¡¡Nooo!!! ¡¡¡Papá, por favor, detenlo!!! —gritó Mónica desesperada mientras forcejeaba con su padre, que la tenía sujeta.

—Espera, hijo, dale el mensaje a tu hermana. Nos ha llegado esta mañana.

Cuando su hermano le dio un papel arrugado de su bolsillo y lo leyó, el corazón de Mónica quedó destrozado una vez más, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas sin ningún control.

—Eres despreciable, te odio y nunca más quiero volver a verte. ¿Y sabes qué? Que sí eres ese monstruo que Arturo Robles creó.

Mónica salió corriendo y se metió en su casa llorando, mientras su madre corría detrás de ella.

Gabriel pensaba que todo era un mal sueño y quería despertar, necesitaba despertar porque no soportaba ver la cara de Mónica, cómo lo había mirrado de ese modo tan doloroso y despreciativo que le partía el alma, y ni siquiera sabía los motivos. Sin entender nada de lo que estaba pasando, empezó a llamarla desesperado.

—¡¡¡Mónica!!! ¡¡¡Mónica, vuelve!!! ¡¡¡No sé qué dice esa nota, pero te juro que es mentira, Mónica!!!

—¡¡¡Cállate, no sigas llamando a mi hermana y reza lo que sepas porque vas a morir!!!

—¡¿Quieres matarme?! ¡¡¡Pues muy bien, hazlo, dispara, pero al menos dime por qué lo haces y por qué tu hermana vuelve a huir de mí!!! ¡Nunca vamos a poder estar juntos! ¡Ni vosotros ni mi padrino

vais a dejarnos tranquilos ¿verdad?! —Con los ojos inundados en lágrimas y una furia inmensa en ellos, gritó encolerizado—: ¡¡Dispara!! ¡Vamos, ¿a qué esperas?! ¡No quiero una vida sin ella y está claro que nunca nos dejareis estar juntos!

—¡¡Basta!! —Los tres miraron a Mónica que, con mucha calma, le dijo a su hijo—: Baja esa pistola ahora mismo.

—Pero, mamá…

—¡He dicho que bajes el arma! —Jorge miró a su padre, que asintió con la cabeza. Mónica se acercó a él, lo cogió del brazo para que se levantara del suelo y poniéndole un papel en la mano, le dijo al oído—: Descubre quién ha escrito esto y entonces podrás explicarte. Ahora vete, antes de que sea mi marido el que te encañone.

—Necesito hablar con tu hija —pidió limpiándose los ojos con las manos mientras respiraba profundamente para controlarse y no reducir esa plantación a cenizas, que era lo único que le apetecía hacer.

—Ahora no va a escucharte, ni ella ni ninguno de los que están aquí. Será mejor que esperes a que pase la tormenta, y tengas una explicación y un culpable. Aunque los dos sabemos que es Arturo Robles.

—Por favor, Mónica, habla con tu hija.

—Lo haré, ahora vete.

Cuando Gabriel se fue, Mónica se volvió y mirando a su marido y a su hijo, les habló con tristeza:

—Nunca creí que algún día me causaríais tanta decepción. ¡¿Estáis ciegos o qué os pasa?! ¡¿No podíais ver la desesperación de ese muchacho?! Y tú, Jorge —le dijo a su marido—, ¿dónde está ese hombre justo y bondadoso que siempre has sido? Porque hace un momento ese hombre no existía, no eras mi marido.

—Mónica…

—Mamá…

—No, ahora no, no os quiero escuchar a ninguno de los dos, estoy muy enfadada. Estáis destrozando la vida de ese muchacho, y creo que ya ha pasado bastante con ese demente con el que le tocó vivir, como para que ahora vosotros dos os aliéis con Arturo Robles para seguir destrozarle, y de paso amargar a mi hija convirtiéndola en una desdichada. Porque escúchame bien, general Mendoza, en eso se convertirá tu hija si la separas de ese muchacho.

Mónica dio media vuelta y se dirigió hacia la casa, dejándolos solos y con algo en que pensar.

—¿Crees que mamá tiene razón?

—No lo sé, hijo, pero si tiene razón lo que más me molesta es pensar que Arturo Robles haya conseguido manipularme.

—A mí también. Odio a Gabriel, pero aún odio más a Arturo.

***

Cuando Gabriel salió de Nube Blanca desmontó de Atila y empezó a gritar como un energúmeno. Necesitaba descargar toda esa rabia que tenía en el pecho y no le dejaba respirar, porque de lo contrario volvería a entrar en esa maldita plantación y acabaría con los Mendoza. Una vez más acababan de destrozar todas sus esperanzas de poder ser feliz al lado de Mónica, ya que después de la mirada que Mónica le había dedicado, no podía imaginarse un perdón ni siquiera suplicándole de rodillas. Entonces, se preguntó: «Un perdón, ¿un perdón de qué? ¿Por qué tendría que perdonarme Mónica? ¿Qué he hecho?».

De pronto, recordó el papel que la madre de Mónica le había dado y metiendo la mano en su bolsillo lo sacó, respiró profundamente y se concentró en leer lo que ponía.

¡Hola, general Mendoza!

El gran general Mendoza engañado nuevamente por el loco y demente de Arturo Robles, es que solo de pensarlo me da tanta risa que casi no puedo seguir escribiendo. Bueno, a lo que vamos.

Aún no puedo creer que Gabriel Torres os haya vuelto a engañar con ese truquito de hacerse el mártir porque fue un niño maltratado y que él es así porque le obligaron a serlo, porque no ha conocido otra cosa. ¡Ja! Él es así porque disfruta manipulando y engañando a los demás. Que engañe a tu hija tiene un pase, todos sabemos que a las mujeres enamoradas se las engaña fácilmente, pero tú debiste verlo venir.

Aunque he de confesar que estaba muy bien montado y que esos dos saben cómo hacer las cosas. Pagaron a alguien para que raptase a tu mujer y tú no la encontraste porque estaba en un lugar que solo ellos dos conocen, ¿no es mucha casualidad? Después, esperaron a que Mónica fuera en busca de Gabriel para que la encontrara y así poder hacerse el héroe y llevarse el premio gordo: tu hija otra vez en bandeja de plata. Se lo estará pasando muy bien en estos momentos con ella, ¿verdad? ¡Ay, quién fuera él! Tu hija es muy hermosa y es un buen trofeo, igual que Arturo se lo pasó muy bien con tu mujer en esa cabaña. ¡Uuummm! Cómo me hubiera gustado también revolcarme con esa zorra, siempre fue muy hermosa. Pero bueno, a lo que vamos.

Ahora deberías pensar un par de cosas. ¿Por qué a Gabriel le fue tan fácil rescatar a tu mujer? Porque todo era un montaje, y esos hombres que murieron a manos de Gabriel no sabían que les pagaban para eso, para morir y que no hubiera dudas de su espectacular rescate. A él siempre le ha gustado cortar gaznates. Y, ¿por qué Gabriel nada más llegar se llevó a tu hija de nuevo? Porque solo le interesa engendrarle un hijo, ya que el otro se malogró, y que tú tengas que criar a ese niño.

PD: si tienes lo que hay que tener, mata a ese bastardo en cuanto lo veas, porque nunca te dejará tranquilo ni a ti ni a tu familia. Es como un perro de caza y no suelta a su presa hasta acabar con ella. Y no olvides que para eso ha sido criado, para acabar con los Mendoza.

Adiós, general Mendoza, que tengas un buen día.

La furia de Gabriel aumentaba por segundos y cuanto más leía, más furioso se ponía. Pudo entender la reacción de Jorge y de su hijo tras leer esa carta, pero no comprendía cómo era posible que después de todo lo que habían vivido en esa habitación de hotel, de todo lo que él le había confesado sobre su pasado y después de todo lo que ella le había dicho que sería capaz de hacer por él, Mónica leyera esa carta y creyera todas las mentiras que decían en ella. No, eso no se lo iba a poder perdonar tan fácilmente, y cuando le demostrara su inocencia y ella quisiera su perdón, él le iba a hacer pagar esa desconfianza.

«Vas a arrepentirte de esto, Mónica, tú y toda tu familia».

Volvió a subirse en Atila y, como un loco, se puso a cabalgar hacia la plantación de los Robles. Sabía que detrás de todo estaba su padrino y que nuevamente lo castigaba por robarle a Mónica, pero había una segunda persona, y eso era lo que tenía que descubrir. ¿Quién había escrito esa carta? Porque no era la letra de su padrino, y de una cosa estaba seguro: el que la hubiera escrito era hombre muerto.

Los 20 Robles

Cuando llegó a la casa se metió en su despacho. Todos le habían visto entrar y sabían, por su manera de caminar y mirarlos, que había problemas y que se iba a armar una bien gorda.

Gabriel revisó los cajones buscando papeles de todos sus empleados y cuando tuvo uno de cada uno, sacó la carta anónima y con mucha paciencia se puso a comparar la letra. Al dar con el culpable, no le extrañó en absoluto quien se había prestado a ese juego. Fernández odiaba con la misma intensidad que su padrino a los Mendoza, pues Jorge una vez intentó matarlo, según él, por culpa de Mónica de Mendoza.

Con las dos cartas en la mano, salió hacia las mazmorras donde estaba Fernández encerrado desde que él lo ordenó.

—¡Hola, Fernández! —exclamó abriendo la mazmorra—. ¿Qué tal estás ahí dentro? ¿Estás cómodo?

—Señor, sáqueme de aquí, ya no soporto más esta oscuridad.

—¿Que no soportas más esta oscuridad? Pues es gracioso, porque yo juraría que ayer alguien te dejó salir para que hicieras un recado, ¿no es así?

—No sé de qué me habla, señor.

—¡¡¡No me mientas, Fernández!!! —Su rugido retumbó en las paredes de la mazmorra—. ¡Porque el castigo será mucho más doloroso! Tengo pruebas y sé que has sido tú, y si no me cuentas ahora mismo qué ha ocurrido, no volverás a ver la luz del día.

—Señor, su padrino me obligó. Vino ayer de buena mañana y me llevó al despacho para que escribiera esa carta, después volvió a encerrarme y me dijo que no contara nada, porque estando encerrado nadie sospecharía de mí.

—¡Cuántas veces tengo que decirte que ese hombre está loco, que no debes obedecerle! ¡Eres el único en esta plantación que le hace caso, el único que desobedece mis órdenes y encubre todas sus locuras! ¡Y sé por qué te has embarcado en esta nueva locura de mi padrino, para vengarte de Jorge por lo que te hizo hace veinte años y, de paso, castigarme a mí por encerrarte!

—Pues sí, me la debía y si puedo participar, aunque sea en tercera persona para hacer sufrir a ese hombre, pues me apunto encantado —confesó al final, orgulloso de sus actos.

—Pero yo te dejé bien claro que ya no quería que se hiciera nada en contra de los Mendoza y por eso estas aquí encerrado, ¿verdad? Pero como veo que este castigo no es muy duro para ti, te pondré otro que nunca vas a olvidar.

Gabriel desató las cadenas, lo cogió de los pelos y lo sacó al patio, donde estaban todos los hombres esperando, mientras Fernández gritaba, suplicando por su vida.

—¡Señor, perdóneme, por favor! ¡No volveré a desobedecerlo!

—Demasiado tarde. ¡Tú, trae uno de los hierros de marcar las reses y lo quiero a fuego vivo! —le gritó a uno de los hombres.

—¡¡¡Señor, por favor, no puede marcarme como a un animal!!!

—No voy a marcarte como a un animal, sería poco castigo. Voy a impedir que vuelvas a escribir otra sarta de mentiras como las que escribiste ayer, porque gracias a ellas he vuelto a perder la oportunidad de tener un futuro con Mónica. Pero no te apures, después de esto vamos a hacerles una pequeña visita a los Mendoza para que puedas explicar tus preciosas palabras ante el general.

Cuando llegó el hombre al que había ordenado traer el hierro, Gabriel ató su mano a una cuerda y la colocó en el tronco donde partían la leña.

—¡Sujétalo!

—Pero, señor…

—¡¡¡Sujétalo!!! O si no tu mano le acompañará.

El otro hombre sujetó la mano derecha de Fernández y Gabriel, sin pensárselo dos veces y haciendo oídos sordos a las súplicas y los ruegos de Fernández, cortó su mano, que enseguida cauterizó con el hierro a fuego vivo.

—¡Señor, no, señor…!

Las palabras se le cortaron en la garganta por el dolor tan insoportable que sintió cuando el hacha seccionó su mano y, al sentir el rojo hierro quemar su muñón, perdió el sentido.

Gabriel echó sobre él un cubo de agua fría para que volviera en sí y cuando lo hizo le habló con frialdad.

—Ahora no podrás volver a escribir. ¡Traed un caballo!

Gabriel montó a Fernández en el caballo, que volvía a estar casi inconsciente por el dolor y el traumatismo que acababa de vivir, se subió en Atila, cogió las riendas del caballo donde Fernández susurraba quejidos y se dirigió de nuevo a Nube Blanca.

Nube Blanca

Cuando llegó allí ya era muy de noche y los Mendoza estaban en el porche después de la cena como cada noche para tomar el café, pero ni Mónica ni su madre estaban allí.

Mónica no había salido de su habitación desde que Gabriel se fuera y tampoco había dejado de llorar, y su madre estaba muy enfadada tanto con su marido como con su hijo para compartir el café con ellos en la terraza. Estela simplemente se abstenía de dar su opinión para no enfadarse ni con su marido ni con su amiga y cuñada, era mejor mantenerse al margen de todo ese lío.

Cuando lo vieron entrar, los dos se levantaron y echaron mano a

sus pistolas.

—¡Tranquilos, solo he venido a demostrar mi inocencia! —les gritó Gabriel levantando las manos en son de paz.

Los dos miraron a Fernández, que estaba recostado en el caballo semiinconsciente.

—¿Qué haces aquí y por qué traes a ese hombre a mi casa? —le preguntó Jorge muy enfadado.

—No voy a hablar hasta que Mónica esté presente.

—Mi hija no va a venir. Quiero que te marches de mi casa y que te lleves a esa escoria —dijo señalando a Fernández.

—¿Qué le pasa, general? ¿Le da miedo escuchar la verdad?

—¡Yo no tengo miedo a nada!

—Entonces, llame a su hija y aclaremos esto de una buena vez. ¡¡¡Mónica!!!

—¡Deja de dar voces! Mi hija está durmiendo. ¿Y de verdad crees que, presentándote aquí con otra nueva mentira, vas a volvértela a llevar? Por encima de…

—Tranquilo, general. No quiero llevarme a su hija. —Mónica salía justamente en ese momento, pues había escuchado los gritos de Gabriel al igual que su madre, y lo que dijo Gabriel terminó de romperle el corazón, pues en ese instante se dio cuenta de su error —. Ella no creyó en mí y ya no me interesa. No quiero a mi lado a una mujer que en cuanto alguien diga algo en mi contra lo crea sin darme la oportunidad de explicarme. ¡Como hicieron todos ustedes! —gritó enfurecido—. Ustedes se creen muy dignos, ¿verdad? Con derecho a acusar a alguien y condenarlo sin ni siquiera darle la oportunidad de explicarse. Hasta un asesino tiene derecho a un juicio justo, pero el gran general Mendoza acusa y condena a un hombre, sin verificar tal acusación. Y las razones son obvias, usted no me quiere al lado de su hija. La otra mañana en las cuadras me dio a entender que tenía su permiso para reconquistar a Mónica y al mismo tiempo me dijo que era una batalla perdida. ¿Qué paso, general? Solo lo dijo para quedar bien porque estaba seguro de que su hija nunca me perdonaría.

—¡¡Eso no es cierto!!

—¡¡Sí es cierto!! Cuando ayer usted se dio cuenta de que Mónica estaba dispuesta a volver conmigo, esa carta le dio la oportunidad de volver a separarnos, por eso no se molestó en revisarla ni en pararse a pensar. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que, de ser cierto todo lo que decía la misiva, yo no habría rescatado a su mujer de las garras de mi padrino, porque entonces la venganza no hubiera sido tan dolorosa para usted. Simplemente le hubiera dicho a su hija que no la había encontrado y ella, rota de dolor, hubiera caído de nuevo en mis brazos buscando consuelo. Entonces,

tanto mi padrino como yo estaríamos disfrutando de las señoras Mendoza. Eso sí hubiera sido una excelente venganza. ¿De verdad cree que si hubiera estado planeado por los dos, él me hubiera permitido llevarme a su mujer sin antes disfrutarla? Si eso es lo que piensa, no es tan buen estratega como dice todo el mundo. Un buen estratega sabe por adelantado las intenciones de su enemigo, y usted es un necio si cree que mi padrino solo piensa en darle un pequeño susto con su mujer y devolvérsela intacta. Pero ¿sabe qué le digo? Ya no me importa lo que usted piense, estoy cansado de toda esta historia y no se preocupe, lo mío con su hija se acaba aquí, en este mismo instante. Solo espero que el próximo hombre que ella elija sea de su agrado, porque sería una lástima que una muchacha tan bella acabe siendo una solterona porque su padre no sea capaz de compartirla con nadie. Y antes de irme le haré un regalo. —Nada más decir eso dio una patada a Fernández, tirándolo del caballo—. Aquí le dejo al hombre que quiso matar hace veinte años y no pudo, puede hacer lo que quiera con él. ¡Ah! Se me olvidaba. Le he tenido que cortar la mano para que no vuelva a escribir tantas mentiras. Y ahora, si me disculpan, he de irme.

—¡¡Gabriel!! —gritó Mónica aterrada, sabiendo que si se marchaba no volvería a verlo más. Así que se acercó a su caballo y le dijo con lágrimas en los ojos—: Por favor, no te vayas, hablemos.

—¡Mónica no te rebajes a ese hombre! —chilló su hermano, pero la mirada de Gabriel le hizo callar.

—Por favor, Gabriel.

—No, Mónica, no tenemos nada de qué hablar. Una vez me acusaste de romperte el corazón y esta vez has sido tú la que has roto el mío. No puedo entender ni perdonar que después de todo lo que pasó entre nosotros hace dos días en el hotel tú pudieras creer que estaba fingiendo, que todo se trataba de esa estúpida venganza. Y tampoco puedo creer que, después de todo lo que te conté, de cómo desnudé mis sentimientos contigo y todo lo que tú me dijiste que serías capaz de hacer por mí, todo eso desapareciera en cuanto pusimos los pies en esta casa y tu padre y tu hermano me acusaron. Tú no dudaste ni por un instante lo que ellos decían y estuviste segura de mi culpabilidad. Entre nosotros nunca podrá salir nada bien, Mónica, porque siempre habrá algo que me acuse y tú siempre tendrás dudas sobre mí. Y no te culpo, yo soy el único culpable, porque yo te engañé desde el primer día y tú nunca podrás volver a confiar en mí por eso. Adiós, Mónica. Y confía en tu madre. De todos los Mendoza, ella es la única capaz de ver la verdad sin necesidad de pruebas. Ella fue la única que creyó en mí y por eso, señora —le dijo con una pequeña reverencia, presentándole sus respetos—, siempre podrá contar conmigo. Si alguna vez necesita

algo búsqueme y me tendrá a su lado. Buenas noches.

Dio la vuelta a su caballo y Mónica lo agarró del pantalón gritando y llorando.

—Por favor, Gabriel, perdóname. Nunca más volveré a desconfiar de ti, te lo juro.

—Mónica, suéltame.

Cuando Mónica lo soltó Gabriel salió galopando. Necesitaba alejarse de ella porque de lo contrario la subiría a su caballo y volvería a llevarla a ese hotel, para no salir nunca más de allí, ya que era el único lugar donde no existían los problemas entre ellos y Gabriel había sido completamente feliz allí.



LIII

Cardoña

Todos habían regresado a la ciudad, el verano había terminado y la rutina volvía a sus vidas, los hombres al cuartel y las mujeres a las labores del hogar. Aunque últimamente las cosas estaban muy revueltas y los ataques de los grupos que no estaban de acuerdo con la esclavitud eran más frecuentes. Gracias a Dios, ellos estaban en un término medio pues muchos de ellos tenían negros libres como los Mendoza, los Serra, y muchos más, pero también había muchos que no estaban dispuestos a liberar a sus negros.

Mónica estaba muy deprimida desde que Gabriel se fuera tan enfadado. No había vuelto a saber nada de él y las pocas noticias que le había traído su padre, a petición suya, la entristecían más que otra cosa, pues se apuntaba a todas las revueltas que se armaban y cuanto más peligrosas fueran, mejor. Parecía como si quisiera morir en el campo de batalla. Mientras, Mónica se moría de pena en su habitación pensando que si algo le pasaba, sería por su culpa y nunca podría perdonárselo.

Habían transcurrido dos meses desde que estuvo en ese hotel pasando los dos días más maravillosos de su vida y su periodo aún no la había visitado, pero esa vez era distinto, pues no sentía náuseas. Por eso se decía a sí misma que podría ser una falsa alarma y que por los nervios pudiera ser que no le llegara el periodo. Aunque, de todas formas, tampoco iba a decir nada. Si alguien debía saber que estaba embarazada era Gabriel y si él no lo sabía, pues nadie lo haría.

Ni siquiera las visitas de Bez la animaban. Le alegraba mucho

que por fin su historia con Edu ya no fuera pecaminosa y que lo hubieran hecho público. Se había armado un buen revuelo y la gente no había dejado de criticarlos, pero tal y como habían prometido, sus padres les apoyaban en todo. Por eso les organizaron una fiesta de compromiso donde explicaron a todo el mundo que no eran hermanos y que, después de tantos años sin verse, entre ellos había surgido el amor, y como lo único que les importaba a ellos era su felicidad, les permitían contraer matrimonio.

Mónica acudió a la fiesta de compromiso de Edu y Bez con la esperanza de ver a Gabriel, pues ellos seguían siendo amigos, pero él no acudió. Según le dijo Edu cuando preguntó por él, estaba en una revuelta bastante lejos y no había podido ir. La que sí acudió fue su hermana Lucy que, cómo no, intentó tirarle de la lengua con respecto a Gabriel. Mónica, por no discutir con ella, se fue antes de tiempo alegando que le dolía la cabeza, pero en el fondo lo que le ocurría era que no estaba de humor para fiestas.



LIV

Cardoña

Por fin había llegado la tan esperada boda, por fin Edu y Bez se casaban y, una vez más, todas estaban reunidas en la habitación de Bez ayudándola a vestirse.

—Si no te estás quieta, no podré arreglarte el velo —le dijo Estela a Bez, que no paraba de moverse.

—Es que me siento tan feliz, tan nerviosa y tan impaciente por ser la señora de Serra. Qué raro, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Estela.

—Pues que voy a casarme y ni siquiera voy a cambiar de apellido. Toda mi vida he sido Beatriz Serra y ahora seré la señora de Serra. Es gracioso, ¿verdad?

—No, más bien es extraño. —Bez se rio a carcajadas al decir eso Estela.

—Cómo no iba a ser extraño, si toda mi relación con Edu ha sido extraña desde un principio. —Las dos se echaron a reír.

—Tienes razón.

—¡Creo que voy a tirarme por la ventana y me suicidaré delante de todos los invitados! —Bez hizo un guiño a Estela y se puso el dedo en la boca señalando a Mónica, que no había hablado y no se había movido de la cama en todo el rato—. ¿Tú qué opinas? ¡¡Mónica!!

Mónica reaccionó al oír el grito de Bez.

—Lo siento, creo que es estupendo.

—¿Crees que es estupendo que me suicide delante de todos los

invitados?

—¡¡¿Qué?!!

—Vaya, por fin reaccionas y escuchas algo, porque desde que has venido no has dicho nada, estás ahí como un espantapájaros. Es el día más feliz de mi vida y no puedo ser feliz si tú estás así.

—Lo siento, lo siento, perdóname. Está bien, voy a olvidarme de todo y voy a centrarme en tu día porque quiero verte radiante y feliz. Y por Dios, estáis las dos guapísimas con esas barrigas y con vuestros hombres al lado y… y… y… —De pronto se echó a llorar —. Lo-lo siento, perdonadme, pero no sé qué me pasa. Últimamente lloro por todo, soy muy tonta. —Las dos acudieron a su lado y la abrazaron con fuerza.

—No digas eso, nosotras somos las tontas —dijo Estela—. Todo el rato hablando de bodas, de embarazos y de felicidad sin darnos cuenta de tu situación. Tú no tienes a Gabriel a tu lado y hace casi cuatro meses perdiste a tu bebé.

Mónica se puso a llorar más fuerte y Bez le dio una palmada suavemente a Estela en el antebrazo para que callara.

—Anda, que tú también, ¿cómo se te ocurre decirle eso? Vamos, Mónica. Por favor, no llores. Verás que todo se arregla, seguro que Gabriel vuelve y te pide perdón.

—No. Me odia y no quiere verme más. Por eso se apunta a todas esas revueltas, para que lo maten y yo me sienta culpable toda la vida. Hasta ahí llega su odio hacia mí.

—Mónica, no seas exagerada. Venga, terminemos de arreglar a Bez, si no, Edu subirá a por ella y se la llevará esté como esté.

***

Edu la esperaba en el altar muy guapo y elegante con su traje de gala, y Bez estaba preciosa con su vestido de novia que intentaba disimular una barriga que era más que evidente. Los dos se miraban embelesados y sonreían como dos tontos, ninguno podía creerse que por fin estuvieran dando ese paso tan importante y que después de todo lo hubieran conseguido. Pero ahí estaban, dándose el «sí, quiero» delante del cura y para toda la vida. Después de pasar por el arco de espadas se pusieron a bailar.

—¿Sabes que estás preciosa? —le preguntó Edu mientras abrían el baile. Bez le sonrió.

—Tú también estás muy guapo. ¡Dios, pellízcame! Porque no puedo creer que por fin seas mi marido.

—¿Y por qué no mejor hago otra cosa que surtirá el mismo efecto y será menos doloroso?

—¿El qué?

Mientras Edu sonreía de esa forma picarona que enloquecía a Bez, bajó la cabeza muy lentamente para besarla.

—Sí, eso me va a gustar más —le susurró fundiéndose en un beso muy apasionado.

***

—Me dijiste que podría pedirte lo que quisiera, que cuando te necesitara, te buscara.

Mónica estaba preocupada por su hija, por eso nada más verlo aparecer por la fiesta lo abordó.

—Pues me has encontrado. ¿Te ocurre algo? ¿Qué necesitas?

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo. Siento haberme perdido la ceremonia, pero no he podido llegar antes. Ahora tengo que felicitar a los novios, ¿me disculpas?

—Aún no te he pedido lo que quiero.

—Tienes razón, discúlpame. ¿Qué necesitas?

—Necesito que salves a mi hija.

—No se la ve en peligro y parece muy feliz bailando con José, su eterno enamorado —dijo molesto Gabriel.

—Gabriel, por favor, eso es todo fachada. Está muy triste y se pasa el día llorando, tengo miedo.

—¡¿Miedo?! Por favor, Mónica, nadie se muere por llorar.

—Puede que no. Pero mi madre se suicidó cuando mi padre la ignoró porque no quiso seguir viviendo sin su cariño.

—¡Por Dios, Mónica, no digas eso! Tu hija es fuerte y no va a cometer semejante tontería.

—Está bien. Si tan poco te importa mi hija, siento haberte molestado. —Mónica se fue dejándolo solo y con una punzada en el pecho.

«No, ella nunca haría eso y menos por mí. Está radiante y feliz con ese estúpido que sigue como un loco detrás de ella. ¿Cuándo se va a dar cuenta de que Mónica nunca será suya? Aunque he de reconocer que no es estúpido, es la mujer más hermosa del mundo y cualquiera andaría como un tonto detrás de ella. Como todos esos estúpidos que están esperando una oportunidad para bailar con ella y poder admirar su increíble busto. ¡Maldita sea, Gabriel! ¿Ya

estamos otra vez con esas? ¿Nunca escarmentarás? Pero la culpa es de ella por tener ese pecho tan increíble y por llevar esos escotes tan sumamente exagerados. Y bien, ¿qué vas a hacer? Has venido, estás aquí, y no pongas la excusa de la boda porque sabes perfectamente que te importa un pimiento esta boda. Te alegra que Edu haya conseguido por fin a la mujer que ama, pero no hubieras venido si no fuera porque sabías que ella estaría aquí. ¿Por qué no dejas de hacer el tonto y hablas con ella? Este castigo dura demasiado y es más doloroso para ti que para ella».

El baile había terminado y Mónica estaba a punto de aceptar otro baile cuando su corazón se paralizó al escuchar la voz de Gabriel detrás de ella, diciéndole al hombre que estaba invitándola a bailar:

—Búscate a otra, este baile es mío.

—¿Y eso quién lo dice?

—Su marido, ¿algún problema?

—Lo siento, no pensé que estuviera casada.

—Pues ahora ya lo sabes.

Cuando el hombre se fue, Mónica seguía paralizada. Ni siquiera se atrevía a volverse y mirarlo, pues temía echarse a llorar en sus brazos y no quería mostrarse tan débil y vulnerable ante él. Pero Gabriel la cogió por la cintura y le dio la vuelta. Al tenerla frente a él y mirar su cara, fue cuando se dio cuenta del temor de su madre. Sus ojos estaban tristes y el violeta intenso de su mirada había desaparecido, convirtiéndose en un malva apagado. De pronto, sintió un nudo en la garganta y la abrazó muy fuerte.

—Mónica, lo siento. ¿Por qué no me has escrito? Solo necesitaba un mensaje, un mensaje tuyo pidiéndome perdón y que volviera a ti, y hubiera vuelto inmediatamente.

Mónica, furiosa tras sus palabras, le dio un empujón y se apartó de él, y sin darse cuenta de dónde se encontraban, estalló y desató todo el enfado, la indignación y la desesperación que había contenido durante los dos meses que había estado llorando por él.

—¡¿Qué?! ¡Yo-yo te pedí perdón, te supliqué que no te fueras y te fuiste igualmente! ¡Y ahora có-có-cómo te atreves a exigirme que te pida perdón nuevamente cuando tú me has hecho cosas mucho peores a mí y en ningún momento te he exigido una disculpa!

—Tienes razón…

La música había dejado de sonar y todos los presentes estaban atentos a lo que se decían.

***

Jorge intentó acercarse a su hija, pero Mónica se lo impidió cogiéndole del brazo.

—Ni se te ocurra moverte.

—¿Crees que voy a dejar que ese hombre humille a mi hija en público?

—Gabriel no va a humillar a tu hija, la está haciendo reaccionar. ¿No te has dado cuenta de su estado últimamente? Parece una muerta en vida. ¿Es así como quieres ver a tu hija el resto de su vida? Yo la prefiero mil veces como está ahora mismo. Además, debes reconocer que se parecen a nosotros hace veinte años y mira hasta dónde hemos llegado. Esas fueron más o menos tus palabras al principio cuando Gabriel empezó a conquistar a tu hija, ¿recuerdas?

Jorge tuvo que reconocer que su esposa tenía razón y se quedó parado observando a esos dos que, en medio de la pista, parecían dos boxeadores. La verdad era que él tampoco soportaba ver a su hija llorando por los rincones todos los días.

***

—Yo no me alisté en todas esas batallas arriesgando mi vida nada más que para castigarte. ¿Sabes el infierno que me has hecho pasar pensando que podías morir y que yo sería la única responsable? ¡Uuuyyy! En estos momentos te odio y me gustaría matarte con mis propias manos.

Cuando Gabriel la escuchó decir todas esas cosas, se dio cuenta de la terrible injusticia que había cometido con ella. Mónica tenía razón, él se había portado con ella mil veces peor y si ella se hubiera jugado la vida para castigarlo, él la habría matado por eso. Así que decidió autocastigarse para demostrarle lo arrepentido que estaba.

—¡Pues yo te amo, Mónica! —lo dijo alzando la voz para que todos los presentes lo oyeran, dejando a Mónica muda.

Inmediatamente la gente empezó a murmurar. No estaba bien visto que un hombre dijera esas cosas a su mujer en público y mucho menos a voces, era un signo de debilidad. Un hombre nunca mostraba sentimientos por su mujer en público, más bien exigencias, y ella debía obedecer y no rebelarse como estaba haciendo Mónica en esos momentos al llamarle la atención delante de todos por su ausencia y su abandono. Pero a Gabriel le volvía loco cuando Mónica se enfadaba y sacaba esa pequeña salvaje que llevaba dentro. No soportaba verla triste y decaída, y aún menos mirar sus ojos vacíos y apagados, y con la furia que llevaba dentro, sus ojos volvían a brillar con ese color violeta increíblemente

hermoso. Gabriel no podía apartar la vista de sus ojos y volvió a gritarle para hacerla reaccionar.

—¡¡Te amo, Mónica!! —Intentó acercarse, pero ella reculó para atrás.

—¡¿Que me amas?! —reaccionó al fin Mónica.

—¡Sííí, te amo, mi pequeña salvaje!

—¡Pues no te creo! ¡Si me amaras, no me habrías abandonado y no te hubieras jugado la vida solo para atormentarme! Has sido muy cruel.

—Lo sé y te pido perdón. Pero antes quiero que sepas que estos dos meses han sido tan tortuosos para mí como para ti.

—Pues me alegro, te lo tienes merecido —resopló indignada.

—Lo sé. Y ahora, ¿vas a perdonarme o quieres que siga haciendo el ridículo delante de todos?

—No, no voy a perdonarte y no me importa lo que hagas.

—Te amo, Mónica, y sé que tú también me amas. —Una vez más, abrió su corazón delante de todos.

La gente no respiraba, no se movía, todos querían escuchar cada palabra y todos esperaban una respuesta de Mónica. Las mujeres suspiraban al ver a ese hombre tan increíblemente apuesto desnudar sus sentimientos delante de todo el mundo para recuperar a su mujer.

—No-no vuelvas a decir eso.

A Mónica le temblaba la voz, pues sus defensas estaban cayendo en picado al escuchar a Gabriel decirle todas esas cosas en público. Se estaba poniendo en evidencia y lo estaba haciendo para demostrarle que hablaba en serio y que se merecía ese castigo.

—¡Te amo, te amo, te amo! —volvió a gritarle más fuerte.

—Gabriel, para, por favor. Cállate —susurró avergonzada al ver todos los ojos del salón fijos en ella.

Pero lo que él hizo a continuación la dejó todavía más sorprendida y avergonzada. Gabriel hincó la rodilla en el suelo, cogió su mano y la miró a los ojos para decirle:

—Vuelve conmigo, Mónica. Dame una última oportunidad y te juro que no vas a arrepentirte esta vez. Y no voy a moverme de aquí hasta que me des una respuesta.

Mónica lo miraba atónita y con los ojos llenos de lágrimas, hasta que escuchó la voz de su madre.

—¡Vamos, cariño, dile que sí!

Todas las mujeres dijeron al mismo tiempo, emocionadas por ese momento que Gabriel estaba haciendo sentir a todas y cada una de las mujeres de la sala.

—¡Sí, dile que sí!

—Sí, sí, sí, sí —balbuceó Mónica muerta de vergüenza, sin poder

soportar más esa situación y sabiendo que él no se levantaría del suelo hasta oír una respuesta de sus labios.

Nada más decir eso, él se levantó y abrazándola con fuerza le dio un beso, un beso lleno de amor, ternura, pasión, deseo, y tan intenso que la hizo estremecer en sus brazos. Mientras, todas las mujeres gritaban emocionadas, los hombres silbaban y después todos se rieron aplaudiendo. Todos, excepto Lucy, a quien la rabia se la comía por dentro.

La música volvió a sonar y todo volvió a la normalidad, la gente empezó a esparcirse y las parejas volvieron a bailar alrededor de Mónica y Gabriel, que seguían besándose sin importarles nada más.

—Estás loco, ¿lo sabías? —le dijo Mónica sonriendo y aún emocionada por todo lo que acababa de pasar.

—Sí, tú me vuelves loco. Júrame que no vamos a volver a pelear, que no vas a volver a desconfiar de mí, y yo te juro que nunca más voy a volver a decepcionarte ni a mentirte en toda mi vida.

—Te lo juro, ya no quiero volver a estar un solo día sin ti.

—Y yo no quiero volver a perderte, no lo soportaría. Otra vez no, Mónica.

—Entonces hagamos un pacto. Prometámonos que antes de volver a discutir, primero hablaremos, segundo lo solucionaremos y tercero —concluyó con una sonrisa picarona haciéndole reír y volviéndolo loco—, nos *reconciliaremos.* —Al oírla decir eso, todo su cuerpo reaccionó y la besó con mucha pasión. Después, sin poder soportar un solo minuto más, la cogió de la mano y la sacó de la pista de baile—. ¿Qué haces? ¿Dónde me llevas?

Gabriel caminaba muy deprisa. La metió en un pequeño guardarropa, cerró la puerta y la apoyó contra ella.

—Hemos hablado, lo hemos solucionado y ahora quiero pasar al tercero: *reconciliación.* Mónica, reconciliémonos ahora, lo necesito.

—¡¡¿Aquí?!! —se escandalizó ella.

—Sí, aquí y ahora. —Gabriel devoró su boca con tanta fuerza y tanta pasión que Mónica fue incapaz de negarse, como siempre le pasaba cuando él la tocaba—. Ahora, Mónica, no puedo aguantar más. —Gabriel bajó su escote liberando sus pechos, que devoró con la misma pasión con la que la había besado, consiguiendo robarle la voluntad y que se dejara llevar por el deseo, mientras levantaba sus faldas y le quitaba los pololos—. Enlaza tus piernas a mi cintura, cariño —le susurró al oído. Cuando Mónica lo hizo, él agarró sus nalgas, liberó su erección y entró en ella suavemente para no hacerle daño—. Echaba de menos tu calor —dijo dándole un beso y moviéndose dentro de ella poco a poco volviéndola loca—. ¡Ooohhh, Mónica! Cada vez nuestras separaciones son más largas…

y ya no creo que pueda aguantar otra más.

—Yo tampoco… ¿Gabriel?

—¿Qué?

—No voy a romperme.

Gabriel sonrió al saber qué era lo que quería. Mónica devoró su boca con la misma fuerza y pasión con la que él lo había hecho antes y Gabriel le dio exactamente lo que ella quería, acelerando el ritmo y cabalgando juntos hasta la cima del placer, hasta ese paraíso que solo podían sentir cuando estaban juntos.

Se sentían plenos y satisfechos en ese pequeño guardarropa donde solo se oían sus respiraciones aceleradas y sus corazones galopantes, mientras se besaban con ternura y recuperaban el aliento. Hasta que de pronto escucharon golpear la puerta y se asustaron, quedando paralizados. Al escuchar otra vez golpes, Gabriel la dejó en el suelo y la ayudó a vestirse mientras maldecía.

—¡Maldición! ¿Quién será?

De pronto, escucharon la voz de Lucy al otro lado.

—¡Vamos, Gabriel… Mónica! Sé que estáis ahí. Salid, os estamos esperando.

—¡Ooohh, Dios mío! Sé que es tu hermana, pero juro que voy a matarla —susurró Mónica muy furiosa.

—No antes que yo.

Volvieron a golpear la puerta y Gabriel, antes de abrir, se giró y miró a Mónica preocupado.

—¿Qué pasa?

—Júrame que lo que está a punto de suceder no va a volver a separarnos.

—Gabriel…

—Júramelo, por favor. Seguro que tus padres y tu hermano estarán ahí, y se va a armar una buena cuando salgamos. Tu padre va a querer matarme otra vez…

Mónica cogió su cara entre sus manos y lo besó dulcemente para tranquilizarlo.

—Nada de lo que pase afuera va a importarme si tú estás a mi lado. —Mónica encogió los hombros e hizo una mueca con la boca, mientras le dijo, sonriendo—: Que digan lo que quieran, el momento ha valido la pena. —Gabriel se rio.

—¿Estás preparada? —le preguntó cogiendo su mano y entrelazando sus dedos con los de ella, como ella le enseñó.

—Sí —contestó sonriendo al ver ese gesto en él.

Cuando Gabriel abrió la puerta, cómo no, estaban los Mendoza, los Serra y todos los que Lucy había podido reunir para desacreditar a Mónica y dejarla en la más absoluta degradación. Pero Mónica, más digna que una reina, salió con valentía del guardarropa.

—Disculpadnos, pero no encontrábamos mi chal. ¿Verdad, cariño? —mintió con una gran sonrisa.

—No, no ha aparecido y la puerta se atascó. Nos ha costado mucho abrirla. ¿Verdad, mi amor? —disimuló Gabriel devolviéndole la sonrisa.

—¡Uuuy, sí! Creí que nos quedaríamos encerrados para siempre, ¡qué susto!

Mónica exageraba sus palabras y sus movimientos, divertida al ver cómo los miraba la gente, y hacía un gran esfuerzo para no reír a carcajadas. Gabriel, que estaba encantado con su actuación, sin más la cogió y volvió a besarla en los labios delante de todos, para acabar diciendo:

—¡Adoro a esta mujer!

Edu empezó a reírse a carcajadas, haciendo que todos los demás se rieran.

—Vamos, aquí no ha pasado nada. ¿Quién no ha metido alguna vez a su mujer dentro del armario? Yo no, pero porque aún no he tenido tiempo. Aunque estoy seguro de que no tardaré en hacerlo —bromeó Edu, echándole una mano a su amigo.

Todos volvieron a reírse, y Edu les guiñó un ojo a Gabriel y a Mónica.

La furia de Lucy crecía por momentos, pues su plan no estaba dando resultados ya que ni Mónica ni Gabriel estaban avergonzados y mucho menos se sentían desacreditados ni degradados, sino todo lo contrario. Por su manera de mirarse, por su manera de sonreír y por cómo tenían las manos unidas, parecían más felices y enamorados que nunca.

—¡De verdad, eres una bruja! —gritó furiosa—. Porque si no, es inexplicable la reacción de la gente ante tu falta…

—Lucy, cariño…

—¡¡Cállate, mamá!!

—Lucy, cierra la boca —le amenazó Gabriel.

—¡No pienso hacerlo! ¡Estoy harta, harta de que siempre se salga con la suya! ¡Harta de ser siempre la mala y ella la buena! ¡Ella es la mala, ella me robó a Fidel y después a ti! —dijo mirando a Gabriel.

—Lucy, ya hemos hablado de eso. Yo soy tu her…

—¡No, eso es mentira! ¡Es un cuento que ella ha inventado para separarnos!

—Lucy, Mónica no nos ha separado, tú y yo nunca hemos estado juntos. —Gabriel trató de tener paciencia por ser Lucy quien era, aunque en realidad solo tenía ganas de ponerla en su regazo y darle una buena tunda para ponerla en su sitio.

—¡Sí estuvimos juntos!

—No, solo te acompañé a un baile y tú te encargaste de difundir que íbamos a casarnos. Yo nunca te lo pedí, ni siquiera te he besado…

—¡Claro, ahora comprendo por qué nunca me has besado! ¡Porque nunca me comporté como una zorra y me metí contigo en un armario!

Gabriel le dio tal bofetada que la hizo recular y el padre de Lucy se acercó, amenazante.

—¡¿Quién te da derecho a golpear a mi hija?!

—¡Ella es mi hermana y eso me da el derecho! Y gracias a ti es una niña grosera, maleducada, irritante y malcriada. Una bofetada a tiempo hubiera evitado que fuera como es. ¡Y si yo mismo tengo que volver a reeducarla, lo haré, pero no le voy a permitir que humille públicamente a mi mujer!

—¡Y yo no te voy a consentir que vuelvas a golpearla, ¿me entendiste?! —gritó Alberto furioso.

—¡Alberto! —exclamó Lucy desconcertada.

Todos se quedaron sin habla al oír a Alberto Serra decir eso con una voz tan amenazante que daba escalofríos. Incluso Lucy lo miraba atónita mientras se acercaba a ella abriéndose paso entre la gente. Al llegar a su lado, cogió su cara entre sus manos, la miró a los ojos y acarició su mejilla, que estaba roja y ardiendo por el bofetón. Muy serio, le advirtió a Gabriel.

—Esta vez tenías tus motivos, pues ella ha sido imprudente. Pero si vuelves a golpearla, te las tendrás que ver conmigo, y no me importa que seas su hermano. Yo voy a ocuparme de ella de ahora en adelante y haré que deje de ser una malcriada.

—Entonces te deseo suerte, porque la vas a necesitar —le advirtió Gabriel.

Sin decir nada más, cogió a Lucy de la mano y se la llevó al jardín. Lucy seguía atónita y era la primera vez en su vida que no abría la boca y que se dejaba llevar sin protestar.

***

En el jardín, Alberto la llevó hasta la fuente y la sentó en el borde. Sacó su pañuelo, lo mojó en el agua y se lo puso en la mejilla.

—¿Te duele?

—U-un poco. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque no soporto ver cómo te dejas humillar y maltratar por

los demás, y ya estoy harto de que hagas el ridículo…

—Yo no hago el ridículo.

—Sí haces el ridículo, siempre estás poniéndote en evidencia por hombres que no te merecen. Ni Gabriel ni Fidel se merecen que pierdas un minuto de tu vida en intentar conquistarlos, ellos te ignoran, eres invisible para ellos.

—Eso no es cierto, Fidel iba a casarse conmigo y Gabriel también. Es solo que Mónica es una bruja y los hechiza con esos ojos que tiene.

—Gabriel nunca ha estado interesado en ti y es tu hermano. Y Fidel nunca te quiso porque, si lo hubiera hecho, nunca se hubiera enamorado de Mónica nada más verla, dejándote plantada.

—¿Por qué eres tan cruel? —preguntó sollozando.

—Porque quiero que dejes de engañarte a ti misma, porque quiero que abras los ojos y te des cuenta de que existe otro hombre que jamás miraría a otra mujer teniéndote a ti a su lado.

Al escuchar esas palabras, Lucy se secó las lágrimas.

—¿Sí? ¿Y dónde está ese hombre? Porque yo aún no lo he encontrado. —Lo miró a los ojos.

—Porque no has sabido mirar, lo tienes justo delante de ti.

Ella se quedó boquiabierta y sin respiración, intentó hablar, pero sin demasiado éxito.

—Tú-tú-tú…

Alberto cogió su cara entre sus manos, dejándola muda de nuevo.

—Yo te quiero, Lucy, te he querido siempre, y si me dejaras demostrártelo podría hacerte olvidar a esos hombres que nunca te han valorado. Tú serías la única mujer para mí, te amaría, te protegería, cuidaría de ti y no dejaría que nadie más volviera a reírse de ti, y mucho menos dejaría que volvieran a hacerte daño.

Su beso la hizo estremecer, nunca la habían besado así, con fuerza, pero con ternura, con pasión, pero controlada, y con tanta intensidad que Lucy vibró en sus brazos sin poder evitarlo.

—Alberto. —Su voz era un susurro.

—¿Qué?

—Yo-yo-yo no te merezco —dijo echándose a llorar otra vez.

—¿Por qué dices eso? —Levantó su cara para mirarla a los ojos y quitarle las lágrimas—. Puedes decirme lo que sea, podré soportarlo. No te gusto, ¿verdad?

—Eres perfecto, ¿por qué no ibas a gustarme? —Alberto sonrió.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó extrañado.

—Que eres demasiado bueno para mí y a ti no quiero engañarte.

—¿De qué estás hablando?

Lucy se apartó de él y le dio la espalda para confesarle el mayor

de sus secretos sin mirarle a la cara, porque la vergüenza no la dejaba.

—Si quise pescar a Gabriel fue por su reputación. Nadie podría creerle después de nuestra noche de bodas si me acusara de que no era virgen, él no podría repudiarme, pues yo era una niña de buena familia y él un sinvergüenza, igual que tu hermano Edu. Y si hubiera intentado repudiarme yo lo hubiera negado, hubiera hecho creer a todo el mundo que yo nunca estuve con otro hombre antes que él, y la gente me hubiera creído a mí y no a él.

—¿Y por qué querías hacer eso?

—Cuando Fidel iba a dejarme por Mónica, yo me puse histérica, le rogué, le supliqué, lo seduje y me entregue a él pensando, estúpida de mí, que después de eso no me dejaría. Pero lo hizo igualmente. Después de hacerme el amor me dijo que eso no cambiaba las cosas, que seguía amando a Mónica y que se había acostado conmigo para hacerme un favor, ya que me veía muy desesperada. Luego me amenazó diciéndome que, si se lo contaba a alguien, él encontraría a varios amigos que pudieran respaldarle diciendo que antes de estar con él ya había estado con ellos. Solo de imaginar que él fuera capaz de hacer eso callé, porque eso sería el final de mi reputación ya que ningún hombre volvería a mirarme a no ser que fuera solo para… ya sabes.

Lucy volvió a llorar. Después de tanto tiempo, desvelar ese secreto era como quitarse una carga de encima, y eso la hacía llorar y al mismo tiempo sentirse bien.

—Lucy… —Cuando intentó abrazarla, ella se separó bruscamente de él.

—No, dé-déjame, por favor. Dé-déjame sola. Solo espero que sepas guardar mi secreto, eres un buen hombre y confío en ti, y si te lo he contado ha sido para que te desengañes de mí. Yo no merezco un hombre como tú. Vete, Alberto… Déjame sola, por favor.

Pero Alberto, sin hacerle caso, la cogió por la cintura y le dio la vuelta para abrazarla con mucha fuerza. Era la primera vez después de tanto tiempo que alguien la abrazaba y se sentía bien. Su madre intentaba consolarla cuando la veía llorar, sin saber por qué lo hacía. La realidad era que, desde la tarde que se entregó a Fidel, ya no pudo volver a ser feliz y le molestaba que los demás lo fueran, y ni siquiera los abrazos de su madre lograban calmarla.

Pero con Alberto era distinto. Él sabía su secreto y no la despreciaba, estaba ahí con ella, abrazándola, consolándola, y por primera vez desde de que Fidel la despreciara, deseaba ese abrazo, deseaba volver a estar con un hombre, se sentía segura con un hombre.

—Lucy…

Ella necesitaba saber hasta dónde podía confiar en él y le preguntó, sin dejarle terminar de hablar:

—¿No te doy asco? ¿No crees que sea una sinvergüenza? ¿Una mujerzuela?

Alberto la besó suavemente en los labios una vez más.

—Fidel es el que me da asco, él es el sinvergüenza, pues conocía tus sentimientos. Sabía que iba a dejarte igualmente y aun así se aprovechó de ti. Pero voy a prometerte algo, si alguna vez vuelvo a verlo, voy a hacer que se arrepienta de lo que te ha hecho y va a tener pesadillas durante el resto de su vida.

—¿Por qué haces esto? No soy digna de ti.

—No vuelvas a decir eso, todo el mundo comete errores y tú te equivocaste al enamorarte de ese imbécil, pero aún estás a tiempo de rectificar. Cásate conmigo y te juro que volverás a ser feliz, porque eso es lo único que me importa. Quiero verte feliz, quiero volver a ver tu sonrisa, como la primera vez que te vi cuando llegaste a casa de los Mendoza del orfanato. Yo estaba allí, y cuando vi tu sonrisa debajo de tanta mugre, supe que eras la niña más bonita que había visto nunca. —Lucy sonrió.

—¿Cuántos años tenías? No lo recuerdo.

—Once. Al día siguiente fui a casa de los Mendoza para comprobar si tenía razón, y no me había equivocado. Llevabas un vestido azul haciendo juego con tus ojos y tus tirabuzones color chocolate eran preciosos, pero tu sonrisa era igual de radiante que el día anterior y seguías siendo la niña más bonita que había visto nunca. Esa misma tarde quisiste que te enseñara a montar a caballo y te caíste, ¿lo recuerdas?

—Sí, me hice una herida en la rodilla, aún tengo la señal. Y tú me llevaste a caballo en tu espalda hasta casa porque tenía miedo de volver a subir al caballo, eso sí lo recuerdo.

—¿Recuerdas lo que pasó después?

—Mónica curó mi herida.

—¿Y después de eso?

—No lo recuerdo.

—Cuando Mónica se fue, yo te besé la herida y te dije: «los besos de amor lo curan todo». Eso me decía mi madre cada vez que me hacía daño —ella empezó a reírse—, y tuvo el mismo efecto que ahora, dejaste de llorar y te pusiste a reír. —Entonces le dijo muy serio, dejándola sin respiración—: ¿Dejarás que mis besos de amor curen tus heridas? ¿Te casarás conmigo?

—¿Por qué quieres casarte conmigo? Yo ya no soy… —La vergüenza le hizo agachar la cabeza—. Tú no serías el primero.

—Llevo esperándote mucho tiempo —dijo levantándole la cara para mirarla a los ojos—, ¿de verdad crees que esa insignificancia

cambia mis sentimientos hacia ti? No me importa. Además, yo tampoco soy virgen —confesó en un susurro como si le contara un gran misterio, haciéndola reír—, y tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Por qué llevas tanto tiempo esperando? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Por miedo a que me rechazaras, pero al ver a Gabriel hacer el ridículo más espantoso sin importarle nada con tal de recuperar a Mónica, me he dicho a mí mismo que el que no arriesga no gana, y después de lo que ha pasado con tu hermano he sabido que era el momento idóneo de atacarte. Pero puedo esperar un poco más y dejar que te lo pienses, sé que esto es muy inesperado para ti…

—Sí, quiero. Quiero que tus besos de amor curen mis heridas, pero han de ser muchos porque estoy muy, muy, pero que muy herida —dijo con una gran sonrisa.

Alberto, sin perder el tiempo, empezó a curar sus heridas. Sus besos eran increíblemente reparadores porque al instante Lucy se sintió inmensamente feliz, como si él fuera el hombre que ella hubiera estado esperando toda su vida.

«¡Dios mío! ¿Habré estado toda mi vida enamorada de este hombre y hasta este preciso instante no me he dado cuenta? Bueno, no me importa, es mío, me ama, y ¡Dios! me encanta».



LV

Cardoña

Cuando Alberto y Lucy salieron al jardín, Gabriel y Mónica se quedaron con Edu y Bez, no antes sin llevarse una reprimenda por parte del general Mendoza y Jorge, aunque Jorge fue el primero en atacar a Gabriel.

—¿Disfrutas ensuciando el nombre de mi familia? Es vergonzoso lo que acaba de pasar.

—Basta, Jorge. Te guste o no, estoy con Gabriel y nada de lo que digas o hagas va a cambiar eso. Así que vas a tener que acostumbrarte y tratarlo de otra manera, porque ya no os voy a consentir a ninguno de los dos —dijo mirando a su padre también—, que volváis a humillarlo, porque si le humilláis a él me humilláis a mí, ¿está claro?

Gabriel apretó su mano, que aún tenía entrelazada con la suya, para darle su apoyo y se sintió sumamente orgulloso al ver a Mónica defendiéndolo de los ataques de su hermano.

—No, no está claro, pero allá tú, Mónica, es tu vida. Aunque no puedes obligarme a que lo acepte.

Jorge acabó alejándose para no seguir discutiendo con su hermana y cuando su padre fue a hablar, ella se adelantó.

—Ya, ya lo sé, papá, no ha estado bien y lo sentimos, pero no pudimos evitarlo.

Jorge, muy serio, miró a Gabriel y le advirtió:

—Esta es tu última oportunidad, muchacho, si vuelves a hacerle daño a mi hija nada impedirá que te mate.

—Lo comprendo, señor, y juro por mi honor que nunca volveré

a hacerle daño a su hija, ya que mi única intención es hacerla feliz. Quisiera que me diera permiso para llevármela esta noche, estaremos en el mismo hotel…

—No…

—Pero, señor…

—Vendréis a casa.

—¿Quiere que vaya a su casa? —le preguntó Gabriel incrédulo y muy sorprendido.

—Eres el marido de mi hija, así que vuestro sitio está en casa. No quiero que vuelvas a llevar a mi hija a ningún hotel.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Mónica mirando a su marido entusiasmada. Después, sonriendo a Gabriel, le dijo—: Haz caso a tu suegro. Y mañana puedes traer todas tus cosas para terminar de mudarte. Y gracias. Ahora sí es mi hija, esa es la sonrisa que me gusta. —Al decir eso, levantó el mentón de Mónica para preguntarle a su marido—: ¿Tenía o no tenía razón? Ya no parece una muerta en vida.

—Vámonos, quiero hablar con José —dijo Jorge muy serio—. Os esperamos en el carruaje. —Esta vez se dirigió a Mónica y a Gabriel.

Mónica se volvió hacia Gabriel y le dio un beso, inmensamente feliz.

—Lo conseguimos, mi padre acaba de aceptarte en la familia, ¿no es maravilloso?

—Si te hace tan feliz sí, es maravilloso. A mí no me importa dónde tengamos que vivir si estamos juntos. Eso sí, vamos a tener que atrancar la puerta por las noches. —Mónica lo miró extrañada —. Solo lo digo por si a tu hermano le da por levantarse y apuñalarme. —A Mónica le dio la risa.

—Se acostumbrará, y cuando vea que me haces feliz te perdonará.

—Eso espero.

—Yo, de todas formas, atrancaría la puerta —advirtió Edu riéndose al acercarse otra vez a ellos—. Jorge a veces es muy impulsivo.

—No seas exagerado, Jorge en el fondo es un trozo de pan —lo defendió Bez.

—Mujer, acabamos de casarnos ¿y ya me estás contradiciendo?

—Y lo haré siempre que no tengas razón —bromeó Bez.

—Eso espero, si no serás una mujer muy aburrida. —Todos se echaron a reír. Edu le dijo a Gabriel—. ¿Te das cuenta de que al final vamos a ser familia?

—¿Y eso?

—Por lo que están tardando, seguro que mi hermano le está proponiendo matrimonio y si Lucy es tu hermana, ¿eso en qué nos

convierte?

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco, pero seguro que algo nos toca.

—Pobrecito Alberto, casado con esa arpía —dijo Mónica—. ¿Tan mal quieres a tu hermano? —le preguntó a Edu—. Perdóname, Gabriel, sé que es tu hermana, pero es una arpía, y Alberto es demasiado bueno para ella.

—Puede que tengas razón, pero a lo mejor es lo que ella necesita. Mi hermano es un buenazo, pero es duro y tiene paciencia, seguro que acaba domándola.

—Pues eso espero porque está muy malcriada, y si lo consigue seré el primero en felicitarlo. Además, me gusta saber que mi hermana está en buenas manos.

—Puedo asegurarte que está en las mejores —le confirmó Bez—, mi hermano es el mejor.

—Voy a acabar poniéndome celoso —bromeó Edu.

Gabriel se echó a reír y de pronto se dio cuenta de que no había hecho una cosa.

—¿Sabéis que aún no os he dado la enhorabuena?

—No me extraña, con tanto lío que hemos tenido esta noche —dijo Bez—, más que una boda parecía una obra de teatro, si hasta os han aplaudido y todo.

—Tienes razón, y todo por mi culpa, que no sé estar callada —se lamentó Mónica—. Os he estropeado la boda.

—No digas tonterías, ha sido muy divertido. ¿Verdad, mi vida? —preguntó Bez a Edu.

—Bueno, gracias a vosotros la boda ha sido muy interesante y se hablará de ella durante todo el año. Primero por nuestro supuesto parentesco, segundo por nuestro don Juan Tenorio —le dio un codazo a Gabriel, haciéndoles reír—, y tercero por la declaración de amor de mi hermano. ¡Ah! Y se me olvidaba la pillada vuestra en el armario, eso ya ha sido la guinda del pastel. Yo creo que va a costar mucho que dejen de hablar de esta boda.

—Tienes razón, ha sido una boda muy divertida y entretenida —corroboró Mónica riéndose a carcajadas, contagiando a los demás—. Ahora será mejor que nos vayamos, mis padres ya nos estarán esperando.

—Sí, vámonos, no quiero enfadarlos la primera noche. Y como no os he felicitado pues me despido deseándoos que seáis muy felices. Me alegro de que todo saliera bien al final. —Le dio un beso a Bez y un apretón de manos con un golpe en el hombro a Edu.

—Parece que las cosas se van arreglando para todos, ya que vas de camino a casa de los Mendoza —le dijo Edu devolviéndole el saludo.

—Tienes razón. Buenas noches.

Gabriel cogió a Mónica por la cintura y la llevó hasta donde estaban sus padres. De camino, Mónica le preguntó:

—¿Por qué mi madre te ha dado las gracias?

—Estaba preocupada.

—¿Por qué?

—Por ti. Según ella, estabas muy triste y ella estaba segura de que yo podía quitarte esa tristeza.

—Mi madre es muy lista.

—Sí, es muy lista.

Tras despedirse de los Serra, que también lo amenazaron con matarlo si volvía a engañar a Mónica, se subieron al carruaje. Mónica y Gabriel se sentaron enfrente de sus padres. Gabriel seguía cogido de la mano de Mónica como si no quisiera que se le escapara, no la había soltado en toda la noche.

—Papá, gracias por dejar que Gabriel se mude a la casa.

—Qué remedio me queda después del numerito que habéis montado, ya es un hecho que estáis juntos y no quiero que vayáis a un hotel. Ese no es lugar para ti, y menos aún consentiré que vuelvas a la plantación de los Robles. —Cuando dijo eso miró a Gabriel.

—Nunca la volvería a llevar allí, y la última vez que la llevé no tenía intención de quedarnos. Solo fui a recoger unas cosas, mi fallo fue no avisarte —le dijo a Mónica—. Si lo hubiera hecho, puede que no te hubieras asustado y que no hubieras echado a correr para acabar casi perdiendo la vida. —Besó su mano y añadió—: Eso es algo que nunca voy a poder perdonarme, gracias a mi imprudencia, perdimos al bebé.

—No importa, ya todo pasó y está olvidado. No volvamos a hablar de eso.

Mónica le acarició la mejilla y le dio un beso en los labios.

—Sí, todo pasó, gracias a Dios, y espero que pronto nos deis otro nieto.

—Mamá, ya vas a tener un nieto, a Estela ya no le queda mucho.

—Bueno, pero quiero más. —Los cuatro se echaron a reír.

—Gabriel, ¿qué hiciste con tu padrino? —le preguntó Jorge—. He oído que ya no está en la plantación, que lo has encerrado.

—Lo llevé a una institución, está encerrado y nunca más volverá a molestaros.

—Me alegra oír eso, es una buena noticia —suspiró aliviada su suegra.

—Debí hacerlo mucho antes y nos hubiéramos ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—Pues sí, pero más vale tarde que nunca —dijo Mónica con una

sonrisa.

Al llegar a la casa, Mónica cogió la mano de Gabriel y dando las buenas noches, subieron a su habitación.

—Sé que es muy romanticona, pero cuando quieras podemos ir y comprar otros muebles para que te sientas más cómodo, algo más neutral.

Gabriel la cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Me gusta, es tu habitación y estoy seguro de que a ti te encanta.

—Sí, me gusta mucho.

—Entonces no quiero que cambies nada. Yo solo necesito un lecho donde poder hacerte el amor y poder dormirme contigo entre mis brazos, eso es lo único que quiero. Y a ti, por supuesto. —Mónica sonrió.

—A mí ya me tienes.

—¡Uuummm! Me encanta que digas eso. ¿Sabes una cosa? —Comenzó a besarle el cuello y a desabrocharle el vestido.

—¿Qué? —Mónica empezaba a perder la cordura con sus besos.

—Lo del armario me ha sabido a poco, muy poco.

—A mí también.

Después de hacer el amor nuevamente, Mónica estaba recostada en su pecho y le dijo, mirándole a los ojos para ver su reacción:

—Gabriel, tienes que saber algo.

—¿Qué?

Estaba tan sumamente relajado, tranquilo, feliz y cansado que no abrió los ojos. Quería disfrutar de ese instante, sentir a Mónica así en sus brazos, entregada a él. Nunca en su vida se había sentido como en ese momento, era la primera vez que estaba con ella y no sentía miedo a perderla, ni se sentía despreciable ni miserable por estar engañándola. Esta vez era distinto, entre ellos todo estaba aclarado, los Mendoza lo habían aceptado, los hombres a regañadientes, pero aun así estaba allí, en su casa, compartiendo el mismo techo, y al día siguiente se mudaría definitivamente. Así que les debía algo, ganarse su confianza, y no pararía hasta lograrlo.

Era normal que no confiaran en él, pero él les demostraría que podían hacerlo y cuando lo consiguiera todo sería perfecto, ya que definitivamente se había liberado de las garras de su padrino y todo gracias a Mónica. Ella le había abierto los ojos, le había enseñado que había una vida mejor que la que él había vivido siempre, y ahora no quería vivir otra vida que no fuera esa, quería formar parte de esa familia y antes se dejaría matar que volver a estropear esa relación. La voz de Mónica lo sacó de sus pensamientos.

—Desde que estuvimos en el hotel no he vuelto a tener el periodo, creo que estoy embarazada.

Gabriel abrió los ojos inmediatamente y la miró.

—¿Estás segura?

—No del todo, pero creo que es lo más probable.

—¡Por Dios! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Por qué? ¿No quieres tener un bebé? —le preguntó asustada.

—No, cariño, no es eso —dijo rápidamente para calmarla—, pero debiste decírmelo. No debí hacerte el amor ahí en ese armario, fui muy bruto. Y hace un momento también. A partir de ahora te juro que seré más delicado, me tomaré las cosas con calma y no quiero que hagas esfuerzos, quiero que te relajes, que no salgas a la calle, que subas y bajes las escaleras lo imprescindible, que…

Mónica le puso los dedos en la boca para hacerle callar.

—Gabriel, estoy bien y no voy a romperme por subir las escaleras ni me va a pasar nada por salir a la calle. No te obsesiones.

—Necesito saber que estás bien, que no os va a pasar nada ni a ti ni al bebé. Esta vez todo tiene que salir bien, no quiero que…

—¡Ssshhh! Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Te amo, Mónica, te amo tanto. —La besó con mucha ternura y después la abrazó con fuerza, susurrándole al oído—: Sí, todo va a salir bien, todo tiene que salir bien. Duérmete y descansa.

—Buenas noches.

—Buenas noches, mi pequeña salvaje.

Mónica sonrió feliz al escucharle, pues le encantaba que la llamara así. Se acurrucó más contra su cuerpo y al sentir cómo él apretaba más su abrazo se relajó y se durmió en un instante.



LVI

Cardoña

De madrugada, Mónica y Gabriel se despertaron por las voces que provenían de abajo. Se vistieron rápidamente y bajaron para ver qué ocurría. Al llegar, se encontraron a José, Edu y Alberto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gabriel a Edu.

—Ha estallado la guerra en el norte y nos llaman a filas.

—¡Nooo! —Mónica se quedó paralizada—. No, no, no, no quiero que te vayas. Por favor, Gabriel.

—Cariño, tengo que ir, es mi obligación —dijo cogiéndola por la cintura.

—¡No! Tu obligación es estar aquí conmigo, con nuestro hijo. —Todos se quedaron mirándola, mientras Mónica no dejaba de llorar.

—¿Estás embarazada? —le preguntó su padre.

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque quería decírselo primero a Gabriel, él es el padre y él tenía que saberlo antes que nadie.

Gabriel la besó con mucha ternura.

—Gracias, me gusta ese detalle. —Cogió su cara entre sus manos para limpiarle las lágrimas—. Deja de llorar, por favor. Voy a volver, Mónica, no habrá nada que me lo impida.

—Prométemelo.

—Te juro que voy a regresar. Si tú y mi hijo estáis esperándome, no habrá balas ni bombas ni enemigo que me impidan volver a vuestro lado, mi pequeña salvaje. Además, ahora tengo dos razones

para volver, y no pienso romper mi juramento.

Mónica lo abrazó y lo besó con mucha pasión.

—Más te vale, porque ahora seremos dos los que te perseguiremos hasta el más allá para que cumplas tu promesa, y si no lo haces seremos dos los que te rematemos —sonrió.

—Esa sonrisa me gusta, ese es el recuerdo que quiero llevarme.

—¿Por qué siempre que estamos juntos algo nos separa?

—Para ponernos a prueba, pero debes pensar que siempre volvemos a estar juntos, y que esta vez también será así.

—¡No lo quiero en nuestra compañía, papá! ¡No me fio de él! —dijo Jorge enfadado mirando a Gabriel.

—Yo tampoco me fio de él —dijo José—, no quiero que me cubra las espaldas.

—¡Sois increíbles! —exclamó Mónica enfadada—. ¿De verdad pensáis que él os traicionaría en el campo de batalla? Esto es el colmo.

—¡No seáis estúpidos! —gritó Edu—. He luchado con él y no estaréis más seguros con otro hombre, es el mejor.

—¡Papá, por favor! —rogó Mónica, sabiendo que se sentiría mejor si Gabriel se incorporaba con su padre.

—Si lo aceptas en tu compañía me alistaré en otra —insistió Jorge.

—¡Está bien, está bien! —gritó Jorge enfadado, y girándose a Gabriel, le dijo—. Lo siento, muchacho, pero tendrás que alistarte en otra compañía. Hablaré con el coronel…

—No es necesario que se moleste, general, yo buscaré mi propia compañía. No se preocupe, estaré bien.

Mónica volvió a ponerse a llorar.

—Papá, por favor.

—Lo siento, cariño, pero no puedo elegir entre tu hermano o Gabriel.

—Si algo le ocurre a mi marido por tu estupidez, juro que te arrepentirás —amenazó a su hermano con mucha frialdad.

—Mónica, ¡hey!, cariño, no pasa nada, yo voy a estar bien en cualquier compañía. Ahora quiero que te tranquilices, no es bueno para el bebé que te pongas así. Ven, acompáñame a recoger mis cosas y quiero que te acuestes y que te quedes tranquila. Además, quiero que me prometas una cosa: pase lo que pase, no importa lo que sea, mi hijo y tú estaréis bien.

—Pero…

—Prométemelo, Mónica.

—Está bien, te lo prometo.

—¿Pase lo que pase?

Mónica estaba aterrada porque ese «pase lo que pase» solo podía

significar una cosa: si él no volvía.

—Pase lo que pase, te lo prometo —contestó con un hilo de voz, mientras seguía llorando.

Gabriel la cogió en brazos y la subió a la habitación, cuando la dejó en la cama se sentó a su lado.

—Tengo que irme, pero te llevo aquí conmigo —dijo poniendo la mano de Mónica en su corazón—, y eso me da fuerzas. Terminaré con esos locos en un abrir y cerrar de ojos para volver lo más rápido posible a tu lado, para que sigamos reconciliándonos todas las noches —bromeó consiguiendo que se riera—. Ahora quédate tranquila, volveré pronto. —Terminó de recoger sus cosas y le dio un beso sumamente apasionado, después la obligó a quedarse en la cama y antes de irse, le dijo con mucha ternura—: Te amo, Mónica, no lo olvides nunca.

—Yo también te amo.

***

Al bajar se despidió de Jorge, pidiéndole que si algo le pasaba cuidara de Mónica y de su hijo.

—Puedes estar tranquilo, yo siempre cuidaré de mi hija y de mi nieto, pero por la cuenta que te trae será mejor que vuelvas de una pieza o Mónica te rematará, ya te lo ha advertido.

—Lo intentaré. —Después se despidió de Edu, Estela y de Mónica, la cual lo dejó muy sorprendido al darle un abrazo muy fuerte y pedirle que se cuidara. Antes de irse, se volvió para decirle a Alberto—: Si no regreso cuida bien de mi hermana.

—Lo haré, no te preocupes, pero estoy seguro de que regresarás. Cuídate —le pidió ofreciéndole la mano, que Gabriel aceptó en un fuerte apretón.

—Gracias, espero veros a *todos* cuando regrese. —Exaltó la palabra *todos* para que supieran que él no tenía preferencia por ninguno y que en realidad deseaba que todos volvieran sanos y salvos.

Edu y él se dieron un abrazo amistoso, después de eso cerró la puerta y se dirigió al cuartel para que le asignaran una compañía, mientras en la casa seguían discutiendo.

—Estáis cometiendo un gran error con él, ¿lo sabéis? Es un buen soldado y en el campo de batalla es letal, cualquiera querría tenerlo a su lado —dijo Edu muy enfadado—. Y vosotros lo despreciáis por algo que creo que ya ha pagado con creces. Perdió a su hijo y se

siente culpable por ello, y casi pierde dos veces a su mujer, y todos pudimos ver su angustia echándose a morir con ella. Si tu hermana ha podido perdonarlo no entiendo por qué tú no puedes hacerlo. Y tú, papá, eres peor que él, ya que a ti nunca te ha hecho nada.

—No, pero se lo hizo a mi amigo y a Mónica, que es como una hija para mí.

—Sí y los dos le han perdonado, y precisamente por Mónica no deberíais haber hecho eso. Nos vemos en el cuartel, voy a despedirme de mi mujer. —Edu se fue dando un portazo muy enfadado.

Cuando Jorge fue a despedirse de su madre, esta le regañó muy seria.

—Cuídate, cariño, y cuida de tu padre. Y piensa un poco en lo que acabas de hacer, has sido cruel y egoísta. Yo no te he educado así, hay que saber perdonar para poder ser perdonado. —Le dio un beso.

—Adiós, mamá. Cuida de Estela, de mi hijo y de Mónica. Por favor, dile que no me odie. Puede que algún día me haga a la idea de verla casada con él, pero de momento no puedo. —Besó a su madre y después se reunió con su mujer.

—Mónica, he hablado con José. Susan, Estela y Bez estarán aquí de buena mañana también. Quiero que todas os vayáis a Nube Blanca y no salgáis de allí hasta que regresemos.

—¿Por qué?

—Las guerras son crueles, mi vida, y si el enemigo llegara hasta aquí, asaltarían, quemarían, robarían y puedes imaginarte lo que harían con las mujeres. En Nube Blanca estaréis a salvo, si os atrincheráis con todos los negros, nadie podrá traspasarla, ellos os protegerán. Y si el enemigo llegara hasta allí, no creo que levantaran sus armas contra las plantaciones de los negros libres, ya que luchan por ese derecho. ¿Has entendido lo que tienes que hacer? —Mónica ya estaba llorando.

—Sí, lo he entendido, pero no quiero hacerlo, no quiero que te vayas.

—Mónica, por favor, voy a volver. Te lo juro.

—Sí, sí, vas a volver —dijo limpiándose las lágrimas de la cara y sacando toda esa fortaleza que tenía, porque sabía que a su marido no le gustaba verla triste y decaída—. Y me traerás a mi hijo o si no te mataré —le amenazó.

—Esa es mi mujer, por un momento me habías asustado.

Mónica sonrió haciendo un gran esfuerzo y sabiendo que en cuanto él traspasara la puerta quedaría destrozada y hecha un mar de lágrimas hasta que todos regresaran sanos y salvos.

Cuando Jorge la dejó para subir a despedirse de su hija, Alberto

se acercó a Mónica.

—Mónica, ¿puedo pedirte un favor? —le preguntó muy preocupado.

—Pues claro que sí, ¿qué quieres, cariño?

—Sé que mañana las mujeres vais a refugiaros en Nube Blanca y querría pedirte que te llevaras a Lucy. Sé que ella y Mónica se llevan fatal, pero pensar que se queda aquí sola con su madre me está matando.

—No te preocupes, la hermana y la sobrina de Estela siempre serán bienvenidas en mi casa, y no creo que Mónica deje desamparada a su cuñada. Solo por eso la protegerá como a una más de nosotras y también les vendrá bien limar asperezas. Ahora que son familia y que Lucy está contigo, seguro que hacen las paces.

—Gracias, Mónica. Voy a despedirme y a avisarlas de que mañana a primera hora estén aquí.

—Ve, y por favor, ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

Mónica besó y abrazó a Alberto con mucho cariño, como a uno más de sus hijos, al despedirse de él.

***

Cuando Jorge entró en la habitación de Mónica, se la encontró llorando en la cama. Se acercó y se sentó a su lado, y Mónica se abrazó a él con fuerza diciéndole entre lágrimas:

—Nunca debiste dejar que bailara con un militar, porque ahora no estaría muriéndome de dolor. Si algo le pasa, papá, no podré soportarlo.

—Tranquila, averiguaré en qué compañía se ha alistado y hablaré con su coronel para que lo protejan.

—Él no se va a mantener en la retaguardia y lo sabes, irá en primera fila, como siempre. Por eso quería que fuera contigo, porque vosotros os protegéis unos a otros. Tú no dejas a tus hombres delante para estar protegido, tú los diriges y siempre estás en cabeza, siempre consigues vencer al enemigo y volver a casa, y yo necesito que Gabriel regrese a mi lado.

—Y lo hará, te lo ha prometido. Después de todo lo que ha hecho para estar contigo, no se va a dejar ahora vencer por el enemigo y perderte de nuevo. Por lo que se dé él es tenaz, valiente, fuerte, letal y muy inteligente, y te puedo asegurar que todas esas cosas juntas le harán regresar a tu lado.

—Ojalá. Odio a mi hermano, ¿lo sabes?

—No digas eso, sabes que es mentira.

—¿Por qué lo odia tanto, papá? Es a mí a quien hizo daño y yo lo he perdonado. ¿Por qué no puede hacerlo él?

—Lo hará cuando Gabriel siga haciéndote feliz y tu hermano esté seguro de que no va a fallarte de nuevo. Se siente culpable y por eso no lo perdona.

—¿Por qué y de qué se siente culpable?

—Él te adora y él trajo a Gabriel a esta casa, se dejó engañar por él y le abrió el camino para que pudiera hacerte todo lo que te hizo. Por eso se siente culpable y no puede perdonarlo todavía. Pero lo hará, ya lo verás.

—Nadie es culpable de lo que pasó. Yo lo elegí, yo me enamoré y yo me casé con él.

—Sí, pero si él no lo hubiera traído a esta casa, no lo hubieras conocido.

—Estoy segura de que si él no lo hubiera traído a esta casa nos habríamos conocido de otra manera. Además, Gabriel no hubiera cesado en su sed de venganza y si no hubiera sido por Jorge él me habría conocido de otro modo. Estamos destinados a estar juntos y eso es inevitable. Cuando dos personas están destinadas nada se puede hacer, acaban siempre juntas pase lo que pase.

—Tienes razón y por esa misma razón él volverá a ti. Ahora he de irme, cariño, cuida de tu madre y de ese bebé.

—Lo haré, papá, te quiero. Cuídate mucho, por favor.

—Lo haré, yo también te quiero.

***

Al día siguiente, todas las mujeres salieron en caravana hacia Nube Blanca. Iban tristes, llorosas y rezando por sus hombres para que Dios los protegiera y los llevara a todos de vuelta sanos y salvos a Nube Blanca, donde ellas estarían aguardándolos impacientes.



LVII

Nube Blanca

Gabriel había vuelto a mentir a Mónica, porque no fue pan comido como todos creían. Los enemigos no eran débiles y tampoco eran pocos, así que Gabriel no pudo cumplir su promesa de terminar con esos locos en un abrir y cerrar de ojos. Ya habían pasado más de tres meses y ninguno de ellos había regresado, y lo peor y lo que más las desesperaba era no saber nada de ninguno. No tenían noticias y tampoco se oía nada bueno de esa maldita guerra.

—¡No! No quiero que mi hijo venga al mundo sin su padre —gritó Estela mientras las contracciones la golpeaban fuerte, haciéndola gritar de dolor.

—Pues lo siento, cariño, pero tienes que hacer fuerza —le dijo su madre para tranquilizarla—, porque tu hijo está aquí ¡ya!

—¡No! No quiero hacerlo, necesito a Jorge.

Mónica estaba nerviosa y cansada de esa situación. Llevaban demasiado rato intentando que Estela se concentrara en dar a luz, pues el miedo la hacía ponerse cabezona y llamar a su marido, creyendo que eso podía evitar que el parto llegara a su fin.

—Estela, cariño, que llores y llames a mi hijo no va a evitar que este bebé nazca. —Mónica estaba muy seria y con esa rebeldía que la caracterizaba, le dijo—: Tienes que concentrarte y empujar cuando te digamos, o de lo contrario tu hijo morirá y el mío no te lo perdonará nunca.

—Cómo eres tan bruta, ¿por qué le dices eso? —la sermoneó Susan.

—Porque alguien tiene que hacerlo.

Y como Mónica había supuesto, en menos de una hora el bebé de Estela y Jorge estaba en Nube Blanca, llorando como una condenada. Era una niña preciosa y todas estaban como locas con ella, se la pasaban, se la comían a besos y, por primera vez desde hacía más de tres meses, la alegría había vuelto a la plantación.

—Es tan bonita, ¿verdad? —dijo Bez emocionada sentada al lado de Mónica, que cargaba a su sobrina en brazos, mientras acariciaba la cabeza de la bebé—. Me encantaría que mi bebé también fuera una niña, así serían amigas como nosotras.

—Sí —concordó Mónica—, pero tampoco tardaremos mucho en averiguarlo porque dentro de poco serás tú la que esté chillando mientras llega tu bebé. Ya estás a punto de dar a luz tú también.

—¡Ah, no! Este bebé —Bez se tocó la barriga—, esperará a que venga su padre, o de lo contrario cerraré las piernas y no le dejaré salir.

Mónica se echó a reír.

—Qué animal eres, ese bebé nacerá cuando le toque, esté Edu aquí o no. Y como sigan así las cosas, nacerá el mío y los hombres seguirán sin venir.

—No digas eso, por favor, ya no soporto esta angustia. No dejo de pensar en Edu, no dejo de pensar en cómo estará, si lo habrán herido, si sigue vivo. Si algo le pasara… —Bez se echó a llorar y Mónica la abrazó con fuerza.

—¡Ssshhh! No llores, verás que están bien. Además, cuantas menos noticias tengamos, mejor.

—¿Por qué dices eso?

—Porque las malas noticias vuelan, eso quiere decir que si no sabemos nada de ellos es que están bien.

—Dios te oiga.

—Siento molestaros, pero su mamá ya está preparada para recibir a esta preciosura —les dijo Lucy, y las tres volvieron a la habitación de Estela.

Lucy y Mónica habían decidido olvidar todo lo que había pasado entre ellas y empezar de nuevo. Lucy había cambiado radicalmente al enamorarse de Alberto, ese hombre bueno y maravilloso que solo tenía ojos para ella y que era justo lo que necesitaba para dejar de ser una arpía, como le decía Mónica. Desde entonces Mónica y ella pudieron empezar a tratarse como cuñadas, el rencor y los celos habían desaparecido, dando paso a una gran amistad.

***

Tal y como Mónica había dicho, un mes después la que gritaba muerta de dolor era Bez mientras nacía su bebé, y cómo no, tampoco estuvo Edu en el alumbramiento. La niña era preciosa, una calcomanía de su padre, pelo rojizo y ojos verdes, con un gran parecido a su abuela, que la acunaba en sus brazos y decía con lágrimas en los ojos, mientras todas la miraban:

—¿No es la niña más bonita que habéis visto nunca?

—Sí, si no cuentas a mi nieta —dijo Estela con su nieta en brazos.

—Anda, que vaya dos abuelas que estáis echas —se burló Mónica de sus amigas.

—Eso te lo recordaremos cuando dentro de más o menos tres meses tengas al hijo de Mónica en tus brazos —sentenció Estela.

—¡Oye! No se te olvide que esa niña que meces en tus brazos también es nieta mía. Yo por ahora os gano, dentro de nada seré abuela por partida doble.

—De eso nada, yo soy la ganadora, esta es mi tercera nieta —presumió Susan, orgullosa de todos sus nietos.

—¡Ay va! Es verdad, nunca me acuerdo de Ángeles y Margarita —corroboró Mónica—, como hace tanto que no las veo.

—No te preocupes, son mis hijas y hay muchas veces que yo tampoco me acuerdo. —Las tres se echaron a reír—. Esperemos que esta guerra acabe pronto y podamos volver a verlas. Ellas están justo en el bando contrario, Dios quiera que no les pase nada.

—Verás como no, seguro que están bien. —Aún no había terminado de hablar Mónica cuando entró Moisés.

—¡Señora, señora, tiene que venir!

—¿Qué te pasa, Moisés? ¿Por qué tanto jaleo?

—Se acercan muchos soldados y son enemigos.

—¡Maldita sea! Moisés quiero a todos los hombres armados en la entrada, no me importa con qué, palos, azadas, cualquier cosa que sirva de arma. No vamos a dejar que entren en Nube Blanca. ¡Vamos, date prisa!

—Sí, señora, inmediatamente.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Estela asustada.

—Vosotras nada, quiero que os quedéis aquí y que no salgáis ninguna, cuantas menos mujeres vean mejor.

—¿A qué te refieres? —Esta vez fue Susan la que preguntó.

—Ya sabes a qué me refiero, vendrán hambrientos y no solo de comida. Jorge ya me advirtió de que en una guerra los hombres no respetan nada y aún menos a las mujeres de sus enemigos. No les llamará la atención una mujer madura respaldada por sus negros, pero si ven a las niñas… Ya sabéis el efecto que pueden causar ante los hombres. Para ellos sería como haber encontrado un oasis en

medio del desierto, porque a cuál de ellas es más bonita —dijo Mónica asustada, imaginando lo que podría ocurrir.

—Tienes razón, yo me encargaré de que no salgan de sus habitaciones. —Susan y Estela subieron corriendo a avisar a las niñas.

Mónica cogió una escopeta para enfrentarse a los soldados. Estaba muerta de miedo, pero jamás dejaría que nadie viera sus sentimientos, y antes moriría que dejar poner un pie en sus tierras a esos malnacidos. Así que respirando hondo salió. Inmediatamente se vio respaldada por cientos de negros, ya que tanto los negros de La Caprichosa como de Las Camelias, plantaciones de los Serra y de los Medina, habían dejado sus hogares para estar todos allí y defenderse unos a otros, armados con lo que habían encontrado y que les daba valor. Pero una de las cosas que más valor les infundía era el arrojo y la valentía de su señora que en primera línea, al igual que su marido, esperaba al enemigo sin demostrar la más mínima flaqueza, sino todo lo contrario, parecía preparada para la guerra y lucharía por los suyos hasta el final.

Cuando los soldados llegaron Mónica se quedó atónita, deberían ser unos doscientos militares y todos parecían hambrientos, agotados y con cara de pocos amigos. El coronel que los dirigía se acercó a la reja de la puerta.

—¿Es usted la dueña de la casa?

—Sí.

—¿Está sola?

—No, estoy con mis negros, y como usted podrá comprobar muy bien acompañada.

—Sus negros. ¡Ja! Ningún ser humano pertenece a otro, ellos deben ser libres y en cuanto entremos y les demos la libertad, usted no será nada. —El coronel intentó bajar del caballo y Mónica cargó su arma, apuntándole a la cabeza.

—Si yo fuera usted no bajaría del caballo, he de avisarle de que tengo muy buena puntería.

—Mire, señora, déjese de tonterías y abra la puerta, así evitará que le hagamos daño. Esos negros se olvidarán de usted en cuanto entremos y les demos la libertad, y todas esas armas se alzarán contra usted.

—Inténtelo si puede, nosotros defenderemos nuestro hogar —dijo Mónica con mucha seguridad.

—Será su hogar, señora, ellos no tienen nada. —Señaló a los negros.

—¡Nube Blanca es nuestro hogar, como ha dicho la señora de esta casa! —gritó Moisés—. ¡Y no dejaremos que la invadan! ¡Somos negros libres desde hace más de veinte años, y para eso aquí

en Nube Blanca no se necesitó una guerra!

Todos los negros alzaron las armas y gritaron al mismo tiempo.

—¡¡Sí, fuera de aquí, este es nuestro hogar!!

—Usted no encontrará a ningún negro en esta plantación que quiera abandonar Nube Blanca —le dijo Mónica al coronel, muy orgullosa de sus negros—. Ellos están aquí porque quieren, todos son libres desde hace más de veinte años. Y nadie tuvo que ponernos un arma en la cabeza para que los liberáramos. Como bien ha dicho Moisés, mi marido y yo lo hicimos porque quisimos. Y por esa misma razón no le voy a permitir entrar en mi casa ni usted debería invadirla, ya que de ese modo estaría luchando contra sus propios ideales.

—Es usted muy inteligente, sabe cómo amansar a las fieras.

—He tenido un buen maestro.

—¿Su marido?

—Sí, coronel, mi marido —respondió con una sonrisa.

—¿Podría saber quién es su marido?

—Mi marido es el general Mendoza —dijo muy orgullosa.

—¿Usted es la mujer del general Jorge Mendoza?

—Sí, coronel.

—Entonces permítame darle mi más sincero pésame. El general Mendoza fue un buen militar, aunque fuera del bando contrario.

Mónica se quedó pálida y sin respiración al oír eso, las fuerzas la abandonaron y dejó caer su arma al suelo.

—¿Ha muerto? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Aún no, pero no creo que falte mucho. Su compañía fue atrapada no muy lejos de aquí, en la frontera. Están siendo trasladados al fuerte del Recodo, y en cuanto lleguen allí los fusilarán a todos.

—No-no puede ser.

—Señora, necesitamos comida y descanso, si nos ofrece eso respetaremos su hogar y nos iremos por donde hemos venido sin hacer daño a nadie. Es lo único que queremos.

—No…

—Señora, no nos haga entrar por la fuerza. Sabe tan bien como nosotros que sus negros no son una amenaza para mi compañía.

—Escúcheme, hay dos plantaciones aquí al lado que les ofrecerán todas las comodidades que necesiten, úselas. Para entrar aquí tendrá que matarnos a todos.

Los negros seguían en su sitio sin moverse y el coronel decidió aceptar la oferta de Mónica, ya que no podían masacrar a todos esos negros libres porque eso sería ir en contra de sus principios, tal y como había dicho Mónica.

—El general Mendoza debía estar muy orgulloso de usted, jamás

vi mujer con tanto coraje. Ha sido un placer conocerla, señora. Buenas tardes. —Antes de ordenar a sus hombres la retirada, se despidió de Mónica con un movimiento de sombrero.

Cuando por fin se marcharon Mónica cayó al suelo desfallecida. Todo el cuerpo le temblaba y no podía respirar, solo podía pensar en su marido, su hijo, José, Alberto, Edu. Todos ellos estarían muertos en unos días en cuanto llegaran al fuerte del Recodo porque iban a fusilarlos. Sin poder soportarlo, rompió a llorar y Moisés se agachó a su lado para abrazarla y obligarla a ponerse en pie.

—Señora, señora, levántese.

—Van a morir, Moisés, van a morir y no podemos hacer nada.

—Algo se podrá hacer, alguien los salvará.

De pronto una voz la llenó de esperanza al recordar lo que le prometió: «Y por eso señora siempre podrá contar conmigo. Si alguna vez necesita algo, búsqueme». De repente se levantó, diciéndole a Moisés mientras se dirigía a la casa.

—Tienes que llevar un mensaje, pero no digas nada a nadie. Nadie tiene que saber lo que ha dicho ese coronel, nadie debe saber el peligro que corren los hombres, ¿me has oído? Si las demás llegaran a enterarse esto se convertiría en un manicomio, todas enloquecerían de dolor si se enteran de que pueden perder a sus maridos.

—Sí, señora, no diré nada y haré que los demás cierren la boca. Pero ¿usted cree que podrá hacer algo para salvarlos?

—Yo no, pero espero que él sí. —Acabó de escribir el mensaje y le dijo—: ¿Puedo confiar en ti, Moisés?

—Sabe usted que sí.

—Las vidas de mi marido, de mi hijo y de los Serra están en tus manos. Debes encontrar al capitán Torres y darle este mensaje. Cuanto más rápido lo hagas, más posibilidades tendrán.

—No se preocupe, lo encontraré. Sabe que haría cualquier cosa por su marido y por su hijo, y también me gustan los Serra —añadió haciendo reír a Mónica—. He de despedirme de mi mujer.

—Ve, yo te prepararé todo lo que necesitas para el viaje.

Cuando Moisés se fue Mónica se echó a llorar. Acababa de mandar a su yerno a una muerte segura, pero era demasiado egoísta y no podía quedarse de brazos cruzados esperando que el tiempo pasara sin hacer nada para salvar a su marido y a su hijo, y si tenía que vender su alma al diablo pues lo haría. Gabriel le dijo que si necesitaba algo lo buscara, y era lo que acababa de hacer: mandar a Moisés a buscarlo para rogarle que arriesgara su vida para salvar a los hombres que lo despreciaron y le negaron la entrada en su compañía.

Ahora él era el único que podía salvarlos y Mónica rezaba. Primero, para que él fuera un hombre de honor y cumpliera con la palabra que le dio de ayudarla; segundo, para que de verdad fuera ese hombre cruel, despiadado y letal que todos decían en el campo de batalla; tercero, para que Moisés lo encontrara con rapidez y a Gabriel le diera tiempo a localizar a una compañía capaz de arriesgarse a rescatarlos, ya que ese fuerte estaba muy bien custodiado; y cuarto, que todos volvieran sanos y salvos, porque si no sus vidas desde ese momento serían un auténtico calvario.

Cuando Moisés volvió Mónica le había preparado el mejor caballo, las mejores provisiones y un arma para defenderse. También le había dado la dirección de la última carta que su hija había recibido de él y rezaba para que su compañía no se hubiera trasladado todavía. Con un gran abrazo y un beso, despidió a Moisés, dejándolo atónito ante esa muestra de cariño.

—Ve con mucho cuidado, Moisés, sabes que no soportaría perderte a ti también.

—Lo tendré, señora, no se preocupe.

Moisés salió de Nube Blanca con miedo, pero con mucho arrojo. Sabía que, aunque Mónica no pudiera llamarle hermano por ser quien era, su abrazo y ese beso que le había dado le demostraban el cariño que le tenía, y como siempre una vez más, él haría cualquier cosa por ella e intentaría no decepcionarla.



LVIII

Cardoña

El campamento de Gabriel estaba en el límite de la frontera, al norte de la ciudad. Cuando Moisés lo encontró por fin, habían pasado dos días. No había descansado casi y estaba exhausto. Al verlo, Gabriel se llevó un susto de muerte.

—¿Les pasa algo a Mónica o al bebé? —preguntó asustado.

—No, señor. Tranquilícese, están bien. Me manda su suegra, la niña Mónica no sabe nada.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Se trata de su suegro, su cuñado y los Serra. Toda la compañía ha caído, han sido apresados.

—Sí, lo he oído y lo siento mucho.

—¿Sabe también que en cuanto los lleven al fuerte del Recodo los van a fusilar?

—No, eso no lo sabía. ¿Cómo lo sabes tú?

Moisés le contó todo lo que les había pasado y les había dicho el coronel, y Gabriel se puso muy furioso al imaginar a su mujer en manos enemigas.

—¡¿Esos hombres entraron en Nube Blanca?!

—No, señor, la señora Mónica no les dejó. Tendría que haberla visto, con fusil en mano y más valiente que un soldado —dijo muy orgulloso de ella—. Al final consiguió que los soldados dieran la vuelta y se marcharan, eso sí, todos los negros estábamos a su lado y tendrían que habernos matado a todos para poder entrar en Nube Blanca.

—Gracias a Dios. Me alegra saber que las mujeres no están solas.
—La señora me entregó este mensaje para usted.
—Está bien, descansa y come algo mientras lo leo.

Hola, Gabriel. Sé que lo que te voy a pedir es demasiado y un imposible, pero no se me ocurre a quién acudir, tú eres el único que puede ayudarles. Una vez me dijiste que cuando te necesitara te buscara, y es lo que he hecho. Ya sé que no se merecen que arriesgues tu vida por ellos después de lo que te hicieron, pero si algo les pasara yo no podría seguir adelante. Por eso te suplico, te pido, te ruego y apelo a tus sentimientos por mi hija, pues ella también moriría de pena si su padre y su hermano murieran.

Sé que soy cruel al mencionarte a mi hija y apelar a tus sentimientos por ella, pero soy capaz de cualquier cosa por los míos, incluso de usar el chantaje emocional contigo. Solo espero que puedas hacer algo por ellos o al menos que lo intentes. Mi marido es muy querido por los soldados, seguro que puedes encontrar a alguien que quiera ayudarte a salvarlos. Esa es la esperanza que me queda.

PD: por favor cuídate y ten mucho cuidado, si algo te pasara mi hija tampoco podría soportarlo.

Adiós, Gabriel.

Al terminar de leer la carta Gabriel tuvo muy claro lo que iba a hacer, así que dejó a Moisés en su tienda comiendo y recuperando fuerzas, y se dirigió a la tienda de su coronel.
—Buenas noches, coronel.
—Hola, Gabriel. Pasa, ¿quieres tomar algo?
—No, solo he venido a pedirle un favor.
—Bien, ¿y qué quieres? ¿Un permiso?
—Necesito diez hombres y caballos.
—¿Y para qué quieres todo eso, capitán?
—Para rescatar a mi familia. Usted sabía que mi suegro, mi cuñado y los Serra habían sido apresados, ¿verdad?
—Sí, lo sabía.
—¿También sabía que cuando llegaran al fuerte del Recodo los iban a fusilar?
—Sí. Una gran pérdida, ya que el general Mendoza es uno de los mejores militares que tiene este país, pero nada se puede hacer.
—¿Por qué no se me informó de ese detalle?
—Por esa misma razón, porque nada se puede hacer. Estamos en

una situación límite y en estos momentos no podemos prescindir de ningún soldado, por eso no podemos ayudarles. Es una pena, pero tendrá que hacerse el ánimo, todos ellos son hombres muertos.

—Eso será por encima de mi cadáver.

—Usted solo no puede hacer nada y no puedo permitir que se lleve ningún soldado.

—¡Son mi familia y no voy a dejarles morir!

—Si decide irse tendrá que hacerlo solo y es un suicidio.

—Es un riesgo que tendré que correr. Y siempre estoy solo, eso no me preocupa.

—Bien, capitán Torres, entonces mucha suerte.

—Gracias, coronel.

Al volver a su tienda le dijo a Moisés, que seguía esperándole medio dormido en el suelo:

—Moisés, levanta del suelo y túmbate en el catre. Puedes descansar tranquilamente, nadie va a molestarte.

—Pero, señor, es su catre.

—No importa, quiero que descanses y que mañana regreses a Nube Blanca y le digas a Mónica que voy a hacer todo cuanto esté en mis manos para salvarlos. ¿Me has entendido? Eso sí, a mi mujer no le digas nada, ¿vale?

—Sí, señor. ¿Cuántos hombres van a acompañarlo?

—Ninguno, iré solo.

—¡Solo! Pero…

—Tranquilo, he salido de situaciones peores. Ahora he de irme, el fuerte está a tres días de camino y si no salgo ya, puede que no llegue a tiempo. Si no salen bien las cosas dile a Mónica que lo intenté y que la quiero.



LIX

Fuerte del Recodo

Al llegar al fuerte, Gabriel se pasó casi todo el día observando los movimientos desde una colina para analizar por dónde debía entrar y dónde estaban los prisioneros. Todos parecían muy tranquilos y relajados, se notaba que se sentían seguros allí dentro pues no había demasiada vigilancia, y Gabriel estaba seguro de que por la noche esos hombres serían mucho más vulnerables. Cuando tuvo todo analizado, mentalizado y planeado dentro de su cabeza se tumbó a esperar que llegara la noche y así poder poner en marcha su plan de fuga.

Cuando la noche estaba en su punto más oscuro Gabriel se deslizó hasta el fuerte y por la cara norte, que era la menos vigilada, escaló la pared con una cuerda y se coló. Una vez dentro, Gabriel preparó con dinamita dos bombas caseras para desviar la atención de los guardias en el momento de escapar, una a cada lado del fuerte. Con mucho sigilo, desató a los caballos de la cuadra dejando la puerta medio abierta. Después, y con toda la frialdad que su padrino le había enseñado, volvió a bloquear todos sus sentimientos para convertirse en ese hombre cruel, letal y despiadado, sacó el puñal de su bota y, como un gato acechando en la oscuridad, se camufló en las sombras. Era imposible verlo, pues llevaba pantalones y botas negras, el resto del cuerpo lo llevaba embadurnado de betún tan negro como la noche. Solo se distinguía el blanco de sus ojos cuando los abría.

Poco a poco y uno a uno, fue degollando a los soldados que se encontraban en la parte de abajo vigilando, con mucho cuidado de

no hacer ruido para que los soldados que vigilaban el portón en lo alto no lo escucharan. Su puñal podía cortar el aire de lo sumamente afilado que estaba y su destreza no dejaba a ningún soldado hacer el más mínimo ruido al morir, ya que les tapaba la boca y les cortaba tan rápido y profundo que no les daba tiempo a asimilar lo que ocurría, solo dejaban de respirar. Al llegar a las celdas fue cuando la cosa se le complicó, pues los dos centinelas estaban juntos y era casi imposible acercarse sin ser visto, ya que por la luz del candil no podía esconderse en las sombras, así que tuvo que idear un nuevo plan. Volvió afuera, le quitó la chaqueta y la gorra a uno de los que había matado, se las puso y entró de nuevo en las celdas.

***

Jorge y José estaban desvelados y no podían dormir, esa misma mañana los fusilarían a todos y por más que pensaran cualquier plan para salir de esa situación era inútil. Todo estaba perdido y se habían resignado.

—No puedo creer que, después de todas las batallas que hemos compartido, vayamos a morir en la única en la que no deberíamos haber participado —dijo Jorge a José con tristeza.

—Tienes razón, la vida es irónica. Hace veinte años que liberamos a nuestros negros y nos atrapan en una guerra donde nuestros enemigos luchan por la libertad de los esclavos. ¿De verdad estábamos luchando en esta guerra? —protestó José haciendo reír a Jorge.

—Sí, y creo que nos confundimos de bando. Eso es lo malo de ser militar, que debes obedecer las órdenes te gusten o no te gusten.

—No entiendo cómo estos muchachos pueden dormir —comentó José.

—No estoy durmiendo, solo cierro los ojos e intento recordar a Bez. Y también imagino cómo será mi hijo, debe estar a punto de nacer y no voy a poder conocerlo.

—El mío ya debe haber nacido y tampoco voy a conocerlo. Espero que el día de mañana se parezca a su abuelo materno y a su tío, y no sea militar. Así evitará tener que matar a su mujer de un disgusto, porque estoy seguro de que Estela se va a morir cuando se entere de esto.

—Creo que todas nuestras mujeres se van a morir después de esto, pero de todos el que peor lo tiene soy yo, porque tu madre me

perseguirá hasta el infierno para matarme por no llevarte de vuelta sano y salvo. —Eso les hizo reír, pero sus risas eran tan apagadas que apenas se oían.

—¿Sabéis una cosa? Gracias al odio que sentís hacia Gabriel habéis conseguido salvarle la vida. Si no hubiera sido así ahora estaría también aquí, con nosotros, esperando una muerte inevitable.

—Tienes razón, ese hijo de perra nos debe una —dijo Jorge—. Por lo único que me alegro es que por lo menos las mujeres tendrán un hombre que las proteja después de toda esta locura. Si no muere en el campo de batalla, claro.

—No, él no morirá en el campo de batalla —aseguró Edu—, es demasiado inteligente y precavido. Él sabe muy bien dónde se mete y por dónde tiene que salir antes de entrar en batalla.

—¿Sabéis lo que más me molesta? Que ahora que por fin había logrado declararme a Lucy, no voy a volver a verla —confesó Alberto con resignación.

—No tienes suerte en el amor, hermanito —bromeó Edu.

—¡Callaos ya, pandilla de gallinas! —les gritó uno de los carceleros.

—¿Y si no queremos? ¿Vas a entrar aquí y nos vas a hacer callar? —se encaró Jorge, enfadado.

De pronto se abrió la puerta y entró un hombre muy grande con el traje militar de sus enemigos y la gorra muy baja tapándole la cara. Los dos guardias le llamaron la atención, pero él parecía no escuchar nada, solo caminaba directamente hacia ellos con paso firme. Al llegar a su altura levantó la cabeza, sacando al mismo tiempo de ambas manos dos puñales, y con un movimiento rápido y controlado, les cortó la yugular. Murieron en el acto y los que estaban al otro lado de las rejas se quedaron pasmados. Cuando se quitó la gorra y lo reconocieron todos dieron un brinco levantándose del suelo y sonriendo al ver un poco de luz en el camino.

—¿Qué-qué haces aquí? ¿Có-cómo has llegado? —preguntó Edu emocionado.

—No podía dejar morir a mi compañero de andanzas —bromeó Gabriel mientras buscaba la llave de la celda—. ¿Cuántos sois?

—Quince —respondió Jorge, que llevaba el brazo vendado.

—¿Está bien, general? —Gabriel, preocupado, miró su brazo mientras abría la puerta—. ¿Cree que podrá montar a caballo?

—Sí, estoy bien, solo es un rasguño. ¿Cuántos hombres te acompañan?

—Ninguno, he venido solo.

—¿Has llegado tú solo hasta aquí? —se sorprendió José.

—Sí, coronel, nadie más quiso hacerlo.

Al abrir la puerta Gabriel y Edu se dieron un fuerte abrazo.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

—Sí, puedo imaginármelo.

—Gracias, nunca voy a olvidar esto —dijo Alberto poniendo la mano en el hombro de Gabriel.

—Vas a ser mi cuñado, tenía que salvarte o de lo contrario mi hermana volverá a estar insoportable. Ahora dejémonos de charlas y centrémonos en salir.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Jorge.

—Sí, general. Tengo un plan, pero necesito un voluntario.

—Cuenta conmigo —dijo Edu—. Ahora mismo me siento capaz de hacer cualquier cosa.

Gabriel les había devuelto la esperanza y todos estaban felices y emocionados, y con ganas de presentar batalla al enemigo.

Cuando Gabriel les explicó el plan, todos tuvieron claro qué tenían que hacer. Los primeros en salir fueron Gabriel y Edu, que le dijo muy bajito al ver los cadáveres degollados según iban saliendo:

—Has estado muy entretenido, ¿no? Te has divertido de lo lindo.

—Ya me conoces —sonrió Gabriel guiñándole un ojo—. Ahora concentrémonos, tú a la derecha y yo a la izquierda. Cuenta hasta diez, enciende la mecha y sal corriendo. Solo tienes cinco segundos antes de que explote.

—Está bien, lo he entendido.

Cuando las bombas explotaron los caballos en los que se habían subido salieron en estampida. Atendiendo al plan de Gabriel, todos estaban preparados para salir en cuanto las puertas traseras del fuerte cayeran tras la explosión. Edu y Gabriel tenían que ser muy rápidos y montarse en cualquier caballo que pasara por su lado en el momento de la estampida, si no se quedarían atrapados, ya que cuando las bombas estallaran todo el fuerte se pondría en pie. Una vez fuera la libertad estaría garantizada, pues sin caballos para perseguirlos, la huida sería pan comido.

Mientras todos salían Gabriel y Edu esperaban la oportunidad para montar un caballo a toda velocidad. Tenían que agarrar con fuerza la crin y saltar para lograr montarlo, pero la fuerza del tirón podría destrozarles el brazo. Un riesgo mínimo si lo comparabas con la libertad, algo demasiado importante para los dos sabiendo lo que les esperaba en casa. Con ese pensamiento los dos lograron subir al caballo sin apenas esfuerzo.

Cuando consiguieron salir del fuerte escucharon un golpe detrás de ellos y, al volverse, vieron al caballo de Jorge estamparse contra el marco de la puerta al ser empujado por otro caballo. Jorge cayó

del caballo y se quedó en el umbral intentando coger otro caballo, pero con el golpe se había herido la pierna y le era imposible dar un salto. Los soldados enemigos estaban saliendo de sus habitaciones y no tenía tiempo, si no salía inmediatamente de ese infierno se quedaría allí atrapado y sería hombre muerto. Corría hacia la salida, pero la pierna no le dejaba avanzar demasiado rápido.

—¡Vamos, hijo, sube al caballo! —gritó Jorge creyendo que con ordenárselo podría conseguirlo.

—Es inútil, se ha herido la pierna —confirmó José—. Hay que ir a buscarlo.

—Iré yo —dijo Jorge.

—No, usted está herido. —Gabriel no había terminado de hablar y ya estaba cabalgando al galope en busca de Jorge, que intentaba huir a pie. Cuando llegó a su altura le dijo, ofreciéndole el brazo—: Vamos, cuñado, no tenemos todo el día.

Jorge agarró su antebrazo y, ayudado por Gabriel, consiguió montar en el caballo a pesar de su pierna. Justo en ese mismo instante el fuerte se repuso del asalto y todos los enemigos empezaron a disparar desde el torreón del fuerte. Gabriel dio la vuelta al caballo y salieron de allí como alma que lleva el diablo.

Gabriel tomó la delantera y todos le siguieron. Debía subir a la colina en busca de Atila, que había dejado atado a un árbol.

—¿Por qué paras? Debemos seguir —le preguntó Jorge cuando Gabriel detuvo el caballo.

—No sin antes coger mi caballo.

Se bajó y Jorge se quedó en lo alto del caballo que los había sacado a los dos del fuerte mientras todos esperaban. Cuando Gabriel se subió en Atila e intentó dar la vuelta para emprender la marcha, cayó inconsciente al suelo.

Todos se bajaron de sus monturas asustados y se acercaron para ver qué le pasaba.

—¡Apartaos, dejadme que lo examine! —gritó Jorge. Cuando abrió su chaqueta y vio toda la sangre que salía a borbotones de su costado dijo—: Maldita sea, no aguantará, es muy profunda. Creo que la bala se ha incrustado en sus costillas.

—Tapónala y apriétala con fuerza, puede que lleguemos a Nube Blanca antes de que muera —propuso Edu muy preocupado.

—No creo que aguante —anunció José—, es una herida muy fea.

—Toma, inténtalo —dijo Alberto haciéndose jirones la camisa para poder vendarlo—, es lo mínimo que podemos hacer después de lo que ha hecho él por nosotros. Si conseguimos parar la hemorragia puede que llegue hasta Nube Blanca.

—Si no se puede hacer nada deberíamos dejarlo aquí y largarnos —propuso Jorge.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo! —gritó Edu muy cabreado—. Pero ¿a ti qué te pasa? Acaba de salvarnos la vida y si lleva una bala dentro es porque ha vuelto a por ti. Si no fuera por él estarías muerto en estos momentos.

—Y se lo agradezco, pero no acabamos de salir de ese infierno para quedarnos aquí y esperar a que vengan a por nosotros. No creo que a él le hiciera mucha gracia eso.

—Nos iremos en cuanto le haya taponado la herida, y no se hable más —dijo su padre—. No voy a dejarlo aquí. Es de noche, no tienen caballos y no creo que salgan a buscarnos a pie. Deben pensar que andamos ya muy lejos.

—Tranquilízate, Jorge —le pidió Alberto—. Tu padre tiene razón, no tienen caballos y no pueden salir a perseguirnos. Podemos dedicarle cinco minutos a Gabriel. Aunque no sirva de nada, por lo menos podremos decir que hicimos todo lo que pudimos por él, igual que él lo hizo por nosotros.



LX

Nube Blanca

Mónica estaba desesperada. Moisés había vuelto y le había contado todo lo que había pasado con Gabriel. Después de eso ella se había quedado destrozada, pues se sentía responsable de su muerte, ya que hacía más de cinco días que Moisés había regresado y no se sabía nada de ellos.

«¿Cómo ha podido ser ese muchacho tan irresponsable? ¿Cómo se le ha ocurrido ir solo? Lo único que habrá conseguido es que lo hayan matado a él también. ¡Dios mío! Cuando mi hija se entere va a odiarme. Son su padre y su hermano, pero no creo que ella hubiera consentido mandar a su marido a una muerte segura por ellos, y más sabiendo que iba a ir solo. He sido tan egoísta que nunca voy a poder perdonármelo».

Moisés entró gritando y la sacó de sus pensamientos.

—¡Señora, señora!

—¿Qué ocurre, Moisés? ¿Por qué das tantas voces? Vas a despertar a los bebés.

—¡Son sus maridos, sus maridos están regresando!

—¡¡¿Qué?!! ¡Oh, señor, gracias a Dios! —Mónica se levantó y salió corriendo.

Todas salieron al porche a esperar a que los hombres entraran en Nube Blanca. Cuando los vieron se quedaron paralizadas, después de tantos meses no podían creer que fueran ellos, parecía un sueño hecho realidad y no eran capaces de reaccionar.

Desmontaron y fue cuando las mujeres reaccionaron, todas al

mismo tiempo. Una detrás de otra echaron a correr y se arrojaron en sus brazos llorando emocionadas, besándolos, abrazándolos y dándoles la bienvenida. Todas excepto Mónica, que estaba paralizada mirando a Atila con el cuerpo muerto de Gabriel sobre su lomo, sintiéndose vacía. Sus manos estaban vacías, sus brazos estaban vacíos, y por dentro se sentía fría y muerta.

—¡¡¡Nooo!!! —se escuchó gritar a sí misma y echó a correr hacia Atila.

Cuando estaba a punto de llegar a él, su padre la detuvo y la abrazó con fuerza.

—¡Ssshhh! Cariño, lo siento, no pudimos hacer nada. Será mejor que no lo veas así.

—¡¡Nooo!! ¡No, papá…! ¡No puede estar muerto, no-no quiero, me lo prometió…! —Su voz estaba quebrada por la pena y su cuerpo no soportó tanta presión.

Mónica perdió el sentido y Jorge tuvo que sujetarla con fuerza para que no cayera al suelo.

—¡Moisés, ve a buscar al médico inmediatamente, lo quiero aquí ya! —gritó Jorge preocupado al ver a su hija como sin vida entre sus brazos.

—Sí, señor.

***

Cuando Mónica despertó, su padre estaba con ella y volvió a ponerse a llorar. Jorge la abrazó con fuerza de nuevo.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué Gabriel estaba con vosotros?

—Nuestra compañía cayó, nos apresaron e iban a fusilarnos hace dos días. Tu madre se enteró y mando a Moisés para pedirle ayuda a Gabriel.

—¿Y él os ayudó? Después de cómo lo tratasteis, ¿él os ayudó?

—Sí, vino él solo a rescatarnos. Si no fuera por él, todos estaríamos muertos en estos momentos.

—¿Él solo consiguió rescataros?

—Sí. Cuando pidió ayuda a su coronel y no se la dio, vino él solo. Es un hombre increíble, deberías sentirte orgullosa de él.

—¿Y de qué me sirve eso si-si está muerto? —No podía parar de llorar.

—El médico está con él, no estamos seguros de que pueda salvarse, pero aún respira. No puedo creer que siga vivo, ya no debe de quedarle sangre dentro con toda la que ha perdido.

—¿Está vivo? —preguntó Mónica limpiándose las lágrimas.

—De momento sí, pero no te hagas ilusiones, cariño. Podría morir.

—Quiero ir con él —dijo incorporándose de la cama.

—Mónica, cariño, no estás en condiciones para verlo así. —Su padre intentó retenerla en la cama.

—¡Papá! Quiero ir con él, necesito estar con él. —Su padre, al verla tan desesperada, decidió acompañarla.

—Está bien, pero si vuelves a sentirte mal te traeré a la cama, ¿está claro?

—Sí.

Cuando Mónica entró y lo vio tumbado, inmóvil, pálido, con la cintura vendada y lleno de manchas negras por todo el cuerpo cogió la palancana con agua y un trapo, se sentó a su lado y llorando en silencio se puso a limpiarlo. Todos la miraban, pero nadie decía nada.

—¿Cómo está mi marido, doctor? ¿Se pondrá bien? —preguntó al médico, que estaba recogiendo su instrumental.

—Es pronto para saberlo. Le he sacado la bala y le he desinfectado la herida, pero son muchas horas con el proyectil ahí metido. Está muy débil por toda la sangre que ha perdido y si la bala le ha producido una infección interna, morirá. No creo que tenga la suficiente fuerza para combatirla.

—Lo hará, él podrá hacerlo. No va a morir, no se lo voy a permitir. Él es fuerte y luchará por nosotros —aseveró tocándose la barriga.

Mónica seguía limpiándole el pecho, quitándole las manchas de betún que aún tenía, sin poder evitar que las lágrimas bañaran sus mejillas.

—Será mejor que bajemos, así podrá seguir curando a los demás —propuso Mónica—. Mi hija necesita estar a solas con su marido. —Todos se fueron y Mónica se quedó sola con Gabriel.

—Te vas a poner bien, ¿me oyes? No voy a dejarte morir, así que espabila y repón fuerzas rápidamente, tienes que cumplir tu promesa. Prometiste regresar a mí sano y salvo, y también prometiste que cumplirías todas tus promesas. Así que debes ponerte bien, porque de lo contrario yo misma me encargaré de que sufras el resto de tu próxima vida, y de la otra, y de la otra hasta que pueda perdonarte. Y vas a necesitar muchas vidas para eso, porque estoy muy enfadada. Te agradezco que salvaras a mi familia, pero no debiste ir solo, eso fue como meterte tú solito en la boca del lobo. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué siempre estás arriesgando tu vida? No te voy a dejar que vuelvas a hacerlo, ¿me has entendido? A partir de ahora vas a ser prudente, vas a dejar de hacer locuras y

vas a estar a mi lado, y sobre todo vas a dejar de ser militar, porque si no te juro que pediré la anulación de nuestro matrimonio. No voy a pasarme la vida entera llorando por ti, de eso nada.

***

El doctor estaba abajo atendiendo a los demás. A Jorge le había curado la herida del brazo y se lo había vendado, a su hijo le había entablillado la pierna, que estaba rota, y por último estaba con Edu, que había sido el último en pedir la ayuda del doctor.

—Vamos a ver qué tienes ahí, chico. —Cuando Edu se quitó la camisa, Bez se echó la mano a la boca, dando una exhalación—. Vaya, esto te va a doler, y voy a necesitar ayuda. —Su padre y su hermano enseguida se ofrecieron voluntarios, pues eran los únicos que estaban ilesos—. Tendréis que sujetarlo fuerte mientras coloco el hombro en su sitio. —Se le había dislocado el hombro al subir al caballo con tanta velocidad—. Respira hondo, chico, esto te va a doler.

Cuando el médico le colocó el hombro de un tirón, Edu se guardó el grito de dolor para no asustar a Bez, pero su cara lo decía todo. Bez lo miraba con lágrimas en los ojos y él le sonreía con una sonrisa dibujada, ya que no estaba para risas. El médico le vendó el brazo para que no lo moviera y, cuando se fue, cada uno subió a su habitación a descansar.

En ese momento fue cuando Bez y Estela les presentaron a sus respectivas hijas.

Jorge estaba tumbado en la cama cuando Estela se sentó a su lado con su hija en brazos.

—Este es tu papá, cariño. Dile hola.

—Vaya, es preciosa, tan bonita como su madre. Creí que nunca podría conocerte —dijo Jorge besando a su hija.

—Bueno, pero ya ha pasado todo y estás aquí.

—Sí, y todo se lo debo a ese hombre que está agonizando y que va a morir por mi culpa.

—No digas eso, Gabriel no va a morir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es fuerte y porque tu hermana no le dejará. Un hombre que es capaz de hacer lo que ha hecho por vosotros, no va a dejarse morir por una simple bala en las costillas. Ya verás cómo sale de esta. Dios no va a abandonarlo, eso sería muy injusto.

—Ojalá y te oiga, porque no sé si mi hermana podrá soportar su

muerte. ¿Te has dado cuenta cómo estaba? Parecía ida.

—Yo también me volvería loca si te viera a así.

—Ven, túmbate a mi lado. Necesito abrazarte.

Estela dejó a la niña en la cuna y se tumbó junto a su marido. Jorge la abrazó con fuerza y el agotamiento le hizo dormirse inmediatamente.

***

Bez ayudó a Edu a tumbarse y le colocó unos almohadones en la espalda, después lo besó apasionadamente.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo volviéndolo a besar—. Me he pasado todos estos meses rezando para que regresaras a mi lado, y creí que moriría si te pasaba algo.

—¡Ssshhh! Estoy aquí, ya ha pasado todo. —La abrazó con fuerza con el brazo sano—. ¿Rezaste al arcángel Gabriel? —Bez se rio sabiendo por qué lo decía—. Porque él fue quien debió mandar a su tocayo para salvarnos, y creo que debió darle todos sus poderes porque lo que Gabriel hizo fue algo sobrenatural.

—Es un buen hombre.

—Es el mejor. Bez, mi vida, estoy encantado de tenerte entre mis brazos, no sabes lo mucho que deseaba poder volver a tu lado. Cuando creía que iba a morir tú eras la única persona que ocupaba mi mente, pero quiero conocer a mi hijo. —A Bez le dio la risa.

—¡Oh, Dios mío! Estoy tan emocionada de tenerte de nuevo que ni siquiera me he acordado. —Bez le acercó al bebé—. Pero siento decirte que no es tu hijo —Edu la miró extrañado y Bez le sonrió—, es tu hija. Y es igual que tú. —Cuando Edu la vio se quedó embobado y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bez se la puso en el brazo bueno y él la besó en la cabeza una y otra vez con mucha ternura.

—Creí que no podría conocerte, preciosa, y no puedes imaginarte cómo me dolía eso. Eres tan preciosa como tu abuela. —Y mirando a Bez, añadió—: Es perfecta, mi vida, lo has hecho muy bien, y no me importa que no sea un chico. Además, quiero tener otra niña para que se parezca a su madre. —A Bez le dio la risa.

—¿Y si vuelve a parecerse a mamá?

—Entonces tendremos otra. —Bez se rio de nuevo.

—Me parece que entonces será mejor tener un niño, porque dicen que los niños se parecen a las madres y las niñas a los padres.

—Eso también me vale. —Bez volvió a reírse—. Ven, túmbate a

mi lado.

—¿Quieres que deje a la niña en la cuna?

—No, quiero tener a mis dos mujeres preferidas cerca. —Bez se acurrucó en su pecho, mirando a su hija de frente y besándole la manita—. Nunca creí que pudiera pasar tanto miedo, y pensar que no volvería a estar así contigo me causaba terror —confesó besando a Bez en la frente—. Por eso ahora quiero estar así, quiero teneros cerca, sentiros cerca y no volver a separarme nunca más de vosotras.

—Eso está bien, porque nosotras no vamos a dejar que vuelvas a marcharte. —Bez volvió a besarlo y Edu, sintiéndose en el paraíso, se quedó dormido con sus dos mujeres preferidas, una a cada lado.

Cuando Bez se dio cuenta de que estaba dormido le quitó a la niña y la metió en la cuna, después se tumbó a su lado para quedarse profundamente dormida, ya que desde que él partiera ella no había vuelto a dormir una noche en condiciones.

***

Alberto estaba en la terraza con Lucy entre sus brazos, consolándola y besándola, pues ella no dejaba de llorar.

—Vamos, amor, deja de llorar. Estoy aquí y estoy bien. De todos, soy el único que ha regresado sin un rasguño y tú eres la que más llora. ¿Puedes explicarme por qué?

—Porque creí que nunca regresarías, y no porque fueras a morir, sino porque encontrarías a otra mujer mejor que yo y ya no querrías volver a mi lado.

—¿Aún sigues pensando que pueda existir para mí alguien mejor que tú? Lucy, amor, tú eres mi mujer ideal, no necesito a otra teniéndote a ti. ¿Sabes lo que más me mortificaba mientras esperaba que llegara el momento de la ejecución?

—No. ¿Qué?

—Que después de tantos años buscando la ocasión para conquistarte, nada más hacerlo me tocó alejarme de ti sin tener tiempo siquiera a saborear el momento, y que después de tantos años de servicio justamente ahora me apresaran y me condenaran a muerte. Y todo eso había pasado tan deprisa que pensaba que era un castigo, un castigo para no poder conseguir lo que llevo tantos años deseando.

—¿Y qué llevas tantos años deseando? —preguntó inocentemente haciéndole reír.

—Pues qué va a ser, cariño, hacerte el amor hasta desfallecer. —Lucy se puso colorada provocando que se riera de nuevo—. Ese era el único pensamiento que me corría por la mente, y creo que si mañana no conseguimos un cura para que nos case voy a acabar volviéndome loco. Porque me da miedo volver a irme y perder otra vez esa posibilidad.

—¿Volver a irte? ¿Por qué vas a volver a irte?

—Mi padre y yo tenemos que volver, amor. No estamos heridos y debemos regresar al campo de batalla a presentar un informe de nuestra liberación, y a volver a luchar al lado de nuestros soldados.

—Pero no quiero que te vayas. No, por favor, no te vayas. ¿Y si esta vez no vuelves más?

—Volveré. Solo por pasar una noche contigo, amor, soy capaz de vencer al mismísimo diablo. —Le secó las lágrimas y la besó con mucha pasión, para decirle después con la voz cargada de deseo, haciéndola estremecer—: Sííí, no te quepa la menor duda de que volveré.

—Y si ya hubiese sido tuya, ¿querrías volver igualmente? —le preguntó advirtiendo el deseo en sus ojos.

—¿Qué quieres decir? —respondió con otra pregunta muy serio.

—Quiero ser tuya, Alberto. Y no me importa que no seas mi marido. Pero me aterra que después de eso ya no tengas interés en volver.

—Lucy, amor, yo no soy Fidel, yo no busco solo eso en ti —le habló muy serio—. Yo te quiero toda para mí y si te hiciera el amor esta noche solo una cosa rondaría mi mente lejos de ti. ¿Quieres saber cuál?

—Sí. —Ella estaba casi sin palabras por su manera de mirarla y por esa voz sensual y deseosa.

—Volver para seguir haciéndote el amor una y otra vez.

—Alberto —su voz era un susurro, sus labios una tentación y sus ojos una llamada de deseo—, hazme el amor. Quiero ser tuya ahora.

Él no espero una segunda insinuación, ya que se moría de ganas de tener a esa mujer entre sus brazos y sin una palabra más se levantó del sofá, la cogió en brazos y la subió hasta la habitación, mientras no dejaba de besarla para no darle la oportunidad de dar marcha atrás. Una vez en el dormitorio, se desnudaron entre beso y beso, la tumbó en la cama y acomodándose sobre ella, le preguntó:

—¿Estás segura, amor? ¿quieres que siga?

—¿Volverás a mí? Después de esta noche, ¿volverás a mí? —le contestó con otra pregunta.

—Siempre volveré a ti, amor, te lo juro.

—Entonces estoy segura.

Él la besó con una pasión desmedida, volviéndola loca con cada

beso, cada caricia, y cuando la hizo suya lo hizo con ternura, con paciencia, con deleite, disfrutando de cada caricia, de cada beso, de cada movimiento y haciéndola disfrutar a ella con la misma intensidad con que él lo hacía, hasta llegar juntos al más dulce de los placeres. Justo en ese momento ella se sintió por primera vez amada. Sentía todos y cada uno de los sentimientos de él, y supo que no le había mentido, desde ese momento supo que él volvería a ella siempre y que ella lo esperaría hasta el fin de sus días.

—Y bien, ¿mis besos de amor han conseguido curar tus heridas? —preguntó recuperando el aliento dándole un beso.

—Tus besos de amor son milagrosos, y no solo tus besos —confesó recuperando la conciencia y sonriendo—. Has borrado mis heridas y cualquier recuerdo de Fidel que pudiera quedar en mí. Te amo.

—Yo también te amo. Mañana mismo buscaré un cura y lo traeré, aunque sea a rastras.

—No importa, puedo esperar, ya no tengo miedo. Ahora sé que volverás, porque ahora sé que me amas de verdad.

—¿Antes dudabas de mí? —se sorprendió.

—Sí. Lo siento, perdóname, pero Fidel también me decía que me amaba y después de conseguir lo que quería se olvidó de ese pequeño detalle.

—¿Y por qué ahora estás tan segura de que yo no haré lo mismo?

—Porque contigo ha sido distinto, he sentido todo lo que tu sentías, y todo ha sido hermoso y maravilloso.

—Y Fidel, ¿qué te hizo sentir?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, tú has empezado esta conversación, y quiero saberlo.

—Dolor, vergüenza, me sentí usada, humillada y muy desgraciada. Nada que ver con lo que tú me has hecho sentir.

—Normal, tú para él solo fuiste un desahogo, se lo pasó bien y eso fue todo. Yo, sin embargo, te amo y quiero que goces conmigo como lo hago yo contigo. Solo espero que nunca más vuelvas a dudar de mí.

—No, nunca más. Te amo, amor, y quiero volver a gozar de ti y que tú goces de mí. ¿Crees que podríamos hacerlo otra vez? —Alberto se rio.

—Pues claro que sí, amor, otra y otra y otra, todas las veces que tú quieras. Yo ya lo estoy deseando de nuevo.

Después de esas palabras volvió a demostrarle lo mucho que ella significaba para él, pero esta vez ella también se lo demostró a él, consiguiendo que Alberto se sintiera el hombre más dichoso del mundo. Por fin había conseguido lo que tanto tiempo había

ansiado: que Lucy lo amara igual que él la amaba a ella.

***

Mónica seguía cuidando a Gabriel, ya lo había lavado, le había puesto ropa limpia, un pantalón de pijama que su padre le había dejado y que le había ayudado a ponerle, ya que Mónica no podía con él.

—Gracias, papá.

—Cariño, Gabriel pesa mucho para ti, por eso quiero que me prometas que cada vez que tengas que moverlo me avises y te ayudaré, ¿vale?

—Sí, papá, gracias.

—Hablo en serio, podrías hacerte mal o lastimar al bebé. Además, deberías descansar, llevas muchas horas aquí…

—No te preocupes, voy a descansar, pero a su lado. La cama es grande y quiero estar con él.

—Yo podría cuidarle esta noche, cariño —se ofreció su madre, que entraba por la puerta—. Es lo menos que puedo hacer por él, me ha devuelto a mi familia y voy a estarle toda la vida agradecida. —Mientras decía eso se abrazó a la cintura de su marido y le dio un beso en los labios.

—Gracias, mamá, pero lo haré yo. Es mi marido y no voy a alejarme de él hasta que se encuentre bien, tengo que hablarle para que me escuche y vuelva a mi lado, como él hizo cuando me sacó de ese sueño eterno.

—Está bien, dejémosla, porque nadie va a conseguir sacarla de aquí —aseguró su padre—. Pero cualquier cosa que necesites, llámanos.

—Lo haré. Marchaos a descansar, vosotros también estáis cansados.

—Jorge, cariño, ¿puedes dejarnos solas? Iré enseguida, quiero hablar un segundo con Mónica.

—Sí. Buenas noches, cariño —se despidió de su hija besándole la frente—. Te espero —dijo a su mujer.

—Mamá, no voy… —Mónica se quedó muda al ver que su madre rompía a llorar de repente y se abrazaba a ella con fuerza— ¡Heeey! ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

—Lo siento, cariño, perdóname.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo le pedí que fuera sabiendo que podía morir. Fui

egoísta y le rogué por tu padre y por mi hijo sin importarme lo que pudiera pasarle a él. Yo soy la única culpable de que esté ahí luchando por su vida.

—Mamá, él fue el que decidió ir, nadie lo obligó, y si quiso hacerlo sus razones tendría. Le gusta el peligro, es un inconsciente.

—No, él lo hizo por ti y por lo que yo le escribí. Le dije que si tu padre y tu hermano morían, tú te morirías de pena.

—Y no mentiste, tenías razón. Y él seguro que lo sabía, por eso fue. Por mí, por ti, por ellos y porque, en el fondo y aunque mucha gente no lo sepa, es un hombre generoso, bueno y de honor. Él te dijo que podías contar con él y cuando lo necesitaste ahí estuvo, y es amigo de sus amigos. También fue por Edu y por Jorge, no lo dudes. Porque a pesar de todo lo que ha pasado, él considera a Jorge su amigo. Y quiero que sepas una cosa, si Gabriel y mi hijo estuvieran en peligro no dudaría en pedir ayuda a quien fuera para salvarlos, y tampoco me importaría el resultado con tal de que ellos estuvieran bien.

—Gracias, hija, gracias por comprenderme. —Se dieron un abrazo.

—Ve con papá, seguro que te está esperando impaciente. Lleváis mucho tiempo separados.

—¡Oye! No seas descarada. —Las dos se rieron.

Cuando su madre abandonó la habitación Mónica se tumbó junto a Gabriel, apoyó la cabeza en su pecho y, escuchando el latir de su corazón, se quedó dormida.



LXI

Nube Blanca

De madrugada, Mónica se despertó sobresaltada. Creía haber escuchado su nombre y una sensación de humedad y calor recorrió todo su cuerpo. Entonces volvió a oírlo, era un susurro desesperado que la llamaba. Se levantó, encendió una vela y el corazón se le paralizó. Gabriel estaba empapado en sudor y susurraba su nombre, mientras su rostro parecía sufrir un dolor muy grande.

—Mó-Mónica, Móóó-nica.

Desesperada, salió corriendo a llamar a sus padres, pues no sabía qué hacer.

—¡¡Mamá, papá!! ¡¡Mamá, papá!!

—¿Qué pasa, cariño?

Los dos se incorporaron y cuando vieron a Mónica llorando pensaron lo peor. Se levantaron y la abrazaron al mismo tiempo.

—Lo siento, lo siento mucho, cariño.

—Es Gabriel. Mamá, tienes que ayudarme, no sé qué le pasa.

—¡Por Dios, que susto! Creí lo peor —dijo su madre suspirando —. ¿Qué le pasa?

—No lo sé, está sudando, ardiendo. No deja de decir mi nombre, pero no se despierta y parece que sufre mucho dolor.

—Es la infección —aseguró su padre—. Mandaré a Moisés a buscar al médico.

—Vamos, tú y yo debemos conseguir que le baje la fiebre. Iré a por agua helada, ve quitándole la ropa.

—¡¡¿Toda?!! —Mónica se escandalizó pensando que su madre pudiera verlo completamente desnudo.

—No, cariño, déjale los calzones, pero lo demás fuera. Hay que ponerle paños por todo el cuerpo para bajar la fiebre.

—Vale.

Mónica y su madre le cubrieron el cuerpo con los paños, pero Gabriel seguía ardiendo y llamándola en su inconsciencia, mientras se retorcía de dolor.

—¡Oh, por favor! No soporto verlo así.

—Tranquila, se pondrá bien. Ya lo verás.

Pero el médico no les dio muchas esperanzas.

—La infección se está extendiendo, por eso tiene esas fiebres tan altas y delira, y el dolor que está padeciendo viene de lo mismo. Lo peor es que en su estado no puede tomarse el medicamento y poco podemos hacer. No creo que pueda superar esto, Mónica.

—¡No, no! Dígame qué tiene que tomar y yo haré que se lo tome.

—Debe tomarse estos polvos con agua tres veces al día, curarán la infección, evitarán el dolor y reducirán la fiebre. Pero en su estado no va a poder tragar, le va a ser imposible.

—Si eso puede curarle, conseguiré que se lo trague, aunque esté el día entero dándoselo.

—Puede usted probar, pero ya le digo que es casi imposible que salga de esta.

—Gracias, doctor, pero he de intentarlo.

—¿Qué vas a hacer para conseguir que se lo trague? —preguntó su madre cuando se fue el doctor.

—Le iré dando cucharaditas, poquito a poco.

Pero cuando lo intentó, el líquido se le quedaba en la boca y se le caía por la comisura de los labios.

—Vamos, Gabriel. Cariño, trágatelo, por favor.

—¿Por qué no lo incorporamos un poquito? —sugirió su hermano acercándose a la cama con una muleta improvisada que le habían hecho José y Alberto—. Puede que al tener la garganta un poco inclinada el líquido caiga por sí mismo hacia dentro.

—Podríamos probar —dijo su madre—, no perdemos nada.

—Está bien, inclinémoslo un poco.

—Yo lo levanto y vosotras le ponéis ese almohadón en el cuello.

—Vas a hacerte daño en la pierna, deja que llame a papá.

—Iré a buscarlo —dijo su madre.

Cuando su madre los dejó solos, su hermano le dijo arrepentido:

—Estoy bien, Mónica, déjame hacer algo por él, se lo debo. Si está así es por mi culpa.

—Bueno, eso ya pasó, será mejor olvidarlo.

—¿Crees que voy a poder olvidar algún día que después de salvarme la vida y recibir un tiro por mí, quise dejarlo tirado a su

suerte? Me he hartado de decir que era un miserable, un traidor, un malnacido y aun así él arriesgó su vida para salvar a los hombres que le habían despreciado e intentado matar varias veces. Yo nunca hubiera hecho eso por él, lo hubiera dejado morir por mucho que me hubieras suplicado. Le odiaba, Mónica, le odiaba por hacerte todo lo que te hizo, pero también porque me sentía culpable. Yo lo traje a esta casa, yo le abrí las puertas para que pudiera hacerte daño.

—Tú nunca tuviste la culpa, él hubiera encontrado otro camino para llegar a mí, no olvides que fue criado para eso. Lo manipularon desde que era un niño para casarse conmigo y hacer todo lo que hizo. Tú no hubieras podido impedirlo, la única que podía hacerlo era yo simplemente no enamorándome de él. Pero eso era imposible, el destino nos unió y nada de lo que hiciéramos hubiera servido, debíamos estar juntos, ahora lo entiendo. Yo lo salvé de esa vida miserable y él me salvó a mí de acabar siendo una solterona, ya que nunca ningún hombre me había llamado la atención hasta que le conocí a él, y era por eso, porque él era el hombre de mi vida y yo su mujer, y nada de eso hubiera cambiado. Pasará lo que pasara debíamos acabar juntos, y así será si conseguimos que se tome este medicamento.

—Entonces intentémoslo —sonrió Jorge.

Le incorporaron y le colocaron los almohadones. Mónica le puso la cuchara en la boca y, cuando vio cómo el líquido desaparecía y se colaba por su garganta, pegó un grito de felicidad y se colgó del cuello de su hermano para besarlo.

—¡Gracias, gracias! ¡Ha funcionado!

—No me des las gracias, yo no he hecho nada.

—Sí, tú tuviste la idea de incorporarlo y ha dado resultado. Por fin una pequeña esperanza, ahora solo tiene que tomárselo todo. Seguiremos con los paños mojados y todo saldrá bien, ya lo verás, se va a recuperar.

—Eso espero. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ahora sé que estando a su lado eres la mujer más protegida del mundo, porque el que intente hacerte algo será hombre degollado. —Mónica lo miró extrañada—. ¡Dios! Tenías que haber estado allí, era como una máquina de matar. Cuando entró en las celdas donde estábamos y miró a los dos guardias que nos custodiaban daba miedo, sus ojos parecían vacíos y su semblante era como una máscara fría y sin sentimientos. Se acercó a ellos con paso decidido y, sin titubear, sacó dos puñales y les cortó la yugular con un movimiento tan rápido que apenas fue perceptible. Después de eso cayeron al suelo desplomados y sin hacer el más mínimo

ruido. Pero ellos no fueron los únicos. Cuando salimos de allí, miraras por donde miraras, veías soldados con la yugular seccionada. Si no había más de veinte no había ninguno y no te estoy exagerando, todos los que estaban de guardia esa noche cayeron muertos por el filo de su cuchillo. Es fuerte, valiente y ahora sé que junto a él estarás bien. Y juro no volver a enfadarlo, aprecio mucho mi cuello. —A Mónica le dio la risa.

—Él nunca te haría daño y estás equivocado en dos cosas. Primera, no me gustaría verle en acción cortando cuellos, y segunda, ya he visto esa mirada y tienes toda la razón, da miedo. Que sea así debemos agradecérselo a su padrino que desde niño lo atormentó para obligarlo a anular sus sentimientos. Aunque a veces eso le sirve para hacer cosas buenas, como adentrarse en un fuerte lleno de enemigos y sacar a mi familia sana y salva, y si no hubiera sido por esa crueldad aprendida a golpes no lo hubiera podido conseguir.

—Tienes razón, porque un hombre normal jamás podría hacer algo así.

—Móóónica, Móóónica. —Gabriel seguía llamándola.

—Sí, cariño, estoy aquí. Te vas a poner bien, ya lo verás —dijo dándole un beso y metiéndole otra cucharada en la boca—. Te vas a poner bien.

***

Mónica se pasó tres interminables días dándole el medicamento con toda la paciencia del mundo y cambiándole continuamente los trapos para que siempre estuviera fresquito. Al tercer día la fiebre empezó a remitir y había dejado de llamarla en sueños, el color había vuelto a su cara y ya no parecía tener dolores.

Mónica dormía a su lado, comía a su lado y se pasaba el día a su lado. De vez en cuando su familia entraba a ver cómo seguía y por más que le insistieran para que volviera a su habitación, ella no quería abandonarlo. Todas las noches se acostaba a su lado y rezaba para que la despertara con un beso, y le hablaba continuamente para que volviera de ese sueño que, aunque no fuera eterno, a ella se lo parecía.

Dos días después, Gabriel se despertó y vio a Mónica durmiendo a su lado. Intentó volverse para abrazarla, pero sintió un dolor agudo en el costado y entonces recordó todo. El fuerte, la matanza, los guardias, la estampida de caballos y cómo Jorge cayó del

caballo y quedó atrapado. También recordó cómo corrió hacia él y lo subió a su caballo, y cómo consiguieron escapar. Después de eso, todo era oscuridad.

Pero no, ahí estaba ella. No sabía si era un sueño o había muerto y su paraíso era estar en una cama con Mónica, y le importaba bien poco cuál de las dos era. Lo que no quería era que se desvaneciera, porque estaba seguro de que si se despertaba estaría en una cama de la mugrosa enfermería del campamento, y no quería volver a la realidad y que ella no estuviera.

Trató de moverse otra vez, pero el dolor le quemaba el costado. Entonces se dio cuenta de la gran barriga de Mónica y puso su mano en ella. Cuando Mónica sintió su mano, puso la suya encima y abrió los ojos. Los ojos violetas de Mónica empezaron a llenarse de lágrimas y una sonrisa radiante estalló en su cara. Se incorporó y, sin decir nada, le dio un beso en los labios, y otro, y otro, y otro.

—Por fin has despertado, creí que iba a morirme si no lo hacías.

—Hola —dijo él acariciándole la cara y quitándole las lágrimas—. ¿Eres real, o he muerto y estoy en el paraíso? —Mónica sonrió.

—Estás vivo y estás a mi lado. Te amo. Y no vuelvas a darme otro susto como este porque juro por Dios que te mataré.

—Yo también te amo, Mónica. —Volvió a tocarle la barriga y le preguntó—: ¿Cómo estás?

—Bien, ahora estoy perfectamente.

—¿Y el bebé?

—Tu hijo está muy bien también. No te preocupes por nosotros, estamos bien. Tú eres el que está mal.

—No, yo me siento perfectamente teniéndote a mi lado. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no me llevaron a la enfermería del campamento?

—Porque pensaban que estabas muerto y querían darte sepultura aquí en el cementerio de Nube Blanca, pero cuando fueron a bajarte del caballo tú te quejaste y se armó un revuelo increíble. Eso fue lo que me dijo mi padre.

—¿Tu padre? ¿Por qué? ¿Tú no estabas?

—Cuando te vi muerto encima de Atila quise morir y perdí el conocimiento por el *shock*. Mi padre me lo contó todo cuando recuperé la conciencia.

Mónica le explicó lo que pasó después, lo que le dijo el médico, cómo su madre y ella consiguieron bajarle la fiebre, cómo le dio el medicamento y cómo gracias a su hermano consiguieron que se lo tomara. La conversación con su hermano y su arrepentimiento, y la preocupación de todos y sus deseos de que se recuperara.

—¿Sabes? Eres un héroe para todos —sonrió—, mi padre dice que eres increíble. Bez me ha dicho que Edu cree que eres la

reencarnación del arcángel Gabriel, y que te dio sus poderes para entrar en ese fuerte y rescatarlos, ya que lo que hiciste fue antinatural.

—Este Edu siempre tan exagerado —dijo Gabriel con una sonrisa.

—¿Por qué? Tienen razón, lo que hiciste fue heroico. Nadie en su sano juicio hubiera hecho lo que tú hiciste y nadie que no fueras tú lo hubiera conseguido. Te agradezco que salvaras a mi familia, pero no debiste ir solo, eso fue como meterte tú solito en la boca del lobo. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué siempre estás arriesgando tu vida? No te voy a dejar que vuelvas a hacerlo, ¿me has entendido? A partir de ahora vas a ser prudente, vas a dejar de hacer locuras y vas a estar a mi lado. Y, sobre todo, vas a dejar de ser militar, porque si no te juro que pediré la anulación de nuestro matrimonio. No voy a pasarme toda la vida llorando por ti, de eso nada, no quiero volver a pasar otra vez por este infierno, casi te pierdo. Esas son mis condiciones para tenerme a tu lado, ¿puedes aceptarlas?

—Sí —respondió mirándola a los ojos y con una gran sonrisa, consiguiendo que el corazón de Mónica revoloteara—. Acepto todas y cada una de tus condiciones, no te vas a librar de mí tan fácilmente. Y ahora, por favor, ¿puedes besarme? Lo haría yo, pero es que no puedo moverme demasiado… —Mónica lo besó una y otra vez, cortando las palabras en su boca, y el beso se volvió tan apasionado que el cuerpo de Gabriel se despertó—. Por favor, cariño, no vuelvas a besarme así. Ya te he dicho que no puedo moverme y mi cuerpo no entiende ese pequeño detalle.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó mirándolo muy extrañada.

Gabriel cogió su mano y la llevó hasta su entrepierna, cuando ella notó su gran erección se rio.

—¡Uy! Lo siento, no pensé que pudieras estando así.

—Que no pueda moverme no quiere decir que mis sentidos no estén ansiosos y deseosos de ti. Son muchos meses sin ti, Mónica, muchos meses pensando en ti, muchos meses deseando volver a tu lado y ahora que lo he conseguido no puedo hacerte el amor. Esto debe ser un castigo. —Ella se rio.

—Sí, un castigo por hacerme sufrir tanto. Y ahora que lo pienso… Cuando has dicho que aceptabas todas mis condiciones, ¿hablabas en serio?

—Sí, cariño, no quiero volver a alejarme de ti.

—¿Vas a dejar de ser militar?

—Sí, y viviremos aquí. Es lo que siempre has querido, ¿no?

La resplandeciente sonrisa de su mujer fue todo cuanto necesitó para darse cuenta de que por verla sonreír así valía la pena cualquier cosa.

—¡Oh, sí! ¡Sí, sí, te amo! —gritó emocionada besándolo con mucha ternura—. Te amo —volvió a besarle—, te amo, te amo, te amo —le decía una y otra vez después de cada beso hasta que paró de golpe—. ¡Uy! Lo siento, no quería ser tan efusiva, pero es que me siento feliz.

—Entonces no pares, me encanta tu efusividad.

—¡Ah, no! Que después dirás que soy la culpable de tu gran dolor por provocarte. —Señaló su erección, que seguía alzada y firme.

—Podré soportarlo. —Y agarró su cara para besarla de nuevo con pasión. Después la soltó para decirle—: Será mejor que no me haga el fuerte porque contigo pierdo todas mis defensas. —Ella se echó a reír y de pronto la puerta se abrió. Él inmediatamente le pidió—: Mónica, tápame, por favor, porque si no tu madre se va a dar cuenta de lo mucho que deseo a su hija. —A ella le dio la risa, pero enseguida lo tapó con la sábana hasta la cintura. Tampoco le hacía mucha gracia que su madre viera cómo era capaz de poner a su marido, le daba vergüenza.

Su madre, cuando los vio, dio un grito de alegría.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creerlo, por fin has despertado. —Se acercó a la cama, se sentó a su lado y le dio un gran abrazo y un beso—. Me alegra que por fin hayas vuelto al mundo de los vivos. Casi matas a mi hija del susto, ¿lo sabías? Que sea la última vez, muchacho —lo reprendió con cariño—. ¿Estás bien? ¿Quieres que avisemos al doctor?

—No, estoy bien, Mónica. No se preocupe. Solo necesito un par de días y estaré como nuevo.

—De eso nada, vas a quedarte en esa cama y no vas a moverte hasta que no estés del todo recuperado, ¿me has entendido? Y de eso me voy a encargar personalmente. Ahora mismo voy a mandar que te suban algo de comer para que vayas recuperando fuerzas.

Gabriel miró a Mónica aturdido, desde que murió su madre nadie se había preocupado por él y esa mujer parecía muy preocupada.

—Tendrás que hacer caso a mi madre porque es más pesada que yo.

—Entonces tendré que hacer caso, no creo que pueda con las dos.

—¡No! —dijeron las dos a la vez riéndose y haciéndole reír a él.

Mónica se puso seria de repente y cogió su mano.

—Gracias, Gabriel. Gracias por cumplir tu palabra y acudir a mi llamada. Si hubiera perdido a mi marido y a mi hijo no sé qué hubiera sido de mí. Sé que fui egoísta y que te pedí demasiado, pero… —Él apretó su mano con las suyas, cortando sus palabras.

—Mónica, no necesitas darme las gracias, también lo hice por tu hija y por mí. Aunque no me creas, yo también hubiera sentido mucho sus muertes y tenía que intentarlo. No hubiera podido perdonarme no hacer nada por ellos y tampoco hubiera podido soportar el dolor de Mónica por esa pérdida tan grande. Tú cuidaste de mí, así que estamos en paz.

—No, yo voy a estarte toda la vida agradecida. Ahora voy a dar la noticia, seguro que se vuelven todos locos de alegría cuando sepan que has despertado.

—Prepárate para la estampida —le advirtió Mónica.

Gabriel pensó que tanto su madre como ella eran un poco exageradas, que tampoco sería para tanto la noticia de su recuperación, pero no podía estar más equivocado, porque de pronto su habitación se convirtió en una estancia llena de gente con una alegría inmensa al verlo despierto. Todo eran besos, abrazos y palabras de cariño y agradecimiento, y todas para él. Él era el centro de atención y estaba abrumado, conmovido y sorprendido por todas esas muestras de cariño.

Por primera vez en su vida se sentía parte de una familia, por primera vez en su vida sentía que la gente se preocupaba por él, se sentía querido y arropado en el seno de una familia. Era feliz. Desde ese instante supo que volvería a arriesgar su vida sin pensárselo dos veces por toda esa gente que lo aceptaba en sus vidas con cariño y agradecimiento. Su suegro, emocionado, se acercó a la cama y se sentó a su lado para darle un fuerte abrazo.

—Bienvenido a la familia, *hijo*. —Al pronunciar esa palabra con tanta fuerza, Gabriel sintió un nudo en la garganta—. Nos tenías muy preocupados.

Él fue el primero en saludarlo y después lo hicieron todos los demás. Su hermana lo abrazó y se echó a llorar, y Gabriel aguantó el tipo con mucha entereza, pero el último volvió a tocarle el corazón, pues Jorge había esperado a que todos pasaran para acercarse a él.

—¿Me vais a dejar ahora que salude a mi cuñado y que le dé un abrazo? Siempre que quiera perdonarme y sea mejor persona que yo, aunque creo que eso ya lo ha demostrado con creces. —Jorge le ofreció la mano, que Gabriel aceptó sin dudar y se sentó en la cama para darle un abrazo—. Te debo la vida, Gabriel, y gracias a ti he conocido a mi hija, ¿quieres conocerla?

—Será un placer conocer a mi sobrina. —Estela le puso a la niña en brazos—. Es preciosa, tanto como su madre.

—¿Por qué todos decís lo mismo? Yo también he participado. Algo tendrá que se parezca a mí, ¿no? —bromeó Jorge haciendo reír a todos.

Edu siguió la broma.

—Sí. el blanco de los ojos. —Todos volvieron a reírse y Edu, presumiendo, le acercó su hija a Gabriel diciendo—: Esta preciosidad sí se parece a su padre, hasta en el blanco de los ojos.

—No presumas tanto que es igual que su abuela —dijo Susan dándole un beso a Gabriel—. Eres mi héroe y te debo la vida de la mitad de mi familia. Muchas gracias Gabriel.

Esas palabras volvieron a emocionar a Gabriel y Mónica, al notar su congoja y saber cómo debía sentirse por tantas emociones encontradas, los echó a todos de la habitación.

—Bueno, se acabó la visita, ahora Gabriel debe descansar. Ya le habéis visto todos y le habéis saludado, pero esto es demasiado cansado para él y aún está convaleciente. —Mientras hablaba los iba sacando de la habitación—. A partir de ahora podéis pasar, pero poco a poco.

Todos se despidieron de él y salieron de la habitación.

—Mi familia es agotadora, ¿verdad? —Mónica se sentó a su lado y le tocó la frente preocupada para asegurarse de que no tenía fiebre—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Cogiéndola por los hombros, la tumbó en su pecho y le dio un beso—. No quiero que vuelvas a preocuparte más. Voy a estar bien, de eso puedes estar segura, y tu familia es maravillosa. Me hubiera encantado tener una familia así, como la tuya. Es algo que siempre envidié.

—Pues ya no debes hacerlo, porque ahora formas parte de ella y ya no puedes escapar, ¡estás atrapado!

—No tengo ninguna intención de escapar de ellos, y mucho menos de ti.

—Más te vale, porque te perseguiré allá donde vayas. —Los dos se fundieron en un profundo beso.

La puerta se abrió en esos momentos y entraron Mónica y Lucy, que sonrieron al verlos apartarse rápidamente.

—Traemos la comida para Gabriel y tienes que comértela toda —ordenó Mónica—, porque si no tu hermana y yo nos ofenderemos.

—Sí. Tienes sopa calentita, que te va a sentar muy bien, queso, jamón y un poco de fruta. ¿Quieres que te ayude, Mónica? —le preguntó a su cuñada.

—No. Ahora está consciente y creo que me dejará darle de comer, pero muchas gracias, Lucy.

—Parece que mi hermana y tú ya os lleváis bastante bien —comentó Gabriel cuando se fueron.

—Pues sí, la verdad es que desde que está con Alberto parece otra persona. Estuvo muy preocupada por ti y se ofrecía muchas veces para ayudarme a cuidarte.

—Me alegro.

—Bueno, ahora vas a comértelo todo y después tienes que descansar.

—Solo si te quedas a mi lado.

—No voy a moverme de tu lado. No me he movido en todos estos días y no voy a hacerlo ahora. Aquí me tienes para lo que necesites.

—¡Uuummm! Entonces voy a necesitarte el resto de mi vida.

—Pues me tendrás para el resto de tu vida.

Los dos se rieron y se besaron, y después Mónica le obligó a comérselo todo.



LXII

Nube Blanca

Los días pasaban y Gabriel se sentía el hombre más dichoso del mundo. Mónica lo mimaba y cuidaba con mucho cariño y todos los demás subían a verle y a entretenerle para hacerle las horas más amenas. Le encantaba cuando subían Edu y Jorge porque se reía mucho con ellos, volvían a ser ese trío de amigos de antes y disfrutaba mucho de su compañía. Nunca había tenido amigos y esos dos eran los mejores que podía encontrar.

Habían pasado varios días y Gabriel se encontraba mejor, pero aun así no podía moverse demasiado pues el costado no le dejaba hacerlo, era bastante doloroso y la infección curaba muy lentamente.

Mónica entró con una palancana, agua, jabón y una cuchilla de su padre.

—Hora de afeitarse. Ya estás recuperado y no voy a consentir que sigas con esa barba de mendigo. El problema es que no sé si sabré dejártela como tú lo haces y tanto me gusta.

—Es fácil, yo puedo enseñarte. —No podía dejar de mirarla mientras ella preparaba todo para afeitarlo.

Cuando empezó a mojar su barba para ponerle el jabón todo el cuerpo de Gabriel reaccionó, sus manos suaves y aterciopeladas lo volvían loco y lo provocaban.

—Bueno, ya está. Ahora, ¿qué tengo que hacer? —preguntó una vez lo tuvo todo enjabonado.

—¿Has hecho esto alguna vez?

—No, tú eres el primero.

—Eso me gusta, y espero ser el único.

—Siempre, mi vida, siempre serás el único. —Sin poder remediarlo él le dio un beso y Mónica protestó riéndose al mismo tiempo, mientras se quitaba el jabón de la cara—. Estate quieto, mira cómo me has puesto.

—Lo intentaré —dijo haciéndola reír de nuevo—. Lo primero que tienes que hacer, y lo más importante, es no cortarme el cuello. —Mónica se rio a carcajadas.

—No seas tonto, esa es tu especialidad, no la mía. Ahora, ¿vas a decirme por dónde empiezo?

—Lo más importante para dejar la barba a la medida que te gusta es saber coger la cuchilla. —Cogió su mano y poniendo su dedo en el filo de la cuchilla, continuó—: Si dejas el dedo ahí, la barba quedará tal y como a ti te gusta.

—Vale, lo he entendido. ¿Estás preparado? ¿Te fías de mí?

—Ciegamente, estoy en tus manos, cariño.

Mónica empezó a pasar la cuchilla suavemente y con mucho cuidado. Gabriel no podía dejar de mirar sus ojos, esos ojos violetas que lo volvían loco, y se moría de ganas de hacerle el amor. Llevaban muchos días compartiendo la cama sin poder moverse y habían pasado muchos meses desde que partió a esa dichosa guerra que lo alejó de ella, y no sabía si podría contenerse un día más o si saltaría encima de ella y le haría el amor sin importarle que su herida se abriera en canal.

—Ahora sí estás guapo —dijo cuando terminó de afeitarlo—. Ahora sí vuelves a ser ese hombre que me enamoró con solo una mirada. —Le dio un beso—. ¡Uuummm! Ahora tu barba sí está perfecta, tal y como a mí me gusta, ni mucho ni poco.

Con ese comentario hizo reír a Gabriel y no pudo evitar volver a besarlo una y otra vez, y sin poder contenerse, lo besó con mucha pasión. El la apartó con cuidado.

—Mónica, por favor, no me hagas esto, sabes que no puedo soportar este martirio. No puedo moverme, así que no me provoques.

—Y si fuera yo la que se moviera, ¿podrías soportarlo? —preguntó besándole el cuello.

—¿Estás segura? —Gabriel la miró a los ojos y la devoró con la mirada.

—Sí.

—Mónica, no necesitas…

—¡Ssshhh! Lo deseo, cariño, deseo estar contigo tanto como tú conmigo.

—Eres increíble, Mónica. —La besó con mucha pasión.

Solo de imaginar lo que iba a pasar se excitaba por segundos y, sin perder tiempo, la cogió por la cintura y la subió con cuidado encima de él a horcajadas.

—Cuidado, o acabaré lastimándote.

—No me importa el dolor si el premio eres tú. —Le quitó el camisón, cogió sus pechos entre sus manos y los acarició—: ¡Uuummm! No sabes cómo los he echado de menos. —Mónica sonrió.

—Pues son todos tuyos.

Él, metiéndoselos en la boca, los saboreó mientras ella abrazaba su cabeza enredando los dedos en su pelo y disfrutaba de sus caricias, de esa lengua que volvía a torturarla después de tanto tiempo y que tanto había anhelado. Gabriel podía sentir cómo esos pequeños botones rosados se endurecían para él, haciéndola estremecer de deseo. Sin poder soportarlo más y deseosa de él como estaba, Mónica se levantó un poco para dejarle acceso a su intimidad y las caricias de Gabriel la hicieron vibrar. Mientras él liberó su erección e invadió ese bosque que tanto había anhelado y que ella abría para él, cálido, húmedo y deseoso por ese reencuentro. Mónica bajó lentamente, sintiendo cómo él entraba poco a poco en ella, y los dos gimieron al mismo tiempo por ese placer tan intenso, ya que después de tantos meses se habían extrañado con la misma fuerza y con las mismas ganas.

Gabriel notó el abultado vientre de Mónica rozando el suyo mientras ella se movía a su ritmo, poco a poco, volviéndolo loco. Sintió un poco de dolor en el costado, pero no le importó, preferiría morir en ese momento que hacerla parar. Sin poder soportarlo más, la sujetó por las nalgas y la obligó a aumentar el ritmo. Cuando los dos llegaron hasta la cumbre del placer, Mónica se dejó caer en su pecho, cansada.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Estoy perfectamente, ha sido maravilloso y no me has hecho daño. Cuando quieras podemos repetir.

—¡Uf! Creo que estoy demasiado gorda para otro combate. —A Gabriel le dio tanta risa que Mónica tuvo que taparle la boca con la mano para que no despertara a toda la familia—. Calla, no seas loco, vas a despertar a todos.

—No me refería ahora, podría ser mañana o pasado mañana. O los dos, si quieres.

—Vaya, parece que ya no estás tan malo como parece.

—¡Oh, sí, sí, sí! Estoy muy malito y necesito muchos más cuidados y mimos de mi preciosa mujer. —Esta vez fue ella la que se rio.

—Eres un sinvergüenza, pero bueno, puede que mañana si te

portas bien, te consienta otro ratito.

—Me portaré muy bien, de eso no te quepa la menor duda.

—Será mejor que durmamos, debes descansar. —Mónica se tumbó a su lado y lo besó.

—Buenas noches, mi pequeña salvaje.

—Buenas noches, mi carcelero del amor —bromeó haciéndole reír.



LXIII

La Caprichosa

Dos meses más tarde Gabriel ya estaba totalmente recuperado, todos habían vuelto del frente porque la guerra había terminado y habían perdido. Pero no era algo que a ellos en particular les molestara, pues nunca habían compartido los ideales de sus compatriotas. Habían luchado a su lado porque les debían fidelidad, pero no porque defendieran la esclavitud.

Los hombres ayudaban en la reconstrucción de las plantaciones que habían sido arrasadas, como la de los Serra y Los Medina, que los soldados enemigos habían dejado destrozadas.

Jorge, su hijo, José, Alberto, Edu, Gabriel, Antonio —marido de Lucía, la hermana de Estela—, Sergio y su hijo José miraban la plantación entristecidos al verla tan destartalada.

—¡Hemos venido a trabajar, así que pongámonos manos a la obra! ¡Mirándola no volverá a ser la misma de antes! —gritó Jorge para animar a los demás.

—Tienes razón, volvamos a levantarla —dijo José—. Seguro que no nos cuesta tanto.

Todos participaban en el trabajo, tanto manual como económicamente, y Jorge y Gabriel se habían ofrecido a ayudarlos, puesto que Nube Blanca había salido indemne al estar allí todos defendiéndola.

***

Todo era felicidad, los hombres habían regresado sanos y salvos, y mientras trabajaban levantando la plantación de los Serra, las mujeres preparaban la comida y los esperaban en Nube Blanca pues, de momento y mientras duraran las obras en La Caprichosa y Las Camelias, Nube Blanca era el hogar de todos.



LXIV

Nube Blanca

Una mañana, Mónica y Bez estaban en el jardín tomando el sol. De repente apareció Arturo Robles, que se lanzó contra Mónica, la cogió del cuello y la amenazó con un cuchillo poniéndoselo en la garganta. Las dos se quedaron paralizadas y sin poder moverse ni hablar.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó a Mónica.

—No te importa —contestó ella.

—Vaya, sigues sin perder esa soberbia. Y tu hijo, ¿será tan fuerte como tú? —dijo poniendo su mano en la barriga de Mónica, que estaba a punto de dar a luz.

—No se te ocurra hacerme daño porque Gabriel te matará.

—Sí, ya sé que Gabriel me matará por tocar a su preciosa mujercita. Tú eres la culpable de todo, tú lo has envenenado contra mí, tú has hecho que me encierre en un manicomio. Pero mira por donde las guerras es lo bueno que tienen, que con una bomba los locos quedamos sueltos. Y ahora quiero que Gabriel y tu padre sufran. Quiero ver a esos dos hombres muriendo de dolor. ¡Tú! —le gritó a Bez—. Busca a su madre y dile que venga. Eso sí, no se te ocurra contar lo que pasa o venir con nadie más porque tu amiga morirá, ¿me has entendido? —Bez movió la cabeza asintiendo, pues no podía hablar—. ¡Corre!

Bez salió corriendo y al momento volvió con Mónica, la cual quedó aterrada al ver a ese hombre con su hija y con un cuchillo en su garganta.

—Suelta a mi hija ahora mismo —ordenó con mucha calma.

—¡Uuummm! Siempre tan peleona, cómo me gusta. Pero esta vez no puedo complacerte, querida, vamos a ir los tres a dar una vueltecita.

—¡No! —gritó Mónica—. Iré contigo donde quieras, pero suelta a mi hija.

—¡No, mamá, no hagas eso!

—¡Basta! Las dos vais a hacer lo que yo diga y las dos vais a venir conmigo. ¡Tú! —volvió a gritar a Bez—. Quiero que vayas y les digas a Jorge y a Gabriel que si quieren a sus mujeres sanas y salvas, tendrán que venir solos o de lo contrario las mataremos.

—Pero ¿dónde?

—Gabriel sabe dónde encontrarme.

Los 20 Robles

Cuando Gabriel y Jorge entraron en la cabaña el corazón se les paralizó, las dos estaban atadas a los pilares que sujetaban el techo, y Arturo y Fernández las encañonaban con un revolver en la sien por detrás. Solo se les veía la cabeza asomándose por los hombros de las mujeres, el resto del cuerpo lo tenían protegido por el cuerpo de ellas.

—Vaya, por fin estáis aquí, habéis tardado mucho. Pensé que apreciabais más el bienestar de vuestras mujeres.

—Cariño, ¿estás bien? —Gabriel se dirigió a su mujer sin hacer caso a su padrino.

—Sí, estoy bien, no te preocupes.

—Mónica, ¿estás bien, mi vida? —preguntó Jorge a su mujer.

—Sí, estoy bien.

—¡Oh! Qué enternecedor, me estoy emocionando —se burló Arturo.

—¿Qué es lo que quieres, Arturo? —interrogó Jorge.

—Es muy sencillo, quiero veros sufrir. Quiero que soltéis las armas o vuestras mujeres morirán.

—¡¿Por qué haces esto?! ¡Sabes que voy a matarte, ¿verdad?! —preguntó Gabriel a Arturo con una furia inmensa.

Mónica pudo ver el cambio en Gabriel, había bloqueado cualquier sentimiento. Sus ojos parecían estar vacíos, su semblante era frío y su voz parecía venida de ultratumba. Su hermano tenía razón, daba miedo mirarlo, y su único objetivo era matar a esos dos

hombres.

—No si tú mueres antes que yo. Y no me mires así, conozco esa mirada, recuerda que tengo a tu mujer bajo mi control y harás exactamente lo que yo te diga o si no ese hombre de tu derecha te matará en vez de atarte. —Gabriel miró al hombre que estaba detrás de él con una escopeta y una cuerda. Se le veía tranquilo y relajado, como si tuviera todas las de ganar—. Pero antes responderé a tu pregunta: quiero vengarme de ti por tu traición, por elegir a los Mendoza y encerrarme en un manicomio. Y de tu suegro… Bueno, todos sabemos por qué, ¿verdad? Y aquí está mi amigo Fernández, que tiene los mismos deseos que yo de vengarse de vosotros dos. Tú le cortaste una mano y tu suegro cometió el error de perdonarle la vida la última vez que lo llevaste a Nube Blanca, aunque antes mandó a sus hombres que le dieran una paliza para que no volviera a molestarle más. Siempre has sido demasiado débil, Jorge, y este es el resultado.

—Eso no volverá a pasar —dijo Jorge con la voz y la mirada tan frías como el hielo.

—Basta de tonterías, ¡tirad las armas!

—Un momento —dijo Gabriel, dejando a todos confundidos—. ¿Para qué queréis atarnos si pensáis matarnos? —preguntó con toda la frialdad del mundo.

—Porque antes de mataros vais a ver cómo vuestras mujeres sufren, ese es mi castigo. Después las liberaremos y os mataremos, pero si no obedecéis y no soltáis las armas, las mataremos a ellas delante de vuestras narices y después a vosotros.

—¿Y cómo vais a hacerlas sufrir? —Gabriel les estaba poniendo nerviosos con sus preguntas.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Te has vuelto loco? —preguntó Fernández exasperado.

Conocía a Gabriel y estaba aterrado. Sabía que cuando tenía ese aspecto la sangre corría a mares, y nunca era la suya.

—¡Basta, Gabriel! ¡Deja de jugar y suelta el arma! —le gritó su padrino.

—Jorge, sabes que esto no tiene solución, ¿verdad? —preguntó Gabriel fríamente a su suegro.

—Sí, lo sé. ¿Qué sugieres?

Los dos sabían que si tiraban las armas tanto ellos como ellas morirían en manos de esos dos dementes, pero antes de eso los obligarían a mirar cómo abusaban de ellas, ese era el castigo que Arturo quería ofrecerles.

—¿Un tiro limpio entre ceja y ceja a la de tres?

—De acuerdo.

Los dos empuñaron sus armas con las dos manos sin que les

temblara el pulso.

—Arturo, ¿qué hacemos? —preguntó Fernández nervioso.

—Nada, no te muevas, es un farol. Podrían herirlas, no se arriesgarán.

—Mónica, cariño. —Gabriel cambió de pronto esos ojos vacíos por unos cálidos que la miraron con amor—. No muevas un solo músculo y cierra los ojos.

—Haz caso a Gabriel, mi vida. No te muevas —avisó Jorge a su mujer.

—No seáis fanfarrones, no os atreveréis a disparar estando ellas de escudo —les dijo Arturo.

—Uno, dos y tres —contaron los dos al mismo tiempo.

—No te muevas, Fernández, no dispara… —No le dio tiempo a terminar la frase.

De repente sonaron dos disparos y Mónica y su madre dejaron de sentir el acero en sus sienes. Entonces Mónica cometió el error de abrir los ojos. En cuestión de segundos y con la rapidez de un rayo, Gabriel, de nuevo con esa mirada vacía, se giró hacia el hombre que tenía a sus espaldas y le seccionó la yugular antes de que pudiera mover un solo músculo.

Mónica sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, pero cuando Gabriel se volvió hacia ella con su mirada cálida y llena de preocupación, el miedo desapareció y su mente recordó las palabras que su hermano le dijo: «¿Sabes una cosa? Ahora sé que estando a su lado eres la mujer más protegida del mundo, porque el que intente hacerte algo será hombre degollado». Y justo eso había hecho Gabriel, degollar a la única persona que quedaba y que podía hacerle daño. La voz de Gabriel la sacó de sus pensamientos.

—Ya, ya, cariño. Ya ha pasado, ya estás a salvo. —La desató del pilar y la abrazó con fuerza—. ¿Estás bien? ¿Estás bien, cariño?

—Siempre que estés a mi lado estaré bien.

—Entonces jamás volveré a separarme de ti.

Gabriel la besó con ternura y la levantó en sus brazos, Mónica acurrucó la cabeza en su cuello y respiró profundamente para tranquilizarse después de tanto estrés.

—Volvamos a casa —le pidió.

—Sí, volvamos a casa.

Mientras tanto, Jorge desató a Mónica, que se echó en sus brazos sollozando.

—¿Estás bien, mi vida?

—Sí, sí, estoy bien, ¿y Mónica?

—Estoy bien, mamá.

Gabriel la bajó al suelo para que se reuniera con su madre y las dos se dieron un gran abrazo.

—Tenía tanto miedo de que esos locos te hicieran algo —confesó Mónica a su hija.

—Todo ha terminado, por fin esos dos locos no volverán a molestarnos nunca más. — Jorge abrazó a las dos al mismo tiempo, respirando por fin tranquilo al tenerlas a salvo entre sus brazos—. Ahora volvamos a casa, todos deben estar muy preocupados.

—Sí, volvamos a casa —convino Gabriel cogiendo de nuevo a Mónica en brazos.

—No pensé que fuerais a disparar. ¿Cómo estabais tan seguros de vuestra puntería? —preguntó Mónica aún asustada mientras salían de la cabaña—. Podríais habernos dado.

—Fui el primero en mi promoción con las armas de fuego —explicó Gabriel para tranquilizar a Mónica—, y tú estabas en peligro. Precisamente por eso no podía fallar. Además, tanto tu padre como yo sabíamos que esos dos no iban a respetar el trato, primero nos matarían a nosotros y después a vosotras, por eso tuvimos que disparar.

—Gabriel tiene razón, no teníamos otra opción. Y yo también fui el primero en mi promoción, así que nada podía fallar —dijo Jorge orgulloso.

—Sí, pero tú ya estás mayor, mi vida, podría haberte temblado el pulso —bromeó Mónica consiguiendo que se rieran Gabriel y su hija.

—Tu vida estaba en juego y solo por eso mi pulso estaba más firme que nunca. Pero puedo entender que tuvieras miedo, ya que la bala pasó a tan solo unos milímetros de tu cara. Cualquiera se habría asustado.

—Pues yo no tuve miedo en ningún momento. Confío en ti, y sabía que tu tiro daría en el blanco, y más, si ese blanco era Fernández.

—Tienes razón, no podía fallar. Primero porque tu seguridad estaba en juego, y segundo porque matar a Fernández es algo que debí hacer hace mucho tiempo.

—Te amo, general Mendoza.

—Y yo a ti.

—Vámonos a casa.

—Tus deseos son órdenes para mí, señora de Mendoza.

La levantó por la cintura y la subió al caballo, para después subir detrás de ella y darle un beso en el cuello mientras se ponían en marcha.

Nube Blanca

Por la noche estaban abrazados y tumbados en la cama, el día

había sido agotador. Gabriel le masajeaba la cabeza y Mónica estaba tan relajada que ni podía ni quería mover un solo músculo. Cuando Gabriel la llamó, ella no podía articular palabra.

—Mónica.

—¿Uuummm?

—Quiero construir nuestro propio hogar, ¿te gustaría tener una casa propia?

—Uuummm.

—Podría ser como tú quisieras, si quieres podemos hacer una réplica de Nube Blanca.

—¿Y dónde sería?

—En la plantación de los Robles.

Mónica levantó la cabeza y lo miró sin decir una palabra. Tenía esa cara de enfado que a él le gustaba tanto y lo volvía loco, lo miraba con los ojos entrecerrados y arqueando una ceja. Él le sonrió.

—Gabriel, no quiero volver allí.

—Mónica, te juro que no la reconocerás, tiraré todo abajo y volveré a reconstruirlo. Será nuestro hogar. Nuestro, tuyo y mío. Y también el legado para nuestros hijos. Son muy buenas tierras, Mónica, y siempre me han gustado.

—Pero no tenemos dinero para hacer todo eso.

—Sí, tenemos. Mi padrino está muerto y todo lo suyo me pertenece, soy su único heredero. Aunque antes de morir él ya había puesto todo a mi nombre, el problema era que estando él vivo yo no me sentía dueño de nada. Pero ahora es distinto, todo es nuestro, y aparte de la plantación tenía varios negocios que yo he ido agrandando. Y muy prósperos, por cierto.

—¿Tú te ocupabas de sus negocios?

—Más bien yo salvé sus negocios y los hice crecer. He duplicado su fortuna y ahora es nuestra.

—¡Vaya! ¿Me he casado con un hombre rico y muy inteligente?

—Creo que sí, espero que eso no te moleste.

—¿Por qué iba a molestarme?

—Entonces, ¿qué me dices?

—Que sí, puedes hacer todo lo que quieras, mi hogar está donde tú estés. Eso sí, no quiero ni ver una piedra de la plantación de los Robles en su sitio.

—No te preocupes, no quedará ni una. Te amo, Mónica.

—Yo también te amo.

—¿Y sabes una cosa?

—No.

—Que tengo el nombre perfecto para nuestro hogar.

—¿Y cuál es?

—Lo sabrás cuando esté terminado.
—¿Tanto vas a hacerme esperar?
—Sí, y te va a encantar.
—Seguro que sí.
Y así fue, a Mónica el nombre de su nuevo hogar le encantó.



EPÍLOGO

Reconciliación

Dos años después, Mónica estaba dejando al bebé en la cuna cuando Gabriel entró en la habitación.

—Vamos, cariño, te estoy esperando.

—¡Ssshhh! Vas a despertarlo, acaba de dormirse ahora mismo.

—Entonces no se despertará, Gabrielito tiene el sueño muy pesado. Tenemos tiempo y me debes la revancha. —Mónica se rio.

—¿Tienes mala suerte y por eso pierdes, o me dejas ganar? Porque no creo que Bella sea más veloz que Atila. Y por favor, no llames Gabrielito al niño, es horrible. Se llama Gabriel, igual que su padre, y es tan guapo como él —dijo dándole un beso, y cuando fue a alejarse, él volvió a cogerla para darle un beso más profundo.

—¿Sabes que me encanta cuando te pones esta ropa?

—Lo sé, por eso me la pongo.

Mónica llevaba pantalones y camisa, pero esta vez no eran de su hermano sino de su marido y, aunque le venían muy grandes, a ella le encantaba cabalgar con su ropa sobre Bella y a horcajadas.

—No seas mentirosa, te encanta cabalgar así.

—Bueno, esa también es una buena razón. ¿Dónde está Ana?

Ana era su primogénita, Mónica le había puesto el nombre de su abuela, la madre de su padre, a la que adoraba y echaba mucho de menos. Después tuvieron al pequeño y, cómo no, se llamaba como su padre.

—Está con la nodriza y ya le he dicho que esté pendiente de Gabriel.

—Bien, entonces tenemos más o menos una hora hasta que el

niño se despierte. ¿Qué quieres apostar?

—Vamos, cariño, tú ya sabes cuál es la apuesta. Y esta vez te va a tocar gritar a ti.

—Eso lo veremos.

Cuando ya tenían los caballos preparados Mónica se acercó a Bella, le dio un azote en el muslo y esta se agachó, Mónica se agarró a su crin y subió de un salto, y Gabriel como siempre la miraba embobado.

—¡Dios! Cómo me gusta verte montar —le dijo mirándole el culo—. Creo que jamás voy a cansarme de este paisaje.

—No seas descarado y deja de mirarme el culo.

Gabriel se echó a reír.

—Sabes que eso es inevitable.

—Y bien, ¿hasta dónde quieres llegar hoy?

—Hasta lo alto de la colina, el que llegue el último gritará esta noche. —Mónica se rio.

—¿Así que el que llegue el último gritará esta noche? Eso no tiene gracia.

—¿Por qué?

—Porque, aunque fuera a paso de caracol, tú seguirías perdiendo. —A Gabriel le dio la risa—. Hace mucho que sé que te encanta que te haga gritar.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde la primera noche que quise castigarte y tú me dijiste que habías sentido lo mismo que yo cuando tú me hacías gritar. Desde ese día supe que disfrutabas con mis castigos igual que yo disfrutaba con los tuyos. Así que las reglas han cambiado.

—¿Quieres cambiar las reglas, mi pequeña salvaje?

—Sí, mi carcelero del amor —dijo sonriendo, haciéndole reír.

—Y bien, ¿qué reglas quieres?

—El primero que llegue es el que elige quién grita esta noche, ¿vale?

—Vale.

Cuando Gabriel estaba a punto de montar sobre Atila la silla se descolgó.

—¡Te espero en la colina! —gritó Mónica riéndose y galopando a toda velocidad, mientras Gabriel intentaba colocar la silla.

—¡Eres una tramposa, pero eso no me va a detener! —rio Gabriel recordando el día que se conocieron, pues entre ellos todo empezó con una apuesta e incluso con la misma trampa de su mujer soltando su silla para obtener un poco de ventaja. Ese juego se había convertido en una rutina que los dos disfrutaban compartiendo, pero Gabriel nunca sabía cuándo su mujer lo dejaría sin silla y cuando lo hacía siempre lo pillaba desprevenido y con la

guardia baja, como el primer día.

Para no perder el tiempo, Gabriel terminó de quitar la silla y subió al caballo sin ella, igual que Mónica, y empezó a perseguirla. Bella era muy rápida, pero no se podía comparar con la fuerza y la velocidad de Atila. Los dos eran muy buenos jinetes y los caballos estupendos, pero Atila siempre acababa ganando a Bella. Si Gabriel así lo deseaba, naturalmente.

Cuando Gabriel llegó a lo alto de la colina desmontó para recibir a Mónica, que siempre se arrojaba en sus brazos para bajarse del caballo y lo besaba con mucha pasión.

—Eres una pequeña tramposa, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía —confesó sonriendo.

Sus ojos violetas brillaban de felicidad y su pelo volaba al viento, suelto y enmarañado, tal y como le gustaba a Gabriel. Tomándola en sus brazos, la llevó hasta el árbol para sentarse debajo de él. Le encantaba sentarse en ese árbol con Mónica entre sus piernas recostada sobre su pecho, pues desde allí se divisaba toda la plantación.

«Reconciliación», así se llamaba la plantación. Cuando Mónica fue por primera vez y vio el nombre encima de las rejas de la entrada le dio la risa y le dijo: «Un nombre muy original y muy especial para nosotros, me gusta». Aquel día, Gabriel la abrazó y la besó con posesión, diciéndole: «Es el nombre perfecto para nuestro hogar, ¿no crees?». Mónica volvió a reírse dándole la razón. Ella no había querido ir hasta que las obras estuvieran terminadas, pues no quería volver a ver nada que le recordara a esa etapa de su vida, y le había hecho prometer a Gabriel que, si cuando estuviera terminada ella entraba y no le gustaba porque le recordara a la antigua plantación de los Robles, él no la obligaría a vivir allí. Gabriel le dio su palabra y también le prometió que cuando pusiera los pies en su nuevo hogar, todo sería eso, nuevo para ella y que le encantaría. Y como siempre cumplió su palabra, pues Gabriel ordenó demoler todo desde la entrada hasta el último rincón. Ni siquiera los veinte robles daban la bienvenida ya, pues los trasplantaron a los lados de la plantación. Ahora protegían la casa de los extraños en vez de escoltarlos hasta la entrada.

Cuando Mónica entró por primera vez a Reconciliación se quedó atónita y completamente enamorada de ella, se parecía mucho a Nube Blanca, y lo mejor, olía como ella. Gabriel le pidió un pequeño favor a su suegro porque él también quería entrar en su hogar y sentir el perfume de su mujer en el aire. Y Jorge se lo hizo y le dio unas raíces de sus plantas de jazmín. Era una de las plantaciones más bonitas que había en el condado y de las más prósperas ya que Gabriel, que era un magnífico hombre de

negocios, había optado por dejar de plantar algodón sustituyéndolo por tabaco, convirtiéndose en todo un negocio y dando muchos beneficios. Y tal y como le prometió a su mujer, había dejado de ser militar, y ni siquiera le importó la medalla que le concedieron por salvar a sus superiores de aquel fuerte. Estaba encantado de manejar la plantación y los negocios porque le dejaban mucho tiempo para su familia y disfrutar de ellos era lo que más le gustaba, y como ser militar nunca fue una decisión suya, dejar de serlo no le supuso un problema, sino más bien una liberación, y gracias a la herida de su vientre no tuvo problema para abandonar el ejército.

Cuando la gente les preguntaba por el nombre de la plantación ellos se reían y decían: «Entre nosotros todo empezó con una gran reconciliación».

—Bueno, has ganado. ¿Quién gritará esta noche?

—Los dos.

—¿Los dos? —preguntó extrañada levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Sí, primero gritarás tú y después yo.

—Eso me gusta, pero, entonces, ¿para qué la carrera?

—Me gusta estar aquí contigo y me encantan estas vistas, es nuestro momento. Y tú misma lo has dicho antes, también me encanta ver tu culo cuando galopas como una pequeña salvaje.

Mónica volvió a reírse.

—Eres un sinvergüenza y te amo, mi carcelero del amor —bromeó haciéndole reír, como siempre le pasaba desde que ella empezó a llamarle así con cariño, recordando todas esas noches que él la tuvo prisionera y la amó hasta desfallecer para concluir su venganza. Ese amor intenso y apasionado que él le impuso lo convirtió en su carcelero y a ella en la prisionera de su venganza.

—Yo te amo más a ti, mi pequeña salvaje.

Fin

Agradecimientos

Una vez más quiero agradecerte a ti, sí, a ti que estás ahí, que de nuevo hayas apostado por mí, por mis novelas, por mis personajes, por esas historias que me llenan la mente y que trato de transmitir en cada página con ilusión, con emoción, con alegría, con tristeza y con mucho cariño. Si he logrado que sientas todas y cada una de esas emociones, habré cumplido mi objetivo y habré hecho un buen trabajo. Espero que nos volvamos a encontrar en mi siguiente novela y volver a agradecerte una vez más esa confianza que depositas en mí.

También quiero agradecer a todas esas personas que forman parte de mi día a día, mi familia, mis amigos, mis lectoras cero. Pero en especial a todas esas personas maravillosas que he conocido gracias a este mundo de la literatura, a muchas tengo el placer de haberlas conocido en persona, a otras solo por las redes, pero están ahí, apoyándome, escribiéndome, animándome y diciéndome lo mucho que les gustan mis novelas. Esos pequeños, pero a la vez grandes detalles son los que te hacen seguir adelante, los que consiguen que valores todo ese tiempo invertido en cada novela y que sepas que ha merecido la pena el esfuerzo.

Como hice en *Esclava de tu venganza*, quiero agradecer a mis hijas y a Marcos que me hayan ayudado a hacer las fotos de mis portadas, aunque en esta *Prisionera de tu venganza* la protagonista es mi pequeña Laura. Ellos son los modelos de dichas fotos y los que dan vida a los protagonistas de esta historia. Estas portadas son muy especiales para mí y me siento muy orgullosa de ellas. A Lola y a Rosi, que cómo no, siempre están ahí cuando las necesito.

Por último, y no por ello menos importante, quiero agradecer a esas *pedazo* de artistas que son Carol RZ Correctora y Marien F Sabariego una vez más ese trabajo tan divino y maravilloso. Con Carol siempre es un placer trabajar, es un amor, te aconseja y te habla con tanto cariño que no quieres terminar nunca. Es una persona tan paciente y perfeccionista que hace que vuelva a enamorarme una vez más de mis novelas, si eso es posible. Marien tiene un don muy especial, es increíble, es capaz de plasmar en una sola imagen todos esos grandes y pequeños detalles que hacen que tu portada sea el alma de tu novela, y lo remata con una maquetación que como siempre es el punto y final de un excelente

trabajo. Siempre es un placer trabajar con vosotras, chicas, sois mi mejor equipo. Adicta me tenéis a vuestro trabajo❤️❤️❤️.